

Contemporánea

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

**SAUL  
BELLOW**

**El legado de  
Humboldt**

Lectulandia

Durante muchos años, el gran poeta Von Humboldt Fleisher y Charlie Citrine, un joven completamente inflamado por el amor a la literatura, han sido los mejores amigos. Pero cuando le llega la muerte, Humboldt es un escritor fracasado y la vida de Charlie ha llegado a un punto crítico: su carrera profesional no avanza, está sumergido en un espantoso divorcio, liado con una mujer joven con la que no encaja y frecuenta compañías poco recomendables. ¿Cómo salir de todo esto? La última voluntad de Humboldt, que protege a su amigo Charlie desde la tumba, es un «legado» que puede ayudarle a tomar de nuevo las riendas de su vida.

**«La columna vertebral de la literatura estadounidense del siglo XX fue proporcionada por dos escritores: William Faulkner y Saul Bellow. Juntos son el Melville, Hawthorne y Twain del siglo XX».**

**Philip Roth**

**«El legado de Humboldt es su obra maestra y una maravilla que parece proceder de una fuente inagotable de ideas, talentos y habilidades».**

**Ignacio Vidal-Folch, *El País***

**Lectulandia**

Saul Bellow

# **El legado de Humboldt**

ePub r1.0

Titivillus 17.03.16

Título original: *Humboldt's gift*

Saul Bellow, 1975

Traducción: Montserrat Solanas

Revisión: Susana Rodríguez-Vida

Fotografía de la portada: © George Skadding/Time & Life Pictures

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

El libro de baladas que Von Humboldt Fleisher publicó en la década de los treinta alcanzó un éxito inmediato. Era lo que todo el mundo había estado esperando. Yo, en verdad, había estado esperando con ansiedad allí en el Medio Oeste, pueden estar seguros de ello. Humboldt era un escritor de vanguardia, el primero de una generación, de aspecto atractivo, rubio, fuerte, juicioso, instruido. El hombre lo poseía todo. Todos los periódicos se ocuparon de su libro. Su fotografía apareció en *Time* sin ninguna crítica acerba, y en *Newsweek*, con un elogio. Leí con entusiasmo *Las baladas de Arlequín*. Por aquel entonces yo estudiaba en la Universidad de Wisconsin, y la literatura ocupaba mi mente día y noche. Humboldt me descubrió nuevos modos de hacer las cosas. Estaba embelesado. Envidiaba su suerte, su talento y su fama, por lo que en mayo me dirigí al este para poder verlo, quizá para acercarme a él. El autobús Greyhound, que seguía la carretera de Scranton, hacía el viaje en unas cincuenta horas, pero esto no me importaba. Las ventanas del autobús iban abiertas, y yo nunca había visto verdaderas montañas hasta aquel momento. Los árboles estaban cubiertos de flores y hojas; aquello me recordaba la *Pastoral* de Beethoven. Me sentía refrescado interiormente por el verdor. Manhattan también me gustó. Alquilé una habitación por tres dólares semanales, y pronto encontré trabajo como vendedor a domicilio de cepillos Fuller.

Todo me entusiasmaba. Escribí a Humboldt una larga carta en la cual le expresaba mi admiración y fui invitado a Greenwich Village para discutir sobre literatura e intercambiar ideas. Humboldt vivía en la calle Bedford, cerca de Chumley. Primero me ofreció un café y después vertió un poco de ginebra en la misma taza.

—Bueno, eres un muchacho bastante agradable, Charlie —me dijo—, un tanto socarrón, quizá. Creo que muestras tendencia a una calvicie prematura. Y esos grandes ojos, bellos y emocionales... Pero eres un auténtico amante de la literatura, y esto es lo importante. Tienes sensibilidad —concluyó.

Mostraba predilección por esta palabra. Más tarde, la sensibilidad llegó a ser muy importante. Humboldt era muy amable. Me presentó algunas personas del Village y me consiguió trabajo como asesor literario. Siempre lo quise.

El éxito de Humboldt duró unos diez años y empezó a decaer al final de la década de los cuarenta. Al principio de los cincuenta conseguí hacerme famoso y llegué a ganar mucho dinero. ¡Ah, dinero, dinero, dinero! Humboldt esgrimía el argumento del dinero contra mí. En los últimos años de su vida, cuando no se sentía demasiado deprimido para hablar —en cuyo caso se encerraba en un silencio lunático—, iba por Nueva York hablando amargamente de mí y de mi «millón de dólares».

—Fijaos en el caso de Charlie Citrine —decía—. Vino de Madison, en Wisconsin, y llamó a mi puerta. Ahora ya ha conseguido su millón de dólares. ¿Qué clase de escritor o de intelectual puede ganar tanto dinero? ¿Un Keynes? De acuerdo, Keynes es una figura mundial. Un genio de la economía, el más destacado del grupo de Bloomsbury. Casado con una bailarina rusa. El dinero afluía a él. Pero ¿quién demonios es Citrine para hacerse tan rico? Éramos muy buenos amigos —precisaba

Humboldt—. Pero hay algo impropio en ese tipo. Después de ganar tanta pasta, ¿por qué desaparece de la civilización? ¿Para qué ha vuelto a Chicago? Tiene miedo de que lo encuentren.

Cuando su mente estaba suficientemente lúcida, utilizaba su ingenio para criticarme. Realizaba un gran trabajo.

Pero no era el dinero lo que yo tenía en mente. ¡Oh, no, Dios mío! Lo que deseaba era hacer las cosas bien. Ansiaba hacer algo bueno. Y este sentimiento por el bien me retrotrajo a mi primer sentido peculiar de la existencia. Hundido en las tenebrosas profundidades de la vida, buscaba a tientas un sentido, temblando y desesperado, como una persona sutilmente consciente de los velos pintados, de Maya, de las cúpulas de vidrios multicolores que manchan la radiante blancura de la eternidad, estremecido en el intenso vacío. Me encontraba por completo trastornado por esas cosas. En realidad, Humboldt lo sabía, pero al final le era imposible mostrar por mí comprensión alguna. Enfermo y amargado, no podía dejar de acosarme. Únicamente ponía de relieve la contradicción existente entre los velos pintados y las grandes sumas de dinero. Pero el dinero que llegué a poseer llegó solo. Fue una cuestión de capitalismo que respondió a sus propias razones, oscuras y cómicas. El mundo lo hizo. Ayer leí en *The Wall Street Journal* acerca de la melancolía de la abundancia: «Durante los cinco milenios de historia conocida del hombre, jamás han existido tantos con tanta riqueza». Las mentes forjadas durante cinco milenios de penuria están deformadas. El corazón no puede aceptar un cambio semejante. Algunas veces, simplemente lo rehúsa.

En la década de los veinte, los muchachos de Chicago buscaban tesoros durante el deshielo de marzo. En los bordillos de las aceras se formaban montículos de nieve sucia que, al derretirse, hacían correr el agua en relucientes arroyuelos hacia las alcantarillas, dejando al descubierto un maravilloso botín: tapones de botellas, engranajes de motor, monedas de un centavo... La última primavera, ya casi un anciano, sin darme cuenta me desvié en la acera para seguir por el bordillo buscando algo. ¿Qué es lo que buscaba? ¿Qué estaba haciendo? ¿Y si encontrara una moneda de diez centavos? Supongamos que hubiera encontrado una moneda de cincuenta centavos, ¿qué habría ocurrido? No sé cómo me asaltó de pronto ese espíritu infantil, pero así sucedió. Todo estaba derritiéndose, el hielo, la discreción y la madurez. ¿Qué es lo que hubiera dicho Humboldt de ello?

Cuando alguien me contaba las observaciones mordaces que había hecho sobre mí, yo solía estar de acuerdo con lo que había dicho. «Le dieron a Citrine el premio Pulitzer por su libro sobre Wilson y Tumulty. El Pulitzer es para principiantes, para los polluelos. No es más que un premio al que dan publicidad unos falsos periódicos, concedido por estafadores y analfabetos. Uno se convierte en un anuncio andante del Pulitzer y, cuando estira la pata, las primeras palabras en la nota necrológica son: “Ha fallecido un ganador del Pulitzer”». Y creo que tenía su parte de razón. «Charlie es un Pulitzer doble. Primero fue esa comedia sensiblera con la que hizo una fortuna en

Broadway. Más los derechos de la película. ¡Le dieron un porcentaje de los beneficios brutos! Y no diré que fuera un plagio, pero algo me robó: mi personalidad. Infundió mi personalidad a su héroe».

También en esto, aunque parezca descabellado, tenía quizá motivos justificados.

Era un conversador fascinante, un monologuista inagotable, improvisador febril; un campeón de la denigración. Pero ser difamado por Humboldt constituía casi una especie de privilegio, como ser el modelo de un retrato con dos narices pintado por Picasso o una gallina destripada por Soutine. El dinero siempre lo inspiró. Le encantaba hablar de los ricos. Formado en el periodismo sensacionalista de Nueva York, mencionaba con frecuencia los escándalos dorados de los años pasados, Peaches y Daddy Browning, Harry Thaw y Evelyn Nesbitt, además de la época del jazz, Scott Fitzgerald y los Super-Rich. Conocía a fondo a las herederas de Henry James.

Algunas veces, él mismo elaboraba cómicos proyectos para hacer fortuna. Pero su auténtica riqueza era literaria. Había leído miles de libros. Solía decir que la historia era una pesadilla durante la cual él intentaba conseguir una buena noche de descanso. El insomnio lo convirtió en un hombre más erudito. Durante las primeras horas de la madrugada leía gruesos volúmenes —Marx y Sombart, Toynbee, Rostovtzeff, Freud—. Cuando hablaba de la riqueza, podía comparar el *luxus* romano con la opulencia de los protestantes norteamericanos. Generalmente seguía con los judíos —los judíos de Joyce, alrededor de la bolsa, con sus sombreros de seda—, para terminar con el cráneo forrado de oro o la máscara mortuoria de Agamenón, descubierta por Schliemann. Ciertamente, Humboldt dominaba el arte de hablar.

Su padre, un inmigrante húngaro-judío, había cabalgado con la caballería de Pershing en Chihuahua, persiguiendo a Pancho Villa en un México de prostitutas y caballos (muy distinto de mi padre, personaje cortés que rehuía modestamente abordar estos temas). Su padre se había sumergido en América. Humboldt hablaba de botas, clarines y campamentos. Más tarde llegaron las limusinas, hoteles de lujo y palacios en Florida. Su padre había vivido en Chicago durante el *boom*. Se dedicaba al negocio de bienes inmobiliarios y mantenía una suite en el hotel Edgewater Beach. Su hijo se reunía con él durante el verano. Humboldt también conocía Chicago. En los tiempos de Hack Wilson y Woody English, los Fleisher tenían un palco en Wrigley Field, e iban a ver los partidos en un Pierce-Arrow o un Hispano-Suiza (Humboldt estaba loco por los coches). Y allí estaban las adorables muchachas de John Held hijo, tan bellas, con sus bragas ajustadas. Y el whisky y los gánsteres, y los sombríos bancos de la calle La Salle, que guardaban en sus cajas fuertes de acero dinero del ferrocarril, de la carne de cerdo y de las cosechas. Este Chicago era totalmente desconocido para mí cuando llegué de Appleton. Yo jugaba con chiquillos polacos bajo las vías aéreas del ferrocarril. Humboldt comía pastel de chocolate con capas de coco y malvavisco en Henrici's, donde yo nunca llegué a entrar.

Una vez vi a la madre de Humboldt en su lóbrego apartamento, en la avenida

West End. Su rostro se asemejaba al de su hijo. La mujer era silenciosa, gorda, de gruesos labios, y llevaba un albornoz. Tenía el pelo blanco y espeso, de aspecto salvaje. El dorso de sus manos estaba cubierto de pecas, y en su rostro oscuro había otras manchas más oscuras todavía, tan grandes como sus ojos. Humboldt se inclinó para hablarle, pero ella no respondió y siguió mirando hacia el exterior mostrando una gran pesadumbre femenina. Humboldt estaba triste cuando nos fuimos y me confió: «Ella me dejaba ir a Chicago, pero yo debía espiar a mi padre y copiar los balances del banco y los números de las cuentas, anotando los nombres de sus clientes. Ella quería ponerle un pleito. Está loca; ya lo has visto. Pero entonces él lo perdió todo en la quiebra y murió de un ataque al corazón en Florida».

Este era el fondo de aquellas ingeniosas y alegres baladas. Era un maniaco-depresivo (según su propio diagnóstico). Poseía una colección de las obras de Freud y leía revistas psiquiátricas. Después de leer la *Psychopathology of Everyday Life*, uno sabía que toda la vida diaria era psicopatología. Humboldt estaba plenamente de acuerdo con ello. Con frecuencia me citaba *El rey Lear*. «En las ciudades, motines; en los campos, discordia; en los palacios, traición; y los lazos entre padre e hijo, rotos...». Ponía énfasis en «padre e hijo». «Ruinosos desórdenes nos siguen inquietamente a nuestras tumbas».

En resumen, ahí fue adonde lo siguieron los ruinosos desórdenes hace ahora siete años. Al ir apareciendo nuevas antologías, bajé al sótano de Brentano y las revisé. Habían omitido los poemas de Humboldt. Esos cabrones, los directores funerarios de la literatura y los políticos que compilaban estas colecciones, no tenían espacio para el viejo Humboldt.

Y, así, todo su pensamiento, sus escritos y sus sentimientos no contaban para nada. Aquellas incursiones entre líneas para recuperar la belleza no tenían efecto alguno, excepto para consumirlo a él. Murió en un lúgubre hotel de Times Square. Mientras que yo, otro tipo de escritor, quedé para llorarlo en medio de mi prosperidad en Chicago.

La noble idea de ser un poeta norteamericano ciertamente producía muchas veces en Humboldt el sentimiento de ser un bufón, un crío, un cómico, un bobo. Vivíamos como bohemios y estudiantes graduados en un ambiente de diversión y juegos. Quizá Norteamérica no necesitaba arte y milagros interiores. Poseía ya tantos milagros exteriores... Estados Unidos era una maquinaria enorme, descomunal. Y cuanto mayor su tamaño, menor el nuestro. Por eso, Humboldt se comportaba como un sujeto excéntrico y cómico. Pero de vez en cuando, cuando se detenía a pensar, la excentricidad quedaba a un lado. Intentaba reflexionar sobre sí mismo manteniéndose al margen de ese mundo norteamericano (yo también lo hice). Pude comprobar que Humboldt consideraba lo que debía hacer entre *entonces* y *ahora*, entre el nacimiento y la muerte, buscando respuesta a ciertas cuestiones importantes. Estas meditaciones no lo hicieron más cuerdo. Probó las drogas y la bebida hasta que finalmente hubo que aplicarle un tratamiento de electrochoque. Se trataba, según él apreció, de



Humboldt contra la locura. Y la locura fue mucho más fuerte.

Yo no andaba muy bien recientemente cuando Humboldt actuó desde su tumba, por decirlo así, y provocó un cambio básico en mi vida. A pesar de nuestra gran pelea y de los quince años de distanciamiento, él me dejó algo en su testamento. Recibí un legado.

Era un hombre fascinante, pero se estaba volviendo loco. Únicamente a aquellos que reían demasiado fuerte les podía pasar inadvertido el elemento patológico. Humboldt, aquella gran persona, extravagante y atractiva, rubio y de cara ancha, aquel hombre encantador, locuaz y profundamente inquieto al que me sentía tan unido,apuró el Éxito, y murió, naturalmente, del Fracaso. ¿Qué otra cosa podía resultar de estos conceptos con mayúscula? Por mi parte, siempre he mantenido muy bajo el número de las palabras sagradas. En mi opinión, Humboldt tenía una lista demasiado larga: Poesía, Belleza, Amor, Tierra virgen, Locura, Política, Historia, Inconsciente. Y, por supuesto, Maníaco y Depresivo, siempre en mayúsculas. Según él, el mayor maníaco-depresivo norteamericano fue Lincoln. Para él Churchill era un caso clásico de manía depresiva, con sus estados de humor melancólicos. «Igual que yo, Charlie —me decía—. Pero reflexiona: si energía es deleite y exuberancia es belleza, el maníaco-depresivo sabe más que nadie sobre deleite y belleza. ¿Qué otra persona posee tanta energía y exuberancia? Quizá aumentar la depresión sea una estrategia de la mente. ¿No fue Freud quien dijo que la felicidad no era sino la remisión del dolor? Cuanto más dolor, tanto más intensa es la felicidad. Pero esto tiene un origen previo, y la mente crea el dolor a propósito. De cualquier modo, la humanidad se asombra por la exuberancia y la belleza de algunos individuos. Cuando un maníaco-depresivo escapa de sus furias, es irresistible. Conquista la historia. Creo que la exageración es una técnica secreta del inconsciente. En cuanto a los grandes hombres y a los reyes esclavos de la historia, pienso que Tolstoi estaba un tanto equivocado. No te confundas, los reyes son los enfermos más sublimes. Los héroes maníacos-depresivos atraen a la humanidad dentro de sus ciclos y la arrastran con ellos».

El pobre Humboldt no impuso sus ciclos durante mucho tiempo. Nunca llegó a convertirse en el centro radiante de su época. La depresión se apoderó de él para siempre. Acabaron los períodos de manía y de poesía. Treinta años después de que Las baladas de Arlequín lo hicieran famoso, murió de un ataque al corazón en una pensión barata de West Forties, una de esas ramas del Bowery en medio de la ciudad. Aquella noche me encontraba en Nueva York. Había ido por cuestión de negocios, que por cierto no dieron ningún resultado. Ninguno de mis negocios era bueno. Alejado de todos, Humboldt vivía en un lugar llamado Ilscombe. Más tarde, fui a echar una ojeada. La Seguridad Social alojaba a los viejos allí. Murió una noche de calor sofocante. Me sentía incómodo incluso en el Plaza. El monóxido de carbono era espeso. Los vibrantes acondicionadores de aire goteaban sobre los transeúntes de la calle. Una noche de perros. A la mañana siguiente, en mi vuelo de regreso a Chicago, abrí el *Times* y me encontré con la nota necrológica de Humboldt.

Sabía que Humboldt moriría pronto, pues lo había visto en la calle dos meses atrás y llevaba la muerte reflejada en el rostro. Él no me vio. Tenía el aspecto de un gordo ceniciento, gris y enfermo. Había comprado una pasta seca y se la estaba comiendo. Su almuerzo. Lo observé escondido en el interior de un coche estacionado. No me acerqué a él, pues comprendí que no era oportuno. Por una vez, lo que me

llevaba al este era un asunto decente. No estaba persiguiendo a ninguna mujerzuela, sino preparando un artículo para una revista. Aquella misma mañana había volado sobre Nueva York en una comitiva de helicópteros de la Guardia Costera, con los senadores Javits y Robert Kennedy. Más tarde asistí a un almuerzo político en el Central Park, en el restaurante Tavern on the Green, donde todas las celebridades habían quedado extasiadas contemplándose mutuamente. Yo estaba, según decían, «en muy buena forma». Cuando no tengo buen aspecto, parezco arruinado. Pero sabía que tenía buen aspecto. Además, llevaba dinero en el bolsillo y había estado mirando los escaparates de Madison Avenue. Si me hubiera encaprichado de una corbata de Cardin o Hermés, podría haberla comprado sin ni siquiera preguntar el precio. Mi vientre era liso y usaba calzoncillos de algodón cardado Sea Island que costaban ocho dólares el par. Era miembro de un club atlético de Chicago y, con un esfuerzo adecuado a mi edad, me mantenía en forma. Jugaba a una especie de squash, un juego duro y rápido. ¿Cómo hubiera podido hablar con Humboldt? Era demasiado. Mientras viajaba en el helicóptero que sobrevolaba Manhattan contemplando Nueva York como si estuviera dentro de una embarcación con fondo de cristal que navegara por encima de un arrecife tropical, Humboldt probablemente estaba buscando a tientas entre sus botellas tratando de recoger unas gotas de zumo para mezclar con su ginebra matinal.

Tras la muerte de Humboldt, mis ejercicios de cultura física se intensificaron. El último día de Acción de Gracias escapé de un atracador en Chicago. Salió de un callejón oscuro, pero lo aventajé. Fue puro reflejo. Di un salto y corrí hasta el centro de la calle. Cuando era niño, nunca destacué en la carrera. ¿Cómo es posible que ahora, a los cincuenta años, tuviera la inspiración de huir y fuese capaz de correr a gran velocidad? Aquella misma noche, horas más tarde, me envanecía: «Todavía podría ganar a un jovenzuelo en las cien yardas». ¿Y ante quién me jactaba de la fuerza de mis piernas? Ante una mujer joven llamada Renata. Estábamos tendidos en la cama. Le conté cómo había conseguido escapar: corrí como un demonio, hui. Y ella me respondió, como si se esperara eso de ella (¡ah!, la cortesía, la gentileza de estas bellas muchachas):

—Estás en espléndida forma, Charlie. No eres un hombrón, pero sí vigoroso y fuerte, y también elegante. —Entretanto me acariciaba el torso desnudo.

Así que mi camarada Humboldt se había ido. Probablemente, sus huesos se habían deshecho en el cementerio de los pobres. Quizá no hubiera nada en su tumba, solo unos montoncitos de ceniza. Pero Charlie Citrine todavía era capaz de ganar en velocidad a exaltados delincuentes en las calles de Chicago, y Charlie Citrine estaba en plena forma y acostado al lado de una voluptuosa mujer. Este Citrine podía realizar algunos ejercicios de yoga y había aprendido a sostenerse sobre la cabeza para mejorar la artritis de la nuca. Renata estaba bien informada sobre mi bajo nivel de colesterol. También le había comunicado repetidas veces los comentarios de mi médico sobre mi próstata sorprendentemente juvenil y mi electrocardiograma

supernormal. Fortalecido por la ilusión y la estupidez de estos orgullosos informes médicos, abracé el voluminoso busto de Renata, tendidos en el colchón Posturepedic. Ella me contempló con ojos de amor piadoso. Respiré su humedad deliciosa, sintiéndome partícipe del triunfo de la civilización norteamericana (teñida ahora con los colores orientales del Imperio). Pero en algún rincón fantasmagórico de la avenida de Atlantic City de mi mente vi un Citrine diferente, este al borde de la senilidad, con la espalda encorvada, y débil. Sumamente débil, empujado en una silla de ruedas a lo largo de las pequeñas olas saladas, olas que, como yo mismo, eran de tamaño reducido y sin fuerzas. ¿Y quién empujaba la silla? ¿Acaso era Renata, aquella Renata que había conquistado en las guerras de la felicidad con el ímpetu de mi violenta acometida? No, Renata era una gran chica, pero no podía imaginarla detrás de mi silla de ruedas. ¿Renata? Renata no. De ningún modo.

Allí, en Chicago, Humboldt se convirtió en uno de mis muertos importantes. Pasé mucho tiempo rumiando y comunicándome con los muertos. Además, mi nombre se hallaba vinculado al de Humboldt, pues, a medida que el pasado iba quedando atrás, los cuarenta empezaron a adquirir valor para las personas que fabricaban iridiscentes tejidos culturales, y se corrió la voz de que en Chicago vivía un individuo que había sido amigo de Von Humboldt Fleisher, un hombre llamado Charles Citrine. Personas que escribían artículos, tesis académicas y libros se dirigieron a mí por carta o tomaron un avión para discutir sobre Humboldt conmigo. Debo aclarar que, en Chicago, Humboldt era un tema natural para la reflexión. Situado en el extremo meridional de los Grandes Lagos —que constituyen el veinte por ciento del suministro mundial de agua fresca—, Chicago, con su gigantesca vida exterior, contenía todo el problema de la poesía y de la vida interior norteamericana. Aquí se podían contemplar esas cosas a través de una especie de transparencia de agua fresca.

—Señor Citrine, ¿a qué atribuye usted el encumbramiento y la caída de Von Humboldt Fleisher?

—Jovencitos, ¿qué es lo que pretendéis hacer con la obra de Humboldt? ¿Publicar artículos sobre ella y así escalar puestos en vuestras profesiones? Eso es puro capitalismo.

Pensaba en Humboldt con más gravedad y pena de lo que puede parecer en este relato. Quería a muy poca gente y no podía permitirme el lujo de perder a ninguno de los que amaba. Un signo infalible de mi cariño era que soñaba frecuentemente con Humboldt. Cada vez que lo veía, me conmovía profundamente y lloraba en el sueño. Una vez soñé que nos habíamos encontrado en la tienda de Whelan, en la esquina de la Sexta y la Octava, en Greenwich Village. En esta ocasión no era el hombre hinchado y ceniciento que había visto en la calle Cuarenta y seis, sino el Humboldt normal y robusto de la edad madura. Estaba sentado a mi lado, delante del surtidor de sifón, con una Coca-Cola. Me eché a llorar y le pregunté:

—¿Dónde has estado? Pensé que habías muerto.

Él permanecía sereno y silencioso, y parecía sumamente complacido. Me

respondió:

—Ahora lo comprendo todo.

—¿Todo? ¿Qué es todo?

Pero él respondió únicamente: «Todo». No pude sacarle nada más, y lloré de felicidad. Pero esto solo era un sueño, un sueño propio de un alma enferma. En la vigilia, mi carácter está muy lejos de la firmeza. Nadie me concederá medalla alguna por mi entereza de carácter. Pero los muertos deben de comprender muy bien estas cosas. Ellos han abandonado finalmente la problemática y nebulosa esfera humana y terrestre. Tengo el presentimiento de que en la vida miramos hacia afuera desde nuestro ego, nuestro centro. En la muerte se está en la periferia, mirando hacia adentro. Se ve a los antiguos compañeros en Whelan, luchando todavía con la pesada carga de sí mismos, y se los anima insinuando que, cuando les llegue el turno de entrar en la eternidad, también empezarán a comprender y, finalmente, tendrán una idea de lo que ha sucedido. Como nada de esto es científico, nos asusta pensar en ello.

De acuerdo, intentaré ser breve en el relato. A los veintidós años, Von Humboldt Fleisher publicó su primer libro de poemas. Cualquiera hubiera creído que aquel hijo de inmigrantes neuróticos de la Ochenta y nueve y el West End —con un padre extravagante que había ido a la caza de Pancho Villa y que, en la fotografía que Humboldt me mostró, tenía un cabello tan ensortijado que la gorra de guarnición apenas se sostenía en su cabeza, y una madre, fruto de una de esas familias Potash y Perlmutter, numerosas, vociferantes y volcadas en los negocios y el béisbol, que había sido una linda morenita al principio y una demente tétrica y silenciosa después — aquel joven, repito, sería torpe, y que los críticos cristianos, celosos guardianes del *establishment* protestante y de la tradición gentil, rechazarían su sintaxis. De ningún modo. Las poesías eran puras, musicales, ingeniosas, radiantes, humanas. Creo que eran platónicas. Y al decir platónicas me refiero a la perfección original a la cual todos los seres humanos ansían regresar. Sí, las palabras de Humboldt eran impecables. La Norteamérica gentil no tenía por qué preocuparse. Presa de extremada agitación, esperaba que surgiera un Anticristo de los barrios bajos. Y en su lugar apareció este Humboldt Fleisher con su ofrecimiento de amor. Se comportaba como un caballero. Era encantador. Y se lo acogió calurosamente. Conrad Aiken lo elogió. T. S. Elliot se interesó favorablemente por sus poemas, e incluso Yvor Winters tuvo unas palabras amables para Humboldt. En cuanto a mí, pedí prestados treinta dólares y me fui entusiasmado a Nueva York y a la calle Bedford para poder conversar con él acerca de todo. Esto ocurrió en 1938. Cruzamos el Hudson en el ferry de la calle Christopher para comer almejas en Hoboken y hablamos de los problemas de la poesía moderna. Es decir, Humboldt me dio una lección al respecto. ¿Tenía razón Santayana? ¿Era la poesía moderna una demostración de barbarie? Los poetas modernos disponían de un material más maravilloso del que habían tenido Dante u Homero. No obstante, carecían de una idealización sana y firme. Era imposible ser

cristiano, y también lo era ser pagano. Quedaba lo que todos sabemos.

Yo había ido para oír que las grandes cosas podían ser verdad, y eso fue lo que escuché en el ferry de la calle Christopher. Había que hacer gestos maravillosos y Humboldt los hizo. Me dijo que los poetas tenían la obligación de encontrar un modo de acercarse al pragmatismo norteamericano. Aquel día, Humboldt estuvo discurrendo para mí. Y allí estaba yo, extasiado, vestido como un vendedor de cepillos Fuller, con un sofocante traje usado de lana heredado de Julius. Los pantalones me quedaban anchos de cintura y la camisa me hacía bolsas, pues mi hermano Julius tenía el pecho muy desarrollado. Me enjuagué el sudor con un pañuelo en el que había bordada la letra J.

Humboldt estaba empezando a engordar. Tenía los hombros bastante anchos, pero las caderas se conservaban todavía estrechas. Algún tiempo después llegó a tener un vientre voluminoso, como Babe Ruth. Sus piernas no permanecían quietas un momento y hacía movimientos nerviosos con los pies. Por abajo, un restregar constante; por arriba, dignidad y aires principescos y cierto encanto extravagante. Una ballena que surgiera en la superficie, al lado de una embarcación, miraría igual que Humboldt, con sus ojos grises muy separados. Era a la vez refinado y torpe, pesado y ligero, con un rostro pálido y a un tiempo sombrío. Su cabello dorado, ligeramente castaño, se erizaba rebelde —dos crestas ligeras y un valle oscuro—. Tenía una cicatriz en la frente. Siendo niño, se había caído sobre el filo de un patín que lo hirió hasta llegar al hueso. Sus pálidos labios eran abultados y sus dientes parecían inmaduros, como si se tratara de los dientes de leche. Consumía los cigarrillos hasta quemarse los dedos, y había huellas de quemaduras en su corbata y su americana.

Aquella tarde, el tema era el éxito. Yo era un provinciano y él me ponía al corriente de la ciudad. ¿Podría yo imaginar —me decía— lo que significaba dejar boquiabierto al Village con unos poemas y seguir después con ensayos críticos en el *Partisan* y la *Southern Review*? Tenía mucho que contarme sobre modernismo, simbolismo, Yeats, Rilke, Eliot, etcétera. Era también un buen bebedor. Y, naturalmente, había abundancia de muchachas. Además, por aquel entonces Nueva York era una ciudad muy moscovita, así que teníamos a Rusia por todas partes. Como dijo Lionel Abel, era el caso de una metrópoli que ansiaba pertenecer a otro país. El sueño de Nueva York era abandonar América del Norte y fusionarse con la Rusia soviética. La conversación de Humboldt iba fácilmente de Babe Ruth a Rosa Luxemburgo, Bela Kun y Lenin. Allí mismo, en aquel momento, me di cuenta de que, si no leía a Trotski inmediatamente, mi conversación no valdría la pena. Humboldt me hablaba de Zinoviev, Kamenev, Bujarin, el Instituto Smolni, los ingenieros Shajti, los juicios de Moscú, el libro de Sidney Hook *De Hegel a Marx, Estado y Revolución* de Lenin. De hecho, él se comparaba con Lenin. «Yo sé —me dijo— cómo se sintió Lenin en octubre, cuando exclamó: “¡Es schwindelt!”. Él no quería decir que estaba “schwindling” a todo el mundo, sino que se sentía mareado<sup>[1]</sup>.

A pesar de toda su firmeza, Lenin era como una jovencita bailando el vals. Yo también siento el vértigo del éxito, Charlie. Mis ideas no me permiten dormir. Me voy a la cama sin haber probado gota y la habitación me da vueltas. También te sucederá a ti. Te lo advierto, para que estés preparado», me previno Humboldt. Poseía una maravillosa habilidad para el halago.

Exaltado hasta lo indecible, me mostraba tímido. Naturalmente, había recibido una intensa preparación y esperaba dejar sin aliento a todo el mundo. Cada mañana, en la breve reunión del equipo de vendedores de cepillos Fuller, decíamos al unísono: «Estoy en excelentes condiciones, me siento poderoso. ¿Y tú?». Pero lo cierto es que estaba en excelentes condiciones y me sentía fuerte. No tenía por qué fingir. No hubiera podido mostrar mayor entusiasmo. Entusiasmo para saludar a las amas de casa, entusiasmo para entrar y ver sus cocinas, entusiasmo para oír sus historias y sus quejas. La apasionada hipocondría de las mujeres judías era totalmente nueva para mí entonces, y escuchaba atentamente cuanto me contaban acerca de sus tumefacciones y de sus piernas varicosas. Deseaba que me hablasen del matrimonio, nacimiento, dinero, enfermedad y muerte. Sí, trataba de clasificarlas en categorías mientras permanecía allí sentado y tomando café. Eran burguesas y mezquinas, aniquiladoras de maridos, trepadoras, histéricas y demás. Pero este escepticismo analítico no servía para nada. Mi entusiasmo era excesivo. De modo que vendía con entusiasmo mis cepillos y con el mismo entusiasmo me dirigía por la noche al Village y escuchaba a los mejores conversadores de Nueva York —Schapiro, Hook, Rahv, Huggins y Gumbein—. Abrumado por su elocuencia, permanecía allí sentado como un gato en una sala de conciertos. Pero Humboldt era el mejor entre todos. Era, sencillamente, el Mozart de la conversación.

En el transbordador, Humboldt me dijo: «Triunfé demasiado joven, y ahora estoy turbado». Su exposición incluía a Freud, Heine, Wagner, Goethe en Italia, el hermano difunto de Lenin, los trajes de Hickok para el Salvaje Bill, los Giants de Nueva York, Ring Lardner en la gran ópera, Swinburne y la flagelación, John D. Rockefeller y la religión. A lo largo de estas divagaciones, el tema central era siempre ingenioso y apasionadamente buscado. Aquella tarde, las calles parecían cenicientas, pero la gris cubierta del ferry relucía. Humboldt tenía un aspecto desaliñado aunque magnífico, con su mente fluctuante como el agua y como las ondas de su cabello rubio, el rostro, de ojos grisáceos muy separados, pálido y tenso, las manos hundidas en los bolsillos y los pies juntos, calzados con unas botas de polo.

«Si Scott Fitzgerald hubiera sido protestante —decía Humboldt— el éxito no le habría hecho tanto daño. Fíjate en Rockefeller hijo: él sí sabía cómo manejar el éxito; simplemente decía que era Dios quien le había proporcionado toda la pasta. Naturalmente, esto era administración. Esto era calvinismo». En cuanto había hablado de calvinismo, Humboldt se lanzaba a discurrir sobre la gracia y la depravación. De la depravación pasaba a Henry Adams, quien dijo que, dentro de unas pocas décadas, el progreso mecánico nos rompería la nuca de todas formas, y de

Henry Adams saltaba al tema de la inminencia de una época de revoluciones, crisoles y masas, y luego seguía con Tocqueville, Horatio Alger y Ruggles de Red Gap. Gran amante del cine, Humboldt leía regularmente la revista *Screen Gossip*. Recordaba personalmente a Mae Murray como a una diosa envuelta en lentejuelas en el escenario de Loew, que invitaba a los muchachos a visitarla en California. «Fue la estrella de *La reina de Tasmania* y *Circe la Encantadora*, pero acabó sus días en el asilo como cualquier otra anciana. ¿Y aquel otro, cuyo nombre no recuerdo, que se mató en el hospital? Se clavó un tenedor en el corazón con la ayuda del tacón de su zapato; ¡pobre hombre!».

Todo esto era triste. Pero a mí, realmente, no me importaba cuánta gente había estirado la pata. Me sentía sumamente feliz. No había visitado nunca la casa de un poeta, ni había bebido ginebra pura, ni había comido almejas al vapor, ni jamás había olido la marea. Tampoco nunca había oído hablar de aquel modo sobre los negocios, sobre su poder para endurecer el alma. Humboldt hablaba maravillosamente de los maravillosos y abominables ricos. Había que considerarlos bajo la protección del arte. Su monólogo era un oratorio en el cual cantaba y ejecutaba todas las partes. Elevándose todavía más, comenzó a hablar de Spinoza, y de cómo la mente se inflamaba de gozo con las cosas eternas e infinitas. Este era Humboldt, el estudiante a quien el gran Morris R. Cohen había otorgado un sobresaliente en filosofía. Dudé de que se hubiese atrevido a hablar así a cualquier otra persona que no fuese un muchacho provinciano. Pero, después de Spinoza, Humboldt quedó algo abatido y dijo:

—Muchas personas están esperando mi caída. Tengo un millón de enemigos.

—¿Los tienes? ¿Y por qué?

—Supongo que no has leído nada sobre la sociedad caníbal de los indios kwakiutl —respondió el erudito Humboldt—. Cuando el candidato ejecuta la danza de su iniciación, cae en un frenesí y come carne humana. Pero si se equivoca en algún detalle del rito, lo destrozan entre todos.

—Pero ¿por qué tu poesía tendría que crearte un millón de enemigos?

Humboldt replicó que esta era una buena pregunta, pero resultaba evidente que él no lo creía así. Su humor se ensombreció y su voz se volvió monótona, chirriante, como si en su brillante teclado hubiera una nota falsa. Esta nota fue la que pulsó ahora. «Puedo creer que estoy haciendo una ofrenda al altar, pero ellos no lo ven así». No, no era una buena pregunta, pues el hecho de que se la hiciera significaba que no sabía lo que era el Mal. Y si no conocía el Mal, mi admiración carecía de valor alguno. Él me perdonó porque yo era todavía un muchacho. Pero cuando percibí aquel sonido falso, me di cuenta de que debía aprender a defenderme. Humboldt había despertado mi afecto y mi admiración, que crecían con una celeridad peligrosa. Este flujo de entusiasmo me debilitaría, y cuando fuese débil y estuviera sin defensas, recibiría un golpe en la nuca. Así que pensé: ¡ajá, quiere que me adapte perfectamente a él, hasta lo más profundo! Me dominará y es mejor que esté alerta.



La misma noche sofocante en que obtuve *mi* éxito, Humboldt formaba parte de un piquete frente al teatro Belasco. Acababa de ser puesto en libertad de Bellevue. En lo alto de la calle centelleaba un gran aviso luminoso, «*Von Trenck*, de Charles Citrine». Había millares de bombillas eléctricas. Llegué, con mi corbatín negro, y allí estaba Humboldt, con una pandilla de compañeros y de vocingleros. Salí del taxi, con mi amiga, y la conmoción me sorprendió en la acera. La policía estaba controlando la multitud. Los compinches de Humboldt gritaban y vociferaban y él llevaba su pancarta como si fuese una cruz. En borrosos caracteres, pintados con yodo sobre algodón, aparecía escrito: «El autor de esta comedia es un traidor». La policía hizo retroceder a los manifestantes, por cuyo motivo Humboldt y yo no nos encontramos cara a cara. El ayudante del productor me preguntó si quería que lo hiciera detener.

—No —respondí, ofendido y tembloroso—. Yo era su protegido. Eramos compañeros, ¡endemoniado hijo de perra! Déjelo en paz.

Demmie Vonghel, la dama que me acompañaba, dijo:

—¡Buen chico! ¡Esto está bien, Charlie, eres un buen chico!

*Von Trenck* permaneció ocho meses en Broadway. El público me dedicó su atención casi un año entero, y yo nada le había enseñado.

Volvamos a la muerte de Humboldt. Murió en el Ilscombe, situado en la esquina del Belasco. En su última noche, según he reconstruido la escena, él estaba sentado en su cama, en aquel deteriorado lugar, probablemente leyendo. Los libros que tenía en la habitación eran los poemas de Yeats y Fenomenología de Hegel. Además de estos autores visionarios, leía el Daily News y el Post. Estaba al corriente de los deportes y de la vida nocturna, de la jet-set y de las actividades de la familia Kennedy, de los precios de los automóviles usados y de las demandas de trabajo. Pese a su desastrosa condición, conservaba sus normales intereses norteamericanos. Serían las tres de la madrugada —en los últimos tiempos dormía poco— cuando se decidió a bajar la basura y sufrió un ataque al corazón en el ascensor. Al parecer, cuando el dolor lo acometió, cayó contra el cuadro de los pulsadores y los apretó, incluido el de alarma. Sonaron timbres, se abrió la puerta y Humboldt salió tambaleándose al pasillo y cayó, desparramando en su caída los botes vacíos, los posos del café y las botellas que contenía el cubo. En su afán por respirar, se desgarró la camisa. Cuando la policía llegó para llevarlo al hospital, tenía el pecho descubierto. En el hospital ya no lo admitieron, de modo que lo transportaron al depósito de cadáveres. En el depósito no había lectores de poesía moderna. El nombre de Von Humboldt Fleisher no tenía significado alguno. Y allí quedó, por consiguiente, un abandonado más.

No hace mucho tiempo visité a su tío Waldemar en Coney Island. El viejo, aficionado a las carreras de caballos, estaba en un asilo.

—Los policías limpiaron a Humboldt —me dijo—. Le quitaron el reloj y la pasta, hasta la estilográfica. Humboldt siempre utilizó una estilográfica auténtica. Nunca escribió poesía con bolígrafo.

—¿Está usted seguro de que tenía dinero?

—Él nunca salía a la calle sin llevar por lo menos cien dólares en el bolsillo. Ya deberías saber cómo era cuando se trataba de dinero. Lo echo de menos. ¡Cómo echo de menos a ese muchacho!

Mis sentimientos eran los mismos que los de Waldemar. Me sentía más conmovido por la muerte de Humboldt que por el pensamiento de mi propia muerte. Él se había forjado a sí mismo para ser llorado y añorado. Asumió ese peso y llegó a manifestar en el rostro los sentimientos humanos más graves e importantes. Era imposible olvidar nunca una cara como la suya. Pero ¿para qué fin había sido creada?

Muy recientemente, durante la pasada primavera, me sorprendí pensando en esto por una extraña coincidencia. Me hallaba en un tren francés con Renata, haciendo un viaje que, como la mayoría de ellos, no necesitaba ni deseaba hacer. Renata señaló el paisaje y exclamó:

—¡Mira cuánta belleza ahí fuera!

Miré y, en efecto, tenía razón. Allí había auténtica belleza. Pero yo ya había visto la belleza muchas veces y cerré los ojos. Rehusé los ídolos de yeso de las apariencias. Se me había enseñado, como a todos, a ver esos ídolos y estaba harto de su tiranía. Llegué a pensar: El velo pintado ya no es lo que solía ser. La maldita cosa ya está

desgastándose. Como una toalla de rolo en unos lavabos mexicanos de caballeros. Pensé en el poder de las abstracciones colectivas, y así sucesivamente. Anhelamos más que nunca la radiante vivacidad del amor infinito, y los ídolos infecundos frustran nuestras ansias cada vez más. Un mundo de categorías, carente de espíritu, espera el retorno de la vida. Es de suponer que Humboldt era un instrumento de este renacimiento. Esta misión, o vocación, se reflejaba en su rostro. La esperanza de una nueva belleza. La promesa, el secreto de la belleza.

Dicho sea de paso, en Estados Unidos esta condición confiere a la gente un aspecto muy extraño.

Era lógico que Renata llamara mi atención sobre la belleza. Ella tenía un interés personal en ello, pues estaba unida a la belleza.

De todos modos, el rostro de Humboldt mostraba claramente que comprendía lo que debía hacerse. Mostraba también que no había conseguido hacerlo. Él también dirigía mi atención hacia el paisaje. A finales de los cuarenta, él y Kathleen, recién casados, se mudaron de Greenwich Village a la rural New Jersey, y, cuando los visité, él era al mismo tiempo tierra, árboles, flores, naranjos, el sol, el paraíso, la Atlántida, Radamanto... Hablaba de William Blake en Felpham y del Paraíso de Milton, y despreciaba la ciudad. La ciudad era infame. Para poder seguir su intrincada conversación había que conocer sus textos básicos. Yo sabía cuáles eran: el Timeo, de Platón, Proust y Combray, Virgilio y el cultivo, Marvell y la jardinería, la poesía del Caribe de Wallace Stevens, y así sucesivamente. Una de las razones de la compenetración entre Humboldt y yo era que yo estaba dispuesto a tragarme el curso completo.

Humboldt y Kathleen vivían en una casa de campo. Humboldt iba a la ciudad varias veces por semana, por negocios —negocios de poeta—. Se hallaba en la cumbre de su reputación, aunque no de sus poderes. Había obtenido cuatro sinecuras, que yo supiera. Quizá hubiera más. Considerando normal vivir con quince dólares a la semana, yo no tenía medio alguno para poder estimar sus necesidades y sus ingresos. Era reservado, pero insinuaba sumas elevadas. Logró entonces un puesto para sustituir al profesor Martin Sewell, de Princeton, durante un año. Sewell se había marchado para pronunciar varias conferencias Fulbright sobre Henry James en Damasco. Su amigo Humboldt lo sustituiría. Se necesitaba un instructor en el programa, y Humboldt me recomendó. Aprovechando mis oportunidades en el boom cultural de la posguerra, yo había escrito las reseñas de montones de libros para The New Republic y el Times. Humboldt me dijo:

—Sewell ha leído tus críticas. Cree que eres bastante bueno. De hecho, pareces agradable e inofensivo con tus oscuros ojos de ingenuo y tus suaves modales del Medio Oeste. El viejo quiere verte de cerca.

—¿Verme de cerca? Está demasiado borracho para encontrar la salida ni de una frase.

—Como ya he dicho, «pareces» un agradable ingenuo hasta que se roza tu

susceptibilidad. No seas tan altanero. Únicamente es una formalidad. La selección ya está hecha.

«Ingenuo» era uno de los vocablos ofensivos de Humboldt. Profundo conocedor de la literatura psicológica veía claramente a través de mi conducta. Mi melancolía y mi espiritualidad no lo engañaron ni un momento. Él conocía la ambición y la mordacidad, sabía de la agresión y de la muerte. El nivel de su conversación era tan elevado como él podía alcanzar, y mientras nos dirigíamos al campo en su Buick de segunda mano y se sucedían los campos, Humboldt hablaba sin cesar: la enfermedad napoleónica, Julián Sorel, el *jeune ambitieux* de Balzac<sup>[2]</sup>, el retrato de Marx de Luis Bonaparte, el *Individualismo histórico mundial* de Hegel. Humboldt se sentía especialmente vinculado con esta última obra, el intérprete del espíritu, el líder misterioso que imponía a la humanidad la tarea de comprenderlo, etcétera. Semejantes tópicos eran bastante corrientes en el Village, pero Humboldt ponía en estas discusiones un ingenio peculiar y una energía maníaca, una pasión por la complejidad y los dobles significados e insinuaciones fineganescos.

—En Estados Unidos —dijo—, este individuo hegeliano hubiera surgido probablemente del campo de izquierdas. Nacido en Appleton, Wisconsin, quizá, como Harry Houdini o Charlie Citrine.

—¿Por qué la tomas conmigo? Estás muy equivocado respecto a mí.

En aquella época, yo estaba enfadado con Humboldt. Estando en el campo una noche, había aconsejado a mi amiga Demmie Vonghel en contra mía, diciendo bruscamente durante la cena:

—Debes tener cuidado con Charlie. Conozco a las chicas como tú. Esperáis demasiado de un hombre. Charlie es un auténtico demonio. Horrorizado por haber hablado de manera desconsiderada, se levantó de la mesa y salió apresuradamente de la casa. Lo oímos pisar fuerte los guijarros de la oscura carretera. Durante un rato, Demmie y yo permanecimos sentados junto a Kathleen. Esta dijo, finalmente:

—Te quiere mucho, Charlie. Pero hay algo en su cabeza. Algo sobre una misión tuya... algún tipo de misión secreta... y cree que no se puede confiar en personas de tu estilo. Él aprecia a Demmie y cree que así la protege. Pero no es nada, ni tan siquiera personal. No estarás ofendido, ¿verdad?

—¿Ofendido con Humboldt? Es demasiado fantástico para que uno pueda enfadarse con él. Y especialmente como protector de doncellas.

Demmie parecía divertida. Cualquier joven habría apreciado tal solicitud. Más tarde me preguntó con su brusquedad habitual:

—¿Qué es todo esto sobre una misión?

—Tonterías.

—Pero una vez me dijiste algo a mí, Charlie. ¿O es que Humboldt habla únicamente por hablar?

—Te dije que, a veces, tenía una extraña sensación, como si mi camino hubiera sido trazado de antemano en espera solo de llegar a un destino importante. Quizá

lleve en mí una información inédita. Pero esto es simplemente una bobada.

Demmie —su nombre completo era Anna Dempster Vonghel— enseñaba latín en la escuela Washington Irving, al este de Unión Square, y vivía en la calle Barrow.

—Hay un rincón holandés en Delaware —decía Demmie—. De allí vinieron los Vonghel.

Terminada la escuela superior estudió los clásicos en Bryn Mawr, pero también había sido delincuente juvenil, y a los quince años formaba parte de una banda de ladrones de coches.

—Ya que nos amamos, tienes derecho a saberlo —me dijo—. Tengo antecedentes por: robo de tapas de cubos, marihuana, delitos sexuales, automóviles robados, perseguida por la policía, accidente, hospital, libertad vigilada, todo el repertorio. También sé unos tres mil versículos de la Biblia. Me educaron creyendo en el infierno y la condenación. —Su padre, un millonario provinciano, se paseaba en su raudo Cadillac escupiendo desde la ventanilla—. Se lava los dientes con detergente para la vajilla. Recolecta para su iglesia. Conduce el autobús dominical de la escuela. El último de los fundamentalistas de los viejos tiempos. Excepto que hay un montón de ellos por allí —concluyó.

Demmie tenía los ojos azules con el blanco muy limpio, y una nariz respingona tan desafiante como sus expresivos ojos. Sus dientes delanteros, demasiado grandes, le mantenían la boca ligeramente abierta. Tenía una cabeza alargada y elegante y un cabello rubio que ella partía simétricamente como las cortinas de una casa ordenada. Su tipo de rostro era el que hubiera podido encontrarse un siglo atrás en un carromato, un rostro de pionero, un rostro muy blanco. Pero lo primero que me atrajo de ella fueron sus piernas. Eran extraordinarias. Aquellas bellas piernas tenían un defecto excitante: las rodillas se juntaban y los pies estaban ligeramente vueltos hacia afuera, de modo que, cuando caminaba de prisa, la seda tirante de sus medias producía un ligero ruido de fricción. Entre el gentío de un cóctel, donde la conocí, casi no pude comprender lo que me estaba diciendo, pues mascullaba las palabras al incomprensible estilo del este, entonces de moda, con la mandíbula cerrada. Pero en camión era la perfecta muchacha campesina, la hija de un granjero, y pronunciaba las palabras franca y claramente. Regularmente, hacia las dos de la madrugada, las pesadillas la despertaban. Su cristianismo era del tipo delirante. Poseía espíritus malignos que debía arrojar de sí. Temía el infierno. Cuando soñaba, se quejaba. Entonces se sentaba sollozando. Por mi parte, más dormido que despierto, intentaba apaciguarla y tranquilizarla.

—El infierno no existe, Demmie.

—Yo sé que hay infierno. Hay un infierno: existe.

—Pon tu cabeza en mi brazo. Vuelve a dormir.

Un domingo de septiembre de 1952, Humboldt me recogió enfrente del edificio donde Demmie tenía su apartamento, en la calle Barrow, cerca del teatro Cherry Lañe. Muy diferente del joven poeta con quien fui a Hoboken a comer almejas,

Humboldt era ahora corpulento y grueso. Demmie me avisó alegremente desde la escalera de emergencia del tercer piso donde cultivaba begonias (por la mañana no quedaba ni sombra de la pesadilla):

—Charlie, ya llega Humboldt en su cuatro ruedas.

Venía bajando por la calle Barrow, el primer poeta norteamericano con freno hidráulico, según solía decir. Rebosaba mística automovilística, pero no sabía aparcar. Lo observé mientras intentaba meter el coche en un espacio totalmente suficiente. Mi propia teoría es que el modo de estacionar de cada persona está íntimamente relacionado con la imagen que tiene de sí mismo y revela su sentimiento en cuanto a su parte posterior. Humboldt subió dos veces a la acera con la rueda trasera, y finalmente se conformó y desconectó el motor. Salió del coche vestido con una chaqueta deportiva a cuadros y botas de polo sujetas con correas, y cerró la puerta, que parecía tener dos metros de longitud. Me saludó silenciosamente, sin despegar sus gruesos labios. Sus ojos grises parecían más separados que nunca —la ballena emergiendo al lado del esqui—. Su bello rostro se había vuelto más grueso y ajado y tenía un aspecto suntuoso, como el de un Buda, pero no sosegado. Yo me había vestido para la formal entrevista y estaba demasiado comprimido, fajado y abotonado. Me sentía como un paraguas. Demmie había cuidado de mi apariencia. Me planchó la camisa, eligió la corbata y me alisó con un cepillo el pelo negro que por aquel entonces todavía me quedaba. Bajé. Y allí estábamos, con los ásperos ladrillos, los cubos de basura, las aceras inclinadas, las escaleras de emergencia contra incendios, Demmie agitando su mano desde arriba y su terrier blanco ladrando en el antepecho de la ventana.

—Que tengas un buen día.

—¿Por qué no viene Demmie? Kathleen está esperándola.

—Tiene que ordenar sus lecciones de latín. Programar las clases —le respondí.

—Si es tan concienzuda, puede hacerlo en el campo. La llevaré al primer tren.

—No lo haría. Además, a tus gatos no les gustará su perro.

Humboldt no insistió. Quería mucho a los gatos.

Recordando ahora, me parece ver a dos tipos raros en los asientos delanteros del ensordecedor «cuatro ruedas». El Buick estaba totalmente cubierto de barro y parecía un automóvil del personal de Flanders Field. Las ruedas se hallaban mal alineadas, y los neumáticos golpeaban excéntricamente. Bajo el débil sol otoñal, Humboldt conducía velozmente, aprovechando que las calles estaban poco concurridas por ser domingo. Era un conductor terrible: giraba hacia la izquierda desde el carril derecho, aceleraba bruscamente y luego disminuía la marcha, se pegaba al coche de delante. Yo lo censuraba. Naturalmente, yo conducía mucho mejor que él, pero las comparaciones eran absurdas, porque él era Humboldt y no un conductor de automóviles. Conducía inclinado sobre el volante, con los pies y las manos ligeramente temblorosos, como si fuese un niño, y el cigarrillo entre los dientes. Estaba excitado y hablaba sin cesar, distrayéndome, provocando, informando,

abrumándome. La pasada noche no había podido dormir. Parecía estar enfermo. Naturalmente, bebía, y se medicinaba con píldoras, montones de píldoras. En su cartera de mano transportaba el *Manual Merck*, encuadernado en negro como la Biblia, y lo consultaba frecuentemente. Muchos farmacéuticos estaban dispuestos a facilitarle cuanto pidiera. Esto era algo que tenía en común con Demmie: ella también era una consumidora no autorizada de píldoras. El coche trepidaba sobre el pavimento, abalanzándose hacia el túnel Holland. Junto a la enorme figura de Humboldt, este gigante del motor, en la lujosa y horrible tapicería del asiento delantero, yo experimentaba las ideas y las ilusiones que iban con él. Humboldt iba siempre acompañado de un enjambre, un gran caudal de conceptos. Comentó cuánto habían cambiado los pantanos de Jersey en el curso de su vida, con carreteras, depósitos y fábricas, y qué habría significado un Buick como este, con frenos y dirección hidráulicos, cincuenta años atrás. Imagina a Henry James como conductor, o a Walt Whitman, o a Mallarmé. Estábamos lanzados: disertó sobre maquinaria, lujo, dominio, capitalismo, tecnología, Mammón, Orfeo y la poesía, los ricos y el corazón humano, Estados Unidos, la civilización mundial... Su tarea consistía en unir todo esto, y más todavía. El automóvil cruzó el túnel bramando y rechinando hasta que salió a la brillante luz del sol. Los cañones de las chimeneas, artillería mugrienta, disparaban silenciosamente hacia aquel cielo de domingo bellas explosiones de humo. El olor ácido de las refinerías de gas penetraba en los pulmones como un agujón. Los juncos eran de un color tan oscuro como la sopa de cebolla. En los canales había petroleros detenidos en su camino hacia el mar, el viento rugía, las grandes nubes eran blancas. Más allá, las casitas amontonadas tenían el aspecto de una futura necrópolis. Bajo el pálido sol de las calles, los vivientes se dirigían a la iglesia. Presionado por la bota de polo de Humboldt, el carburador jadeaba, los neumáticos golpeaban fuertemente el asfalto de la carretera. Las ráfagas de viento eran tan fuertes que hasta sacudían al poderoso Buick. Nos lanzamos por el Pulaski Skyway, mientras las listadas sombras de las vigas llegaban hasta nosotros a través del vibrante parabrisas. En el asiento posterior había libros, botellas, botes de cerveza y bolsas de papel: recuerdo Tristan Corbière, *Les amours jaunes* con una sobrecubierta amarilla, *The Police Gazette*, rosa con fotografías de policías vulgares y jovencitas pecadoras. La casa de Humboldt estaba en Jersey, en pleno campo, cerca de la línea fronteriza con Pensilvania. Esta tierra marginal únicamente valía para granjas de aves de corral. Los caminos no estaban asfaltados y avanzábamos entre una nube de polvo.

Las zarzas latigueaban el Buick Roadmaster mientras nosotros nos mecíamos sobre los grandes resortes de la suspensión al cruzar aquellos campos miserables cubiertos de guijarros blancos. Con el silenciador roto, el coche era tan ruidoso que, a pesar de que ocupaba todo el camino, no era necesario el claxon. Se nos oía llegar. Humboldt gritó:

—¡Ya estamos en casa! —Y se desvió.

Rodamos por un montecillo o promontorio. La parte frontal del Buick se alzaba y se hundía después en los hierbajos. Humboldt tocaba el claxon sin cesar temiendo por sus gatos, pero estos huyeron enseguida para refugiarse en la seguridad del tejado de la leñera, derribado durante el último invierno bajo el peso de la nieve.

Kathleen nos esperaba en el patio, robusta, de piel clara, y bella. Su rostro, definido según el vocabulario femenino de alabanza, tenía unos «huesos maravillosos». Pero estaba pálida, sin ningún color del campo. Humboldt explicó que ella salía muy raras veces. Permanecía sentada en casa leyendo libros. Aquí era exactamente como en la calle Bedford, con la excepción de que el barrio bajo que los rodeaba era rural. Kathleen se puso contenta al verme y me tocó la mano suavemente.

—Bienvenido, Charlie —me dijo. Y siguió—: Gracias por venir. Pero ¿dónde está Demmie? ¿Es que no ha podido venir? Lo siento mucho.

En aquel momento, se hizo la luz dentro de mi cabeza, y percibí todo con singular claridad. Vi la posición en la que Humboldt había colocado a Kathleen y la traduje en palabras: Echate aquí. Estate quieta. No te muevas. Mi felicidad puede ser peculiar, pero cuando yo sea feliz, te haré también feliz a ti, más feliz de lo que nunca hayas podido soñar. Cuando yo esté satisfecho, las bendiciones de mi alegría se derramarán sobre toda la humanidad. ¿No era este —pensé— el mensaje del poder moderno? Esta era la voz del loco tirano hablando, con su peculiar anhelo de consumación, para cuyo fin todos debían permanecer quietos. Me di cuenta al instante. Pensé entonces que Kathleen debía de tener sus secretas razones femeninas para seguir el juego. Se suponía que también yo tenía que avenirme a él y, aunque de un modo distinto, también yo tenía que permanecer quieto. Humboldt había hecho planes igualmente para mí más allá de Princeton. Cuando no era poeta era un fanático programador. Y yo resultaba particularmente susceptible a su influencia. Hace muy poco tiempo que he empezado a comprender el motivo. Pero entonces él me conmovía constantemente. Cualquier cosa que hiciera era un motivo de alegría. Kathleen parecía darse cuenta de ello y sonrió para sí misma mientras yo salía del automóvil. Me quedé en pie sobre el pisoteado césped.

—Respira el aire puro —dijo Humboldt—. Muy diferente de la calle Bedford, ¿eh? —Y luego citó—: «Este castillo está situado en un bello lugar. También el aliento del cielo tiene aquí una fragancia amorosa».

Comenzamos entonces a jugar al fútbol. Él y Kathleen jugaban con frecuencia. Por eso la hierba estaba hollada. Kathleen pasaba la mayor parte del día leyendo. Para poder comprender la conversación de su esposo —decía ella—, tenía que ponerse al día en lo tocante a James, Proust, Edith Wharton, Karl Marx, Freud y así sucesivamente.

—Tengo que hacer una escena para conseguir sacarla de casa y jugar un poco al fútbol —dijo Humboldt.

Ella hizo un buen pase, un poderoso tiro curvo. Su grito pareció seguirla mientras corría con las piernas desnudas y paraba el balón con el pecho. Este, meneándose



como la cola de un pato, pasó volando debajo de los arcos por encima del tendedero de la ropa. Después de permanecer encerrado en el coche y comprimido por mi vestimenta para la entrevista, sentí placer en el juego. Humboldt corría pesadamente, agitándose. Embutidos en sus jerséis, él y Kathleen parecían dos torres de ajedrez, grandes, rubios y almohadillados. Humboldt exclamó:

—Fíjate en Charlie: salta como Nijinski.

Yo era tanto Nijinski como su casa el castillo de Macbeth. El cruce de las carreteras había excavado la pequeña escarpadura en la que se asentaba la casa y la tierra comenzaba a desmoronarse. Una y otra vez tenían que apuntalarla. O poner un pleito al ayuntamiento, decía Humboldt. Estaba dispuesto a pleitear con todos. Los vecinos criaban aves de corral en este terreno miserable. Bardanas, cardos, encinas enanas, algodoncillos, hoyos con yeso y charcos blanquecinos por todas partes. Todo estaba empobrecido. Hasta los arbustos parecían vivir de la caridad. Al otro lado del camino, las gallinas cacareaban roncas —parecían mujeres inmigrantes— y los zumaques estaban raquíuticos, polvorientos y con aspecto de huérfanos. Las hojas otoñales se habían deshecho y la fragancia de su descomposición resultaba grata. El aire estaba vacío, pero era bueno. Al ponerse el sol, el paisaje adquirió el aspecto de una fotografía extraída de una antigua película en color sepia. Crepúsculo. Una aguada en rojo que se extendía desde la remota Pensilvania, el sonido de las esquilas de las ovejas, los perros en los ennegrecidos patios de las granjas. Yo había aprendido en Chicago a sacar algo de un escenario tan miserable. En Chicago, uno se convertía en experto del casi nada. Con la mirada serena, observé una escena serena y pude apreciar el zumaque rojo, las rocas blancas, el honguillo de los hierbajos, y la cabellera verde en la escarpadura que dominaba la encrucijada.

Era más que una simple apreciación. Existía ya una ligazón. Ya era amor. La influencia de un poeta contribuyó probablemente al desarrollo tan rápido de ese sentimiento por un lugar. No me refiero al privilegio de ser admitido en la vida literaria, aunque pudo haber existido un toque de eso. No, la influencia era otra: uno de los temas de Humboldt era el perenne sentimiento humano de la existencia de un mundo original, un mundo propio que estaba perdido. Algunas veces hablaba de la poesía como si fuese una misericordiosa isla Ellis, donde una multitud de forasteros iniciaran su naturalización, y de este planeta como de una imitación humanizada de aquel mundo propio, conmovedora pero insuficiente. Se refería a nuestra especie como náufragos. Pero el bueno y peculiar de Humboldt —reflexionaba yo (y yo era también bastante peculiar por propio derecho)— ahora había tomado sobre sí el reto entre los retos. Se necesitaba la confianza de un genio para salvar las distancias entre este lugar perdido, New Jersey, y el mundo propio de nuestro glorioso origen. ¿Por qué demonios aquel hijo de perra se ponía las cosas tan difíciles? Debía de haber comprado esta casa en un raptó de manía. Pero ahora, al adentrarme corriendo entre los hierbajos para coger la pelota que se meneaba como una cola mientras cruzaba por encima del tendedero, a la luz del crepúsculo, me sentía realmente muy contento.

Pensé que él quizá lo consiguiera. Tal vez, estando perdido, uno debía perderse más; al llegar tarde a una cita, posiblemente era mejor caminar más despacio, según aconsejaba uno de mis queridos escritores rusos.

Estaba totalmente equivocado. No era un reto, y él ni siquiera intentaba vencer.

Cuando se hizo demasiado oscuro para poder jugar, entramos en la casa. Esta era Greenwich Village en el campo. Los muebles procedían de tiendas de baratillo, subastas y tómbolas parroquiales, y el edificio parecía asentarse en cimientos de libros y papeles. Nos sentamos en la salita y bebimos en vasos de mantequilla de cacahuete. La encantadora y rubia Kathleen, corpulenta y paliducha, con sus pecas descoloridas y su busto turgente, nos dirigía amables sonrisas, pero guardaba silencio casi por completo. Las mujeres hacen cosas maravillosas en beneficio de sus maridos. Ella amaba a un poeta-rey y le permitía que la mantuviera cautiva en el campo. Kathleen sorbía cerveza de un bote Pabst. La habitación era de techo bajo. Marido y mujer eran grandotes y estaban sentados lado a lado en el sofá Castro. Como en la pared no había espacio suficiente para la sombra que proyectaban, esta se alargaba hasta el techo. El papel de la pared, de color rosa —el mismo tono de la ropa interior de señora o de los bombones de nata—, tenía un diseño de rosas y enrejado. Un tapón de amianto con bordes dorados cubría el agujero de la pared por donde en otros tiempos penetraba el tubo de la estufa. Los gatos se acercaban y nos observaban a través de la ventana con aire solemne. Humboldt y Kathleen se turnaban para dejarlos entrar. Para abrir la ventana había que tirar de unos pernos anticuados. Kathleen apoyaba el pecho contra los cristales y alzaba el marco con la palma de la mano, empujando al mismo tiempo con el busto. Los gatos entraban erizados por la estática de la noche.

Poeta, pensador, bebedor problemático, adepto a las píldoras, hombre de genio, maníaco-depresivo, planificador intrincado, historia de éxito, en un tiempo escribió poemas de gran ingenio y belleza, pero ¿qué es lo que había hecho últimamente? ¿Había pronunciado las grandes frases y canciones que llevaba dentro de él? No, no lo había hecho. Los poemas no creados estaban consumiéndolo. Se había retirado a este lugar que a veces era una Arcadia para él y otras veces un infierno. Aquí escuchaba las difamaciones de sus detractores, otros escritores e intelectuales. También él se tornó malicioso, pero parecía no darse cuenta de lo que decía de los otros y cómo los calumniaba. Sabía tramar enredos e intrigar fantásticamente. Se estaba convirtiendo en uno de los mayores solitarios. Y no había nacido para ser un ermitaño. Estaba destinado a participar en una vida activa, era una criatura social. Sus planes y proyectos lo revelaban.

En aquel tiempo estaba entusiasmado con Adlai Stevenson. Creía que, si Adlai podía vencer a Ike en las elecciones de noviembre, la cultura alcanzaría todo su apogeo en Washington.

—Ahora que Estados Unidos es un poder mundial, se han terminado los filisteos. Se han terminado y son políticamente peligrosos —dijo—. Si Stevenson entra,

entrará la literatura, entraremos nosotros, Charlie. Stevenson lee mis poemas.

—¿Cómo lo sabes?

—No puedo decirte cómo lo sé, pero estoy en contacto. Stevenson lleva mis poesías con él en su campaña. Los intelectuales están encumbrándose en este país. La democracia conseguirá finalmente iniciar la creación de una civilización en Estados Unidos. Por este motivo Kathleen y yo hemos abandonado el Village.

Él se había convertido ahora en un propietario. Habiéndose mudado a aquellos eriales olvidados entre los montañeses sureños, Humboldt sentía que había penetrado en la propia corriente norteamericana. O, por lo menos, esta era su excusa, pues había otros motivos para el traslado: celos y decepción sexual. En cierta ocasión me contó una historia larga y complicada. El padre de Kathleen había intentado apartarla de él. Antes de que Humboldt y Kathleen contrajeran matrimonio, el viejo la había vendido a uno de los Rockefeller.

—Cierta día ella desapareció —me contó Humboldt—. Dijo que iba a la panadería francesa y tardó un año en regresar. Yo contraté a un detective particular, pero ya puedes suponer las medidas de seguridad que los Rockefeller, con sus millones, habían tomado. Hay túneles debajo del Park Avenue.

—¿Cuál de los Rockefeller la compró?

—«Compró» es la palabra —prosiguió Humboldt—. Su padre la vendió. Cuando leas algo sobre la trata de blancas en los suplementos dominicales, no lo tomes nunca a broma.

—Supongo que todo ocurrió contra la voluntad de Kathleen. —Ella es muy dócil. Ya ves que es como una paloma. Cien por cien obediente a su depravado padre. Él le mandó «ve» y ella fue. Quizá en eso encontraba Kathleen su auténtico placer, que el alcahuete de su padre autorizaba...

Masochismo, naturalmente. Esto formaba parte del juego psíquico que Humboldt había estudiado con sus modernos maestros, un juego mucho más sutil y rico que cualquier otro entretenimiento patentado de salón. Allí, en el campo, Humboldt se tendía en el sofá para leer a Proust y meditar sobre los motivos de Albertine. Raramente permitía que Kathleen fuese al supermercado sin ir acompañada por él. Él le escondía las llaves del automóvil y la mantenía en reclusión.

Pero Humboldt era todavía un hombre atractivo y Kathleen lo adoraba. No obstante, en el campo él sufría unos agudos terrores judíos. Él era un oriental y ella una doncella cristiana, y él tenía miedo. Temía que el Ku Klux Klan quemara una cruz en el patio o le disparara a través de la ventana mientras él estaba tendido en el sofá leyendo a Proust o inventando escándalos. Kathleen me dijo que él miraba debajo del capó del Buick, buscando alguna bomba. Más de una vez, Humboldt trató de hacerme confesar que yo sufría terrores similares con respecto a Demmie Vonghel.

Un granjero de la vecindad le había vendido leños verdes. Estos humeaban en el pequeño hogar cuando nos sentamos alrededor después de la cena. En la mesa quedó el esqueleto despojado de un pavo. El vino y la cerveza desaparecían rápidamente.

Había un pastel de café Ann Page y un helado de nuez de arce que estaba derritiéndose. Un ligero hedor a sumidero llegó hasta la ventana, y los cilindros de Skellgas semejaban plateadas balas de artillería. Humboldt estaba diciendo que Stevenson era un hombre auténticamente culto. El primero desde Woodrow Wilson. Pero, en este aspecto, Wilson era inferior a Stevenson y a Abraham Lincoln. Lincoln conocía bien a Shakespeare y lo citaba en los momentos críticos de su vida: «Nada es formal en la inmortalidad, todo son bagatelas... Duncan está en su tumba; tras su inquieta vida febril ahora duerme tranquilo...». Estas eran las premoniciones de Lincoln cuando Lee estaba a punto de rendirse. Los hombres de la frontera nunca temieron la poesía. Eran los grandes negocios y su miedo a la feminidad, era el clericalismo eunucoide que capitulaba ante la vulgar masculinidad lo que convertía la religión y el arte en entidades afeminadas. Stevenson lo comprendía. Si Humboldt estaba en lo cierto (y yo no lo creía así), Stevenson poseía un alma aristotélica. Los miembros de su administración citaban a Yeats y Joyce. Los nuevos jefes legislativos conocerían a Tucídides. Consultarían a Humboldt acerca de cada mensaje del Estado de la Unión. Se convertiría en el Goethe del nuevo gobierno y fundaría Weimar en Washington.

—Ve pensando en lo que te gustaría hacer, Charlie. Para comenzar, algo en la biblioteca del Congreso.

Kathleen interrumpió:

—Hay un buen programa en el Late Late Show. Una vieja película de Bela Lugosi.

Se había dado cuenta de que Humboldt estaba sobreexcitado. Aquella noche no dormiría.

Así que sintonizamos la película de terror. Bela Lugosi era un científico loco que había inventado carne humana sintética. Embadurnaba su propio rostro para crear una máscara terrorífica e irrumpía en las habitaciones de bellas doncellas que gritaban y se desmayaban. Kathleen, más fabulosa que los científicos, más bella que cualquiera de las doncellas de la pantalla, permanecía allí sentada con su media sonrisa pecosa, vagamente ausente. Kathleen era sonámbula. Humboldt la había rodeado con toda la crisis de la cultura occidental. Cayó dormida. ¿Qué otra cosa podía hacer? Yo comprendo estas décadas de sueño. Es un tema que conozco muy bien. Entretanto, Humboldt nos impedía que pudiésemos irnos a la cama. Tomó Amytal para superar la bencedrina y, para postres, bebió ginebra.

Salí y caminé en la noche fría. La luz se desparramaba desde la casita de campo en forma de surcos y canales por encima de las enmarañadas hileras de zanahorias salvajes y ambrosías. Perros aulladores, quizá zorras, y estrellas destellantes. Aquel último programa de fantasmas trepidaba a través de la ventana, el científico loco en pugna con la policía, su laboratorio por los aires, y él, envuelto en llamas, con la carne sintética derritiéndose en su rostro.

En la calle Barrow, Demmie estaría también viendo esta película. Ella no sufría

de insomnio. Por el contrario, temía al sueño y prefería las películas de terror a las pesadillas. A la hora de acostarse, Demmie siempre se inquietaba. Escuchábamos las noticias de las diez, paseábamos al perro, y jugábamos al chaquete y al doble solitario. Nos sentábamos después en la cama y veíamos a Lon Chaney lanzando cuchillos con los pies.

Yo no había olvidado que Humboldt había tratado de convertirse en el protector de Demmie, pero ya no le guardaba ningún rencor. Cuando se reunían Humboldt y Demmie, comenzaban a hablar al instante de viejas películas y nuevas píldoras. Cuando discutían sobre el Dexamil con tanta pasión y conocimientos, yo era incapaz de seguirlos. Pero me complacía que tuvieran tanto en común.

—Es un gran hombre —solía comentar siempre Demmie.

Y Humboldt dijo sobre Demmie:

—Esta chica conoce realmente la farmacopea. Es una muchacha excepcional. — Pero era incapaz de no entrometerse, así que añadió—: Hay algunas cosas, no obstante, que debería corregir.

—Bobadas. ¿Qué cosas? Ya fue delincuente juvenil.

—Esto no basta —dijo Humboldt—. Cuando la vida no embriaga, no es nada. O ardemos o nos pudrimos. Estados Unidos es un país romántico. Si tú sigues sobrio, Charlie, es porque eres un individualista recalcitrante y harías cualquier cosa. —Bajó entonces la voz y habló mirando al suelo—: ¿Y qué opinas de Kathleen? ¿Te parece ella alocada? Pero permitió que su padre la raptara y vendiera a Rockefeller...

—Todavía no sé cuál de los Rockefeller la compró.

—Yo no haría planes con Demmie, Charlie. Esa chica tiene que superar todavía mucha angustia.

Estaba entrometiéndose, simplemente eso. A pesar de ello, me llegó al corazón. Porque había mucha angustia en Demmie. Algunas mujeres lloran tan suavemente como una regadera en el jardín. Demmie lloraba apasionadamente, como solo puede llorar una mujer que cree en el pecado. Cuando rompía a llorar no solo causaba pena, sino que inspiraba respeto por su fortaleza de espíritu.

Humboldt y yo estuvimos hablando media noche, Kathleen me prestó un jersey; se dio cuenta de que Humboldt dormiría muy poco y quizá aprovechó mi visita para poder descansar algo, previendo una semana entera de noches maníacas en las que no dispondría de ningún invitado que la relevara.

A modo de prólogo de esta noche de conversación con Von Humboldt Fleisher (ya que fue una especie de recital), quisiera hacer una breve exposición histórica. Hubo un tiempo (inicios de la Edad Moderna) en que la vida perdió aparentemente la habilidad de organizarse. Había que organizarla. Los intelectuales asumieron esta tarea como propia. Desde los días de Maquiavelo hasta nuestra época, digamos, esta organización ha sido un proyecto magnífico y descomunal, tentador, engañoso y desastroso. Un hombre como Humboldt, inspirado, perspicaz, desquiciado, desbordaba entusiasmo con el descubrimiento de que la empresa humana, tan

excelente y sumamente variada, necesitaba ahora la dirección de personas excepcionales. Él era una persona excepcional y, por consiguiente, candidato elegible para el poder. Bien, y ¿por qué no? El sentido común le decía claramente por qué no, y aquello daba comicidad al asunto. Mientras nos riéramos, estábamos a salvo. En aquella época, yo también era más o menos un candidato. También veía grandes oportunidades, escenas de victoria ideológica y triunfo personal.

Ahora unas breves palabras sobre la conversación de Humboldt. ¿Cómo era realmente la conversación del poeta?

Cuando comenzaba a hablar daba la impresión de un pensador equilibrado, pero no tenía aspecto de cordura. También a mí me gustaba hablar y procuraba seguirle la corriente tanto como podía. Durante un rato era un doble concierto, pero, de pronto, yo me veía estafado y arrojado sonoramente del escenario. Al razonar, enunciar, debatir y hacer descubrimientos, la voz de Humboldt se alzaba, se sofocaba, se alzaba de nuevo, él abría mucho la boca y le aparecían manchas oscuras debajo de los ojos, que parecían empañados. Brazos pesados, pecho abombado, los pantalones recogidos por debajo del vientre con un cinturón demasiado largo y el extremo de cuero sobrante colgando, Humboldt pasaba de declaración a recitativo, de recitativo se encumbraba al aria, y detrás de él tocaba una orquesta de insinuaciones, virtudes, amor a su arte, veneración de sus grandes hombres, pero también de sospecha y falsedad. Ante el observador, aquel hombre recitaba y se cantaba a sí mismo en arrebatos de locura.

Comenzó hablando del lugar del arte y la cultura en la primera administración de Stevenson; de su papel, nuestro papel, pues iríamos juntos a la siega. Empezó este tema con una apreciación de Eisenhower. Este no tenía valor para la política. Fíjate lo que permitió que Joe McCarthy y el senador Jenner dijeran sobre el general Marshall. No tenía arrestos. Pero brillaba en logística y relaciones públicas, y no era ningún tonto. Era el mejor tipo de oficial del Ejército, de trato fácil, jugador de bridge; le gustaban las chicas y leía novelas del Oeste de Zane Grey. Si el público deseaba un gobierno tranquilo, si se había recobrado suficientemente de la Depresión y quería un descanso de la guerra, y se sentía con fuerza suficiente para seguir adelante sin los New Dealers<sup>[3]</sup> y con suficiente prosperidad para ser ingrato, votaría por Ike, la clase de hombre descollante que podía encargarse en un catálogo de artículos de los almacenes Sears Roebuck. Quizá ya se había saciado bastante de grandes personalidades como Franklin Delano Roosevelt y hombres enérgicos como Truman. Pero no deseaba subestimar a Estados Unidos. Stevenson podía conseguirlo. Ahora veríamos hasta dónde podía llegar el arte en una sociedad liberal y si era compatible con el progreso social. Entretanto, habiendo mencionado a Roosevelt, Humboldt insinuó que este pudiera tener algo que ver con la muerte de Bronson Cutting. El avión del senador Cutting se había estrellado al regresar de su estado natal después de un recuento de votos. ¿Cómo sucedió? Quizá J. Edgar Hoover estaba involucrado en el asunto. Hoover mantenía su poder haciendo el trabajo sucio de los presidentes.

Recuerda cómo trató de perjudicar a Burton K. Wheeler, de Montana. De esto, Humboldt pasó a la vida amorosa de Roosevelt. Y de Roosevelt y J. Edgar Hoover a Lenin y Dzerzhinski de la GPU. Volvió entonces a Sejano y a los orígenes de la policía secreta en el Imperio romano. Continuó hablando de las teorías literarias de Trotski y del peso que había tenido el gran arte en el bagaje de la Revolución. Volvió entonces a Ike y a la pacífica vida de los soldados profesionales en la década de los treinta. El vicio de la bebida de los militares. Churchill y la botella. Las precauciones confidenciales para proteger del escándalo a los importantes. Las medidas de seguridad en los burdeles masculinos de Nueva York. Alcoholismo y homosexualidad. Las vidas domésticas y matrimoniales de los pederastas. Proust y Charlus. La sodomía en el Ejército alemán antes de 1914. Ya muy entrada la noche, Humboldt leyó historia militar y memorias de guerra. Conocía a Wheeler-Bennett, Chester Wilmot, Liddell Hart, los generales de Hitler. También conocía a Walter Winchell y Earl Wilson y Leonard Lyons y Red Smith, y pasaba fácilmente de la prensa sensacionalista al general Rommel, y de Rommel a John Donne y T. S. Eliot. Con respecto a Eliot, parecía conocer extrañas circunstancias de las que nadie había oído hablar nunca. Rebosaba de tantos chismes y alucinaciones como de teoría literaria. La distorsión era inherente, sin duda, en toda poesía. Pero ¿qué venía primero? Y me ahogó en el tema, en parte un privilegio y en parte un fastidio, con ilustraciones de los clásicos y dichos de Einstein y Zsa Zsa Gabor, con referencias al socialismo polaco y a las tácticas en el fútbol de George Halas y a los motivos secretos de Arnold Toynbee y (de algún modo) al negocio de los automóviles usados. Muchachos ricos, muchachos pobres, muchachos judíos, muchachos gentiles, bailarinas, prostitución y religión, dinero viejo, dinero nuevo, clubes masculinos, Back Bay, Newport, Washington Square, Henry Adams, Henry James, Henry Ford, san Juan de la Cruz, Dante, Ezra Pound, Dostoievski, Marilyn Monroe y Joe DiMaggio, Gertrude Stein y Alice, Freud y Ferenczi. Con respecto a Ferenczi siempre expresaba la misma observación: solo la racionalidad podía ir más allá del instinto, y, por consiguiente, de acuerdo con Ferenczi, la racionalidad era también la cúspide de la locura. Como prueba de ello, ¡a qué grado de locura llegó Newton! Llegado a este punto, Humboldt solía referirse a Antonin Artaud. Artaud, el comediógrafo, invitó a los intelectuales más brillantes para que asistieran a una conferencia en París. Cuando estuvieron reunidos, no hubo conferencia. Artaud subió al escenario y les lanzó alaridos como una bestia salvaje.

—Abrió la boca y empezó a lanzar gritos —dijo Humboldt—. Gritos rabiosos. Mientras aquellos intelectuales parisienses permanecían sentados llenos de espanto. Para ellos fue un delicioso acontecimiento magnífico. ¿Por qué? Artaud, como el artista, era un sacerdote fracasado. Los sacerdotes fracasados se especializan en blasfemia. La blasfemia apunta a una comunidad de creyentes. En este caso, ¿qué tipo de creencia? Creencia únicamente en el intelecto, este que ahora Ferenczi ha llenado de locura. Pero ¿qué es lo que significa en un sentido más amplio? Significa

que el único arte por el cual pueden interesarse los intelectuales es el arte que celebra la primacía de las ideas. Los artistas deben interesar a los intelectuales, esta nueva clase. Por ello, el estado de la cultura y la historia de la cultura se convierten en la materia del arte. Y por eso un escogido auditorio de franceses escucha respetuosamente los alaridos de Artaud. Para ellos, el propósito total del arte es sugerir e inspirar ideas y razonamientos. Las personas educadas de los países modernos constituyen una plebe pensadora que está en la fase que Marx denominaba acumulación primitiva. Sus afanes se centran en reducir las obras maestras a un discurso racional. Los gritos de Artaud son una expresión intelectual. Primero, es un ataque contra la religión del arte del siglo XIX, que la religión del razonamiento pretende sustituir...

—Y tú mismo puedes apreciar, Charlie —me decía Humboldt después de disertar algo más—, cuán importante resulta para la administración de Stevenson disponer de un asesor cultural como yo, que comprende un poco este proceso mundial.

En el piso superior, Kathleen se preparaba para acostarse. Nuestro techo era su piso. Sobre las tablas desnudas resonaban todos sus movimientos. Casi sentí envidia de ella. Temblaba de frío y me habría gustado cobijarme bajo las mantas. Pero Humboldt me explicaba que estábamos únicamente a quince minutos de Trenton y a dos horas de Washington en tren. Podía trasladarse allí rápidamente. Me confió que Stevenson se había puesto ya en contacto con él y que estaba preparándose una reunión. Humboldt me pidió que lo ayudara a redactar unas notas para esta conversación, y estuvimos discutiéndolas hasta las tres de la madrugada. Entonces me fui a la habitación y dejé a Humboldt sirviéndose una última copa de ginebra.

Al día siguiente, Humboldt prosiguió tenazmente. Me sentía un poco aturdido ante tanto análisis sutil y ante aquel despliegue de historia mundial derramado sobre mi cabeza durante el desayuno. Humboldt no había dormido en absoluto.

Para tranquilizarse decidió salir a correr. Con sus zapatos desgastados, pisaba fuerte sobre la arena. Levantando polvo hasta la cintura, con los brazos doblados sobre el pecho, bajó por el camino. Parecía hundirse en él bajo los zumaques y los pequeños arces, entre los bancales de la quebradiza *Digitalia sanguinaris*, cardos, cornicabras y bejines. Cuando regresó, traía briznas de hierba pegadas al pantalón. También para correr tenía un texto. Cuando Jonathan Swift era secretario de Sir Wm. Temple, se dedicaba a correr cada día algunos kilómetros para quemar energías. ¿Pensamientos demasiado ricos, emociones demasiado intensas, necesidades sombrías? También tú podrías trotar un poco por los caminos, así expulsarías la ginebra de tu sistema sanguíneo.

Me llevó a dar un paseo y los gatos nos acompañaron a través de la hojarasca y los matorrales. Ejecutaban saltos. Daban zarpazos atacando las telarañas a ras del suelo. Con sus colas de látigo, brincaban para afilar sus garras en los árboles. Humboldt quería mucho a los gatos. El aire de la mañana tenía un algo muy agradable. Humboldt entró y se afeitó, y después nos dirigimos a Princeton en el



funesto Buick.

Mi trabajo era cosa decidida. Fuimos a almorzar con Sewell, un hombre refunfuñador, ligeramente borracho, de rostro chupado. Poco tenía que decirme. En el restaurante francés, él deseaba más bien chismorrear con Humboldt sobre Nueva York y Cambridge. Sewell, un cosmopolita, si alguna vez existió alguno (según su opinión), nunca había salido al extranjero. Humboldt tampoco conocía Europa.

—Si quisieras acompañarme, querido amigo —dijo Sewell—, podríamos arreglarlo.

—No me siento muy dispuesto —respondió Humboldt. Tenía miedo de ser secuestrado por antiguos nazis o agentes de la GPU. Humboldt comentó después, mientras me acompañaba hasta el tren:

—Ya te dije que esta entrevista era tan solo una formalidad. Hace muchos años que nos conocemos, y hemos escrito uno acerca del otro, Sewell y yo. Pero no existe ningún resquemor entre nosotros. Únicamente me da qué pensar que Damasco se interese por Henry James. Bien, Charlie, sería una bonita temporada para ambos. Y si tuviera que ir a Washington, sé que puedo contar contigo para que aquí siga todo como es debido.

—¡Damasco! —exclamé yo—. Entre esos árabes, él será el jeque de la apatía.

El pálido Humboldt abrió la boca. A través de los dientes soltó su risa casi silenciosa.

En aquella época, yo era un aprendiz y un poco comediante, y Sewell me había tratado como tal. Le habría dado la impresión —así lo creí— de un hombre joven ligeramente musculoso, bastante atractivo pero negligente, con grandes ojos adormilados, algo grueso y con cierta renuencia (así lo demostró su mirada) a entusiasmarse por las empresas de otras personas. Me dolía que no hubiera sabido apreciarme. Pero este tipo de contrariedades me llenaba al propio tiempo de energía. Y si más tarde me convertí en una representación tan formidable de valores es porque había sacado buen provecho de desaires como este. Me vengaba obteniendo éxitos. De modo que debía mucho a Sewell y me mostré muy ingrato con él cuando, años más tarde, al leer en un periódico de Chicago el anuncio de su muerte exclamé, mientras sorbía mi whisky, lo que algunas veces decía en tales momentos: «¡La muerte es buena para algunas personas!». Recordé entonces la ocurrencia que tuve con Humboldt mientras caminábamos en dirección a Princeton Dinkey, que conecta con el Junction. La gente muere y las agudezas que dije a su respecto vuelven a mí insistentemente. ¿Y qué hay sobre esta apatía? Pablo de Tarso despertó en el camino a Damasco, pero Sewell de Princeton dormiría mucho más profundamente allí. Tal era mi significado malévolo. Confieso que ahora lamento haber dicho tal cosa, y añadiría sobre aquella entrevista que representó un error permitir que Demmie Vonghel me ataviara con aquel traje gris, cuello abrochado, una corbata de punto de color marrón y zapatos marrones de cordobán, y me transformara en un sujeto de Princeton.

Sea como sea, no había transcurrido mucho tiempo después de haber leído la

esquela mortuoria de Sewell en el *Daily News*, de Chicago, apoyado en el mostrador de la cocina a las cuatro de la tarde, con un vaso de whisky y un bocado de arenque, cuando Humboldt, fallecido cinco o seis años antes, reingresó en mi vida. Volvió del campo del abandono. No seré muy exacto sobre la hora. Por aquel entonces, yo comenzaba a descuidar la cuestión de la hora, síntoma de mi creciente absorción en cuestiones más importantes.

Volvamos al presente. Un aspecto diferente de la vida, enteramente contemporáneo.

Fue en Chicago, y no hace mucho tiempo según el calendario, cuando una mañana de diciembre salí de casa para reunirme con Murra, mi contable, y cuando llegué abajo me encontré con que habían dañado mi Mercedes Benz durante la noche. Con esto no quiero decir que lo hubiera abollado y arañado un conductor borracho o descuidado que se había dado a la fuga sin dejar ninguna nota debajo del limpiaparabrisas. Quiero decir que habían golpeado ferozmente mi automóvil, supongo que con palos de béisbol. Esta máquina selecta, que ya no era nueva pero que tres años antes había costado dieciocho mil dólares, había sido aporreada con una ferocidad difícil de comprender incluso en un sentido estético, pues estos cupés Mercedes poseen gran belleza, especialmente los plateados. Mi querido amigo George Swiebel llegó a exclamar en una ocasión, con cierta amarga admiración:

—Matar judíos y construir ingenios: ¡eso es lo que los alemanes saben realmente hacer!

El ataque contra el automóvil representó un duro golpe para mí, también en el aspecto sociológico, pues siempre había dicho que conocía mi ciudad de Chicago y estaba convencido de que también los maleantes respetaban los automóviles bellos. Recientemente hundieron un automóvil en la laguna del parque Washington, y en el portaequipajes encontraron a un hombre que había intentado salir de allí con la ayuda de las herramientas para cambiar los neumáticos. Evidentemente, fue la víctima de unos ladrones que decidieron ahogarlo para eliminar su testimonio. Recuerdo haberme fijado en que este automóvil era, simplemente, un Chevrolet, pero nunca se hubieran atrevido a hacer tal cosa a un Mercedes 280-SL. Le dije a mi amiga Renata que a mí podrían acuchillarme o pisotearme en un andén de la Estación Central, pero que mi automóvil jamás sufriría daños.

De modo que aquella mañana me aniquilaron como psicólogo urbano. Reconocí que no se había tratado de psicología, sino más bien de una fanfarronada o, quizá, de magia protectora. Sabía que lo que se necesitaba en una gran ciudad norteamericana era una gruesa coraza de insensibilidad, una buena cantidad de indiferencia. Las teorías eran también muy útiles en la formación de ese escudo protector. La finalidad de todo ello era desviar la preocupación. Pero ahora ese infierno insano me había atrapado. Mi elegante automóvil, mi reluciente carruaje plateado con motor, que yo no tenía derecho alguno a comprar —una persona como yo, carente casi de la estabilidad necesaria para conducir semejante tesoro— estaba destruido. ¡Completamente! Habían golpeado y destrozado el delicado techo con el panel corredizo, los parachoques, capó, portaequipajes, puertas, cerraduras, faros, el elegante emblema del radiador. Las ventanillas irrompibles habían resistido, pero su superficie presentaba el resultado de los golpes. El parabrisas estaba cubierto por los blancos rayos de las fracturas. Había sufrido una especie de hemorragia cristalina interna. Horrorizado, casi me eché a llorar, sintiéndome desfallecer.

Alguien había hecho con mi coche lo que había oído decir que hacían las ratas

cuando corrían por millares por los almacenes y desgarraban los sacos de harina por mero placer. Sentí desgarrarse también mi corazón. El automóvil pertenecía a una época en que mis ingresos superaban los cien mil dólares. Estos ingresos habían llamado la atención del fisco, que ahora examinaba anualmente mis ganancias. Aquella mañana había salido para entrevistarme con William Murra, un maravilloso experto de maneras suaves y traje impecable, el contable que estaba defendiéndome en dos casos contra el gobierno federal. Aunque mis ingresos habían alcanzado en esa época el nivel más bajo de muchos años, los del fisco iban todavía detrás de mí.

Realmente, había comprado el Mercedes 280-SL a causa de mi amiga Renata. Al ver el Dodge que conducía cuando nos conocimos, ella me dijo:

—¿Qué clase de automóvil es este para un hombre famoso? Aquí debe de haber algún error.

Intenté explicarle que yo era demasiado susceptible a la influencia de las cosas y la gente, para conducir un automóvil de dieciocho mil dólares. Había que vivir a tono con una máquina tan soberbia y, por consiguiente, uno no podía ser el mismo al volante. Pero Renata rechazó mi argumento. Replicó que yo no sabía cómo gastar el dinero, que era un negligente y que no aprovechaba las potencialidades de mi éxito, que tenía miedo de él. Renata era decoradora de interiores y el estilo presuntuoso o la vanidad eran cosa natural para ella. De repente, la idea surgió en mi mente. Me sumergí en lo que yo llamaba humor a lo Antonio y Cleopatra. Que Roma se derritiera en el Tíber. Que el mundo supiera que esa pareja podía circular por Chicago en un Mercedes plateado, con su motor marcando el tictac como un ciempiés de juguete construido por las manos de un mago y más delicado que un Accutron suizo, no, un Audemars Piguet con las alas enjoyadas de una mariposa peruana. En otras palabras, yo había permitido que el coche se convirtiera en una extensión de mí mismo (de mi lado vanidoso e insensato), de modo que un ataque contra mi automóvil era un ataque contra mi persona. Fue un momento terriblemente fecundo en reacciones.

¿Cómo podía suceder semejante cosa en una vía pública? El ruido tenía que haber sido más estridente que el de las ametralladoras. Es evidente que las lecciones de táctica de guerrillas en la selva se estaban utilizando en todas las grandes ciudades del mundo. Las bombas explotaban en Milán y en Londres. Pero mi vecindad en Chicago es relativamente pacífica. Yo había estacionado a la vuelta de la esquina, a la vista de mi apartamento, en una callejuela lateral. Pero ¿cómo podía ser que el portero no hubiese oído el estrépito en medio de la noche? No, la gente suele esconderse debajo de las sábanas cuando ocurre algún disturbio. Al oír disparos, se dicen unos a otros: «un motor». En cuanto al portero de noche, cierra a la una de la madrugada y limpia los suelos. Se cambia de ropa en el sótano y se pone un traje de sarga gris, saturado de sudor. Cuando uno regresa de madrugada, olfatea en el vestíbulo una mezcla de los efluvios del polvo de jabón y del almizcle de su traje de faena (como guisantes podridos). No, los delincuentes que golpearon mi automóvil no hubieran tenido

ningún problema con el portero. Ni con la policía. Tan pronto como el coche patrulla se hubiese perdido de vista, sabiendo que no debía volver hasta pasados quince minutos, habían salido de su escondrijo y se habían abalanzado sobre mi automóvil con palos, porras o martillos.

Sabía perfectamente quién era responsable de esto. Me había advertido una y otra vez. El teléfono sonaba frecuentemente entrada ya la noche. Vacilando medio adormilado, levantaba el auricular y, antes de llevármelo a la oreja, ya oía la voz de mi interlocutor gritando:

—¡Citrine! ¡Eh! ¡Citrine!

—Sí, aquí Citrine. Dígame.

—Tú, hijo de perra. Págame. Fíjate en lo que me estás haciendo.

—¿Haciéndote?

—¡A mí! Jodiéndome por completo. El cheque que cancelaste era el mío. Págalo, Citrine. Legaliza ese maldito cheque. No me obligues a actuar.

—Dormía profundamente.

—Pues yo no estoy durmiendo, ¿por qué tendrías que dormir tú?

—Estoy intentando despertar, señor...

—¡Sin nombres! De lo único que hemos de hablar es de un cheque cancelado. ¡Sin nombres! Cuatrocientos cincuenta dólares. Este es nuestro único tema.

Estas amenazas nocturnas de un gángster dirigidas a mí —¡a mí, entre tanta gente!, un alma peculiar y, en mi mente, casi cómicamente inocente— me causaban risa. Mi modo de reír ha sido criticado con mucha frecuencia. Hay personas bien dispuestas que se divierten con ella. Pero otras se ofenden.

—No te rías —me advirtió mi conferenciante nocturno—. Cierra el pico. No es un sonido normal. Y, además, ¿de quién demonios crees que te estás riendo? Mira, Citrine, te gané la pasta en una partida de póquer. Tú puedes decir que era una reunión familiar, o que estabas borracho, pero es mentira. Acepté tu cheque y no me quedaré quieto esperando un bofetón en la mejilla.

—Tú sabes por qué detuve el pago. Tú y tu compinche estabais haciendo trampas.

—¿Es que nos viste?

—El anfitrión os vio. George Swiebel jura que os estabais haciendo señales.

—¿Y por qué no lo dijo ese tipo estúpido? Debería habernos echado.

—Quizá tuvo miedo de meterse con vosotros.

—¿Quién, ese diablo vigoroso, con el rostro tan lozano? Por Cristo que parece una manzana con ese footing de ocho kilómetros diarios y las vitaminas que guarda en su botiquín. Había siete u ocho personas en la partida. Podrían habernos echado de allí. Tu amigo no tiene arrestos.

Yo le respondí:

—Bueno, no fue una buena velada. Yo estaba achispado, aunque no lo creas. Nadie estaba en sus cabales. Seamos comprensivos.

—Tener que saber por mi banco sobre tu orden de anular el pago es como recibir

un puñetazo en la nariz, ¿y aún hablas de ser comprensivo? ¿Es que crees que soy un pipiolo? Fue un error meterse en esa conversación sobre educación y colegios. Ya vi tu mirada cuando mencioné el nombre del establo donde recibí educación.

—¿Y qué tienen que ver los colegios con todo esto?

—¿Es que no comprendes lo que me estás haciendo? Has escrito un montón de cosas. Estás en Who's Who. Pero eres un idiota alelado que no comprende nada.

—A las dos de la madrugada me resulta difícil comprender. ¿No podríamos encontrarnos durante el día, cuando mi cabeza está más clara?

—Se acabó la conversación.

Sin embargo, él repitió las mismas cosas muchas veces. Debo de haber recibido por lo menos diez llamadas telefónicas por este estilo de Rinaldo Cantabile. El difunto Von Humboldt utilizaba también las dramáticas propiedades nocturnas para intimidar y hostigar a la gente.

George Swiebel me había ordenado que anulara el cheque. Mi amistad con George se remonta al quinto grado y, para mí, este tipo de compañero pertenece a una categoría sagrada. A menudo se me ha aconsejado en contra de esta terrible debilidad o dependencia respecto a mis relaciones más antiguas. George fue, en principio, actor, pero había renunciado al escenario hacía ya muchas décadas para convertirse en contratista.

Era un tipo de fuerte constitución y tez sanguínea. Nada había de sumiso en su modo de ser y de vestir, o en su estilo personal. Durante muchos años había sido mi experto personal sobre el bajo mundo. Me tenía informado sobre los criminales, prostitutas, carreras, estafas, narcóticos, políticos y las maniobras del sindicato. Habiendo estado en la radio, la televisión y el periodismo tenía una extensa red de relaciones poco común. «Desde lo más bajo a lo más puro», solía decir. Yo ocupaba un lugar elevado entre los puros. No es pretensión mía. Simplemente, es para aclarar el concepto en que George me tenía.

—Perdiste aquel dinero en la mesa de mi cocina, y es mejor que me escuches —dijo—. Esos sinvergüenzas hacían trampas.

—Entonces tendrías que haber dicho algo en ese momento. Cantabile tiene razón en eso.

—No tiene ninguna razón y es un don nadie. Si él te debiera tres dólares, tendrías que andar detrás de él para cobrar. Además, estaba drogado.

—No lo noté.

—Tú no notaste nada. Te hice señales de aviso por lo menos una docena de veces.

—No me di cuenta. No recuerdo...

—Cantabile estuvo jugando contigo todo el rato. Te abrumaba. Estaba fumando heroína. Hablaba de arte, cultura, psicología, el Club del Libro del Mes, envaneciéndose de la instrucción de su esposa. Apostaste cada vez que repartías tú, y hablabas libremente de todos aquellos temas que siempre te había pedido no mencionar a nadie.

—George, estas llamadas nocturnas me están poniendo nervioso. Le pagaré. ¿Por qué no? Yo pago a todo el mundo. Debo librarme de ese reptil.

—¡Nada de pago! —Con su aprendizaje de actor, George había aprendido a modular la voz con efectos teatrales, a echar fuego por los ojos, a parecer asustado y causar un efecto amenazador. Me gritó—: ¡Charlie, escúchame!

—Pero es que estoy tratando con un gángster.

—En el mundo del hampa ya no quedan Cantabiles. Los suprimieron a todos hace ya algunos años. Ya te lo dije...

—Pues su imitación es condenadamente buena. A las dos de la madrugada. Estoy convencido de que es un auténtico rufián.

—Habrá visto El Padrino o algo parecido y se ha dejado crecer el bigote al estilo italiano. Pero no es más que un bocazas confuso y un bravucón. No hubiera debido permitirles la entrada en mi casa, ni a él ni a su primo. Olvida este asunto. Ellos jugaron a ser pistoleros e hicieron trampas. Intenté evitar que tú le dieras el cheque. Y después no te he dejado pagar. Y no te dejaré que cedas. De todos modos, te aseguro que este asunto ya está zanjado.

Así que me dejé convencer. No podía desafiar los razonamientos de George. Ahora, Cantabile había destrozado mi automóvil. Sentí desfallecer mi corazón cuando vi lo que había hecho. Me apoyé contra la pared buscando apoyo. Salí una noche para divertirme con una compañía vulgar y ahora había caído en un infierno insano.

«Compañía vulgar» no era mi propia expresión. La voz que estaba oyendo realmente era la de mi ex esposa. Era Denise quien utilizaba expresiones como «fango común» y «compañía vulgar». La desgracia de mi pobre Mercedes le hubiera producido una profunda satisfacción. Esto era algo como la guerra, y ella poseía una personalidad belicosa muy definida. Denise odiaba a Renata, mi amiga. Con mucho acierto, Denise identificaba a Renata con el automóvil. Y detestaba a George Swiebel. Sin embargo, George tenía una opinión muy compleja acerca de Denise. Solía decir que era una gran belleza, pero que carecía de humanidad.

Ciertamente, los grandes ojos color amatista de Denise, en combinación con una frente estrecha y unos sibilinos dientes puntiagudos, daban motivo a esta interpretación. Ella es exquisita y terriblemente vehemente. El realista de George no carece de sus propios mitos, sobre todo cuando se trata de mujeres. Profesa los puntos de vista de Jung, que expresa brutalmente. Sus delicados sentimientos hacen jugarretas a su corazón, con la consiguiente frustración, ante la que reacciona rudamente. De todos modos, Denise hubiera reído muy contenta delante del maltratado coche. ¿Y yo? Cualquiera hubiera creído que, estando divorciado, ya no cabía aquel «ya te lo dije» marital, pero allí estaba dedicándolo a mí mismo.

Porque Denise me hablaba continuamente de mí.

Acostumbraba decir:

—Me resulta difícil creer que seas como eres. El hombre que poseía esa riqueza

interior, el autor de todos esos libros, respetado por eruditos e intelectuales de todo el mundo. A veces tengo que preguntarme a mí misma: «¿Es este realmente mi esposo? ¿El hombre que yo conozco?». Has dado conferencias en las grandes universidades del este y se te han concedido subvenciones, becas y honores. De Gaulle te nombró caballero de la Legión de Honor y Kennedy nos invitó a la Casa Blanca. Estrenaste con éxito en Broadway. Y, ahora, ¿qué demonios crees que estás haciendo? ¡Chicago! Andas por ahí con tus viejos compañeros de colegio, con esos extravagantes. Es una especie de suicidio mental, un deseo de muerte. No quieres saber nada con gente realmente interesante, arquitectos, psiquiatras o profesores universitarios. He intentado crear aquí una vida para ti, ya que insististe en volver. Me lavo las manos. No querías saber nada de Londres, París o Nueva York, no; tenías que regresar a esto, a este lugar peligroso, vulgar, feo e insostenible. Y es porque en el fondo de tu corazón sigues siendo el producto de los barrios bajos. Tu corazón pertenece a la podredumbre del viejo West Side. Agoté mis fuerzas tratando de ser una buena anfitriona...

Había mucho de verdad en todo aquello. Las palabras que mi anciana madre hubiera dedicado a Denise serían «*Edel, gebildet, gelassen*»<sup>[4]</sup> pues Denise era una persona de clase superior. Creció en Highland Park. Se educó en el colegio Vassar. Su padre, un juez federal, procedía también de los barrios bajos del West Side de Chicago. Su abuelo había sido un capitán de policía a las órdenes de Morris Eller, en la tempestuosa época de Big Bill Thompson. La madre de Denise se había hecho cargo del juez cuando no era más que un muchacho, tan solo el hijo de un político corrupto, y lo enderezó y curó de su vulgaridad. Denise había esperado conseguir lo mismo conmigo. Pero, por extrañas circunstancias, su herencia paterna dominó a la materna, y algunos días, cuando se mostraba áspera y ruda, a través de su voz, aguda y tensa, se percibía al viejo capitán de policía y extorsionista, su abuelo. Por causa, quizá, de esta ascendencia, Denise odiaba ferozmente a George.

—No lo traigas a casa —solía decir—. No puedo soportar ver su trasero en mi sofá o sus pies sobre mi alfombra. —Y seguía—: Eres como uno de esos caballos de pura raza que han de tener la compañía de una cabra en la cuadra para calmar sus nervios: George Swiebel es tu macho cabrío.

—Es un buen amigo mío, un viejo amigo.

—Tu debilidad por los viejos compañeros de colegio es increíble. Posees la nostalgia de la boue<sup>[5]</sup>. ¿Te acompaña George a visitar prostitutas?

Intenté responder dignamente. Pero, de hecho, deseaba que el conflicto empeorara, y provocaba a Denise. En una ocasión invité a George a cenar la noche que la criada estaba libre. La noche libre de la criada causaba en Denise angustia de espíritu. El trabajo casero la fastidiaba indeciblemente. No soportaba tener que guisar. Quería ir a un restaurante, pero le repliqué que no tenía ganas de comer fuera. De modo que, a las seis en punto, mezcló a toda prisa carne picada con tomates, judías y chili en polvo. Le dije a George:



—Quédate a compartir con nosotros nuestra *carne con chili*. Abriremos unas botellas de cerveza.

Denise me hizo señas de que fuese a la cocina. Allí me dijo:

—Esto no lo aguanto. —Se mostraba belicosa y hablaba con voz clara, estremecida, cuidadosamente articulada: los arpegios crecientes de la histeria.

—Oh, vamos, Denise. Que puede oírte. —Bajé la voz y le dije—: Demos a George un poco de este *chili con carne*.

—No hay suficiente. Únicamente hay media libra de hamburguesa. Pero esta no es la cuestión. La cuestión es que no quiero servirle.

Me reí. En parte, porque me sentía avergonzado. Normalmente, mi voz es de barítono bajo, casi de bajo profundo, pero, en determinadas condiciones de provocación, mi voz se pierde en los registros más agudos, quizá en el rango de audición de los murciélagos.

—Oigamos los chillidos —exclamó Denise—. Cuando ríes de ese modo, te pones en evidencia. Naciste en una carbonera y te criaron en una jaula de loros.

Sus grandes ojos color violeta se mostraban duros.

—Muy bien —respondí.

Me llevé a George al Pump Room. Comimos *shashlik* envuelto en llamas y servido por árabes con turbante.

—No deseo mezclarme en tu matrimonio, pero observo que te estás sofocando —dijo George.

George cree que puede hablar en nombre de la naturaleza. La naturaleza, el instinto y el corazón lo guían. Es un hombre biocéntrico. Contemplarlo mientras da masaje con aceite de oliva a sus poderosos músculos, sus brazos y su pecho romano a lo Ben Hur, constituye una lección de piedad hacia el organismo. Al terminar, se toma un buen trago de la botella. El aceite de oliva es el sol y el viejo Mediterráneo. Nada hay mejor para los intestinos, el cabello o la piel. Estima su cuerpo al máximo. Es un sacerdote de su cavidad nasal, los blancos de los ojos o los pies.

—Con esa mujer no respiras lo suficiente. Tienes todo el aspecto de estar medio sofocado. Tus tejidos no reciben el oxígeno necesario. Terminarás con un cáncer si sigues con ella.

—Bueno —le respondí—. Ella cree seguramente que está brindándome las bendiciones del matrimonio norteamericano. Se supone que los auténticos norteamericanos sufren con sus esposas, y las esposas, con sus maridos. Como Abraham Lincoln y su esposa. Es la tragedia clásica de Estados Unidos, y un hijo de inmigrantes como yo debería sentirse agradecido. Para un judío, significa ascender un peldaño.

Sí, Denise se hubiera sentido muy contenta de enterarse de esta atrocidad hecha al automóvil. Había visto pasar a Renata a toda velocidad en el Mercedes plateado.

—Y tú, de pasajero —dijo Denise—, volviéndote tan calvo como una bola de billar, aunque te peines el cabello de un lado al otro para ocultar la calva, haciendo

muecas. Ya te dará motivos para hacer muecas esa pájara gorda... —Del insulto, Denise pasó a la profecía—. Tu vida mental se agotará. La estás sacrificando a tus necesidades eróticas (si es que las llamas así). Después del sexo, ¿de qué podéis hablar...? Sí, escribiste unos pocos libros, escribiste una comedia famosa, la mitad de la cual ni fue obra tuya. Te juntaste con gente como Von Humboldt Fleisher. Te metiste dentro de la cabeza la idea de que eras una especie de artista. Pero nosotros sabemos muy bien cómo son las cosas, ¿no es así? Lo que deseas realmente es librarte de todo el mundo, apartarte de todos y ser tu propia ley. Tú nada más, y tu incomprendido corazón, Charlie. No podías soportar una relación formal y por esto te libraste de mí y de las niñas. Ahora te has enredado con esa golfa gorda, que no usa sostenes y va mostrando sus gruesos pezones a todo el mundo. Te has rodeado de sinvergüenzas y gamberros ignorantes. Estás medio loco con tu propio orgullo y necesidad. Nadie es bastante bueno para ti... Yo hubiera podido ayudarte. ¡Ahora ya es demasiado tarde!

No quería discutir con Denise. En cierto modo la comprendía. Decía que yo vivía mal. Tenía razón. Creía que yo no estaba muy cuerdo, y tendría que haber estado completamente loco para no darle la razón. Decía que estaba escribiendo cosas que no tenían sentido para nadie. Quizá fuese así. Mi último libro, *Some Americans*, subtítulo *The Sense of Being in the USA*<sup>[6]</sup> fue rechazado prontamente. Los editores me habían pedido que no lo imprimiera. Me ofrecieron olvidar mi deuda de veinte mil dólares si archivaba el libro. Pero ahora, tercamente, estaba escribiendo la segunda parte. Mi vida era un gran desorden.

Sin embargo, era leal hacia una cosa. Yo tenía una idea.

—¿Por qué se te ocurrió traerme de regreso a Chicago? —preguntó Denise—. Algunas veces creo que lo hiciste porque tus difuntos están enterrados aquí. ¿Es esta la razón? ¿La tierra donde murieron mis padres judíos? ¿Y tú me arrastraste hasta tu tumba para poder participar en el himno de alabanza? ¿Y por qué todo esto? Simplemente, porque te engañas a ti mismo creyéndote una persona maravillosa y noble. ¡Ni hablar!

Estas injurias favorecen más a Denise que una dosis de vitaminas. En cuanto a mí, creo que algunos malentendidos rebosan insinuaciones muy útiles. Pero mi respuesta, final y silenciosa, a las diatribas de Denise, era siempre la misma. A pesar de su inteligencia, ella había sido mala para mi idea. Desde este punto de vista, Renata era una mujer más conveniente, mejor para mí.

Renata me había impedido la adquisición de un Dart. Intenté negociar con el vendedor de Mercedes un 250-C de segunda mano, pero, en el salón de exposición, Renata —espléndida, resplandeciente, fragante, magnífica— había colocado su mano sobre el capó plateado, exclamando:

—Este, el cupé. —El toque de su mano era sensual. Aunque ella tocó el coche, sentí aquel contacto en mi propia piel.

Pero algo había que hacer ahora con aquella ruina. Me dirigí a recepción en busca de Roland el portero —el flaco, negro y viejo Roland, siempre sin afeitar—. Roland Stiles, a menos que me engañara (y probablemente fuese así), estaba de mi lado. En mis fantasías de muerte solitaria era a Roland a quien yo veía en mi dormitorio metiendo algunas de mis cosas en una bolsa de viaje antes de llamar a la policía. Y no lo censuraba por ello. Tenía una especial necesidad de mi maquinilla de afeitar eléctrica. Su rostro intensamente negro presentaba profundos surcos y hoyos. Afeitarse con una hoja le resultaría casi imposible.

Roland, en su uniforme color azul eléctrico, estaba trastornado. Al llegar al trabajo por la mañana había visto el coche destrozado, pero según dijo:

—No pude subir a decírselo, señor Citrine.

Otros inquilinos lo habían visto también al salir a trabajar. Naturalmente, sabían muy bien a quién pertenecía el automóvil.

—Es una verdadera putada —exclamó Roland gravemente, torciendo su viejo rostro enjuto y frunciendo los labios y el bigote.

Ingenioso, solía bromear con frecuencia sobre las bellas damas que me visitaban. «Llegan aquí en Volkswagen y Cadillac, en bicicletas y motocicletas, en taxis y caminando. Preguntan cuándo salió, cuándo va a regresar, y dejan notitas escritas. Vienen, vienen, vienen... Usted es un auténtico mujeriego. Me apuesto algo a que muchos maridos lo estarán buscando...». Roland no había sido en vano negro durante sesenta años. El infierno le era familiar. Yo había perdido la inmunidad que hacía tan divertido mi modo de ser.

—Usted tiene problemas —dijo. Y murmuró algo acerca de «Miss Universo». Llamaba a Renata «Miss Universo». Algunas veces ella le había dado dinero para que entretuviera a su hijito en recepción. El niño jugaba con paquetes mientras su madre estaba en mi cama. A mí no me hacía ninguna gracia, pero uno no puede convertirse en un amante ridículo por nimiedades.

—¿Y ahora qué?

Roland hizo un gesto de impotencia y se encogió de hombros.

—Llame a la policía —contestó.

Sí, era necesario llenar un informe, aunque solo fuese a efectos del seguro. La compañía de seguros opinaría que este era un caso muy extraño.

—Bien, llame al coche patrulla cuando pase. Que esos inútiles miren los destrozos —dije yo—. Y envíelos arriba.

Le di un dólar por la molestia. Solía hacerlo. Y ahora había que invertir el flujo de la malevolencia.

Oí el teléfono a través de la puerta de mi apartamento. Era Cantabile.

—Muy bien, borrico listo.

—¡Demente! —exclamé—. ¡Vándalo! ¡Has destrozado un coche...!

—Ya has visto tu automóvil... ¡Ya has visto lo que me has obligado a hacer! —gritó el hombre. Forzaba la voz. Pero aun así resultaba impresionante.

—Pero ¿qué dices? ¿Me echas a mí la culpa?

—Te avisé.

—¿Y yo te he obligado a destrozar a martillazos ese magnífico automóvil?

—Tú me has obligado, sí. Sí, tú. Tú lo has hecho. ¿Crees que no tengo sentimientos? No podrías ni imaginar lo que siento por un coche como ese. Eres un imbécil. La culpa es enteramente tuya. —Traté de responder, pero sus gritos ahogaron mi voz—. ¡Me forzaste! ¡Me obligaste a hacerlo! Muy bien; lo de anoche solo fue el primer paso.

—¿Qué significa eso?

—No me pagues y sabrás lo que significa.

—¿Qué clase de amenaza es esa? Esto ya está colmando todas las medidas. No te referirás a mis hijas, ¿verdad?

—No iré a una agencia de recaudación. Tú no sabes en lo que te has metido. O quién soy yo. ¡Despierta!

Con frecuencia me decía «¡Despierta!» a mí mismo, y mucha gente también me ha gritado «¡Despierta!, ¡despierta!», como si tuviera una docena de ojos y los mantuviera tozudamente cerrados. «Tienes ojos y no ves». Esto, como es natural, era absolutamente cierto. Cantabile seguía hablando. Lo oí decir:

—Así que ve a preguntar a George Swiebel lo que debes hacer. Él te dio el consejo. Podría decirse que él ha destrozado tu coche.

—No sigamos con eso. Quiero llegar a un acuerdo.

—Nada de acuerdos. Paga. La cantidad total. En moneda contante y sonante. Nada de órdenes de pago, nada de cheques, nada de darle más vueltas. Quiero dinero en metálico. Ya te llamaré más tarde y acordaremos una cita. Tengo que verte.

—¿Cuándo?

—No importa cuándo. Tú permanece atento al teléfono hasta que te llame.

Y al momento oí el universal e interminable pitido del teléfono. Yo estaba desesperado. Tenía que contar lo que había sucedido. Necesitaba consultar con alguien.

Como signo certero de confusión, los números telefónicos pasaban en tromba por mi cabeza: códigos de zona, dígitos. Debía llamar a alguien. Naturalmente, la primera persona a quien llamé fue a George Swiebel; tenía que contarle lo que había sucedido. Y tenía también que avisarle. Cantabile podría atacarlo del mismo modo. Pero George había salido con un equipo de hombres. Tenían que verter hormigón en alguna parte, dijo Sharon, su secretaria. Como ya he dicho antes, George, antes de convertirse en hombre de negocios, era actor. Comenzó en el Teatro Federal. Más tarde fue locutor de radio. Había trabajado también en televisión y en Hollywood. Entre la gente de negocios hablaba con frecuencia de su experiencia en el negocio del espectáculo. Conocía muy bien a Ibsen y Brecht y a menudo viajaba en avión a Minneapolis para asistir a las representaciones teatrales del teatro Guthrie. En el sector sur de Chicago se lo identificaba con la bohemia y las artes, con la creatividad

y la imaginación. Era vital y generoso, y de carácter abierto. Era un buen tipo. Establecía sólidas relaciones con la gente. Por ejemplo, con la pequeña Sharon, su secretaria. Una chica rústica, pequeñita y con una cara rara, una especie de Mammy Yokum de las tiras cómicas. No obstante, George era su hermano, su médico, su sacerdote, su tribu. En su búsqueda minuciosa por todo el sur de Chicago, solo había encontrado un hombre: George Swiebel. Cuando hablé con ella tuve la suficiente presencia de espíritu para disimular, pues si hubiese contado a Sharon la difícil situación en que estaban las cosas, ella no habría dado el mensaje a George. Los días de George —según lo veían él y su gente— traían normalmente aparejadas una crisis tras otra. El trabajo de Sharon era protegerlo a él.

—Dile a George que me llame —le advertí.

Y colgué el auricular pensando en la concepción de crisis de Estados Unidos, un legado de los viejos tiempos de la frontera, etcétera. Estos pensamientos acudían por la fuerza de la costumbre. El que el alma esté desgarrándose en jirones no significa que uno cese de analizar los fenómenos.

Reprimí mi verdadero deseo, que era el de lanzar berridos. Sabía que tenía que recuperar mi compostura sin ayuda de nadie. No llamé a Renata. Renata no es la persona especialmente indicada para consolar a nadie por teléfono. Su consuelo hay que obtenerlo de ella personalmente.

Ahora tenía que esperar la llamada de Cantabile. Y a la policía. Debía explicar a Murra, el contable, que no me era posible ir a verlo. De todos modos, me pasaría sus honorarios por la hora, según la costumbre de los psiquiatras y otros especialistas. Aquella tarde debía llevar a mis hijas, Lish y Mary, a casa de su profesora de piano. Pues, según solía afirmar la firma Gulbransen Piano Co. en los muros de ladrillo de Chicago, «el niño más rico es pobre si no posee una educación musical». Y mis hijas eran hijas de un hombre rico y hubiera sido un auténtico desastre si hubiesen crecido sin aprender a tocar Para Elisa y el Happy Farmer.

Tenía que recobrar la calma. Tratando de tranquilizarme, hice el único ejercicio de yoga que conozco. Saqué de los bolsillos las monedas sueltas y las llaves, me quité los zapatos, ocupé la posición en el suelo avanzando los dedos de los pies y, con una voltereta, quedé en posición vertical sobre la cabeza. El más adorable de todos los coches, mi Mercedes 280 plateado, mi joya, mi tributo amoroso, estaba allí en la calle, destrozado. Ni gastando dos mil dólares en la carrocería conseguiría hacer que devolvieran a su piel metálica la suavidad original. Los faros estaban hechos añicos. No había tenido el valor de intentar abrir las puertas; posiblemente estaban atrancadas. Intenté concentrarme en odio y furia: ¡venganza, venganza! Pero con ello no iría a ninguna parte. Únicamente era capaz de ver al dependiente alemán de la tienda, con su larga bata blanca, como un dentista, diciéndome que las piezas de recambio habría que importarlas. Y yo, cogiéndome la cabeza medio calva entre las manos como en un gesto de desesperación, con los dedos entrelazados, sostenía mis doloridas y temblonas piernas en el aire, con el pelo cayéndome en mechones por los

lados, y la alfombra verde de Persia extendida debajo de mí. Me dolía el corazón. Estaba desolado. La belleza de la alfombra era uno de mis consuelos. Me había aficionado grandemente a las alfombras y esta era una obra de arte. El tono verde era suave y variado con delicados matices. El rojo era una de esas sorpresas que parecen brotar directamente del corazón. Stribling, mi experto en la ciudad, me dijo que podría conseguir mucho más dinero del que había pagado por esta alfombra. Cualquier cosa que no fuese producida en serie aumentaba de valor de manera astronómica. Stribling era un hombre excelente, grueso, que criaba caballos, los cuales ahora no podía montar debido a su obesidad. Por aquellos días, al parecer, poca gente consumía cosas auténticamente buenas. Fijaos en mí. No podía ser nadie importante, dejándome enredar en este asunto cómico y grotesco del Mercedes y el bajo mundo. Mientras estaba allí cabeza abajo, supe (¡tenía que saberlo!) que había también una especie de impulso teórico detrás de esa extravagancia y ridiculez, ya que una de las poderosas teorías del mundo moderno consiste en que, para llegar a la autorrealización, es necesario abrazar la deformidad y la absurdidad de nuestro ser más íntimo (¡sabemos que está allí!). Curarse por la verdad humillante contenida en el inconsciente. Yo no creo en dicha teoría, pero esto no significa que estuviese libre de ella. Yo tenía talento para la absurdidad, y uno no desprecia ninguno de sus talentos.

Estaba pensando que no conseguiría ni un céntimo de la compañía de seguros con una reclamación tan extraña como aquella. Había comprado toda la clase de protección que ellos me brindaron, pero, en alguna parte de la pequeña letra impresa, tendrían con toda seguridad alguna de esas cláusulas astutas que suelen surgir. Durante la presidencia de Nixon, las grandes corporaciones acabaron embriagadas del poder que les daba la inmunidad. Las buenas virtudes arcaicas de la burguesía, invariables como la decoración de escaparates, desaparecieron para siempre.

Había sido George quien me había enseñado esta posición cabeza abajo. George insistía en que yo descuidaba mi cuerpo. Desde hacía algunos años había comenzado a decirme que la piel de mi cuello comenzaba a ajarse, que no tenía buen color y que me cansaba fácilmente. En cierto momento de la edad madura, uno debía detenerse —decía él— antes de que las paredes abdominales cedieran, los muslos se volvieran débiles y flacos, y los pechos se feminizaran. Existía un modo físicamente honorable de envejecer. George ponía en práctica esta teoría con un celo muy peculiar. Inmediatamente después de haber sido operado de la vesícula, saltó de la cama y practicó cincuenta flexiones, su propia curación natural. Con el esfuerzo se provocó una peritonitis y durante dos días todos creímos que iba a morir. Pero sus dolencias parecen inspirarlo, ya que tenía recursos de curación para todo. Recientemente me dijo:

—Me desperté anteayer con un bulto debajo del brazo.

—¿Fuiste al médico?

—No. Lo até con hilo dental. Lo até fuerte, fuerte, fuerte...

—¿Y qué sucedió?

—Cuando lo examiné ayer, vi que había aumentado hasta el tamaño de un huevo. Pero no llamé tampoco al médico. ¡Al demonio con el médico! Cogí más hilo dental y lo até fuertemente, cada vez con más fuerza. Y ahora se ha curado, ha desaparecido. ¿Quieres verlo?

Fue entonces cuando le hablé de la artritis en la nuca que sufría y él me recomendó que me sostuviera sobre la cabeza. Aunque alcé las manos y me reí estrepitosamente (como una de las caricaturas pintadas por Goya en la Visión Burlesca: la criatura con cerrojos y candados), hice lo que me aconsejaba. Practiqué y aprendí a sostenerme sobre la cabeza y me desaparecieron los dolores en la nuca como por ensalmo. En otra ocasión que tuve retención de orina, pedí a George que me diera un remedio. Él me dijo:

—Es la próstata. Empiezas a orinar y luego te detienes, dejas escurrir un poco más, te escuece un poco y te sientes molesto.

—Así es.

—No te preocupes. Ahora, mientras permaneces sobre la cabeza, tensa el trasero. Encógelos como si quisieras juntar las nalgas.

—¿Por qué ha de hacerse eso mientras se está cabeza abajo? Me siento como el viejo padre William.

Pero él se mostró inflexible y ordenó:

—Cabeza abajo.

Y su método dio resultado nuevamente. La retención desapareció. Otros verán en George a un contratista de la construcción, fornido, sano y jovial. Yo veo un personaje impenetrable, una figura de los naipes del tarot. Si ahora estaba cabeza abajo, era a George a quien invocaba. Cuando estoy desesperado, él es siempre la primera persona a quien llamo por teléfono. He alcanzado una edad en la que uno advierte el aumento de los propios impulsos neuróticos. Poco puedo hacer cuando me acomete una horrible necesidad de ayuda. Permanezco al borde de una laguna psíquica y sé que, si se tiran unas migajas de pan, mi carpa acudirá nadando. Al igual que el mundo externo, nosotros poseemos nuestros propios fenómenos interiores. Hubo una época en que creí que lo más sensato y civilizado era crear un parque y un jardín para ellos, para conservar estos rasgos, las peculiaridades propias, como pájaros, peces y flores.

Sin embargo, el hecho de no poder apoyarme en nadie, sino en mí mismo, era horrible. Esperar que suene un timbre es un tormento. La tensión me oprime el corazón. No obstante, al estar cabeza abajo, sentí algún alivio. Respiré de nuevo. Pero, mientras permanecía en aquella posición invertida, vi frente a mí dos grandes círculos, muy brillantes. A menudo aparecen mientras hago este ejercicio. Hallándose en esta posición, apoyado en el cráneo, uno piensa, naturalmente, que ha sufrido una hemorragia cerebral. Un médico contrario a esta postura sobre la cabeza me dijo que si se colocaba a una gallina en esta posición moriría en siete u ocho minutos.

Obviamente moriría de terror. El ave se lleva un susto mayúsculo. Supongo que los círculos brillantes son consecuencia de la presión sobre la córnea. El peso del cuerpo sobre el cráneo curva la córnea y produce una ilusión de grandes anillos diáfanos. Como si se contemplara la eternidad. Para lo que, a decir verdad, estaba dispuesto aquel día.

Detrás de mí podía ver la librería y cuando acomodé la cabeza, descargando mayor peso en los antebrazos, los círculos translúcidos desaparecieron, y con ellos la sombría amenaza de una hemorragia fatal. En mi posición invertida, vi filas y más filas de mis propios libros. Los había almacenado en el fondo de los armarios, pero Renata los había sacado nuevamente para exhibirlos. Cuando estoy cabeza abajo prefiero contemplar el cielo y las nubes. Es muy divertido examinar las nubes al revés. Pero ahora estaba viendo los títulos que me habían proporcionado dinero, fama y premios, mi comedia Von Trenck, en muchas ediciones e idiomas, y algunas copias de mi favorito, el fracasado *Some Americans. The Sense of Being in the USA*. Mientras estuvo en los carteles, Von Trenck me proporcionaba unos ocho mil dólares a la semana. El gobierno, que hasta entonces no había tenido ningún interés por mi persona, me reclamó inmediatamente el 70 por ciento del resultado de mis esfuerzos creativos. Se suponía que esto no debía afectarme. Se daba al César lo que era del César. Por lo menos, sabía que así tenía que hacerlo. El dinero pertenecía al César. Y también *Radix malorum est cupiditas*<sup>[7]</sup>. De esto también estaba enterado.

Sabía todo lo que se suponía que debía saber, pero nada de lo que realmente necesitaba saber. Había estropeado todo el asunto económico. Era sumamente educativo, como es natural, y la educación se ha convertido en la gran recompensa norteamericana y universal. Incluso ha venido a sustituir al castigo en las penitenciarías federales. Cada prisión importante es actualmente un floreciente seminario. Los tigres de la ira se han cruzado con los caballos de la instrucción creando un híbrido inimaginable en el Apocalipsis. Para no darle más vueltas, había perdido la mayor parte del dinero que Humboldt me acusaba de haber ganado. La pasta se interpuso entre nosotros inmediatamente. Pasó un cheque de algunos miles de dólares. Yo no lo impugné. No deseaba tener que mezclarme con la ley. Humboldt se hubiera sentido sumamente contento con un pleito. Le gustaban los pleitos. Pero el cheque que había cobrado llevaba mi firma, y explicar mi posición ante un tribunal de justicia me hubiera proporcionado algunos quebraderos de cabeza. Además, no soportaba los tribunales. Sentía un odio mortal por jueces, abogados, alguaciles, taquígrafos, los bancos de madera, las alfombras e incluso los vasos de agua. Además, por aquel entonces me encontraba en América del Sur. Él rondaba como un salvaje por Nueva York tras haber salido de Bellevue. No había nadie que lo contuviera. Kathleen se había escondido. La vieja y desquiciada madre de Humboldt había ingresado en una clínica. Su tío Waldemar era uno de esos hermanos menores que carecen toda su vida de sentido de la responsabilidad. Humboldt daba cabriolas y saltos por Nueva York como un loco. Quizá percibía un poco la satisfacción que



estaba proporcionando al público cultivado que murmuraba de su locura. Los escritores locos, condenados a una oscura desesperación, y los pintores suicidas son muy valiosos, social y dramáticamente. En aquella época, él era un intenso fracaso y yo, un éxito recién nacido. El éxito me confundía, llenándome de culpa y de vergüenza. La comedia que se representaba cada noche en el teatro Belasco no era la comedia que yo había escrito. Simplemente, había entregado el material de donde el director cortó, dio forma, hilvanó y cosió su propio Von Trenck. Melancólicamente, me dije que, a fin de cuentas, Broadway está contiguo al barrio de las vestimentas y se confunde con él.

Los policías tienen su propio sistema para llamar a la puerta. Aprietan el timbre como brutos. Como es natural, ahora estamos entrando en un período completamente nuevo en la historia de la conciencia humana. Los policías siguen cursillos de psicología y adquieren cierto sentimiento para la comedia de la vida urbana. Los dos hombrones allí de pie, sobre mi alfombra de Persia, llevaban pistolas, garrotes, esposas, balas y receptores-transmisores. Un caso tan singular —un Mercedes aporreado en la calle— les divertía. Aquella pareja de gigantes negros desprendía un fuerte olor a coche patrulla, el olor a cuarteles cerrados. Su quincalla tintineaba, sus muslos y sus vientres eran gruesos y rebosantes.

—Nunca he visto un destrozo igual en un automóvil —manifestó uno de ellos—. Tiene usted problemas con algunos tipos realmente ruines.

Me estaba probando, sondeando. Realmente, él no deseaba oír hablar de la mafia, extorsionadores o líos con gánsteres. Ni una palabra. Pero resultaba evidente. Yo no parecía un sujeto del hampa, pero quizá lo fuera. Hasta los policías habían visto *El Padrino*, *French Connection*, *Los documentos Valachi* y otras películas semejantes de pistoleros. Personalmente, como habitante de Chicago, me sentía atraído por el tema de las bandas, y contesté:

—No sé nada absolutamente. —Guardé silencio, y creo que el policía me aprobó por ello.

—¿Suele dejar su automóvil en la calle? —preguntó uno de los policías. Tenía gruesos músculos, y su rostro era gordo y flojo—. Si yo no tuviese garaje, no me atrevería a utilizar un coche tan lujoso. —Vio entonces mi medalla, que Renata había enmarcado sobre felpa y colgado en la pared, y preguntó—: ¿Estuvo usted en Corea?

—No —respondí—. Me la concedió el gobierno francés. La Legión de Honor. Soy un caballero, un chevalier. El embajador me condecoró.

En aquella ocasión, Humboldt me había enviado una de sus postales sin firmar: «*Shoveleer! Your name is now lesion!*»<sup>[8]</sup>. Durante años Humboldt se había deleitado con *Finnegan's Wake*. Yo recordaba nuestras frecuentes discusiones sobre el punto de vista de Joyce con respecto al lenguaje, sobre la pasión del poeta para dotar al habla de música y significado, sobre los peligros que se ciernen sobre todas las obras de la mente, sobre la belleza caída en los abismos del olvido como los precipicios de nieve del Antártico, sobre Blake y la visión frente a Locke y la *tabula rasa*. Mientras

acompañaba a la puerta a los policías, recordaba con profunda pena las espléndidas conversaciones que Humboldt y yo solíamos tener. ¡Humanidad divina e incomprensible!

—Es mejor que trate de arreglar este asunto —me aconsejó el policía en voz baja amablemente.

Su enorme corpachón negro se dirigió hacia el ascensor. El Shoveleer se inclinó cortésmente. Sentí que los ojos me dolían por mi desesperada necesidad de ayuda.

Sí, la condecoración me recordó a Humboldt. Sí, cuando Napoleón entregó a los intelectuales franceses cintas, estrellas y chucherías, sabía lo que se hacía. Se llevó a Egipto una partida de eruditos. Les extrajo el jugo. Y ellos consiguieron la Piedra Rosetta. Desde los tiempos de Richelieu, y antes, los franceses habían otorgado gran importancia a la cultura. Habría sido imposible sorprender a De Gaulle llevando una de esas ridículas chucherías. Se estimaba demasiado para hacerlo. Los individuos que compraron Manhattan a los indios tampoco llevaban collares de cuentas. Con gusto hubiera entregado esta condecoración a Humboldt. Los alemanes intentaron concederle honores, y en 1952 lo invitaron a visitar Berlín para dar unas conferencias en la Universidad Libre. Pero no quiso aceptar. Temía ser secuestrado por la GPU o la NKVD. Era un asiduo contribuyente al *Partisan Review* y un destacado antiestalinista y por eso tenía miedo de que los rusos intentaran secuestrarlo y matarlo.

—Además, si pasara un año en Alemania estaría pensando únicamente en una cosa —declaró públicamente (aunque tan solo lo estaba escuchando yo)—. Durante doce meses sería un judío y nada más. No puedo dedicar un año entero a eso.

No obstante, estoy convencido de que la razón auténtica de su negativa era que estaba pasándolo en grande haciendo el loco por Nueva York. Visitaba a los psiquiatras y hacía escenas. Inventó un amante para Kathleen y después intentó matarlo. Despachurró el Buick Roadmaster. Me acusó de haber robado su personalidad para el personaje de Von Trenck. Presentó un cheque a mi cargo por seis mil setecientos sesenta y tres dólares con cincuenta y ocho centavos y se compró un Oldsmobile con el dinero, entre otras cosas. De todos modos, no quería ir a Alemania, un país en el que nadie podría seguirle la conversación.

Se enteró más tarde por los periódicos de que yo me había convertido en un Shoveleer. Me habían contado que vivía entonces con una exuberante muchacha negra que estudiaba el corno francés en la Juilliard School. Pero la última vez que lo vi en la calle Cuarenta y seis me di cuenta de que estaba demasiado hundido para poder vivir con nadie. Estaba hundido; no puedo evitar el repetirlo. Llevaba un enorme traje gris que lo hacía moverse con torpeza. Su rostro tenía un color ceniciento, como el del East River. En su cabeza parecía haberse detenido la lagarta peluda y establecido allí su campamento. Sin embargo, debería haberme acercado a él y haberle hablado. Tendría que haber ido a su encuentro en lugar de esconderme detrás de los coches estacionados. Pero ¿cómo habría podido hacerlo? Había desayunado en el Edwardian-Boom del Plaza, servido por lacayos explotados.

Después había volado en un helicóptero con Javits y Bob Kennedy. Revoloteaba por Nueva York como una efímera, con el borde de la chaqueta ribeteado de un alegre verde psicodélico. Iba vestido como Sugar Ray Robinson.

Pero el hecho es que yo no tenía un espíritu combativo y, al darme cuenta de que mi viejo e íntimo amigo era un hombre acabado, me retiré. Me dirigí a La Guardia y tomé el 727 de regreso a Chicago. Permanecí sentado en el avión, afligido y bebiendo whisky con hielo, horrorizado, pensando en el destino y otras zarandajas humanísticas: pura compasión. Había doblado la esquina y había huido por la Sexta Avenida. Me temblaban las piernas y apretaba fuertemente los dientes. Me dije a mí mismo: «Adiós, Humboldt, te veré en el otro mundo». Y dos meses después de esto, en el hotel Ilcombe, que ha sido derribado ya, Humboldt quiso bajar a las tres de la madrugada con su cubo de basura y murió en el pasillo.

En un cóctel celebrado en el Village de los años cuarenta, oí que una bella muchacha le decía a Humboldt:

—¿Sabe usted a qué se parece? Parece como si hubiera salido de una pintura.

Seguramente las mujeres que soñaban con el amor podían imaginarse a Humboldt, a sus veinte años, saliendo de una obra maestra del Renacimiento o del impresionismo. Pero la fotografía en la página de esquelas mortuorias del *Times* era espantosa. Abrí el periódico una mañana y allí estaba Humboldt, arruinado, sombrío y gris. Un rostro desastroso en el periódico mirándome desde el territorio de la muerte. Aquel día viajaba también en avión de Nueva York a Chicago —me hacía transportar por el aire de un lado a otro, muchas veces sin saber el motivo—. Me encerré en el retrete. La gente llamaba a la puerta, pero estaba llorando y no podía salir.

Cantabile no me hizo esperar demasiado. Me llamó por teléfono justamente antes del mediodía. Quizá ya tenía apetito. Recuerdo que cierta persona, quien fuese, en París, a finales del siglo XIX, solía encontrar a Verlaine, bebido e hinchado, golpeando salvajemente la acera con su bastón mientras se dirigía a almorzar, y poco después veía al gran matemático Poincaré, vestido respetablemente y pasándose la mano por la enorme frente mientras describía curvas con los dedos, también camino de su almuerzo. La hora de la comida es la hora de la comida, ya se trate de un poeta, un matemático o un gángster.

—Escucha, idiota del carajo —dijo Cantabile—. Nos encontraremos inmediatamente después de almorzar. Trae el dinero. Y esto es todo lo que has de traer. Cuidado con falsos movimientos.

—No sabría qué hacer ni cómo —le respondí.

—Eso es verdad, a menos que prepares algo con George Swiebel. Ven solo.

—Naturalmente. Nunca se me hubiera ocurrido...

—Bien, ya te lo he dicho, pero es mejor que no ocurra. Ven solo y trae billetes nuevos. Ve al Banco y consigue dinero limpio. Nueve billetes de cincuenta. Nuevos. No quiero manchas de grasa en esos dólares. Y date por satisfecho con que no te haga tragar ese condenado cheque.

¡Vaya fascista! Aunque quizá estaba fanfarroneando y dándose valor para mantener su nivel de brutalidad. Ahora, sin embargo, mi único deseo era librarme de él con sumisión y mostrándome de acuerdo.

—Como quieras —le contesté—. ¿Adónde quieres que lleve el dinero?

—Al Baño Ruso, en la calle División.

—¿Ese lugar de mala muerte? ¡Por el amor de Dios!

—Debes estar allí, enfrente, a la una y cuarenta y cinco, y me esperas. ¡Solo! —me ordenó.

—De acuerdo —respondí.

Pero él no esperó mi asentimiento. Oí nuevamente la señal de comunicar. Identifiqué ese interminable pitido con el nivel de ansiedad del alma liberada.

Tenía que ponerme en movimiento. No podía confiar en que Renata hiciera nada por mí. Renata, que ese día se dedicaba a su negocio, estaba en una subasta y se hubiera enojado muchísimo de haberla llamado a la sala de subastas para pedirle que me llevara al lado noroeste. Es una mujer comprensiva y bella, con unos senos maravillosos, pero se ofende ante ciertos desaires y monta en cólera rápidamente. En fin, me arreglaría de algún modo. Quizá pudiera conducir el Mercedes hasta el taller. Y prescindir de la grúa. Entonces tendría que encontrar un taxi o llamar al Servicio Emery Livery o al de coches de alquiler. No iría en autobús de ninguna manera. En los autobuses y trenes viajan demasiados borrachos armados y drogadictos. ¡Pero no, espera! Primero debía llamar a Murra y después ir corriendo al banco. Debía avisar también que no podría llevar a Lish y Mary a su lección de piano. Esto me pesaba particularmente, pues siento cierto temor de Denise. Todavía ejerce una especie de

poder sobre mí. Denise daba una importancia extraordinaria a estas lecciones. Pero con ella todo era extraordinario, todo era vital, crítico. Los problemas psicológicos que se relacionaban con las niñas los presentaba con una gran vehemencia. Los asuntos del desarrollo infantil eran desesperados, horribles, mortales. Si nuestras hijas se malograban, sería por mi culpa. Yo las había abandonado en un momento peligroso en la historia de la civilización para unirme a Renata.

—Esa golfa de enormes senos... —Era como Denise la llamaba regularmente.

Siempre se refería a la bella Renata como si esta fuese una fulana vulgar y grosera. La tendencia de sus epítetos, al parecer, consistía en hacer un hombre de Renata y una mujer de mí.

Denise, al igual que mi riqueza, se remonta a la época del teatro Belasco. Murphy Verviger interpretaba a Trenck, y la estrella disponía de su propio séquito (ayuda de cámara, agente de prensa y un muchacho para recados). Denise, que vivía con Verviger en el Saint Moritz, acudía diariamente con los acompañantes del actor, llevando el guión. Vestía un mono de terciopelo color ciruela y llevaba el pelo suelto. Elegante, esbelta, el pecho ligeramente liso, los hombros altos y anchos como una silla de cocina de estilo antiguo, tenía grandes ojos color violeta, un color de tez suave e increíblemente luminoso, y un vello misterioso, raramente visible, que le cubría incluso la nariz. A causa del calor de agosto, se dejaban abiertas las grandes puertas del teatro que daban a las callejuelas laterales de cemento, y la luz solar que penetraba ponía de relieve la aterradora desnudez y deterioro del antiguo lujo. El Belasco era como una gran fuente dorada con el lustre mugriento. Verviger, que tenía un rostro profundamente surcado en la boca, era alto y musculoso. Se parecía a un instructor de esquí. Lo roía algún concepto de intenso refinamiento. Tenía la cabeza en forma de chacó, como una roca sólida y arrogante, cubierta con espeso musgo. Denise escribía las notas de los ensayos por él. Escribía con gran concentración, como si ella fuese la alumna más lista de la clase y el resto del quinto grado fuera tras ella. Cuando se acercaba para hacer una pregunta, apoyaba el guión en su pecho y me hablaba en tono de crisis operística. Parecía como si su voz hiciera que se le erizase el pelo y se dilatasen sus bellos ojos. Me decía:

—Verviger desea saber cómo le gustaría que pronunciara esta palabra... —Y la escribía en letras de imprenta para mí, finite—. Dice que puede decir fin-it, o fine-it, o fine-ite. Mi opinión es «fine-ite», pero él no quiere escucharme.

—¿Por qué tanta fantasía? —respondí—. No me importa el modo en que la pronuncie.

Me abstuve de añadir que, de cualquier modo, había perdido la esperanza con Verviger. Interpretaba mal la comedia de arriba abajo. Quizá las cosas le iban bien en el Saint Moritz. Poco me importaba aquello entonces. Me fui a casa y le hablé a mi amiga Demmie Vonghel sobre la escalofriante belleza del Belasco, la amiga de Verviger.

En fin, diez años después Denise y yo éramos marido y mujer. Y fuimos invitados

a la Casa Blanca por el presidente Kennedy y su esposa para una velada cultural de etiqueta. Denise consultó a veinte o treinta mujeres sobre vestidos, zapatos y guantes. Muy inteligente, en el salón de belleza siempre leía sobre los problemas nacionales y mundiales. Tenía un pelo abundante que llevaba siempre arreglado en un peinado alto. No era fácil adivinar cuándo se había arreglado el pelo, pero a través de su conversación durante la cena siempre podía deducir que aquella tarde había estado en la peluquería porque era una lectora rápida y se informaba sobre todos los detalles de las crisis mundiales debajo del secador.

—¿Te das cuenta de lo que hizo Kruschev en Viena? —me decía.

De modo que en el salón de belleza, preparándose para la Casa Blanca, estudió *Time* y *Newsweek* y *The U. S. News and World Report*. Durante el vuelo a Washington, revisamos los problemas de Bahía de Cochinos y la crisis de los misiles y Vietnam. Su vehemencia nerviosa es constitucional. Después de la cena acaparó al presidente y le habló en privado. La vi cuando se lo llevó al Salón Rojo. Sabía que ella estaba sorteando urgentemente el enredo de hilos que dividían sus propios problemas, tan terribles —¡y todos eran terribles!—, de las sorpresas y desastres de la política mundial. Todo convergía formando una crisis indivisible.

Sabía que ella estaba diciendo:

—Señor presidente, ¿qué puede hacerse sobre esto?

Claro está que tratamos de enamorar con todos los recursos de que disponemos. Me reí nerviosamente al verlos juntos. Pero JFK sabía cuidar de sí mismo y le gustaban las mujeres bonitas. Sospeché que también él leía *The U. S. News and World Report* y que su información pudiera no ser mejor que la de ella. Denise podría haber sido un excelente secretario de Estado para él, siempre que se hubiera encontrado algún sistema para despertarla antes de las once de la mañana. Porque es realmente maravillosa. Y una auténtica belleza. Y mucho más pleiteadora que Humboldt Fleisher. Él amenazaba principalmente. Pero desde la época del divorcio me he visto enredado en procesos interminables y ruinosos. El mundo habrá visto raras veces un demandante más agresivo, sutil y lleno de recursos que Denise. De la Casa Blanca recuerdo especialmente la impresionante altura de Charles Lindbergh, las quejas de Edmund Wilson respecto a que el gobierno lo había convertido en un indigente, la música típica de Catskill que interpretaba la banda de la Infantería de Marina, y mister Tate llevando el compás con los dedos sobre las rodillas de una dama.

Una de las grandes quejas de Denise era que no le permitiera llevar este género de vida. El gran capitán Citrine, que antiguamente había reventado las mallas de su armadura en heroicas contiendas, ahora satisfacía la concupiscencia de Renata la gitana y en su senilidad había comprado un lujoso Mercedes-Benz. Cuando iba a recoger a Lish y a Mary, Denise me ordenaba asegurarme de que el automóvil estuviese bien aireado. No quería que oliera a Renata. Las colillas manchadas de carmín debían vaciarse del cenicero. En cierta ocasión, ella misma salió de la casa para hacerlo. Me dijo que era preciso destruir los Kleenex manchados con Dios sabe

qué.

Receloso, marqué el número de teléfono de Denise. Tuve suerte, pues contestó la doncella, a la que advertí:

—Hoy no podré recoger a las niñas. Tengo el coche averiado.

Bajé y pude introducirme en el Mercedes. Aunque el parabrisas estaba resquebrajado, me pareció que podría arreglármelas para conducirlo, a no ser que la policía me detuviera. Hice la prueba dirigiéndome al banco para sacar los billetes nuevos. Me los entregaron dentro de un sobre de plástico que, sin doblar, coloqué junto a mi billetera. Desde un teléfono público hice una llamada al taller de automóviles. Hay que concertar una cita previa. Actualmente ya no se entra en el garaje como solía hacerse en los viejos tiempos de la mecánica. Desde la misma cabina telefónica intenté hablar con George Swiebel. Al parecer, mientras yo hablaba sin ambages durante la partida de cartas, había mencionado que a George le gustaba ir con su padre a los baños de la calle División, cerca de lo que antiguamente era la calle Robey. Probablemente, Cantabile confiaba atrapar allí a George.

Cuando era niño, solía ir a los Baños Rusos con mi padre. Este viejo establecimiento ha estado siempre allí, más caliente que los trópicos y pudriéndose dulcemente. En el sótano, los hombres gruñían sobre las planchas reblandecidas por el vapor, mientras recibían un vigoroso masaje con escobones de hojas de roble que enjabonaban sumergiéndolos en grandes cubos. El maderamen se desgastaba lentamente e iba adquiriendo un suave tono marrón. En aquel vapor dorado se parecía a la piel del castor. Quizá Cantabile confiaba atrapar allí desnudo a George. ¿Por qué otra razón habría elegido ese lugar para citarme? Tal vez planeaba darle una paliza, o dispararle... ¿Por qué hablaría yo tanto?

Pregunté a la secretaria de George:

—Sharon, ¿no ha regresado todavía? Escúchame con atención, dile que no vaya hoy al *schwitz* de la calle División. ¡Que no lo haga! Es un asunto muy serio.

George decía, refiriéndose a Sharon:

—Atrae los percances.

Esto tenía su explicación. Dos años atrás, un perfecto desconocido le había cortado el cuello. Aquel hombre negro que nadie conocía penetró en la oficina de George, en la parte sur de Chicago, con una navaja abierta. La deslizó por el cuello de Sharon como un artista y desapareció para siempre.

—La sangre caía como una cortina —decía George.

Anudó una toalla alrededor del cuello de Sharon y la trasladó rápidamente al hospital. El propio George atrae el percance. Está siempre a la búsqueda de algo básico, «sincero», «de la tierra», primordial. Cuando vio la sangre, una sustancia vital, supo lo que debía hacer. Pero George también es un teórico, un amante de lo natural. Este George rubicundo, musculoso, de manos torpes, con sus ojos castaños llenos de comprensión, no tiene nada de estúpido excepto cuando proclama sus ideas. Las proclama en voz alta, con fiereza. Entonces yo únicamente le sonrío un poco burlón, pues sé cuánta es su bondad. Cuida de sus ancianos padres, de sus hermanas, de su ex esposa y de sus hijos ya mayorcitos. Habla pestes de los intelectuales, pero realmente ama la cultura. Se pasa días enteros tratando de leer libros difíciles, hasta caer rendido. Y sin mucho éxito. Cuando le presento a intelectuales como mi erudito amigo Durnwald, George grita, los provoca y suelta tacos con el rostro congestionado. Estamos en uno de esos curiosos momentos de la historia de la conciencia humana en los que despierta la mente universal y se origina la democracia, una era de turbación y confusión ideológica, fenómeno principal de nuestra época. Humboldt, pueril, apreciaba la vida de la mente y yo compartía su entusiasmo. Pero los intelectuales que uno conoce son algo más. No me porté bien con la élite mental de Chicago. Denise invitaba a personas destacadas en diversos niveles a nuestra casa de Kenwood, para discutir sobre política y economía, raza, psicología, sexo y crimen. Aunque yo servía las bebidas y me reía mucho, no me mostraba especialmente alegre y hospitalario. Ni siquiera era amistoso.

—¡Desprecias a esta gente! —me decía Denise, enfadada—. Únicamente



Durnwald es una excepción, ese cascarrabias. —La acusación era cierta. Yo ansiaba derrotarlos a todos. Este era realmente uno de mis más queridos sueños y en esto radicaban mis mayores esperanzas. Todos ellos estaban contra la verdad, la bondad y la belleza. Negaban la luz.

—Eres un esnob —me decía Denise.

En esto se equivocaba. Pero yo no quería tener nada que ver con esos cabrones, abogados, congresistas, psiquiatras, profesores de sociología, clérigos y tipos dedicados al arte (en su mayoría propietarios de salas de arte) que ella invitaba.

—Has de conocer gente auténtica —me decía después George—. Denise te rodeó de fatuos, y ahora, día sí, día no, permaneces solo en ese apartamento, con toneladas de libros y documentos; te juro que vas a volverte loco.

—Claro que no —le respondía yo—. Estáis tú y Alee Szathmar, y mi amigo Richard Durnwald. Y también está Renata. Y la gente del club Downtown.

—Mucho bien que te hará ese individuo Durnwald. Es un profesor de profesores. Nadie merece su interés. Ya ha oído o lo ha leído todo. Cuando intento hablar con él, me parece que estoy jugando al ping-pong con el campeón de China. Sirvo la pelota y él la destroza de vuelta. Y ahí acaba. Tengo que servir nuevamente y no tardo mucho en quedarme sin pelotas.

Siempre se mostraba muy duro con Durnwald. Existía cierta rivalidad. Él sabía cuánto apreciaba yo a Dick Durnwald. En ese Chicago vulgar, Durnwald, a quien yo admiraba y hasta adoraba, era el único hombre con quien intercambiaba ideas. Pero durante seis meses, Durnwald había permanecido en la Universidad de Edimburgo dando conferencias sobre Comte, Durkheim, Tönnies, Weber, etcétera.

—Tantas abstracciones son veneno para un individuo como tú —dijo George—. Te voy a presentar otros tipos del sur de Chicago. —Alzó la voz—. Eres demasiado exclusivo, te vas a agostar.

—Muy bien —le respondí.

De modo que organizó aquella desgraciada partida de póquer en mi honor. Los invitados sabían que estaban allí como seres inferiores. Actualmente, cada cual se percata de la categoría a que pertenece. Habría sido evidente para ellos que yo pertenecía a cierto tipo de individuo cerebral, aunque George no me hubiese anunciado como tal, fanfarroneando y diciendo que mi nombre figuraba en libros de consulta y que había sido nombrado caballero por el gobierno francés. ¿Y qué? Muy distinto habría sido si yo hubiera sido un Dick Cavett, una auténtica celebridad. Únicamente era otro tipo instruido, y George estaba exhibiéndome ante ellos y mostrándolos a ellos ante mí. Por su parte fueron amables en perdonar ese teatro de relaciones públicas. George me llevó allí para que pudiera paladear sus auténticas cualidades norteamericanas, sus peculiaridades. Pero ellos enriquecieron la velada con su propia ironía y trocaron la situación, de modo que, finalmente, mis peculiaridades se hicieron mucho más notorias.

—A medida que la partida avanzaba, tú ibas ganando en su aprecio —me dijo

George—. Pensaban que eras una buena persona. Además, allí estaba Rinaldo Cantabile. Él y su primo enseñándose las cartas, y tú emborrachándote, por completo ignorante de lo que estaba sucediendo.

—Así que yo solo era un ganador por contraste —repliqué.

—Creía que reservabas esa expresión para parejas casadas. Te gusta una mujer porque se ha casado con un perfecto miserable que la hace parecer a ella buena.

—Es una de esas cosas que se dicen.

No soy un gran jugador de póquer. Además, mi interés eran los invitados. Había un lituano dedicado al negocio de alquiler de trajes de etiqueta; un polaco que estaba aprendiendo a manejar los ordenadores electrónicos. Participaba también un detective de la brigada de homicidios, en traje de calle. Junto a mí había un encargado de pompas fúnebres siciliano-norteamericano, y por último estaban Rinaldo Cantabile y su primo Emil. Esos dos, dijo George, habían estropeado la fiesta. Emil era un bravucón de poca monta, nacido para torcer brazos y lanzar ladrillos contra los escaparates. Seguramente habría tomado parte en el destrozo de mi coche. Rinaldo era sumamente atractivo, con su bigote oscuro sedoso como armiño, y vestía con elegancia. Se pavoneaba sin cesar, hablaba a gritos, golpeaba la mesa con los puños y fingía ser un individuo duro y poco culto. A pesar de ello, se refería constantemente a Robert Ardrey, el imperativo territorial, la paleontología en la garganta de Olduvai y las opiniones de Konrad Lorenz. Contó en voz alta y con brusquedad que su instruida esposa dejaba libros abandonados por toda la casa. El libro de Ardrey lo había recogido en el retrete. Dios sabe por qué nos sentimos atraídos unos a otros y nos reunimos. Proust, autor que Humboldt me dio a conocer y en cuyo trabajo me instruyó profundamente, decía que a menudo se sentía atraído por gentes cuyo rostro le sugerían un seto de espino en floración. El espino no era la flor de Rinaldo. La azucena le iba mucho mejor. Su nariz era muy blanca en contraste con sus oscuras y grandes ventanas que, al dilatarse, me recordaban un oboe. La gente que destaca tan notablemente tiene poder sobre mí, aunque no sé qué es lo que se presenta primero, si la atracción o la observación minuciosa. Cuando me siento vulgar, triste, lesionado en mi sensibilidad, una percepción refinada, que se presenta de súbito, tiene gran influencia.

Nos sentamos alrededor de una mesa redonda con pie y, mientras las cartas inmaculadas volaban y revoloteaban, George hacía hablar a los jugadores. Él era el director de la compañía y ellos obedecían. El policía de homicidios habló de los crímenes de la calle.

—Todo ha cambiado: ahora matan al infeliz que no posee ni un dólar en el bolsillo y lo matan también si les entrega cincuenta dólares. Y yo les digo: «¿Vosotros, miserables cabrones, matáis por dinero? ¿Por dinero? La cosa más barata del mundo. Yo he matado a muchos más que vosotros, pero fue durante la guerra».

El hombre de los trajes de etiqueta estaba de luto por su amiga, una telefonista que tomaba los anuncios en el *Sun Times*. Hablaba con un acento lituano estridente,

bromeando y jactándose, pero melancólico al propio tiempo. Al contarnos su historia se mostraba muy apenado, casi lloroso. Los lunes se dedicaba a recoger los trajes de etiqueta alquilados. Después del final de semana tenían manchas de salsa, sopa, whisky o semen, cualquier cosa. Los martes se dirigía en su camioneta a un lugar cerca del Loop, donde los trajes eran sumergidos en barreños de líquido limpiador. Entonces dedicaba la tarde a una amiga. Estaban tan apasionados el uno por el otro, que no tenían tiempo ni de llegar a la cama. Se tendían allí mismo, en el suelo.

—Era una buena muchacha, del tipo familiar. Pertenecía a mi clase de gente. Habría hecho cualquier cosa. Le decía cómo hacerlo y ella lo hacía, sin más réplica.

—¿Y la veías únicamente los martes? ¿Nunca la llevaste a cenar, o visitaste su casa? —le pregunté.

—Ella volvía a su casa a las cinco, junto a su anciana madre, para preparar la cena. Juro que ignoraba hasta su apellido. Durante veinte años, únicamente conocí su número de teléfono.

—Pero la querías. ¿Por qué no te casaste con ella?

Pareció sorprendido y miró a los otros jugadores como diciendo: «Pero ¿qué le pasa a este tipo?». Y me respondió:

—¿Cómo, casarme con una golfa ardiente, que se cita en habitaciones de hotel?

Mientras todos reían, el siciliano de las pompas fúnebres me aclaró en aquel tono especial para explicar los hechos esenciales de la vida a bobos educados:

—Mire, profesor, las cosas no deben mezclarse. Una esposa no es para eso. Y si uno tiene el pie torcido, debe buscar un zapato torcido. Si se acierta en la medida justa, se aprovecha.

—De cualquier modo, ahora mi alma está en la tumba.

Siempre me satisface aprender algo, agradezco que me instruyan y admito la corrección, si es que puedo decirlo. Puede ser que evite la oposición, pero sé cuándo la amistad es verdadera. Permanecemos sentados con whisky, fichas de póquer y cigarros en aquella cocina del sur de Chicago, impregnada por las ennegrecidas emanaciones de las fábricas metalúrgicas y las refinerías, bajo las redes de los cables eléctricos. Con frecuencia observo extrañas supervivencias naturales en este distrito de industria pesada. Las carpas y los barbos viven todavía en los estanques que huelen a bencina. Las mujeres negras los pescan con cebos de masa. En los alrededores de los vertederos se ven marmotas y conejos. Mirlos de alas rojas, semejantes a ujieres uniformados con sus charreteras, vuelan por encima de las espadañas. Algunas flores siguen floreciendo.

Agradecido por esta velada de compañía humana, me dejé llevar. Perdí casi seiscientos dólares contando el cheque de Cantabile. Pero estoy tan acostumbrado a que se lleven mi dinero que realmente no me importó. Me sentía muy feliz aquella noche, bebiendo, riendo mucho y hablando. Hablé y hablé. Por lo visto, expliqué mis proyectos e intereses con algún detalle, y más tarde supe que fui el único que no advirtió lo que estaba sucediendo. Los otros jugadores se esfumaron cuando se dieron

cuenta de que los primos Cantabile hacían trampas. Se indicaban las cartas, hacían renuncios y se apoderaban de todas las apuestas.

—En mi terreno no permito esas cosas —gritó George en una de sus explosiones teatrales de irracionalidad.

—Rinaldo es peligroso.

—¡Rinaldo es un gamberro! —aulló George.

Puede que George tuviera razón, pero en la época de Al Capone los Cantabile eran sujetos peligrosos. En aquellos tiempos todo el mundo identificaba a Chicago con la sangre: estaban los mataderos y las guerras entre las pandillas de gánsteres. En la jerarquía sangrienta de Chicago, los Cantabile quedaban aproximadamente en la categoría intermedia. Trabajaban para la mafia, conducían camiones con whisky y daban palizas a la gente o la mataban. Eran maleantes y criminales de rango menor. Pero, durante los años cuarenta, un tío de Cantabile, algo imbécil, que pertenecía a la fuerza policíaca de Chicago trajo desgracia a la familia. Se emborrachó en un bar y dos gamberros juguetones le quitaron la pistola y se divertieron con él. Lo obligaron a arrastrarse sobre el vientre y lo forzaron a tragar suciedad y serrín del suelo, dándole patadas en el trasero. Después de atormentarlo y humillarlo y mientras el hombre estaba llorando de rabia, los tipos huyeron muy divertidos, tras devolverle la pistola. Este fue su gran error. El policía los persiguió y los mató en la calle. Desde entonces, me contó George, nadie había tomado seriamente a los Cantabile. El viejo Ralph (Moochy) Cantabile, pensionista ahora en Joliet, había desacreditado a la familia ante la mafia al asesinar a dos adolescentes. Por este motivo, Rinaldo no podía permitirse que lo desacreditara una persona como yo, muy conocida en Chicago, que había perdido dinero en el póquer y ahora no pagaba el cheque. Rinaldo, o Ronald, quizá no gozara de categoría en el mundo del hampa, pero había destrozado horriblemente mi Mercedes. ¿Quién podría decir si su rabia era la rabia auténtica de un maleante, natural o fingida? Indudablemente, era uno de esos tipos orgullosos y susceptibles que ocasionan tantos problemas al apasionarse por asuntos íntimos de escaso interés para cualquier persona sensata.

No me apartaba tanto de la realidad como para no preguntarme si no estaba hablando de mí mismo al referirme a una persona sensata. Al regresar del banco me afeité y observé cómo mi rostro, conformado para la jovialidad —partiendo de una premisa metafísica de amabilidad universal y de que la apariencia del ser humano en la Tierra es, en conjunto, una cosa buena—, cómo este rostro, rebosante de premisas derivadas de la democracia capitalista, ahora estaba deprimido, contraído en su desgracia, triste y desagradable de afeitarse. ¿Era yo la persona sensata antes mencionada?

Llevé a cabo algunas operaciones impersonales. Hice un ligero estudio de ontogenia y filogenia con respecto a mi persona. Recapitulación: el nombre de mi familia era Tsitrine y provenía de Kiev. El apellido se convirtió al inglés en Ellis Island. Yo nací en Appleton, Wisconsin, también lugar de nacimiento de Harry Houdini, con quien creo tener algunas afinidades. Me crié en la parte polaca de Chicago, asistí a la Chopin Grammar School y pasé mi octavo año en la sala pública de un sanatorio para tuberculosos. Gentes bondadosas entregaban montones de revistas infantiles al sanatorio, que se apilaban debajo de cada cama. Los niños seguíamos las aventuras de Slim Jim y Boob McNutt. Además, yo leía la Biblia durante el día y la noche. Se permitía una visita a la semana, y mis padres venían por

turno, mi madre vestida con su vieja blusa de estameña verde, grandes ojos, nariz recta, pálida por la preocupación —sus sentimientos profundos la ahogaban—, y mi padre, el desesperado inmigrante luchador, helado por el frío, con la chaqueta impregnada del humo del cigarrillo. Los chicos tenían hemorragias por la noche, se ahogaban en sangre y morían. Por la mañana había que enfrentarse a la blanca geometría de las camas hechas. En aquel lugar me volví muy reflexivo y creo que mi enfermedad pulmonar se convirtió en un trastorno emocional, de modo que algunas veces me sentía —y me siento todavía— oprimido por un ansia, una congestión de tiernos impulsos junto a un vértigo febril y entusiasta. Por culpa de la tuberculosis relacionaba la respiración con la alegría, y debido a la lobreguez de la sala relacionaba la alegría con la luz, y a causa de mi irracionalidad relacioné la luz de las paredes con la luz de mi interior. Al parecer, me convertí en un tipo de aleluya y gloria. Además —como conclusión—, Estados Unidos es un país didáctico en el que la gente ofrece siempre sus experiencias personales como una lección útil para el resto, esperando darles ánimo y causarles un bien —una especie de proyecto intensivo de relaciones públicas personales—. Algunas veces creo que esto es idealismo. En otras ocasiones me parece auténtico delirio. Si todo el mundo se dedica al bien, ¿cómo llega a cometerse tanto mal? Cuando Humboldt me calificaba de ingenuo, ¿estaba refiriéndose precisamente a esto? Al cristalizar tanto mal en sí mismo, pobre tipo, murió como un ejemplo y dejó como legado una pregunta dirigida al público. La cuestión misma de la muerte, que Walt Withman estimó la cuestión de las cuestiones.

De todos modos, no me importó en absoluto el aspecto que reflejaba el espejo. Vi precipitados angélicos en forma de hipocresía, especialmente alrededor de mi boca, de modo que acabé de afeitarme al tacto, y abrí los ojos solo cuando empecé a vestirme. Escogí un traje y una corbata discretos. No deseaba provocar a Cantabile presentándome ostentoso.

El ascensor no tardó. Acababa de terminar la hora del perro en mi edificio. Durante las horas del paseo de los perros, es inútil, hay que utilizar la escalera. Me dirigí a mi abollado automóvil, que solo para mantenerlo me cuesta mil quinientos dólares al año. El aire era desagradable en la calle. Estábamos en los días anteriores a Navidad, diciembre oscuro, y un aire ensombrecido, más gasolina que aire, cruzaba el lago desde el gran complejo de acero y petróleo del sur de Chicago, Hammond y Gary, Indiana. Entré en el automóvil y conecté el motor y la radio. Cuando la música empezó, sentí deseos de que hubiese más botones que pulsar, pues aquel no bastaba. Las emisoras culturales en FM ofrecían conciertos festivos de Corelli, Bach y Palestrina —Music Antiqua, dirigida por el difunto Greenberg con Cohen tocando la viola da gamba y Levi el clavicordio—. Ellos interpretaban cantatas piadosas y bellas con antiguos instrumentos, mientras yo trataba de ver a través del parabrisas aporreado por Cantabile. Tenía los billetes nuevos de cincuenta dólares en un paquete junto a mis lentes, billetera y pañuelo. Aún no había decidido en qué orden proceder.

Nunca decido sobre tales cosas, sino que espero que me sean reveladas, por lo que, estando en el Outer Drive, se me ocurrió detenerme en el club Downtown. Mi mente se hallaba en uno de esos humores de Chicago. ¿Cómo podría describir este fenómeno? En mi humor de Chicago, experimento una infinita falta de algo, mi corazón se ensancha y siento un anhelo desgarrador. Mi parte consciente del alma quiere expresarse por sí misma. En todo ello hay alguno de los síntomas de una sobredosis de cafeína. Al mismo tiempo tengo la sensación de ser el instrumento de poderes externos. Están utilizándome ya sea como un ejemplo del error humano, o como una mera sombra de las cosas que se desean. Seguí conduciendo. El enorme y pálido lago mecía sus aguas. Al este se veía un blanco cielo siberiano, y la plaza McCormick semejaba un portaaviones anclado en la costa. La vida había desaparecido del césped, que presentaba un color ocre invernal. Los motoristas se desviaban para contemplar el Mercedes, tan increíblemente destrozado.

Quería hablar con Vito Langobardi en el club Downtown, para que me diera su opinión, si es que la tenía, sobre Rinaldo Cantabile. Vito había sido un malhechor de categoría, compañero del difunto Murray el Camello y los Battaglia. A menudo nos reuníamos para jugar al racquetball. Me gustaba Langobardi. Sentía gran afecto por él, y creo que él me correspondía. Era una persona muy importante en el bajo mundo, tan elevado en la organización que había llegado a convertirse en un caballero, y nuestras discusiones se limitaban a zapatos y camisas. Entre los miembros, únicamente nosotros dos usábamos camisas entalladas con presillas debajo del cuello para sujetar la corbata. Estas presillas influían en nuestra unión. Como lo que ocurre en esas tribus salvajes sobre las que leía alguna vez y en las que, después de la infancia, se separa al hermano y a la hermana y no vuelven a verse hasta alcanzar el umbral de la vejez, a causa de un terrible tabú de incesto, cuando de pronto la prohibición cesa... No, el símil no es bueno. Pero había conocido infinidad de chicos violentos en la escuela, muchachos terribles cuyas vidas de adulto eran completamente distintas de la mía, y ahora podíamos charlar sobre la pesca en Florida y las camisas entalladas con presilla, o los problemas del Doberman de Langobardi.

Después de las partidas, en la democracia desnuda de los vestidores, sorbíamos sociablemente zumo de fruta y charlábamos sobre las películas de la clase X.

—Nunca voy a verlas —me dijo—. ¿Qué pasaría si se presentara la policía y me arrestaran? ¡Qué mal efecto produciría salir en los periódicos...!

Lo que se necesita para adquirir clase son unos cuantos millones, y Vito, con sus millones bien a salvo, destacaba como hombre de clase. Dejaba para sus abogados y corredores las palabras fuertes. En la pista de juego vacilaba un poco al correr, pues los músculos de la pantorrilla no se le habían desarrollado plenamente, defecto común también en los niños nerviosos. Pero su juego era sutil. Solía vencerme siempre con su táctica, pues sabía exactamente qué es lo que yo hacía detrás de él. Me sentía muy unido a Vito.

El racquetball o squash que me enseñó George Swiebel es un juego sumamente rápido y arriesgado. Se choca con los otros jugadores o contra las paredes. Se reciben golpes con el balanceo de la raqueta del contrincante y a menudo se golpea uno mismo en el rostro con su propia raqueta. Este juego me ha costado un incisivo. Me golpeé a mí mismo y tuvieron que hacerme endodoncia y colocarme una corona.

Al principio fui un chico enfermizo, aquejado de tuberculosis, pero después me fortalecí y, cuando más tarde empecé a decaer, George me forzó a poner mis músculos a tono. Algunas mañanas me siento derrengado y casi no puedo mantenerme derecho al levantarme de la cama, pero a mediodía estoy en la pista jugando, saltando, lanzándome cuan largo soy al suelo para salvar algún lanzamiento difícil, moviendo las piernas y ejecutando entrechats como un bailarín ruso. Sin embargo, no soy un buen jugador. Pongo demasiado corazón, demasiado ímpetu, y caigo en un frenesí competitivo. Entonces, al golpear la pelota con fuerza, me digo continuamente: «¡Baila, baila, baila, baila!», convencido de que la maestría del juego reside en el baile. Pero los gánsteres y los hombres de negocios, que introducen su estilo profesional en estos partidos, me superan en el baile y me ganan. Me digo a mí mismo que cuando adquiera claridad mental y espiritual y las aplique al juego, nadie podrá superarme. Nadie. Les ganaré a todos. Mientras tanto, a pesar del confuso estado espiritual que me impide vencer, sigo jugando violentamente porque me desespero sin una acción fatigosa. Pura desesperación. De vez en cuando, alguno de los atletas de mediana edad se desmorona. Tras ser conducidos rápidamente al hospital, algunos jugadores no han regresado jamás. Langobardi y yo jugábamos al *Cut-Throat* (juego para tres) con un hombre llamado Hildenfisch, que se desplomó a causa de un ataque al corazón. Habíamos observado que Hildenfisch jadeaba. Después del juego, se fue a descansar a la sauna, y alguien salió de allí diciendo:

—Hildenfisch se ha desmayado.

Cuando los empleados negros lo depositaron en el suelo, se orinó. Yo sabía lo que significaba esta pérdida de control del esfínter. Nos enviaron un equipo mecánico para reanimarlo, pero nadie sabía cómo hacerlo funcionar.

Algunas veces, cuando jugaba demasiado duro, Scottie, el monitor de atletismo, me aconsejaba dejarlo.

—Detente y mírate, Charlie. Estás morado.

Me veía reflejado en el espejo, horrendo, cubierto de sudor, oscuro, negro, y mi corazón latía apresuradamente dentro de mí. Sentía una ligera sordera. ¡Las trompas de Eustaquio! Hice mi propio diagnóstico. Debido al exceso de presión de la sangre, mis arterias se contraían.

—Camina —me recomendaba Scottie.

Y yo caminaba de un lado a otro sobre el trozo de alfombra identificado para siempre con el pobre Hildenfisch, el hosco e inferior Hildenfisch. Ante la muerte, yo no era mejor que él. Y en una ocasión en que me excedí en la pista y tuve que tenderme jadeante en el sofá de plástico rojo, Langobardi se acercó y me miró.



Cuando sentía ansiedad, Langobardi bizqueaba. Un ojo se cruzaba con el otro como si fueran las manos de un pianista.

—¿Por qué te excedes, Charlie? —me preguntó—. A nuestra edad, con una partida corta ya tenemos suficiente. ¿Has visto que yo juegue más de una? Cualquier día te puede costar caro. Acuérdate de Hildenfisch.

Sí. Muy caro. Mi juego era peligroso. Debía cesar en este acto de desafío a la muerte. Me sentí conmovido por la solicitud de Langobardi. ¿O acaso era una solicitud egoísta? Estas fatalidades mortales en el club eran desagradables, y dos infartos seguidos convertirían el club en un lugar triste. A pesar de ello, Vito deseaba hacer por mí todo cuanto fuese posible. No había mucho que pudiéramos decirnos. En algunas ocasiones, cuando estaba hablando por teléfono, yo lo observaba. A su modo, él era un ejecutivo norteamericano. El atractivo Langobardi vestía mucho mejor que cualquier presidente de consejo de administración. El rayado de las mangas de su americana combinaba ingeniosamente, y la espalda de su chaleco estaba confeccionada con un hermoso estampado. Llegaban las llamadas telefónicas a nombre de Finch, el limpiabotas «... Johnny Finch, Johnny Finch, al teléfono en la extensión cinco...», y Langobardi tomaba estas llamadas para Finch. Era varonil, tenía poder. Daba instrucciones con su voz grave, dictaba normas, tomaba decisiones, fijaba castigos probablemente. ¿Cómo era posible, por tanto, que me dijera algo trascendente? Pero ¿podía yo decirle lo que tenía en mi mente? ¿Podía decirle que aquella misma mañana había estado leyendo, en la Fenomenología de Hegel, las páginas sobre la libertad y la muerte? ¿Podía decirle que había estado considerando la historia de la conciencia humana dedicando especial interés al tema del aburrimiento? ¿Podía confiarle que hacía muchos años que el tema me preocupaba y que lo había discutido a menudo con el difunto poeta Von Humboldt Fleisher? Nunca. Tampoco era posible discutir tales cosas con astrofísicos, ni con profesores de economía o paleontología. En Chicago había cosas bellas y dinámicas, pero la cultura no figuraba entre ellas. Disponíamos de una ciudad sin cultura en la que, no obstante, prevalecía la mente. Mente sin cultura, este era el núcleo de la cuestión, ¿no es así? ¿Y qué te parece eso? Es acertado. Yo había aceptado esta condición hacía ya mucho tiempo.

Los ojos de Langobardi parecían poseer el poder de un periscopio para ver en torno suyo.

—Has de ser listo, Charlie. Haz como yo —me aconsejó.

Le di sinceramente las gracias por su bondadoso interés.

—Lo intentaré —le respondí.

De modo que ese día estacioné el automóvil bajo los fríos soportales detrás del club. Subí en el ascensor y salí a la barbería. Allí se apreciaba el movimiento de costumbre, con los tres barberos: el enorme sueco, de cabello teñido; el siciliano, con su estilo propio (sin afeitarse), y el japonés. Los tres se peinaban con el pelo ahuecado y llevaban un chaleco amarillo con botones dorados sobre una camisa de manga corta. Los tres estaban utilizando secadores de aire caliente, dando forma al cabello de tres

clientes.

Entré en el club pasando por el cuarto de aseo, con sus bombillas descoloridas sobre cada lavabo, donde Finch, el auténtico Johnny Finch, estaba llenando los urinarios con montoncitos de cubitos de hielo. Langobardi estaba allí, pues era madrugador. Últimamente se peinaba con un pequeño flequillo como si fuese el pastor de una iglesia rural inglesa. Estaba sentado, desnudo, mirando *The Wall Street Journal* y me dedicó una breve sonrisa. Y ahora ¿qué haría? ¿Podía lanzarme a un nuevo tipo de relación con Langobardi, acercar una silla y sentarme, con los codos sobre las rodillas, y mirarlo a la cara para hablarle con franqueza en el calor del impulso? Con los ojos muy abiertos por la duda, pero confidencialmente, ¿podría decirle: «Vito, necesito tu ayuda»? O «Vito, ¿sabes qué clase de tipo es Rinaldo Cantabile?». Me latía el corazón con fuerza, como había latido algunas décadas atrás cuando quería declararme a una mujer. Langobardi me había hecho algunos favores de vez en cuando, consiguiéndome reserva de mesa en restaurantes muy solicitados. Pero preguntarle sobre Cantabile pasaba a ser una consulta de tipo profesional. Y esto no debía hacerse en el club. En cierta ocasión, Vito riñó a Alfonso, uno de los masajistas, por haberme hecho una pregunta a propósito de un libro.

—No molestes al amigo, Al. Charlie no viene aquí para hablar de su profesión. Todos venimos para olvidar los negocios.

Cuando se lo conté a Renata, ella dijo:

—De modo que tenéis cierta amistad.

Me di cuenta de que la relación entre Langobardi y yo podía compararse a la relación entre el Empire State Building y un ático.

—¿Quieres que juguemos una partidita corta? —me invitó.

—No, Vito. Únicamente vine para coger algo de mi armario.

La búsqueda ansiosa de costumbre, pensé mientras volvía a mi destrozado Mercedes. Muy propio de mí. La ansiedad habitual. Buscaba ayuda. Deseaba ardientemente que alguien me ayudara en mi vía crucis. Igual que mi padre. ¿Y dónde estaba mi padre? Mi padre estaba en el cementerio.

En el taller de reparaciones de la casa Mercedes, el distinguido técnico y oficial de bata blanca mostró una curiosidad natural, pero me negué a responder a sus preguntas.

—No sé cómo sucedió todo esto, Fritz. Lo encontré tal como está. Arréglalo. No quiero ni ver la factura. Envíala simplemente a la Continental Illinois. Ellos pagarán.

Fritz cobraba como un neurocirujano.

Salí a la calle y llamé a un taxi. El conductor tenía un aspecto salvaje con su inmenso peinado «afro», como un matojo en los jardines de Versalles. La parte trasera del taxi estaba sucia de cenizas de cigarrillos y olía a taberna. Entre los dos teníamos un cristal de separación a prueba de balas. Dio rápidamente la vuelta y se dirigió hacia el oeste por la calle División. Poco podía ver, a causa del cristal empañado y el peinado «afro», pero no sentía necesidad de mirar, ya que me sabía aquellos lugares de memoria. Extensas partes de Chicago se estropean y se desmoronan. Algunas se reconstruyen, otras quedan derruidas. Es como el montaje de una película: se levanta, se cae y se levanta. La calle División, en el lugar donde están los baños, solía ser polaca, y ahora es totalmente puertorriqueña. En los días en que habitaban los polacos, las pequeñas casitas de ladrillos aparecían pintadas de rojo vivo, marrón o verde caramelo. Los jardines los rodeaban con tubos metálicos. Yo siempre había creído que existían ciudades bálticas que presentaban el mismo aspecto, Gdinia, por ejemplo, con la diferencia de que el prado de Illinois surgía en los solares vacantes y las matas de hierba arrancadas de raíz rodaban por las calles. ¡Resultaban tan melancólicas!

En los viejos tiempos de los carritos de helado y de carbón, los habitantes de esas casas aprovechaban las calderas reventadas cortándolas por la mitad y las colocaban en los pequeños prados, para llenarlas de flores. Durante la primavera, las corpulentas mujeres polacas, con sus gorros de cintas, salían con botes de Sapolio para pintar las calderas, haciéndolas brillar con su tono plateado en contraste con el rojo intenso de los ladrillos. Las dobles hileras de remaches sobresalían como el tatuaje en la piel de las tribus africanas. Las mujeres plantaban geranios, claveles y otras flores sencillas. Años atrás había llevado a Humboldt Fleisher allí para que viera todo esto. Había ido a Chicago para dar una conferencia para la revista *Poetry* y me pidió que le enseñara la ciudad. Por entonces éramos buenos amigos. Yo había regresado para visitar a mi padre y dar los últimos toques a mi libro *New Deal Personalities*, en la Biblioteca Newverry. Me llevé a Humboldt en el ferrocarril elevado a los corrales de ganado. Contempló el Loop, el distrito de las finanzas. Nos fuimos a la orilla del lago y escuchamos el silbido de las sirenas. Resonaban melancólicamente por encima del agua sobrecogedora, apacible como fresca seda de color lila. Pero Humboldt se entusiasmó sobre todo por el viejo barrio. Los remaches plateados de las calderas y los deslumbrantes geranios polacos lo fascinaron. Escuchaba, pálido y conmovido, el sonido de las ruedas de los patines sobre el asfalto quebradizo. También a mí me pone sentimental la fealdad urbana, llevado por el espíritu moderno de redimir la

vulgaridad, aquel conjunto de ruinas y trastos por medio del arte y la poesía, por el poder superior del alma.

Mary, mi hijita de ocho años, había descubierto en mí este rasgo. Conoce mi debilidad por la ontogenia y la filogenia. Siempre está pidiéndome que le cuente cómo era la vida de antaño.

—Teníamos estufas de carbón —le cuento—. El hornillo de la cocina era negro y enorme, con un borde de níquel. La estufa de la sala tenía una cúpula, como una pequeña iglesia, y se podía ver el fuego a través de la ventanilla de mica. Yo me encargaba de subir el carbón y sacar las cenizas.

—¿Cómo vestías?

—Llevaba una gorra de imitación cuero con orejeras de piel de conejo, botas altas con funda para mi navaja enmohecida, calcetines largos de color negro y pantalones de golf. Mi ropa interior era de lana y soltaba hilachas en el ombligo y en todas partes.

—¿Y qué más? —deseaba saber mi hija menor.

Lish, que tiene diez años, es la niña de su mamá y no muestra ningún interés por este tipo de información. Mary no es tan bonita, aunque en mi opinión es más atractiva (más como su padre). Es reservada e inquieta. Miente y roba más que la mayoría de las niñas de su edad, y esto resulta también atractivo. Esconde chicles y bombones con una ingenuidad conmovedora. Encuentro sus caramelos escondidos debajo de la tapicería o en mi archivador. Ha descubierto que no miro con frecuencia mis materiales de investigación. Me adula y me presiona con precocidad. Y quiere que le cuente cosas sobre los viejos tiempos. Ella tiene sus propios propósitos cuando suscita y manipula mis emociones. Pero su papá está muy bien dispuesto a mostrar sus sentimientos de otros tiempos. De hecho, debo transmitir estos sentimientos, ya que tengo planes para Mary. En fin, nada tan definido como planes, quizá. Tengo la idea de llegar a prevalecer en la mente de la niña con mi espíritu, de modo que ella continúe el trabajo si yo ya soy demasiado viejo, demasiado débil o demasiado necio para continuar. Ella sola, o quizá, ella y su esposo, con un poco de suerte. Me preocupo por la niña. En un cajón cerrado de mi escritorio guardo notas y apuntes para ella, muchos de ellos escritos bajo la influencia del alcohol. Me he prometido darles un repaso antes de que la muerte me sorprenda en la pista de racquetball o en el colchón Posturepedic de una u otra Renata. Es casi seguro que Mary será una mujer inteligente. Ella interpreta *Para Elisa* mucho mejor que Lish. Siente la música. Sin embargo, mi corazón sufre a menudo por Mary. Será una mujer delgada, de nariz recta, que siente la música. Y personalmente prefiero mujeres corpulentas con grandes senos. De modo que ya siento cierta lástima por ella. En cuanto al proyecto o propósito que desearía continuase, es una visión general muy personal de la comedia intelectual de la mente moderna. Nadie podría hacer esto de un modo exhaustivo. A finales del siglo XIX, lo que habían sido extensas novelas de la *Comedia* de Balzac quedó reducido en Chejov a simples cuentos en su versión rusa de la *Comédie*

*Humaine*. Actualmente resulta todavía más difícil ser exhaustivo. Nunca pensé en un trabajo de ficción, sino en un tipo diferente de proyección imaginativa. Diferente también de las *Adventures of Ideas* de Whitehead... Este no es el momento para explicarlo. Sea lo que fuere, concebí todo esto en mi juventud. Realmente fue Humboldt quien me prestó el libro de Valéry donde hacía la sugerencia. Valéry escribió sobre Leonardo: «*Cet Apollon me ravissait au plus haut degré de moi-même*»<sup>[9]</sup>. También yo estaba cautivado con efectos permanentes, quizá llevado más allá de mis medios mentales. Pero Valéry había añadido una nota al margen: «Trottve avant de chercher». Este encontrar antes de la búsqueda era mi don especial, si es que poseía algún don.

Sin embargo, mi hijita me decía con una aplastante precisión instintiva:

—Cuéntame lo que solía hacer tu madre. ¿Era bonita? —Creo que era muy bonita. No me parezco a ella. Ella guisaba, lavaba y planchaba, y preparaba conservas y confituras. Sabía decir la buenaventura con las cartas y cantaba temblorosas canciones rusas. Ella y mi padre me visitaban en el sanatorio por turno, cada dos semanas. El helado de vainilla que me traían en febrero era tan duro que no se podía cortar ni con un cuchillo. ¿Y qué más? ¡Ah, sí! En casa, cuando se me caía un diente, ella lo arrojaba detrás de la estufa y pedía al ratoncito que me trajera otro mejor. ¡Ya ves qué clase de dientes me endosaron esos malditos ratones!

—¿Querías a tu madre?

Me invadió de pronto un creciente sentimiento de anhelo. Olvidé que estaba hablando con una niña, y respondí:

—¡Oh, sí! Los quería a todos extraordinariamente, de un modo anormal. Estaba consumido por mi amor. Desde lo más profundo de mi corazón. Solía llorar en el sanatorio porque no podía volver a casa y estar con ellos. Estoy seguro de que ellos nunca supieron cuánto los quería, Mary. Yo padecía fiebre tuberculosa y fiebre amorosa. Un muchachito patológicamente apasionado. En la escuela estaba siempre enamorado. En casa, si me levantaba por la mañana antes que los demás sufría porque ellos estaban durmiendo aún. Necesitaba que se despertaran para que aquella cosa maravillosa pudiera continuar. Quería también a Menasha, el huésped, y a Julius, mi hermano, tu tío Julius.

Tendré que dejar a un lado estos datos emocionales.

En aquel momento, lo que me preocupaba era dinero, cheques, gamberros y automóviles.

Recordaba otro cheque. Lo había enviado mi amigo Thaxter, aquel que Huggins acusaba de ser agente de la CIA. Thaxter y yo pensábamos publicar un periódico, *The Ark*. Todos estábamos preparados. Se imprimirían cosas maravillosas; por ejemplo, páginas nacidas de mis reflexiones imaginativas sobre un mundo transformado por la mente. Pero, entretanto, Thaxter había dejado de pagar cierto préstamo.

Es una larga historia que preferiría no contar por dos razones. Una es que quiero a Thaxter, haga lo que haga. Otra, que actualmente pienso demasiado en el dinero. No

sirve de nada intentar disimularlo. La cosa está presente y es básica. Cuando describí anteriormente cómo George salvó la vida de Sharon cuando le cortaron la garganta, hablé de la sangre como de una sustancia vital. Pues bien, el dinero es también una sustancia vital. Se suponía que Thaxter debía pagar parte del préstamo adeudado. Arruinado, pero ostentoso, había endosado un cheque a mi favor de su banco italiano, el Banco Ambrosiano de Milán. ¿Por qué un banco extranjero? ¿Y por qué Milán? Pero cualquier asunto de Thaxter se salía de lo común. Había recibido una educación transatlántica y se sentía igualmente en su casa lo mismo si estaba en Francia que en California. No había región, por remota que fuese, en la que Thaxter no tuviera un familiar, o algún tipo de interés en una mina, o un viejo castillo, o una villa. Con sus exóticas maneras, Thaxter era uno de mis quebraderos de cabeza. Pero me sentía incapaz de resistirme a él. También esto debe esperar. Únicamente una última palabra: Thaxter quería que la gente creyese que había sido agente de la CIA. Era un rumor maravilloso, y él hacía cuanto podía para estimularlo. Acrecentaba grandemente su aura de misterio, misterio que constituía uno de sus pequeños fraudes. Esto era inofensivo y, de hecho, resultaba atractivo. Hasta era filantrópico, como siempre es el encanto... hasta cierto punto. En el encanto existe siempre un elemento de fraude.

El taxi llegó a los Baños con veinte minutos de anticipación. No iba a estar allí esperando, así que, a través de los agujeros del cristal de separación a prueba de balas, indiqué al conductor:

—Siga adelante, en dirección oeste. Vaya despacio, pues deseo contemplar los alrededores.

El taxista me oyó y agitó su «afro» en un signo de asentimiento. Era como un enorme diente de león negro, con las semillas esparcidas al viento y sus tallos blandos muy erizados.

Durante los últimos seis meses habían derruido algunos más de los viejos edificios de la vecindad. Esto no debería haberme importado mucho. No puedo explicar por qué me afectó tanto. Estaba muy nervioso. Casi me parecía que podía oírme moviéndome inquieto y revoloteando en el asiento posterior como un pájaro visitando los manglares de su juventud ahora convertidos en cementerios de automóviles. A través de las ventanas sucias contemplaba aquello con una agitación latente. Habían derribado una manzana entera. El restaurante húngaro de Lovi había desaparecido, más la sala de juego de Ben y la vieja cochera de ladrillos, y la funeraria de Gratch, desde donde mis padres fueron llevados al cementerio. La eternidad no tenía aquí ningún intermedio pintoresco. Las ruinas del tiempo se habían derribado, recogido y cargado en camiones, para ser despachadas como desperdicios. Se alzaban nuevos armazones de acero. La kielbasa polaca ya no colgaba en los escaparates de las carnicerías. Las salchichas de la carnicería eran del Caribe, arrugadas y color púrpura. Los viejos letreros de las tiendas habían desaparecido. Los nuevos decían: «HOY, MUDANZA, IGLESIA».

—Siga en dirección oeste —le indiqué al conductor—. Pase el parque. En Kedzie, gire a la derecha.

El viejo bulevar se había convertido en una ruina decadente en espera de los demolidores. A través de los grandes agujeros pude ver el interior de apartamentos en los que yo había dormido, comido, hecho mis deberes escolares y besado a las chicas. Hay que sentir un vivo desprecio por sí mismo para permanecer indiferente ante tal destrucción, o, mucho peor todavía, regocijarse ante el derrumbamiento del lugar donde nacieron estos sentimientos de clase media, contento de que la historia los convirtiera en escombros. Conozco individuos que sienten de ese modo, producto precisamente de este barrio. Informadores ante la policía metafísica-histórica contra individuos como yo, cuyo corazón sufre ante la destrucción del pasado. Pero yo había ido allí para sentirme melancólico, para entristecerme por las paredes y ventanas derruidas, las puertas ausentes, las instalaciones arrancadas y los cables telefónicos cortados y vendidos como trozos viejos. Muy especialmente, había ido para comprobar si la casa donde había vivido Naomi Lutz se mantenía todavía en pie. No lo estaba, por lo cual me sentí muy deprimido.

En mi adolescencia, tan dominada por las emociones, había amado a Naomi Lutz. Creo que fue la jovencita más bella y perfecta que he visto nunca. Sentía adoración por ella, y el amor hacía aflorar mis peculiaridades más profundas. Su padre era un respetable pedicuro. Afectaba aires de médico, un doctor hecho y derecho. Su madre era una buena mujer de aspecto descuidado, atolondrada, con poca barbilla, pero con unos grandes ojos, brillantes y románticos. Noche tras noche, me veía obligado a jugar al *rummy* con el doctor Lutz, y los sábados lo ayudaba a lavar y pulir su Auburn.

Pero no me importaba. Cuando amaba a Naomi Lutz, me sentía seguro dentro de la vida. Todos sus fenómenos tenían sentido. La muerte era una parte final de la proposición, enteramente aceptable. Yo poseía mi propia y pequeña región de los lagos, el parque, por el cual paseaba con mi moderna biblioteca: Platón, Wordsworth, Swinburne y *Un coeur simple*. Aunque fuese invierno, Naomi y yo nos acariciábamos detrás del jardín de rosas. Entre las ramitas heladas, yo buscaba el calor dentro de su abrigo de mapache. Olía una mezcla deliciosa de la piel del mamífero y la fragancia de la adolescente. Respirábamos la helada y nos besábamos. Hasta que conocí a Demmie Vonghel, muchos años después, no hubo nadie a quien yo amara tanto como a Naomi Lutz. Pero, mientras yo estaba en Madison, Wisconsin, leyendo poesía y estudiando billar en el bar, Naomi se casó con un prestamista que también se ocupaba de la reparación de máquinas de oficina y tenía mucho dinero. Yo era demasiado joven para proporcionarle las cuentas de crédito que ella necesitaba tener en Field's y en Saks, y creo, además, que la asustó la responsabilidad que implicaba ser la esposa de un intelectual. Yo le hablaba continuamente de mis libros de la Biblioteca Moderna, de poesía y de historia, por lo cual ella temía defraudarme. Así me lo dijo. Le respondí que si una lágrima era algo intelectual, cuánto más intelectual sería el

amor puro. Este no necesitaba añadidos cognoscitivos. Pero solo conseguí dejarla perpleja. Este tipo de conversación fue la causa de haberla perdido. Naomi rehuía mirarme aun después de que su marido perdió todo el dinero y la abandonó. Era un hombre aficionado al juego, y al final tuvo que esconderse porque los corredores de apuestas andaban detrás de él. Tengo entendido que llegaron a romperle los tobillos. Sea como fuere, cambió de nombre y se fue —cojeando— al sudoeste. Naomi vendió su lujosa casa en Winnetka y se trasladó a Marquette Park, donde su familia poseía una casita. Se puso a trabajar en el departamento de lencería en la casa Field's.

Mientras el taxi regresaba a la calle División, me imaginaba un irónico paralelismo entre los problemas con la mafia del marido de Naomi y mis propios problemas. También él se había equivocado. No podía dejar de considerar cuán dichosa hubiera sido mi vida junto a Naomi Lutz. Después de quince mil noches de abrazar a Naomi, la soledad y el aburrimiento de la tumba me hubieran hecho sonreír. No hubiera necesitado bibliografía, carpetas de notas ni medalla de la Legión de Honor.

De modo que cruzamos nuevamente lo que se había convertido en una barriada tropical de las Indias Occidentales, semejante a algunos barrios de San Juan que se extiende a lo largo de las lagunas, burbujeantes y apestosas como un guiso de tripas. Por allí se veía el mismo yeso aplastado, vidrios rotos, basura por las calles, y, en las tiendas, los mismos letreros burdamente escritos con tiza azul.

Los Baños Rusos, donde debía encontrarme con Rinaldo Cantabile, seguían más o menos igual. Servían también como hotel de proletarios o pensión. En el segundo piso se habían alojado siempre viejos trabajadores achacosos, solitarios abuelos ucranianos, empleados jubilados del ramo de transportes, y un pastelero famoso por sus helados, que tuvo que abandonar el oficio a causa de la artritis de sus manos. Conocía bien el lugar desde mi infancia. Mi padre, como el viejo señor Swiebel, creía en el gran beneficio que reportaban a la sangre las friegas con hojas de roble enjabonadas en viejos cubos. Aún siguen existiendo personas retrógradas como ellos, que arrastran los pies y se resisten a las innovaciones. Como me explicó en una ocasión Menasha, el pensionista, un físico aficionado (aunque más aficionado a convertirse en tenor dramático, para lo cual tomaba lecciones de canto: había trabajado en Brunswick Phonograph Co., como operador de la prensa perforadora), los seres humanos podían influir en la rotación de la Tierra. ¿Cómo? Pues si en un momento determinado toda la raza humana arrastrara los pies, el movimiento del planeta se retrasaría. Esto influiría también en la luna y las mareas. Naturalmente, el tópico real de Menasha no era la física, sino la concordia, o la unidad. Opino que algunos por estupidez y otros por perversidad arrastrarían los pies contra la corriente. Sin embargo, los vejestorios de los Baños parecen estar empeñados inconscientemente en un intento colectivo de oponerse a la historia.

Estos bañistas de vapor de la calle División no se parecen en nada a la gente del sur de la ciudad, orgullosa y en buena forma. Hasta el viejo Feldstein, que hace su



ciclo de ejercicios en el club Downtown a la edad de ochenta años, estaría fuera de lugar en la calle División. Hace cuarenta años, Feldstein era un juerguista, un jaranero de primera línea, un Charlie festivo de la calle Rush. A pesar de su edad es un hombre moderno, mientras que los clientes de los Baños Rusos fueron vaciados en un molde anticuado. Poseen nalgas hinchadas y pechos abultados, tan amarillentos como la mantequilla. Se sostienen sobre el grueso soporte de sus piernas, afectadas por una especie de moteado verdegrisáceo o azulado que asciende desde los tobillos. Después del vapor, esos vejstorios se comen enormes bocadillos de arenque salado, o grandes rodajas de longaniza y carne jugosa, y beben schnapps. Con sus vientres opulentos pasados de moda podrían derribar paredes. Aquí las cosas son muy elementales. Uno siente que esta gente es casi consciente de haber caído en desuso, de pertenecer a una línea evolutiva abandonada por la naturaleza y la cultura. Por ello, allí en los subsótanos supercalentados, esos esclavos cavernícolas y demonios del bosque, con sus traseros colgantes y sus piernas de piedra y liquen, se hierven y se salpican la cabeza con agua helada. Arriba, en la pantalla de televisión de los vestidos, frívolos petimetres y golfas sonrientes hablan con viveza o brincan de acá para allá, sin que nadie les preste atención. Mickey, que tiene la concesión de la comida, fríe bistecs y tortillas de patata y trincha coles para preparar ensalada de col cruda o parte pomelos (que se comerán con la mano) sirviéndose de enormes cuchillos. Los ancianos corpulentos que suben, enrollados en sus sábanas, dejando aquel calor asfixiante, tienen buen apetito. Abajo, Franush, el empleado, forma vapor echando agua sobre las piedras emblanquecidas por el calor. Estas se amontonan como la munición de las legiones romanas. Para preservar su cerebro de la cocción, Franush lleva un sombrero de fieltro mojado al que le ha arrancado el ala. Aparte de este, va desnudo. Se arrastra como una salamandra roja con un palo para levantar el cierre de la caldera, demasiado caliente para tocarla con las manos, y entonces, a gatas, con los testículos balanceándose en un gran vaivén y el ano abierto, retrocede buscando a tientas el cubo. Vierte el agua y las piedras chisporrotean. Es posible que en los Cárpatos no quede ya pueblo alguno donde estas prácticas perduren todavía.

Leal para con este lugar, el padre Myron Sweibel acudía todos los días de su vida. Traía consigo su propio arenque, su pan integral de centeno con mantequilla, cebollas crudas y whisky Bourboa. Conducía un Plymouth, aunque no poseía permiso de conducir. Veía muy bien al frente, pero tenía cataratas en ambos ojos y golpeaba lateralmente los automóviles, con lo que hacía grandes destrozos en los estacionamientos.

Entré para hacer un reconocimiento. Me sentía muy ansioso a causa de George. Su consejo me había colocado en este callejón sin salida, pero yo ya sabía que era un mal consejo. ¿Por qué lo había seguido? ¿Quizá porque él levantó la voz con tanta autoridad? ¿O porque se jactaba de ser un experto del bajo mundo y yo le había permitido imponerse? Sea como fuere, no utilicé el sentido común. Pero mi mente se hallaba ahora muy alerta y convencida de poder manejar a Cantabile. Confiaba en

que Cantabile hubiese ahogado ya su rabia contra el automóvil y pensé que la deuda estaba pagada de sobra.

Me acerqué al concesionario, Mickey, quien, de pie detrás del mostrador y en medio del humo, tostaba grasientas lonchas de carne y freía cebolla, y le pregunté:

—¿Ha venido George? ¿Lo espera su padre?

Consideré que si George se encontraba allí no era probable que Cantabile entrara de pronto completamente vestido en medio del vapor para darle un puñetazo o un puntapié. Naturalmente, desconocía los límites de Cantabile. No era posible adivinar lo que Cantabile pudiera hacer impulsado por la rabia o por un cálculo frío.

—George no está aquí. El viejo está en el vapor.

—Bien. ¿Sabes si espera a su hijo?

—No. George estuvo aquí el domingo, de modo que hoy no vendrá. Únicamente viene con su padre una vez por semana.

—Muy bien. ¡Excelente!

Mickey tenía aspecto de perdonavidas, con sus gruesos brazos, un delantal atado muy alto por debajo de las axilas y un labio torcido. Durante la Depresión se vio obligado a dormir en los parques y la tierra fría le produjo parálisis parcial en la mejilla. Parece que esté mofándose, pero es una falsa impresión. Se trata de una persona amable, gentil y pacífica, amante de la música, que adquiere un abono para la temporada en la Ópera Lírica.

—Hace ya mucho tiempo que no te veía, Charlie. Anda, ve al vapor con el viejo. Estará contento de que le hagas compañía.

Pero me apresuré a salir de nuevo, pasando por delante de la garita del cajero, con las cajas de acero donde los clientes guardaban sus objetos de valor. Pasé junto a la columna espiralada que anunciaba la barbería, y cuando llegué a la acera, tan densa como la galaxia con estrellas de vidrios rotos, un Thunderbird blanco se detuvo frente a la tienda de salchichas de Puerto Rico, al otro lado de la calle, y Ronald Cantabile salió de él. Se precipitó, debería decir. Me di cuenta de que estaba en un estado horrible. Llevaba un abrigo marrón, ranglán, con sombrero haciendo juego y botas de piel de cabrito, y era alto y atractivo. Había estado observando su espeso y oscuro bigote durante la partida de póquer. Parecía de pelo fino. A pesar de la elegancia evidente de su atavío, se percibía una corriente, una actitud desesperada, de modo que el hombre salió del automóvil, por expresarlo de algún modo, furioso de la nuca para arriba. Aunque estaba al otro lado de la calle, me percaté de su palidez furiosa. Pensé que se había exaltado para intimidarme, pero sus pasos eran algo raros. Movía los pies de un modo extraño. Los automóviles y los camiones cruzaban entre los dos y se veía imposibilitado de atravesar la calle. Le veía por debajo de los vehículos, tratando de pasar. Sus botas eran exquisitas. A la primera oportunidad de tráfico menos denso, Cantabile abrió su ranglán para mí. Llevaba un magnífico cinturón ancho, pero seguramente no era el cinturón lo que trataba de mostrarme. Justamente al lado de la hebilla sobresalía algo que su mano agarró. Quería que supiera que llevaba una

pistola. Aumentó el tráfico, y Cantabile se paseó de un lado a otro, mirándome furioso por encima de los automóviles. Bajo una tensión extrema, me gritó cuando el último camión hubo pasado:

—¿Estás solo?

—Sí, estoy solo.

Se irguió en toda su estatura, con un gesto peculiarmente nervioso.

—¿Tienes a alguien escondido por ahí?

—No. Estoy solo. No hay nadie.

Abrió la puerta del Thunderbird y sacó dos palos de béisbol que tenía en el suelo. Se dirigió hacia mí con un palo en cada mano. Una furgoneta cruzó entre los dos. Ahora solo veía sus pies moviéndose rápidamente con sus botas de fantasía. Yo pensé: «Él se ha dado cuenta de que he venido a pagar. ¿Para qué aporrearne? Debe saber ya que no intentaré ningún truco. Ya se ha dado a conocer con mi automóvil. Y he visto la pistola. ¿He de correr?». Desde que el día de Acción de Gracias había descubierto que todavía podía correr aprisa, parecía extrañamente ansioso por recurrir a esta habilidad. La velocidad era uno de mis recursos. Algunas personas son demasiado rápidas para su propio beneficio, como Asahel en el Libro de Samuel. A pesar de ello, se me ocurrió que podría atreverme a subir apresuradamente la escalera de los Baños y refugiarme en la oficina del cajero, donde estaban las cajas de acero. Podría agacharme en el suelo y pedir al cajero que entregara a Cantabile, a través de la reja, los cuatrocientos cincuenta dólares. Conocía muy bien al cajero. Y nunca me permitiría entrar. No podía. Yo no tenía depósito. En cierta ocasión se refirió a ello mientras charlábamos. Pero no podía creer que Cantabile me diera una paliza en la calle. No mientras lo esperaba con la cabeza inclinada. En aquel mismo momento me acordé de las explicaciones de Konrad Lorenz sobre los lobos. El lobo vencido ofrecía su garganta y el vencedor mordisqueaba, pero no mordía. Por eso yo inclinaba la cabeza. Sí, pero ¡maldita fuera mi memoria! ¿Qué es lo que dijo Lorenz además? La especie humana era diferente, pero ¿de qué modo? No podía acordarme. Mi cerebro se desintegraba. El día anterior, en el cuarto de baño, no había podido dar con la palabra para el aislamiento de los contagios, y me había llenado de angustia. Pensé a quién podría llamar por teléfono para preguntarlo. ¡Mi mente se esfumaba! Y entonces me puse en pie y me agarré al lavabo hasta que la palabra «cuarentena» acudió a mí, misericordiosa. Sí, cuarentena, pero estaba decayendo. Estas cosas me preocupan mucho. Mi padre también perdió la memoria en su vejez. Así que estaba asustado. La diferencia entre el hombre y otras especies como los lobos no llegó a resultar clara en mi mente. Quizá el olvido era excusable en una circunstancia como aquella. Pero me sirvió para demostrarme cuán descuidadamente estaba leyendo estos días. Esta falta de atención y fracaso de memoria no presagiaban nada bueno.

Después de pasar la última hilera de coches, Cantabile dio unas zancadas enarbolando ambos palos como si estuviera dispuesto a lanzarse sobre mí.

Pero le grité con fuerza:

—¡Por el amor de Dios, Cantabile!

Se detuvo, y yo levanté las manos abiertas. Entonces arrojó un palo dentro del Thunderbird y se volvió hacia mí sosteniendo el otro.

Le dije en voz alta:

—He traído el dinero. No tienes por qué romperme la crisma.

—¿Llevas pistola?

—No llevo nada.

—Ven aquí —me ordenó.

Comencé a cruzar la calle de buena gana. Hizo que me detuviera en medio.

—Quédate ahí —me dijo.

Estaba en el centro de un denso tráfico; los automóviles hacían sonar los cláxones y los conductores provocados bajaban las ventanillas y gritaban como locos. Cantabile arrojó el segundo palo dentro del Thunderbird. Cruzó entonces a grandes trancos y me agarró con rudeza. Me trató como si mereciera la pena máxima. Le mostré el dinero y se lo ofrecí allí mismo. Pero él ni siquiera lo miró. Furioso, me empujó hasta la acera y en dirección a la escalera de los Baños, más allá de las columnas de la barbería con espirales en rojo, blanco y azul. Entramos apresuradamente, pasamos ante la garita del cajero y enfilamos el corredor.

—Sigue, sigue —decía Cantabile.

—¿Adónde quieres ir?

—Al retrete. ¿Dónde está?

—¿No quieres el dinero?

—¡He dicho el retrete! ¡El retrete!

Comprendí entonces. Sus intestinos estaban en plena actividad, tenía prisa, tenía que ir al retrete, y yo debía acompañarlo. No podía permitir que lo esperara en la calle.

—Muy bien —le dije—. Cálmate y te llevaré.

Me siguió por los vestidores. La entrada a la letrina carecía de puerta. Únicamente los compartimientos individuales tienen puerta. Le indiqué el camino y me disponía a sentarme en uno de los bancos cercanos del vestidor, pero él me empujó con fuerza por el hombro para que lo siguiera. Los retretes son lo peor de los Baños. Los radiadores producen un calor seco que aturde. El mosaico nunca se lava, jamás se desinfecta. El olor concentrado a orina produce un escozor en los ojos semejante al que causa la cebolla.

—¡Jesús! —dijo Cantabile.

Dio un puntapié para abrir un cubículo, sujetándome todavía frente a él. Y me ordenó:

—Entra tú primero.

—¿Vamos a entrar juntos? —exclamé.

—Apresúrate.

—Únicamente hay espacio para una persona.

Sacó la pistola y agitó la culata frente a mí.

—¿Quieres recibir un golpe en los dientes? —El pelo negro del bigote se le erizó al distender el labio superior en una mueca. Las cejas se unieron sobre la nariz como si fueran la empuñadura de una gran daga—. ¡Tú, al rincón!

Dio un portazo y, jadeando, se despojó del abrigo. Arrojó este y el sombrero en mis brazos aunque había allí un colgador. Detrás de la puerta había también una antigualla que nunca había visto, un accesorio de latón rotulado Cigar, un toque de distinción de los viejos tiempos. Ahora, Cantabile estaba sentado sosteniendo la pistola con ambas manos, las cuales mantenía entre las rodillas; al principio cerró los ojos y después los abrió exageradamente.

En una situación como esta, me es posible abstraerme y pensar en la condición humana en general. Naturalmente, él trataba de humillarme. ¿Quizá porque yo era un chevalier de la Légion d'honneur? Él lo ignoraba, pero sí se daba cuenta de que yo era lo que en Chicago se calificaría de «cerebro», un hombre de cultura o de méritos intelectuales. ¿Era por esto por lo que me veía ahora obligado a escuchar el ruido de sus tripas mientras defecaba y a oler sus excrementos? Quizá sus intestinos se habían excitado ante ciertas fantasías de salvajismo y monstruosidad como abrirme el cráneo y esparcir mi cerebro por doquier. La especie humana es rica en invenciones de este tipo, por lo cual comencé a pensar (para distraerme) en todos los volúmenes sobre conducta de los simios que había leído en mis tiempos: Kohler y Yerkes y Zuckerman, Marais sobre los babuinos y Schaller sobre los gorilas, y el rico repertorio de sensibilidad vísceroemocional de los antropoides. Hasta era posible que yo fuese una persona más limitada que un individuo como Cantabile a pesar de mi concentración en logros intelectuales, ya que nunca se me ocurriría provocar la furia de otra persona utilizando medios de este tipo. Esto podría ser un signo de que sus dotes vitales o su imaginación natural eran más pródigas y fértiles que las mías. Así, concentrado en pensamientos edificantes, esperé en una actitud digna mientras él permanecía allí encogido, con las cejas fruncidas como dagas. Era un hombre esbelto y atractivo, cuyo cabello formaba rizos naturales. Lo llevaba tan corto que se notaban las raíces de los rizos, y asimismo observé la fuerte contracción de su cuero cabelludo en aquellos momentos de tensión. Deseaba infligirme un castigo, pero como resultado solo estaba consiguiendo un acercamiento entre nosotros.

Tras levantarse y limpiarse, se introdujo los faldones de la camisa y se sujetó los pantalones con una ancha correa de gran hebilla ovalada. Luego guardó nuevamente la pistola (confié en que el seguro estuviera bien colocado), y a continuación hizo correr el agua con su suave bota puntiaguda, demasiado remilgado para tocar la palanca con la mano.

—¡Cristo, a ver si cojo ladillas...! —exclamó como si fuese culpa mía. Evidentemente, se trataba de un tipo violento que encontraba faltas continuamente en todo. Continuó—: No puedes imaginarte cómo me ha fastidiado tener que sentarme ahí. Estos vejestorios seguramente se mean en el asiento. —Esto también se sumó en

la columna de sus quejas contra mí. Y entonces preguntó—: ¿De quién es este lugar? Esta sí que era una pregunta fascinante que nunca se me habría ocurrido. Los Baños eran tan antiguos como las pirámides de Egipto, o los jardines colgantes de Babilonia. Era como el agua que busca su nivel o como la fuerza de gravedad. ¿Quién sería realmente el propietario?

—Nunca he oído hablar de propietario —respondí—. Por lo que sé, pudiera ser algún anciano de la Columbia británica.

—No te hagas el listo. Me fastidias con tu listeza. Solo quería información. Ya la conseguiré.

Utilizó un trozo de papel higiénico para abrir el grifo. Se lavó las manos sin jabón, porque no lo había. En aquel momento, le ofrecí otra vez los nueve billetes de cincuenta dólares. No quiso mirarlos.

—Tengo las manos mojadas —contestó.

No quiso utilizar el rollo de toalla. Debo admitir que estaba repulsivamente sucia y mugrienta, con cierta originalidad en la clase de mugre. Le tendí un pañuelo que saqué del bolsillo, pero él hizo caso omiso. No quería que su furia disminuyera. Hastiado de la sordidez de aquel lugar, preguntó:

—¿Esto es lo que ellos llaman una casa de baños?

—Bueno —le respondí—, los baños están en el sótano.

Abajo había dos largas hileras de duchas que conducían a las pesadas puertas de madera del cuarto de vapor, y una pequeña cisterna para zambullirse en agua fría. El agua se cambiaba cada año, y parecía el hábitat auténtico de un cocodrilo, si es que alguna vez he visto alguno.

Cantabile se acercó apresuradamente al mostrador del bar y yo lo seguí. Se secó las manos con servilletas de papel que arrancó furiosamente de la cajita de metal. Arrugó los delicados papeles en relieve y los arrojó al suelo. A continuación se dirigió a Mickey.

—¿Por qué no hay toallas y jabón en el váter? ¿Por qué no limpiáis ese maldito lugar? No hay ni siquiera desinfectante.

Mickey era un hombre afable y respondió:

—¿No? Joe es el encargado de ello. Le compro Topjob y Lysol. —Se encaró con Joe—. ¿Es que ya no pones alcanfor?

Joe era negro y viejo, y no contestó. Estaba apoyado en la silla del limpiabotas con sus pedestales de latón, las piernas en alto y los pies rígidos (recuerdos de mis propios pies y piernas durante los ejercicios de yoga cabeza abajo). Joe estaba allí para recordarnos a todos ciertas consideraciones remotas e importantes, por lo que se abstuvo de responder a una pregunta mundana.

—Vais a comprarme suministros a mí —precisó Cantabile—. Desinfectante, jabón líquido, toallas, todo. Mi nombre es Cantabile. Poseo un negocio de suministros en la avenida Clybourne. —Sacó una cartera alargada de piel de avestruz y arrojó algunas tarjetas comerciales sobre el mostrador.

—Yo no soy quien manda aquí —contestó Mickey—. Todo lo que tengo es la concesión del restaurante. —Pero tomó una tarjeta por deferencia. Sus gruesos dedos estaban cubiertos de ennegrecidas marcas de cuchillo.

—Es preferible que me visitéis.

—Ya pasaré el encargo a la dirección. Está en el sur de la ciudad.

—Mickey, ¿quién es el dueño de los Baños? —pregunté.

—Todo lo que yo conozco es la dirección.

Sería curioso —pensé— si resulta que los Baños pertenecen al sindicato.

—¿Ha venido George Swiebel? —preguntó Cantabile.

—No.

—Bien, pues quiero dejarle un mensaje.

—Espere, le daré papel para que lo escriba —declaró Mickey.

—No hay nada que escribir. Dígale que es un mierda y un estúpido. Y repítale exactamente lo que he dicho.

Mickey se había colocado los lentes para buscar un pedazo de papel y ahora se volvió hacia nosotros como si quisiera decir que sus únicas obligaciones eran la ensalada de col, los bistecs y el pescado. Cantabile no preguntó por el viejo padre Myron, que estaba abajo, en pleno vapor.

Salimos a la calle. El tiempo había aclarado repentinamente. No pude decidir si el tiempo nublado encajaba mejor en el ambiente que el tiempo soleado. El aire era frío, la luz límpida, y los ennegrecidos edificios proyectaban su sombra sobre las aceras.

—Bueno, deja que te entregue ahora el dinero —dije—. He traído billetes nuevos. Con esto debería quedar solucionado el problema, Cantabile.

—¿Qué? ¿Simplemente así? ¿Crees que es tan fácil? —replicó Rinaldo.

—Bueno, lo siento. No debería haber sucedido. Realmente lo lamento.

—¡Lo lamentas! Lo que lamentas es tu automóvil estropeado. Impediste que me pagaran un cheque, Citrine. Y todo el mundo ha comentado el asunto. Todo el mundo lo sabe. ¿Crees que puedo consentir una cosa así?

—Pero ¿quién lo sabe? ¿Quién es todo el mundo? ¿Fue realmente tan serio? Me equivoqué...

—¡Ya lo creo que te equivocaste, mono asqueroso!

—De acuerdo, me comporté como un estúpido.

—Tu compinche George te dice que impidas el pago de un cheque, y tú le obedeces. ¿Es que haces todo lo que te dice ese asno? ¿Por qué no nos sorprendió a mí y a Emil en el acto? Hace que recurras a ese truco retorcido, y entonces tú y él y el enterrador y el tío de los fracs y los otros imbéciles empezáis a chismorrear por todas partes, diciendo que Rinaldo Cantabile es un gamberro. ¡Hombre! No os saldréis nunca con la vuestra. Te das cuenta, ¿no?

—Sí, ahora me he enterado.

—No, no sé si te has dado cuenta. Estuve vigilándote durante la partida, y no te entiendo. ¿Cuándo vas a hacer algo y saber realmente lo que estás haciendo? —

Silabeó las últimas palabras, acentuándolas con vehemencia y lanzándomelas al rostro. Me quitó de repente su abrigo, que yo llevaba todavía, el espléndido ranglán de color marrón con grandes botones. Circe debía de haber poseído botones como aquellos en su caja de costura. Eran en verdad muy bellos, más bien semejantes a botones de un tesoro oriental.

La última prenda de vestir que había visto parecida a esta, la usaba el difunto coronel McCormick. Yo debería tener entonces unos doce años. Su lujosa limusina se había detenido enfrente de la Tribune Tower y de ella habían salido dos hombres bajitos. Cada uno de ellos empuñaba dos pistolas, y describieron un círculo en la acera, agachados. Entonces, en este escenario de cuatro pistolas, el coronel salió de su automóvil cubierto con un gabán de color tabaco, igual al de Cantabile, y un sombrero de áspera pelusa resplandeciente. Soplaban un fuerte viento, el aire era diáfano y el sombrero resplandecía como una mata de ortigas.

—¿Usted piensa que yo no sé lo que estoy haciendo, Cantabile?

—No, no lo sabes. No sabrías encontrar tu trasero ni con las dos manos.

Bueno, quizá tenía razón. Pero, por lo menos, no crucificaba a nadie. Aparentemente, mi vida no había transcurrido como la de otras personas. Por alguna razón indiscernible, las cosas les iban diferentes, por lo que yo no era la persona más adecuada para juzgar sus problemas y sus deseos. Consciente de ello, yo accedía a estos deseos más de lo que hubiera sido recomendable. Había cedido ante la experiencia de George en la vida del bajo mundo. Ahora me inclinaba ante Cantabile. Mi único recurso consistía en intentar recordar cosas útiles de mis lecturas etológicas sobre las ratas, los gansos, las moscas zarpudas y los peces espinosos. ¿De qué sirve tanta lectura si no puede utilizarse en un aprieto? Todo lo que pedía era un pequeño provecho mental.

—Bueno, ¿y qué quieres hacer con estos billetes de cincuenta dólares? —pregunté.

—Ya te lo diré cuando esté dispuesto a quedármelos —respondió—. No te gustó lo que pasó con tu automóvil, ¿verdad?

—Es un bonito coche. Fue una crueldad hacerle eso —repuse.

Al parecer, los bates con los que me había amenazado eran los mismos que había utilizado contra el Mercedes, y probablemente llevaría más armas ofensivas en el asiento posterior del Thunderbird. Me obligó a subir a su ostentoso automóvil. Los asientos eran bajos, separados y forrados de cuero color rojo sangre. Tenía un inmenso panel de instrumentos. Partió a toda velocidad, bruscamente, como un adolescente fanático de las carreras, y con gran chirrido de neumáticos.

Dentro del automóvil cambié un poco mi impresión sobre él. Visto de perfil, su nariz terminaba en una especie de bulbo blanco, un blanco intenso y anormal que me recordó el yeso, delineado en tonos oscuros. Sus ojos parecían mayores de lo que debieran ser, quizá dilatados artificialmente. Su boca era ancha, con un labio inferior que parecía insinuar una prematura lucha para dar impresión de madurez. Sus grandes



pies y sus ojos oscuros eran también indicio de que el hombre aspiraba a algún ideal, y de que su apego o desapego parcial al ideal constituía una violenta contrariedad para él. Sospeché que el propio ideal podía ser inconstante.

—¿Fuiste tú o fue tu primo Emil quien luchó en Vietnam?

Corríamos en dirección este por la calle División. Cantabile aferraba el volante con ambas manos como si fuese una taladradora neumática para levantar el pavimento.

—¿Qué? ¿Emil en el Ejército? No, ese chico fue declarado físicamente inepto, casi prácticamente psicópata. No, la mayor acción en que Emil ha participado en su vida fue durante las revueltas de 1968, enfrente del Hilton. Lo enredaron en ellas y ni siquiera supo en qué bando estaba luchando. No, yo estuve en Vietnam. Mi familia me envió a esa apestosa universidad católica, cerca de San Luis, que mencioné el día de la partida, pero me escapé y me alisté. Esto sucedió hace ya mucho tiempo.

—¿Luchaste?

—Te contaré lo que estás deseando oír. Robé un depósito de gasolina, camión y remolque incluido. Lo vendí a unos tipos del mercado negro. Me cogieron, pero mi familia hizo un trato. El senador Dirksen me ayudó. Solo estuve en la cárcel ocho meses.

Tenía antecedentes penales. Quería que me enterara de que era un auténtico Cantabile, un bravucón de los años veinte y no un simple tío Moochy. Había estado en una prisión militar, y poseía un pasado delictivo capaz de meter miedo por derecho propio. Los Cantabile debían de estar mezclados, además, en negocios modestos de tipo coercitivo, según aprecié en el asunto del desinfectante higiénico de la avenida Clybourne. Quizá estaban también enredados en negocios de cambio. Era frecuente que antiguos mafiosos de poco fuste fuesen propietarios de establecimientos de cambio de moneda. O en el del asesinato, también muy corriente. Pero él se hallaba obviamente en los planos inferiores. Quizá no pertenecía a ningún grupo. Como ciudadano de Chicago, yo poseía buen olfato a este respecto. Un auténtico malhechor de categoría tenía sus propios matones. Ningún Vito Langobardi transportaría bates de béisbol en el asiento trasero de su automóvil. Un Langobardi viajaba a Suiza a practicar los deportes de invierno. Su propio perro viajaba en primera clase. Durante muchas décadas, un Langobardi no había tomado parte personalmente en ningún acto de violencia. No, este inquieto Cantabile de alma turbia estaba fuera del círculo privilegiado, tratando de entrar en él. Era el tipo de sujeto emprendedor inaceptable que el departamento de Sanidad solía pescar descompuesto en los desagües de las cloacas al cabo de tres meses de permanecer en ellas. A algunos tipos como él los encontraban en el maletero de un automóvil aparcado en O'Hare. El peso del cuerpo en la parte trasera se equilibraba con un bloque de chatarra colocado sobre el motor.

Deliberadamente, en la esquina siguiente, Rinaldo se pasó un semáforo en rojo. Adelantó el parachoques y los demás conductores se detuvieron. Era elegante, ostentoso. Los asientos del Thunderbird estaban tapizados especialmente de cuero

flexible, ¡tan suave y tan rojo! Cantabile llevaba la clase de guantes que los jinetes adquieren en Abercrombie Fitch. Al llegar a la autopista, giró a la derecha y se lanzó cuesta arriba, mezclándose con el tráfico. Los automóviles frenaban detrás de nosotros. La radio emitía música rock. Reconocí el olor de Cantabile: era Canoe. Una Navidad, una mujer ciega llamada Muriel me regaló un frasco.

En el inmundo retrete de los Baños, cuando Cantabile se bajó los pantalones y yo me puse a pensar en los monos de Zuckerman en el zoo de Londres, había quedado patente que aquí solo se trataba de demostrar el talento histriónico y la ductilidad del ser humano. En otras palabras, yo estaba mezclado en una dramatización. Sin embargo, la imagen de los Cantabile no hubiera resultado muy favorecida si él hubiese disparado la pistola que sostenía entre las rodillas. Lo habría hecho parecerse demasiado al tío demente que deshonró a la familia. Y ahí reside todo el asunto, pensé.

¿Le tenía miedo a Cantabile? Realmente no. No sé lo que él creería, pero mi pensamiento resultaba sumamente claro para mí. Absorto en determinar lo que es un ser humano, le seguí el juego. Cantabile debió de creer que estaba injuriando a un hombre pasivo. Estaba equivocado. En cualquier otro lugar, yo era un hombre decidido. Durante la partida de póquer me formé un concepto de la clase de individuo que era Cantabile. Naturalmente, yo estaba un tanto achispado aquella noche, es posible que totalmente borracho, pero percibí su espíritu asomándose a su espalda. Por ello, cuando Cantabile aullaba y amenazaba, yo no me resistía por razones de amor propio: «Nadie puede tratar a Charlie Citrine de este modo, acudiré a la policía», etcétera. No, la policía no tenía nada semejante que ofrecerme. Cantabile había producido en mí una fuerte impresión, y muy especial.

Siempre tuve mi propia percepción peculiar de lo que es un ser humano. Como no tuve que vivir en la tierra de los caballos, como el doctor Gulliver, mi percepción de la humanidad era bastante extraña sin necesidad de viajes. De hecho, mis viajes no tenían por objeto contemplar rarezas extranjeras, sino huir de ellas. Me sentía también arrastrado hacia los idealistas filosóficos porque estaba perfectamente seguro de que «esto» no podía ser «ello». Platón, en el mito de Er, confirmaba mi impresión de que esta no era mi primera estancia en la Tierra. Todos habíamos estado antes aquí y volveríamos de nuevo. Había otro lugar. Quizá un hombre como yo nacía con imperfecciones. Se supone que el alma queda sellada por el olvido antes de su retorno a la vida terrenal. ¿Era posible que mi olvido fuese ligeramente defectuoso? Nunca fui un platónico completo. Nunca pude creer que existiera la reencarnación en un pájaro o un pez. Ninguna alma humana podía encerrarse en una tela de araña. En mi caso (que, después de todo, no creo que sea tan raro) puede haber existido un olvido incompleto de la vida pura del alma, de modo que la condición mineral de la reencarnación me resultaba anormal, y desde mi temprana edad me asombraba contemplar los ojos moviéndose en los rostros, las narices respirando, las pieles sudando, los cabellos creciendo, y así sucesivamente, y encontraba en todo ello gran comicidad. Muchas veces esto era ofensivo para las personas nacidas con un total olvido de su inmortalidad.

Este tema me lleva a recordar y contar lo sucedido un día de primavera maravilloso, y un mediodía pletórico de silenciosas nubes blancas, nubes con figura de toros, monstruos y dragones. El lugar es Appleton, Wisconsin; yo soy ya un hombre adulto, de pie sobre una caja, que intenta ver el interior del dormitorio donde nací en 1918. Probablemente fui concebido allí también y destinado por la Divina Providencia a aparecer en la vida como fulano de tal, con tales características (C. Citrine, premio Pulitzer, Legión de Honor, padre de Lish y Mary, esposo de A, amante de B, una persona seria y un excéntrico). ¿Por qué esta persona estaría haciendo equilibrio sobre una caja, parcialmente oculto por las firmes ramas y las hojas resplandecientes de una lila en flor, y sin pedir permiso a la señora de la casa? Había llamado al timbre y con los nudillos, pero ella no respondió. Y ahora su marido

estaba de pie detrás de mí. Era propietario de una gasolinera. Le dije quién era. Al principio se mostró inflexible. Pero le expliqué que ese era mi lugar de nacimiento y le pregunté por los antiguos vecinos mencionándole nombres. ¿Recordaba por casualidad a los Saunders? Vaya, eran sus primos. Esto me ahorró un puñetazo en la nariz como castigo a un entrometido. No hubiera podido decirle:

—Estoy aquí, de pie en este cajón de madera, entre estas flores, intentando resolver el enigma del hombre, y no con el propósito de contemplar a su rolliza esposa en ropa interior.

Que fue lo que vi, en verdad. El nacimiento es dolor (dolor que puede mitigarse elevando plegarias), pero en la habitación donde tuvo lugar mi nacimiento observé, con pesar, a una mujer vieja y gorda en bragas. Con gran presencia de ánimo, ella fingió no ver mi rostro en el cristal, pero abandonó lentamente la habitación y llamó a su esposo por teléfono, el cual llegó corriendo desde la gasolinera y me agarró, dejando caer sus grasientas manzanas sobre mi delicado traje gris (por aquel entonces me hallaba en la cima de mi período de elegancia). Pero conseguí contarle que me hallaba en Appleton para preparar un artículo sobre Harry Houdini, también nativo del lugar, según he mencionado obsesivamente, y que había experimentado un deseo repentino de contemplar la habitación donde había nacido.

—Y lo que ha contemplado ha sido una visión completa de mi media naranja.

No lo tomó muy a mal. Creo que comprendió. Estas cuestiones del espíritu se perciben al momento y ampliamente. Como es natural, exceptuando a las personas que se atrincheran en posiciones invulnerables, oponentes mentales entrenados para resistir aquel conocimiento que todos poseemos al nacer.

Tan pronto como vi a Rinaldo Cantabile ante la mesa de la cocina de George Swiebel, me di cuenta de que existía un vínculo natural entre nosotros dos.

Cantabile me llevaba al club Playboy, del cual era miembro. Se alejó de su superautomóvil, el Bechstein de los automóviles, abandonándolo a los cuidados del empleado. La chica del guardarropa lo conocía. Por su modo de comportarse, empecé a comprender que mi tarea consistía en dar satisfacción pública. Se había desafiado a los Cantabile. Quizá Rinaldo, en consejo familiar, había recibido la orden de salir a reparar el daño causado a su buen mal nombre. Y este asunto de restablecer su reputación llevaría un día, un día entero. Existían ya tantas necesidades apremiantes, tenía ya tantos dolores de cabeza, que con toda justificación hubiera podido suplicar al destino que me relevara de mis obligaciones. Tenía sobradas razones.

—¿Está ahí la gente?

Entregó su abrigo. Yo también dejé el mío. Y penetramos en la opulencia, la semioscuridad, las gruesas alfombras del bar, donde brillaban las botellas y donde se movían las sensuales formas femeninas de un lado a otro en una claridad ambarina. Me cogió por el brazo y, tras hacerme entrar en el ascensor, lo mandó inmediatamente al piso superior.

—Veremos a algunas personas —me dijo—. Cuando te haga una seña, me pagas el dinero y me presentas tus excusas.

Quedamos en pie delante de una mesa.

—Bill, quiero presentarte a Charlie Citrine —dijo Rinaldo a Bill.

—Eh, Mike, este es Ronald Cantabile —replicó Bill a su vez.

El resto consistió en las frases rituales: ¡Hola! ¿Cómo estás? Siéntate. ¿Qué vas a beber?

No conocía a Bill, pero Mike era Mike Schneiderman, el periodista mundano. Tenía aspecto pesado, fuerte, bronceado, taciturno y cansado, y llevaba el cabello cortado a navaja. Sus gemelos eran tan grandes como sus ojos y su corbata una cinta de brocado de seda anudada al desgaire. Parecía altanero, arrugado y soñoliento, como algunos indios americanos de Oklahoma enriquecidos con el petróleo. Bebía un whisky y sostenía un cigarro puro en los dedos. Su tarea consistía en sentarse y mezclarse con la gente en los bares y restaurantes. Yo era demasiado voluble para un trabajo tan sedentario y me resultaba difícil comprender que alguien lo hiciera. Tampoco podía entender los trabajos de oficina, o el de los funcionarios o cualquiera de esas ocupaciones rutinarias que implicaban estar encerrado. Muchos norteamericanos que se consideraban artistas o intelectuales se hubieran declarado igualmente incapaces de realizar aquel trabajo. Había discutido muchas veces este tema con Von Humboldt Fleisher y, alguna que otra vez, con Gumbein, el crítico de arte. El trabajo de permanecer sentado en medio de la gente para descubrir «algo interesante» tampoco parecía sentarle bien a Schneiderman. En algunos momentos parecía ausente y casi enfermo. Él me conocía, naturalmente. En una ocasión, yo había aparecido en su programa de televisión, así que me dijo:

—Hola, Charlie. —Y, dirigiéndose entonces a Bill, preguntó—: ¿Conocías ya a Charlie? Es un famoso que vive en Chicago de incógnito.

Comencé a apreciar el juego de Rinaldo. Se había tomado muchas molestias para concertar este encuentro, había recurrido a diversas influencias. Este Bill, conocido suyo, quizá debía algún favor a los Cantabile y había aceptado poner en escena a Mike Schneiderman, el columnista. Los compromisos había que cumplirlos donde fuera. Debía de ser muy complicado llevar las cuentas y me percaté de que Bill no se sentía a gusto. Bill tenía aspecto de Cosa Nostra. Su nariz mostraba cierta corrupción. Profundamente curvada en las fosas nasales, resultaba poderosa y vulnerable al mismo tiempo. Era verdaderamente repugnante. En un contexto diferente lo hubiese catalogado como un violinista que se había hastiado de la música y había pasado al negocio de los licores. Acababa de regresar de Acapulco y tenía la piel tostada, pero no rebosaba precisamente salud y bienestar. Rinaldo lo tenía sin cuidado; parecía despreciarlo. En aquel momento, mis simpatías se inclinaban hacia Cantabile. Había intentado organizar lo que habría podido ser un bello encuentro vigoroso, digno del Renacimiento, pero únicamente yo sabía apreciarlo. Cantabile estaba intentando salir en la columna de Mike. Naturalmente, Mike ya estaba acostumbrado a esto. Los esporádicos «me gustaría mucho» iban siempre detrás de él, y sospeché que existían muchos chanchullos detrás del escenario: quid pro quo. Uno proporcionaba a Mike un asunto de murmuración, y él imprimía su nombre en letra de imprenta. La camarera anotó nuestro pedido. Hasta la barbilla era esplendorosa; por encima de ella, todo ansiedad comercial. Mi atención quedó dividida entre el suave nacimiento de sus senos y la mirada de preocupación por el negocio que veía en su rostro.

Nos hallábamos en uno de los rincones más fascinantes de Chicago. Yo saboreaba mentalmente el marco que lo rodeaba. La vista de la orilla del lago era magnífica. No podía verla, pero la conocía bien y sentía sus efectos. La carretera brillante que discurría a lo largo de la resplandeciente vacuidad dorada del lago Michigan. El hombre había vencido el vacío de esta tierra, y aquel le había dado como contrapartida algunos goces. Y aquí estábamos sentados, entre los placeres de la riqueza y del poder, rodeados de bellas chicas, bebidas y trajes bien cortados, y los hombres llevaban joyas y usaban perfumes. Schneiderman aguardaba con escepticismo alguna noticia que pudiera utilizar en su columna. En un contexto adecuado, yo constituía un buen tema. La gente de Chicago queda impresionada por el hecho de que se me tome en serio en otros lugares. Alguna que otra vez he sido invitado a cócteles por personas con ambiciones culturales de progresar y he experimentado el destino del símbolo. Algunas mujeres me han dicho:

—¡Tú no puedes ser Charles Citrine!

Muchos anfitriones se sienten complacidos por el contraste que ofrezco. Sí, porque parezco un hombre que piensa intensamente, pero de manera incompleta. Mi rostro no es compatible con sus solapados rostros urbanos. Son las damas especialmente las que no pueden esconder su desengaño al comprobar el auténtico aspecto del famoso Citrine.

Nos trajeron el whisky. Bebí con ansia mi escocés doble y, como me animo

rápidamente, comencé a reír. Nadie me siguió. Bill el feo me preguntó:

—¿Qué es lo divertido?

Respondí:

—Bueno, acabo de recordar que aprendí a nadar al final de la calle Oak, antes de que se levantaran todos estos rascacielos, el orgullo arquitectónico de Chicago. En aquellos tiempos era la costa dorada, y solíamos venir de nuestros pobres barrios en el tranvía. El autobús llegaba únicamente hasta Wells. Yo venía con una bolsa grasienta llena de bocadillos. Mi madre me compró un traje de baño de chica en las rebajas. Tenía una pequeña faldita y el borde con los colores del arco iris. Yo me sentía ridículo y procuré teñirlo con tinta china. Y ahora estoy aquí bebiendo whisky.

Cantabile me propinó un puntapié por debajo de la mesa con toda su fuerza, y me dejó una huella polvorienta en los pantalones. Su ceño fruncido alcanzaba hasta el cuero cabelludo, arrugado debajo de los cortos rizos, mientras que su nariz se puso tan pálida como un cirio.

—A propósito, Ronald... —manifesté, y saqué los billetes—. Te debo dinero.

—¿Qué dinero?

—El dinero que perdí en nuestra partida de póquer, hace ya algún tiempo. Veo que lo has olvidado. Cuatrocientos cincuenta dólares.

—No sé de qué estás hablando —repuso Rinaldo Cantabile—. ¿Qué juego?

—¿No te acuerdas? Estuvimos jugando en el apartamento de George Swiebel.

—¿Y desde cuándo jugáis al póquer los escritores? —intervino Mike Schneiderman.

—¿Por qué no? Tenemos nuestro lado humano. El póquer se ha jugado siempre en la Casa Blanca. Es perfectamente respetable. El presidente Harding jugaba. También durante el New Deal. Morgenthau, Roosevelt y otros.

—Hablas como un muchacho de la parte oeste de Chicago —dijo Bill.

—Escuela Chopin, Rice y Western —respondí.

—Bueno, guarda tu dinero, Charlie —dijo Cantabile—. Ahora no es momento de negocios, sino de beber. Ya me pagarás después.

—¿Y por qué no ahora, mientras me acuerdo y tengo el dinero a punto? ¿Sabes?, me olvidé totalmente del asunto y la pasada noche desperté de pronto y pensé: «He olvidado pagarle a Rinaldo lo que le debo». ¡Demonios! ¡Me hubiera saltado la tapa de los sesos!

Cantabile exclamó violentamente:

—¡Bueno, Charlie, está bien!

Me arrebató el dinero y lo guardó sin contarlo en el bolsillo interior de su chaqueta. Me lanzó una mirada furiosa, llena de ira. ¿Por qué? No podía imaginarlo. Lo que yo sabía era que Mike Schneiderman tenía poder para sacar a cualquiera en el periódico, y si uno salía en el periódico su vida no había sido en vano. Ya no era simplemente una criatura con dos piernas, vislumbrada durante una corta hora en la calle Clark, mancillando la eternidad con hechos y pensamientos impuros. Uno era...

—¿En qué te ocupas actualmente, Charlie? —preguntó Mike Schneiderman—. ¿Otra comedia quizá? ¿Películas? ¿Sabes? —le dijo a Bill—, Charlie es un tío realmente famoso. Hicieron una película fantástica con su éxito de Broadway. Ha escrito muchísimo.

—Tuve mi momento de gloria en Broadway —respondí—. Nunca podría repetirlo, así que ¿para qué intentarlo?

—Ahora me acuerdo. Alguien me dijo que ibas a publicar algún tipo de revista intelectual. ¿Cuándo aparecerá? Te haré un poco de publicidad.

Pero Cantabile lanzaba miradas de indignación y dijo:

—Tenemos que irnos.

—Te llamaré con mucho gusto cuando tenga algo para ti. Podrías echarme una mano —declaré mirando significativamente a Cantabile.

Pero Rinaldo ya se había ido. Lo seguí; ya dentro del ascensor, él me preguntó:

—Pero ¿qué mierda es lo que te pasa?

—No comprendo qué es lo que he hecho mal.

—Dijiste que querías saltarte la tapa de los sesos, y sabes condenadamente bien, idiota, que el cuñado de Mike Schneiderman se voló los sesos hace dos meses.

—¡No!

—Has tenido que leerlo en el periódico: todo aquel jaleo de los bonos falsos, los bonos falsificados que entregó como garantía.

—¡Oh, ese! ¡Quieres decir Goldhammer, el individuo que imprimió sus propios certificados, el falsificador!

—Lo sabías, no me digas que no —repuso Cantabile—. Lo hiciste a propósito, para fastidiarme, para arruinar mi plan.

—Te juro que no fue así. ¿Saltarme la tapa de los sesos? Es una expresión corriente.

—No en un caso como este. Tú lo sabías —declaró violentamente—, lo sabías. Tú sabías que su cuñado se había suicidado.

—No los relacioné. Habrá sido una distracción freudiana. Absolutamente involuntaria.

—Siempre alegas que no sabes lo que estás haciendo. Supongo que tampoco sabías quién era el tipo de la nariz grande... —¿Bill?

—¡Sí, Bill! Bill es Bill Lakin, el banquero procesado con Goldhammer. Él tomó los bonos falsificados como garantía.

—¿Y por qué habrían de procesarlo? Goldhammer se los entregó.

—Cerebro de pájaro, ¿es que no comprendes lo que lees en los periódicos? Él compró Lekatride a Goldhammer a un dólar la acción cuando se cotizaban a seis dólares. ¿Tampoco has oído hablar de Kerner? ¿Todos esos grandes jurados y esos juicios? No te preocupas por las cosas que llevan a otras personas al suicidio. Eres despreciativo y arrogante, Citrine. Nos desprecias.

—¿A quiénes desprecio?



—A nosotros, a todas las personas... —respondió Cantabile.

Hablaba con furia, y no era ocasión para discutir. Tenía que respetarlo y temerlo. Habría sido una provocación si él hubiera pensado que yo no lo temía. No creí que disparara contra mí, pero una paliza era casi segura, quizá una pierna rota. Al salir del club Playboy, con un ademán violento me devolvió el dinero que le había entregado.

—¿Tenemos que hacer esto otra vez? —le pregunté.

No respondió. Se quedó en pie, muy enfadado, con la cabeza inclinada hacia delante hasta que llegó el Thunderbird. Una vez más tuve que subir a él.

La parada siguiente fue el edificio Hancock, en algún lugar del piso sesenta o setenta. Parecía un apartamento particular, pero al mismo tiempo tenía aspecto de ser un lugar de negocios. Supuse que un decorador se había encargado de la decoración, pues de las paredes colgaban objetos de plástico supuestamente artísticos, formas geométricas del tipo trompe l'oeil que tanto intriga a la gente de negocios. Son especialmente vulnerables a los farsantes del arte. El caballero que allí vivía era anciano, y vestía una chaqueta deportiva suelta con hilos de oro y una camisa a rayas sobre su indisciplinada barriga. Llevaba el blanco cabello peinado hacia atrás sobre la estrecha cabeza, y tenía grandes manchas hepáticas en las manos. Tampoco tenía buen aspecto la piel debajo de los ojos y alrededor de la nariz. Al sentarse en un sofá bajo que, a juzgar por el modo que cedió bajo su peso, debía de estar relleno de plumas, sus zapatos de piel de cocodrilo se hundieron profundamente en la gruesa alfombra, de color marfil. La presión de su vientre ponía de relieve la forma de su falo sobre el muslo. Nariz larga, labio caído y papada se acoplaban bien con todo aquel terciopelo, la chaqueta con hilos de oro, el brocado, el raso, la piel de cocodrilo y los objetos trompe Voeil. Por su conversación deduje que su negocio eran las joyas y que trataba con el bajo mundo. Quizá adquiriría también objetos robados, pero no tenía modo de saberlo. Rinaldo Cantabile y su esposa celebrarían su aniversario en breve, y él deseaba comprar un brazalete. Un sirviente japonés nos sirvió bebidas. No soy un gran bebedor, pero aquel día, como se comprenderá, necesitaba whisky, y me tomé otro doble de etiqueta negra. Desde el rascacielos podía contemplar el aire de Chicago de esta tarde corta de diciembre. Un desteñido sol esparcía desde occidente una luz anaranjada sobre las sombras oscuras de la ciudad, sobre los brazos del río y los negros armazones de los puentes. El lago, áureo, plata y amatista, estaba preparado para su cobertura invernal de hielo. Se me ocurrió pensar que si Sócrates tenía razón en que nada se podía aprender de los árboles y que únicamente los hombres que encontrábamos a nuestro paso podían enseñarnos algo sobre nosotros mismos, yo andaba por mal camino al escaparme hacia el escenario en lugar de escuchar a mis compañeros humanos. Evidentemente, no tenía un buen estómago para los compañeros humanos. Para aliviar la intranquilidad y la pesadez de mi corazón, divagaba sobre el agua. Sócrates me habría dado muy mala nota. Parecía más bien estar en el modo final de las cosas de Wordsworth: árboles, flores, agua. Pero eran la arquitectura, la ingeniería, la electricidad y la tecnología las que me

habían llevado a ese piso sesenta y cuatro. Escandinavia había colocado este vaso en mi mano, Escocia lo había llenado de whisky, mientras yo permanecía allí sentado recordando ciertos hechos maravillosos sobre el sol, es decir, que la luz de otras estrellas, al entrar en el campo gravitacional del sol, se curvaba. El sol se arrojaba con un chal hecho de esta luz universal. Así lo había predicho Einstein, reflexionando sobre las cosas. Y las observaciones llevadas a cabo por Arthur Eddington durante un eclipse lo probaron. El encuentro antes de la búsqueda.

Mientras tanto, el teléfono sonaba sin cesar y ninguna de las llamadas parecía ser local. Procedían de Las Vegas, Los Ángeles, Miami y Nueva York.

—Envía a tu chico a Tiffany, y que compruebe lo que piden por un artículo como ese —estaba diciendo nuestro anfitrión.

Lo oí hablar de joyas heredadas y de un príncipe hindú que quería vender un gran lote de mercancía en Estados Unidos y solicitaba ofertas.

Durante un intervalo, mientras Cantabile se entretenía mirando una bandeja de diamantes (aquella materia blanca me pareció impura), el anciano caballero se dirigió a mí.

—Yo lo conozco de algún sitio, ¿no es verdad? —preguntó.

—Sí —le respondí—. Del remolino del club Downtown Health, me parece.

—¡Oh, claro que sí! Usted iba con un abogado. Un individuo muy hablador.

—¿Szathmar? —Alee Szathmar.

Cantabile, que seguía palpando los diamantes, dijo sin levantar la cabeza del deslumbrante contenido de la bandeja de terciopelo:

—Conozco a ese hijo de puta de Szathmar. Según él, Charlie, sois viejos camaradas.

—Es verdad —respondí—, de muchachos asistimos todos a la misma escuela. Incluyendo a George Swiebel.

—Eso debió de ser en la Edad de Piedra —declaró Cantabile.

Sí, había conocido a este anciano caballero en el baño químico caliente del club, el burbujeante remolino circular donde la gente se sentaba, sudando, y charlaba de deportes, impuestos, programas de televisión, best sellers, o hacían comentarios sobre Acapulco y las cuentas bancarias numeradas de las islas Caimán. Pero ignoraba que este viejo traficante poseía una de aquellas infames cabañas, cerca de la piscina, adonde llevaban jovencitas para echar una siesta. Con este asunto se produjo algún escándalo y protestas. Lo que se hiciera detrás de las cortinas corridas de las cabañas no era asunto que importara a nadie, naturalmente, pero algunos de los vejestorios, demostrativos y exhibicionistas, habían sido vistos manoseando a sus jóvenes parejas en la terraza. Uno de ellos se había quitado la dentadura postiza para darle un beso con lengua a una muchacha en público. Había leído en el Tribune una carta interesante al respecto. Una profesora de Historia, jubilada, que vivía en la parte superior del edificio del club, había escrito una carta diciendo que Tiberio —la ancianita esgrimía sus conocimientos—, Tiberio, en las grutas de Capri, no había

hecho nada semejante a estos grotescos libertinos. Pero ¿qué les importaban a estos viejos personajes, ocupados en negocios turbios o en política, las maestras de escuela indignadas y las alusiones clásicas? Si acudían al cine para ver el Satiricón de Fellini, únicamente era para enriquecer sus ideas sexuales, y no porque estuvieran estudiando la Roma imperial. Yo mismo había visto en el solárium a algunos de aquellos viejos avariciosos con vientre de araña, agarrando con sus manazas los senos de alguna adolescente frívola. Pensé que el sirviente japonés debía de ser también un experto en judo o karate, como en las películas de 007, puesto que había tantas cosas de valor en el apartamento. Cuando Rinaldo dijo que le gustaría ver más relojes Accutron, el individuo sacó algunas docenas, planos como galletas. Estos podían ser o no robados. No podía confiar aquí en que me guiara mi imaginación calenturienta. Tengo que reconocer que con estas corrientes de criminalidad sentía acrecentarse en mí la necesidad de reír, signo seguro de que se había avivado mi debilidad por el sensacionalismo, mi voracidad de norteamericano y ciudadano de Chicago (y también personal) por los más altos estímulos, incongruencias y extremos. Me habían dicho que si se conocía a uno de estos superricos estilo Fagin, se podían obtener artículos de lujo por la mitad de su precio normal. Los robos en los almacenes los hacían los adictos a los que se pagaba en heroína. En cuando a la policía, se decía que estaba sobornada e impedía que los comerciantes removieran demasiado el asunto. De todos modos, existía el seguro. También existía la famosa «reducción» o pérdida anual, de la que se daba cuenta a la oficina de impuestos. Si uno había crecido en Chicago, aceptaba sin dificultad estas historias de corrupción, historias que hasta parecían satisfacer cierta necesidad. Armonizaban con el punto de vista que uno tenía de la sociedad de Chicago. Nadie podía permitirse el lujo de la inocencia.

Mientras permanecía sentado en el blando tapizado, con mi whisky con hielo en la mano, intenté evaluar todo lo que Cantabile llevaba puesto —su sombrero, gabán, traje, botas (las botas podían ser fabricadas con piel de becerro nonato), sus guantes ecuestres—, y me esforcé en imaginar que había obtenido estos artículos mediante argucias criminales, en Field's, Saks Quinta Avenida, y Abercrombie Fitch. En mi opinión, creo que el viejo traficante no lo tomaba muy en serio.

Atraído por uno de los relojes, Rinaldo se lo puso y arrojó su viejo reloj al japonés, que lo agarró al vuelo. Pensé que había llegado el momento de recitar mi papel y dije:

—A propósito, Ronald, te debo dinero de la otra noche.

—¿De qué? —respondió Cantabile.

—De la partida de póquer en casa de George Swiebel. Ya veo que lo has olvidado.

—¡Oh! Conozco a ese Swiebel, un tipo todo músculos —declaró el anciano caballero—. Se pasa estupendamente con él. Y, además, sabe preparar una excelente bullabesa.

—Yo convencí a Ronald y a su primo Emil para jugar —expliqué—. Realmente

fue culpa mía. Lo cierto es que Ronald nos dejó limpios. Ronald es uno de los mejores en el póquer. Perdí cerca de seiscientos dólares y él tuvo que aceptar mi pagaré... Ahora llevo el dinero encima, Ronald, y es mejor que te lo dé mientras ambos lo recordamos.

—De acuerdo.

Una vez más Cantabile introdujo sin mirarlos los billetes arrugados en el bolsillo de su americana. Su actuación era mejor que la mía, a pesar de que yo hacía todo lo que podía. Pero a él le correspondía el lado honorífico del trato, el lado del ofendido. Mostrar enfado era un derecho que le pertenecía, y una gran ventaja.

Cuando salimos del edificio, le pregunté:

—¿No estuvo bien ahora?

—¡Sí, estuvo bien! —exclamó en voz alta y amarga.

Evidentemente no estaba dispuesto a soltarme. Todavía no.

—Imagino que ese viejo pelícano hará correr la voz de que te he pagado. ¿No era este el objetivo? —Y, casi para mí, añadió—: Quisiera saber quién hace pantalones como los que llevaba ese vejete. Únicamente la bragueta debía de medir unos noventa centímetros de largo.

Pero Cantabile seguía estando furioso.

—¡Cristo! —exclamó, y no me gustó su modo de mirarme por debajo de sus cejas, rectas como punzones.

—Bien, entonces, ya está hecho —dije—. Puedo coger un taxi.

Cantabile me agarró por la manga.

—Espérate —dijo.

Realmente yo no supe qué hacer. A fin de cuentas, él llevaba una pistola. Durante mucho tiempo, yo había estado pensando en comprarme también un arma, siendo Chicago como es. Pero nunca me concedieron la licencia. Cantabile, sin licencia alguna, poseía su pistola. Eso indicaba la diferencia existente entre nosotros, y solo Dios sabía las consecuencias posibles de tal diferencia.

—¿Es que no estás disfrutando esta tarde juntos? —dijo Cantabile haciendo una mueca.

Falló mi intento de reírle la supuesta gracia. El *globus hystericus* me lo impidió. Sentía la garganta obstruida.

—Entra, Charlie.

Me acomodé de nuevo en el asiento rojo (el cuero suave y fragante me recordaba constantemente la sangre, sangre pulmonar) y busqué el cinturón de seguridad. Nunca se acierta con la condenada hebilla.

—No fastidies con el cinturón; no vamos tan lejos.

Me animé como pude con esta información. Nos hallábamos en el bulevar Michigan, en dirección sur. Nos detuvimos al lado de un rascacielos en construcción, una armazón sin cabeza que se elevaba hacia las alturas, resplandeciente de luces. Bajo la incipiente oscuridad que se extendía con la velocidad propia de diciembre

sobre el brillante cielo del oeste, el sol parecía una zorra erizada que hubiera saltado más allá del horizonte. Tan solo quedaba un resplandor crepuscular rojo. Lo vi entre las columnas del tren elevado. Mientras la enorme mole del rascacielos inacabado se volvía negra, su vacío interior se llenaba con millares de puntos eléctricos, como burbujas de champán. El edificio terminado nunca sería tan bello como en este momento. Salimos del automóvil dando portazos, y seguí a Cantabile por encima de unos tabloncillos colocados en el suelo para dar paso a los camiones. Él parecía conocer el terreno. Quizá tenía clientes entre los hombres con casco, cosa probable si estaba en el negocio de matones cobradores. Por otra parte, si era un usurero, difícilmente se acercaría por aquí después de oscurecido arriesgándose a ser empujado desde una viga por uno de esos tipos rudos. Deben de ser temerarios. Al menos, beben y gastan con suficiente temeridad. Me gusta el modo en que estos escaladores pintan los nombres de sus enamoradas en las inaccesibles vigas. Desde abajo se puede leer con frecuencia DONNA o SUE. Supongo que los domingos traen a las damas en cuestión para mostrarles sus ofrendas amorosas, allí en las alturas, a más de doscientos metros. De vez en cuando caen y se matan. De todos modos, Cantabile había llevado sus propios cascos. Nos los pusimos. Todo estaba previsto de antemano. Dijo que tenía parientes entre algunos tipos del personal de vigilancia. Mencionó también que tenía muchos negocios por aquí. Añadió que mantenía relación con el contratista y el arquitecto. Me contaba las cosas tan rápidamente que no podía seguirlo. Sin embargo, ascendimos en uno de los grandes ascensores abiertos, arriba, arriba...

¿Cómo podría describir mis sentimientos? Miedo, excitación, admiración, gozo... Sí, admiraba su ingenio. De todos modos, me parecía que estábamos ascendiendo demasiado alto, demasiado lejos. ¿Dónde estábamos? ¿Qué botón había apretado? A la luz del día, yo había admirado muchas veces las aglomeraciones de grúas, pintadas de naranja y con aspecto de mantis religiosas. Las diminutas bombillas, que parecían tan apiñadas desde abajo, estaban esparcidas aquí y allá. No sé hasta qué altura llegamos, pero era suficiente. A nuestro alrededor, teníamos toda la luz que en aquella hora le quedaba al día para ofrecernos, acerada y fría, penetrante, mientras el viento silbaba en los huecos cuadrados de herrumbre color de herida, batiendo contra las lonas tendidas. Al este, el agua estaba violentamente rígida, helada, arañada, como una llanura de piedra sólida, y al otro lado resplandecía el cielo con una profusión de colores, el último resplandor, la contribución de los venenos industriales a la belleza del atardecer de Chicago. Salimos del ascensor. Unos diez hombres cubiertos con cascos que habían estado esperando la llegada del ascensor entraron empujándose. Deseaba gritarles: «¡Esperad!». Descendieron en grupo al mismo tiempo, dejándonos allí, quién sabe dónde. Cantabile parecía saber adónde iba, pero yo no confiaba en él. Era capaz de fingir cualquier cosa.

—Ven —me dijo.

Lo seguí, pero caminando despacio. Me esperó. Allí arriba, en el piso quincuagésimo o sexagésimo, había algunos paravientos, que el viento agitaba. Eché

una ojeada alrededor y me agarré a un soporte:

—Vamos, «abuelito» —me dijo—, ven hasta el paradero.

—Llevo suelas de cuero. Resbalan.

—Vale más que no seas gallina.

—No, es por eso —afirmé. Rodeé con mis brazos el soporte. No me movería.

De todos modos, habíamos llegado hasta donde él quería.

—Ahora —me dijo— quiero demostrarte lo que tu dinero significa para mí. ¿Ves esto?

Sostuvo en alto un billete de cincuenta dólares. Apoyó la espalda sobre un montante de acero perpendicular y, tras quitarse los guantes de fantasía, comenzó a doblar el dinero. Al principio, resultaba incomprensible su gesto, pero después comprendí. Estaba construyendo con él un planeador infantil de papel. Después de subirse un poco la manga del abrigo, lanzó el planeador con dos dedos. Vi cómo adquiría velocidad por entre los cables del tendido eléctrico, impulsado por el viento entre aquel ambiente de acero, cada vez más oscuro a medida que descendía. En el bulevar Michigan se habían instalado ya los adornos de Navidad, pequeñas burbujas relucientes que colgaban entre los árboles, ondeando como células bajo el microscopio.

Mi preocupación en aquel momento era el modo de bajar. Aunque los periódicos no hablan mucho de ello, la gente cae continuamente. No obstante, a pesar del miedo y el hostigamiento, mi alma, amante de sensaciones, se sentía también complacida. Yo sabía que no me sentía complacido fácilmente. El umbral de complacencia de mi espíritu se había elevado demasiado. Tenía que reducirlo. Era excesivo. Debía cambiarlo todo.

Rinaldo hizo planear más billetes de cincuenta. Pequeños aeroplanos de papel. Origami (mi educada mente, infatigablemente pedante, siempre interesada en el léxico), el arte japonés de doblar el papel. Recuerdo que el pasado año se celebró un congreso internacional de fenómenos constructores de aviones de papel. Sí, creo que fue el año pasado. Los aficionados eran matemáticos e ingenieros.

Los billetes verdes de Cantabile se alejaban como pinzones, como golondrinas o mariposas, todos impresos con la efigie de Ulises S. Grant. Llevaban su propia fortuna crepuscular a la gente que se movía abajo en la calle.

—Guardaré los dos últimos —dijo Cantabile—. Para reventarlos en bebidas y cena para nosotros.

—Si consigo llegar abajo vivo.

—Lo hiciste muy bien. Vamos, ve delante, comienza a retroceder.

—Estas suelas de cuero son muy resbaladizas. El otro día pisé en la calle un pedazo de papel de parafina y me caí. Quizá debería quitarme los zapatos.

—No seas loco. Camina sobre las puntas de los pies.

Si uno no pensaba en la posibilidad de caer, la pasarela era más que suficiente. Avancé lentamente, luchando contra la parálisis que sentía en las pantorrillas y

muslos. Cuando llegué al último soporte vertical, el rostro me sudaba tanto que el viento no conseguía secarlo. Pensé que Cantabile venía demasiado cerca detrás de mí. Había otros hombres con casco esperando el ascensor, y supongo que nos tomaron por gente del sindicato o de la oficina del arquitecto. Ya era de noche, y el hemisferio estaba helado en toda su extensión hasta el golfo. Cuando llegamos abajo, me dejé caer aliviado en el asiento del Thunderbird. Rinaldo se quitó el casco e hizo igual con el mío. Conectó el motor y lo puso en marcha. Era ya tiempo de que me dejase marchar. Le había dado ya suficiente satisfacción.

Pero él emprendió nuevamente la marcha, conduciendo de prisa. A toda velocidad se dirigió hacia la luz próxima. La cabeza se me inclinó hacia atrás, por encima del asiento, en la posición que se adoptaría para detener una hemorragia nasal. No sabía exactamente dónde estábamos.

—Oye, Rinaldo —le dije—. Ya has conseguido tu propósito. Me destrozaste el automóvil, me has tenido todo el día corriendo y me has dado el mayor susto de mi vida. De acuerdo, ya he visto que no es el dinero lo que te molestaba. Echemos lo que queda en una cloaca y me podré ir a casa.

—¿Ya te has hartado de mí?

—Ha sido un día entero de expiación.

—¿Ya has visto bastante de esos a los que das un nombre especial? Aprendí algunas palabras nuevas en aquella partida de póquer contigo.

—¿Qué palabras?

—Proletarios —dijo—, *lumpen*, *lumpemproletariado*. Nos diste una pequeña conferencia sobre Karl Marx.

—¡Dios mío, cómo me fui por las ramas! ¿No es verdad? Completamente desatado. ¿Qué me pasó?

—Querías mezclarte con elementos indeseables y criminales. Te fuiste de excursión por el bajo mundo, Charlie, y lo pasaste en grande jugando a los naipes con nosotros, unos desechos sociales de cabeza hueca. —Ya veo. Me mostraría insultante.

—En cierto modo. Pero de vez en cuando resultabas interesante hablando del orden social y de la obsesión de la clase media con el lumpemproletariado. Los otros individuos no sabían de qué demonios estabas hablando.

Por vez primera, Cantabile me estaba hablando con más suavidad. Me incorporé y vi a la derecha las luces nocturnas centelleando en el río, y el Merchandise Mart decorado para la Navidad. Nos dirigimos al viejo restaurante de Gene y Georgetti, justamente a la salida del tren elevado. Tras estacionar entre otros automóviles amenazadoramente ostentosos penetramos en el viejo y gris edificio, en el cual — ¡hurra por la intimidad opulenta! — el estallido de la música de un tocadiscos automático nos envolvió como una ola del Pacífico. En el bar, sumamente lujoso, se aglomeraban los bebedores, altos dirigentes empresariales y sus agradables compañeras. En el suntuoso espejo se reflejaban las botellas, semejantes a una fotografía de grupo de graduados celestiales.

—Giulio —le dijo Rinaldo al camarero—, una mesa tranquila que no esté cerca de los lavabos.

—¿Arriba, señor Cantabile?

—¿Por qué no? —respondí yo. Me sentía tembloroso y no deseaba tener que esperar en el bar a que quedase una mesa libre. Además, eso alargaría la velada.

Cantabile me miró como diciendo «¿y quién ha pedido tu opinión?», pero después asintió.

—De acuerdo, arriba. Y dos botellas de Pippin Heidsieck.

—Enseguida, señor Cantabile.

En los días de Al Capone, los gánsteres fingían batallas burlonas con champán durante los banquetes. Sacudían las botellas y se disparaban los corchos y el vino espumoso, todos vestidos de negro y con corbata, como una matanza divertida.

—Ahora quiero hablarte de algo —me dijo Rinaldo Cantabile—, y es un asunto totalmente distinto. Estoy casado, ¿sabes?

—Sí, ya me acuerdo.

—Con una mujer maravillosamente inteligente y bella.

—Mencionaste a tu mujer en el sur de Chicago. Aquella noche... ¿Tenéis hijos? ¿Qué hace ella?

—Ella no es un ama de casa, compañero, entérate bien. ¿Crees que me hubiera casado con alguna pájara de trasero gordo que diera vueltas por casa con sus rulos en la cabeza frente al televisor? Ella es una mujer auténtica, con cerebro y con estudios. Da clases en la Universidad de Mundelein y está preparando su tesis doctoral. ¿Sabes dónde?

—No.

—En Radcliffe, Harvard.

—Eso está muy bien —contesté. Vacíé la copa de champán y la llené de nuevo.

—No te escurras tan aprisa. Pregúntame cuál es el tema de la tesis.

—Muy bien. ¿De qué se trata?

—Está escribiendo un ensayo sobre aquel poeta que era amigo tuyo.

—Tú bromeas. ¿Sobre Von Humboldt Fleisher? ¿Y cómo sabes que era mi amigo? Ya veo. Estuve hablando de él en casa de George. Aquella noche alguien debería haberme encerrado en un armario.

—No hacía falta que se te engañara, Charlie. No sabías lo que hacías. Hablabas y hablabas como un muchacho de nueve años sobre pleitos, abogados, técnicos contables, malas inversiones, y sobre la revista que ibas a publicar... Parecías un auténtico fracasado. Dijiste que ibas a gastar tu dinero en tus propias ideas.

—Nunca discuto estas cosas con desconocidos. Chicago debe de haberme causado locura ártica.

—Ahora escucha: yo estoy sumamente orgulloso de mi mujer. Su familia es rica, de clase elevada... —He observado que la vanagloria proporciona un maravilloso color a la gente, y las mejillas de Cantabile resplandecían. Continuó—: Te estarás



preguntando qué es lo que hace ella con un marido como yo.

—No, no... —murmuré, aunque ciertamente era una pregunta muy natural.

Sin embargo, no era nuevo el que mujeres muy instruidas se sintieran atraídas por granujas, delincuentes y lunáticos, y que estos granujas fuesen arrastrados a la cultura y la reflexión. Diderot y Dostoievski nos habían familiarizado con ello.

—Quiero que consiga su doctorado —declaró Cantabile—. ¿Lo entiendes? Tengo mucho empeño. Y tú eras amigo de este tipo Fleisher. Así que vas a proporcionar la información que necesite Lucy.

—¡Eh! Espera un minuto...

—Mira esto.

Me entregó un sobre, me puse las gafas y examiné el documento que había dentro. Estaba firmado por Lucy Wilkins Cantabile y era el tipo de escrito de un estudiante graduado modelo, pulido, detallado, bien organizado, con las circunlocuciones académicas usuales, tres páginas a un espacio, rebosantes de preguntas, preguntas dolorosas. Él me estuvo observando atentamente mientras lo leía.

—Bien, ¿qué piensas de ella?

—Fantástico —le respondí. Todo aquello me llenó de desesperación—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Respuestas. Información. Queremos que escribas las respuestas. ¿Qué opinas de su proyecto?

—Creo que los difuntos nos deben una vida.

—No me vengas con historias, Charlie. Tu sarcasmo no me gustó en absoluto.

—¿Y a mí qué me importa? —le respondí—. Ese pobre Humboldt, mi amigo, fue un gran espíritu que se destruyó... No hagas caso. El asunto del doctorado en filosofía es algo muy digno, pero no quiero tomar parte. Además, nunca contesto los cuestionarios. Los imbéciles te obligan con sus documentos. No soporto este tipo de imposición.

—¿Estás llamando imbécil a mi mujer?

—No he tenido nunca el placer de conocerla.

—Bueno, te disculparé. Has recibido un golpe bajo con el asunto del Mercedes, y te he hecho pasar un mal rato. Pero anda con cuidado al hablar de mi esposa.

—Hay cosas que nunca haré y esa es una de ellas. No escribiré las respuestas. Tardaría semanas.

—¡Oye!

—No hay nada de que hablar.

—¡Escucha un minuto!

—Déjame. Vete al infierno.

—De acuerdo, no perdamos la calma. Algunas cosas son sagradas. Lo comprendo. Pero podemos arreglarlo todo. Estuve escuchando en la partida de póquer y sé que tienes muchos problemas. Necesitas de alguien duro y práctico que maneje

tus asuntos. He estado pensando mucho en ello y tengo toda clase de ideas para ti. Haremos un trato.

—No, no quiero hacer ningún trato. Ya tengo suficiente. Estoy destrozado y quiero irme a casa.

—Comamos un bistec y terminemos el vino. Necesitas carne roja. Estás cansado, nada más. Ya lo harás.

—No lo haré.

—Anota lo que comeremos, Giulio —dijo Cantabile.

Me gustaría saber por qué soy tan leal con los muertos. Oyendo hablar de sus muertes, a menudo me digo que debo seguir adelante en su nombre y hacer su trabajo, terminar su tarea. Naturalmente, eso no podía hacerlo. En lugar de ello, me encontré con que algunas de sus características comenzaban a imprimirse en mí. A medida que avanzaba el tiempo, por ejemplo, descubrí que me iba convirtiendo en un ser absurdo al estilo de Von Humboldt Fleisher. Cada vez más, se hizo evidente que él había actuado como mi agente. Yo mismo, una persona de amable disposición, había tenido a Humboldt expresándose salvajemente por mi culpa, por satisfacer alguno de mis deseos. Esto explicaba mi inclinación hacia ciertos individuos: Humboldt o George Swiebel, e incluso una persona como Cantabile. Este tipo de delegación psicológica puede tener sus orígenes en el gobierno representativo. Sin embargo, cuando un amigo expresivo moría, las tareas delegadas volvían a mí. Y como yo era también el delegado expresivo de otras personas, esto acababa por convertirse en un auténtico infierno.

¿Continuar por Humboldt? Humboldt deseaba rodear de resplandor al mundo, pero no disponía de suficiente material. Sus intentos terminaban en el vientre. Lo que colgaba debajo, desnudo y peludo, es bien conocido. Humboldt era un hombre encantador y generoso, con un corazón de oro. No obstante, su bondad era la clase de bondad que actualmente la gente considera anticuada. El resplandor que él conocía era el resplandor vetusto, y escaseaba. Lo que necesitábamos era enteramente una nueva luz.

Y ahora Cantabile y su esposa aspirante al doctorado querían que recordara los viejos y queridos días del Village y sus intelectuales, poetas, crisis nerviosas, suicidios y amores. No me gustaba nada todo eso. Aún no me había formado una opinión decidida de la señora Cantabile, pero veía a Rinaldo como uno más entre la gentuza de aquel nuevo mundo deseoso de barniz intelectual y, además, no estaba dispuesto a sentirme coaccionado. No es que no quisiera facilitar información a eruditos honrados, o a gente joven en formación, pero en aquellos momentos estaba ocupado, intensa, penosamente ocupado, personal e impersonalmente ocupado: personalmente, con Renata y Denise, y Murra el contable, y los abogados y el juez y una infinidad de disgustos emocionales; impersonalmente, por participar en la vida de mi país y de la civilización occidental y sociedad global (una mezcla de realidad y de ficción). Como editor de una importante revista, *The Ark*, que probablemente nunca se editaría, pensaba sin cesar en declaraciones que había que hacer y en verdades que debían ser recordadas al mundo. El mundo, identificado por una serie de fechas (1789-1914-1917-1939) y por palabras clave (revolución, tecnología, ciencia, y así sucesivamente), era otra causa de ocupación. Uno tenía un deber para con estas fechas y estas palabras. La tarea en su totalidad era tan trascendental, sobrecogedora y trágica, que a fin de cuentas lo que deseaba de verdad era tenderme y dormir. Siempre he poseído un don excepcional para dormirme. Miro instantáneas tomadas en alguna de las peores horas de la humanidad, y observo que tengo mucho cabello y

una apariencia juvenil. Llevo un traje cruzado de los años treinta o cuarenta que no me sienta bien, fumo en pipa, estoy de pie debajo de un árbol y doy la mano a una linda jovencita rolliza... y me he quedado dormido allí de pie, profundamente. He estado descabezando sueños durante muchas crisis (mientras morían a millones).

Esto es completamente pertinente. De todos modos, debo reconocer que volví a establecerme en Chicago con el secreto propósito de escribir un trabajo significativo. Esta abulia mía tiene relación con aquel proyecto. Tuve la idea de hacer algo con la guerra crónica entre el sueño y la conciencia que tiene lugar en la naturaleza humana. Mi tema, en los últimos años de Eisenhower, era el aburrimiento. Chicago era el lugar ideal en el que escribir mi ensayo maestro: «Aburrimiento». En ese Chicago descarnado se podía examinar el espíritu humano bajo el industrialismo. Si alguien iba a alzarse con una nueva visión de la fe, el amor y la esperanza, querría comprender a quién estaba ofreciéndolo, era necesario que comprendiese la clase de sufrimiento profundo que denominamos aburrimiento. Mi obra sobre el aburrimiento sería equiparable a la obra de Malthus, Adam Smith, John Stuart Mili o Durkheim sobre la población, la riqueza o la división del trabajo. La historia y el temperamento me habían colocado en una posición singular que yo me disponía a aprovechar. No había leído en vano los grandes expertos modernos en aburrimiento, Stendhal, Kierkegaard y Baudelaire. Durante un buen número de años había trabajado mucho en este ensayo. La dificultad residía en que el material estaba ahogándome, como un minero por las emanaciones de gas. De todos modos, no me detendría. Me decía que incluso Rip van Winkle había dormido únicamente durante veinte años. Yo lo había superado por lo menos en dos décadas y estaba decidido a convertir el tiempo perdido en un rendimiento de inspiración. Así que continué en Chicago con mi trabajo mental preparatorio, y me inscribí también en un gimnasio para jugar a la pelota con agentes de bolsa y caballeros del hampa, en un esfuerzo por fortalecer los poderes de la conciencia. Entonces, mi respetado amigo Durnwald mencionó, burlescamente, que el famoso pero incomprendido doctor Rudolf Steiner tenía mucho que decir sobre los aspectos más profundos del sueño. Los libros de Steiner, que empecé a leer tendido en la cama, me hicieron desear levantarme. Él argumentaba que entre la concepción de un acto y su ejecución por medio de la voluntad existía un espacio de sueño. Podía ser breve, pero era profundo. Ello se debía a que una de las almas del hombre era un alma soñadora. En este aspecto, los seres humanos se parecían a las plantas, cuya existencia entera es el sueño. Esto causó una profunda impresión en mí. La verdad sobre el sueño solo podía percibirse desde la perspectiva de un espíritu inmortal. Yo nunca había dudado que lo poseía, pero había arrinconado muy pronto este hecho. Lo mantuve en secreto. Estas creencias secretas presionan también sobre el cerebro y hunden a uno en el reino vegetal. Incluso ahora, dudaba en mencionar el espíritu a un hombre culto como Durnwald. Naturalmente, él no creía a Steiner. Durnwald era rubicundo, bastante viejo pero fuerte, corpulento y calvo, un soltero de costumbres extravagantes, pero un hombre bondadoso. Tenía una manera de proceder apremiante,

brusca y agresiva, que llegaba a la bravuconería. Pero si me reñía era porque me apreciaba; de otro modo no se habría molestado. Gran erudito, y una de las personas más instruidas de la Tierra, era un racionalista. No un racionalista de miras estrechas, en absoluto. Sin embargo, no podía hablarle de los poderes de un espíritu separado del cuerpo. No me escucharía. Simplemente, había estado bromeando sobre Steiner. Yo no bromeaba, pero no quería ser juzgado como un loco.

Había comenzado a reflexionar mucho sobre el espíritu inmortal. A pesar de ello, noche tras noche seguía soñando que me había convertido en el mejor jugador del club, un as de la raqueta, que mi lanzamiento de revés enviaba la pelota rozando el borde izquierdo de la pista para ir a caer limpiamente en el rincón. Soñaba que vencía a los mejores jugadores, todos aquellos tipos veloces, velludos y flacos que en la realidad evitaban jugar conmigo porque yo era un inútil. Me sentía muy defraudado por el interés trivial que estos sueños descubrían. Hasta en mis sueños estaba dormido. ¿Y qué ocurría con el dinero? El dinero es necesario para proteger al durmiente. Los gastos producen desvelo. A medida que uno purifica la membrana interior del ojo y logra una mayor conciencia, menos dinero debería requerirse.

En tales circunstancias (y ahora debería quedar muy claro lo que entiendo por circunstancias: Renata, Denise, las niñas, los tribunales, los abogados, Wall Street, sueño, muerte, metafísica, karma, la presencia del universo en nosotros, nuestra presencia en el propio universo) no me había detenido a pensar en Humboldt, un amigo inapreciable, escondido en la noche sin tiempo de la muerte, un camarada de una existencia anterior (casi), bien amado pero muerto. A veces imaginaba que podría verlo en una vida futura, junto a mi madre y a mi padre, y también al lado de Demmie Vonghel. Demmie era uno de mis muertos más significativos, recordada diariamente. Pero no esperaba que llegase hasta mí como solía hacerlo vivo, conduciendo a ciento treinta kilómetros por hora en su enorme Buick. Al principio me reí. Después grité. Estaba paralizado. Avanzaba amenazadoramente hacia mí. Me lanzaba sus bendiciones. El legado de Humboldt hizo desvanecerse muchos de mis problemas inmediatos.

El papel que Ronald y Lucy Cantabile representaron en esto, es algo totalmente distinto.

Queridos amigos, aunque estaba a punto de abandonar la ciudad y debía ocuparme de muchos asuntos, decidí suspender todas las actividades prácticas durante una mañana. Tuve que hacerlo para no derrumbarme bajo la tensión. Había estado practicando algunos de los ejercicios de meditación recomendados por Rudolf Steiner en Conocimiento de los mundos superiores y de su consecución. Mis logros eran muy escasos todavía, pero mi alma estaba adentrada en años y muy menoscabada y dañada, y se requería paciencia. Como de costumbre, lo había intentado con demasiada tenacidad y recordé de nuevo aquel maravilloso consejo de un pensador francés: «Trouve avant de chercher». Creo que era Valéry.

O quizá Picasso. Hay muchas ocasiones en que lo más práctico es descansar.

Por este motivo, a la mañana siguiente de pasar el día con Cantabile me concedí un día de descanso. El tiempo era bueno y claro. Corrí las cortinas caladas que impedían ver los detalles de Chicago, pero permitían la entrada del sol brillante y el azul del cielo (que en su inmensa caridad brillaba el uno y coronaba el otro incluso una ciudad como esta). Alegremente saqué a la luz mis documentos sobre Humboldt. Amontone libretas de notas, cartas, diarios y manuscritos sobre la mesilla del café y sobre el radiador cubierto, detrás del sofá. Entonces me tendí, suspirando, y me quité los zapatos. Debajo de la cabeza me coloqué un cojín bordado por una joven dama (¡cuán llena estaba mi vida del elemento femenino! ¡Qué siglo este lleno de turbaciones sexuales!), Doris Scheldt, la hija del antropólogo a quien consultaba de vez en cuando. Ella me había regalado este cojín bordado a mano, en Navidad del año anterior. Pequeña y encantadora, inteligente, con un perfil notablemente duro para una joven tan bonita, solía llevar vestidos pasados de moda que la hacían parecerse a Lillian Gish o Mary Pickford. Sin embargo, su calzado resultaba muy provocativo. En mi vocabulario privado, ella era un poco *noli me tangere*. Ella quería y no quería que la tocasen. Sus conocimientos sobre antropología eran también muy vastos, y en el año anterior habíamos pasado mucho tiempo juntos cuando Renata y yo tuvimos un altercado. Me sentaba en su balancín y ella colocaba sus diminutas botas de charol en una banqueta, mientras bordaba este cojín rojo y verde, verde hierba y ascuas incandescentes. Charlábamos y demás. Constituyó una relación agradable, pero ya había terminado. Renata y yo nos habíamos reconciliado de nuevo.

Este intermedio ha sido para contar que elegí a Von Humboldt Fleisher como el tema de mi meditación aquella mañana. Se suponía que semejante meditación fortalecía la voluntad. Más tarde, gradualmente reforzada por estos ejercicios, la voluntad se convertía en un órgano más de la percepción.

Una tarjeta postal arrugada cayó al suelo, una de las últimas que Humboldt me había enviado. Leí los trazos fantasmales, como una borrosa gráfica de las luces del norte:

*Los ratones se esconden cuando los halcones vuelan en lo alto;  
los halcones se asustan de los aviones;  
los aviones temen a los cañones antiaéreos;  
todos tienen miedo de algo.  
Únicamente los leones negligentes debajo del árbol Booloo  
dormitan unos en brazos de otros  
después de su sangriento banquete.  
¡Yo afirmo que esto es vivir bien!*

Ocho o nueve años atrás, al leer este poema, pensé: «Pobre Humboldt, esos

médicos con sus tratamientos de electrochoque le han hecho una lobotomía, lo han arruinado, pobre hombre». Pero ahora me pareció una comunicación y no un poema. La imaginación no debe languidecer: este era el mensaje de Humboldt. Debo afirmar nuevamente que el arte manifiesta los poderes íntimos de la naturaleza. Para la facultad salvadora de la imaginación, el sueño era sueño, y el despertar, un despertar auténtico. Esto era lo que ahora Humboldt parecía estar diciéndome. Y si era así, Humboldt nunca estuvo más sano ni fue más valeroso que al final de su vida. Y yo había huido de él en la calle Cuarenta y seis, justamente cuando él tenía tantas cosas que decirme. Me pasé aquella mañana, según he contado ya, ataviado lujosamente y dando vueltas elípticas sobre la ciudad de Nueva York en aquel helicóptero de los guardacostas, con los dos senadores y el alcalde y los oficiales de Washington y Albany y los periodistas famosos, todos embutidos dentro de nuestras chaquetas salvavidas hinchadas y equipadas con un cuchillo enfundado. (Nunca pude olvidar esos cuchillos). Y más tarde, después del almuerzo en Central Park (no puedo evitar la repetición), salí y vi a Humboldt, un hombre moribundo comiendo una pasta seca en medio de la calle, mostrando ya en su rostro las salpicaduras del polvo de la tumba. Me apresuré a escapar. Fue uno de esos momentos extáticamente dolorosos en los que nunca pude permanecer inmóvil. Tenía que correr. Adiós, Humboldt, te veré en el otro mundo, dije para mí.

Había decidido que no había nada que se pudiera hacer por él en este mundo. Pero ¿era realmente cierto? Aquella tarjeta postal arrugada ahora me hacía reconsiderarlo. Me di cuenta de que había pecado contra Humboldt. Tendido en el sofá de plumas de ganso para dedicarme a la meditación, me acaloré con mi autocrítica y mi vergüenza, sofocado y sudoroso. Retiré el cojín de Doris Scheldt de debajo de mi cabeza y me enjuagué el rostro con él. Me vi refugiándome de nuevo detrás de los automóviles estacionados en la calle Cuarenta y seis. Y a Humboldt como un arbusto cubierto de larvas y marchitándose poco a poco. Quedé aturdido al ver a mi viejo compañero que moría, y hui, volví al Plaza y llamé por teléfono a la oficina del senador Kennedy para informar que me habían llamado urgentemente de Chicago. Volvería a Washington a la semana siguiente. Tomé entonces un taxi hasta el aeropuerto de La Guardia y subí al primer avión en dirección a O'Hare. Una y otra vez recuerdo ese día porque fue horrible. Dos bebidas, el máximo en vuelo, no me hicieron ningún efecto, ninguno. Al aterrizar me bebí varios dobles de Jack Daniel's en el bar de O'Hare, para juntar valor. Era una velada calurosa. Llamé a Denise por teléfono y le dije:

—He vuelto.

—Te has anticipado en muchos días. ¿Qué pasa, Charles?

Le respondí:

—He pasado por una mala experiencia.

—¿Dónde está el senador?

—Todavía en Nueva York. Regresaré a Washington dentro de un par de días.

—Muy bien, pues ven a casa.

*Life* me había encargado un artículo sobre Robert Kennedy. Me había pasado cinco días con el senador, o más bien cerca de él, sentado en un sofá del edificio de las oficinas del Senado, observándolo. Desde todos los aspectos, era una inspiración singular, pero el senador me había permitido permanecer cerca de él y hasta parecía que mi presencia le complacía. Digo «parecía» porque le convenía dar esta impresión a un periodista que se proponía escribir sobre él. También a mí me causó buena impresión, en desacuerdo, quizá, con mi buen juicio. Su modo de mirar a uno resultaba raro. Sus ojos eran tan azules como el espacio vacío, y la piel de los párpados le colgaba ligeramente, como si tuviera un repliegue extra. Después del viaje en helicóptero, nos dirigimos de La Guardia al Bronx en una lujosa limusina, y allí estaba yo a su lado. El calor era sofocante en el Bronx, pero nosotros viajábamos dentro de una especie de armario de cristal. Su deseo era el de mantenerse continuamente informado. Hacía preguntas sobre todas las personas del grupo. A mí me solicitó información histórica. «¿Qué sabe usted sobre William Jennings Bryan?» o «Cuénteme acerca de H. L. Mencken» y asimilaba lo que le decía con una especie de resplandor íntimo que nada expresaba de su pensamiento o de la utilidad que pudiera sacar de los hechos. Nos detuvimos en un parque infantil de Harlem. Había un Cadillac, policías en motocicleta, guardaespaldas y personal de la televisión. Un solar vacío entre dos edificios había sido vallado y equipado con toboganes y cajones de arena. El director del jardín, con su peinado afro, su colorido dashiki y sus cuentas, recibió a los dos senadores. Las cámaras, montadas sobre bastidores, nos enfocaban. El director negro, radiante, ceremonioso, sostenía una pelota de básquet entre los dos senadores. Se hizo espacio. Por dos veces, el esbelto y elegante Kennedy lanzó la pelota. Asentía con la cabeza, de rostro rubicundo y aspecto zorruno, y sonreía al no acertar. El senador Javits no podía permitirse un desacierto. Robusto y calvo, también él sonreía, pero tomó posición frente a la cesta y, llevando el balón hasta su pecho, se concentró en el objetivo. Realizó dos lanzamientos muy buenos. El balón no se arqueó; voló directamente al círculo y penetró en él. Se oyó un aplauso. Cuántas molestias, cuánto trabajo para mantenerse a la altura de Bobby. Pero el senador republicano se las manejó muy bien.

Y era en esto en lo que Denise intentaba mantenerme ocupado. Denise lo había arreglado todo por mí, llamando a las oficinas de *Life* y supervisando todo el asunto.

—Ven a casa —me dijo.

Pero estaba contrariada. No me quería de vuelta en Chicago.

Nos habíamos instalado en una gran casa, en Kenwood, en el lado sur. Judíos alemanes ricos habían construido aquellas mansiones victoriano-eduardianas a principios de siglo. Cuando los magnates de las ventas por correo y otros petimetres se fueron, llegaron los profesores de universidad, psiquiatras, abogados y musulmanes negros. Como yo había insistido en volver a ser el Malthus del aburrimiento, Denise compró la casa de Kahnheim, aunque no sin protestar:



—¿Y por qué Chicago? —se quejaba—. Podemos vivir donde nos plazca, ¿no es así? ¡Cristo!

Su intención era buscar una casa en Georgetown, o en Roma, o en Londres SW3. Pero yo era obstinado, y Denise temió que fuese el anuncio de un próximo colapso nervioso. Su padre, el juez federal, era un abogado astuto. Sé que ella lo consultaba a menudo sobre propiedades, arriendos y los derechos de las viudas en el estado de Illinois. El juez nos aconsejó comprar la mansión del coronel Kahnheim. Todos los días, durante el desayuno, Denise me preguntaba cuándo iba a redactar mi testamento.

Era ya de noche, y ella me esperaba en el dormitorio principal. Siento odio por el aire acondicionado y prohibí que Denise lo instalara. La temperatura superaba ya los treinta grados, y en esas noches calurosas los ciudadanos de Chicago sienten el cuerpo y el alma de la ciudad. Los corrales de ganado han desaparecido ya, Chicago ha dejado de ser una ciudad-matadero, pero los antiguos olores reviven en el calor de la noche. En otra época había miles de vías férreas, paralelas a las calles, repletas de vagones rojos de ganado, con los animales esperando entrar en los corrales, berreando y exhalando vapores. El viejo hedor flota todavía en el lugar. A veces retorna desde el lugar que dejó vacío, para recordarnos a todos que Chicago fue una vez el líder mundial en la tecnología carnicera, que miles de millones de animales murieron aquí. Aquella noche las ventanas estaban abiertas de par en par y volvía de nuevo la depresiva peste familiar en su múltiple variedad de carne, sebo, harina de sangre, huesos pulverizados, cueros, jabón, lonchas ahumadas y pelo socarrado. El viejo Chicago respiraba otra vez a través de hojas y mamparas. Oí la sirena de los bomberos y la de las ambulancias, aguda e histérica. En los barrios pobres de la periferia, los incendios aumentan durante el verano, índice, según algunos, de psicopatología. Aunque el amor por las llamas es también religioso. Sin embargo, Denise estaba sentada en la cama, desnuda, cepillándose el cabello con rapidez y energía. Por encima del lago centelleaban las acerías. A la luz de los faroles se veía el hollín que cubría ya las hojas de la hiedra pegada a la pared. Aquel año la sequía se había anticipado. Chicago, aquella noche, jadeaba: las grandes máquinas urbanas en movimiento, los edificios que ardían en Oakwood con grandes llamaradas, las sirenas con sus extraños aullidos, los coches de bomberos, ambulancias y de policía — tiempo de amenazas y cuchilladas, noche de violaciones y de muerte, millares de bocas de incendios lanzando agua por ambas salidas—. Los ingenieros se asombraban al ver el descenso en el nivel del lago Michigan, mientras se vertían estas toneladas de agua. Cuadrillas de muchachos merodeaban con pistolas y cuchillos. Y... ¡oh Dios!, este afligido Charles Citrine de espíritu compasivo se había encontrado con su viejo compañero, un hombre muerto comiendo un pretzel en Nueva York, y había abandonado Life, los guardacostas, los helicópteros y a los dos senadores, y se había apresurado a volver a casa para buscar consuelo. Con este propósito, su esposa se había despojado de todas sus ropas y se dedicaba a cepillarse

la abundante cabellera. En sus enormes ojos color violeta y gris había impaciencia, y su ternura estaba mezclada con cierta irritación. Tácitamente me preguntaba cuánto tiempo permanecería yo sentado en el sofá en calcetines, con el corazón dolido y colmado de una anticuada sensiblería. Persona crítica y nerviosa, ella creía que mi sufrimiento era debido a mórbidas aberraciones con el dolor, que me mostraba premoderno o barroco con respecto a la muerte. Declaraba a menudo que yo había vuelto a Chicago porque mis padres estaban enterrados aquí. Algunas veces exclamaba con repentina viveza:

—¡Vaya! Ya está aquí la partícula de cementerio...

Y con bastante frecuencia tenía razón. Yo mismo me daba cuenta de lo monótona y apagada que sonaba mi voz. El amor era el remedio para estos estados sombríos. Y allí estaba Denise, impaciente pero sumisa, desnuda, sentada en la cama.

Y yo ni siquiera me quité la corbata. Sé que esta melancolía puede enloquecer. Y a Denise la fatigaba tener que soportarme emocionalmente. Ella no daba gran importancia a estas emociones mías.

—Vaya, ya estamos otra vez con ese humor. Tendrías que dejar todas esas sandeces operísticas. Habla con un psiquiatra. ¿Por qué has de estar pendiente del pasado y lamentándote siempre de un difunto u otro? —señalaba Denise con una súbita animación en el rostro, clara demostración de una perspicacia profunda: al mismo tiempo que yo derramaba lágrimas por mis difuntos, escarbaba también en sus tumbas. Porque yo escribía biografías, y los muertos eran mi pan y mi vino. Los difuntos habían ganado mi condecoración francesa y habían logrado mi entrada en la Casa Blanca. (La ruptura de nuestras relaciones con la Casa Blanca tras la muerte de JFK fue uno de los disgustos más amargos para Denise). No me interpreten mal, ya sé que el amor y los reproches a menudo van juntos. Durnwald también procedía de esta manera conmigo. El Señor castiga a los que ama. Toda la cuestión tenía que ver con el afecto. Cuando volví a casa, tan afectado a causa de Humboldt, Denise estaba dispuesta a consolarme. Pero Denise tenía una lengua muy afilada. (Algunas veces yo la llamaba doña Reproche). Naturalmente, mi actitud tan triste, con el corazón destrozado, era una incitación. Además, ella sospechaba que mi artículo del *Life* no se terminaría. Y, nuevamente, tenía razón.

Si mis sentimientos sobre la muerte eran tan intensos, ¿por qué no hacía algo al respecto? Esta sensibilidad extrema era horrible. Tal era la opinión de Denise. También en esto estaba de acuerdo con ella.

—¿De modo que te sientes mal a causa de tu camarada Humboldt? —me dijo—. Pero ¿por qué no te has preocupado por él nunca más? Has tenido años para hacerlo. ¿Y por qué no le has hablado hoy?

Eran buenas preguntas, muy inteligentes. Ella no me dejaría zafarme de la cuestión.

—Supongo que hubiera podido decirle: «Humboldt, soy yo, Charlie. ¿Qué te parece si vamos a almorzar? El Blue Ribbon está a la vuelta de la esquina». Pero creo

que le hubiese dado un ataque. Hace un par de años trató de golpear a la secretaria de un decano con un martillo acusándola de abarrotarle la cama con revistas de adolescentes. Una especie de complot erótico contra él. Tuvieron que encerrarlo de nuevo. El pobre hombre está loco. Y no tiene remedio, aunque lo lleven otra vez a Saint Julien o se dedique a abrazar leprosos.

—¿Y quién ha hablado de leprosos? Siempre sales con algo que los demás no piensan ni remotamente.

—Bien, de acuerdo, pero él estaba horrendamente vestido y yo muy bien trajeado. Y te haré observar una curiosa coincidencia. Esta mañana, en el helicóptero, yo estaba sentado junto al doctor Longstaff. Así que, naturalmente, me acordé de Humboldt. Fue Longstaff quien prometió a Humboldt una importante beca de la Fundación Belisha. Esto ocurrió mientras estábamos todavía en Princeton. ¿Te he contado alguna vez algo sobre este desastroso asunto?

—Creo que no.

—Me acordé de todo el asunto.

—¿Sigue Longstaff siendo tan agradable y distinguido? Ya debe de estar viejo. Me apuesto algo a que estuviste dándole la lata sobre los viejos tiempos.

—Sí, estuve recordando cosas con él.

—Me lo suponía. Y me imagino que fue desagradable.

—El pasado no es desagradable para los que tienen justificación.

—Me pregunto qué es lo que haría Longstaff entre esa gente de Washington.

—Seguramente estaría tratando de conseguir dinero para sus obras filantrópicas.

Así proseguía mi meditación en el sofá de color verde. De todos los métodos de meditación recomendados en la literatura, este era el que me gustaba más. Con frecuencia me sentaba al final del día y recordaba con minucioso detalle todo lo que había sucedido, todo lo dicho, hecho y visto. Era capaz de volver a revivir todas las horas del día, viéndome a mí mismo de lado o por detrás, igual que vería físicamente a cualquier otro. Si había comprado una gardenia para Renata en un tenderete al aire libre, podía recordar que había pagado setenta y cinco centavos por la flor. Veía el reborde de latón de las tres monedas plateadas. Veía la solapa del abrigo de Renata, la cabeza blanca del largo alfiler. Incluso recordaba las dos veces que el alfiler se clavaba en el tejido y el rostro femenino y lleno de Renata, y su mirada complacida al ver la flor y el olor de la gardenia. Si en esto consistía la trascendencia, era una ganga, pues podría hacerlo para siempre, retrocediendo hasta el principio del tiempo. Así pues, tendido allí en el sofá, traje ahora a mi mente la página necrológica del *Times*.

El *Times* se había mostrado conmovido con la muerte de Humboldt y le había dedicado una doble columna. La fotografía era grande. A fin de cuentas, Humboldt hizo lo que se supone que hacen los poetas en el insensible Estados Unidos: persiguió la ruina y la muerte con mucha más firmeza de la que había empleado para perseguir a las mujeres. Despilfarró su talento y su salud y alcanzó su hogar, la tumba, por una pendiente polvorienta. Se enterró a sí mismo. Muy bien. Así mismo procedió Edgar Allan Poe, recogido en una cuneta de Baltimore. Y Hart Crane, por encima de la borda de un barco. Y Jarrell, caído delante de un coche. Y el pobre John Berryman saltando desde un puente. Por alguna razón, estos horrores son apreciados especialmente por el mercantil y tecnológico Estados Unidos. El país se siente orgulloso de sus poetas muertos. Siente una tremenda satisfacción en el testimonio de los poetas en cuanto a que Estados Unidos es demasiado rudo, demasiado grande, demasiado desmesurado, demasiado fuerte, en que la realidad norteamericana es sobrecogedora. Ser poeta tiene algo de escuela, de femenino, de religioso. La debilidad del poder espiritual queda demostrada en el infantilismo, la locura, la embriaguez y la desesperanza de estos mártires. Orfeo conmovió a las piedras y los árboles. Pero un poeta no puede practicar una histerectomía ni enviar una nave más allá del sistema solar. El milagro y el poder ya no le pertenecen. Por ello, los poetas son amados, pero se los ama porque no tienen posibilidad de alcanzar sus logros en la Tierra. Existen para poner de relieve la enormidad del horrible embrollo y justificar el cinismo de aquellos que declaran: «Si yo no fuese tan mal nacido, corrupto e insensible, rastroso, ladrón y buitro, tampoco yo podría resistirlo. Fíjate en esos hombres tiernos y sensibles, los mejores entre nosotros. Ellos sucumbieron, pobres locos».

Esto es lo que pone exultante a la gente insensible y antropófaga, meditaba yo. Y esa era la actitud reflejada en la fotografía de Humboldt que el *Times* había elegido. Una de esas fotografías de una majestuosidad demente y lamentable: escalofriante,

sombrío, con mirada furiosa y labios apretados, mejillas escrofulosas o macilentas, frente surcada de arrugas y el aspecto de alguien rabiosamente infantil y destruido. Este era el Humboldt de las conspiraciones, los golpes de Estado, las acusaciones, los berrinches, el Humboldt del hospital Bellevue, el Humboldt de los pleitos. Pues a Humboldt le gustaban los litigios. El nombre fue creado especialmente para él. Muchas veces me amenazó con ponerme un pleito.

Sí, la necrología era horrible. El recorte estaba en alguna parte entre los papeles que me rodeaban, pero no sentía deseo alguno de buscarlo. Podía recordar al pie de la letra lo que decía. En su estilo reluciente y pomposo, el *Times* decía que Von Humboldt Fleisher se había iniciado brillantemente. Nacido en el lado alto del West Side neoyorquino, a los veintidós años estableció un nuevo estilo de poesía norteamericana. Fue apreciado por Conrad Aiken (quien en una ocasión tuvo que llamar a la policía para poder sacarlo de su casa). Aprobado por T. S. Eliot (sobre quien, cuando perdía los estribos, contaba el escándalo sexual más escabroso e improbable). Fleisher también fue crítico, ensayista, novelista, maestro, prominente intelectual de la literatura, y una personalidad de los salones. Los íntimos elogiaban su conversación. Era un gran conversador, muy ingenioso.

En este punto, dejando aparte la meditación, volví en mí. El sol brillaba todavía esplendoroso, el azul era invernal, de una arrogancia emersoniana, pero me sentía malvado. Tenía tantas cosas desagradables para expresar como rebotante estaba el cielo del azul glacial. Muy bien, Humboldt, conseguiste tu puesto en la cultura norteamericana, al igual que Hart Schaffner y Marx lo consiguieron en capas y trajes, como el general Sarnoff lo logró en comunicaciones, como Bernard Baruch lo consiguió en un banco del parque. Como, según el doctor Johnson, los perros lo consiguieron sobre sus patas traseras y las señoras en el púlpito, excediendo curiosamente sus límites naturales. Orfeo, hijo de Greenhorn, surgió en el Greenwich Village con sus baladas. Amaba la literatura, la conversación intelectual y la dialéctica, amaba la historia del pensamiento. Muchacho alto, tierno y agraciado, creó su propia combinación de simbolismo y lenguaje callejero. En esta mezcla entraron Yeats, Apollinaire, Lenin, Freud, Morris R. Cohen, Gertrude Stein, las estadísticas de béisbol y las murmuraciones de Hollywood. Llevó Coney Island al Egeo y unió a Buffalo Bill con Rasputín. Iba a unir el sacramento del arte y el Estados Unidos industrial como poderes iguales. Nacido (como él mismo insistía) en un andén del metro en Columbus Circle, pues su madre había comenzado el parto mientras viajaba por el IRT, trató de ser un artista divino, un hombre de estados visionarios y trances, de posesión platónica. Recibió una educación naturalista y racionalista en la Universidad de Nueva York. Eso no se reconciliaba fácilmente con el carácter órfico, pero todos sus deseos eran contradictorios. Deseaba saber expresarse mágica y cósmicamente, ser capaz de expresar cualquier cosa; también deseaba ser sabio y filósofo, encontrar el campo común de la poesía y la ciencia, probar que la imaginación era tan potente como la maquinaria, liberar y bendecir a la humanidad.

Pero también anhelaba ser rico y famoso. Y, naturalmente, estaba la cuestión de las chicas. El propio Freud creía que se perseguía la fama a causa de las mujeres. ¡Ah!, pero también las mujeres perseguían algo. Humboldt decía:

—Están siempre buscando lo auténtico. Las han engañado una y otra vez y ruegan para conseguir algo auténtico, y se regocijan cuando lo encuentran. Por este motivo las mujeres aman a los poetas. Esta es la verdad sobre las mujeres.

Humboldt era, ciertamente, auténtico, pero poco a poco dejó de ser un hombre joven y agraciado y el príncipe de los conversadores. Su vientre aumentó y su rostro se hizo más grueso. Apareció en sus ojos una mirada de frustración y de duda, y debajo de ellos comenzaron a marcarse círculos oscuros mientras que sus mejillas adquirían una palidez de piel ajada. Eso fue lo que su «profesión frenética» le proporcionó. Él sostuvo siempre que la poesía era una de las profesiones frenéticas en las que el éxito depende de la opinión que uno tiene de sí mismo. Piensa bien de ti, y ganarás. Pierde tu propia estimación, y estás acabado. Por esta razón se desarrolla un complejo de persecución, ya que aquellos que no hablan bien de uno lo están matando. Sabedores de ello, o presintiéndolo, los críticos e intelectuales lo tienen atrapado. Le guste a uno o no, se ve arrastrado a una lucha por el poder. Así pues, el arte de Humboldt decaía a medida que aumentaba su frenesí. Amaba mucho a las mujeres. Ellas seguían considerándolo auténtico mucho después de que él se dio cuenta de que ya no le quedaba nada auténtico y que estaba embaucándolas. Tragaba más píldoras y bebía más ginebra. La manía y la depresión lo llevaron a la locura. Tenía grandes altibajos. Se convirtió en profesor de inglés en un lugar remoto. Allí era una gran figura literaria. En los demás sitios, utilizando una de sus propias expresiones, era un don nadie. Luego murió y fue muy alabado. Valoró siempre la distinción y el *Times* estaba en la cima. Habiendo perdido su talento y su mente, habiendo fracasado y muerto en la ruina, de nuevo escaló posiciones en el mercado cultural y disfrutó brevemente el prestigio de un fracaso significativo.

La victoria electoral de Eisenhower, en 1952, constituyó para Humboldt un desastre personal. Nos encontramos la mañana del día siguiente, y él estaba muy deprimido. Su gran rostro pálido aparecía furiosamente sombrío. Me llevó hasta su oficina, la oficina de Sewell, atestada de libros (yo ocupaba la habitación contigua). Apoyado en el pequeño escritorio sobre el que se hallaba el *Times* desplegado con los resultados de las elecciones, sostenía un cigarrillo, pero entrelazaba las manos con gesto de desesperación. El cenicero, un bote de café Savarin, ya estaba lleno. No se trataba simplemente de que sus esperanzas hubiesen fracasado o de que la evolución cultural de Estados Unidos se hubiera detenido en seco. Humboldt tenía miedo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

—Tendremos que esperar —respondí—. Quizá la próxima administración nos dé entrada en la Casa Blanca.

Humboldt no estaba para conversaciones ligeras aquella mañana.

—Pero escucha —le dije—. Eres el director de poesía de Arcturus, figuras en la nómina de personal de Hildebrand y tienes el cargo de consejero con sueldo de la Fundación Belisha. Enseñas en Princeton. Tienes un contrato para escribir un libro de texto sobre poesía moderna. Kathleen me dijo que, aunque vivieras ciento cincuenta años, no llegarías a cubrir todos los anticipos que has obtenido de los editores.

—No te sentirías celoso, Charlie, si supieras cuán difícil es mi posición. Parece que todo me vaya viento en popa, pero se trata de un espejismo. Estoy en peligro. Tú, sin perspectivas de ninguna clase, te hallas en una posición mucho más firme. Y ahora ocurre este desastre político.

Presentí que tenía miedo de sus vecinos en el campo. En sus pesadillas, Humboldt veía quemar su casa, él disparaba contra ellos y estos lo linchaban y se llevaban a su mujer.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —me preguntó—. ¿Cuál debe ser nuestro próximo movimiento?

Estas preguntas únicamente las formulaba para introducir el plan que tenía en la mente.

—¿Nuestro movimiento?

—O bien abandonamos Estados Unidos durante el mandato del nuevo gobierno, o nos atrincheramos.

—Podríamos pedir asilo a Harry Truman en Missouri.

—No bromees conmigo, Charlie. Tengo una invitación de la Universidad Libre de Berlín para enseñar literatura norteamericana.

—Esto suena fantástico.

Humboldt respondió rápidamente:

—¡No, no! Alemania es peligrosa. No me arriesgaría en Alemania.

—Esto solo deja la alternativa de atrincherarse. ¿Dónde vas a cavar?

—He dicho «nosotros». La situación es muy insegura. Si tuvieras un poco de sentido común te darías cuenta. Crees que, por ser un chico lindo, tan brillante y con

los ojos deslumbrantes, nadie te haría daño.

Humboldt comenzó ahora a atacar a Sewell.

—Sewell es una rata realmente —dijo.

—Creí que erais viejos amigos.

—El conocernos hace tiempo no significa que tengamos amistad. ¿Acaso te gustó a ti? Él te admitió. Fue desdeñoso, insolente, y te trató como basura. No llegó a dirigirte la palabra, únicamente habló conmigo. Me molesté por ello.

—Pues no lo dijiste.

—No quería que te enfadaras hablándote de esto enseguida, que comenzaras bajo mala estrella. ¿Crees que es un buen crítico?

—¿Puede el sordo afinar pianos?

—Sin embargo, es sutil. Es un hombre sutil, a su modo turbio. No lo subestimes. Y es un luchador nato. Pero convertirse en profesor sin ni siquiera ser licenciado... habla por sí mismo. Su padre era un palurdo. Su madre, lavandera. Ella cuidó los cuellos de Kittredge en Cambridge y se dio buena maña para conseguir privilegios de biblioteca en favor de su hijo. Ingresó en las filas de Harvard como un debilucho y salió convertido en un titán. Ahora es un correctísimo caballero y reina sobre todos nosotros. Tú y yo hemos aumentado su estatus. Avanza con dos judíos como un magnate y un príncipe.

—¿Por qué quieres que me enfade con Sewell?

—Estás demasiado encumbrado para ofenderte. Tú eres más esnob que el propio Sewell. Creo que puedes ser psicológicamente uno de esos tipos de Axel que solo se preocupan por la inspiración interior, sin ninguna conexión con el mundo real. El mundo real te importa un bledo —declaró Humboldt ferozmente—. Dejas para los pobres desgraciados como yo el tener que pensar en asuntos de dinero y estatus, éxito y fracaso y problemas sociales y política. Estas cosas a ti te tienen sin cuidado.

—Suponiendo que fuera verdad, ¿qué hay de malo en ello?

—Pues que me endosas a mí estas responsabilidades carentes de poesía. Tú descansas como un rey, relajado, y dejas que estos problemas humanos sucedan. Las moscas no se posan sobre Jesús. Charlie, tú no estás atado a ningún lugar, a ningún tiempo, ni a los gentiles ni a los judíos. ¿Dónde están tus raíces? Otros soportan la cuestión. ¡Tú eres libre! Sewell fue un cerdo para ti. Te trató con desdén y estás ofendido con él; no lo niegues. Pero no puedes dedicarle atención. Sigues siempre rumiando en tu mente particular sobre alguna especie de destino cósmico. Dime, ¿de qué trata esta gran cuestión sobre la que estás siempre trabajando?

Y ahora yo permanecía inmóvil, tendido en mi sofá de terciopelo verde, enzarzado en una meditación en esta mañana azulada del helado diciembre. Los motores de la calefacción del gran edificio de Chicago producían un fuerte zumbido. Hubiera podido prescindir de él. Aunque también me sentía obligado para con la maquinaria moderna. Humboldt, en la oficina de Princeton, estaba vivo en mi mente, y mi concentración era intensa.



—Ve al grano —lo animé.

Parecía tener seca la boca, pero no había nada para beber. Las píldoras producen sed. En lugar de beber, fumó un poco más, y después de recapacitar un momento añadió:

—Tú y yo somos amigos. Sewell me trajo aquí. Y yo te traje a ti.

—Te estoy agradecido. Pero tú no le estás agradecido.

—Porque es un mal nacido.

—Quizá.

No me importaba que calificara de ese modo a Sewell. Me había despreciado. Pero con su escaso cabello, su bigote lacio, su rostro de bebedor, las sutilidades a lo Prufrock, la supuesta elegancia de sus manos entrelazadas y sus piernas cruzadas, sus murmullos respecto a la literatura, no podía ser un enemigo ruin. Aunque daba la impresión de que yo trataba de contener a Humboldt, la verdad es que disfrutaba con sus diatribas contra Sewell. La desvariada fertilidad de que hacía gala Humboldt al descontrolarse satisfacía uno de mis vergonzosos apetitos, sin duda alguna.

—Sewell se está aprovechando de nosotros —dijo Humboldt.

—¿Por qué lo crees así?

—Cuando él vuelva, nosotros tendremos que marcharnos.

—Pero siempre he sabido que el trabajo era únicamente para un año.

—Bueno, ¿es que a ti no te importa que te traten como un objeto alquilado en Hertz, como una cama plegable o un orinal infantil? —preguntó Humboldt.

Bajo su chaqueta de tartán amplia como una capa, su espalda comenzó a encorvarse (un signo familiar). Ese poderoso lomo de bisonte significaba que estaba mal dispuesto. El aspecto de peligro se acentuó alrededor de su boca y de sus ojos, mientras que las dos crestas de cabello se mantenían más erguidas que de costumbre. Oleadas de calor le surcaban el rostro. Las palomas, de plumaje gris y castaño, caminaban con sus pies carmesí por los antepechos de arenisca de las ventanas. A Humboldt no le gustaban. Las veía como palomas de Princeton, palomas de Sewell. Sus arrullos eran para Sewell. Algunas veces, Humboldt parecía considerarlas como agentes y espías de Sewell. A fin de cuentas, esta era la oficina de Sewell y Humboldt se sentaba en el escritorio de Sewell. Los libros en los estantes eran de Sewell. Últimamente Humboldt había estado metiéndolos en grandes cajas. Sacó una colección de Toynbee y colocó en su lugar sus libros de Rilke y Kafka. Abajo con Toynbee; ¡abajo también con Sewell!

—Charlie, aquí pueden prescindir perfectamente de ti y de mí —dijo Humboldt—. ¿Sabes por qué? Te lo diré. Somos judíos, y aquí, en Princeton, no representamos peligro alguno para Sewell.

Recuerdo que consideré detenidamente su afirmación, frunciendo la frente.

—Temo que no sé apreciar muy bien tu punto de vista —repuse al fin.

—Intenta imaginarte que eres Sheeny Solomon Levi, entonces. Es cosa segura colocar a Sheeny Solomon e ir a Damasco por un año con objeto de discurrir sobre

The spoils of Poynton. Cuando regresas, tu distinguido profesorado está aguardándote. Tú y yo no representamos amenaza alguna.

—Pero yo no quiero ser una amenaza para él. ¿Y por qué debería Sewell preocuparse por amenazas?

—Porque está a la greña con estos vejestorios cursis que nunca lo aceptaron. No sabe griego ni inglés antiguo. Para ellos, Sewell es un piojoso oportunista.

—¿Y qué? Es un autodidacta. Estoy de su parte.

—Es un corrupto y un mal nacido, que nos ha cubierto de desprecio. Yo me siento ridículo cuando camino por la calle. En Princeton, tú y yo somos Moe y Joe, una escena de vodevil judía. Somos un chiste... Abie Kabibble y compañía. Inimaginables como miembros de la comunidad de Princeton.

—¿Y quién necesita su comunidad?

—Nadie se fía de ese pequeño rufián. Hay cierto elemento humano del que carece. La persona que lo conoció mejor, su esposa, cuando lo abandonó se llevó sus pájaros. Ya viste todas esas jaulas. No quiso llevarse ni una jaula vacía que le recordara a su marido.

—¿Es que se llevó los pájaros posados en su cabeza y en los brazos? Vaya, Humboldt, ¿qué es lo que quieres?

—Quiero que te sientas tan insultado como yo me siento, y que no me endoses a mí toda la cuestión. ¿Por qué no sientes ninguna indignación, Charlie? ¡Ah! Tú no eres un auténtico norteamericano. Te sientes agradecido. Eres un extranjero. Posees esa gratitud de besar el suelo en Ellis Island de los inmigrantes judíos. También eres un hijo de la Depresión. Tú nunca creíste que llegarías a tener un trabajo, con un despacho, un escritorio y cajones personales, todo para ti. Te resulta tan divertido que no puedes contener la risa. Eres un ratón judío en estas grandes casas cristianas. Y, al mismo tiempo, eres demasiado altanero para fijarte en alguna persona.

—No siento ningún interés en estas guerras sociales, Humboldt. Y no olvidemos todas las cosas duras que has dicho de los judíos de la Ivy League. La semana pasada estabas a favor de Tolstoi... Pero ha llegado ya la hora de que rehusemos sencillamente estar dentro de la historia y representar la comedia de la historia, el juego social malo.

Discutir no daba ningún resultado. ¿Tolstoi? Tolstoi había sido la conversación de la semana anterior. El rostro de Humboldt, inteligente y trastornado, estaba pálido y ardía a causa de su flujo de ideas y sus turbulentas emociones ocultas. Sentí tristeza por nosotros, por ambos, por todos nosotros, extraños organismos bajo el sol. Grandes mentes demasiado contiguas de almas hinchadas. Y encima son almas exiliadas, que suspiran por su mundo de origen. Todo ser viviente lamenta la pérdida de su mundo de origen.

Hundido en el almohadón de mi sofá verde, todo se me apareció con claridad. ¡Ah! ¡Lo que era esta existencia! ¡Lo que era el ser humano!

La piedad por las absurdidades de Humboldt me inclinaron a ser cooperativo.

—Has estado despierto toda la noche, pensando —le dije.

Humboldt respondió con un énfasis inusitado:

—Charlie, tú confías en mí, ¿no es verdad?

—¡Por Cristo, Humboldt! ¿Confío en la corriente del Golfo? ¿En qué aspecto se supone que debo confiar en ti?

—Tú sabes lo unido que me siento a ti íntimamente. Hermano y hermano.

—No tienes por qué ablandarme. ¡Desembucha ya, Humboldt, por el amor de Dios!

El escritorio parecía pequeño a su lado. Había sido creado para figuras más reducidas. La parte superior de su cuerpo quedaba muy por encima del mueble. Humboldt tenía el aspecto de un defensa profesional de ciento cuarenta kilos al lado de un miniautomóvil. En sus dedos de uñas roídas había ceniza de cigarrillo.

—En primer lugar, vamos a conseguir para mí un puesto permanente.

—¿Quieres convertirte en profesor de Princeton?

—Una cátedra de literatura moderna, eso es lo que quiero. Y tú vas a ayudarme. De modo que, cuando Sewell regrese, me encuentre instalado. Como profesor titular. El gobierno norteamericano lo ha enviado a deslumbrar y oprimir a aquellos pobres palurdos sirios con *The Spoils of Poynton*. Pues bien, cuando haya pasado un año emborrachándose y farfullando largas frases para sí, volverá para encontrarse con que esos viejos imbéciles que a él no le darían ni los buenos días, a mí me han hecho profesor titular. ¿Qué te parece?

—No me parece demasiado. ¿Es esto lo que te mantuvo en vela la noche pasada?

—Usa la imaginación, Charlie. Te despreocupas demasiado. Entiende el insulto. Oféndete. A ti te contrató para sacar brillo a las escupideras. Tienes que cortar la última de las viejas virtudes morales de esclavo que todavía te atan a la clase media. Voy a endurecerte.

—¿Endurecerme? Este será tu quinto trabajo... el quinto que yo sepa. Supongamos que me endurezca... Permite que te pregunte qué beneficio me reportará. ¿Dónde encajo yo?

—¡Charlie! —Trató de sonreír, pero no era una sonrisa—. Tengo un plan maestro.

—Ya sé que lo tienes. Tú eres como aquel... no sé su nombre... que no podía beberse ni una taza de té sin utilizar estratagemas. Como Alexander Pope.

Humboldt pareció tomar mis palabras como un cumplido y rio entre dientes, silenciosamente. Después añadió:

—Esto es lo que vas a hacer. Ve a Ricketts y dile: «Humboldt es una persona muy distinguida: poeta, erudito, crítico, maestro, editor. Posee reputación internacional y tendrá un lugar en la historia literaria de Estados Unidos». Todo lo cual es verdad, dicho sea de paso... «Y aquí está su oportunidad, profesor Ricketts. Sé que Humboldt está cansado de tener una vida precaria como un bohemio. El mundo literario va aprisa. La vanguardia es un recuerdo. Ya es tiempo de que Humboldt lleve una vida ordenada y más digna. Ahora está casado. Sé que admira Princeton, le gusta estar

aquí y estoy seguro de que, si le hicieran una oferta, con toda seguridad él la tendría en cuenta. Yo podría convencerlo. Profesor Ricketts, sentiría mucho que perdiera usted esta oportunidad. Princeton ha conseguido su Einstein y su Panofsky. Pero es pobre en el aspecto literario creativo. La tendencia actual es contar con artistas en el claustro docente. Amherst tiene a Robert Frost. No os quedéis atrás. Retened a Fleisher. No lo dejéis marchar o terminaréis con alguien de tercera categoría».

—No mencionaré a Einstein y Panofsky. Empezaré directamente con Moisés y los profetas. ¡Vaya un plan elaborado! Ike te ha inspirado. Esto es lo que llamo vil astucia de un cerebro superior.

Sin embargo, él no se rio. Tenía los ojos enrojecidos. Había estado despierto toda la noche. Al principio, pendiente de los resultados de las elecciones. Después dio vueltas por la casa y el patio, desesperado, pensando qué podía hacer, hasta que finalmente decidió su plan. Entonces, lleno de inspiración, montó en su Buick, y se lanzó por los caminos vecinales, con el silenciador roto dejando escapar explosiones y el gran coche alargado balanceándose peligrosamente en las curvas. Por suerte para las marmotas, su hibernación ya había comenzado. Conozco a los personajes que poblaban sus pensamientos: Walpole, el conde Mosca, Disraeli, Lenin. Y al mismo tiempo, con una sublimidad sin parangón, pensaba sobre la vida eterna. Ezequiel y Platón no estaban ausentes. El hombre era noble. Pero también era demoníaco, y con su locura se convertía en un sujeto vil y divertido. Con gesto torpe y una expresión de fatiga en el rostro, sacó un frasco de medicinas de su cartera, puso algunas píldoras en la palma de su mano y se las tragó. Tranquilizantes, quizá. O anfetaminas, para estimularlo. Se las tragó en seco. Él mismo se medicaba. Como Demmie Vonghel. Ella se encerraba en el cuarto de baño y se tomaba muchas píldoras.

—De modo que irás a ver a Ricketts —me dijo Humboldt.

—Creí que él solo era un hombre de paja.

—Así es. Es un comparsa. Pero la vieja guardia no puede desautorizarlo. Si somos más inteligentes que él, los otros tendrán que apoyarlo.

—Pero ¿por qué haría caso Ricketts de lo que yo le diga?

—Porque, amigo mío, he hecho correr la voz de que tu comedia va a estrenarse.

—¿Tú has dicho eso?

—El año próximo, en Broadway. Te consideran ya como un dramaturgo de éxito.

—¿Y por qué demonios lo has hecho? Voy a parecer un fraude.

—No, no lo parecerás. Lo convertiremos en verdad. Deja este asunto de mi cuenta. Le di a Ricketts tu último ensayo en el Kenyon para que lo leyera, y el hombre cree que estás predestinado al éxito. Y no hagas comedia conmigo. Te conozco. Te gusta la intriga y la malicia. En este mismo momento te sientes deliciosamente exaltado. Además, no se trata solo de intriga...

—¿Cómo? ¡Brujería! ¡Jodido sortilegio!

—No es sortilegio. Es ayuda mutua.

—No me vengas con pamplinas.

—Primero yo, después tú —me respondió.

Recuerdo claramente que elevé el tono de voz.

—¿Qué? —grité, después me reí y le pregunté—: ¿También vas a convertirme en profesor de Princeton? ¿Crees que podría soportar toda una vida de borracheras, aburrimiento, conversaciones necias y pelotillas? Ahora que has perdido Washington en la catástrofe, te has adaptado muy pronto a esta caja de música académica. Te lo agradezco. Quiero encontrar la miseria a mi modo. Te regalo dos años de este privilegio de gentiles.

Humboldt hizo un gesto de rechazo.

—No me envenenes la mente. Vaya lengua que tienes, Charlie... No digas esas cosas. Temo que puedan suceder. Infectarán mi futuro.

Me detuve a considerar su proposición tan peculiar. Lo miré entonces. Su mente estaba enfrascada en algún raro empeño. Se hinchaba y latía de un modo extraño, dolorosamente. Humboldt intentó echarlo todo a broma con su risa jadeante y casi silenciosa, pero apenas pude oír su respiración.

—No estarías mintiéndole a Ricketts —dijo—. ¿Dónde conseguirían a alguien como yo?

—Bueno, esa es una pregunta difícil de contestar.

—Soy uno de los literatos más avanzados de este país, ¿no?

—Sin duda lo eres, cuando estás en tu mejor forma.

—Habría que hacer algo por mí. Especialmente en este momento, Ike, cuando la oscuridad cae sobre la Tierra.

—Pero ¿por qué esto?

—Pues, con franqueza, Charlie, no estoy en buenas condiciones. Temporalmente. He de conseguir volver al estado que me permita escribir poesía de nuevo. Pero ¿dónde encontrar el equilibrio? Demasiadas ansiedades. Me agotan. El mundo sigue interfiriendo. Y he de conseguir que vuelva el encantamiento. Me siento como si hubiese estado viviendo en un suburbio de realidad, yendo y viniendo. Y esto ha de acabar. Tengo que encontrar mi lugar. Estoy aquí —él quería decir en la Tierra— para realizar algo, algo bueno.

—Lo sé, Humboldt. Pero «aquí» no es Princeton, y todo el mundo está esperando lo bueno.

Enrojeciéndosele todavía más los ojos, Humboldt me dijo:

—Sé que tú me quieres, Charlie.

—Es verdad. Pero basta con decirlo una vez.

—Tienes razón. Pero también soy un hermano para ti. Kathleen ya lo sabe. Es obvio el sentimiento que tenemos el uno por el otro, incluida Demmie Vonghel. Dame el gusto, Charlie. No te preocupes por si parece ridículo. Haz lo que te digo, es importante. Llama a Ricketts y dile que tienes que hablar con él.

—Muy bien. Lo haré.

Humboldt colocó las manos en el pequeño escritorio amarillo de Sewell y se dejó

caer en el sillón de tal modo que las ruedecillas rechinaron. Las puntas de sus cabellos se confundían con el humo del cigarrillo. Bajó la cabeza. Me estaba examinando como si yo acabara de surgir de las profundidades.

—¿Tienes una cuenta corriente, Charlie? ¿Dónde guardas tu dinero?

—¿Qué dinero?

—¿No tienes una cuenta corriente?

—En el Chase Manhattan. Tengo unos doce dólares.

—Mi banco es el Corn Exchange —declaró—. Vamos a ver, ¿dónde guardas tu talonario de cheques?

—En mi gabardina.

—Veamos.

Saqué el talonario verde, que se doblaba por los bordes.

—Veo que el saldo solo es de ocho —aclaré.

Humboldt buscó entonces en el interior de su chaqueta a cuadros, extrajo su talonario y preparó una de sus numerosas plumas estilográficas. Llevaba en bandolera un surtido de plumas estilográficas y bolígrafos.

—¿Qué estás haciendo, Humboldt?

—Te estoy dando carta blanca para sacar dinero de mi cuenta. Estoy firmando un cheque en blanco a tu nombre. Tú firmas uno para mí. Sin fecha, sin cantidad; simplemente, «páguese a Von Humboldt Fleisher». Siéntate, Charlie, y llénalo.

—Pero ¿de qué se trata? No me gusta nada todo esto. Tengo que entender lo que pasa.

—Con ocho dólares en tu cuenta, ¿qué es lo que te preocupa realmente?

—No es el dinero...

Humboldt estaba muy excitado y respondió:

—Exactamente. No lo es. De esto se trata. Si alguna vez te encuentras en un apuro, apunta la cantidad que necesitas y cóbrala. Y lo mismo haré yo. Juraremos, como amigos y hermanos, que nunca abusaremos de la situación. Que lo guardaremos para la última emergencia. Cuando hablé de ayuda mutua, tú no me tomaste en serio. Bien, pues ahora ya lo ves.

Se inclinó entonces pesadamente sobre el despacho y, en letra pequeña, escribió mi nombre con mano temblorosa.

Mi control no era mucho mejor que el suyo. Mi propio brazo parecía lleno de nervios y se estremecía mientras estaba firmando. Entonces, Humboldt, grande, delicado y sucio, se incorporó de su sillón giratorio y me tendió el cheque del Corn Exchange.

—No, no te limites a ponértelo en el bolsillo —me dijo—. Quiero ver cómo lo guardas. Es peligroso. Quiero decir que es valioso.

Nos dimos las manos, las cuatro. Y Humboldt añadió:

—Esto nos convierte en hermanos de sangre. Hemos hecho un pacto. Esto es un pacto.

Un año más tarde, yo alcancé un gran éxito en Broadway y él llenó mi cheque en blanco y lo cobró. Dijo que lo había traicionado, que yo, su hermano de sangre, había roto un pacto sagrado, que estaba conspirando con Kathleen, que había puesto a la policía sobre su pista, y que lo había estafado. Le habían colocado una camisa de fuerza y lo habían encerrado en Bellevue, y de esto también yo tenía la culpa. Y debía ser castigado por todo ello. Me puso una multa. Sacó seis mil setecientos sesenta y tres dólares y cincuenta y ocho centavos de mi cuenta en el Chase Manhattan.

En cuanto al cheque que él me dio, lo guardé en un cajón debajo de algunas camisas. Al cabo de unas semanas, desapareció y jamás volví a verlo.

En este punto, mi meditación comenzó a hacerse desapacible. ¿Por qué? A causa de los insultos y denuncias de Humboldt que ahora volvían a mí, junto con violentas perturbaciones y apremiantes ansiedades, densas como artillería antiaérea. ¿Por qué seguía aquí tendido? Tenía que prepararme para ir en avión a Milán. Se suponía que debía viajar con Renata a Italia. ¡Navidades en Milán! Y debía acudir a una audiencia en el despacho del juez Urbanovich y consultar previamente a Forrest Tomchek, el abogado que me representaba en la demanda presentada por Denise por cada penique que le debía. Era preciso también que viera a Murra, mi contable, para discutir la causa judicial instruida contra mí por el gobierno a causa de los impuestos. Pierre Thaxter debía también venir de California para hablar conmigo acerca de *The Ark* — en realidad para demostrarme que había estado en su derecho al no cumplir con el préstamo del cual yo era subsidiario— y abrirme su corazón, y, al hacerlo, abrir el mío también. Porque ¿quién era yo para permanecer con el corazón cerrado? Quedaba además por resolver el asunto del Mercedes: ¿venderlo o pagar la reparación? Estaba casi dispuesto a abandonarlo como chatarra. En cuanto a Rinaldo Cantabile, que pretendía representar el espíritu nuevo, sabía que me llamaría en cualquier momento.

No obstante, pude hacer frente a esta persistente sucesión de distracciones. Luché contra el impulso de levantarme como si se tratara de una perversa tentación. Permanecí donde estaba, en el sofá, hundido en la pluma por la que se habían sacrificado algunos gansos, e insistí en el tema de Humboldt. Los ejercicios que había estado haciendo para fortalecer mi voluntad no fueron una pérdida de tiempo. Como norma, escogía las plantas como tema: ya fuese un rosal particular evocado del pasado, o la estructura de una planta. Había adquirido un grueso volumen de botánica, cuya autora se llamaba Esau, y me había sumido en el estudio de la morfología y las sustancias protoplasmáticas y energéticas para que mis ejercicios tuvieran un auténtico contenido. No quería ser uno de esos visionarios haraganes y descuidados.

¿Sewell un antisemita? Pamplinas. A Humboldt le convenía entenderlo así. En cuanto a hermandad de sangre y pactos, aquí sí había algo más genuino. La hermandad de sangre dramatizaba un deseo auténtico. Pero no suficientemente genuino. Ahora trataba de recordar nuestros interminables intercambios de información y opiniones antes de que visitara a Ricketts. Finalmente, le dije a Humboldt:

—Ya es suficiente. Sé cómo manejar el asunto. No hablemos una palabra más.

Demmie Vonghel también me preparaba. Ella creía que Humboldt resultaba muy divertido. La mañana de la entrevista, Demmie se aseguró de que yo iba correctamente vestido y me llevó a la estación Penn en un taxi.

Aquella mañana, en Chicago, me percaté de que podía recordar a Ricketts sin la menor dificultad. Era más bien joven, pero tenía el cabello canoso. Lo llevaba corto, al estilo militar, sobre su estrecha frente. Fuerte y vigoroso, parecía un campesino,



una especie de cargador del muelle de aspecto atractivo. Esta persona encantadora se aferraba todavía a la jerga militar, años después de terminada la guerra. Demasiado serio en su traje de franela gris para resultar alegre, trató de adoptar un aire ligero conmigo.

—He oído decir que estáis haciéndolo muy bien en el programa de Sewell; ese es el rumor que corre por ahí.

—¡Oh! Deberías haber oído a Humboldt hablando sobre *Sailing to Byzantium*.

—Sí, la gente lo comenta. No pude asistir. La administración me tiene demasiado ocupado. ¿Y cómo te va a ti, Charlie?

—Disfrutando de cada minuto que paso aquí.

—Fantástico. Dedicándote también a tu propio trabajo, supongo. Humboldt me ha dicho que el próximo año vas a estrenar una obra en Broadway.

—Humboldt está adelantándose un poco.

—¡Ah! Es un gran chico. Maravilloso para todos nosotros. Maravilloso para mí, en mi primer año como presidente.

—¿Ah, sí?

—Sí, sí. También es mi vuelo de prueba. Estoy contento de teneros a los dos. A propósito, tienes un aspecto muy alegre.

—Generalmente estoy alegre. La gente suele criticarme por ello. La semana pasada, una dama ebria me preguntó en qué demonios consistía mi problema. Me dijo que yo era un tipo *heimischer* compulsivo.

—¿De verdad? Creo que nunca he oído esa expresión.

—También era nueva para mí. Entonces añadió que existencialmente yo no iba al paso con los demás. Y lo último que dijo fue: «En apariencia, lo estás pasando estupendamente, pero la vida te aplastará como una lata de cerveza vacía».

Bajo su corte de pelo militar, los ojos de Ricketts manifestaban turbación. Quizá él también se sentía oprimido por mi buen humor. Realmente, yo solo trataba de que la entrevista resultase más fácil. Pero empecé a darme cuenta de que Ricketts estaba sufriendo. Él percibía que yo había acudido con turbios propósitos. Pues ¿con qué objeto estaría yo allí? ¿Qué clase de visita era esa? Resultaba obvio que era un mensajero de Humboldt. Llevaba un mensaje, y un mensaje de Humboldt solo podía significar complicaciones.

Apenado por Ricketts, cumplí con mi cometido tan rápidamente como pude. Humboldt y yo éramos compañeros. ¡Qué gran privilegio para mí poder pasar tanto tiempo junto a él en este lugar! ¡El talento de Humboldt! ¡Las magníficas dotes de erudición de Humboldt! Poeta, crítico, erudito, maestro, editor, original...

Ansioso por ayudarme en este despliegue de epítetos, Ricketts dijo:

—Simplemente es un genio.

—Gracias. Esto resume su persona. Bien, pues esto es lo que deseo decirte. Humboldt nunca lo diría personalmente. Todo es cosa mía. Yo estoy únicamente de paso, pero sería un error no retener a Humboldt aquí. No deberías dejar que se fuera.

—Es una buena sugerencia.

—Hay ciertas cosas que solo los poetas pueden comentar sobre la poesía.

—Sí, Dryden, Coleridge, Poe. Pero ¿por qué Humboldt iba a querer atarse a un puesto académico?

—Humboldt no ve las cosas de ese modo. Creo que él necesita de una comunidad intelectual. Ya puedes imaginarte qué subyugante puede llegar a ser la gran estructura social de la región para hombres inspirados de su clase. Hacia dónde dirigirse, esta es la cuestión. Ahora la tendencia de las universidades es designar poetas, y también vosotros lo haréis, antes o después. Y ahora tenéis la oportunidad de obtener lo mejor.

Detallando mi meditación cuanto me era posible, sin olvidar ningún hecho, por pequeño que fuese, podía ver de nuevo el aspecto de Humboldt cuando me preparaba para manejar a Ricketts. El rostro de Humboldt, con su persuasiva sonrisa de calabaza, se acercaba tanto al mío que sentí el calor o la fiebre de sus mejillas. Humboldt me dijo:

—Tú tienes talento para este tipo de encargo. Lo sé.

¿Quería decir, quizá, que yo era un entrometido nato? Y continuó:

—Un hombre como Ricketts nunca llegará muy lejos en la clase dirigente protestante. No tiene aptitudes para los papeles importantes como presidente de corporación, presidente de consejo, grandes bancos, Comité Nacional Republicano, jefes del Estado Mayor, Oficina del Presupuesto, Reserva Federal... Ser un profesor de su especie significa ser el debilucho hermano menor, o puede que incluso sea la hermana.

Ellos se encargan de todo. Probablemente, es miembro del Century Club. Todo va bien enseñando *The Ancient Mariner* a los jóvenes Firestone o Ford. Humanista, erudito, jefe de exploradores, agradable, pero un majadero.

Quizá Humboldt tenía razón. Podía darme cuenta de que Ricketts era incapaz de vérselas conmigo. Sus sinceros ojos color castaño parecían dolidos. Esperé a que yo continuara, para terminar la entrevista. No me complacía en absoluto acorralarlo, pero Humboldt me presionaba. Como Humboldt no había dormido la noche en que Ike fue elegido, como estaba drogado con píldoras y alcohol o intoxicado con desechos metabólicos, como su psique no se refrescaba con el sueño, como renunciaba a sus dotes, como carecía de fuerza espiritual o era demasiado frágil para alzarse y hacer frente al poder sin poesía de Estados Unidos, yo había tenido que ir ahí a atormentar a Ricketts. Sentí lástima de él. No veía que Princeton fuese algo tan importante como Humboldt parecía creer. Situado entre la ruidosa Newark y la sórdida Trenton, era un refugio, un zoológico, un balneario, con su propio trencito y olmos y encantadoras jaulas de color verde. Se parecía a otro lugar que más tarde visité como turista: un lugar húmedo en Serbia llamado Vrnatchka Banja. Pero quizá contaba mucho más lo que Princeton no era. No era una fábrica ni unos almacenes. No era la oficina de una gran compañía ni un burocrático organismo oficial. No era el mundo del trabajo rutinario. Si se podía evitar ese mundo del trabajo rutinario, uno se

convertía en intelectual o artista. Si uno era demasiado inquieto, tembloroso y agitado, demasiado loco para permanecer sentado en un despacho durante ocho horas al día, necesitaba una institución, una institución superior.

—Una cátedra de poesía para Humboldt —declaré.

—¡Una cátedra de poesía! ¡Una cátedra! ¡Oh! ¡Qué gran idea! —exclamó Ricketts—. Nos gustaría mucho. Hablo por todos. Todos votaremos a favor. ¡La única dificultad es el dinero! Si tuviéramos suficiente dinero... Charlie, somos realmente pobres. Además, este equipo, como cualquier otro, tiene su cuadro de organización.

—¿Cuadro de organización? ¿Qué es eso?

—Primero habría que crear una cátedra de este tipo. Es una gestión importante.

—¿Cómo se crea una cátedra?

—Mediante una subvención especial, como norma. Quince o veinte de los grandes al año, durante unos veinte años. Medio millón de dólares con el fondo de jubilación. Y no lo tenemos, Charlie. ¡Dios mío, cómo nos gustaría tener entre nosotros a Humboldt! Me destroza el corazón, tú lo sabes bien.

Ricketts estaba ahora sumamente alegre. Mi memoria revivió con minucioso detalle, y sin que hiciera esfuerzo alguno, el friso blanco de su espeso cabello corto, sus ojos castaños redondeados, el frescor de su cara y sus mejillas orondas.

Creí que la cosa quedaba clara cuando nos estrechamos las manos. Ricketts, habiéndose librado de nosotros, se mostraba arrebatadoramente amistoso.

—¡Si pudiéramos disponer del dinero! —seguía repitiendo.

A pesar de que Humboldt me estaba esperando febrilmente, dediqué un momento a respirar aire fresco. Permanecí bajo un arco de arenisca rojiza, de pie en las piedras desgastadas por el uso, mientras de todas partes se me acercaban las ardillas de los alrededores, cruzando los suaves cuadrángulos, las bellas avenidas. El tiempo era frío y brumoso y el pálido sol de noviembre envolvía las ramitas en círculos de luz. El rostro de Demmie Vonghel tenía una palidez dorada semejante. Con su abrigo de paño con el cuello de piel de marta, sus rodillas muy juntas increíblemente atractivas, los pies afilados como una princesa, las ventanas de su nariz dilatadas casi tan emocionantes como sus ojos, y la respiración algo ansiosa, me había besado y me había presionado con su mano enguantada, diciéndome:

—Llegarás muy lejos, Charlie. Muy lejos. —Nos habíamos separado aquella mañana en la estación Penn. Su taxi estaba esperando.

No creía que Humboldt estuviese de acuerdo.

Pero me había equivocado totalmente. Cuando aparecí en el umbral de la puerta, él despidió a sus estudiantes. Los mantenía en un estado de exaltación respecto a la literatura. Se quedaban siempre merodeando, esperando en el corredor con sus manuscritos.

—Caballeros —anunció—, ha surgido algo. Las entrevistas quedan anuladas. Se retrasan una hora. Las once se convierten en las doce. Las dos treinta en tres treinta.

Al entrar yo, Humboldt cerró la puerta de la oficina abarrotada de libros, caliente

y humosa.

—¿Y bien? —preguntó.

—No tiene el dinero.

—¿No dijo que no?

—Eres famoso, te quiere, te admira, te desea, pero no puede crear una cátedra sin dinero.

—¿Eso fue lo que te dijo?

—Palabras textuales.

—¡Entonces creo que ya está! ¡Charlie, ya está! ¡Lo hemos conseguido!

—¿Cómo que lo hemos conseguido?

—Porque... ¡jo, jo! Se escondió detrás del presupuesto. No dijo: «No hay nada que hacer», o «De ningún modo», o «Vete al diablo». —Humboldt se reía con su risa casi silenciosa y jadeante, entre dientes, mientras una estela de humo flotaba a su alrededor. Cuando hacía eso, parecía Mamá Ganso, con la vaca saltando de felicidad y el perrito riéndose al contemplar aquello tan divertido<sup>[10]</sup>. Humboldt prosiguió—: El monopolio capitalista ha tratado a los hombres creativos como si fuesen ratas. Pues bien, esa fase de la historia está terminándose... —Yo no apreciaba qué tenía que ver todo aquello, aunque fuese verdad—. Tendremos éxito.

—Pues cuéntamelo.

—Te lo contaré después. Pero lo hiciste muy bien. —Humboldt había comenzado a empaquetar, a llenar su cartera de mano como solía hacer en todos los momentos decisivos. La desabrochó y, echando hacia atrás la tapa, comenzó a sacar algunos libros y manuscritos y frascos de píldoras. Hacía movimientos extraños con los pies, como si sus gatos estuvieran arañándole las vueltas de los pantalones. Rellenó la desgastada cartera de cuero con otros libros y papeles, y finalmente descolgó su sombrero del perchero. Como un héroe de cine mudo llevando su invento a la gran ciudad, Humboldt se dirigía a Nueva York—. Deja una nota para los chicos. Mañana volveré —me dijo.

Lo acompañé hasta el tren, pero no me dijo nada más. Saltó al vagón tirado por una vieja locomotora. Agitó la mano en mi dirección a través de la sucia ventana. Y se fue.

Habría podido regresar con él a Nueva York, ya que yo únicamente había ido allí para entrevistarme con Ricketts. Pero Humboldt era un maníaco y lo mejor era dejar que lo fuese.

De modo que yo, Citrine, en la mitad de mi vida, cómodamente tendido en un sofá, con calcetines de cachemira (lo que me recordaba cómo los pies de los que estaban enterrados se secaban como hojas de tabaco, tal como ocurría con los pies de Humboldt), reconstruía el modo en que mi intrépido e inspirado compañero había declinado y caído. Su talento se había malogrado. Y ahora me tocaba a mí pensar lo que debía hacerse hoy, en esta época, respecto al talento. Cómo impedir la lepra de las almas. De algún modo parecía que esta tarea me correspondía.

Meditaba poniendo en ello toda mi alma. Seguía a Humboldt en mi mente. Estaba fumando en el tren. Lo vi pasar rápido y maníaco, cruzando el enorme vestíbulo de la estación Penn, con su polvorienta cúpula de vidrio de un solo color. Y luego lo vi subir a un taxi. Por lo general le bastaba con el metro, pero ese día cada movimiento era especial, sin precedentes, pues Humboldt no estaba en esos momentos en sus cabales. Perdía y recuperaba el juicio en ciclos cada vez más cortos, y cualquier día de esos podría perderlo para siempre. ¿Y qué haría él entonces? Si tal cosa ocurría, él y Kathleen necesitarían mucho dinero. También, según él me había dicho, uno podía estar chiflado y tener una cátedra en Princeton, y ¿quién lo notaría? ¡Ah, pobre Humboldt! Hubiera podido ser... ¡no! ¡Era tan admirable!

Ahora estaba en pleno ascenso. Su idea era encaminarse directamente a la cima. Cuando este espíritu mancillado llegó allí, la cuestión quedó clara. Humboldt fue acogido con interés y consideración.

Wilmore Longstaff, el famoso Longstaff, archiduque de la erudición más selecta de Estados Unidos, era el hombre a quien Humboldt fue a visitar. Longstaff había sido nombrado director de la nueva Fundación Belisha. Esta fundación era más rica que la Carnegie y la Rockefeller, y Longstaff tenía a su disposición cientos de millones para emplearlos en la ciencia y la enseñanza, en las artes y en las mejoras sociales. Humboldt poseía ya una sinecura con ella. Su buen amigo Hildebrand se la había conseguido. Hildebrand, el editor playboy de poetas de vanguardia, y él mismo un poeta, era el protector de Humboldt. Había descubierto a Humboldt en la Universidad de Nueva York, admiraba su trabajo, adoraba su conversación, lo protegía y lo mantenía en la nómina de Hildebrand y Cía. como editor. Por este motivo, Humboldt bajaba la voz cuando lo calumniaba.

—Roba a los ciegos, Charlie. Cuando la Asociación de Ciegos envía lápices por correo, Hildebrand se queda con esos lápices de caridad. Jamás entrega ni un céntimo.

Recuerdo que le contesté:

—La avaricia del rico es algo muy corriente.

—Sí, pero él la exagera. Trata de cenar en su casa. Te mueres de hambre. ¿Y por qué Longstaff contrató a Hildebrand por treinta mil dólares anuales para planear un programa para escritores? Lo contrató por mi causa. Una Fundación no trata con poetas, trata con el propietario de un equipo de poetas. Así que yo hago todo el trabajo y únicamente obtengo ocho mil.

—Ocho mil por un trabajo a tiempo parcial no está nada mal, ¿no crees?

—Charlie, me parece muy injusto por tu parte que esgrimas ante mí esa imparcialidad. Te estoy diciendo que soy una víctima, y tú insinúas entonces que soy un privilegiado y das a entender que tú eres mucho más víctima. Hildebrand me explota. Él nunca lee un manuscrito. Siempre está liado en algún crucero o esquiando en el valle del Sol. Sin mi consejo publicaría papel higiénico. Yo lo salvo de convertirse en un millonario prosaico. Consiguió a Gertrude Stein gracias a mi intervención. Y también a Eliot. Por mí, tiene algo que ofrecer a Longstaff. Pero a mí me impide absolutamente hablar con Longstaff.

—¡No!

—¡Sí! Te lo aseguro —dijo Humboldt—. Longstaff tiene un ascensor privado. Nadie de los estratos inferiores llega hasta su ático. Lo veo a distancia cuando entra y sale, pero mis instrucciones son de permanecer a distancia de él.

Años después, yo, Citrine, estaba sentado junto a Wilmoore Longstaff en aquel helicóptero de los guardacostas. Por aquel entonces él ya estaba muy viejo, acabado, caído de su glorioso pedestal. Lo había visto en pleno apogeo, cuando tenía el aspecto de un actor de cine, de un general de cinco estrellas, del Príncipe de Maquiavelo, del hombre superior de Aristóteles. Longstaff había luchado contra la tecnocracia y la plutocracia mediante los clásicos. Había forzado a algunas de las personas más poderosas del país a discutir sobre Platón y Hobbes. Había conseguido que presidentes de compañías aéreas y de consejos de administración y magnates de la bolsa representaran *Antígona* en salas de reunión. Pero, a decir verdad, Longstaff era, en muchos aspectos, sobresaliente. Fue un educador distinguido y era también noble. Con un aspecto menos impresionante, su vida quizá habría sido más fácil.

Sea como fuere, Humboldt realizó la hazaña, tal como todos hemos visto hacer en las viejas películas de triunfadores. Sin autorización, penetró en el ascensor particular de Longstaff y pulsó el botón. Apareció en el ático, corpulento y delicado, y dio su nombre a la recepcionista. No, no tenía cita (yo veía el sol en sus mejillas, en sus ropas ajadas; brillaba como brilla a través del aire más puro de los rascacielos), pero él era Von Humboldt Fleisher. Con el nombre bastaba. Longstaff lo había recibido. Le complacía ver a Humboldt. Esto me lo contó durante el vuelo, y le creí. Estábamos sentados en el helicóptero, embutidos en las voluminosas chaquetas salvavidas de color naranja, y armados con cuchillos de hoja larga. ¿Por qué los cuchillos? Quizá para luchar con los tiburones si uno caía al mar.

—Yo había leído sus baladas —me contó Longstaff— y consideraba que tenía un gran talento.

Naturalmente, yo sabía que, para Longstaff, *El Paraíso perdido* constituía el último poema auténtico en inglés. Longstaff era un fanático de la grandeza. Lo que él quiso decir es que Humboldt era, sin duda alguna, un poeta y un hombre encantador. Y lo era. En el despacho de Longstaff, Humboldt debió de sentirse transportado de alegría por su ingenio y malicia, rebosante de energía maníaca, con lucecitas ante sus

ojos y máculas en el corazón. Persuadiría a Longstaff, se cargaría a Sewell, sería más listo que Ricketts, fastidiaría a Hildebrand y torcería el destino. Por el momento, se parecía al hombre de Roto Rooter dispuesto a desatascar las cañerías. No obstante, estaba empeñado en conseguir una cátedra de Princeton. Ike había vencido, Stevenson había sido derrotado, pero Humboldt había conseguido llegar al ático y aún más alto.

También Longstaff se sentía eufórico. Solía intimidar a los administradores con Platón, Aristóteles y Aquino, y tenía el arte de subyugarlos. Probablemente, Longstaff tenía también viejas cuentas pendientes con Princeton, un fortín del sistema educativo contra el cual él apuntaba su lanzallamas radical. Yo sabía, por los *Diaries* de Ickes, que Longstaff le había hecho la pelota a Franklin Delano Roosevelt. Deseaba el lugar de Wallace en la lista de candidatos, y más tarde el de Truman. Soñaba con ser vicepresidente y presidente. Pero Roosevelt le dio largas al asunto. Lo había tenido sobre ascuas, pero nunca le dio el sí. Esto era propio de Roosevelt. En este aspecto, yo comprendía a Longstaff (un hombre ambicioso, un déspota, un autócrata en lo profundo de mi corazón).

Por todo ello, mientras el helicóptero daba vueltas por encima de Nueva York, estudié a este distinguido y envejecido doctor Longstaff, tratando de comprender cómo habría juzgado a Humboldt al verlo. Quizá había visto en él al Calibán de Estados Unidos, palpitante y vociferante, escribiendo odas en un papel grasiento de la pescadería. Longstaff carecía de sensibilidad para la literatura, pero se entusiasmó cuando Humboldt le explicó que deseaba que la Fundación Belisha lo dotara con una cátedra en Princeton.

—¡Perfecto! —le respondió—. ¡Totalmente justo!

Llamó a su secretaria y dictó una carta. Y allí mismo, Wilmoore Longstaff dictaminó que la Fundación asignara los miles de dólares necesarios. Muy pronto, Humboldt, anhelante, sostenía en la mano una copia de la carta, y él y Longstaff bebían martinis contemplando Manhattan desde el piso sexagésimo, mientras hablaban de las metáforas de Dante con las aves.

Tan pronto como dejó a Longstaff, Humboldt se dirigió apresuradamente al sur de la ciudad en un taxi para visitar a cierta Ginnie en el Village, una chica de Bennington que Demmie Vonghel y yo le habíamos presentado. Humboldt llamó a su puerta diciendo:

—Soy Von Humboldt Fleisher. Tengo que verte.

Al entrar en el vestíbulo, le hizo proposiciones inmediatamente. Ginnie contaba:

—Me persiguió por todo el apartamento, y fue para morirse de risa. Aunque me preocupaban los cachorrillos que podíamos pisar.

Su perra dachshund había dado a luz una camada. Ginnie se encerró en el cuarto de baño, y Humboldt vociferó:

—No sabes lo que te estás perdiendo. Soy un poeta. Tengo una polla enorme.

Y Ginnie le contaba más tarde a Demmie:

—Me estaba riendo tanto, que tampoco habría sido capaz de hacerlo.

Cuando le pregunté a Humboldt sobre este incidente, él me dijo:

—Tenía que celebrarlo y creía que estas chicas de Bennington apreciaban a los poetas. Lástima de Ginnie. Es muy bonita, pero es como la miel sacada del frigorífico, si entiendes lo que quiero decir. Los dulces fríos no se esparcen.

—¿Fuiste a otro lugar?

—Renuncié al alivio erótico. Fui a dar una vuelta y visité a mucha gente.

—Y les mostraste la carta de Longstaff.

—Naturalmente.

Sea como fuere, el plan dio resultado. Princeton no podía rechazar el regalo de Belisha. Ricketts resultó vencido. Humboldt obtuvo su cátedra. El *Times* y el *Herald Tribune* publicaron la historia. Durante dos o tres meses, las cosas estuvieron más suaves que el terciopelo y la cachemira. Los nuevos colegas de Humboldt dieron cócteles y cenas en su honor. Humboldt, en su felicidad, no olvidó que éramos hermanos de sangre. Casi a diario me decía:

—Charlie, hoy he tenido una idea magnífica para ti. Para el papel principal de tu comedia... Naturalmente, Victor McLaglen es un fascista. No se lo puede contratar. Pero... voy a ponerme en contacto con Orson Welles en tu nombre...

De pronto, en febrero, los administradores de la fundación se rebelaron. Adivino que ya estaban hartos y se unieron para defender el capital y el monopolio norteamericanos. El presupuesto presentado por Longstaff fue rechazado y se le obligó a dimitir. De todos modos, no se marchó con las manos vacías. Obtuvo algún dinero, cerca de veinte millones, para iniciar una pequeña fundación propia. Pero la realidad es que le dieron la patada. La asignación para dotar la cátedra de Humboldt fue tan solo un pequeño apartado en aquel presupuesto rechazado. Cuando Longstaff cayó, Humboldt cayó a su vez.

—Charlie —me dijo Humboldt cuando finalmente pudo hablar sobre el asunto—, fue exactamente como la experiencia de mi padre cuando lo expulsaron en el *boom* de Florida. Un año más y lo hubiéramos conseguido. He llegado a preguntarme, he estado considerándolo, si Longstaff sabía ya que debería dejar todo aquello cuando envió la carta...

—No puedo creerlo —le respondí—. Longstaff es, evidentemente, malicioso, pero no es un hombre ruin.

Los de Princeton se portaron bien y se ofrecieron para actuar como caballeros. Ricketts declaró:

—Hum, ahora ya eres uno de los nuestros, ¿sabes? No te preocupes, de algún modo encontraremos el dinero para tu cátedra.

Pero Humboldt envió su dimisión. En marzo siguiente, en una carretera secundaria de New Jersey, intentó atropellar a Kathleen con el Buick. Ella saltó a una zanja para salvarse.



En este momento debo decir, casi en forma de declaración, sin debate, que no creo que con mi nacimiento comenzara mi primera existencia. Ni la de Humboldt. Ni la de nadie. Sobre una base estética, como mínimo me veo obligado a negar que algo tan extraordinario como el alma humana pueda simplemente desaparecer para siempre. No, los muertos están a nuestro alrededor, excluidos por nuestra negación metafísica de su existencia. Durante la noche, cuando descansamos dormidos por miles de millones en nuestros hemisferios, nuestros muertos se nos acercan. Nuestras ideas tendrían que ser su alimento. Nosotros somos sus campos de cultivo. Pero somos estériles y se mueren de hambre. Sin embargo, no os engañéis: estamos vigilados por los muertos, vigilados en esta tierra que es nuestra escuela de libertad. En el próximo reino, donde las cosas son más claras, la claridad reduce la libertad. En la Tierra somos libres a causa de la turbiedad, del error, de las maravillosas limitaciones y a causa tanto de la belleza como de la ceguera y el mal. Todo esto acompaña siempre a la bendición de la libertad. Por ahora no tengo nada más que decir al respecto, porque tengo prisa, premura de tiempo... ¡Hay tantos asuntos sin terminar!

Mientras estaba meditando sobre Humboldt, sonó el timbre del vestíbulo. Poseo un pequeño vestíbulo oscuro en el cual pulso el botón y me llegan desde abajo unos gritos confusos a través del intercomunicador. Era Ronald Stiles, el portero. Mis costumbres, mi modo de vida, divertían muchísimo a Stiles. Era un viejo negro, flacucho e ingenioso. Estaba, por así decirlo, en las semifinales de la vida. Y en su opinión, también yo lo estaba. Pero, al parecer, yo no lo veía de este modo, por alguna extraña razón de hombre blanco, y continuaba viviendo a mi modo como si todavía no fuese tiempo de pensar en la muerte.

—Enchufe su teléfono, señor Citrine. ¿Me oye? Su amiga número uno está tratando de hablar con usted.

El día anterior me habían destrozado el automóvil. Ese día, mi bella amante no conseguía hablar conmigo. Para él, yo era tan entretenido como un circo. Por la noche, la mujer de Stiles prefería oír historias sobre mí a ver la televisión. Él mismo me lo contó.

Marqué el número de Renata y pregunté:

—¿Qué sucede?

—¿Que qué sucede? ¡Por el amor de Dios! He llamado diez veces. Has de ver al juez Urbanovich a la una y media. Tu abogado ha intentado también hablar contigo. Finalmente, llamó a Szathmar y Szathmar me ha llamado a mí.

—¡A la una y media! ¡Han cambiado la hora a propósito! Durante meses no me han hecho caso y ahora me conceden dos horas de tiempo, ¡malditos sean! —Mi espíritu comenzó a agitarse—. ¡Por todos los demonios, cómo los odio, artistas de mierda!

—Quizá hoy puedas dejar el asunto zanjado.

—¿Cómo? Me he dejado vencer cinco veces. Cada vez que me rindo, Denise y ese tipo aumentan sus demandas.

—Gracias a Dios que dentro de pocos días te sacaré de aquí. Has estado remoloneando, porque no quieres ir, pero créeme, Charlie, me bendecirás por ello cuando estemos de nuevo en Europa.

—Forrest Tomchek no ha tenido tiempo de discutir el caso conmigo. ¡Vaya abogado que nos recomendó Sazthmar!

—Bueno, Charlie, ¿cómo vas a llegar al otro lado de la ciudad sin tu coche? Me sorprende que Denise no haya intentado que la lleves contigo al tribunal.

—Tomaré un taxi.

—He de llevar a Fannie Sunderland al Mart, de todos modos, para su décima revisión del material para tapizar un maldito sofá. —Renata se rio, pero en realidad era más paciente de lo normal con sus clientes—. He de arreglar este asunto antes de que nos larguemos a Europa. Te recogeré a la una en punto. Sé puntual, Charlie.

Hace mucho tiempo leí un libro titulado *lis ne m'auront pas* (No podrán pillarme), y en determinados momentos murmuro: «*lis ne m'aurontpas*». En ese momento lo hice, decidido a terminar mis ejercicios de contemplación o recogimiento del espíritu (cuyo propósito era el de penetrar en las profundidades del alma y reconocer la conexión entre el ego y los poderes divinos). Me tendí de nuevo en el sofá. Tenderse era ya un gesto notable de libertad. Me limito a describir un hecho. Eran las once menos cuarto y, si me concedía cinco minutos para tomar un simple yogur y cinco minutos para afeitarme, podía continuar pensando en Humboldt durante dos horas más. Era el momento más apropiado para ello.

Bien, Humboldt intentó atropellar a Kathleen con su automóvil. Regresaban a casa después de una fiesta en Princeton, y él le daba puñetazos mientras conducía con la mano izquierda. Al llegar a una luz intermitente, cerca de una tienda de licores, ella abrió la puerta y corrió descalza, con los pies solo cubiertos por las medias, pues había perdido los zapatos en Princeton. Él la persiguió con el Buick. Ella saltó a una zanja y él chocó contra un árbol. La policía tuvo que acudir para sacarlo, ya que las puertas quedaron atascadas con el golpe.

El caso es que los administradores de la fundación se habían alzado contra Longstaff y la cátedra de poesía se había desintegrado. Kathleen contó más tarde que Humboldt no le dijo nada de ello en todo el día. Colgó el teléfono y, con su barriga de luchador de sumo, entró en la cocina arrastrando los pies para servirse una ginebra, que vertió en un gran bote de mermelada. De pie junto al fregadero sucio, con sus zapatillas, se bebió la ginebra como si fuese leche.

—¿Quién llamaba? —preguntó Kathleen.

—Ricketts.

—¿Y qué quería?

—Nada. Pura rutina —respondió Humboldt.

«Cuando bebía tanta ginebra se ponía de un color extraño debajo de los ojos — me explicó Kathleen—. Una especie de púrpura verdoso claro. Un tono de púrpura que algunas veces se ve en el corazón de las alcachofas».

Algo más tarde, aquella misma mañana, parece que Humboldt habló de nuevo con Ricketts. En esta ocasión, Ricketts le dijo que Princeton no se daba por vencido. Había que encontrar el dinero. Pero esto colocó a Ricketts en una posición moralmente superior. Un poeta no podía permitir que un burócrata lo sobrepasase. Humboldt se encerró en su oficina con la botella de ginebra y se pasó el día escribiendo borradores de una carta de dimisión.

Aquella tarde, de camino hacia una fiesta en casa de los Littlewood, Humboldt la tomó con Kathleen. ¿Por qué había permitido a su padre que la vendiera a Rockefeller? Sí, el viejo era aparentemente un tipo agradable, un antiguo bohemio de París, uno de la pandilla Closerie des Lilas, pero en realidad se trataba de un criminal internacional, un doctor Moriarty, un Lucifer, un alcahuete. ¿Y no había tratado él también de tener relaciones sexuales con su propia hija? Y bien, ¿cómo era la cosa con Rockefeller? ¿Es que el pene de Rockefeller la excitaba más? ¿Es que los millones participaban en ello? ¿Es que Rockefeller tenía que quitarle la mujer a un poeta para poder conseguir una erección? Y así seguían su camino en el Buick, patinando en el asfalto y avanzando ruidosamente entre nubes de polvo. Humboldt comenzó a gritar que ella no lo engañaba lo más mínimo con su gran representación de calma y encanto. Él lo sabía todo sobre estas cosas. Desde un punto de vista literario, efectivamente él conocía mucho sobre el asunto. Sabía de los celos del rey Leontes en *Cuento de invierno*. Conocía a Mario Praz. Y a Proust —ratas enjauladas y torturadas hasta la muerte—. A Charlus azotado por un conserje asesino, un bruto

del matadero con un látigo de púas.

—Conozco toda esa basura de lascivia —dijo Humboldt—, y sé que el juego ha de seguir con un rostro tranquilo como el tuyo. Lo sé todo sobre este asunto del masoquismo femenino. Entiendo tus emociones y sé que me estás utilizando.

Así llegaron a la casa de los Littlewood, y Demmie y yo nos encontrábamos allí. Kathleen estaba pálida. Su rostro parecía muy empolvado. Humboldt caminaba en silencio. No hablaba. De hecho, aquella era su última noche como profesor de poesía de Belisha en Princeton. Las noticias se sabrían al día siguiente. Quizá ya se conocía el hecho. Ricketts se comportaba honorablemente, pero seguro que no había podido resistir la tentación de contárselo a todos. Littlewood parecía ignorarlo, empeñado como estaba en que su fiesta constituyese un éxito. Tenía las mejillas tan enrojecidas que se parecía al señor tomate del anuncio, con sombrero de copa. Su cabello era ondulado y sus maneras mundanas. Cuando cogía la mano a una dama, uno se preguntaba qué es lo que iba a hacer con ella. Littlewood era un niño malo de clase alta, el hijo libertino de un ministro. Conocía Londres y Roma. Estaba especialmente familiarizado con el famoso bar Shephard de El Cairo, y allí había adquirido su jerga del Ejército británico. Sus dientes muy separados le daban un aire simpático. Le gustaba prodigar sonrisas, y en cada fiesta nos ofrecía imitaciones de Rudy Vallee. Para alegrar a Humboldt y Kathleen, conseguí que nos cantara *I'm Just a Vagabond Lover*<sup>[11]</sup>. No fue una buena idea.

Yo estaba presente en la cocina cuando Kathleen cometió una grave equivocación. Sosteniendo su bebida y un cigarrillo sin encender, introdujo la mano en el bolsillo de un hombre para coger una cerilla. No era un forastero y lo conocíamos bien: se llamaba Eubanks y era un compositor negro. Su esposa se encontraba cerca de él. Kathleen comenzaba a recobrar su ánimo, y estaba ligeramente embriagada. Pero justamente en el momento en que sacaba las cerillas del bolsillo de Eubanks, Humboldt entró. Lo vi acercarse. En primer lugar, contuvo la respiración. Después agarró a Kathleen con una violencia terrible. Le retorció el brazo por detrás de la espalda y la sacó de la cocina a empujones hasta el patio. Una ocurrencia semejante no era extraña en las fiestas de los Littlewood, y los otros decidieron no darse cuenta, pero Demmie y yo corrimos a la ventana. Humboldt le propinaba puñetazos en el vientre a Kathleen, haciéndola doblarse. Luego la obligó a entrar en el Buick tirándole de los cabellos. Detrás de él había otro automóvil y no pudo retroceder. Pasó por encima del césped, hacia la acera, y el silenciador se desprendió al tomar la curva. Al día siguiente lo encontré allí, semejante al caparazón de algún superinsecto, escamoso de óxido, con un tubo en un extremo. También encontré los zapatos de Kathleen con los tacones clavados en la nieve. Había niebla, hielo, un frío sucio, los arbustos con escarcha, las ramas de los olmos lívidas, la nieve de marzo decorada con hollín.

Y recuerdo ahora que el resto de la noche fue una pesadilla, porque Demmie y yo íbamos a quedarnos como huéspedes aquella noche y, cuando la fiesta terminó,

Littlewood me llamó aparte y me propuso, de hombre a hombre, un trueque.

—Un trato de esposa esquimal. ¿Qué te parece si hacemos una travesura? —preguntó.

—Gracias, no, no hace bastante frío para travesuras esquimales.

—¿Dices que no lo harás por tu cuenta? ¿Es que ni siquiera le preguntarás a Demmie?

—Demmie se enfurecería y me pegaría. A lo mejor tú quieres preguntárselo. No puedes imaginarte la fuerza de sus puñetazos. Su aspecto mundano y elegante puede confundir, pero en realidad es una muchacha honesta y sencilla.

Yo tenía mis razones personales para responderle suavemente. Estábamos invitados a pasar la noche. A las dos de la madrugada, no tenía ningún deseo de estar sentado en la sala de espera de la estación de Pensilvania. Con derecho a mis ocho horas de olvido, y dispuesto a obtenerlas, me metí en la cama en la misma habitación llena de humo donde había tenido lugar la fiesta. Pero ahora Demmie se había puesto su camisón y era otra persona. Una hora antes, con su vestido de terciopelo negro, su largo cabello dorado cepillado y sujeto con un adorno, Demmie era una joven dama distinguida. Cuando Humboldt gozaba de equilibrio mental, disfrutaba citando las categorías sociales importantes de Estados Unidos, y Demmie entraba en todas ellas.

—Ella es pura Main Line. Escuelas cuáqueras, Universidad de Bryn Mawr. Auténtica clase —había dicho Humboldt.

Demmie había estado charlando con Littlewood, cuyo tema era Plauto, sobre la traducción latina y el Nuevo Testamento griego. Yo amaba en Demmie tanto su faceta de hija de granjero como el de dama de sociedad. Se sentó en la cama. Los dedos de los pies se le habían deformado por llevar zapatos baratos. Los grandes huesos de su cuello formaban hoyos. Cuando era niña, ella y su hermana, de constitución similar, llenaban estos huecos con agua y se desafiaban a correr.

Cualquier cosa para diferir el sueño. Demmie tomaba píldoras, pero sentía un profundo miedo a dormirse. Dijo que tenía un padastro y, sentándose en la cama, empezó a limarlo moviendo en zigzag la larga y flexible lima. Repentinamente desvelada, se encaró conmigo, con las piernas cruzadas, las rodillas redondeadas y exhibiendo un muslo. En esta posición exhalaba el característico olor femenino, el entorno bacteriano del amor profundo. Y me dijo:

—Kathleen no hubiera debido coger las cerillas de Eubanks. Espero que Humboldt no la haya lastimado, pero ella no debía haberlo hecho.

—Pero Eubanks es un viejo amigo.

—¿Un viejo amigo de Humboldt? Lo conoce desde hace mucho tiempo, pero no es lo mismo. Es significativo que una mujer introduzca la mano en el bolsillo de un hombre. Y todos vimos cómo lo hacía... No culpo totalmente a Humboldt.

Con frecuencia Demmie era así. Justamente cuando yo estaba dispuesto a cerrar los ojos para la noche, saciado ya de mi ego consciente y funcional, Demmie quería hablar. A esta hora, ella prefería temas emocionantes: enfermedad, asesinato, suicidio,

castigo eterno y fuego del infierno. Se exaltaba. Su cabello se erizaba y sus ojos se volvían profundos con el pánico, y torcía los dedos de los pies deformados en todas direcciones. Entonces se cubría sus pechos pequeños con las manos. Con un temblor de niña en los labios, a veces prorrumpía en un balbuceo infantil. Eran ya las tres de la madrugada y me pareció oír al depravado Littlewood en su número particular por encima de nosotros, en el dormitorio principal, quizá para darnos una idea de lo que nos estábamos perdiendo. Esto debía de ser probablemente mi imaginación.

Me levanté de todos modos, y le quité a Demmie la lima. La arrojé en la cama. Abrió ingenuamente la boca al entregarme la lima. La obligué a tenderse, pero estaba turbada. Podía darme perfecta cuenta. Con la cabeza en la almohada, de perfil, un ojo grande y adorable miraba infantilmente.

—A dormir —le dije.

Ella cerró el ojo contemplativo. Se durmió al instante y, al parecer, profundamente.

Pero al cabo de pocos minutos oí lo que esperaba oír: su voz nocturna. Era baja, ronca y profunda, casi masculina. Se quejaba. Profería palabras entrecortadas. Casi cada noche hacía lo mismo. La voz expresaba su terror ante este extraño lugar, la Tierra, y ante este extraño estado, el ser. Esforzándose y gimiendo, intentaba escapar. Esta era la Demmie primitiva que se escondía bajo la hija de granjero, escondida a su vez bajo la maestra, y esta bajo la elegante amazona de Main Line, latinista, refinada bebedora de cócteles, vestida de terciopelo negro, con la nariz respingona, esta conversadora mundana. Estuve escuchándola pensativo. Dejé que siguiera, intentando comprender. Me daba lástima y la quería. Hasta que puse término al asunto. La besé. Ella sabía quién era. Con los de dos de sus pies presionando contra mis espinillas, me abrazó con sus poderosos brazos femeninos.

—Te quiero —musitó con la misma voz profunda, pero sus ojos permanecían fuertemente cerrados. Estoy convencido de que no llegó a despertarse totalmente.

En mayo, al terminar la temporada de Princeton, Humboldt y yo nos encontramos por última vez como hermanos de sangre.

Mientras el inmenso cielo azul de diciembre entraba por la ventana detrás de mí con distorsiones termales a causa del sol, yo yacía en mi sofá de Chicago y veía nuevamente todo lo que había sucedido. El corazón sufría con ello. Pensaba cuán triste era esa necedad humana que nos ocultaba la gran verdad. Quizá consiga superarla de una vez para siempre haciendo lo que ahora estoy haciendo.

Muy bien. El tema entonces era Broadway. Yo tenía productor, director y agente. Formaba parte del mundo del teatro, a los ojos de Humboldt. Había actrices que me llamaban «cariño» y me besaban al encontrarme. El *Times* publicó una caricatura mía de Hirschfeld. Humboldt tenía mucho que ver en todo ello. Al llevarme a Princeton me había colocado en el buen camino. Por su mediación conocí gente muy útil de la Liga Ivy. Además, él creía que lo había tomado como modelo para crear mi héroe prusiano, Von Trenck.

—Pero cuidado, Charlie —me dijo—. No te dejes seducir por el hechizo de Broadway y el aspecto comercial.

Humboldt y Kathleen fueron a verme en el Buick reparado. Me hallaba en una casita en la costa de Connecticut, cerca de donde vivía Lampton, el director, bajo cuya guía yo revisaba la comedia y la escribía como él deseaba, porque en definitiva esto era lo que se conseguía. Demmie se reunía conmigo los fines de semana, pero los Fleisher llegaron un miércoles, cuando yo estaba solo. Humboldt había dado una conferencia en Yale y el matrimonio se dirigía a su casa. Nos sentamos en la pequeña cocina de piedra a beber café y ginebra, y organizamos una reunión. Humboldt se mostraba «bueno», formal, magnánimo. Había estado leyendo *De Anima* y rebosaba ideas acerca de los orígenes del pensamiento. Sin embargo, observé que no perdía de vista a Kathleen. Ella tenía que decirle adónde iba.

—Únicamente cojo mi suéter.

Hasta para ir al baño necesitaba su permiso. Parecía también que él le hubiera dado un puñetazo en el ojo. Ella permanecía sentada, silenciosa y hundida en su butaca, con los brazos y las piernas cruzadas, pero tenía un ojo morado. Humboldt habló de ello finalmente.

—Esta vez no fui yo —dijo—. No lo creerás, Charlie, pero chocó contra el salpicadero en una parada brusca. Un zoquete que conducía un camión salió lanzado de una carretera lateral y me vi obligado a frenar en seco.

Quizá no la había golpeado, pero la vigilaba continuamente, como un alguacil escoltando a un prisionero de una cárcel a otra. Mientras disertaba sobre *De Anima*, Humboldt movió la silla para asegurarse de que Kathleen y yo no nos hacíamos guiños. Puso tanto énfasis en ello que nos sentimos impulsados a burlarlo. Y lo hicimos. Finalmente conseguimos intercambiar unas palabras en el tendedero del jardín. Ella se había lavado las medias y salió para tenderlas al sol. Humboldt estaría probablemente satisfaciendo una necesidad fisiológica.

—¿Te golpeó o no te golpeó?

—No, me golpeé yo contra el salpicadero. Pero es un infierno, Charlie, peor que nunca.

La cuerda de la ropa era vieja y de color gris oscuro. Se había abierto y mostraba su interior blanco.

—Dice que tengo relaciones con un crítico joven, insignificante, un sujeto totalmente inocente llamado Magnasco. Muy agradable, pero ¡Dios mío!, estoy harta de ser tratada como una ninfómana y de oír decir de qué modo lo hago en las escaleras de incendio o de pie o en los armarios roperos a cada oportunidad que se me presenta. En Yale me hizo sentar en el estrado, junto a él, mientras daba la conferencia. Después me acusó de haber estado enseñando las piernas. En cada estación de servicio entra conmigo en los lavabos de señoras. No puedo volver a New Jersey con él.

—¿Y qué harás? —preguntó el preocupado y ansioso Citrine, con el corazón enternecido.

—Mañana, cuando regresemos a Nueva York, me perderé de vista. Lo quiero, pero ya no lo soporto más. Te lo digo para prepararte, porque vosotros os apreciáis y tendrás que ayudarlo. Posee algún dinero. Hildebrand lo despidió. Pero consiguió una asignación de Guggenheim, ¿sabes?

—Ni tan siquiera sabía que la había solicitado.

—Oh, lo intenta todo... Ahora nos está vigilando desde la cocina.

Y allí estaba Humboldt efectivamente, curvando hacia afuera la red metálica de la puerta como el raro producto de una pesca.

—Buena suerte.

Al volver a la casa, las hierbas primaverales le azotaron las piernas. El gato paseaba cruzando los claroscuros de la sombra del arbusto y el sol del campo. La cuerda de la ropa ofrecía la médula de su alma, y las medias de Kathleen, tendidas en un extremo, eran sugestión de lascivia. Era Humboldt quien causaba este efecto. Se aproximó directamente hacia mí, al tendedero, y me ordenó contarle lo que habíamos estado hablando.

—Bueno, déjalo, ¿quieres, Humboldt? No me empujes hacia este superdrama neurótico.

Yo estaba horrorizado por lo que veía venir. Deseaba que se fuesen, que se subieran al Buick (más que nunca, el fangoso coche del personal de Flanders Field) y se marcharan, dejándome con mis problemas con Trenck, la tiranía de Lampton y la costa limpia del Atlántico.

Pero se quedaron. Humboldt no durmió. Los escalones de madera de la escalera posterior crujieron toda la noche bajo su peso. Se oía correr el agua del grifo y los portazos del frigorífico. A la mañana siguiente, cuando bajé a la cocina, me encontré con que el litro y medio de ginebra Beefeater's que me había llevado como regalo estaba vacío sobre la mesa. Las bolas de algodón de sus frascos de píldoras estaban



esparcidas por todas partes, como cagarrutas de conejo.

Kathleen desapareció del restaurante de Rocco, en Thompson Street, y Humboldt se enfureció. Dijo que estaba con Magnasco, que Magnasco la tenía escondida en su habitación en el hotel Earle. De alguna parte, Humboldt consiguió una pistola y golpeó la puerta de Magnasco con la culata hasta que astilló la madera. Magnasco llamó al conserje, este llamó a la policía y Humboldt escapó. Pero al día siguiente atacó a Magnasco en la Sexta Avenida, enfrente del Howard Johnson's. Un grupo de lesbianas vestidas de estibador acudieron en ayuda del joven. Habían estado tomando helado y salieron para interrumpir la pelea, sujetando los brazos de Humboldt por detrás de su espalda. Hacía una tarde luminosa, y las mujeres detenidas en la comisaría de Greenwich Avenue chillaban desde las ventanas abiertas mientras desenrollaban papel higiénico a modo de banderolas.

Humboldt me llamó al campo, y me dijo:

—Charlie, ¿dónde está Kathleen?

—No lo sé.

—Charlie, creo que tú lo sabes. La vi mientras te hablaba.

—Pero no me lo dijo.

Colgó el teléfono. Entonces llamó Magnasco.

—¿Citrine? Su amigo va a hacerme daño. Tendré que pedir que lo arresten —manifestó.

—¿Es tan grave la cosa, realmente?

—Usted sabe cómo ocurren las cosas. La gente va más allá de lo que quería, y entonces ¿dónde termina uno? Quiero decir, ¿dónde terminaré yo? Lo llamo porque él me amenaza en nombre de usted. Me dice que usted me hará pagar por él, si él no lo consigue, porque es su hermano de sangre.

—No pondré una mano sobre usted —le respondí—. ¿Por qué no abandona la ciudad durante algún tiempo?

—¿Irme? —replicó Magnasco—. Acabo de regresar. He venido de Yale.

Lo comprendí. Estaba luchando por abrirse camino, se había preparado largamente para su carrera.

—El *Trib* me tiene a prueba como crítico de libros.

—Ya sé cómo va la cosa. Próximamente estrenaré una comedia en Broadway. Mi primera comedia.

Cuando conocí a Magnasco, me encontré frente a un hombre grueso, de cara redonda, joven únicamente en edad, firme, impasible, nacido para progresar en la Nueva York cultural.

—No conseguirá que me vaya —me dijo—. Lo enviaré a un confinamiento pacífico.

—Y bien, ¿necesita usted mi permiso? —le respondí.

—Es que no conseguiré precisamente popularidad en Nueva York si hago esto a un poeta.

Así que se lo conté a Demmie.

—Magnasco tiene miedo de ponerse a mal con la pandilla cultural de Nueva York si llama a la policía.

Demmie, la quejumbrosa nocturna, temerosa del infierno y adicta a las píldoras, era también una persona muy práctica, un genio de la supervisión y la programación. Cuando estaba con espíritu diligente y me dominaba y protegía, yo solía pensar que en su infancia debía de haber sido una tirana de muñecas.

—Y en cuanto a ti concierne —me decía—, soy una leona y una furia. ¿No hará ya cerca de un mes que no has visto a Humboldt? Se mantiene alejado. Eso significa que está empezando a culparte. Pobre Humboldt, está medio loco, ¿no crees? Hemos de ayudarlo. Si sigue atacando a este Magnasco, van a tener que encerrarlo. Si la policía lo encierra en Bellevue, lo que has de hacer es prepararte para salir como fiador. Tendrá que volverse sobrio, tranquilizarse y serenarse. El mejor lugar para todo esto es Payne Whitney. Mira, Charlie, un primo de Ginnie, Alberto, es el médico receptor de Payne Whitney. Bellevue es un infierno. Deberíamos recolectar algún dinero y transferirlo a Payne Whitney. Quizá podríamos conseguirle una especie de beca.

Se ocupó del asunto con el primo de Ginnie, y estuvo llamando por teléfono a la gente en mi nombre y recogiendo dinero para Humboldt, haciéndose cargo de todo porque yo estaba ocupado con *Von Trenck*. Habíamos regresado de Connecticut e íbamos a ensayar en el Belasco. La eficiente Demmie pronto consiguió cerca de tres mil dólares. Hildebrand contribuyó él solo con dos mil, pero estaba todavía molesto con Humboldt. Estipuló que el dinero debía ser únicamente para tratamiento psiquiátrico y para cubrir las estrictas necesidades. Un abogado de la Quinta Avenida, Simkin, tenía este dinero en depósito. Hildebrand sabía, y ahora lo sabíamos todos, que Humboldt había contratado un detective privado, un hombre llamado Scaccia, y que este Scaccia se había quedado con la mayor parte de la beca Guggenheim concedida a Humboldt. La propia Kathleen había hecho algo inesperado. Abandonó de pronto Nueva York para dirigirse a Nevada a tramitar su divorcio. Pero Scaccia seguía dando informes a Humboldt diciéndole que ella estaba en Nueva York llevando una vida de lujuria. Humboldt preparó un nuevo escándalo al estilo Proust, esta vez complicando un círculo inmoral de corredores de Wall Street. Si la sorprendía en adulterio, él conseguiría la «propiedad», la cabaña en New Jersey, valorada en unos ocho mil dólares, con una hipoteca de cinco mil, según me contó Orlando Huggins. Orlando era uno de esos bohemios radicales que sabía de dinero. En la vanguardista Nueva York, todo el mundo sabía de dinero.

El verano pasó muy aprisa. En agosto comenzaron los ensayos. Las noches eran calurosas, tensas y agotadoras. Por la mañana, me levantaba ya fatigado, y Demmie me servía algunas tazas de café y durante el desayuno me daba también montones de consejos sobre el teatro, sobre Humboldt y sobre el modo de conducir mi vida. El pequeño terrier blanco, Cato, mendigaba cortezas y hacía chasquear los dientes,

mientras bailaba retrocediendo sobre sus patas traseras. Yo pensaba que también hubiera preferido dormir todo el día en este cojín, junto a la ventana, cerca de las begonias de Demmie, que estar sentado en la suciedad del Belasco escuchando a unos actores aburridos. Empecé a odiar el teatro, los sentimientos perversamente exagerados por el histrionismo, los antiguos gestos, apretones, lágrimas y súplicas. Además, *Von Trenck* ya no era mi comedia. Pertenece a Harold Lampton, el de los ojos saltones, para quien amablemente escribí nuevos diálogos en los camerinos. Sus actores eran muy malos. Todo el talento de Nueva York parecía concentrarse en el melodrama representado por el febril y delirante Humboldt. Los compañeros y admiradores eran su público en el White Horse de Hudson Street. Allí daba conferencias y aullaba. Estaba en consulta con abogados y con uno o dos psiquiatras.

Yo tenía la impresión de que Demmie podía comprender a Humboldt mejor que yo, porque ella también tragaba misteriosas píldoras. (Existían, además, otras afinidades). Fue una niña obesa, que a los catorce años pesaba ciento veintisiete kilogramos. Me mostró unas fotografías increíbles. Le administraron inyecciones de hormonas y píldoras, y adelgazó. A juzgar por la exoftalmia, seguramente le dieron tiroxina. Ella creía que sus senos se habían desfigurado con la veloz pérdida de peso. Lamentaba las arrugas insignificantes que tenía en ellos. Algunas veces gritaba:

—Me estropearon las tetas con su maldita medicina.

Aún seguían llegando paquetes envueltos en papel marrón del Mount Coptie Drugstore.

—Pero aun así soy atractiva.

Y lo era en verdad. Su cabello holandés realmente resplandecía. Algunas veces lo llevaba peinado a un lado y otras con flequillo, según lo que se hubiera hecho con las uñas en la raya del cabello. A menudo se arañaba. Su rostro podía ser infantilmente redondo, o flaco como el de una pionera. Algunas veces era una belleza Van der Weyden; otras, Mortimer Snerd, y otras, una chica de Ziegfeld. El suave frufú que producían sus rodillas al rozarse cuando andaba de prisa era algo —repito— que yo apreciaba extraordinariamente. Me hacía pensar que si yo fuese una langosta, aquel ruido me impulsaría a cruzar cadenas de montañas. Cuando el rostro de Demmie, con su nariz finamente respingona, estaba cubierto de maquillaje compacto, sus grandes ojos, más móviles y claros a causa de la cantidad de polvos que llevaba, revelaban dos cosas: una, que ella poseía un verdadero corazón, y la otra, que era una víctima dinámica. Más de una vez yo había tenido que correr a Barrow Street para buscar un taxi y llevar a Demmie a la sala de urgencias de St. Vincent's. Tomaba el sol en la azotea y cogió una insolación que la hacía delirar. Otra vez, cortando lonchas de ternera, se seccionó el pulgar hasta el mismo hueso. Fue a echar la basura al incinerador y resultó chamuscada por la llamarada que escapó por la abertura. Cuando era buena chica, hacía su programa de lecciones de latín para todo el trimestre, guardaba las bufandas y los guantes en cajas etiquetadas y limpiaba la casa a fondo. Si se portaba mal, bebía whisky, sufría ataques de histeria, o se mezclaba con

ladrones y bandidos. Me acariciaba como un hada o me daba puñetazos en las costillas como un vaquero. Cuando hacía calor, se desnudaba totalmente para encerar de rodillas el piso. Entonces aparecían gruesos tendones, brazos larguiruchos y pies laboriosos. Y cuando veía desde la parte posterior aquel órgano que yo adoraba en otro contexto como pequeño, fino, intrincado y rico en deliciosas dificultades de acceso, en ese momento tenía aspecto de miembro primitivo. Después del encerado, tarea sudorosa, Demmie se ponía una bata azul que dejaba a la vista sus adorables piernas y se sentaba para beber un martini. El fundamentalista padre Vonghel, propietario de Mount Coptic, era un hombre violento. Demmie tenía una cicatriz en la cabeza, recuerdo de una vez que él golpeó la cabeza de la niña contra un radiador.

Y otra en su rostro, de cuando él le encasquetó una papelerera —tuvieron que cortar la lata para quitársela—. Con todo esto, ella conocía de memoria los Evangelios, había sido una estrella en el juego del hockey, podía domar caballos del Oeste y escribía adorables cartas de agradecimiento en papel de seda. No obstante, cuando comía una cucharada de sus natillas preferidas de vainilla, se convertía de nuevo en la niña gorda. Saboreaba el postre con la punta de la lengua, la boca abierta, y los grandes ojos azules —del color del mar estival— en trance, de tal modo que se sobresaltaba al decirle yo:

—Trágate el dulce.

Por las noches jugábamos al chaquete, traducíamos a Lucrecio y ella me explicaba a Platón.

—La gente adquiere buen nombre por sus virtudes. Pero para él, ¿qué otra cosa se puede ser sino virtuoso? No hay nada más.

Justamente antes del día del Trabajo, Humboldt amenazó de nuevo a Magnasco y este fue a la comisaría y convenció a un policía de paisano para que lo acompañara al hotel. Ambos esperaron en el vestíbulo. Humboldt entró como una tromba y se dirigió hacia Magnasco. El detective se interpuso y Humboldt le dijo:

—Oficial, este hombre tiene a mi esposa en su habitación.

Lo más razonable era proceder a un registro. Los tres subieron. Humboldt buscó en todos los armarios, miró debajo de las almohadas buscando su camisón, pasó la mano por debajo de los papeles que forraban los cajones. No había ropa interior. Nada.

—Y bien, ¿dónde está ella? —le preguntó el policía de paisano—. ¿Fue usted quien produjo un gran escándalo rompiendo esta puerta con la culata de su revólver?

—Yo no tengo revólver —respondió Humboldt—. ¿Quiere registrarme? —Levantó los brazos, y continuó—: Venga a mi habitación y busque, si lo desea. Compruébelo personalmente.

Pero al llegar a Greenwich Street, Humboldt puso la llave en la cerradura y declaró:

—Usted no puede entrar. —Y gritó—: ¿Tiene permiso judicial de registro? —Dio la vuelta y entró, dando un portazo, y atrancó la puerta.

Fue entonces cuando Magnasco hizo una denuncia o gestionó su encierro pacífico —no sé exactamente qué—, y una noche nubosa y sofocante la policía fue a buscar a Humboldt. Luchó como un buey. En la comisaría también se debatió. Alguien ungido por los dioses rodó por el piso inmundo. ¿Utilizaron la camisa de fuerza? Magnasco juró que no. Pero sí emplearon las esposas, y Humboldt lloró. Camino de Bellevue tuvo diarrea, y lo encerraron aquella noche en un terrible estado de suciedad.

Magnasco insinuó a todo el mundo que él y yo, juntos, habíamos decidido hacer esto para impedir que Humboldt cometiera un crimen. Todos dijeron entonces que el responsable era Charles Citrine, el hermano de sangre y protegido de Humboldt. De repente, me encontré con muchos detractores y enemigos, desconocidos para mí.

Contaré cómo lo vi desde el lujo desvaído y la oscuridad caldeada del teatro Belasco. Vi a Humboldt dando latigazos a su tiro de mulas, de pie en su carro loco, como un pionero de Oklahoma. Se precipitaba al territorio sobrante para asegurar su reclamación. Una reclamación que era un tembloroso espejismo del corazón.

Yo no quería decir: «Al poeta le falta un tornillo... Llama a la policía y al cuerno los tópicos». No, sufrí cuando la policía le puso las manos encima, me sentí desesperado. Entonces, ¿qué es lo que quise decir? Quizá algo como esto: supongamos que el poeta yace en el suelo dominado por la policía, le ponen una camisa de fuerza o unas esposas y se lo llevan apresuradamente en una camioneta acolchada, como si fuese un perro rabioso, de modo que llega hecho un asco y lo encierran en estado de loco furioso. ¿Era esto el arte contra Estados Unidos? Para mí, Bellevue era como el Bowery: ofrecía un testimonio negativo. La brutal Wall Street simbolizaba el poder, y el Bowery, tan cerca de ella, era el símbolo acusador de la debilidad. Y era lo mismo con Bellevue, adonde se llevaba a los pobres y los arruinados. Y también lo mismo con Payne Whitney, donde quedaban los olvidados de la fortuna. Y los poetas, como los borrachos, los desplazados o los psicópatas, como los infelices, ricos o pobres, se hundían en la debilidad... ¿Ocurría así? No tenían máquinas ni poseían unos conocimientos transformadores que pudieran compararse a los conocimientos de Boeing o Sperry Rand o IBM o RCA. Pues ¿podría un poema recoger a alguien en Chicago y dejarlo en Nueva York dos horas después? ¿O podría calcular una trayectoria espacial? No tenía semejantes poderes. Y el interés estaba donde residía el poder. En tiempos antiguos, la poesía era una fuerza; el poeta poseía una auténtica fuerza en el mundo material. Naturalmente, el mundo material de entonces era diferente. Pero ¿qué interés podía suscitar Humboldt? Se lanzó a la debilidad y se convirtió en un héroe de la infelicidad. Consintió el monopolio del poder y el interés mantenido por el dinero, la política, la ley, la racionalidad y la tecnología porque no supo encontrar lo que seguía, lo nuevo, lo que los poetas debían hacer. Y en vez de ello, hizo lo de viejas épocas: consiguió un revólver, como Verlaine, y persiguió a Magnasco.

Desde Bellevue me llamó al teatro Belasco. Oí su voz temblorosa, encolerizada, pero rápida.

Me gritó:

—Charlie, sabes dónde estoy, ¿no es verdad? Muy bien, Charlie, esto no es literatura. Esto es la vida.

En el teatro, yo me hallaba en el mundo de la ilusión, mientras que él, Humboldt, había huido... ¿Era así?

Pero no, en vez de ser un poeta, Humboldt era, simplemente, la figura de un poeta. Estaba representando «La agonía del artista norteamericano».

Y ahora no era Humboldt, era Estados Unidos que emitía su opinión:

—Escuchadme, conciudadanos: Si abandonáis el materialismo y las ocupaciones normales de la vida acabaréis en Bellevue como este pobre loco.

Ahora Humboldt atraía la atención sobre sí y creaba violentas escenas en Bellevue. Me culpaba a mí abiertamente. Los amantes del escándalo se regocijaban cuando se mencionaba mi nombre.

Scaccia, el detective particular, acudió al Belasco con una nota de Humboldt. Quería el dinero que yo había recaudado, y lo quería inmediatamente.

Scaccia y yo nos encaramos en la lúgubre salida del callejón de cemento al lado del escenario. Scaccia llevaba sandalias y calcetines de seda blancos, muy sucios. En las comisuras de su boca se acumulaba la suciedad.

—Este dinero lo tiene en depósito un banquero de la Quinta Avenida, el señor Simkin. Únicamente puede utilizarse para gastos médicos —le dije.

—Usted quiere decir psiquiátricos. ¿Cree usted que el señor Fleisher está chiflado?

—Yo no hago diagnósticos. Dígale a Humboldt que hable con Simkin.

—Estamos hablando de un genio. ¿Y quién dice que un genio necesita tratamiento?

—¿Ha leído usted sus poemas? —le pregunté.

—Por supuesto. No crea que va a apabullarme. Se supone que usted es su amigo. El hombre lo quiere. Todavía lo quiere. ¿Lo quiere usted a él?

—¿Y a usted qué le importa todo esto?

—Él me ha contratado. Y por un cliente yo voy hasta el final.

Si no le daba el dinero al detective particular, él iría a Bellevue y le diría a Humboldt que yo creía que estaba loco. Mi impulso fue matar a Scaccia en aquel callejón. La justicia natural estaba de mi lado. Podía agarrar a este extorsionista por el cuello y estrangularlo. ¡Oh! ¡Hubiera sido un placer! ¿Y quién podría culparme? El deleite de ese sentimiento criminal me hizo mirar modestamente al suelo.

—Fleisher tendrá que explicar a Simkin para qué necesita el dinero —le dije—. No se recaudó para entregárselo a usted.

Tras este incidente, recibí una serie de llamadas de Humboldt.

—La bofia me puso una camisa de fuerza. ¿Tuviste algo que ver en todo ello? ¿Mi hermano de sangre? También me maltrataron, ¿te enteras, mal nacido Thomas Hobbes?

Entendí la alusión. Él quería decir que solo me preocupaba por el poder.

—Estoy tratando de ayudarte —le respondí. Colgó el teléfono. Sonó de nuevo inmediatamente.

—¿Dónde está Kathleen? —preguntó.

—No lo sé.

—Habló contigo en el tendedero. Tú sabes perfectamente dónde está. Escúchame, guapo, tú estás sentado sobre ese dinero. Es mío. ¿Quieres encerrarme con los hombrecitos de bata blanca?

—Necesitas tranquilizarte; eso es todo.

Aquel mismo día me llamó después, durante una tarde gris y calurosa. Yo estaba comiendo un bocadillo de atún con sabor a enlatado en el Greek's, al otro lado de la calle, cuando me llamaron al teléfono. Recibí la llamada en el camerino de la estrella.

—He hablado con un abogado —gritó Humboldt—. Estoy dispuesto a pleitear por ese dinero. Eres un sinvergüenza. Eres un traidor, un mentiroso, un falso y un Judas. Me hiciste encerrar mientras esa puta de Kathleen se entregaba a orgías. Te voy a denunciar por malversación.

—Oye, Humboldt, yo solo contribuí a recaudar ese dinero. No lo tengo. No está en mi poder.

—Dime dónde está Kathleen y retiro la denuncia.

—Ella no me dijo adonde pensaba ir.

—Has roto el juramento que me hiciste, Citrine. Y ahora quieres deshacerte de mí. Me envidias. Siempre me has tenido envidia. Te encerraré en la cárcel, si puedo. Quiero que sepas lo que es que la policía venga a detenerte, y que conozcas lo que es una camisa de fuerza.

Entonces colgó, y yo me senté sudoroso en el sucio camerino de la estrella. Me volvió a la boca el sabor podrido de la ensalada de atún, y una sensación de tomaina vegetal, un calambre, un violento dolor en el costado. Aquel día, los actores estaban probándose los trajes y pasaban frente a la puerta con sus calzones, vestidos y sombreros ladeados. Deseaba ayuda, pero me sentía como un náufrago en el Ártico en un pequeño bote, un Amundsen llamando a voces a los buques en lontananza que resultaban ser icebergs. Trenck y el teniente Schell pasaron con sus espadines y sus pelucas. Ellos no podían decirme que yo no era un fraude manifiesto, un sinvergüenza y un Judas. Y yo no podía contarles lo que creía que realmente había de malo en mí: es decir, que padecía la ilusión —quizá maravillosa, o únicamente perezosa— de que por una especie de levitación inspirada podía alzarme y lanzarme directamente a la verdad. Directamente a la verdad. Porque yo era demasiado altanero para preocuparme por el marxismo, la teoría freudiana, el modernismo, el vanguardismo o cualquiera de esas cosas a las que Humboldt, como judío culto, concedía tanta importancia.

—Voy a verlo al hospital —le dije a Demmie.

—No, no vayas. Es lo peor que puedes hacer.

—Pero ya ves en qué estado se halla. Tengo que ir a verlo, Demmie.

—No lo permitiré. Te atacará. No soportaría que te pelearas, Charlie. Te zurrará, y te duplica en tamaño, y es fuerte y está loco. Además, no permitiré que eso te perturbe estando ocupado en la comedia. Oye —me dijo con voz grave—, me ocuparé de ello. Iré yo. Y te prohíbo que vayas.

Pero ella no llegó a verlo. En aquel momento docenas de personas estaban involucradas en la función. El drama de Bellevue atraía multitudes de Greenwich Village y Morningside Heights. Me recordaban a los habitantes de Washington que salían en carruajes para contemplar la batalla de Bull Run y entorpecían el paso de las tropas de la Unión. Dado que yo habría dejado de ser su hermano de sangre, el barbudo y tartamudo Orlando Huggins se convirtió en el amigo número uno de Humboldt. Huggins consiguió que soltaran a Humboldt. Humboldt ingresó entonces por propia voluntad en el hospital de Monte Sinaí. Siguiendo mis instrucciones, Simkin, el abogado, pagó una semana por adelantado de su tratamiento particular. Sin embargo, Humboldt salió del hospital al día siguiente y cobró de este un saldo no utilizado de ochocientos dólares aproximadamente. Con este dinero pagó la última factura de Scaccia. Inició entonces una acción legal contra Kathleen, contra Magnasco, contra el departamento de Policía y contra Bellevue. Siguió amenazándome, pero no llegó a demandarme. Humboldt esperaba para ver si *Von Trenck* daba dinero.

Yo era aún un neófito en cuanto a mi comprensión de lo que era el dinero. No sabía que existían muchas personas, gente persistente, ingeniosa y apasionada, para quienes era absolutamente obvio que ellos deberían poseer todo el dinero de uno. Humboldt tenía la convicción de que había riqueza en el mundo —no la suya—, riqueza sobre la cual él tenía un derecho soberano y que sin duda conseguiría. En cierta ocasión me había dicho que estaba destinado a ganar un importante pleito, un pleito de un millón de dólares.

—Con un millón de dólares —me dijo—, seré libre para dedicarme únicamente a pensar en la poesía.

—¿Y cómo sucederá?

—Alguien me perjudicará.

—¿Un perjuicio por valor de un millón de dólares?

—Mi obsesión por el dinero, contradictoria con mi condición de poeta, tiene su razón de ser —siguió diciendo Humboldt—. La razón es que, a fin de cuentas, somos norteamericanos, y yo te pregunto: ¿qué clase de norteamericano sería yo si fuese inocente respecto al dinero? Las cosas han de equilibrarse como Wallace Stevens las equilibró. ¿Quién dijo que el dinero es la causa de todos los males? ¿No fue el Pardoner? Bueno, el Pardoner es el hombre más perverso de Chaucer. No, yo estoy de acuerdo con Horace Walpole. Walpole dijo que era natural que los hombres libres se preocuparan por el dinero. ¿Por qué? Porque el dinero es libertad, esta es la razón.

En los buenos tiempos habíamos sostenido este tipo de conversaciones



maravillosas, únicamente con un ligero toque de depresión maníaca y paranoia. Pero ahora la luz se había apagado y la oscuridad era más densa.

Tendido todavía, bien estirado en mi sofá acolchado, revivía aquellas gloriosas semanas.

Humboldt se manifestó estruendosamente contra *Von Trenck*, pero la comedia constituyó un éxito. Para estar más cerca del Belasco y de mi celebridad, alquilé una suite en el St. Regis. Los ascensores *art nouveau* tenían rejas doradas. Demmie enseñaba Virgilio, mientras Kathleen jugaba a las veintiuna en Nevada. Humboldt había regresado a su puesto de mando en la taberna White Horse. Allí hacía ejercicios filosóficos, eróticos, artísticos y literarios hasta bien entrada la noche. Compuso un nuevo epigrama que llegó hasta mi estrato de ciudadano: «Nunca he tocado una hoja de parra sin que se convirtiera en una etiqueta». Esto me dio esperanza. Todavía era capaz de expresarse con agudeza. Parecía como si estuviera volviendo a la normalidad.

Pero no era así. Todos los días, Humboldt se afeitaba negligentemente, bebía café, tomaba píldoras, estudiaba sus notas y se dirigía al centro de la ciudad para ver a sus abogados. Tenía montones de abogados: coleccionaba abogados y psicoanalistas. El objeto de visitar a los psiquiatras no era para someterse a tratamiento. Lo que él quería era hablar, expresarse. El ambiente especulativo de sus despachos lo estimulaba. En cuanto a los abogados, les hacía preparar documentos y discutir estrategias. Los abogados no se encontraban con escritores a menudo. ¿Cómo iba a saber cualquier abogado lo que estaba sucediendo? Un poeta famoso solicita una entrevista. Recomendado por fulano de tal. Toda la oficina está excitada, las mecanógrafas se maquillan. Entonces llega el poeta, corpulento y enfermo, pero todavía atractivo, pálido, con aspecto doliente, sumamente agitado, tímido en cierto modo y con gestos y estremecimientos sorprendentemente pequeños para un hombre tan grande. Aun sentado, sigue con temblores en las piernas, su cuerpo está vibrante. Cuando empieza a hablar, su voz parece venir de otro mundo. Cuando trata de sonreír, solo logra hacer muecas. Sus dientes marcadamente diminutos, manchados, controlan su labio tembloroso. Aunque fuerte, en realidad un enorme púgil, es al mismo tiempo una planta delicada, un Ariel, y así sucesivamente. No puede cerrar el puño. Nada sabe de agresiones. Y explica una historia tal que cualquiera pensaría que es el padre de Hamlet: superchería, engaño, traición a la confianza; por último, mientras dormía en su jardín, alguien se acercó sigilosamente con un frasquito e intentó verter el contenido en su oído. Al principio se niega a nombrar a sus falsos amigos y asesinos en potencia. Son únicamente X e Y. Después se refiere a «esta persona». «Yo continuaba con esta persona», decía. En su inocencia llegaba a acuerdos, intercambiaba promesas con X, esta persona Claudio. Él decía que sí a todo. Firmaba un documento sin leerlo respecto a una copropiedad de una casa en New Jersey. También estaba desilusionado con un hermano de sangre que se había convertido en un delator. Shakespeare tenía razón. No existe arte que permita

descubrir en el rostro lo que se lleva en el cerebro: era un caballero en quien él había puesto una confianza absoluta. Pero ahora, recobrándose del disgusto, quiere iniciar acción legal contra el mencionado caballero. La demanda de justicia es una de las preocupaciones de los seres humanos. Tiene todo el derecho de demandar a Citrine, pues Citrine se apoderó de su dinero. Pero todo lo que pide es restitución. Y lucha, o parece luchar, contra su creciente ira. Este Citrine es un sujeto engañosamente agradable. Pero Jakob Boehme estaba equivocado. El exterior no es el interior visible. Humboldt dice que él lucha por la decencia. Su padre no tenía amigos, él no tiene amigos; así es el material humano. La fidelidad es para los fonógrafos. Pero seamos moderados. No todos se convierten en ratas venenosas mordiéndose unas a otras.

—Yo no quiero perjudicar a ese mal nacido. Todo lo que yo deseo es justicia.

¡Justicia! Lo que él quería eran las entrañas del sujeto en una bolsa de papel.

Sí, pasaba mucho tiempo con abogados y doctores. Los abogados y los médicos apreciarían mucho mejor el drama de los errores y el drama de la enfermedad. Él ya no quería ser un poeta. El simbolismo, su escuela, estaba ya agotado. No, en aquel tiempo él era un artista representando lo que era real. Vuelta a la experiencia directa. Al ancho mundo. No más arte sustitutivo de la vida real. Los pleitos y los psicoanálisis eran reales.

En cuanto a los abogados y psiquiatras, estaban encantados con él, no como representante del mundo real, sino porque era un poeta. Humboldt no pagaba (echaba las facturas a la papelera). Pero esta gente, curiosa en cuanto concierne al genio (que habían aprendido a apreciar por Freud y por películas como *Moulin Rouge* o *Soberbia*), ahora estaban sedientos de cultura. Escuchaban gozosamente mientras Humboldt les contaba su historia de infelicidad y persecución. Humboldt esparcía suciedad, divulgaba escándalos y profería vigorosas metáforas. ¡Vaya combinación! Fama, chismes, engaño e inmundicia combinados con invención poética.

Aun en aquellos momentos el astuto Humboldt conocía la valía que se le daba en la Nueva York profesional. Cintas transportadoras sin fin de enfermedades o litigios acarreaban clientes y pacientes a estas oficinas del centro como si fuesen simples patatas de Long Island. Esas tristes patatas agobiaban a los psicoanalistas con sus aburridos problemas de carácter. Entonces se presentó Humboldt. ¡Oh Humboldt! Él no era una patata: era una papaya, un limón, un fruto apasionante. Humboldt era bello, profundo, elocuente, fragante, original —aunque tuviera magulladuras en el rostro y arrugas debajo de los ojos, y estuviera medio derruido—. Además, ¡vaya repertorio el suyo! ¡Cuántos cambios de estilo y de ritmo! Al principio aparentaba mansedumbre, timidez. Después se mostraba infantil, crédulo, y finalmente confiado. Conocía —según contaba— lo que maridos y esposas decían al pelearse, rencillas tan importantes para ellos y tan aburridas para los demás. La gente exclamaba ¡bueno!, y alzaba los ojos cuando uno comenzaba a contarlas. ¡Norteamericanos! Con sus estúpidas ideas sobre el amor y sus tragedias domésticas. ¿Cómo se podía soportar escucharlos después de la peor de las guerras, de la más devastadora de las

revoluciones, la destrucción, los campos de muerte, la tierra empapada en sangre y el humo de los crematorios todavía presente en los cielos de Europa? ¿En qué consistían los problemas personales de los norteamericanos? ¿Sufrían realmente? El mundo miraba a los rostros norteamericanos y decía: «¡No me digáis que esta gente alegre y despreocupada está sufriendo!». Pero a pesar de ello, el exceso de democracia tiene sus propias dificultades peculiares. Estados Unidos era un experimento de Dios. Muchas de las viejas penas de la humanidad habían desaparecido, y esto hacía las nuevas penas mucho más peculiares y misteriosas. A Estados Unidos no le gustaban los valores especiales. Detestaba la gente que representaba estos valores especiales. Y sin embargo, sin estos valores especiales... usted entiende lo que quiero decir, declaraba Humboldt. La vieja grandeza de la humanidad fue creada en la escasez. Pero ¿qué podemos esperar de la plenitud? En Wagner, el gigante Fafnir —¿o es un dragón?— duerme en un círculo mágico. ¿Está Estados Unidos durmiendo también y soñando con la justicia de igualdad y el amor? De todos modos, no estoy aquí para discutir los mitos amorosos de la adolescencia: así era como Humboldt se expresaba. No obstante —continuaba Humboldt— quisiera que escuchara esto. Y entonces comenzaba a narrar en su original estilo. Describía y añadía de su cosecha intrincados detalles. Estaba investigando a Milton sobre el divorcio y a John Stuart Mili sobre las mujeres. Después de esto venía la revelación, la confesión. Entonces acusaba, fulminaba, tartamudeaba, resplandecía, gritaba. Cruzaba el universo como la luz. Proyectaba películas de rayos X acerca de los hechos auténticos. Debilidades, mentiras, traición, perversión vergonzosa, lujuria demente, los vicios de ciertos millonarios (mencionaba nombres). ¡La verdad! ¡Y todo sobre ese melodrama de impureza, estos pezones carmesí erectos, dientes desnudos, alaridos, eyaculaciones! Los abogados habían oído aquellas mismas cosas millares de veces, pero querían escucharlas de nuevo en labios de un hombre genial. ¿Se había convertido Humboldt en su suministrador de pornografía?

¡Ah! Humboldt había sido grandioso: atractivo, alegre, vivaz, ingenioso, magnético, noble. Estar con él era saborear la dulzura de la vida. Solíamos discutir las cosas más sublimes: lo que Diotima decía a Sócrates sobre el amor, lo que Spinoza quería decir por *amor dei intellectualis*. Hablar con él era sustentador, nutritivo. Pero cuando él mencionaba a personas que habían sido sus amigos, yo solía pensar que era nada más cuestión de tiempo el que también se enemistara conmigo. Humboldt no tenía viejos amigos, únicamente ex amigos. Podía ser terrible, cuando de pronto invertía su dirección sin ningún aviso. Cuando esto sucedía, era como si a uno lo pillara un expreso en un túnel. Únicamente quedaba agarrarse a las paredes o tenderse rezando entre los raíles.

Para meditar y seguir el propio camino por detrás de las apariencias hay que estar tranquilo. Yo no me sentía tranquilo después de este sumario de Humboldt, pero pensé en algo que él mismo gustaba de mencionar cuando estaba de buen humor y, terminada nuestra cena, teníamos un revoltijo de platos y botellas entre ambos. Un

estudiante de metafísica preguntó al difunto filósofo Morris R. Cohen, de la Universidad de Nueva York:

—Dígame, profesor Cohen, ¿cómo sé que yo existo?

El agudo y anciano profesor replicó:

—¿Y quién está preguntando?

Me apliqué la anécdota. Después de penetrar tan profundamente en el carácter y la carrera de Humboldt, ahora correspondía que echara una mirada introspectiva hacia mí mismo, sin juzgar a un hombre ya difunto que no podía alterar las cosas y manteniéndome a su nivel, como otro mortal, si es que me explico claramente. Quiero decir que yo lo quería. Pues bien, *Von Trenck* constituyó un triunfo (me siento muy avergonzado por ello) y me convertí en una celebridad. Humboldt entonces fue nada más que un revolucionario manifestándose medio borracho, con un cartel pintado con mercurio-cromo, mientras sus maliciosos compañeros lo vitoreaban. En White Horse, en Hudson Street, Humboldt ganaba sin ningún esfuerzo. Pero el nombre que salía en los periódicos, el nombre que Humboldt vio en la columna de Leonard Lyons, ahogándose de envidia, era el de Citrine. Me había llegado el turno de ser famoso y ganar dinero, recibir muchas cartas, ser reconocido por gente influyente, ser invitado a Sardi y recibir proposiciones de mujeres que se rociaban con almizcle, comprar calzoncillos de algodón Sea Island y maletas de cuero, y vivir con la excitación intolerable de la justificación. (¡Yo siempre había tenido razón!). Experimenté el alto voltaje de la publicidad. Era como recoger un cable peligroso, fatal para la gente común. Era como las serpientes de cascabel que manejan los montañeses en un estado de exaltación religiosa.

Demmie Vonghel, que había cuidado de mí todo el tiempo, ahora me dirigía, actuando como mi entrenador, mi mánager, mi cocinera, mi amante, mi jefe. Ella amaba su trabajo y estaba muy ocupada. No me permitía ver a Humboldt en Bellevue. Nos peleamos por ello. Juzgando que necesitaba alguna ayuda con todo esto, creyó que era una buena idea que también consultara al psiquiatra. Me dijo:

—Ese aspecto tan tranquilo que tienes, cuando sé que estás destrozado y lleno de nerviosismo, no puede ser bueno.

Me envió a ver un hombre llamado Ellenbogen, una celebridad también, que aparecía con frecuencia en programas de debates y era autor de libros sobre la liberación del sexo. El rostro de Ellenbogen, largo y enjuto, tenía pómulos altos y marcados, y dientes como los del caballo que relincha en el *Guernica* de Picasso. Golpeaba fuertemente a los pacientes para liberarlos. La racionalidad del placer era su martillo ideológico. Era duro, un duro de Nueva York, pero sonreía y se explicaba con énfasis neoyorquino. Nuestro lapso de tiempo es corto, y debemos compensar la cortedad del día humano con gratificación sexual intensa y frecuente. Nunca se irritaba, nunca se ofendía, rechazaba la ira y la agresión, el compromiso moral de la conciencia, etcétera. Todas esas cosas eran malas para la copulación. Sus soportes de libros eran figuritas de bronce de parejas eróticas. Su oficina olía a cerrado. Paneles

oscuros, la comodidad del cuero mullido. Durante las sesiones se tendía bien estirado, los pies sin zapatos sobre un escabel, su larga mano debajo de la cintura del pantalón. ¿Estaba, quizá, acariciándose las partes íntimas? Completamente relajado, soltaba muchos gases que se disolvían e impregnaban el aire recluso. Por lo menos, sus plantas crecían con vigor.

Peroraba ante mí diciéndome:

—Eres un hombre ansiosamente culpable. Depresivo.

Una hormiga ansiando ser langosta. No soportas el éxito. Yo diría que es melancolía, interrumpida por ataques de humor. Las mujeres deben perseguirte. Quisiera tener tus oportunidades. Actrices. Bueno, pues da a las mujeres una oportunidad para que ellas te den placer, esto es lo que desean realmente. Para ellas, el acto en sí mismo es mucho menos importante que la ocasión de mostrar ternura.

Probablemente para incrementar la confianza en mí mismo me contó alguna de sus propias experiencias maravillosas. Una mujer del sudeste lo había visto en la televisión y viajó expresamente al norte para entregarse a él, y cuando consiguió aquello que había ido a buscar, le dijo con un suspiro voluptuoso:

—Cuando te vi en la pantalla, supe que serías bueno. Y sí que lo eres.

Ellenbogen desaprobó a Demmie Vonghel cuando supo su modo de proceder. Sorbió ruidosamente y declaró:

—Malo, un caso malo. Pobre chica. Apuesto a que lucha por casarse. Desarrollo inmaduro. Una niña linda. Y con un peso de ciento treinta kilos cuando tenía trece años. Uno de esos caracteres ávidos. Dominante. Te devorará.

Demmie no sabía que me había mandado al enemigo. Diariamente me decía:

—Charlie, tenemos que casarnos.

Y hacía planes para una gran boda en la iglesia. La fundamentalista Demmie se convirtió en episcopalista en Nueva York. Me hablaba de un traje de boda con velo, lirios, ujieres, fotógrafos, participaciones grabadas, chaqués. Como padrino de boda y dama de honor quería a los Littlewood. Nunca le conté la pequeña fiesta estilo esquimal que Littlewood me había propuesto en Princeton, diciéndome: «Podríamos disfrutar de una buena diversión, Charlie». Si se lo hubiese contado a Demmie, ella se habría sentido más enojada que sorprendida con Littlewood. Ahora ella estaba bien adaptada a Nueva York. El tema de su vida era la milagrosa supervivencia de la bondad. Un viaje peligroso, monstruos atraídos por su ilimitado magnetismo femenino —hechizos, encantos, plegarias, protección divina asegurada por la fuerza interior y la pureza de corazón—, así era como ella veía las cosas. Cuando ella pasaba ante los portales le llegaba el hálito del infierno, pero los cruzaba con seguridad. Desde la farmacia de su ciudad natal, seguían llegando cajas de píldoras. El chico de los recados de la Séptima Avenida acudía cada vez más a menudo con botellas de Johnnie Walker etiqueta negra. Ella bebía de lo mejor. A fin de cuentas, era una heredera. Mount Coptic pertenecía a su padre. Ella era una princesa fundamentalista aficionada a la bebida. Después de tomar unas copas, Demmie era más grandiosa,

más majestuosa, sus ojos parecían grandes círculos de azul y su amor resultaba fortalecido. Gruñía al estilo de Louis Armstrong, «*you are mah man*». Y después añadía con sinceridad:

—Te amo con todo mi corazón. Que ningún otro hombre trate de tocarme. — Cuando cerraba el puño era sorprendentemente grande.

A menudo hacían intentos de tocarla. En una visita al dentista, al mismo tiempo que trabajaba en un empaste, este le cogió la mano y la colocó sobre lo que ella creyó que era el brazo del sillón. No era tal cosa. Se trataba de su excitado miembro. Su médico terminó el examen una vez besándola violentamente en los lugares que pudo alcanzar.

—Sinceramente, no puedo culpar a ese hombre por perder el control, Demmie. Tus posaderas son como una tarjeta de felicitación amorosa.

—Le di un terrible puñetazo en el cogote —dijo ella.

Un día caluroso en que se había estropeado el aire acondicionado, su psiquiatra le dijo:

—¿Por qué no se quita el vestido, señorita Vonghel?

Un anfitrión millonario de Long Island le habló a través del ventilador de su cuarto de baño al de ella.

—Te necesito. Dame tu cuerpo... —pronunciaba con voz estrangulada—. ¡Dame! Me estoy muriendo... ¡Sálvame, sálvame... sálvame! —Y se trataba de un hombre jovial, fuerte y corpulento que pilotaba su propio avión.

Las ideas sexuales habían pervertido las mentes de personas que estaban bajo juramento, que eran prácticamente sacerdotes. ¿Alguna vez habíais pensado que las manías, el crimen y las catástrofes eran el destino de la humanidad en este siglo infame? Demmie, con su inocencia, su belleza y su virtud, extraía de su entorno infinidad de pruebas que daban fe de ello. Un extraño elemento demoníaco se le revelaba. Pero ella no se intimidaba. Me dijo que no tenía ningún miedo sexual.

—Han tratado de arrastrarme a todo —me dijo. Y yo la creí.

El doctor Ellenbogen declaró que Demmie representaba el riesgo de un mal matrimonio. Le conté unas anécdotas de mamá y papá Vonghel que no le hicieron ninguna gracia. Los Vonghel habían hecho un viaje en autobús por Tierra Santa, y la obesa mamá Vonghel había llevado consigo sus botes de mantequilla de cacahuete y papá sus latas de melocotón Elberta. Mamá se introdujo como pudo en la tumba de Lázaro, y después no podía salir. Tuvieron que ir a buscar a unos árabes para que la liberaran. Pero a mí me divertían las excentricidades de Demmie y su familia, a pesar de los avisos de Ellenbogen. Cuando estaba enferma, las cuencas de los ojos se le llenaban de lágrimas y aferraba con ansiedad el dedo medio de su mano izquierda entre sus otros dedos. Se sentía fuertemente atraída por los enfermos, los hospitales, los cánceres terminales y los funerales. Pero su bondad era genuina y profunda. Me compraba sellos de correo y billetes de abono, me cocinaba costillas de buey y *paella*, forraba los cajones de mi cómoda con papel de seda y guardaba mi bufanda

entre bolas de naftalina. No sabía aritmética elemental, pero podía reparar máquinas complicadas. Guiada por su instinto, se metía con los cables de colores y las válvulas de la radio y conseguía que funcionara. Casi sin interrupción esta difundía música country y servicios religiosos de todas partes del país. Demmie recibía regularmente desde su casa *The Upper Room, A Devotional Guide for Family and Individual Use*, con el pensamiento del mes «El poder renovador de Cristo» o «Lee y reflexiona: Habacuc 2, 2-4». Yo leía también esta publicación. El Cantar de los Cantares de Salomón 8, 7: «Las muchas aguas no pueden apagar el amor ni los ríos pueden ahogarlo». Amaba sus torpes rodillas y su cabeza alargada de cabello dorado. Nos sentábamos en la calle Barrow y jugábamos al *gin rummy*. Ella cogía y barajaba los naipes, rezongando.

—Voy a dejarte limpio, bobalicón.

Daba un golpe encima de la mesa con la baraja y gritaba:

—¡*Gin!* ¡Cuéntalas! —Sus rodillas estaban separadas.

—Es la visión del paraíso lo que me distrae de las cartas, Demmie —le decía yo.

También hacíamos solitarios dobles y jugábamos al ajedrez chino. Ella me llevaba a tiendas de joyería antigua. Adoraba los broches antiguos y los anillos, especialmente porque habían sido utilizados por damas ya difuntas, pero lo que más deseaba, naturalmente, era un anillo de prometida. No hacía ningún secreto de ello.

—Cómprame este anillo, Charlie. Así podré demostrar a mi familia que la cosa sigue bien.

—No voy a caerles bien, aunque te regale un enorme ópalo —le respondía yo.

—Esto es cierto. Van a subirse por las paredes. Llevas en ti toda clase de pecado. A ellos poco les impresionaría Broadway. Escribes cosas que no son ciertas. Únicamente la Biblia contiene la verdad. Pero papá va a ir a Sudamérica en avión para pasar la Navidad en su misión. La misión que él mantiene en gran parte, en el sur de Colombia, cerca de Venezuela. Iré con él y le diré que vamos a casarnos.

—No vayas, Demmie —dije yo.

—En aquella selva, rodeado de salvajes, le parecerás mucho más normal —me respondió.

—Cuéntale lo que estoy ganando. El dinero podría facilitar las cosas —sugerí—. Pero no quiero que vayas. ¿Irá también tu madre?

—Allí no. Yo no lo soportaría. No, se quedará en Mount Coptic, organizando una fiesta navideña para los niños del hospital. Serán ellos los que lo sientan.

Se suponía que estas reflexiones eran tranquilizadoras. Para profundizar más allá de las apariencias, era preciso cultivar una calma absoluta. Y no me sentía ahora muy calmado. La densa sombra de un avión a reacción procedente del aeropuerto de Midway cruzó la habitación, recordándome la muerte de Demmie Vonghel. Justamente antes de la Navidad del año de mi éxito, ella y papá Vonghel murieron en un accidente de aviación en América del Sur. Ella llevaba mi álbum de recortes de Broadway. Quizá había comenzado a mostrárselo a su padre cuando ocurrió el

accidente. Nadie sabía muy bien dónde sucedió: en algún lugar cerca del río Orinoco. Pasé algunos meses en la selva buscándola.

Fue en esta época cuando Humboldt presentó el cheque de hermano de sangre que le había dado. Seis mil setecientos sesenta y tres dólares con cincuenta y ocho centavos era una cantidad enorme. Pero lo más importante no era el dinero. Lo que me dolió es que Humboldt debió haber respetado mi aflicción. Pensé: ¡Vaya momento que ha escogido para actuar! ¿Cómo podía hacerme eso? Al cuerno con el dinero. Pero él lee los periódicos. ¡Sabe bien que ella ha muerto!



Allí estaba yo, llorando su pérdida. ¡De nuevo! No era eso lo que perseguía al tenderme para meditar. Sentí gratitud cuando golpearon con fuerza en la puerta y tuve que incorporarme. Era Cantabile quien llamaba, forzando la entrada a mi refugio. Me enojé con el viejo Roland Stiles. Le pagaba para que mantuviera alejados a intrusos e importunos mientras yo meditaba, pero aquel día no estaba en su puesto en la portería. Antes de Navidad, los inquilinos solicitaban su ayuda con los árboles y cosas semejantes. Supongo que tenía muchas demandas.

Cantabile llegó acompañado de una mujer joven.

—Tu esposa, supongo.

—No supongas. No es mi esposa. Esta es Polly Palomino. Una amiga. Una amiga de la familia. Era la compañera de cuarto de Lucy en el Woman's College, en Greensboro. Antes de Radcliffe.

Polly, piel blanca, sin sostén, entró a la luz y comenzó a pasear por mi sala de estar. Su cabello rojo era natural. Sin medias (en diciembre, en Chicago), vestida sucintamente, caminaba sobre unos zapatos de tacones altos. Los hombres de mi generación no hemos llegado a acostumbrarnos a la fuerza, forma y belleza de las piernas femeninas, antes siempre cubiertas.

Cantabile y Polly examinaban mi piso. Él tocó el mobiliario, ella se inclinó para examinar la alfombra y alzó una punta para leer la etiqueta. Sí, era una Kirman auténtica. La joven observó los cuadros. Cantabile se sentó entonces en el acolchado sofá de terciopelo sedoso y declaró:

—Esto es realmente lujo de burdel.

—No te pongas muy cómodo. Tengo que ir al juzgado.

Cantabile le dijo a Polly:

—La ex mujer de Charlie sigue demandándolo y demandándolo.

—¿Por qué?

—Por todo. Ya te ha sacado una buena tajada, ¿verdad, Charlie?

—Un montón de dinero.

—Es tímido. Le da vergüenza decir cuánto —le explicó Cantabile a Polly.

—Al parecer —dije a mi vez—, en una partida de póquer le conté a Rinaldo toda la historia de mi vida.

—Polly la conoce. Ayer se la conté. Cuando más hablaste fue después de la partida de póquer. —Se volvió de nuevo a Polly—. Charlie estaba demasiado borracho para conducir su 280-SL, de modo que lo llevé a casa y Emil condujo el T-bird. Me contaste muchas cosas, Charlie. ¿Dónde consigues estos mondadientes de fantasía de pluma de ganso? Los hay por todas partes. Pareces muy neurótico respecto a tener migajas entre los dientes.

—Me los envían de Londres.

—¿Como tus calcetines de cachemira y tu jabón de tocador de Floris?

Sí, debía de haber estado muy ansioso de contar cosas. Le había dado extensa información a Cantabile, y él había ampliado las pesquisas por su cuenta, obviamente

con la intención de establecer una relación conmigo.

—¿Por qué dejas que tu ex te exprese de ese modo? Tienes un pésimo abogado, aunque famoso: Forrest Tomchek. Ya ves que he estado preguntando. Tomchek es de los mejores en divorcios. Se ocupa del divorcio de los poderosos de las corporaciones. Pero tú no eres nadie para él. Fue tu compinche Szathmar quien te recomendó a ese tipo, ¿no es verdad?

Y bien, ¿quién es el abogado de tu mujer?

—Un individuo llamado Maxie Pinsker.

—¡Demonios! Pinsker, ¡ese judío devorador de hombres! Ha escogido el peor que existe. Te va a sacar el hígado para comerlo con huevos y cebolla. ¡Huy, Charlie! Este aspecto de tu vida es vergonzoso. No te preocupas por vigilar tus intereses. Dejas que la gente hable pestes de ti. Empezando por tus amigos. Sé algunas cosas de tu amigo Szathmar. Nadie te invita a ti a cenar, lo invitan a él, y él suelta su palabrería habitual para desacreditar a Charlie. Facilita información confidencial sobre tu persona a los columnistas mundanos. Siempre está lamiéndole el culo a Schneiderman, de un modo tan vil que da asco. Tomchek le dará una parte. Y Tomchek te venderá al caníbal de Pinsker. Pinsker te lanzará al juez. El juez concederá a tu mujer... ¿cómo se llama?

—Denise —le respondí, solícito como de costumbre.

—Bueno, pues concederá tu piel a Denise y ella la colgará en su leonera. ¿Qué, Polly, te parece que Charles tiene el aspecto que se supone ha de tener?

Naturalmente, Cantabile no podía contener su júbilo. Tenía que contar a alguien lo que había hecho la pasada noche. Así como Humboldt después de su triunfo sobre Longstaff había ido directamente al Village para celebrarlo encima de Ginnie, Cantabile salió enardecido en su Thunderbird para pasar la noche con Polly y celebrar su triunfo y mi humillación. Me hacía pensar en la tremenda fuerza que el deseo de ser interesante alcanza en el democrático Estados Unidos. Por esto, los norteamericanos no saben guardar secretos. En la Segunda Guerra Mundial éramos la desesperación de los británicos porque no podíamos mantener la boca cerrada. Por suerte, los alemanes no podían creer que tuviéramos la lengua tan suelta. Se imaginaban que estábamos facilitando deliberadamente falsa información. Y lo hacemos para demostrar que no somos tan aburridos como parecemos, sino que rebotamos encanto y conocimiento. Así que me dije: «Muy bien, regocíjate, bigotudo hijo de puta. Fanfarronea sobre lo que me hiciste al destrozar el 280-SL. Ya nos veremos». Al mismo tiempo me alegraba de que Renata me alejara de allí, forzándome a ir al extranjero otra vez. Renata tenía razón. Con seguridad, Cantabile había hecho planes para nuestro futuro. No estaba muy seguro de poder defenderme de su singular modo de ataque.

Polly meditaba cómo responder a la pregunta de Cantabile, y este, pálido y atractivo, me estudiaba casi con afecto. Con su abrigo ranglán todavía abotonado, el sombrero puesto y sus bonitas botas sobre mi mesita de laca de China para el café, parecía irritado, fatigado y satisfecho. Había perdido su frescor, olía ligeramente,

pero seguía volando alto.

—Creo que el señor Citrine todavía es un hombre guapo —declaró Polly.

—Muchas gracias, jovencita.

—Seguramente lo ha sido. Delgado pero fornido, con grandes ojos rasgados y, probablemente, un pene grueso. Ahora solo es una belleza marchita —dijo Cantabile—. Yo sé lo que lo está matando. Perder el contorno firme de su mandíbula. Fíjate en la papada y las arrugas del cuello. Las aletas de la nariz se le ensanchan y muestran pelos blancos. Esto les sucede también a los sabuesos y los caballos, que se blanquean alrededor del morro. ¡Oh! Es un hombre extraordinario, no hay duda. Un animal raro. Como el último de los flamencos color naranja. Habría que protegerlo como un monumento nacional. Y es un cabrón muy atractivo. Ha dormido con todo bicho viviente. Es terriblemente presuntuoso también. Charlie y su camarada George hacen footing y se entrenan como un par de adolescentes. Se sostienen sobre la cabeza, toman vitamina E y juegan al racquetball. Aunque he oído decir que eres muy malo en las pistas, Charlie.

—Ya no tengo edad para las olimpiadas.

—Tiene un trabajo sedentario y necesita ejercicio —terció Polly. Tenía la nariz ligeramente curvada, y el cabello rojo reluciente, fragante. Me sentía gradualmente atraído hacia ella aunque de un modo desinteresado, solo por sus cualidades humanas.

—La razón principal de tanto ponerse en forma es que tiene una amiguita joven, y a las pájaras jóvenes, a menos que posean un gran sentido del humor, no les gusta ser abrazadas por un barrigón.

—Hago ejercicio porque sufro de artritis en la nuca —le aclaré a Polly—. O sufría. A medida que me hago viejo, es como si mi cabeza se hiciera más pesada y mi cuello se debilitara.

La tensión radicaba principalmente en la mente. Allí donde la persona autónoma moderna se mantiene vigilante. Pero Cantabile tenía razón, naturalmente. Yo era presuntuoso, y no había alcanzado la edad del renunciamento. O lo que se entienda por ella. No obstante, no era todo vanidad. La falta de ejercicio me ponía enfermo. Solía confiar en que, al hacerme viejo, tendría menos energía disponible para mis neurosis. Tolstoi creía que la gente se creaba problemas porque comía carne y bebía vodka y café y fumaba cigarrillos. Sobrecargada de calorías y estimulantes y sin realizar ninguna labor provechosa, caían en la carnalidad y en otros vicios. En este punto yo siempre recordaba que Hitler había sido vegetariano, de modo que la carne no era necesariamente la culpable. La energía del corazón más bien, o un alma perversa, quizá incluso el karma —pagando en esta vida el mal cometido en una vida anterior—. De acuerdo con Steiner, a quien ahora leía intensamente, el espíritu aprende con la resistencia, pues el cuerpo material resiste y se opone. En el proceso, el cuerpo se desgasta. Pero no había conseguido buenos valores por mi deterioro. Al verme con mis hijitas, algunas personas necias me preguntaban a veces si se trataba

de mis nietas. ¡A mí! ¿Cómo era posible? Y me daba cuenta de que estaba adquiriendo ese aspecto de trofeo mal disecado que asociaba siempre con la edad, y me sentía horrorizado. Por las fotografías veía también que ya no era el hombre que había sido. Debería haber estado en condiciones de poder decir: «Sí, quizá parece que me derrumbe, pero deberíais ver mi balance espiritual».

Pero tampoco estaba en condiciones de decirlo. Tengo mejor aspecto que los muertos, claro está, pero algunas veces justo en el límite.

—Bien, gracias por haber venido, señorita Palomino, pero le ruego que me excuse —dije—. Van a venir a recogerme y no me he afeitado ni he comido nada.

—¿Cómo te afeitas, con maquinilla eléctrica o con hoja de afeitar?

—Con una Remington.

—La única máquina eléctrica que vale es Abercrombie Fitch. Creo que también me afeitaré. ¿Y qué hay para comer?

—Me tomaré un yogur. Pero no puedo ofrecerte ninguno.

—Nosotros acabamos de comer. ¿Un yogur a secas? ¿No pones nada dentro? ¿Y si comieras un huevo duro? Polly te hervirá un huevo. Polly, ve a la cocina y hierve un huevo para Charlie. ¿Cómo dijiste que vas a ir a la ciudad?

—Vendrán a recogerme.

—No te preocupes por el Mercedes. Yo te conseguiré tres 280-SL. Eres demasiado importante para que me guardes rencor por un simple automóvil. De ahora en adelante las cosas van a ser diferentes. Mira, ¿por qué no nos encontramos cuando salgas del juzgado y nos tomamos un trago? Lo necesitarás. Y deberías hablar un poco más. Escuchas demasiado. No es bueno para ti.

Se relajó un poco más manifiestamente, apoyando ambos brazos sobre el respaldo redondeado del sofá, como queriendo demostrar que no era hombre del que pudiese deshacerme fácilmente. Al mismo tiempo, quería transmitir un sentido de espléndida intimidad con la linda Polly, plenamente satisfecha. Yo tenía mis dudas al respecto.

—Esta clase de vida es muy mala para ti —advirtió Cantabile—. He visto algunos sujetos al salir del confinamiento solitario y conozco los signos. ¿Por qué vives en el sur, rodeado de barracas? ¿Es porque tienes amigos sabihondos en el Midway? Estuviste hablando de ese profesor Richard no sé qué.

—Durnwald.

—Ese mismo. Pero también me contaste que un matón te persiguió por medio de la calle. Deberías alquilar cerca del norte, en un edificio bien protegido y con un garaje en el sótano. ¿O es que sigues aquí a causa de las esposas de esos profesores? Las damas de Hyde Park son fáciles de conquistar. —De pronto preguntó—: ¿Tienes una pistola, por lo menos?

—No, no la tengo.

—Dios mío, aquí tienes otro ejemplo de lo que quiero decir. La gente como tú no sabe ver la realidad. Esta es una situación tan grave como la de Fort Dearborn, ¿no te das cuenta? Y únicamente los pieles rojas tienen fusiles y tomahawks. ¿No has leído

la semana pasada sobre el taxista al que volaron la cara de un disparo? La cirugía plástica tardará un año en reconstruirla. ¿No sientes deseos de venganza cuando te enteras de esas cosas? ¿O es que ya te has vuelto completamente indiferente? Si es así, no comprendo cómo tu vida sexual puede tener nada bueno. No me digas que no te apasionaría cazar al cerdo que te persiguió, simplemente encararlo y volarle la condenada cabeza. Si te doy una pistola, ¿la llevarás contigo? ¿No? Vosotros, los santurriones liberales, me dais asco. Hoy irás a la ciudad y seguirás como siempre con ese Forrest Tomchek y ese caníbal de Pinsker. Te comerán vivo. Pero tú te limitas a decirte que son vulgares, mientras que tú tienes clase. ¿Quieres una pistola? — Introdujo con rapidez la mano debajo del abrigo—. Aquí tienes una.

Yo sentía debilidad por los tipos como Cantabile. No era por casualidad que el barón Von Trenck de mi éxito en Broadway, fuente del dinero conseguido por la venta de la película —el olor a sangre que atraía a los tiburones de Chicago que ahora estaban esperándome en la ciudad—, fuese también demostrativo, exuberante, impulsivo, destructivo y obstinado. Este tipo, el obstinado impulsivo, ahora estaba ganando su lugar en la clase media. Rinaldo se mostraba mordaz conmigo por mi decadencia. Instintos deteriorados. No me defendería. Sus ideas probablemente estaban de acuerdo con Sorel (actos de exaltada violencia llevados a cabo por comprometidos dedicados para asombrar a la burguesía y reavivar su extinto valor). Aunque él no sabía quién era Sorel, estas teorías suelen hacerse públicas y encuentran gente que las ejemplifica —secuestradores de aviones, terroristas políticos que matan a los rehenes o disparan contra las multitudes, los Arafat sobre los que se lee en los periódicos y que se ven en la televisión—. Cantabile estaba manifestando estas tendencias en Chicago, exaltando frenéticamente algún principio humano, aunque él no sabía cuál. A mi propio modo de ver, tampoco yo lo sabía. ¿Por qué causa no disfrutaba de las relaciones con gente de mi propio nivel intelectual? Me atraían, en cambio, esos tipos ruidosamente terminantes. Tenían algo que me satisfacía. En parte, ello era quizá un fenómeno de la moderna sociedad capitalista con su compromiso de libertad personal para todos, dispuesta a comprender a los enemigos mortales de las clases dirigentes e incluso a subvencionarlos, como dice Schumpeter, con verdadera compasión por el sufrimiento auténtico o fingido, dispuesta a aceptar las cargas y las distorsiones de carácter peculiares. Era verdad que la gente creía que mostrarse paciente con los criminales y los psicópatas era un signo de distinción moral. ¡Comprensión! ¡Nos entusiasma comprender y mostrarnos compasivos! Y allí estaba yo. En cuanto a las grandes masas, millones de personas que ahora nacen pobres tenían casas y herramientas mecánicas y otros aparatos y comodidades, y soportaban la turbulencia social sin rechistar, aferrados a sus posesiones mundanas. Nada de perturbar el equilibrio. Aparentemente, yo compartía su condición. Pero no podía apreciar el bien que me haría disparar una pistola. Como si pudiera abrirme a tiros un camino para escapar de mis inquietudes, ¡siendo mi principal inquietud mi propio carácter!

Cantabile había invertido en mí mucha intrepidez e ingenio, y ahora parecía estar convencido de que no debíamos separarnos jamás. Deseaba también que lo impulsara hacia arriba, hacia cosas más elevadas. Había alcanzado el nivel propio de vagabundos, estafadores, desposeídos y criminales de Francia del siglo XVIII, el nivel del hombre intelectual creativo y teorizador. Quizá se imaginaba ser el sobrino de Rameau o incluso Jean Genet. Yo no aceptaba esto como predicción del futuro. No deseaba tomar parte. Naturalmente, al crear a Von Trenck había contribuido con mi parte. En el *Late Late Show*, con frecuencia se podía contemplar a Von Trenck luchando en duelo, escapando de la prisión, seduciendo mujeres, mintiendo y fanfarroneando, o intentando prender fuego a la villa de su cuñado. Sí, yo había contribuido con mi pequeña parte. Además, posiblemente insinuaba sin cesar un nuevo interés en cosas más elevadas, un deseo de avanzar en el plano espiritual, y era perfectamente legítimo que Cantabile me pidiera que le contara algo de eso, que lo compartiera con él o, por lo menos, se lo hiciera entrever. Estaba aquí para favorecerme, me dijo. Ansiaba ayudarme.

—Puedo proporcionarte un buen negocio —me ofreció.

Y comenzó a describirme algunas de sus empresas. Tenía dinero aquí y allá. Era presidente de una compañía de vuelos chárter, quizá una de aquellas que habían dejado abandonadas millares de personas en Europa durante el pasado verano. Formaba parte también de un grupo que facilitaba los abortos y se anunciaba en los periódicos de las universidades de todo el país como un amigo desinteresado. «*Llámanos si te ocurre este accidente. Te aconsejaremos y ayudaremos sin costo alguno*». Esto era sumamente cierto, aclaró Cantabile. No había costo alguno, pero los médicos les daban un porcentaje de los honorarios. Puro negocio.

A Polly no parecía preocuparle todo esto. Pensé que era demasiado buena para Cantabile. Lo que ocurre es que en cada pareja se obtiene una ganancia del contraste. Me di cuenta de que Cantabile divertía a Polly, de piel blanca, cabello rojo y bonitas piernas. Por este motivo, ella seguía con él. Porque se divertía de verdad. Por su parte, Cantabile me empujaba para que admirara a la chica. También se vanagloriaba de la educación de su esposa, de los éxitos que ella lograba. Y presumía a mis expensas delante de Polly. Estaba orgulloso de todos nosotros.

—Fíjate en la boca de Charlie —dijo a Polly—. Notarás que se mueve, aun cuando no esté hablando. Esto es porque está pensando. Siempre está pensando. Mira, te enseñaré lo que quiero decir. —Cogió un libro, el mayor libro de la mesa—. Fíjate en este monstruo: *The Hastings Encyclopedia of Religion and Ethics*. ¡Dios sabrá qué demonios es esto! Ahora, Charlie, dinos, ¿qué has estado leyendo aquí?

—Estaba comprobando algo sobre Orígenes de Alejandría. La opinión de Orígenes era que la Biblia no podía ser simplemente una colección de historias. ¿Se escondieron realmente Adán y Eva detrás de un árbol cuando Dios entró en el Jardín en pleno día? ¿Es que los ángeles subían y bajaban realmente las escaleras? ¿Se llevó Satán a Jesús a la cima de un alto monte para tentarlo? Indudablemente, estas

historias tienen un significado más profundo. ¿Qué significa la expresión «Dios caminó»? ¿Tiene Dios pies? Aquí fue donde los pensadores intervinieron y...

—Basta, ya basta. Ahora veamos, ¿qué dice este libro *The Triumph of the Therapeutic*?

Por razones particulares, yo no era reacio a someterme a semejante examen. Yo leía muchísimo. ¿Sabía lo que estaba leyendo? Veríamos. Cerré los ojos y recité: «Dice que los psicoterapeutas pueden llegar a ser los nuevos líderes espirituales de la humanidad. Un desastre. Goethe temía que el mundo moderno pudiera convertirse en un hospital. Todos los ciudadanos indispuestos. Este punto se toca también en *Knock*, de Jules Romains. ¿Es la hipocondría una creación de la profesión médica? De acuerdo con este autor, cuando la cultura fracasa en superar el sentimiento de vaciedad y el pánico al que todo hombre es proclive, se presentan otros agentes para recomponernos con terapia, con pegamento, con eslóganes o con saliva, o, como dice ese individuo, Gumbein, el crítico de arte, se recicla a los pobres desgraciados en el sofá. Este punto de vista es todavía más pesimista que el sostenido por el Gran Inquisidor de Dostoievski que dijo: “La humanidad es frágil, necesita pan, no soporta la libertad, pero requiere milagros, misterios y autoridad. Una disposición natural a sentimientos de vacío y pánico es mucho peor que aquello. Mucho peor. Lo que significa en realidad es que los seres humanos estamos locos. La última institución que controló semejante locura (según este punto de vista) fue la Iglesia...”».

Cantabile me detuvo nuevamente.

—Polly, ya ves lo que quería decirte. Ahora dime, ¿qué es esto *Entre la muerte y el nuevo nacimiento*?

—¿Steiner? Un libro fascinante sobre el viaje del alma más allá de las puertas de la muerte. Distinto del mito de Platón...

—Ea, detente —dijo Cantabile, y le indicó a Polly—: Todo lo que hay que hacer es formular una pregunta, y él comienza a explicarse. ¿Te imaginas esto como una representación en un club nocturno? Podríamos contratarlo en Mr. Kelly's.

Polly fijó sus ojos pardos en mí y declaró:

—Él no se avendría a ello.

—Todo depende de la pasta que le saquen hoy. Charlie, hoy he tenido otra idea mientras venía para aquí. Podríamos grabarte en cintas, leyendo algunos de tus ensayos o artículos, y alquilar las cintas a los colegios y universidades. Lograrías unos bonitos ingresos. Como ese artículo sobre Bobby Kennedy que leí en Leavenworth, en *Esquire*. Y aquel otro titulado «Homenaje a Harry Houdini». Pero no «Grandes aburrimientos del mundo moderno»; no pude leerlo en absoluto.

—Bueno, no corras tanto, Cantabile —le dije.

Me daba perfecta cuenta de que en el Chicago de los negocios que alguien deseara introducir a otro en algún proyecto para hacer dinero era una prueba segura de cariño. Pero no podía aprovecharme de Cantabile en su estado presente de ánimo, ni conocer el curso de su espíritu, que divagaba en todas direcciones. Estaba muy

excitado y, en aquel hospital de Goethe, era un ciudadano enfermo. Quizá yo no estaba tampoco en muy buena forma. Se me ocurrió que el día anterior Cantabile me había llevado a un lugar alto, no precisamente para tentarme, sino para lanzar al vuelo mis billetes de cincuenta dólares. ¿No estaría ahora encarando un desafío de la imaginación? Es decir, ¿cómo iba a continuar el acto del día anterior? Sin embargo, él parecía convencido de que los acontecimientos del día anterior nos habían unido con un lazo casi místico. Había unas palabras griegas que lo expresaban: *philia*, *agape* y así sucesivamente (yo había oído a un famoso teólogo, Tillich, exponer sus diversos significados, y desde entonces estuve siempre confuso al respecto). Lo que quiero decir es que, en este determinado momento del curso de la humanidad, la *philia* se manifestaba en las ideas promocionales y los tratos comerciales de Estados Unidos. A esto yo añadía mi bordado personal en los márgenes. Elaboraba demasiado profusamente los motivos de la gente.

Miré el reloj. Renata tardaría todavía unos cuarenta minutos. Se presentaría fragante, recién arreglada, hasta majestuosa, con uno de sus grandes sombreros blancos. Yo no quería que Cantabile la conociera. De hecho, tampoco era buena idea que ella conociera a Cantabile. Cuando miraba a un hombre que despertaba su interés tenía un modo especial de despegar lentamente la mirada de él. No es que significara mucho. Era cuestión de educación. Había aprendido el truco con su mamá, la Señora. Aunque supongo que, si se nace con unos ojos tan bonitos, uno desarrolla su propio método. En el método de comunicación femenina de Renata, la piedad y el fervor eran importantes. El punto principal, sin embargo, era que Cantabile vería un individuo viejo con una jovencita y que podría intentar sacar ventaja de este hecho.

Quiero dejar claro, no obstante, que estoy hablando como una persona que últimamente ha recibido o experimentado una luz. Y no quiero decir «la» luz. Quiero decir una especie de luz en el ser, una cosa difícil de precisar, sobre todo en un relato como este, en el que figuran en primer plano tantos fenómenos, acciones y objetos ilusorios, necios, erróneos e inquietantes. Esta luz, fuera cual fuese su descripción, era ahora un elemento auténtico en mí, como el propio aliento de la vida. La había experimentado brevemente, pero había durado el tiempo suficiente para convencerme y también para causar una especie de gozo irrazonable. Además, frente a lo histérico y lo grotesco que había en mí, frente a lo abusivo, lo injusto la locura en la que había participado con frecuencia activa y voluntariamente, frente al dolor, había surgido ahora algo completamente distinto. Digo «ahora», pero hacía ya mucho tiempo que sabía lo que era esta luz. Únicamente parecía haber olvidado que en la primera década de la vida conocía esta luz y sabía cómo insuflarla en mí. Pero este talento, don o inspiración inicial, rechazado en favor de la madurez o el realismo (el espíritu práctico, la autopreservación, la lucha por la supervivencia), ahora renacía lentamente. Quizá la naturaleza vana de la autopreservación común había vuelto finalmente demasiado evidente el mecanismo de negación. ¿Preservación para qué?

Por el momento, Cantabile y Polly no me dedicaban mucha atención. Él le estaba



explicando cuán conveniente sería para mí una pequeña corporación que protegiera mis ganancias. En España, las mujeres de la clase trabajadora se golpean la mejilla con tres dedos y tuercen la cara en demostración de la mayor ironía. Cantabile hacía el mismo tipo de visaje. Era cuestión de preservar los bienes de las manos del enemigo, Denise y su abogado, el caníbal de Pinsker, y es posible que hasta del propio juez Urbanovich.

—Mis informadores me dicen que el juez está de parte de la dama. ¿Cómo sabemos que no va a sacar tajada del asunto? Las calles rebosan negocios raros. ¿Qué otra cosa hay en Chicago y alrededores? Charlie, ¿no has pensado nunca en trasladarte a las islas Caimán? Es la nueva Suiza. Yo no depositaría mi «dinero» en los bancos suizos. Después que los rusos hayan obtenido lo que quieran de nosotros en esta tregua, harán su jugada en Europa. Y ya sabes lo que va a suceder con todo ese dinero acumulado en tierra suiza, todo ese dinero de Vietnam y de Irán, y de los coroneles griegos y del petróleo árabe. No, cómprate una propiedad con aire acondicionado en las islas Caimán. Cómprate una buena reserva de desodorante corporal y vive feliz.

—¿Y con qué dinero lo hará? —preguntó Polly—. ¿Tiene lo suficiente?

—No lo sé. Pero si no tiene dinero, ¿por qué le están sacando la piel a tiras los abogados? Te puedo proporcionar algo bueno, Charlie. Compra algunos contratos para futuras transacciones. Yo ya he ganado bastante.

—Sobre el papel, sí. Siempre que ese Stronson sea honrado —manifestó Polly.

—¿De qué estás hablando? Stronson es multimillonario. ¿No viste su magnífica casa en Kenilworth y el título de graduado en marketing de la Escuela Comercial de Harvard colgado en la pared? Además, ha estado comerciando con la mafia y tú sabes cómo reaccionan esos tíos ante una estafa. Ellos bastan para mantenerlo en el buen camino. Pero es un tío legal. Pertenece al Mid America Commodity Exchange. Los veinte mil que le entregué hace cinco meses los ha doblado para mí. Te traeré los folletos de su compañía. De todos modos, Charlie únicamente ha de levantar la mano para conseguir un montón. No olvides que una vez tuvo un gran éxito en Broadway y con una película que dio muchos ingresos. ¿Por qué no otra vez? Fíjate en todos esos papeles esparcidos por aquí. Estos manuscritos y esta porquería podrían valer muchísimo. Probablemente hay una mina de oro aquí mismo. ¿Te apuestas algo? Por ejemplo, sé que tú y tu amigo Von Humboldt Fleisher escribisteis juntos, en cierta ocasión, un guión cinematográfico.

—¿Quién te ha contado eso?

—Mi mujer, que todo lo investiga.

Yo me reí a gusto. ¡Un guión cinematográfico!

—¿Te acuerdas? —preguntó Cantabile.

—Sí, me acuerdo. ¿Y cómo se enteró tu mujer? ¿Por Kathleen...?

—Sí, por la señora Tigler. Lucy está ahora en Nevada entrevistándola. Ha estado allí durante una semana, alojada en el elegante rancho Tigler. Ella lo lleva solita.

—¿Por qué? ¿Dónde está Tigler? ¿Se fue?

—Se fue para siempre. El tipo está muerto.

—¿Muerto, de verdad? ¿Es viuda? Pobre Kathleen. No tiene suerte, pobre mujer. Lo siento por ella.

—Ella también es muy sentimental con respecto a ti. Lucy le dijo que yo te conocía y ella encargó que te diéramos recuerdos. ¿Tienes algún recado para ella? Lucy y yo hablamos todos los días por teléfono.

—¿Cómo murió Tigler?

—De un tiro, en un accidente de caza.

—Es lógico. Era un hombre arriesgado. Había sido vaquero.

—¿Y un pelmazo? —preguntó Cantabile.

—Puede ser.

—Así que tú lo conociste personalmente. No lo lamentas mucho, ¿eh? Todo lo que se te ocurre es «pobre Kathleen». ¿Y qué hay de esa película que tú y Fleisher escribisteis?

—Oh, sí, cuéntanos —intervino Polly—. ¿De qué trataba? Dos cerebros como los vuestros trabajando juntos, ¡vaya!

—Fue una tontería. Nada serio. En Princeton nos divertíamos de esa manera. Un simple pasatiempo.

—¿No has guardado ninguna copia? Es probable que seas el último en saber lo que puede haber ahí comercialmente —dijo Cantabile.

—¿Comercialmente? Los días fastuosos de Hollywood ya pasaron. Se terminaron los fantásticos ingresos.

—Este lado de la cuestión queda a mi cargo —dijo Cantabile—. Si lo que tenemos es bueno, yo sabré cómo promoverlo: director, estrella, financiador, todo el equipo. Tú tienes un récord de taquilla, acuérdate, y el nombre de Fleisher todavía no se ha olvidado completamente. Conseguiremos publicar la tesis de Lucy y esto lo revivirá.

—Pero ¿de qué trataba la historia? —insistió Polly, con la nariz inclinada, fragante, balanceando lánguidamente una pierna.

—Tengo que afeitarme y almorzar. He de ir al tribunal. Estoy esperando a un amigo de California.

—¿Quién es? —preguntó Cantabile.

—Se llama Pierre Thaxter, y juntos publicamos un periódico llamado *The Ark*. De todos modos, esto no es asunto que te incumba...

Pero naturalmente sí le incumbía, porque era un demonio, un agente de distracción. Su tarea consistía en armar barullo, desviar la atención y hacerme hundir en el lodo.

—Bueno, cuéntanos algo sobre la película —dijo Cantabile.

—Lo intentaré. Nada más para comprobar si tengo buena memoria —respondí—. La cosa comenzó con Amundsen, el explorador del Polo, y Umberto Nobile. En la

época de Mussolini, Nobile era un oficial de aviación, un ingeniero, un comandante de dirigibles, un hombre valiente. En los años veinte, él y Amundsen encabezaron una expedición al Polo Norte y volaron desde Noruega hasta Seattle. Pero eran rivales y llegaron a odiarse. En la siguiente expedición, Nobile fue solo, con la ayuda de Mussolini. Pero su nave, más ligera que el aire, sufrió un accidente en el Ártico y la tripulación quedó esparcida por los bloques de hielo. Cuando Amundsen oyó lo que había ocurrido, dijo: «Mi camarada Umberto Nobile (que él detestaba, hay que recordarlo) ha caído al mar. Voy a rescatarlo». Así que fletó un avión francés y lo equipó hasta los topes. El piloto le avisó que iban sobrecargados y que se negaba a volar en esas condiciones. Como sir Patrick Spens, recuerdo que le comenté a Humboldt.

—¿Qué Spens?

—Es un poema —aclaró Polly a Cantabile—, y Amundsen fue el tipo que venció a la expedición de Scott en el Polo Sur. Complacido por disponer de una muñeca instruida que le informara, Cantabile dio a entender con su actitud que los laboriosos y los ratones de biblioteca le proporcionarían toda la insignificante información histórica que pudiera necesitar.

—El piloto francés le advirtió, pero Amundsen respondió: «Tú no eres quién para enseñarme cómo debo conducir una expedición de rescate». Así que el avión se alzó de la pista, pero cayó al mar. Todos murieron.

—¿Y esto es la película? ¿Y qué pasó con los tipos aislados en el hielo?

—Los hombres aislados en el hielo enviaron mensajes por radio que fueron captados por los rusos. Un rompehielos llamado *Krassin* salió a buscarlos. Navegó por entre los bancos de hielo y rescató a dos hombres, un italiano y un sueco. Había habido un tercer superviviente, pero ¿dónde estaba? Las explicaciones de los otros eran vagas y se sospechó que el italiano había cometido canibalismo. El doctor ruso que iba a bordo del *Krassin* le sondó el estómago y, con el microscopio, identificó tejido humano. En fin, se produjo un escándalo mayúsculo. El bote que guardaba el contenido del estómago de este individuo se exhibió en la Plaza Roja con un gran cartel: «¡Así es como los perros capitalistas, imperialistas y fascistas se devoran unos a otros! ¡Únicamente el proletariado conoce la moralidad, la hermandad y el autosacrificio!».

—Pero ¡qué maldita película se conseguiría con todo esto! —dijo Cantabile—. Hasta ahora es una idiotez.

—Ya te lo advertí.

—Sí, pero ahora estás ofendido conmigo y echando chispas. Crees que soy un imbécil, comparado contigo. No soy artista ni tengo derecho alguno a tener opinión.

—Esto solo es el fondo —continuó—. La película, según Humboldt y yo la trazamos, comenzaba en un pueblo siciliano. El caníbal, al que Humboldt y yo llamamos signor Caldofreddo, es ahora un hombre viejo y bondadoso que vende helados, los chicos lo quieren y tiene una sola hija, una belleza adorable. Aquí nadie

recuerda la expedición de Nobile. Pero se presenta un periodista danés para entrevistar al vejete. Está escribiendo un libro sobre el rescate del *Krassin*. El viejo se encuentra con él en secreto y le dice: «Déjame tranquilo. He sido vegetariano durante cincuenta años. Hago helados. Soy un anciano. No me hagas caer en desgracia ahora. Busca un tema diferente. La vida rebosa de situaciones interesantes. No necesitas la mía. ¡Dios mío, permite que tu servidor pueda morir en paz!».

—¿De modo que la parte de Amundsen y de Nobile gira alrededor de esto? —preguntó Polly.

—Humboldt admiraba a Preston Sturges. Le gustaba *The Miracle of Morgan's Creek* y también *The Great McGinty*, protagonizada por Brian Donlevy y Akim Tamiroff, y la idea de Humboldt era hacer aparecer a Mussolini, Stalin, Hitler e incluso el Papa.

—¿Cómo el Papa? —exclamó Cantabile.

—El Papa dio a Nobile una gran cruz para que la dejara en el Polo Norte. Queríamos que la película fuera un vodevil y una farsa, pero con elementos de *Edipo en Colona*. Los pecadores espectacularmente violentos adquieren mágicas propiedades al hacerse viejos, y cuando llegan a la muerte tienen el poder de maldecir y bendecir.

—Si quieres que sea divertida, dejemos al Papa fuera —manifestó Cantabile.

—Viéndose atrapado, el viejo Caldofreddo sufre un arrebató de cólera. Intenta matar al periodista. Afloja una roca en la falda de la montaña. Pero entonces se arrepiente y sujeta la roca luchando con todas sus fuerzas hasta que ha pasado ya el automóvil del hombre por la carretera al pie de la montaña. Después de esto, Caldofreddo hace sonar su cornetín de vendedor de helados en la plaza del pueblo para que se reúna la gente y confiesa públicamente ante sus conciudadanos. Llorando, les cuenta que es un caníbal...

—Lo que destruye el romance amoroso de su hija, supongo —objetó Polly.

—No, justo al revés —respondí—. La gente del pueblo hace un juicio público. El joven enamorado de la hija dice: «Considerad lo que comían nuestros antepasados. Como los monos, como los animales inferiores, como los peces. Pensad lo que han comido los animales desde el principio de los tiempos. Y nosotros les debemos nuestra existencia».

—No, no me parece bueno para ganar dinero —replicó Cantabile.

Les advertí que tenía que afeitarme ya, y ambos me acompañaron al cuarto de baño.

—No —repitió Cantabile—, no creo que sea bueno. Pero ¿tienes alguna copia de eso?

Yo había conectado la maquinilla de afeitar eléctrica, pero Cantabile me la quitó. Y dijo a Polly:

—No te sientes. Ve a preparar ese huevo para el almuerzo de Charlie. Ve ahora mismo, ve a la cocina. —Y siguió—: Primero me afeitaré yo. No me gusta usar la

máquina cuando está caliente. La temperatura del otro individuo me marea. — Deslizó la reluciente maquinilla zumbadora arriba y abajo, tirando de su piel y haciendo visajes—. Ella te preparará el almuerzo. Bonita, ¿eh? ¿Qué piensas de ella, Charlie?

—Una chica sorprendente. E inteligente, sin duda. Por su mano izquierda veo que está casada.

—Sí, con un sujeto que hace anuncios para la televisión. Trabaja todo el día y nunca está en su casa. Nos vemos a menudo con Polly. Cada mañana, cuando Lucy sale para su trabajo en Mundelein, Polly viene y se mete en la cama conmigo. Ya veo que esto te causa mala impresión. Pero no hagas comedia conmigo, ya me he dado cuenta de cómo te has animado al verla, y has estado intentando causarle buena impresión, has estado presumiendo. Esa ligera jactancia... No eres así cuando estás entre hombres.

—Admito que me gusta presumir cuando hay damas delante.

Él levantó la barbilla para pasarse la máquina por el cuello. Su pálida nariz se perfilaba oscuramente.

—¿Te gustaría hacerle el amor a Polly? —preguntó.

—¿Qué? ¿Es una pregunta abstracta?

—Nada de abstracto. Tú haces algo por mí; yo hago algo por ti. Ayer te destrocé el automóvil, te exhibí por la ciudad. Ahora las cosas son distintas. Ya sé que tienes una linda amiguita. No me importa quién sea y lo que sea. Comparada con Polly es absolutamente mediocre. Polly hace que las otras chicas no valgan nada.

—En tal caso, debo darte las gracias.

—Esto significa que no quieres. Estás rehusando. Toma tu máquina; ya he terminado.

Colocó bruscamente la máquina de afeitar en mi mano. Se apartó del lavabo y se apoyó en la pared del cuarto de baño, con los brazos cruzados y un pie apoyado de punta.

—Es mejor que no me rechaces —me advirtió.

—¿Y por qué no?

Su rostro, pálido por naturaleza, se acaloró. Pero prosiguió:

—Podemos hacerlo los tres juntos. Tú te tiendes sobre la espalda. Ella se pone encima de ti y al mismo tiempo me traga a mí.

—Vaya, dejemos esa inmundicia. No sigas. No puedo ni imaginarlo.

—No te des aires de superioridad conmigo —aclaró de nuevo—. Yo me coloco en la cabecera de la cama, de pie. Tú te tiendes. Polly se abre de piernas sobre ti y se inclina hacia mí.

—No sigas con estas proposiciones asquerosas. No quiero tomar parte en vuestro circo sexual.

Cantabile me dedicó una mirada asesina, pero no me importó en absoluto. Había muchos otros antes que él en la fila de los odios: Denise y Pinsker, Tomchek y el

tribunal, Hacienda...

—Tú no eres un puritano —declaró Cantabile ceñudamente. Dándose cuenta de mi humor, cambió de tema—. Tu amigo George Swiebel estuvo hablando en la partida sobre una mina de berilio en África Oriental... ¿Qué material es el berilio?

—Se necesita en las aleaciones duras que utilizan en las naves espaciales. George dice que tiene amigos en Kenia...

—Oh, tendrá conexiones con los mandamás de la selva. Apuesto a que todos lo quieren. Es tan saludable y humano... Apuesto a que es un pésimo negociante. Estarás más seguro con Stronson y las transacciones futuras. Ese sí que es un tipo listo. Sé que no lo creerás, pero estoy intentando ayudarte. Te van a despedazar en ese juicio. ¿Has salvado algo? No puedes ser tan idiota. ¿No tienes en alguna parte dinero oculto?

—Nunca se me ocurrió.

—Quieres hacerme creer que en tus pensamientos no hay sino ángeles y escaleras y espíritus inmortales, pero, por el modo en que vives, veo que no es verdad. En primer lugar, eres un petimetre. Conozco a tu sastre. Y en segundo término, eres un viejo libertino sexual...

—¿Te hablé aquella noche sobre el espíritu inmortal?

—Como que hay Dios. Dijiste que, después de cruzar las puertas de la muerte, y te cito literalmente, el alma se expande y se vuelve a mirar al mundo. Charlie, esta mañana se me ocurrió algo sobre ti... Cierra la puerta. Vamos, ciérrala. Ahora escúchame. Podríamos fingir el rapto de una de tus chicas. Tú pagas el rescate y yo me llevo la pasta a las islas Caimán para ti.

—Déjame ver ese revólver tuyo —le dije.

Él me lo entregó y yo le apunté con el arma.

—Voy a usar esto contigo, sin vacilar, si intentas algo parecido —le advertí.

—Baja esa Magnum. Solo es una idea. No hay por qué alterarse.

Extraje las balas, las arrojé al cesto de los papeles, y le devolví la pistola. Tuve que reconocer que tenía la culpa de que me hiciera tales proposiciones. Lo arbitrario puede convertirse en favorito de lo racional. Cantabile parecía reconocer que era mi arbitrario favorito y de algún modo se comportaba de acuerdo con ello. Quizá era mejor ser un arbitrario favorito que un simple loco. Pero ¿es que yo era tan racional?

—La idea del secuestro es demasiado llamativa, tienes razón —dijo—. Y bien, ¿y si nos ganamos al juez? Después de todo, un juez del condado ha de ir a las urnas para la reelección. Los jueces están mezclados en política también, y tú bien lo sabes. Existen ciertos tipos en la organización que los colocan o los expulsan de las urnas. Por treinta o cuarenta de los grandes, la persona adecuada visitará al juez Urbanovich.

Soplé para expulsar los diminutos trozos de vello de la máquina de afeitar.

—¿Tampoco te convence esto?

—No.

—A lo mejor la otra parte ya lo ha hecho. ¿Por qué ser tan caballero? Es como

una especie de parálisis. Absolutamente irreal. Tú deberías estar detrás del cristal del Field Museum. Creo que te encallaste en tu infancia. Si yo te dijese «Liquida todo y ve al extranjero», ¿qué responderías tú?

—Diría que no puedo irme de Estados Unidos justamente a causa del dinero.

—En efecto. No eres ningún Vesco. Tú amas a tu país. Bien, no eres el hombre adecuado para tener ese dinero. Quizá los otros te lo quitarían. Gente como el presidente pretendían ser norteamericanos puros y honestos, como los del *Saturday Evening Post*. *Boy scouts* que repartían periódicos de madrugada. Fraudes, todos ellos. El norteamericano auténtico es un extravagante como tú, un judío intelectual del oeste de Chicago. Tú sí que deberías estar en la Casa Blanca.

—Me inclino por estar de acuerdo contigo.

—Adorarías la protección del Servicio Secreto. —Cantabile abrió la puerta del cuarto de baño para controlar a Polly. Viendo que no estaba escuchando, la cerró de nuevo y dijo en voz baja—: Podríamos hacer un contrato respecto a tu mujer. ¿Quiere luchar? Bueno, dejemos que luche. Podría tener un accidente de automóvil. Podría morir en la calle. Podría ser empujada bajo un tren, arrastrada a un callejón y apuñalada. Andan por ahí tíos desafortunados que se cargan a las mujeres a diestro y siniestro, de modo que nadie lo sabría. Ella te está empujando a ti a morir... Bueno, pues ¿qué te parecería si fuese ella la que muriera? Ya sé que tú dirás que no y lo tomarás a broma... El loco de Cantabile, un bromista.

—Es mejor que bromees.

—Únicamente te recuerdo que esto es Chicago, a fin de cuentas.

—Como el noventa y ocho por ciento es una pesadilla. ¿Crees que yo tendría que aumentarla? Voy a dar por sentado que estás bromeando. Siento que Polly no escuchara esto. De acuerdo, aprecio mucho tu interés por mi bienestar, pero no hagas más sugerencias. Y no me vengas con un horrible regalo de Navidad, Cantabile. Estás esforzándote en producir una impresión dinámica. No me hagas más ofertas criminales, ¿comprendes? Si escucho el más ligero murmullo al respecto, llamo a la brigada de homicidios.

—Tranquilízate, no moveré ni un dedo. Pensé nada más que podía sugerirte toda la serie de alternativas. Es una gran ayuda verlas todas en conjunto un poco. Aclara la mente. Sabes bien que ella celebrará muchísimo verte muerto a ti.

—No, no lo sé —respondí.

Estaba mintiendo. Ella misma me lo había manifestado con toda claridad. Realmente, merecía tener que soportar una conversación como la presente. Yo mismo la había provocado. Había iniciado y elegido mi camino en medio de la humanidad experimentando desilusión tras desilusión. ¿Cuál era mi desilusión? Yo tenía —o creía tener— necesidades y percepciones de un nivel shakespeariano. Pero solo alcanzaban ese elevado nivel muy esporádicamente. Y por ello ahora me encontraba mirando a los ojos soñadores de un Cantabile. ¡Ah, mi vida sublime! Cuando era joven creía que, siendo un intelectual, mi vida sería sublime. Humboldt y yo éramos

idénticos a este respecto. Él también habría respetado y adorado el conocimiento, la racionalidad, el poder analítico de un hombre como Richard Durnwald. Para Durnwald, la única vida audaz, la única apasionada, la única de hombría, era la vida del pensamiento. Yo había estado de acuerdo, pero ya no pensaba de aquel modo. Había decidido escuchar la voz de mi propia mente hablando desde mi interior, desde lo más profundo, y esta voz me decía que existía mi cuerpo, como naturaleza, y que también existía yo. Estaba relacionado con la naturaleza a través de mi cuerpo, pero no toda mi persona estaba contenida en el cuerpo.

A consecuencia de este tipo de ideas, ahora me encontraba bajo la mirada de Cantabile. Él me examinaba. Parecía también comprensivo, preocupado, amenazador, punitivo y hasta letal.

—Hace muchos años había un chiquillo en los dibujos cómicos llamado el Desesperado Ambrosio —le dije—. Esto fue antes de tu tiempo. Ahora no juegues a ser el Desesperado Ambrosio conmigo. Déjame salir.

—Un momento nada más. ¿Y qué hay de la tesis de Lucy?

—¡Maldita tesis!

—Volverá de Nevada dentro de pocos días.

No le respondí. Dentro de pocos días, estaría seguro en el extranjero. Alejado de este lunático, aunque con seguridad mezclado con otros.

—Otra cosa más —dijo—. Puedes acostarte con Polly, pero solo si yo intervengo. Únicamente así. No trates de hacerlo por tu cuenta.

—Ya puedes estar tranquilo —repliqué.

Cantabile se quedó en el cuarto de baño, supongo que para recoger las balas de la papelera. Polly me había preparado el yogur y el huevo.

—Oye, no te mezcles con el mercado de valores —me dijo—. Está perdiendo la camisa.

—¿Lo sabe él?

—¿Qué crees tú? —respondió.

—¿Entonces es que trata de atraer nuevos inversores para intentar recuperar algunas de sus pérdidas?

—Lo ignoro. Eso está fuera de mi alcance —dijo Polly—. Es una persona muy complicada. ¿Qué es esa bonita medalla de la pared?

—Es mi condecoración francesa, enmarcada por mi amiga. Ella es decoradora de interiores. En realidad la medalla no es totalmente genuina. Las condecoraciones mayores son rojas, no verdes. A mí me dieron la clase de medalla que conceden a los criadores de cerdos y a los que mejoran los cubos de basura. Un francés me dijo el año pasado que mi cinta verde debe de estar en el peldaño más bajo de la Legión de Honor. De hecho, él nunca había visto una cinta verde. Opinaba que debía de ser un Mérite Agricole.

—Creo que no fue muy cortés diciéndote eso —comentó Polly.



Renata fue puntual, y mantuvo el motor del viejo Pontiac amarillo en marcha, lista para salir. Estreché la mano de Polly y dije a Cantabile:

—Hasta la vista.

No se los presenté a Renata. Ellos se esforzaron por conseguir verla, pero yo entré en el automóvil, cerré de un portazo y dije:

—¡Vamos!

Ella arrancó. La copa de su enorme sombrero llegaba casi al techo del automóvil. Era de fieltro color amatista y al estilo de los retratos de Frans Hals del siglo XVII. Llevaba suelto su largo cabello. Yo prefería que se hiciera un moño, que dejaba ver la forma de su nuca.

—¿Quiénes son tus amigos y por qué tanta prisa?

—Ese era Cantabile, el que la emprendió contra mi automóvil.

—¿Ese? Me hubiera gustado conocerlo. ¿La mujer era su esposa?

—No, su esposa está fuera de la ciudad.

—Os vi cuando salíais por el vestíbulo. Ella es guapísima. Y él es un hombre bien parecido.

—Se moría por conocerte... Intentó verte cuanto pudo a través de la ventana.

—¿Y por qué eso te altera tanto?

—Acaba de ofrecerme liquidar a Denise por mí.

—¿Qué? —exclamó Renata, riendo.

—Un asesino a sueldo, o como se llame.

—Debe de haber sido por hablar.

—Eso quiero creer. Por otra parte, ahí está mi 280-SL en el taller.

—Aunque no será porque Denise no se lo tenga merecido —dijo Renata.

—Es verdad que es insoportable. Siempre me ha hecho reír la escena en que el viejo Karamazov, al saber que su esposa ha muerto, sale corriendo a la calle gritando: «¡Esa perra ha muerto...!»». Pero Denise —prosiguió Citrine el conferenciante— es una personalidad cómica y no trágica. Además, no moriría por darme gusto a mí. Lo más importante son las niñas, y ellas necesitan una madre. De todos modos, es idiota oír cómo la gente habla de matar, asesinar, morir, la muerte. No tienen ni la más remota idea de sobre qué están hablando. No hay ni una persona de cada diez mil que comprenda tan solo un ápice sobre la muerte.

—¿Qué crees que va a pasar hoy ahí abajo, en la ciudad?

—¡Oh, lo de costumbre! Se esforzarán en sacarme el jugo. Yo represento la dignidad humana y me lo harán pasar mal.

—Bueno, ¿es necesario que asumas ese papel de dignidad? Tú estás aferrado a ello y ellos se divierten. Si pudieras encontrar algún medio de aplastarlos, sería tan agradable... Bien, aquí está mi cliente, en la esquina. ¿No crees que parece un matón de taberna? No hace falta que tomes parte en la conversación, ya basta con que me aburra y me fastidie a mí. Tú desconéctate, y reflexiona. Si hoy no se decide por su material de tapicería, creo que le corto el cuello.

Enorme y olorosa, vestida de seda blanca y negra, con grandes topes que le cubrían el busto (que yo podía visualizar, cosa que hice), Fannie Sunderland entró. Me retiré al asiento posterior, avisándola del agujero del suelo, cubierto con un pedazo de hojalata. Las pesadas muestras que llevaba el ex marido de Renata, vendedor, habían llegado a desgastar el metal del Pontiac.

—Por desgracia —dijo Renata—, nuestro Mercedes está en el garaje por reparaciones.

Para la disciplina mental que había aprendido recientemente, y de la que experimentaba ya los buenos efectos, eran requisitos la estabilidad, el equilibrio y la calma. Me dije a mí mismo: Tranquilidad, tranquilidad. Del mismo modo que en la pista de racquetball me decía: «¡Baila, baila, baila!», y siempre daba algún resultado. La voluntad es un eslabón que conecta el alma al mundo tal como es. Por medio de la voluntad, el alma se libera de la distracción y de los simples sueños. Pero cuando Renata me sugirió que me evadiera mentalmente y reflexionara, lo hizo con cierta malicia. Me zahería a propósito de Doris, la hija del doctor Scheldt, el antropósofo de quien yo había recibido instrucción. Renata estaba sumamente celosa de Doris.

—¡Esa perra! —gritaba Renata—. Sé que estaba impaciente por meterse en tu cama.

Pero esto sucedió por culpa de Renata, ella tuvo la culpa. Ella y su madre, la Señora, habían decidido darme una lección. Me cerraron la puerta en las narices. Aceptando su invitación, una noche fui al apartamento de Renata para cenar, y no me abrieron. Había alguien más con ella. Durante algunos meses me sentí demasiado deprimido para estar solo. Fui a vivir con George Swiebel, y dormía en el sofá. Muchas veces, de repente despertaba por la noche deshecho en lágrimas. Algunas veces sacaba a George de su sueño, quien acudía y daba la luz, con su pijama arrugado que descubría sus poderosas piernas. Y declaraba juiciosamente:

—Un hombre que a sus cincuenta años puede derrumbarse y llorar por una chica, es un hombre que merece todo mi respeto.

Renata había comenzado un idilio con un hombre llamado Flonzaley...

Pero estoy adelantándome. Me senté detrás de las dos fragantes damas que charlaban. Giramos para tomar la calle Cuarenta y siete, la frontera entre el hombre rico de Kenwood y el hombre pobre de Oakwood, y pasamos frente a la taberna clausurada que había perdido su licencia a causa de un individuo al que dieron veinte puñaladas por un asunto de ocho dólares. A eso se refería Cantabile al hablar de «tíos desaforados». ¿Dónde estaba la víctima? Enterrada. ¿Quién era ese hombre? Nadie lo sabía. Y ahora los otros, mirando casualmente, pasaban por el lugar en sus automóviles pensando en un «Yo» y en el pasado y las perspectivas de este «Yo». Si en esto no había nada más que cierto egoísmo socarrón, cierta ilusión de que se burlaba el destino, una evasión de la realidad de la tumba, quizá ni valía la pena. No obstante, quedaba por verse.

George Swiebel, ese adorador de la vitalidad, pensaba que era algo maravilloso

que un hombre de mi edad pudiera mantener todavía una vida erótica activa, emocional y vivida. Yo no estaba de acuerdo. Pero cuando Renata me llamó por teléfono, llorando, y me dijo que nunca había querido a Flonzaley, que deseaba mi vuelta, exclamé:

—¡Oh, gracias, Dios mío! ¡Gracias, Dios mío! —Y corrí como un loco a buscarla.

Este fue el final de Doris Scheldt, por la cual sentía mucho afecto. Pero el afecto no bastaba. Yo era un hombre obsesionado por las ninfas, con deseos vehementes. Quizá estos deseos no eran específicamente por las ninfas; pero, fueran como fuesen, una mujer como Renata sabía calmarlos. Otras mujeres la criticaban. Algunas decían que era demasiado gruesa. Es posible, pero también era estupenda. Y hay que tener en cuenta el ángulo singular con que debían incidir los rayos del amor para poder alcanzar un corazón como el mío. Desde la partida de póquer de George Swiebel, aquella ocasión en que bebí y charlé en exceso, había una idea práctica que me entusiasmaba: para un pie atípico se necesita un zapato atípico. Si además uno es maniático, bien, que le costaría lo suyo encontrarlo. ¿Es que existe todavía algún pie típico? Con ello quiero decir que se ha dado tanta importancia a lo erótico que todas las excentricidades del alma se concentran en el pie.

Ello produce tales deformidades, la carne adquiere unas formas tan rebosantes, que no hay zapato que encaje. De modo que la deformidad ha vencido al amor, y el amor es un poder que no nos deja tranquilos. Si no lo hace es porque debemos nuestra existencia a actos de amor que se realizaron antes de nosotros, porque el amor es una deuda pendiente del alma. Así lo veía yo. La interpretación que daba Renata, que sabía algo de astrología, era que mis problemas se debían a mi signo zodiacal. Nunca se había tropezado con un Géminis con tantos conflictos internos y tantos problemas, tan incapaz de sobreponerse.

—No sonrías cuando te hablo de las estrellas. Ya sé que para ti yo soy una palurda bella, unas faldas sin seso. A ti te gustaría que yo fuese la chica Kama Sutra de tus sueños.

El caso es que no me reía de ella. Sonreí únicamente porque todavía no había leído, entre la literatura astrológica de Renata, ningún resumen del tipo Géminis que no fuese enteramente correcto. Había un libro que me había impresionado sobre todo; hablaba de los Géminis como si fuesen un molino mental de sentimientos, donde se desgarraba y se trituraba el alma. En cuanto a que Renata fuese mi chica Kama Sutra, era una mujer extraordinariamente exquisita, lo repito, pero de ningún modo se sentía plenamente cómoda en cuestiones de sexo. Algunas veces se mostraba triste y silenciosa y hablaba de sus complejos. El viernes siguiente nos iríamos a Europa, nuestro segundo viaje de este año. Había serias razones personales para estas escapadas europeas. Y si yo no era capaz de ofrecer comprensión y madurez a una mujer joven, ¿qué es lo que podía ofrecerle? La verdad es que tenía auténtico interés por sus problemas, la comprendía plenamente.

A pesar de ello, si era realista no podía menos que ver la cuestión como la veían

otros: un viejo libertino inquieto se llevaba una putilla ambiciosa a Europa para mostrarle el gran mundo. Tras esto, para completar el cuadro clásico, estaba la intrigante de la madre, la Señora, que enseñaba español comercial en un colegio de secretarías de la calle State. La Señora era una mujer con ciertos encantos, una de esas personas que progresan en el Midwest porque son extranjeras y excéntricas. Renata no había heredado de ella su belleza. Desde el punto de vista biológico o evolutivo, Renata era perfecta. Como un leopardo o un caballo de carreras, Renata era un «animal noble» (véase Santayana, *The Sense of Beauty*). Su misterioso padre (nuestros viajes a Europa eran justamente para tratar de descubrir quién pudiera ser) debía de haber sido uno de esos hombres fuertes que antaño doblaban barras de hierro, tiraban de las locomotoras con los dientes o soportaban el paso de veinte personas colocadas en un tablón sobre su espalda, un hombre imponente, un modelo para Rodin. Creo que, en realidad, la Señora era húngara. Cuando contaba anécdotas familiares podía percibir su transposición de los Balcanes a España. Yo estaba convencido de que la comprendía, y justificaba este convencimiento con un extraño razonamiento: el de que yo entendía la máquina de coser Singer de mi madre. A los diez años de edad desmonté la máquina y la monté nuevamente. Se empujaba el pedal de hierro forjado.

Este ponía en marcha la suave polea, y la aguja subía y bajaba. Levantando una plaquita de acero pulido, uno se encontraba con algunas piezas que olían ligeramente a aceite. Para mí la Señora era una persona intrincada que olía ligeramente a aceite. En conjunto era una asociación positiva, pero en su mente faltaban algunos fragmentos. La aguja subía y bajaba, había hilo en la bobina, pero la puntada fallaba.

El argumento principal a favor de la sensatez de la Señora residía en la maternidad. Tenía muchos planes para Renata. Eran extravagantes en sus alcances lejanos, pero muy prácticos en la proximidad tangible. Había invertido muchísimo dinero para criar a Renata. Debía de haber gastado una fortuna en ortodoncia. Los resultados eran de primera clase. Era un privilegio ver la boca abierta de Renata y, cuando retozaba conmigo y reía esplendorosamente, mi admiración no tenía límites. Todo lo que mi madre hizo por mis dientes en los viejos días de ignorancia fue envolver en un paño una tapadera calentada en el hornillo de carbón, o poner trigo negro caliente y seco dentro de una bolsa de tabaco Bull Durham, para aplicarla a mi mejilla cuando tenía dolor de muelas. De ahí proviene mi respeto por aquellos bellos dientes. También, teniendo en cuenta su recia figura, Renata poseía una voz fina. Al reír, insuflaba aire a todo su ser —hasta al útero, pensaba yo—. Se peinaba el cabello alto, sujetándolo con pañuelos de seda, lo que dejaba a la vista su nuca, maravillosamente grácil y femenina. Y caminaba... ¡cómo caminaba! Nada tenía de extraño que su madre se opusiera a que perdiese su tiempo conmigo, con mi papada y mi medalla francesa. Pero, ya que Renata sentía debilidad por mí, ¿por qué no fundar un hogar? La Señora estaba en favor de esta alternativa. Renata se acercaba a los treinta, estaba divorciada y tenía un hijo pequeño y encantador llamado Roger, por

quien yo sentía gran afecto. La anciana Señora (como Cantabile, ahora que lo pienso) intentaba convencerme de que comprara una propiedad al norte de la ciudad. Ella no se incluía en este arreglo.

—Yo necesito soledad. Tengo mis *affaires de coeur*. Pero —añadía la Señora— Roger debería vivir en un hogar en el que haya un hombre.

Renata y la Señora coleccionaban noticias de los periódicos acerca de los matrimonios de hombres mayores con jovencitas. Me enviaban los recortes que hablaban de maridos viejos y las entrevistas con sus flamantes novias. En un año perdieron a Steichen, Picasso y Casals. Pero tenían todavía a Chaplin, el senador Thurmond y el juez Douglas. Entre las columnas dedicadas al sexo de *News*, la Señora elegía las declaraciones científicas referentes al sexo en la edad madura. Hasta George Swiebel estaba a favor:

—Es posible que sea bueno para ti. Renata quiere asentarse. Ya ha corrido bastante y ha visto mucho. Está del todo dispuesta.

—Ciertamente, Renata no es una de esas *noli me tangere* —respondí.

—Es una buena cocinera. Vivaz. Tiene plantas y chucherías, las luces están encendidas, la cocina humea y suena una música de gentiles. ¿Se corre ella por ti? ¿Se humedece cuando le pones la mano encima? No te acerques a esas chicas áridas e intelectuales. Contigo debo ser directo, pues de otro modo te portas como un irresoluto. Te atraparé otra vez una mujer que te dirá que comparte tus intereses mentales o comprende tus objetivos superiores. Este tipo de hembra ya ha acertado tu vida. ¡Otra más y eres hombre muerto! Además, sé que deseas acostarte con Renata.

¡Ciertamente que lo deseaba! Me cuesta trabajo no seguir elogiándola. Conducía el Pontiac, con su sombrero y su abrigo de piel, las piernas extendidas enfundadas en un panty con lentejuelas que había comprado en una tienda especializada en ropas de teatro. Sus efluvios personales afectaban incluso a las pieles de los animales que componían su abrigo. No se limitaban a cubrir su cuerpo, sino que estaban allí, intentándolo. Había en ello cierta similitud. Yo también lo intentaba. Sí, ansiaba hacer el amor con Renata. Ella me ayudaba a consumir mi ciclo terrenal. Tenía sus momentos irracionales, pero también era cariñosa. Ciertamente, sexualmente era algo decepcionante, pero al mismo tiempo conmovedora, porque, pensando en sus cualificaciones como esposa, tenía que preguntarme dónde había aprendido ella todo esto y si ya se había doctorado de una vez para siempre. Además, nuestra relación me inspiraba ideas vanas e indignas. Un oftalmólogo del club Downtown me dijo, en cierta ocasión, que con una simple incisión podría eliminar las bolsas debajo de mis ojos. «No es más que una hernia de uno de los músculos pequeños», dijo el doctor Klosterman, y describió la cirugía plástica y cómo se cortaba y se estiraba la piel. Añadió que yo poseía suficiente cabello en la parte posterior, que se podía trasplantar a la superior. El senador Proxmire lo había hecho y, durante cierto tiempo, utilizó turbante en el recinto del Senado. Había reclamado una deducción de impuestos que Hacienda no aprobó, pero se podía intentar de nuevo. Reflexioné sobre estas

sugerencias, pero me di cuenta a tiempo de que tenía que detener estas bobadas. Debía concentrar toda mi atención en los asuntos grandes y terribles que me habían anestesiado durante muchas décadas. Además, aunque se pudiera hacer algo sobre la parte frontal de una persona, ¿qué sucedía con su parte posterior? Aunque me suprimieran las bolsas debajo de los ojos, aunque me arreglaran el cabello, ¿no quedaba todavía la nuca? No hacía mucho tiempo estuve probándome un abrigo de fantasía a cuadros en Saks, y en el triple espejo comprobé cuán profundamente surcada estaba la piel entre mis orejas.

De todos modos, compré el abrigo. Renata lo quiso así y ese día lo llevaba puesto. Cuando descendí del automóvil, frente al Palacio de Justicia, la gigantesca señora Sunderland exclamó:

—¡Vaya, qué abrigo más llamativo!

Renata y yo nos habíamos conocido en este mismo rascacielos, el nuevo edificio del condado, mientras actuábamos como jurados.

Sin embargo, entre nosotros hubo una conexión indirecta anterior. El padre de Geogred Swiebel, el viejo Myron, conocía a Gaylor Koffritz, el ex marido de Renata. Se habían conocido en circunstancias singulares en los Baños Rusos de la calle División. George me lo había contado.

El padre de George era una persona sencilla y modesta. Todo lo que deseaba era vivir para siempre. George recibió de él su vitalidad. La heredó de Myron, que la poseía en una forma más primitiva. Myron declaraba que debía su longevidad al calor y al vapor, al pan negro, cebolla cruda, bourbon, arenques, salchichas, naipes, billares, carreras de caballos y mujeres.

Allí, en el cuarto de vapor, con sus bancos de madera, las piedras crepitantes y los cubos de agua helada, la distorsión visual era considerable. Si desde atrás uno contemplaba una figura fina, de nalgas pequeñas, podía creer que era un chiquillo, pero allí no entraban los niños y, al verla de frente, descubría que era un hombre viejo, sonrosado y encogido. El padre de Swiebel —que iba cuidadosamente afeitado y que, visto por detrás, tenía la apariencia de un niño— se encontró en medio del vapor con un barbudo al que creyó mucho más viejo a causa de su barba reluciente. Sin embargo, el hombre estaba solamente en la treintena y era de fuerte constitución. Se sentaron juntos en los caballetes de madera, dos cuerpos cubiertos con gotas de humedad, y el padre de Swiebel le preguntó:

—¿A qué se dedica usted?

El hombre barbudo no deseaba explicar lo que hacía. El padre de Swiebel lo incitaba a hablar. Hacía mal. En la jerga demencial de las personas educadas, esto era actuar contra el *ethos* del lugar. Allí, como en el club Downtown, no se hablaba de negocios. George solía decir que el baño de vapor era como el último refugio en la selva ardiendo, donde los animales hostiles observaban una tregua y la ley de garras y colmillos quedaba en suspenso. Me temo que su teoría tenía su origen en Walt Disney. Lo que él quería destacar era que no estaba bien hacer su trabajo o preparar el terreno para un negocio mientras se saturaban de vapor. El padre de Swiebel tenía la culpa, y así lo admitía.

—Ese tipo peludo no quería hablar. Yo lo incité a seguir. Así que yo tengo la culpa.

Cuando los hombres están tan desnudos como los trogloditas en las cavernas adriáticas de la Edad de Piedra y se sientan unos junto a otros, goteando y enrojecidos, como una puesta de sol en la niebla, y, como en este caso, uno de ellos tiene una poblada barba reluciente color castaño, y unos ojos encuentran otros ojos a través del copioso sudor y del vapor, es probable que se digan cosas raras. Resultó que el forastero era vendedor de mausoleos y criptas. Cuando el señor Swiebel se enteró, habría querido volverse atrás. Pero ya era demasiado tarde. Con las cejas arqueadas, los blancos dientes y los labios vivaces en la densa maraña de la barba, el

hombre habló.

—¿Se ha preocupado ya de su último descanso? ¿Posee, quizá, un pedazo de terreno familiar? ¿Ha tomado precauciones? ¿No? ¿Por qué no? ¿Puede permitirse esta negligencia? ¿Sabe cómo lo van a enterrar? ¡Increíble! ¿Le ha hablado alguien de las condiciones en que se hallan los nuevos cementerios? ¿Por qué? Pues porque son una porquería. La muerte merece un trato digno y los abusos que se cometen en este terreno son terribles. Es uno de los mayores timos en el negocio de los inmuebles. Un engaño. Escatiman y no dan las medidas reglamentarias. Y uno debe descansar encogido para siempre. La falta de respeto es enorme. Pero usted ya sabe lo que son los políticos y los fraudes. Tengan la posición que tengan, todos chupan del bote. Cualquiera día habrá una investigación del jurado de acusación y estallará un escándalo.

Muchos irán a la cárcel. Pero será demasiado tarde para los difuntos. Naturalmente, no abrirán las tumbas para enterrar de nuevo a la gente. Así que uno se quedará allí, contraído en su mortaja, arqueado, como hacen los chicos unos a otros en los campamentos de verano. Y allí está uno con cientos de miles de cuerpos en un camposanto allanado, con las rodillas en alto. ¿Es que no se tiene el derecho de estar bien estirado? Y en estos cementerios no permiten lápidas. Hay que conformarse con una plaquita de latón, con el nombre y las fechas. Y luego llegan las máquinas para cortar el césped. Utilizan segadoras mecánicas. Tanto daría estar enterrado en un campo público de golf, porque las hojas de la segadora estropean las letras de la plaquita y muy pronto se han borrado. Entonces ya no se puede localizar a nadie. Sus hijos no saben dónde está. Se ha perdido para siempre...

—¡Basta! —exclamó Myron. Pero el tipo prosiguió:

—En un mausoleo es muy diferente. Y no cuesta tanto como generalmente se cree. Los nuevos modelos están prefabricados, pero son copias de los mejores, partiendo de las tumbas etruscas, pasando por Bernini y llegando, finalmente, a Louis Sullivan, *art nouveau*. La gente se vuelve loca por el *art nouveau*. Están dispuestos a pagar miles por una lámpara de Tiffany o un adorno en el techo. En comparación, una tumba prefabricada *art nouveau* es barata y uno se aparta de las multitudes. Se está en propiedad particular. Usted no querrá que lo atrapen para toda la eternidad en una especie de aglomeración de tráfico o de las horas punta del metro...

El padre de Swiebel dijo que Koffritz parecía muy sincero y que, en medio del vapor, vio una cara barbuda, preocupada, comprensiva y respetuosa: un experto, un especialista imparcial y sensato. Pero las implicaciones eran devastadoras. La visión también se apoderó de mí: la muerte agitándose bajo el campo de golf desprovisto de árboles, y el latón sin brillo de las plaquitas de nombres sin nombre. Este Koffritz, con su diabólica poesía de venta, aprisionó el corazón del padre de Swiebel. También el mío quedó preso. Pues, cuando me contaron todo esto, sufría intensas ansiedades con la muerte. Ni tan siquiera me acercaba a los funerales. No soportaba ver cerrar el ataúd y el pensamiento de quedar dentro de una caja atornillada me ponía frenético.



Esto se agravó cuando leí la noticia en un periódico de que unos niños de Chicago habían hallado un montón de ataúdes vacíos cerca del crematorio de un cementerio. Los arrastraron hasta un estanque y navegaron en ellos. En la escuela estaban leyendo *Ivanhoe* y utilizando palos, jugaron a ser caballeros que luchaban en un torneo. Un chico volcó y quedó enganchado en el forro de seda. Lo salvaron. Pero ahí quedó en mi mente una exhibición de ataúdes forrados con tafetán acolchado color rosa y raso verde pálido, todos abiertos como las fauces de un cocodrilo. Me veía a mí mismo boca abajo, para que me sofocara y me pudriera bajo el peso del fango y las piedras... no, bajo la arena; Chicago está erigido sobre playas y pantanos de la Edad del Hielo (último Pleistoceno). Para librarme de esta obsesión, traté de convertirla en el tema principal de un trabajo intelectual serio. Creo que me salió bastante bien; consideré el problema de la muerte como el problema burgués por excelencia, lo relacioné con la prosperidad material y con una concepción de la vida como agradable y cómoda, y con la aseveración de Max Weber de que la concepción moderna de la vida como una serie infinita de segmentos lucrativos, ventajosos y «agradables», no permite percibir el ciclo de la vida, lo que impide que uno pueda morir «lleno de años». Pero estos eruditos ejercicios de alto nivel no apartaron de mí la maldición de la muerte. Únicamente llegué a la conclusión de que mi neurosis con respecto a sofocarme dentro de mi tumba era terriblemente burguesa. Estaba furioso contra Edgar Allan Poe por escribir tan minuciosamente sobre el asunto. Sus historias de catalepsia y sepultamiento en vida envenenaron mi infancia y seguían mortificándome. Por la noche, ni siquiera soportaba que la sábana me cubriera el rostro o que mis pies quedaran arropados dentro. Pasaba muchos ratos imaginando cómo podía morir. La respuesta parecía ser que me sepultaran en el mar.

Las muestras que habían agujereado el Pontiac de Renata eran, pues, modelos de criptas y tumbas. Cuando la conocí, no solo había estado rumiando sobre la muerte (¿ayudaría, quizá, colocar una división en la tumba, un piso por encima del ataúd que contuviera el peso sofocante directo?), sino que había desarrollado también una nueva rareza. En mis asuntos de negocios en la calle La Salle, mientras iba arriba y abajo en ascensores vertiginosos, cada vez que notaba que disminuía la velocidad del ascensor y que las puertas estaban a punto de abrirse, mi corazón se expresaba enteramente por su cuenta, exclamando: «¡Mi destino!». Al parecer, yo esperaba encontrar alguna mujer aguardándome allí. «¡Finalmente! ¡Eres tú!». Al adquirir conciencia de este humillante fenómeno del ascensor, traté de hacer lo que era sensato y alcanzar de nuevo un nivel de madurez. Hasta traté de ser científico. Pero todo lo que la ciencia puede hacer por uno es afirmar nuevamente que, cuando sucede algo semejante, es porque debe existir una necesidad natural. Esta sensatez no me llevaba a parte alguna. ¿De qué servía ser sensato, si había esperado muchos miles de años para que Dios enviara mi alma a esta tierra? Se suponía que yo debía aquí captar una palabra auténtica y clara antes de regresar, al término de mis días humanos. Temía regresar con las manos vacías. La sensatez no contribuía absolutamente en

nada para mitigar este miedo a perder mi oportunidad. Era evidente.

Requerido para hacer de jurado, rezongué al principio que era una pérdida de tiempo. Después me convertí en un jurado entusiasta y feliz. Abandonar la casa por la mañana como todo el mundo era una bendición. Provisto de mi chapa de identificación, me sentaba alegremente junto a otros centenares en la sala de jurados, en lo alto del nuevo rascacielos del condado, un ciudadano entre sus conciudadanos. Estábamos rodeados de cristal, y las vigas de acero rojizo eran finas: el ancho cielo, el espacio dominado, las lejanas bobinas de los depósitos de almacenaje, los sucios y distantes barrios bajos, suavemente anaranjados, el color verde del río cortado por los negros puentes. Mirando afuera, desde aquella sala de jurados, comencé a tener ideas. Me llevaba libros y documentos al centro (para que no fuese una pérdida total del tiempo). Por primera vez, leí minuciosamente las cartas que mi colega Pierre Thaxter me había estado enviando desde California.

No soy un cuidadoso lector de la correspondencia, y las cartas de Thaxter eran muy largas. Las redactaba y dictaba en su naranjal cerca de Palo Alto, donde solía sentarse en una silla de lona para pensar. Usaba una capa negra de *carabiniere*, llevaba los pies desnudos y bebía Pepsi-Cola. Tenía ocho o diez hijos. Debía dinero a todo el mundo, y era un estadista de la cultura. Mujeres que lo adoraban lo trataban como a un genio, creían todo lo que él les decía, mecanografiaban sus manuscritos, le daban hijos y le llevaban Pepsi-Cola para beber. Leyendo su extensa correspondencia que trataba del primer número de *The Ark* (el cual llevábamos tres años programando, con unos costes asombrosos), me di cuenta de que había estado presionándome para completar un grupo de estudios sobre «Los grandes aburrimientos del mundo moderno». Una y otra vez me sugería posibles enfoques. Algunos de ellos eran obvios —aburrimientos políticos, filosóficos, ideológicos, educacionales, terapéuticos—, pero había otros que con frecuencia se pasaban por alto, como por ejemplo los aburrimientos innovadores. Sin embargo, yo había perdido interés en las categorías y acabé preocupándome únicamente por el aspecto general y teórico del proyecto.

Pasé unos ratos muy animados en el gran salón de los jurados repasando mis aburridas notas. Aprecié que había evitado los problemas de definición. Bien por mí. No deseaba verme envuelto en cuestiones teológicas acerca de la *acadia* y el *tedium vitae*. Creí necesario expresar únicamente que, desde el principio, la humanidad experimentó estados de aburrimiento, pero que nunca se había afrontado este tema de lleno, como un sujeto por su propio derecho. En los tiempos modernos, la cuestión había sido tratada con el nombre de «anomia» o alienación, como un efecto de las condiciones de trabajo capitalista, como un resultado del nivelamiento de la sociedad de masas, como una consecuencia de la disminución de la fe religiosa o el gradual agotamiento de los elementos carismáticos o proféticos, o la falta de atención a los poderes inconscientes, o el aumento de la racionalización en una sociedad tecnológica, o el crecimiento de la burocracia. Sin embargo, a mí me parecía que uno

debería comenzar con esta creencia del mundo moderno: o te consumes o te pudres. Esta teoría la relacionaba con el descubrimiento del viejo psicólogo Binet en cuanto a que la gente histérica poseía en sus ataques de histeria cincuenta veces más energía, resistencia, poder de acción, agudeza de facultades y creatividad de lo que solían tener en sus períodos de calma. O, según las palabras de William James, los seres humanos vivían realmente cuando lo hacían en la cúspide de sus energías. Algo como el *Wille zur Macht*. Supongamos entonces que comenzáramos con la proposición de que el aburrimiento era una especie de dolor causado por los poderes no utilizados, el dolor de las posibilidades o talentos desperdiciados, y que estaba acompañado por la expectativa de utilizar las capacidades de un modo óptimo. (En ocasiones como estas trato de no caer en un estilo socio-científico). Nada real satisface esta expectativa pura, y esta pureza de expectativa es una gran fuente de aburrimiento. La gente rica en habilidades, en sentimientos sexuales, rica en la mente y en inventiva, todos aquellos muy dotados se ven apartados durante décadas y relegados a un costado, expulsados, exiliados, enjaulados en gallineros. La imaginación ha intentado incluso vencer los problemas concediendo forzosamente un interés al propio aburrimiento. Este punto de vista lo debo a Von Humboldt Fleisher, quien me mostró cómo lo desarrollaba James Joyce, pero cualquiera que lea libros puede descubrirlo fácilmente por sí mismo. La moderna literatura francesa está especialmente preocupada con el tema del aburrimiento. Stendhal lo mencionaba en cada página, Flaubert le dedicó libros, y Baudelaire fue su poeta principal. ¿Cuál es el motivo para esta peculiar sensibilidad francesa? ¿Será acaso porque el *anden régime*, temiendo otra Fronda, creó una corte que vació las provincias de talentos? Fuera del centro, donde prosperaba la conversación, los modales, la ciencia, la filosofía y el arte, nada quedaba. En el reinado de Luis XIV, las clases superiores disfrutaron de una sociedad refinada, y por lo menos la gente no necesitaba estar sola. Excéntricos como Rousseau calificaban la soledad de fascinante, pero la gente sensata estaba de acuerdo en que la soledad era algo terrible. Fue en el siglo XVIII cuando estar en prisión comenzó a adquirir su moderno significado. Piénsese cuán a menudo Manon y Des Grieux estuvieron en la cárcel. Y Mirabeau y mi propio compinche Von Trenck y, naturalmente, el marqués de Sade. El devenir intelectual de Europa fue determinado por gentes saturadas de aburrimiento, por los escritos de los prisioneros. Más tarde, en 1789, fueron los jóvenes provincianos, pasantes de abogado y oradores, quienes constituyeron el foco de interés. El aburrimiento ha influido mucho más en la moderna revolución política que la justicia. En 1917, ese aburrido Lenin que escribió tantos folletos y cartas aburridas sobre cuestiones internacionales fue, durante un breve período, todo pasión, todo interés radiante. La Revolución rusa prometió a la humanidad una vida permanentemente interesante. Cuando Trotski habló de la revolución permanente, lo que quería decir en realidad era el interés permanente. En los viejos tiempos, la revolución era un trabajo de inspiración. Los trabajadores, campesinos y soldados se mantenían en un estado de excitación y poesía. Cuando

esta fase corta y brillante terminó, ¿qué es lo que siguió? La sociedad más aburrida de la historia. Vulgaridad, carencia de elegancia, estupidez, mercancías insípidas, edificios aburridos, incomodidades aburridas, supervisión aburrida, una prensa insípida, educación insípida, burocracia aburrida, trabajos forzados, presencia constante de la policía, presencia penal, congresos del partido aburridos, etcétera. Lo único permanente era el fracaso del interés.

¿Qué podía resultar más aburrido que las interminables cenas que Stalin ofrecía, según las describía Djilas? Hasta para mí, que estaba acostumbrado al aburrimiento por mis años de Chicago, e inmunizado por Estados Unidos, el relato de Djilas sobre aquellos banquetes de doce platos que duraban toda la noche resultaba horrible. Los invitados bebían y comían, comían y bebían, y a las dos de la madrugada tenían que sentarse para ver una película norteamericana del Oeste. Les dolía el trasero, el miedo les encogía el corazón. Stalin, mientras charlaba y bromeaba, estaba escogiendo mentalmente a los que iba a castigar, y ellos lo sabían. Mientras masticaban, resoplaban y engullían sabían que su fusilamiento podía ser inminente.

En otras palabras, ¿qué sería el aburrimiento moderno sin el terror? Uno de los documentos más aburridos de todas las épocas es el grueso volumen de Hitler, *Conversaciones de sobremesa*. Él también reunía a gente que veía películas, comía pasteles y bebía café con Schlag mientras él los aburría, mientras discurseaba, teorizaba y exponía. Todos se morían de tedio y de miedo. No se atrevían ni a ir al lavabo. Nunca se ha estudiado apropiadamente esta combinación de poder y aburrimiento. El aburrimiento es un instrumento de control social. El poder consiste en el poder de imponer el aburrimiento, de ordenar la inmovilidad, de combinar esta inmovilidad con la angustia. El tedio auténtico, el tedio profundo, se sazona con terror y con muerte.

Quedaban todavía cuestiones más profundas. Por ejemplo, la historia del universo sería muy aburrida si uno tratara de examinarla desde el punto de vista vulgar de la experiencia humana. ¡Todo aquel tiempo sin acontecimientos! Gases una y otra vez, y calor, y partículas de materia, las mareas y vientos solares, otra vez este desarrollo progresivo, pedacitos añadidos a otros pedacitos, accidentes químicos: edades enteras en las que no sucede casi nada, océanos sin vida, únicamente algunos cristales, unos pocos compuestos proteínicos en desarrollo. La lentitud de la evolución es terriblemente irritante de contemplar. Los torpes errores que se observan en los fósiles de los museos. ¿Cómo podían tales huesos arrastrarse, caminar o correr? Es una agonía pensar en este andar a tientas de las especies, toda esa torpeza, ese arrastrarse por los pantanos, mascando, devorando y reproduciéndose, la tediosa lentitud con que se fueron desarrollando los tejidos, los órganos y los miembros. Y luego, el tedio del surgimiento de los tipos superiores y finalmente de la humanidad, la larguísima incubación de la inteligencia, la lentitud de la invención, la idiotez de las edades rústicas. Todo esto únicamente es interesante cuando se estudia, en el plano del pensamiento. Nadie podría soportar experimentarlo. Hoy día se exige un

avance rápido, un resumen, la vida a la velocidad del pensamiento más intenso. A medida que, gracias a la tecnología, nos acercamos a la fase de la realización instantánea, de la realización de los eternos deseos o fantasías humanas, a la abolición del tiempo y el espacio, el problema del aburrimiento únicamente puede intensificarse. El ser humano, cada vez más oprimido por las singulares condiciones de su existencia —un ciclo de tiempo para cada uno, una única vida por cliente—, tiene que pensar en el aburrimiento de la muerte. ¡Oh, esas eternidades de la no existencia! Para todas esas personas que ansían un interés y una variedad constantes, ¡qué aburrida ha de ser la muerte! Yacer en la tumba, en un solo lugar, ¡qué terrible!

Bien es verdad que Sócrates trató de apaciguarnos. Dijo que había únicamente dos posibilidades: o bien el alma es inmortal, o bien después de la muerte las cosas serán tan vacuas como lo fueron antes de nacer. Esto no es nada consolador. De todos modos, era natural que la teología y la filosofía se tomaran el mayor interés en el asunto. Ambas tienen para con nosotros el deber de no ser aburridas, aunque no siempre lo cumplen. Sin embargo, Kierkegaard no era aburrido. En mi ensayo maestro me proponía considerar su contribución. Desde su punto de vista, la primacía del modo ético sobre el estético era necesaria para restablecer el equilibrio. Pero ya basta de esta cuestión. En mí mismo observaba los siguientes orígenes de hastío: 1) La falta de una conexión personal con el mundo exterior. Había notado anteriormente, cuando cruzaba Francia en tren durante la pasada primavera, que al mirar por la ventanilla pensaba que el velo de Maya estaba afinándose. ¿Por qué motivo? No veía lo que había allí, sino lo que todos ven siguiendo una directiva común. Esto implica que nuestra visión del mundo ha agotado la naturaleza. La regla de esta visión es que yo, un sujeto, percibo los fenómenos, el mundo de los objetos. Sin embargo, estos no son necesariamente en sí mismos objetos según la racionalidad moderna define los objetos. Pues, en espíritu —dice Steiner—, un hombre puede salir de sí mismo y dejar que las cosas hablen sobre sí mismas, hablen acerca de lo que tiene significado, no tan solo para él, sino también para ellas. De este modo, el sol, la luna o las estrellas hablarán a los que no son astrónomos a pesar de su ignorancia de la ciencia. En verdad, ya ha llegado la hora de que esto suceda. La ignorancia de una ciencia no debería mantenernos presos en el sector más bajo y fatigoso del ser, impidiéndonos entrar en relación independiente con la creación como un todo. Los instruidos hablan de un mundo que carece de encanto (aburrido). Pero no es el mundo el que carece de encanto, sino mi propia mente. El mundo no puede estar privado de encanto. 2) Para mí, la sede del aburrimiento es el ego excesivamente preocupado por su imagen. Esta preocupación dolorosa, dominante, desmesurada y creciente es la única rival de los poderes sociales y políticos que gobiernan mi vida (negocios, poderes tecnológico-burocráticos y el Estado). Por un lado hay un curso de la vida organizado, y por otro hay un yo único, independientemente consciente, orgulloso de su desapego y su absoluta inmunidad, de su estabilidad y su capacidad para permanecer inalterado ante cualquier cosa —el sufrimiento de los demás, la sociedad,

la política o el caos externo—. En cierto modo, no le importa un bledo. Le pedimos que se interese, con frecuencia se lo exigimos, pero la maldición de la indiferencia marca esta conciencia dolorosamente libre. No siente apego por las creencias ni por las otras almas. ¿Cosmología, sistemas éticos? Puede revisarlos por docenas, ya que ser plenamente consciente de uno mismo como individuo es también estar separado de todo lo demás. Es el reinado de Hamlet de espacio infinito en una cáscara de nuez, de «palabras, palabras, palabras», de «Dinamarca es una prisión».

Estos eran algunos de los puntos que Thaxter deseaba que yo expusiera. Pero me hallaba en una condición demasiado inestable. Varias veces por semana iba al centro para ver a mis abogados y discutir mis problemas. Ellos me hablaban de la complejidad de mi apurada situación. Sus noticias cada vez eran peores. Yo me elevaba en los ascensores buscando la salvación en forma de figura femenina cada vez que se abría una puerta. Cualquiera persona en mis condiciones debería encerrarse en su habitación, y si no poseía la fuerza de carácter suficiente para seguir el consejo de Pascal de no moverse, tendría que arrojar la llave por la ventana. Entonces la puerta del edificio del condado se abrió y vi a Renata Koffritz. Ella llevaba también una placa de identificación. Ambos éramos contribuyentes, votantes y ciudadanos. Pero ¡vaya ciudadanos! ¿Y dónde estaba la voz que decía «¡Mi destino!»? Había quedado silenciosa. ¿Era, pues, ella? Ciertamente, era toda una mujer, suave y bellamente maciza, con su minifalda y los zapatos de niña sujetos con una simple tira. Pensé: ¡Dios mío, ayúdame!; pensé: Mejor meditarlo; incluso pensé: A tu edad, un budista ya estaría pensando en desaparecer para siempre en el bosque. Pero no sirvió de nada. Quizá ella no era el destino que yo andaba buscando, pero era, de todos modos, un destino. Hasta conocía mi nombre.

—Usted debe de ser el señor Citrine —me dijo.

El año anterior, el club Zig-Zag —una asociación cultural de Chicago formada por altos empleados de banca y corredores de bolsa— me había adjudicado un premio. No me invitaron a ingresar como miembro. Sin embargo, me entregaron una placa por el libro que escribí sobre Harry Hopkins, y mi fotografía apareció en el *Daily News*. Quizá la dama me había visto allí. Pero ella me dijo:

—Su amigo Szathmar es mi abogado de divorcio y él ha creído que deberíamos conocernos mutuamente.

¡Vaya, me había pillado! Con qué rapidez me hacía saber que estaba divorciándose. Esos ojos piadosamente amorosos ya estaban enviando mensajes de amor y depravación a la zona «muchacho de Chicago» de mi alma. Me invadió un sabor de la malaria sexual del viejo West Side.

—Szathmar le tiene mucho afecto. Lo adora. Prácticamente cierra los ojos y tiene un aspecto poético cuando habla sobre usted. Y como es un hombre tan robusto, uno no se espera semejante actitud. Me habló sobre su enamorada que murió en un accidente, en la selva. Y también sobre sus primeros amores, con la hija del médico.

—Naomi Lutz.

—Es un nombre increíble.

—Sí, así es.

Era cierto que mi amigo de la infancia Szathmar me quería, pero le gustaba emparejar a las personas y hacer de alcahuete. Sentía una auténtica pasión por organizar arreglos. Profesionalmente esto le era muy útil, pues reforzaba los lazos de unión con muchos clientes. En casos especiales tomaba a su cargo el cuidado de todos los detalles prácticos: alquiler de un apartamento para la amante, su coche y sus

cuentas bancarias, las facturas de su dentista, etcétera. Incluso se ocupaba de intentos de suicidio. Y funerales. Su vocación real no era la ley, sino organizar la vida de los demás. Y nosotros, dos camaradas de infancia, íbamos a seguir con nuestra lujuria hasta el final, si yo lo dejaba actuar por su cuenta. Él cubría el asunto de decoro. Lo hacía con toda la filosofía, poesía e ideología necesarias. Recitaba, ponía discos y teorizaba sobre las mujeres. Trataba de mantenerse al día con la jerga erótica de las sucesivas generaciones rápidamente cambiante. De modo que ¿acabaríamos nuestras vidas como cortejadores seniles obsesionados por los coños, como salidos de una farsa de Goldoni? ¿O como el barón Hulot d’Ervy pintado por Balzac, cuya esposa, en su lecho de muerte, oye cómo el vejete está haciendo proposiciones a la doncella?

Hacía algunos años, y estando sometido a una gran tensión en la cámara acorazada del First National Bank, Alee Szathmar había sufrido un infarto cardíaco. Yo quería a ese tonto de Szathmar. Me preocupé muchísimo por él. Fui a verlo tan pronto como salió de la sala de cuidados intensivos, y me encontré con que ya se excitaba sexualmente. Al parecer, esto es corriente después de los ataques al corazón. Con su abundante melena de cabello blanco y sus patillas pobladas según el nuevo estilo de ornamento, sus sombríos ojos se dilataron cuando la enfermera entró en la habitación, a pesar de que todavía tenía un tono púrpura en el rostro. Mi viejo amigo, que ahora era grueso, macizo, estaba inquieto en la cama. Se agitaba y pegaba puntapiés a las sábanas y se exhibía como si fuese por accidente. Si mi visita era de compasión, él no necesitaba de mi maldita compasión. Su mirada era torva y alerta. Finalmente le dije:

—Hombre, Alee, no sigas con la exhibición. Ya sabes de qué estoy hablando: no sigas descubriendo tus partes cada vez que entra una pobre vieja para barrer debajo de tu cama.

Me lanzó una mirada de indignación.

—¿Qué? ¡Eres un estúpido! —exclamó.

—Muy bien. Pero deja de levantar la bata.

Los malos ejemplos pueden ser inspiradores: permiten mejorar rápidamente el gusto y pensar: Mi pobre viejo Alee, exhibiéndose... Gracias a Dios, yo nunca hago tal cosa. Sin embargo, aquí estaba yo, en el tribunal de los jurados, con una erección por Renata. Estaba excitado, divertido, ligeramente mortificado. Ante nosotros había un caso de lesiones personales. Honestamente, yo debería haber ido al juez y pedir mi descalificación.

—Señoría, no puedo centrar mi mente en el juicio a causa de la espléndida dama jurado que está sentada junto a mí. Lamento mucho portarme como un adolescente...

¡Lamentar! Yo estaba en el séptimo cielo. Además, el caso era uno de esos falsos pleitos por trauma cervical contra la compañía aseguradora, presentado por la pasajera de un taxi que tuvo una colisión. Mis asuntos personales eran más importantes. El pleito, una música de fondo. Cronometraba el tiempo con pulsaciones metronómicas.



Dos pisos más abajo, yo mismo era el demandado en una acción legal posterior a la sentencia de divorcio, para privarme de todo mi dinero. Era de esperar que esto me sosegara. Pero ¡ni por asomo!

En el intervalo para el almuerzo me precipité a la calle La Salle para que Alee Szathmar me informara respecto a aquella chica maravillosa. Mientras me apresuraba por entre la multitud de Chicago, sentí cómo mis clavijas se aflojaban, las cuerdas cedían y mi tono descendía. Pero ¿qué podía hacer yo, inerme, contra una fuerza que había desarmado al mundo entero?

La oficina de Alee tenía un aire distinguido, casi de Harvard, aunque él era un abogado de la escuela nocturna. El decorado era principesco, volúmenes de jurisprudencia y estatuas, un ambiente docto, fotografías de los jueces Holmes y Learned Hand. Antes de la Depresión, Alee era un muchacho rico. No muy rico, sino rico dentro de su vecindad. Pero yo conocía a los muchachos ricos. Había estudiado a muchos que estaban en la cúspide de la sociedad, como era el caso de Bob Kennedy. Von Humboldt Fleisher, que siempre había fanfarroneado de ser uno de ellos, no había sido un muchacho auténticamente rico, mientras que Alee Szathmar, que había sido un joven rico, decía a todo el mundo que él realmente era un poeta. En la universidad dio buena prueba de esto con sus posesiones. Poseía las obras de Eliot, Pound y Yeats. Memorizó *Prufrock*<sup>[12]</sup>, que se convirtió en uno de sus valores. Pero la Depresión fue dura con los Szathmar, y él no pudo obtener la fina educación que su caduco y viejo padre le había preparado y confiaba proporcionarle. Sin embargo, del mismo modo que Alee en su infancia había poseído bicicletas y juegos de química, carabinas de aire comprimido, floretes, raquetas de tenis, guantes de boxeo, patines y ukeleles, ahora era propietario del último equipo IBM, conmutadores de conferencias, ordenadores de oficina, relojes de transistores, máquinas Xerox, grabadoras de cinta electromagnética y centenares de gruesos libros de leyes.

Ganó peso después de su ataque cardíaco, justamente cuando debía adelgazar. Vestido como siempre al estilo conservador, intentaba disimular su voluminosa figura con americanas cruzadas. De este modo parecía un tordo gigante. El rostro exageradamente humano de este pájaro aparecía enmarcado entre enmarañadas patillas blancas. Los ojos castaños, cálidos, rebosantes de amor y de amistad, no eran particularmente sinceros. Una de las observaciones de C. G. Jung me ayudó a entender a Szathmar. Algunas mentes —decía Jung— pertenecen a antiguas épocas de la historia. Entre nuestros contemporáneos existen babilonios y cartagineses, o tipos procedentes de la Edad Media. Para mí, Szathmar era un caballero del siglo XVIII, un seguidor de Pandour von Trenck, el primo de mi afortunado Trenck. Sus mejillas llenas y curtidas, su nariz aguileña, sus largas y espesas patillas, su pecho abultado, sus anchas caderas, pies finos y hoyuelo viril en la barbilla atraían a las mujeres. Constituye un misterio insondable saber a quiénes favorecerán las mujeres. Pero, naturalmente, la carrera debe continuar. De cualquier modo, aquí estaba Szathmar, dispuesto a recibirme. Su postura en el sillón sugería una pose algo

torpe pero resueltamente sexual, a horcajadas de bellas damas. Tenía los brazos cruzados, como los brazos de Balzac en la estatua de Rodin. Por desgracia, su aspecto era todavía algo enfermizo. Casi todo el mundo en el centro, en estos días, parecía tener un aire enfermizo.

—Alee, ¿quién es esta Renata Koffritz?

Szathmar sentía un vivo interés por sus clientes, especialmente por las mujeres atractivas. Les ofrecía comprensión, guía psicológica, consejos prácticos y hasta unos toques de arte y filosofía. Me informó: hija única, madre desquiciada, ningún padre a la vista; había huido a México con su maestro de arte del instituto, y la habían hecho regresar; más tarde escapó a Berkeley, y la hallaron en uno de esos grupos californianos de terapia de grupo; casada con Koffritz, un vendedor de criptas y tumbas...

—Un momento. ¿Lo has visto alguna vez? ¿Es un individuo alto, con barba color castaño? ¡Vaya! ¡Es el mismo hombre que estuvo haciéndole propaganda del artículo al viejo Myron Swiebel, en los Baños Rusos de la calle División!

Sin dejarse impresionar por Szathmar, continuó:

—Renata es quizá la pieza más fina para la que he obtenido un divorcio. Tiene un hijito que es un encanto. Me acordé de ti. Con esta mujer puedes ligar alguna acción.

—¿Es que tú ya la has ligado?

—¿Cómo? ¿Yo, su abogado?

—No trates de soltarme el cuento de la ética. Si no has intentado propasarte será porque ella no te ha pagado todavía los honorarios.

—Ya conozco tu opinión sobre mi profesión. Para ti cualquier negocio es un fraude.

—Desde que Denise se puso en pie de guerra me he hartado de ver negocios. Me endosaste a Forrest Tomchek, uno de los nombres más conocidos en esta rama de la ley. Fue como dejar un pedacito de confeti frente a una aspiradora gigante.

Con una mirada de furia, Szathmar exclamó:

—¡Bah! —Sopló hacia un lado en un gesto simbólico—. ¡Si serás gilipollas! Tuve que suplicar a Tomchek para que aceptara tu caso. Me hizo el favor por ser colega. ¡Un hombre como él! ¡Vaya! No te querría ni como adorno para su pecera. Presidentes de empresa y de banco le suplican un poco de su tiempo, y tú, necio, lo menosprecias. ¡Tomchek! Tomchek pertenece a una familia de estadistas legales. Y es un as de la aviación en el Pacífico.

—De todos modos, sigue siendo un bandido, y además es incompetente. Denise es un millar de veces más lista que él. Estudió los documentos y en un minuto lo tuvo cogido. Él ni siquiera comprobó los títulos para saber a quién pertenecía cada cosa. ¡Amigo, no me vengas con la dignidad de la abogacía! Pero no mezclemos cuestiones. Cuéntame sobre la chica.

Szathmar se levantó de su sillón. He estado en la Casa Blanca, me he sentado en el sillón del presidente en la Sala Oval, y juro que el sillón de Szathmar es de un

cuero más fino. Los retratos enmarcados de su padre y su abuelo, colgados de la pared, me recordaban los viejos tiempos del West Side. Mis sentimientos por Szathmar eran, a fin de cuentas, sentimiento familiares.

—La escogí para ti tan pronto como ella cruzó esa puerta. Siempre te tengo presente, Charlie. Tu vida no ha sido feliz.

—No exageres.

—Infeliz —insistió—. Talento y ventajas desperdiciadas, obstinado como el demonio, malsanamente orgulloso y malgastando siempre el tiempo. Todas esas relaciones tuyas en Nueva York, Washington, París, Londres y Roma, todos tus logros, tu destreza con las palabras, tu suerte... Porque tú has tenido suerte. ¡Lo que yo hubiera hecho con tu suerte! Y tenías que casarte con esa entrometida de West Side, con una familia de politicastos, jugadores de tragaperras en las tiendas de golosinas de los judíos e inspectores de cloacas. ¡Esa chica presumida de Vassar! Y todo porque hablaba en un maldito sumario legal, y tú te morías por la comprensión y la conversación, y ella tenía cultura. Y yo, que te quiero tanto, que siempre te he querido, a ti, estúpido hijo de mala madre, yo que he sentido este gran amor por ti desde que teníamos diez años, y por las noches no podía dormir pensando: ¿Cómo voy a salvar ahora a Charlie? ¿Cómo podré proteger su dinero? ¿Cómo reducir sus impuestos, encontrarle la mejor defensa legal, ponerlo en contacto con mujeres de valía...? Y tú, cerebro de mosquito, babieca, tú no tienes ni idea de lo que significa un amor semejante.

He de confesar que, cuando Szathmar se mostraba de este talante, me divertía mucho. Mientras me censuraba con tales palabras, sus ojos se volvían continuamente a la izquierda, donde no había nadie. Si alguien hubiese estado allí, algún testigo objetivo, habría ofrecido su apoyo al indignado Szathmar. La querida madre de Szathmar tenía el mismo hábito. Ella también clamaba justicia al espacio vacío, con una actitud ofendida, las dos manos apoyadas sobre el pecho. El de Szathmar contenía un gran corazón auténticamente viril; mientras que yo no tenía corazón, únicamente una especie de menudillo de gallina... Así era por lo menos como Szathmar lo veía. Se consideraba una persona de vitalidad heroica, madura, sabia, pagana, semejante a un tritón. Pero sus auténticos pensamientos se centraban en cómo permanecer siempre en la cúspide, cómo entrometerse y cómo hacer todos los sucios manejos que él calificaba de libertad sexual. Además tema que pensar en cómo conseguir su sustento mensual. Gastaba mucho. La cuestión era cómo combinar estas necesidades diferentes. En cierta ocasión me dijo:

—Yo estaba ya en la revolución sexual antes de que nadie hubiera oído hablar de ella.

Pero tengo que añadir algo más. Yo sentía vergüenza por nosotros dos. No tenía por qué menospreciar a Szathmar. Estas lecturas mías me han enseñado algo, a pesar de todo. Comprendo un poco el comportamiento de la clase media de dos siglos para conservar la buena apariencia, para preservar cierta inocencia dilecta —¡la inocencia

de Clarissa defendiéndose sin esperanza de la lascivia de Lovelace!—. Mucho peor es descubrir que uno ha estado haciendo realidad ciertos sentimientos de tarjeta de felicitación, con el corazón envuelto en cintas y lazos de virtud de la clase media. Esta especie de abominable inocencia norteamericana es justamente detestada por el mundo, que la percibió en Woodrow Wilson, en 1919. Cuando éramos escolares, se nos inculcó el honor de los exploradores, la bondad y la cortesía; extraños fantasmas de la finura victoriana rondan todavía los corazones de los niños de Chicago, ahora cincuentones y sesentones. Esto se manifestaba en la creencia que Szathmar tenía de su propia generosidad y su grandeza de corazón, y también en mi agradecimiento a Dios por creer que yo nunca sería tan vulgar como Alee Szathmar. Como expiación, le permití que siguiera censurándome. Pero cuando creí que ya era suficiente, pregunté de pronto:

—¿Y cómo va tu salud?

A Szathmar no le gustó mi pregunta. Él no admitía enfermedades.

—Estoy muy bien —me respondió—. No creo que hayas venido corriendo del tribunal para preguntarme esto. Simplemente, debo perder un poco de peso.

—Aféitate las patillas también, ya que estás mejorando. Te dan el aspecto del malo de una película del Oeste, de uno de esos tipos que venden rifles y aguardiente a los pieles rojas.

—De acuerdo, Charlie. No soy más que un libertino, un degenerado mujeriego. Mientras que tú únicamente piensas en cosas elevadas. Eres noble. Yo soy una bazofia. Pero ¿viniste o no viniste para preguntar sobre esa chica?

—Sí, es verdad, vine para eso.

—No te avergüences. Por lo menos es un signo de vida, y tú no tienes mucho de eso. Casi renuncié a hacer algo por ti cuando rechazaste a aquella Felicia, con su bella pechuga. Es una bonita mujer de mediana edad, y se hubiera sentido muy agradecida. Su marido tiene una aventura tras otra. Ella te adoraba. Te habría bendecido hasta el fin de sus días por tratarla bien. Una honrada ama de casa y madre, que hubiera cuidado de ti plenamente, habría lavado, cocinado, horneado y comprado, y hasta habría llevado tus cuentas. Además de ser complaciente en la cama. No habría abierto la boca porque estaba casada. Era perfecto. Pero para ti fue únicamente otra de mis ideas vulgares. —Me miró enfadado y añadió—: Muy bien, ya arreglaré el asunto con esa chica. Invítala mañana a un trago en Palmer House. Yo arreglaré los detalles.

Si yo era susceptible a la malaria sexual del West Side, Szathmar no podía resistir la fiebre de los arreglos. Su único objetivo, en este momento, era conseguir que Renata y yo nos metiéramos en la cama, donde él estaría presente en espíritu. Quizá confiaba en que el asunto pudiera progresar hasta constituir un trío. Igual que Cantabile, Szathmar sugería a veces combinaciones fantásticas.

—Ahora escucha —me dijo—. Durante las horas diurnas puedes reservar una habitación de hotel aprovechando lo que llaman tarifa de congresos. Te reservaré una. Tengo dinero tuyo en depósito y pueden mandarme a mí la factura.

—Si únicamente tomamos un trago, ¿cómo sabes que la cosa llegará hasta una habitación?

—Eso depende de ti. El camarero tendrá la llave de la habitación. Pásale cinco dólares y él te entregará el sobre.

—Y ese sobre ¿a nombre de quién estará?

—Naturalmente, no ha de ser con el inmaculado nombre de Citrine, ¿eh?

—¿Qué te parece Crawley como nombre?

—Nuestro viejo maestro de latín. ¡El viejo Crawley! *Est avis in dextra melior quam quattuor extra.*

De modo que, al día siguiente, Renata y yo fuimos a tomar un trago en el sombrío bar, debajo del nivel de la calle. Me prometí que esta sería mi última estupidez. Presenté el asunto ante mí mismo de la manera más inteligente que me fue posible: que no se podía evadir la historia, y que esto era lo que la historia hacía a todo el mundo. La historia decretaba que los hombres y las mujeres debían conocerse en estos abrazos. Yo iba a descubrir si Renata era o no era realmente mi destino, si poseía la auténtica ánima de Jung. Quizá resultaría ser algo muy diferente, pero un fugaz encuentro sexual me lo demostraría, pues las mujeres me producían un efecto muy peculiar: si no me sumían en éxtasis, me ponían enfermo. No quedaba otra alternativa en la cuestión.

Aquel día sombrío y húmedo, el Wabash goteaba, pero Renata contrarrestaba el tiempo. Llevaba un impermeable de plástico en bandas de colores rojo, blanco y negro, un diseño Rothko. Estaba sentada en aquel compartimiento oscuro, con su reluciente impermeable, completamente abotonado. Un sombrero ancho, con el ala doblada, completaba su atavío. El carmín con fragancia de plátano de su bella boca combinaba con el rojo de Rothko. Sus observaciones no tenían mucho sentido, pero hablaba muy poco. Reía muchísimo y de pronto se puso extremadamente pálida. La vela colocada en el fondo de un vaso redondo daba muy poca luz. Incliné el rostro sobre el fascinante plástico del impermeable y su cara se redondeó. Yo no podía creer que la clase de chica descrita por Szathmar —tan dispuesta para la acción, tan experimentada—, después de beber cuatro martinis se pusiera tan blanca, más blanca que la luna a las tres de la madrugada. En un primer momento pensé que quizá estaba fingiendo timidez por cortesía hacia un hombre de una generación anterior, pero en su bello rostro apareció un frío sudor de ginebra, y parecía suplicarme que hiciera algo. Hasta aquí había en todo ello un elemento de *déjà vu*, ya que yo había pasado por esto más de una vez. Pero lo que ahora era distinto es que sentí compasión y deseos de proteger a aquella joven mujer y su inesperada debilidad. Creí comprender la razón de hallarme en aquel oscuro bar subterráneo. Las condiciones eran muy duras. Uno no podía hacerlo sin amor. ¿Por qué no? Yo era incapaz de renunciar a esta creencia, aunque quizá en ella había una gran parte de estupidez. Esta necesidad de amor (en un estado generalizado) era un estorbo terrible. Si alguna vez se hiciese público que yo susurraba «¡Mi destino!» al abrirse las puertas del ascensor, la Legión

de Honor solicitaría con todo derecho la devolución de su medalla. La interpretación más constructiva que pude dar fue platónica, es decir, que Eros estaba utilizando mis deseos para sacarme de la difícil situación en que me hallaba para conducirme a la sabiduría. Era una idea agradable, con clase, pero no creo que hubiese un ápice de verdad en ella. (Para comenzar, seguramente que de Eros quedaba muy poco). El nombre importante, si es que debía invocar alguno, si algún poder sobrenatural se preocupaba por mí, no era Eros sino, probablemente, Ahriman, el principal tirano de la oscuridad. Sea como fuese, debía sacar a Renata de allí.

Me dirigí al bar y me incliné discretamente, interponiéndome entre los bebedores. Otro día cualquiera hubiera descrito a esa gente como borrachos y viciosos, pero ese día me parecía que sus ojos eran tan grandes como troneras y que emitían una luz de moralidad. El camarero se acercó. Coloqué un billete de cinco dólares doblado entre los nudillos de mi mano izquierda, tal como me había enseñado Szathmar, y pregunté al barman si había algún sobre a nombre de Crawley. El hombre se apoderó al instante de los cinco dólares, con esa clase de viveza que únicamente se encuentra en una gran ciudad.

—Bueno, ¿de qué sobre se trata? —inquirió.

—Uno a nombre de Crawley.

—No tengo ningún Crawley.

—Tiene que estar. Mire de nuevo, por favor.

Estuvo buscando nuevamente entre los sobres. Todos contenían una llave de habitación.

—¿Cuál es su nombre de pila, amigo? Déme otra pista.

Atormentado, le respondí en voz baja:

—Charles.

—Esto está mejor. ¿Puede ser este el suyo..., C-I-T-R-I-N-E?

—Por el amor de Dios, ya sé cómo deletrearlo —le dije bajito pero furioso. Y murmuré para mí—: Ese estúpido babuino mal nacido de Szathmar. En toda su vida no ha hecho nada bien. ¡Y yo, confiando en que él me arregle mis propios asuntos!

En aquel momento me di cuenta de que alguien estaba tratando de llamar mi atención por la espalda, y me volví. Vi a una persona de mediana edad que me sonreía. Obviamente me conocía, y parecía radiante de alegría. Era una dama robusta de aspecto dulce, nariz respingona y pecho alto. Estaba deseando que la reconociera, pero al mismo tiempo manifestaba tácitamente que los años la habían cambiado. Pero ¿podían cambiarla tanto? Yo repliqué:

—¿SÍ?

—Veo que no me conoces. Pero tú sigues siendo el mismo Charlie de antaño.

—Nunca he podido comprender por qué los bares han de estar tan oscuros —le respondí.

—Pero, Charlie, soy Naomi..., tu enamorada de los tiempos escolares.

—¡Naomi Lutz!

—¡Qué contenta estoy de haberte encontrado, Charlie!

—¿Y qué has venido a hacer al bar de este hotel?

Una mujer sola en un bar es, normalmente, una buscona. Naomi estaba muy vieja para ese oficio. Además, era inconcebible que Naomi, mi enamorada de los quince años, se hubiera convertido en una chica de bar.

—No, no —me dijo—. Estoy con mi padre. Ahora mismo volverá. Lo traigo al centro desde el geriátrico por lo menos una vez a la semana, para tomar un trago. Ya recordarás cómo le complacía venir al Loop.

—El viejo doctor Lutz... ¡vaya!

—Sí, aún vive, aunque es muy viejo. Él y yo hemos estado observándote junto a esa belleza en el compartimiento. Perdóname, Charlie, pero los hombres os portáis de un modo injusto con las mujeres. ¡Qué maravilloso para ti! Papá estaba diciéndome que no habría debido entrometerse entre nosotros, enamorados infantiles.

—Yo fui algo más que un enamorado infantil —le dije—. Te amé con toda mi alma, Naomi.

Al decir esto, me di cuenta de que había llevado una mujer al bar y ahora estaba haciendo una apasionada declaración a otra. Sin embargo, era la verdad, la verdad involuntaria y espontánea.

—Con frecuencia he estado pensando, Naomi, que perdí casi todo mi carácter al no poder pasar mi vida junto a ti. Me estropeó enteramente. Me convirtió en ambicioso, astuto, complejo, estúpido y vengativo. Si hubiese podido tenerte entre mis brazos todas las noches desde los quince años, nunca hubiera temido a la muerte.

—¡Vamos, Charlie, cuéntaselo al nuncio! Siempre fue maravillosa tu manera de hablar. Y desconcertante también. Has tenido montones y montones de mujeres. Puedo comprobarlo por tu conducta en ese compartimiento.

—Ah, sí... ¡al nuncio!

Me sentí agradecido por esa antigua expresión. En primer lugar, puso freno a mi efusión, que no me hubiera conducido a parte alguna. En segundo término, me alivió del peso de otra impresión que había recibido en el oscuro bar. Supongo que la impresión nació de la idea de que, inmediatamente después de la muerte, cuando el cuerpo sin vida se pudría y se convertía otra vez en un montón de minerales, el alma despertaba a su nueva existencia, y yo imaginaba que un instante después de la muerte me hallaría en un lugar oscuro semejante a este bar. Un lugar donde todos aquellos que se habían amado se encontrarían de nuevo, etcétera. Esta fue mi impresión en el bar. Con la llave de la «habitación de congresos» en la mano, supe que tenía que volver junto a Renata. Si seguía bebiendo su martini estaría demasiado achispada para levantarse por sí misma y salir del compartimiento. Pero ahora tema que esperar al doctor Lutz. Y allí se acercaba, procedente del lavabo, muy débil y calvo, con la nariz respingona como su hija. Su estilo Babbitt de los años veinte se había desvanecido para transformarse en una anticuada elegancia. Había exigido de nosotros una extraña cortesía, pues aunque él nunca fue un médico auténtico sino un

pedicuro (tenía consulta abierta en el centro y también en su casa), insistía en ser tratado de doctor y se ponía furioso si alguien lo llamaba Lutz a secas. Fascinado con la idea de ser médico, trataba enfermedades de muchas clases hasta la rodilla. Si curaba los pies, ¿por qué no las piernas? Recuerdo que me pidió que lo ayudara en cierta ocasión en que untaba con una especie de gelatina púrpura, preparada por él, unas horribles heridas en las piernas de una mujer que trabajaba en la fábrica de la National Biscuit. Yo le sostuve el pote y los instrumentos, y mientras él llenaba los agujeros charlaba también como un curandero. Yo apreciaba a aquella mujer, pues solía llevarle al doctor una caja de zapatos llena de bollos de chocolate y malvavisco y pastillas de chocolate. Al recordarlo, sentí el dulzor del chocolate en la boca. Y me vi entonces sentado absorto, en el sillón de tratamiento del doctor Lutz, mientras una tempestad de nieve oscurecía el pequeño gabinete pintado de blanco y yo leía *Herodias*. Conmovido por la decapitación de Juan el Bautista, entré en la habitación de Naomi. Estuvimos solos durante la ventisca. Le quité su cálido pijama aterciopelado de color azul y la vi desnuda. Estos eran los recuerdos que ahora atenazaban mi corazón. Naomi no era un cuerpo extraño para mí. No había nada en ella que yo desconociera. Mi sentimiento hacia ella llegaba hasta sus células, a sus propias moléculas, que, por ser tuyas, contenían todas sus características. Por haber concebido a Naomi como parte de mí mismo, a causa de esta pasión, estaba atrapado por el anciano doctor Lutz en una relación Jacob-Labán. Tenía que ayudarlo a lavar su Auburn, un automóvil azul celeste con los neumáticos de color blanco. Le echaba agua con la manguera y lo frotaba con la gamuza mientras el doctor, con sus pantalones de golf de lino blanco, permanecía de pie fumando su cigarro Cremo.

—¡Vaya, Charlie Citrine! A buen seguro que has corrido mundo —exclamó el anciano caballero. Su voz todavía sonaba lírica, aguda y muy hueca. Cuando hablaba, uno tenía la impresión de que era únicamente por hablar—. Aunque yo siempre fui un republicano de Hoover y Coolidge, cuando supe que los Kennedy te habían invitado a la Casa Blanca, me sentí muy orgulloso.

—¿Es a causa de esa joven por lo que tienes prisa? —preguntó Naomi.

—Francamente, no sabría responderte. ¿Y qué es de tu vida, Naomi?

—Mi matrimonio fue un fracaso y mi marido desapareció. Supongo que ya lo sabes. De todos modos, crie dos hijos. ¿No habrás leído por casualidad alguno de los artículos de mi hijo en el *Southwest Township Herald*?

—No, pero tampoco hubiera podido saber que estaban escritos por tu hijo.

—Escribió sobre el modo de vencer el hábito de la droga, basado en su experiencia personal. Me gustaría conocer tu opinión sobre sus escritos. Mi hija es una joya, pero el chico es un problema.

—¿Y tú, mi querida Naomi?

—Ahora ya no hago mucho. Tengo un amigo. Parte del tiempo lo dedico a hacer de guardia de tráfico en una escuela primaria.

El anciano doctor Lutz parecía no oír nada de todo esto.



—Es una lástima —dije.

—¿Sobre tú y yo? No, no lo es. Tú y tu vida intelectual hubieran sido una prueba para mí. Prefiero los deportes. Mi línea es el rugby por televisión. Cuando conseguimos pases para Soldier's Field o los partidos de hockey, es un gran acontecimiento. Cena previa en el Como Inn, autobús al estadio, y la verdad es que espero las peleas sobre el hielo y los gritos cuando se rompen los dientes. Temo que soy una mujer vulgar.

Cuando Naomi decía «vulgar» y su padre decía «republicano», con ello querían dar a entender que se habían unido al gran público norteamericano y habían encontrado en ello satisfacción. Haber sido pedicuro en el Loop en los años treinta proporcionaba gozo al vejete. Su hija expresaba algo similar sobre sí misma. Estaban satisfechos consigo mismos y con respecto al otro, y les agradaba su semejanza. Solo yo, misteriosamente un inadaptado, estaba de pie entre los dos con mi llave. Era obvio que lo que andaba mal conmigo era mi poca semejanza. Yo era un viejo amigo, pero no era enteramente norteamericano.

—Tengo que irme —declaré.

—¿No podríamos encontrarnos alguna vez para beber juntos una cerveza? Me encantaría verte de nuevo —dijo Naomi—. Podrías aconsejarme sobre Louie mucho mejor que cualquier otra persona. Tú no tienes hijos, ¿verdad? —Anoté su número y ella dijo—: Fíjate, papá, en qué libreta más elegante está escribiendo. Todo lo de Charlie es tan selecto... Estás convirtiéndote en un hombre maduro muy atractivo. Pero no eres el tipo de hombre al que una mujer quisiera atarse.

Me observaron mientras yo volvía al compartimiento y ayudaba a Renata a levantarse. Me puse el sombrero y el abrigo fingiendo que íbamos a salir al exterior. Sentía el deshonor de todo el mundo.

La habitación con tarifa de congresos era precisamente lo que merecían adúlteros y lascivos. No era mucho mayor que un armario para escobas y daba al respiradero. Renata se dejó caer en una silla y pidió dos martinis más al servicio de habitaciones. Yo corrí la cortina, no por preservar la intimidad —no había ventanas enfrente— y no por ser seductor, sino únicamente porque no soporto la visión de los ladrillos de un respiradero de aire. Junto a la pared había un sofá cama cubierto con felpilla verde. En cuanto vi este objeto supe que me vencería. Estaba seguro de que sería incapaz de abrirlo. Una vez consciente de este desafío, la idea no me abandonaba. Tenía que salirle al paso, inmediatamente. Los almohadones trapezoidales de espumillón no tenían ningún peso. Los aparté y tiré del cobertor ajustado. Las sábanas que había debajo estaban perfectamente limpias. Me arrodillé entonces buscando a tientas alguna palanca bajo el armazón del sofá. Renata me observaba en silencio mientras mi rostro iba tensándose y enrojeciendo. Yo estaba agachado y tiraba, furioso con los fabricantes que construyen semejantes trastos, y con la dirección del hotel por hacer dinero con los congresistas y atormentarlos anímicamente.

—Esta cosa es como un test de inteligencia —comenté.

—¿Sí?

—He fracasado. No puedo abrir esto.

—Bueno, déjalo.

En aquella estrecha cama únicamente cabía uno. Sin embargo, he de confesar sinceramente que no tenía ningún deseo de tenderme allí.

Renata fue al cuarto de baño. Había dos sillas. Me senté en el *fauteuil*, que era de orejas. Entre mis zapatos había un cuadrado de alfombra anudada tipo colonial norteamericano. La sangre me palpitaba en los oídos. El displicente servicio de habitaciones se presentó con los dos martinis. Embolsó el dólar de propina sin dar las gracias. Entonces salió Renata, con el reluciente impermeable completamente abotonado todavía. Se sentó en el sofá cama, sorbió una o dos veces de su martini, y se desvaneció. Intenté escuchar su corazón a través del plástico. ¿No sufriría del corazón? Suponiendo que esto fuese grave, ¿se podría llamar una ambulancia? Le tomé el pulso mientras miraba estúpidamente mi reloj, pero perdía la cuenta. Para poder comparar, me tomé el pulso. No pude concluir nada de los resultados. Su pulso no parecía peor que el mío. Aun inconsciente, ella parecía estar mejor que yo. Estaba húmeda y fría. Le sequé el frío sudor con una esquina de la sábana e intenté pensar lo que George Swiebel, mi consejero en asuntos de salud, haría en una emergencia como la presente. Sabía exactamente lo que haría: estirarle las piernas, quitarle los zapatos y desabotonarle el abrigo para ayudar un poco la respiración. Y eso fue lo que hice.

Renata estaba desnuda debajo de su impermeable. Había entrado en el cuarto de baño para quitarse la ropa. Al desabrochar el botón superior hubiera podido detenerme, pero no lo hice. Naturalmente, había evaluado los encantos de Renata, intentando adivinar cómo sería. Mis generosas predicciones quedaban muy por debajo de la realidad. No había esperado que todo fuese tan desarrollado y perfecto. Había observado en el tribunal de jurados que el primer nudillo de sus dedos era carnoso y se esponjaba ligeramente antes de afinarse. Tenía la conjetura de que sus bellos muslos también debían de esponjarse uno hacia el otro en armonía con los nudillos. Descubrí que así era exactamente y me sentí más como un amante del arte que como un seductor. Mi impresión rápida, pues no tardé mucho en volver a cubrirla, fue que cada tejido era perfecto; cada fibra de vello, reluciente. Exhalaba un profundo olor a hembra. Después de ver cómo eran las cosas, la abotoné de nuevo por puro respeto. Ordené todo en su sitio lo mejor que supe. Y abrí la ventana. Por desgracia, se llevó su maravilloso olor, pero ella necesitaba aire fresco. Cogí sus vestidos, que estaban colgados detrás de la puerta del cuarto de baño, y los metí dentro de su gran bolso, comprobando que no se hubiera perdido su identificación de jurado. Entonces, con mi abrigo puesto y el sombrero y los guantes en la mano, esperé a que ella se reanimara.

Hacemos las mismas cosas, una y otra vez, con una predestinación aterradora. Por ello, se puede perdonar que uno desee asociarlas, cuando menos, con la belleza.

Y hoy —con su abrigo de piel y su maravilloso sombrero amatista, versátil y flexible, su vientre y muslos bajo el contacto directo de la seda— Renata me acompañó hasta el edificio del condado. Ella y su cliente, aquella voluminosa señora con su popelín a lunares, dijeron a una:

—*Ciao*, hasta la vista.

Y allí enfrente se alzaba el bello rascacielos rojizo y acristalado y la insignificante escultura de Picasso, con sus puntales y sus hojas metálicas, sin alas, sin victoria, únicamente un símbolo, un recordatorio, solo la idea de una obra de arte. Muy semejante —pensé— a las otras ideas o recordatorios por los que vivimos: no más manzanas, sino la idea, la reconstrucción del pomólogo de lo que fue anteriormente una manzana; no más helados sino la idea, el recuerdo de algo delicioso fabricado con sustitutos, almidón, glucosa y otros productos químicos; no más sexo sino la idea o reminiscencia de ello, y lo mismo con el amor, las creencias, el pensamiento y así sucesivamente. Con este tema en la mente, subí en el ascensor para saber lo que el tribunal, con sus fantasmas de igualdad y de justicia, deseaba de mí. Cuando se abrió la puerta del ascensor, lo hizo sencillamente, sin voz alguna que exclamara «¡Mi destino!». O bien Renata había colmado ese anhelo, o la voz estaba demasiado desanimada para hablar.

Salí y vi a mi abogado Forrest Tomchek y a su joven ayudante Billy Srole esperando al final del corredor gris, abierto ampliamente a la luz que daba a la sala de justicia del juez Urbanovich: dos hombres que engañaban con su honrado aspecto. De acuerdo con Szathmar (Szathmar, que no podía ni recordar un nombre tan sencillo como Crawley), yo estaba representado por el mejor talento legal de Chicago.

Le había respondido:

—En este caso, ¿por qué razón no me siento seguro con Tomchek?

—Porque eres un maldito idiota, hipercrítico y nervioso —replicó Szathmar—. En su rama de la ley, nadie tiene más respeto ni más influencia. Tomchek es uno de los tipos más poderosos en la comunidad legal. En divorcios y sentencias de divorcio, estos individuos forman un club. Se sustituyen unos a otros, juegan al golf y vuelan juntos a Acapulco. Detrás del escenario, él indica a los otros individuos cómo ha de ir el asunto. ¿Comprendes? Esto incluye los honorarios, las consecuencias de los impuestos. Todo.

—¿Quieres decir —dije a Szathmar— que van a estudiar mis ingresos libres de impuestos para decidir lo que van a sacarme?

—¡Dios mío! —exclamó Szathmar—. Guárdate para ti tu opinión sobre los abogados.

Estaba profundamente ofendido, realmente furioso, por mi poco respeto hacia su profesión. Sí, coincidía con él en que debía guardar mis sentimientos para mí. Realicé esfuerzos para mostrarme agradable y deferente con Tomchek, pero no era muy diestro en ello. Cuanto más me esforzaba, asintiendo a las pretensiones de Tomchek, expresando la frase conveniente, tanto más desconfiaba de mí y más le disgustaba yo.

Él llevaba las cuentas. Al final, sabía que me haría pagar un alto precio, unos honorarios enormes. De modo que allí estaba Tomchek, con su socio Billy Srole al lado. «Socio» es una palabra maravillosa, una categoría maravillosa. Srole era regordete, pálido, con una actitud muy profesional. Llevaba el pelo largo y se lo alisaba con la blanca palma de su pesada mano y lo colocaba detrás de las orejas. Las puntas de sus dedos se inclinaban hacia arriba. Era un matón. Estos refinamientos eran de matón. Yo los conocía bien.

—¿Qué hay de nuevo? —pregunté.

Tomchek me pasó un brazo por los hombros y formamos un grupo compacto.

—No hay nada de que preocuparse —me tranquilizó Tomchek—. Urbanovich dispuso repentinamente de tiempo para encontrarse con ambas partes.

—Quiere arreglar el asunto. Está orgulloso de su carrera como negociador —me dijo Srole.

—Mira, Charlie —prosiguió Tomchek—. Esta es la técnica que Urbanovich utiliza. Intentará atemorizarte. Te dirá que puede perjudicarte mucho para obligarte a un acuerdo. No te asustes. Legalmente te hemos colocado en una buena posición.

Observé los pliegues del rostro bien afeitado de Tomchek, de aspecto siniestro. Su aliento era ácidamente viril. Exhalaba un olor que yo asociaba con los frenos de los antiguos tranvías, con metabolismo y con hormonas masculinas.

—No, no pienso ceder más terreno —respondí—. No da resultado. Si estoy de acuerdo con sus demandas, ella formulará otras nuevas. Desde la Proclamación de la Emancipación, en este país ha habido una lucha secreta para restablecer la esclavitud por otros medios.

Era esta clase de declaraciones lo que provocaba la suspicacia de Tomchek y de Srole en contra mía.

—Muy bien, pon un límite y mantente firme —aconsejó Srole—. Y deja el resto para nosotros. Denise le pone las cosas difíciles para su propio abogado. Pinsker no quiere ningún lío. Lo único que desea son sus honorarios. No le gusta esta situación. Ella se está haciendo aconsejar legalmente por su cuenta por ese individuo, Schwirner, que carece totalmente de ética.

—¡Odio a Schwirner! Es un hijo de puta —exclamó Tomchek violentamente—. Si pudiera probar que se acuesta con la demandante y que, además, interfiere en mi caso, acabaría con él. Lo llevaría ante el comité de ética.

—¿Es que Gumballs Schwirner sigue todavía con la mujer de Charlie? —preguntó Srole—. Creía que acababa de casarse.

—¿Y qué importa si se ha casado? Sigue encontrándose con esa chalada en moteles. Ella le saca en la cama ideas de estrategia con las que después atosiga a Pinsker. El pobre Pinsker las está pasando moradas. ¡Cómo me gustaría pescar a Schwirner!

No respondí nada en absoluto, y hasta fingí no haber oído lo que estaban diciendo. Tomchek deseaba que yo lo autorizara a contratar un detective particular

que sorprendiera a Schwirner en el acto. Me acordé de Von Humboldt Fleisher y de Scaccia, el investigador privado. Yo no iba a tomar parte en esto.

—Espero que podáis controlar a Pinsker —dije—. No le permitáis que me saque las entrañas.

—¿Aquí, en el despacho? Se portará bien. En el estrado de los testigos hace sudar, pero en una vista con el juez es muy distinto.

—Es un animal —dije yo.

Ellos no respondieron.

—Es una bestia, un caníbal.

Esto causó una impresión desagradable. Tomchek y Srole, al igual que Szathmar, eran susceptibles respecto a su profesión. Tomchek quedó silencioso. Correspondió a Srole, el socio y el eco, tratar con Citrine el criticón. Suave, distante, Srole dijo:

—Pinsker es un hombre duro. Un oponente duro. Un luchador valeroso.

Era evidente que no iban a permitirme hablar mal de los abogados. Pinsker pertenecía al club. ¿Y quién era yo, a fin de cuentas? Una vaga figura de paso, excéntrica y altiva. Mi estilo les disgustaba completamente. ¿Y por qué había de gustarles? De repente percibí el asunto desde su punto de vista. Y me sentí muy complacido. De hecho, me sentía iluminado. Pudiera ser que estas súbitas iluminaciones mías fueran efecto de los cambios metafísicos que estaba sufriendo. Bajo la reciente influencia de Steiner, raramente pensaba en la muerte con el miedo horrible que solía hacerlo antes. Ahora ya no sentía la sofocación de la tumba ni temía una eternidad de aburrimiento. En lugar de ello, con mucha frecuencia me sentía poseedor de una ligereza y una rapidez poco comunes, como si me hallara en una bicicleta ingrávida rodando a través del mundo de las estrellas. En ocasiones me veía con una objetividad regocijante, literalmente como un objeto entre otros objetos, en el universo físico. Algún día aquel objeto cesaría en su movimiento, y cuando el cuerpo cayese, el alma simplemente partiría del cuerpo. Volviendo a los abogados, allí estaba yo de pie entre ellos, tres egos desnudos, tres criaturas pertenecientes al grado inferior de la racionalidad y el cálculo modernos. En el pasado, nuestro ego poseía vestiduras, las vestiduras de su posición social, de superioridad o inferioridad, y cada ego tenía su porte, su aspecto, llevaba la envoltura apropiada para él. Ahora no había envolturas, cada ego estaba desnudo, brillaba de un modo intolerable y causaba terror. Lo veía claramente en un raptó de objetividad. Me sentía en éxtasis.

De todos modos, ¿qué era yo para estos individuos? Un excéntrico. Para encumbrarse a sí mismo, Szathmar fanfarroneaba sobre mí, me encomiaba y la gente se aburría soberanamente, porque les decía que me buscaran en los libros de consulta y leyeran sobre los premios y las medallas que yo había ganado y las subvenciones de Zig-Zag. Insistía al respecto, diciendo cuán orgullosos deberían estar de tener un cliente como yo y, naturalmente, ellos ya me detestaban antes de verme. La quintaesencia de su prejuicio fue expresada por el propio Szathmar en cierta ocasión en que perdió la paciencia y gritó:

—¡Tú no eres más que un gilipollas con pluma! —Estaba tan ofendido que gritó más alto todavía—: ¡Con pluma o sin ella, eres un gilipollas!

Pero no me ofendí. Pensé que me había dedicado un epíteto estrepitoso y me reí. Admitía que se me llamara cualquier cosa siempre que se supiera expresar.

Sin embargo, sabía exactamente cómo hacía sentir a Tomchek y a Srole. Por su parte, ellos me inspiraban un pensamiento inusitado: que la historia había creado en Estados Unidos algo nuevo, es decir, la hipocresía con autorrespeto o la duplicidad con honor. Estados Unidos había sido siempre muy digno y moral, un modelo para el mundo, de modo que había condenado definitivamente la propia idea de la hipocresía y se esforzaba en vivir con este nuevo imperativo de sinceridad, y estaba consiguiendo unos resultados impresionantes. Consideremos a Tomchek y Srole: pertenecían a una profesión honorable y prestigiosa; esta profesión tenía sus propias normas escogidas y todo resultaba moderadamente bien hasta que llegaba alguien extravagante como yo, incapaz de mantener a raya a su mujer, un idiota con habilidad para ensartar unas cuantas frases, y diseminaba la duda de la maleficencia. Yo desprendía un viejo tufillo acusador. Era, como comprenderéis, completamente antihistórico por mi parte. Por ello, Billy Srole me dirigió una velada mirada de reojo, como si se sintiera perplejo por todas las cosas que podía hacerme amparado por la ley, si alguna vez yo me excedía. ¡Cuidado! Me cortaría en pedacitos, me picaría con su cuchilla legal. A diferencia de Srole, los ojos de Tomchek no necesitaban velarse, pues sus opiniones más profundas nunca alcanzaban su mirada. Y yo dependía por completo de esta temible pareja. De hecho esto formaba parte de mi éxtasis. Era formidable. Tomchek y Srole eran precisamente lo que me merecía. Era justo que pagara un precio por presentarme con tanta inocencia y esperar la protección de aquellos menos puros, de gente que estaba en su ambiente en un mundo caído. ¿Por dónde me escapaba, si dejaba el mundo caído a todos los demás? Humboldt utilizaba su crédito de poeta cuando ya había dejado de serlo y se había vuelto loco con sus proyectos. Yo estaba haciendo algo parecido, pues era demasiado cuerdo para creerme fuera de este mundo. Me parece que la palabra es hipócrita. Pero Tomchek y Srole me harían andar derecho. Contaban con la ayuda de Denise, Pinsker, Urbanovich y varios miles más.

—Quisiera saber qué demonios te produce tanta satisfacción —dijo Srole.

—Únicamente un pensamiento.

—Afortunado sujeto, con tus pensamientos agradables.

—Pero ¿cuándo vamos a entrar? —pregunté.

—Cuando la otra parte salga.

—¡Ah! ¿Denise y Pinsker están hablando ahora con Urbanovich? Entonces, creo que iré a descansar un poco en la sala del tribunal. Los pies empiezan a hacerme daño.

Una pequeña porción de Tomchek y Srole daba para mucho. No pensaba quedarme allí en pie, charlando con ellos hasta que nos llamaran. Mi conciencia no

podía soportarlos mucho tiempo. Me cansaban muy rápidamente.

Me refresqué al sentarme en un banco de madera. No tenía ningún libro para leer y aproveché la oportunidad para meditar brevemente. El objeto escogido para mi reflexión fue un arbusto cubierto de rosas. Yo solía evocar este arbusto, pero algunas veces surgía ante mí espontáneamente. Era compacto, denso, apretado, con diminutas rosas color granate oscuro y hojas lozanas. Así que me limité a pensar «rosa», «rosa» y nada más. Vi ante mí las ramitas, las raíces, el áspero botón que se endurecería para convertirse en espina, y toda la botánica que pude recordar —*phloem xylem cambium* cloroplastos tierra sol agua química—, mientras trataba de proyectarme dentro de la misma planta y de reflexionar cómo su sangre verde producía una flor roja. Es verdad, pero los nuevos brotes de los rosales eran siempre rojos antes de volverse verdes. Recordé con toda minuciosidad el orden de la espiral interior de los pétalos de la rosa, el capullo ligeramente blanquecino sobre el rojo, y la lentitud en abrirse por completo para revelar el centro germinador. Concentré todas las facultades de mi mente en esta visión, y las enfoqué en las flores. Entonces, junto a estas flores, vi una figura humana de pie. La planta —dijo Rudolf Steiner— expresaba las leyes desapasionadas y puras del crecimiento, pero el ser humano, buscando una perfección superior, asumía una carga mucho mayor: instintos, deseos y emociones. Un arbusto era, por tanto, la vida dormida. Pero la humanidad corría el riesgo con las pasiones. La apuesta consistía en que los poderes superiores del alma podían purificar estas pasiones. Purificadas, podían renacer más perfectas. El rojo de la sangre era un símbolo de este proceso purificador. Y aunque no fuese así, reflexionar sobre las rosas siempre me llevaba a una especie de estado beatífico.

Al cabo de un momento contemplé algo más. Vi un viejo farol de Chicago de hierro ennegrecido, de unos cuarenta años antes, con una tapadera semejante a un sombrero de torero o un platillo. Esta vez era de noche y había niebla. Yo era un muchacho y miraba desde la ventana de mi dormitorio. Soplaba un gran vendaval, y el viento y la nieve azotaban el farol de hierro y las rosas daban vueltas bajo la luz. Steiner recomendaba la contemplación de una cruz rodeada con una corona de rosas, pero por razones debidas quizá a mi origen judío, yo prefería un farol. El objeto no era tan importante, si es que se conseguía abandonar el mundo sensible. Al salir del mundo sensible uno sentía desvelarse algunas zonas del alma que habían permanecido siempre dormidas.

Había avanzado muchísimo en este ejercicio cuando Denise salió del despacho y cruzó la puerta oscilante para reunirse conmigo.

Esta mujer, la madre de mis hijas, aunque me había proporcionado tantos quebraderos de cabeza, me recordaba con frecuencia unas palabras que Samuel Johnson había dicho respecto a las mujeres bonitas: podían ser bobas, podían ser perversas, pero la belleza era algo muy estimable por sí misma. Desde este punto de vista, Denise era estimable. Tenía unos grandes ojos color violeta y una nariz fina. Su piel estaba cubierta por un leve vello que podía percibirse a contraluz. Llevaba un

peinado alto que le confería demasiado peso a la parte superior de la cabeza. Si no hubiese sido una mujer bella, la desproporción no se hubiera notado. El propio hecho de que no se diera cuenta del pesado efecto de su peinado parecía ser a veces una prueba de que estaba un poco chiflada. En el juzgado, adonde me había arrastrado con su demanda, ella siempre se mostraba amigable. Y como en esta ocasión se excedía en amabilidades, imaginé que había tenido una sesión provechosa con Urbanovich. El hecho de que iba a zurrarme como si fuese un perro hacía que se mostrara afectuosa dado que me tenía afecto. Denise exclamó:

—¡Ah!, ¿estás esperando? —Y su voz era aguda y temblorosa, ligeramente quebrada, pero belicosa al mismo tiempo.

Los débiles nunca saben con cuánta dureza combaten en la contienda. Naturalmente, ella no era tan débil. La fortaleza del orden social estaba de su parte. Pero ella siempre se sentía débil y agobiada. Saltar de la cama para preparar el desayuno era casi más de lo que podía afrontar. Tomar un taxi para ir a la peluquería también le resultaba muy difícil. Su bella cabeza era una carga para su bella nuca. De modo que se sentó junto a mí, suspirando. Ultimamente no había ido al salón de belleza. Cuando tenía el cabello menos abundante, después de una sesión de peluquería, sus ojos no parecían tan grandes ni su mirada tan bobalicona. Sus medias estaban rotas, ya que para ir al juzgado se vestía con lo peor.

—Estoy totalmente agotada —me dijo—. Nunca consigo dormir cuando he de presentarme ante el juzgado.

—Lo siento muchísimo —murmuré.

—Tampoco tú tienes buen aspecto.

—Las niñas algunas veces me dicen: «Papá, tienes el aspecto de un millón de dólares... verdes y arrugados». ¿Cómo están las niñas, Denise?

—Tan bien como pueden estar. Te echan de menos.

—Supongo que es normal.

—Nada es normal para ellas. Tu ausencia las apena mucho.

—Para la pena tú eres lo mismo que Vermont para el jarabe.

—¿Y qué quieres que diga?

—Únicamente si están bien o si no lo están —respondí.

—¡Jarabe! Cuando algo te entra en la cabeza, has de soltarlo sin ton ni son. Esa es tu gran debilidad, la peor tentación.

Aquel era mi día para comprender los puntos de vista ajenos. ¿De dónde adquirir fortaleza? Lo cierto es que Denise tenía razón en cuanto a vencer la tensión persistente. En muchas ocasiones, cuando conservo la boca cerrada y no digo lo que pienso, siento cómo aumenta mi fortaleza. Sin embargo, al parecer, no sé lo que pienso hasta que compruebo lo que digo.

—Las niñas están haciendo planes para Navidad. Creen que vas a llevarlas a la función del teatro Goodman.

—No, ni hablar. Esto ha sido una idea tuya.



—¿Eres demasiado importante para llevarlas al teatro como cualquier padre corriente? Tú les dijiste que las llevarías.

—¿Yo? Nunca. Tú eres quien lo sugirió, y ahora te imaginas que yo se lo prometí a las niñas.

—Estarás en la ciudad, ¿no es verdad?

De hecho, no iba a estar en la ciudad. Me marcharía el viernes siguiente. Todavía no había informado de ello a Denise, y ahora tampoco le dije nada.

—¿O es que estás planeando un viaje con Renata la tetona?

No podía competir con Denise en ese terreno. ¡Otra vez Renata! Ni siquiera permitía a las niñas jugar con el pequeño Roger Koffritz. Una vez me dijo:

—Más adelante ya estarán inmunizadas contra ese tipo de influencia putañera. Pero una vez volvieron a casa moviendo el trasero y supe enseguida que habías roto tu promesa de mantenerlas alejadas de Renata.

La red de información de Denise era de una efectividad poco corriente. Por ejemplo, conocía todo el asunto de Harold Flonzaley.

—¿Y cómo está tu rival el enterrador? —me preguntaba algunas veces.

Pues el pretendiente de Renata, Flonzaley, era propietario de una cadena de establecimientos de pompas fúnebres. Flonzaley era una de las relaciones de negocios de su ex marido y poseía un montón de dinero, pero no podía negarse que su título de la Universidad del Estado era en embalsamamiento. Esto dio un matiz lóbrego a nuestros amores. En una ocasión me peleé con Renata porque su apartamento rebosaba de flores cuyo origen yo conocía: eran las sobras de funerales, abandonadas por los afligidos parientes y entregadas en el Cadillac de Flonzaley especialmente destinado a transportar flores. La obligué a echarlas por la rampa de la basura. Flonzaley seguía cortejándola.

—¿Estás trabajando en algo? —preguntó Denise.

—No demasiado.

—¿Así que te dedicas a jugar a racquetball con Langobardi y a descansar con la mafia? Ya sé que no te relacionas con ninguno de tus amigos formales de Midway. Durnwald te echaría una bronca, pero está en Escocia. ¡Lástima! Ya sé que a él no le gusta la tetona mucho más que a mí. Y una vez me contó cuánto le disgustaba tu compinche Thaxter y el que te enredaras en *The Ark*. Probablemente ya has gastado una carretada de dinero en esa revista, y ¿dónde está el primer número? *Nessuno sa*.

Denise amaba la ópera y adquiriría un abono de temporada para el Lyric. A menudo citaba a Mozart o a Verdi. *Nessuno sa* era de *Così fan tutte*. ¿Dónde encontrar la fidelidad femenina —canta el hombre de mundo de Mozart—, *dove sia? Dove sia? Nessuno sa!* Denise se refería nuevamente a los curiosos delitos de Renata, y yo lo sabía perfectamente.

—A propósito, estoy esperando a Thaxter. Quizá lo vea hoy.

—Seguro, irrumpiré en la ciudad como todo el repertorio de *Sueño de una noche de verano*. Y tú, naturalmente, prefieres pagar sus facturas que dar el dinero a tus

hijas.

—Mis hijas tienen mucho dinero. Tú tienes la casa y cientos de miles. Has conseguido todo el dinero de *Trenck*, tú y los abogados.

—Yo no puedo mantener esa casa con los techos de cuatro metros. Tú no has visto las facturas de la calefacción. Pero aún puedes malgastar tu dinero en gente mucho peor que Thaxter, y lo haces. Thaxter, por lo menos, posee cierto estilo. Nos llevó a Wimbledon con todo lujo. Una gran cena y champán y salmón ahumado de Harrods. Por lo que pude entender, era la CIA quien pagaba sus gastos en esa época. ¿Por qué no consigues que la CIA se haga cargo de los gastos de *The Ark*?

—¿Y por qué la CIA?

—Leo tus prospectos. Pensé que esta revista es justamente el tipo de revista intelectual sería que la CIA podría utilizar en el extranjero como propaganda. Tú te consideras una especie de estadista cultural.

—Todo lo que quería decir en el prospecto es que Estados Unidos no tenía que luchar contra la escasez, y que todos nos sentimos culpables ante la gente que todavía tiene que luchar por su comida y su libertad a la vieja usanza, los mismos temas básicos de antaño. Nosotros no hemos pasado hambre, la policía no nos ha espiado ni encerrado en manicomios por nuestras ideas, no nos han deportado ni convertido en trabajadores esclavos enviados a morir en campos de concentración. No hemos sufrido el Holocausto y las noches de terror. Con las ventajas que disfrutamos, deberíamos estar formulando las nuevas cuestiones básicas de la humanidad.

Pero en lugar de esto, dormimos. Dormimos y dormimos, y comemos y jugamos y nos preocupamos por nimiedades y volvemos a dormir.

—Charlie, cuando te pones solemne eres ridículo. Ahora te vuelcas en el misticismo, al mismo tiempo que mantienes a esa pájara gorda, además de convertirte en un atleta, además de vestir como un petimetre... todos síntomas de un deterioro mental y físico. Me da mucha pena. No porque sea la madre de tus hijas, sino porque antes poseías cerebro y talento. Habrías podido seguir produciendo si los Kennedy hubiesen vivido. Su estilo de acción te mantenía responsable y sano.

—Estás hablando como el difunto Humboldt. Él se iba a convertir en el déspota de la cultura con el gobierno de Stevenson.

—El viejo Humboldt también te alentaba. Todavía tienes eso. Fue el último amigo de verdad que has tenido —me dijo.

Durante estas conversaciones, Denise siempre creía mostrarse vagamente preocupada, solícita e incluso cariñosa. El hecho de que hubiese estado en el despacho del juez y hubiera cavado otra fosa legal contra mí no contaba para nada. A su modo de ver, nosotros éramos como Inglaterra y Francia, enemigos queridos. Para ella consistía en una relación especial que permitía la charla inteligente.

—La gente me habla de ese doctor Scheldt, tu gurú antropósofo. Dicen que es un hombre complaciente y amable. Pero su hija es una auténtica vampiresa. Una oportunista. Además, quiere que te cases con ella. Eres un temible desafío para las

mujeres que sueñan con tu gloria. Aunque siempre te queda el recurso de esconderte detrás de tu pobre Demmie Vonghel.

Denise estaba bombardeándome con la munición que a diario iba acumulando en su mente y en su corazón. Sin embargo, de nuevo, su información era cierta. Al igual que Renata y la anciana Señora, la señorita Scheldt también hablaba de matrimonios de hombres viejos con jovencitas, de la felicidad y creatividad de los últimos años de Picasso, de Casals y de Charlie Chaplin y del juez Douglas.

—Renata no quiere que tú seas un místico, ¿verdad?

—Renata no se mete con esas cosas. Yo no soy un místico. De todos modos, no entiendo por qué el término «místico» ha de ser tan horrendo. No significa mucho más que la palabra «religión» de la que todavía hay gente que habla con respeto. ¿Y qué dice la religión? Dice que en los seres humanos hay algo más allá del cuerpo y del cerebro, y que poseemos medios de saber que van más allá del organismo y de los sentidos. Siempre lo he creído. Mi desgracia proviene, quizá, de no prestar atención a mis propios sentimientos metafísicos. He estudiado en la universidad y conozco las respuestas doctas. Hazme una prueba sobre el punto de vista mundial científico y alcanzaré una evaluación alta. Pero esto es únicamente sustancia cerebral.

—Charlie, tú ya naciste desquiciado. Cuando dijiste que ibas a escribir un ensayo sobre el aburrimiento, pensé: ¡Ya se ha embalado! Ahora estás degenerando rápidamente sin mí. A veces creo que hay motivos para encerrarte en un manicomio. ¿Por qué no vuelves al libro sobre Washington en los años sesenta? Todo lo que publicaste en las revistas fue muy bueno. Me has contado muchísimo más que nunca ha llegado a imprimirse. Si has perdido tus notas, podría ayudarte a recordarlas. Creo que todavía puedo enderezarte, Charlie.

—¿Crees que puedes?

—Comprendo los errores que ambos cometimos. Vives de un modo grotesco: todas esas chicas, la gimnasia, los viajes y ahora la antroposofía. Tu amigo Durnwald está disgustado contigo. Y sé que tu hermano Julius está preocupado. Mira, Charlie, ¿por qué no te casas conmigo otra vez? Para comenzar, detendríamos esta pelea legal. Estaríamos otra vez juntos.

—¿Estás haciéndome la proposición en serio?

—Esto es lo que las niñas quisieran más que nada en el mundo. Reflexiona sobre ello. Tu vida no es precisamente un lecho de rosas. Estás en baja forma. Yo me arriesgaría. —Se levantó y abrió el bolso—. Aquí hay algunas cartas que llegaron a la antigua dirección.

Miré los matasellos.

—Son de hace algunos meses. Podrías habérmelas entregado mucho antes, Denise.

—¿Y cuál es la diferencia? Ya recibes demasiado correo. Tampoco respondes a la mayor parte de las cartas. ¿Para qué lo quieres entonces?

—Has abierto esta y la has cerrado después. Es de la viuda de Humboldt.

—¿Kathleen? Se divorciaron muchísimo antes de que él muriera. Bueno, aquí viene tu genio legal.

Tomchek y Srole entraron en la sala del tribunal y por el otro lado se acercó el caníbal de Pinsky, con un rutilante traje cruzado de color amarillo resplandeciente y una corbata grande, amarilla, que semejaba una tortilla de queso sobre su camisa, y zapatos en dos tonos de marrón. Su cabeza era espantosamente cabelluda. Tenía aspecto de oso y el porte de un viejo luchador. Me pregunté qué habría sido este hombre en una encarnación anterior. Me pregunté lo mismo sobre todos nosotros.

No tuvimos que reunimos con Denise y Pinsker. Únicamente con el juez Urbanovich. Tomchek, Srole y yo entramos en su despacho. El juez, croata o quizá serbio, era regordete y calvo, un hombre gordo y de rostro algo achatado, aunque cordial y muy civilizado. Nos ofreció una taza de café. Atribuí su cordialidad al departamento de Vigilancia.

—No, gracias —contesté.

—Hemos tenido cinco sesiones en el tribunal —comenzó Urbanovich—. Este litigio es perjudicial para ambas partes, no para sus abogados, naturalmente. Subir al estrado resulta muy penoso para una persona tan creativamente sensible como el señor Citrine...

El juez deseaba hacerme sentir todo el irónico peso de su observación. La sensibilidad en un hombre maduro de Chicago, si era genuina, constituía una enfermedad tratable, pero un hombre cuyos ingresos superaban los doscientos mil dólares me estaba tomando el pelo con la sensibilidad. Las plantas sensibles no ganaban esa partida.

—No es agradable ser interrogado por Pinsker —dijo el juez Urbanovich dirigiéndose a mí—. Pertenece a una escuela dura. Es incapaz de pronunciar los títulos de las obras de usted, o los nombres de las compañías francesas, italianas e incluso inglesas con las que usted trata. Además, a usted no le gusta su sastre, su gusto en camisas y corbatas...

En resumen, era muy desagradable tener que dejar el campo libre al violento, idiota y feo Pinsker para actuar contra mí, pero, si yo no cooperaba, el juez le daría rienda suelta.

—Ya hemos negociado con la señora Citrine tres, cuatro, cinco veces —dijo Tomchek.

—Sus ofertas no eran bastante buenas.

—Señoría, la señora Citrine ha recibido ya grandes cantidades de dinero —declaré yo—. Ofrecemos más, y ella siempre aumenta sus demandas. Si yo capitulo, ¿qué garantía tengo de no hallarme ante el tribunal el próximo año?

—Ninguna, pero puedo intentarlo. Puedo hacerlo *res judicata*. Su problema, Citrine, radica en su comprobada habilidad para ganar grandes sumas de dinero.

—No ha sido así últimamente.

—Solo porque está preocupado por el litigio. Si pongo fin a este litigio... usted queda libre y no hay límite a lo que pueda hacer. Me lo agradecerá...

—Señor juez, estoy anticuado y quizá incluso obsoleto, pero nunca aprendí los métodos de producción en masa.

—No se ponga tan nervioso por este asunto, Citrine. Tenemos confianza en usted. Hemos visto sus artículos en *Look* y en *Life*.

—Pero *Life* y *Look* han quebrado. También son anticuados.

—Tenemos su declaración de renta. Indica algo muy distinto.

—Sea como sea —dijo Forrest Tomchek—, respecto a los ingresos futuros,

¿cómo podría mi cliente prever sus ganancias?

Urbanovich respondió:

—Es inconcebible, suceda lo que suceda, que el señor Citrine quede por debajo de la categoría fiscal del cincuenta por ciento, así que, si paga a la señora Citrine treinta mil dólares al año, únicamente le costará quince mil dólares auténticos hasta la mayoría de edad de la hija menor.

—De modo que durante los próximos catorce años, o hasta que ya casi alcance los setenta, debo ganar cien mil dólares anuales. Señoría, no puedo evitar que esto me haga reír. ¡Ja, ja! No creo que mi cerebro lo resista, y este es mi único capital. Otras personas poseen tierras, rentas, acciones, cargos importantes, capital, asignaciones, subsidios federales. Yo no gozo de ninguna de esas ventajas.

—¡Ah! Pero usted es una persona inteligente, Citrine. Esto es obvio hasta en Chicago. Así que no hay que presentar este caso sobre una base especial. En la división de bienes de la sentencia de divorcio, la señora Citrine obtuvo menos de la mitad y alega que los registros fueron falsificados. Usted es algo soñador y probablemente ni se dio cuenta. A lo mejor, los registros los falsificaron otras personas. Pero usted es el responsable ante la ley.

—Negamos cualquier tipo de fraude —dijo Srole.

—Bueno, no creo que el fraude tenga aquí mucho que ver —dijo el juez desdeñando el asunto con un gesto. Evidentemente Piscis era su signo astrológico. Llevaba unos diminutos gemelos en forma de dos peces, con la cola de uno en la cabeza del otro.

—En cuanto a la menor productividad de del señor Citrine durante los últimos años, puede ser deliberada por su parte para poner obstáculos a la demandante, o puede ser debido a que se halle mentalmente en un período de transición.

El juez se estaba divirtiendo, me daba perfecta cuenta. Evidentemente, Tomchek el especialista en divorcios no le gustaba, consideraba a Srole un simple subordinado, y se entretenía conmigo.

—Comprendo los problemas de los intelectuales —prosiguió— y sé que usted puede tener algunas preocupaciones especiales que nada tienen de lucrativas. Pero tengo entendido que hay cierto individuo llamado Maharishi que se ha convertido en millonario enseñando a la gente a doblar la lengua hacia atrás, hasta pasar el paladar y alcanzar los senos nasales. Muchas ideas son comerciables, y es posible que sus preocupaciones especiales sean más lucrativas de lo que usted cree —terminó diciendo.

Sin duda la antroposofía estaba dando sus frutos, pues todo esto me afectaba poco. Había un aire de irrealidad en todo el asunto y en cada pequeño detalle, y mi espíritu parecía desligarse. Me abandonaba y salía por la ventana para flotar por algún tiempo sobre la plaza municipal. O bien las rosas meditativas surgían resplandecientes en mi mente, en un marco verde cubierto de rocío. Pero el juez estaba dándome un repaso, reinterpretando para mí el siglo xx, para que yo no lo

olvidara, y decidiendo cómo debía pasar el resto de mi vida. Debía dejar de ser un artesano de la vieja escuela y adoptar los métodos de la manufactura desalmada (Ruskin). Tomchek y Srole, uno a cada lado del escritorio, asentían para sí. Casi no decían palabra. Sintíendome abandonado y humillado, me decidí a hablar por mí mismo.

—De modo que esto representa medio millón de dólares más. Y aunque ella se case de nuevo, ¿quiere un ingreso garantizado de diez mil dólares?

—Así es.

—¿Y Pinsker quiere cobrar unos honorarios de treinta mil dólares, diez mil por cada mes que ha pasado en el caso?

—No es una cifra disparatada —declaró el juez—. Con respecto a los honorarios se lo ha tratado a usted bien.

—Apenas si sobrepasa los quinientos dólares por hora —repliqué—. Eso es lo que creo que vale mi tiempo, especialmente cuando tengo que hacer algo que no me gusta.

—Señor Citrine —dijo el juez—, usted ha llevado una vida más o menos bohemia. Ha tenido la oportunidad de saborear el matrimonio, la familia, instituciones de la clase media, y ahora quiere abandonarlas. No podemos permitirle que se las tome a la ligera de esta manera.

De repente cesó mi desapego y me invadió la ira. Comprendí las emociones que habían desgarrado el corazón de Humboldt cuando lo agarraron y lo ataron para llevarlo seguidamente a Bellevue. El hombre de talento luchó con policías y ordenanzas. Y además de tener que habérselas con el orden social, había tenido que luchar con esa ansia shakespeariana, el ansia del habla apasionada. Había que resistir. Yo habría podido gritar en ese momento. Habría podido mostrarme elocuente y conmovedor. Pero ¿de qué me hubiera servido estallar como Lear ante sus hijas, o como Shylock regañando a los cristianos? Proferir palabras ardientes no me habría llevado a ninguna parte. Las hijas y los cristianos comprendieron. Tomchek, Srole y el juez no eran capaces. Supongamos que me explayara sobre la moralidad, sobre la carne y la sangre y la justicia y la maldad, y sobre lo que representaba ser como yo era, Charlie Citrine... ¿No era este un tribunal de equidad, un foro de la conciencia? ¿Y no había intentado, a mi propio modo confuso, aportar un poco de bondad a este mundo? Sí, y habiendo perseguido un propósito superior, aunque no consiguiera acercarme a él, ahora que estaba envejeciendo, debilitándome, perdiendo el ánimo, dudando de mi fortaleza y hasta de mi buen juicio, ellos querían perjudicarme con una carga todavía mayor para mi última década de la vida, o lo que restara. Denise no tenía razón al decir que yo soltaba cualquier idea que me entrara en la cabeza. No señor. Yo cruzaba los brazos sobre el pecho y permanecía con la boca cerrada, aunque guardar silencio me expusiera a la angustia. Además, mientras llegaba el sufrimiento, me hallaba únicamente en el rango medio o inferior. De modo que, por respeto a la autenticidad, me callé. Lancé mis pensamientos por un camino distinto. O, por lo

menos, lo intenté. Pensé en lo que Kathleen Fleisher Tigler me habría escrito al respecto.

Eran unos individuos muy rudos. Me dedicaban su atención únicamente a causa de mis posesiones mundanas. De otro modo ya me hubieran puesto detrás de las rejas de hierro de la prisión del condado. En cuanto a Denise, esa maravillosa lunática de grandes ojos color violeta, fina nariz vellosa y voz marcial, ¿qué ocurriría si le ofreciera todo mi dinero? No habría diferencia alguna, pues ella de todos modos querría más. ¿Y el juez? El juez era de Chicago y un político, y su chanchullo era administrar justicia según la ley. ¿Un gobierno de leyes? Este era un gobierno de abogados. Pero no, no. Enardecerse y proferir palabras acaloradas únicamente agravaría las cosas. No, el quid del juego estaba en el silencio, la dureza y el silencio. Yo no iba a hablar. Una rosa, o algo que resplandecía como una rosa, se interpuso, vagó un instante por mi cerebro, y tuve el presentimiento de que era una ratificación de mi decisión.

El juez intensificó entonces su ataque.

—Tengo entendido que el señor Citrine ha salido con frecuencia del país y que ahora tiene intención de ir de nuevo al extranjero.

—Es la primera noticia que tengo al respecto —dijo Tomchek—. ¿Vas a ir a alguna parte?

—Para las vacaciones de Navidad —respondí—. ¿Hay algún motivo por el que no pueda ir?

—Ninguno —dijo el juez—, mientras no trate de escapar a la ley. La demandante y el señor Pinsker han sugerido que el señor Citrine tiene la intención de abandonar el país para siempre. Dicen que no ha renovado el alquiler de su apartamento y que está vendiendo su valiosa colección de alfombras orientales. Presumo que no existen cuentas bancarias numeradas en Suiza. Pero ¿qué es lo que le impide irse con su cabeza, su activo principal, a Irlanda o a España, países que no tienen acuerdo recíproco con nosotros?

—¿Hay alguna prueba de esto, señorita? —pregunté.

Los abogados comenzaron a discutir la cuestión y pensé cómo se habría enterado Denise de mis planes de salir de viaje. Naturalmente, Renata le contaba todo a la Señora, y la Señora, teniendo que pagar por los favores que solicitaba por todo Chicago, necesitaba temas brillantes con que pagar. Se moría si no encontraba algo interesante que decir en la mesa de la cena. Sin embargo, también cabía la posibilidad de que la red de espionaje de Denise tuviera un contacto en la agencia de viajes Poliakoff.

—Estos frecuentes vuelos a Europa tendrán un propósito —dijo el juez Urbanovich.

Tenía ahora la mano sobre la válvula y aumentaba el calor todavía más. Su afable mirada expresaba vivamente: ¡Ten cuidado!

De repente, Chicago dejó de ser mi ciudad. Era totalmente irreconocible. Apenas



lograba concebir que había crecido aquí, que conocía el lugar y que era conocido en él. En Chicago, mis objetivos personales eran necesidades; mis puntos de vista, ideología extranjera, y entendí bien lo que el juez me estaba diciendo. Me decía que me había zafado de todos los Pinsker caníbales y me había liberado de todas las realidades desagradables. Él, Urbanovich, un hombre tan inteligente como yo mismo, con tanta sensibilidad y mejor parecido, calvo o no, había pagado plenamente sus deudas sociales, había jugado al golf con todos los Pinsker, había almorzado con ellos. Había tenido que soportarlo como hombre y como ciudadano, mientras que yo era libre de montarme en los ascensores y subir y bajar esperando que un ser adorable, ¡mi Destino!, me esperara sonriente cuando se abriera la puerta del ascensor en la parada próxima. Él se cuidaría de proporcionarme mi Destino.

—La demandante ha pedido una orden de *ne exeat*. Estoy pensando si no debería fijar una fianza —dijo Urbanovich—. Digamos de doscientos mil dólares.

Muy indignado, Tomchek exclamó:

—¿Sin tener pruebas de que mi cliente huye?

—Señoría, es un sujeto muy distraído —dijo Srole—. No firmar el nuevo arrendamiento es un olvido perfectamente normal en él.

—Si el señor Citrine poseyera algún negocio, una pequeña fábrica, si tuviera una práctica profesional o un cargo en alguna institución —dijo Urbanovich—, la cuestión de la huida repentina no se plantearía.

Me miraba fija y especulativamente, con ojos redondos y brillantes. Tomchek arguyó:

—Citrine es un hombre cuya vida está en Chicago, una figura en esta ciudad.

—Tengo entendido que este año ha gastado una gran cantidad de dinero. Vacilo en utilizar el término «malgastado» porque es su dinero. —Urbanovich consultó un memorando—. Grandes pérdidas en un proyecto de publicación llamado *The Ark*. Un colega, Thaxter... Deudas muy dudosas.

—¿Está sugiriendo que estas pérdidas no son genuinas y que mi cliente ha estado ocultando el dinero? Esas son alegaciones y sospechas de la señora Citrine —replicó Tomchek—. ¿Es que el tribunal cree que son hechos probados?

El juez indicó:

—Esta es una conversación particular en mi despacho, y nada más. Sin embargo, creo que ante el hecho indiscutible de que se ha esfumado súbitamente tanto dinero, el señor Citrine debería proporcionarme una declaración completa, y al día, de su estado financiero, para que yo pueda fijar una cifra de fianza en caso de que se presentara la necesidad. Creo que no se negará, ¿verdad, señor Citrine?

¡Malo! ¡Malo de verdad! ¿Y si Cantabile a final de cuentas tenía razón...? Atropellarla con un camión, matar a esa zorra.

—Tendré que consultarlo con mi contable, señoría —respondí.

—Señor Citrine, tiene usted ligeramente el aspecto de un hombre acorralado. Espero que comprenda que soy imparcial, que seré ecuánime para con ambas partes.

—Cuando el juez sonreía se hacían visibles ciertos músculos que algunas personas sin sutileza nunca alcanzan a desarrollar. Esto era interesante. ¿Cuál sería el intento original de la Naturaleza al crear esos músculos?—. Personalmente, no creo que trate usted de huir. La señora Citrine reconoce que usted es un padre cariñoso. Sin embargo, la gente a veces se desespera y en esos momentos se los puede convencer fácilmente para que obren con precipitación.

El juez quería que yo supiera que mis relaciones con Renata no eran ningún secreto.

—Confío en que usted, la señora Citrine y el señor Pinsker me dejarán alguna cosilla para poder vivir, señor juez.

Entonces, nosotros, el grupo del demandado, nos hallamos nuevamente en el reluciente pasillo de luz grisácea moteada. Srole dijo:

—Charles, tal como te dijimos, ese hombre ha seguido su técnica. Se supone ahora que tú estarás espantado y vas a rogarnos que arreglemos el asunto antes de que te descuarticen en pedazos.

—Es una técnica que da resultados —respondí yo. En aquel momento deseaba poder saltar de aquel rascacielos, con sus múltiples ventanas cuadradas, hacia otra vida, y que nunca más pudieran verme—. Estoy aterrorizado —le dije— y me muero por llegar a un acuerdo.

—Sí, pero no es posible. Ella no lo aceptará —adujo Tomchek—, solo fingirá estar de acuerdo. Ella no quiere saber nada de acuerdos. Es un tema bien conocido, y en todas las ocasiones que he podido discutirlo con un psicoanalista he obtenido siempre la misma respuesta: castración, de eso se trata cuando una mujer anda detrás del dinero.

—No veo muy claro por qué Urbanovich está tan empeñado en ayudarla.

—Al parecer, para él es algo terriblemente divertido —dijo Srole—. A menudo creo que es así.

—Y al final la mayor parte del dinero se irá en honorarios legales —comenté—. Muchas veces me he preguntado por qué no renunciar y hacer un voto de pobreza... —Pero esto eran teorías vagas. Sí, podría entregar mi pequeña fortuna y vivir y morir en una habitación de hotel como Humboldt. Estaba mejor equipado para llevar una vida mental ya que no era un maníaco depresivo, de modo que me podría ir muy bien. Solo que no me iría demasiado bien, pues ya no habría Renatas, ya no habría vida erótica ni ninguna de las excitantes ansiedades asociadas con la vida erótica, que para mí eran, quizá, más importantes que el propio sexo. Un voto de pobreza no era precisamente el voto que Renata estaba procurando.

—La fianza, eso es lo malo. Es un golpe bajo —dije—. Creo que tendríais que haber hecho más objeciones. Haber luchado.

—Pero ¿para qué íbamos a luchar? —opinó Billy Srole—. Es una baladronada. El juez no tiene base en que apoyarse. Te olvidaste de firmar un arrendamiento. Haces viajes a Europa. Podrían ser viajes profesionales... Y, por cierto, ¿cómo es que esa

mujer conoce al dedillo todos los movimientos que vas a hacer?

Estaba seguro que la señora Da Cintra, de la agencia de viajes, la del turbante estampado, proporcionaba información a Denise porque Renata se mostraba grosera con ella, incluso despótica. En cuanto a que Denise tuviera conocimiento de mis actos, tenía una analogía para explicarlo. El año anterior había llevado a mis hijas al campamento del Far West y visitamos un lago donde moraban los castores. El Servicio Forestal había colocado descripciones en las orillas del lago sobre el ciclo de vida del castor. Los castores no se daban cuenta de ello y seguían royendo, haciendo diques, alimentándose y criando. Mi propio caso era semejante. Con Denise, expresado en el italiano de Mozart que a ella le gustaba, era *Tutto tutto gia si sa*. Lo sabía absolutamente todo respecto a mi persona.

Me di cuenta de que había ofendido a Tomchek al criticar su modo de manejar la cuestión de la fianza. Mejor dicho, lo había encolerizado. Sin embargo, para proteger la relación con el cliente, él la emprendió contra Denise.

—¿Cómo pudiste casarte con esa zorra? —gritó—. ¿Dónde demonios estaba tu sentido común? Se supone que eres un hombre inteligente. Y si una mujer como esa quiere exprimerte hasta joderte la vida, ¿qué esperas que pueda hacer un par de abogados?

La exasperación lo dejó sin aliento y no pudo seguir hablando. Puso bruscamente su cartera debajo del brazo y nos dejó. Deseé que Srole se fuese también, pero este creyó su deber informarme de la solidez que tenía mi posición legal (gracias a él). Se quedó frente a mí repitiendo que Urbanovich no podía embargar mi dinero. No tenía base legal para ello.

—Pero si llegáramos a lo peor y el juez te obliga a dejar un depósito, conozco a un sujeto que puede conseguirte bonos exentos de impuestos, y de este modo no perderás la renta del dinero congelado.

—Bien pensado —respondí.

Para poder irme, entré en los lavabos masculinos. Como él me siguió allí, entré en uno de los retretes y pude finalmente leer con entera libertad la carta de Kathleen.

Como era de esperar, Kathleen me informaba de la muerte de su segundo marido, Frank Tigler, en un accidente de caza. Yo lo conocía bien, pues durante mis obligadas seis semanas de estancia en Nevada para optar al divorcio, fui un huésped de pago en el elegante rancho de Tigler. Se trataba de un lugar solitario y decadente, olvidado de Dios. Mis relaciones con Tigler fueron memorables. Me asistía el derecho de declarar que le había salvado la vida, pues, cuando cayó del bote, me lancé al agua para rescatarlo. ¿Rescatarlo? Este acontecimiento no parecía merecer semejante término. Pero Tigler era un vaquero que no sabía nadar, un lisiado cuando no estaba a caballo. En el suelo, con sus botas y su sombrero del Oeste, parecía tener las rodillas lesionadas, y cuando se tambaleó y cayó al agua —el rostro llamativamente bronceado de cejas rojizas y espesas, las piernas torcidas de caballista—, me lancé inmediatamente detrás de él porque el agua no era su elemento. Era un hombre de

tierra firme hasta un grado extremo. ¿Por qué, entonces, estábamos en un bote? Porque a Tigler le gustaba capturar peces. Era primavera y hacía su aparición el pez toobie. Los peces toobie, una antigüedad biológica emparentada con el celacanto del océano Índico, vivían en el lago Volcano y subían desde grandes profundidades para desovar. Acudía mucha gente, en su mayoría indios, para arponearlos. Los peces eran torpes, raros de aspecto, fósiles vivientes. Se ponían al sol para secarlos y su hedor impregnaba el pueblo indio. Las aguas del lago Volcano merecían calificativos como «diáfanas» y «galvánicas». Al caer Tigler, sentí el repentino temor de no volver a verlo. Los indios me habían dicho que el lago tenía muchos kilómetros de profundidad y que raramente podían recuperarse los cuerpos. De modo que salté, y el frío era paralizante. Tiré de Tigler hasta meterlo en el bote. Él no confesó que no sabía nadar. No reconoció nada, no dijo nada. Asió el arpón y recogió su sombrero, que flotaba junto al bote. Tenía las botas de vaquero llenas de agua. No me dio las gracias, ni se las pedí. Fue un incidente entre dos hombres. Quiero decir con ello que lo interpreté como propio del hombre silencioso del Oeste. Los indios seguramente habrían dejado que se ahogara. No les gustaba que los hombres blancos llegaran en sus botes, ansiosos por conseguir algo sin costo alguno, y se llevaran sus peces. Además, odiaban a Tigler por sus estafas, por los precios abusivos que fijaba y por dejar que sus caballos apacentaran en todas partes. Asimismo, y esto me lo había dicho el propio Tigler, las pieles rojas nunca interferían con la muerte, sino que dejaban simplemente que sucediera. Me contó que, en cierta ocasión, vio disparar enfrente de correos contra un indio llamado Winnemucca. Nadie avisó al médico. El hombre se desangró hasta morir allí en el camino, mientras que los hombres, las mujeres y los niños, sentados en bancos o en sus viejos automóviles, lo contemplaban silenciosamente. En aquel momento, en las alturas del edificio del condado, me pareció ver la figura de vaquero de Tigler como si estuviese esculpida en bronce, dando vueltas en el agua helada, eléctrica, y me vi entonces a mí, que había aprendido a nadar en una piscina desinfectada con cloro de Chicago, persiguiéndolo como una nutria. Por la carta de Kathleen, me enteré de que Tigler había muerto en una pelea.

«Dos individuos de Mili Valley, California, querían cazar venados con arcos — escribió Kathleen—. Frank aceptó hacer de guía y llevarlos a las colinas. Surgió un altercado con el guarda forestal. Creo que tú lo conoces, un indio llamado Tony Calicó, un veterano de la guerra de Corea. Resultó que uno de los cazadores tenía antecedentes delictivos. Pobre Frank, tú sabes que le gustaba ponerse un poco fuera de la ley. En este caso no lo estaba, pero había algo irregular. En el Land Rover había escopetas. No entraré en detalles, porque son demasiado penosos. Frank no disparó, pero fue el único al que alcanzaron los disparos. Se desangró hasta morir antes de que Tony consiguiera llegar al hospital.

»Me dolió mucho, Charlie —continuaba Kathleen—. Habíamos estado casados durante doce años. En fin, para no extenderme demasiado, se celebró un gran funeral.

Vino gente a caballo procedente de tres estados. Socios de negocios de Las Vegas y Reno. Era un hombre muy apreciado».

Yo sabía que Tigler había sido un jinete de rodeos y un domador de caballos con muchos premios en su haber y que gozaba de cierta estimación en el mundo de los caballos, pero dudo que nadie lo quisiera, con excepción de Kathleen y de su anciana madre. Los ingresos del rancho de vacaciones, que es lo que era, los invertía en sus caballos cuarto de milla. Algunos de estos caballos se registraban con falsos papeles porque sus progenitores habían sido eliminados de las pistas por drogas o medicamentos. Las normas que inhabilitaban a los descendientes eran muy rigurosas. Tigler debía soslayarlas con documentos falsificados. De modo que continuamente iba de una competición a otra y dejaba que Kathleen manejara los negocios, que no eran muchos, pues todo lo invertían en comprar comida y remolques. Las cabañas de los huéspedes se derrumbaban. Me recordaban el hundimiento de la granja de pollos de Humboldt. Kathleen estaba en Nevada exactamente con el mismo problema. El destino —su destino interior— era demasiado fuerte. Tigler la dejó a cargo del rancho y le indicó que no pagara nada, únicamente las facturas indispensables de los caballos, y aquellas otras que fuesen violentamente exigidas.

Yo tenía suficiente con mis numerosos problemas, pero la soledad duplicada en la vida de Kathleen —primero en New Jersey y después en el Oeste— me conmovió profundamente. Me apoyé en la pared divisoria del retrete del edificio del condado, tratando de aprovechar la luz que entraba por arriba, porque la tinta de la carta estaba muy tenue.

«Sé que simpatizabas con Tigler, Charlie. Pasaste buenos ratos con él, pescando truchas y jugando al póquer. Te distraía de tus problemas».

Esto era verdad, aunque Tigler se puso furioso cuando yo pesqué la primera trucha. Pescábamos con red de arrastre y utilicé su señuelo, y él dijo que la trucha era suya. Hizo una escena y yo le arrojé el pescado. Los alrededores eran sobrenaturales. No era un marco adecuado para pescar: únicamente rocas peladas, sin árboles, acres artemisas y polvo de marga, que flotaba en el aire al paso de los camiones.

Sin embargo, Kathleen no me había escrito con el propósito de discutir sobre Tigler. Me escribía porque Orlando Huggins quería localizarme. Humboldt me había dejado algo. Huggins era su albacea testamentario. Huggins, aquel viejo playboy izquierdista, era un hombre honesto, en el fondo una persona honorable. Supo también apreciar a Humboldt. Después que este me denunció como falso hermano de sangre, llamó a Huggins para que pusiera en orden sus asuntos, y él se apresuró a hacerlo. Humboldt lo acusó entonces de querer estafarlo y lo amenazó con demandarlo también. Evidentemente, la mente de Humboldt debía de haberse aclarado al final, pues reconoció a sus amigos auténticos y nombró a Huggins administrador de sus bienes. Kathleen y yo estábamos mencionados en el testamento. Ella no me dijo lo que Humboldt le había dejado, pero yo sabía que no tenía mucho que dar. Lo que sí mencionó Kathleen fue que Huggins le había entregado una carta

póstuma de Humboldt.

«Hablabo de amor, y de las oportunidades humanas que perdió —me escribía Kathleen—. Citaba a viejos amigos, a Demmie y a ti, y los buenos viejos tiempos en el Village y en el campo».

No sé qué es lo que haría tan buenos esos viejos tiempos. Dudo mucho que Humboldt hubiese disfrutado de un solo día bueno en toda su vida. Entre las fluctuaciones y las sombrías crisis de manía y depresión, había tenido algún breve período bueno. Quizá no tanto como dos horas seguidas de compostura. Pero Humboldt debía de haber atraído a Kathleen en otros aspectos que yo no podía comprender en mi inmadurez de veinticinco años atrás. Era una mujer alta y fuerte, que no manifestaba sus sentimientos profundos porque era una persona muy sosegada. En cuanto a Humboldt, poseía cierta nobleza incluso cuando se volvía loco. Y aun en ese estado, era constante respecto a algunas cosas importantes. Recuerdo el brillo de sus ojos cuando bajó la voz para pronunciar la palabra «rutilar», dicha por un individuo que se disponía a cometer un crimen, o cuando repetía las palabras de Cleopatra: «Llevo en mí ansias inmortales». El hombre amaba profundamente el arte. Nosotros lo amábamos por ello. Aun cuando el deterioro era inminente, quedaban en Humboldt zonas incorruptibles que no se descomponían. Creo que él requería que Kathleen lo protegiera cuando se sumía en esos estados en que un poeta necesita sumirse. Eran estos estados de ensueño, siempre asalteados y desgarrados por las feroces críticas norteamericanas, los que él deseaba preservar con ayuda de Kathleen. Encantamiento. Ella hacía cuanto podía para ayudarlo con el encantamiento, pero él nunca pudo alcanzar el suficiente encantamiento o material de ensueño para envolverse en ellos. No bastaban para cubrirlo. Sin embargo, yo había visto los intentos de Kathleen y la admiraba por ello.

La carta continuaba. Me recordaba nuestras largas conversaciones bajo los árboles en el rancho de Tigler. Seguramente yo le hablaría de Denise, preocupado por justificarme. Me acordaba de los árboles a los que ella se refería, algunos arces y tilos. Tigler anunciaba el encanto de este lugar de vacaciones, pero los tablones descoloridos de las cabañas se estaban soltando y cayendo, la piscina tenía muchas grietas y estaba cubierta de hojas y de espuma, las vallas se habían desplomado y las yeguas de Tigler se paseaban libremente como unas bellas matronas desnudas. Kathleen vestía pantalones tejanos y una camisa a cuadros que había sido lavada hasta un grado ectoplásmico. Recuerdo a Tigler, agachado, repintando los gansos de reclamo. En aquellos días no hablaba ya que, a causa de una factura de pienso, un acreedor furioso le había roto la mandíbula, que llevaba sujeta con un alambre. Aquella misma semana le cortaron los suministros. Los huéspedes se helaban y no había agua. Tigler dijo que ese era el Oeste que la gente apreciaba realmente. No acudían para ser tratados a cuerpo de rey. Querían las cosas bastas. Pero Kathleen me dijo:

—No podré manejar esta situación más allá de uno o dos días.

Por suerte, se presentó una compañía cinematográfica que preparaba una película sobre las hordas mongólicas, y contrataron a Tigler como experto en caballos. Tigler contrató indios para vestir el atuendo acolchado de los asiáticos y galopar dando aullidos y haciendo proezas en la silla. Fue algo grande para el lago Volcano. El padre Edmund, el pastor episcopalista, reclamó los méritos de esta ganancia inesperada. En su juventud había sido estrella de cine mudo y un hombre de mucho atractivo. Utilizaba unos viejos batines maravillosos para subir al púlpito. Los indios, fanáticos del cine, murmuraban que Marión Davies o Gloria Swanson le habían regalado sus ropas. El padre Edmund afirmaba que había sido él quien, con sus relaciones en Hollywood, había inducido a la compañía a ir al lago Volcano. Sea como fuere, Kathleen entró en contacto con la gente del cine. Menciono este hecho porque en su carta hablaba de vender el rancho, alojar a mamá Tigler en una pensión de Tungsten City, y ella ponerse a trabajar en la industria cinematográfica. Las personas que atraviesan una etapa de transición suelen desarrollar interés por el cine. Ocurre esto, o bien comienzan a hablar sobre retomar los estudios para graduarse. Debe de haber unos veinte millones de norteamericanos que sueñan con la vuelta a la universidad. También Renata estuvo siempre a punto de matricularse en De Paul.

Volví a la sala del tribunal para recoger mi abrigo a cuadros, juvenil y primaveral, mientras meditaba qué podía hacer respecto al dinero si Urbanovich me obligaba a dejar un depósito. Este juez calvo de origen croata era un auténtico mal nacido. No conocía a las niñas, ni a Denise ni a mí, y ¿qué derecho tenía a despojarme de un dinero ganado con el pensamiento y el fervor, mediante peculiares operaciones del cerebro? ¡Oh, sí! Yo también podía tener principios elevados respecto al dinero. ¡Bueno, dejemos que se lo lleven todo! Y yo podría llenar un cuestionario psicológico con todo lo mejor, seguro de quedar entre los primeros en magnanimidad. Pero Humboldt —hoy Humboldt rebosaba en mí— solía acusarme de intentar pasar toda mi vida en los estratos superiores de la conciencia superior. La conciencia superior —me decía Humboldt perorando— era «inocente, incapaz de percibir la maldad que había en sí misma». Cuando se intentaba vivir enteramente en la conciencia superior, que era razón pura, solo se veía la maldad en las otras personas, nunca en uno mismo. Partiendo de este punto, Humboldt seguía insistiendo en que en el inconsciente, en el centro irracional de las cosas, el dinero era una sustancia vital como la sangre o los fluidos que bañan los tejidos del cerebro. Ya que siempre consideró tan seriamente el gran significado del dinero, ¿me devolvería, por casualidad, mis seis mil setecientos sesenta y tantos dólares en su última voluntad y testamento? Naturalmente, no lo había hecho. ¿Cómo podría? Había muerto arruinado en una pensión barata. De todos modos, con seis mil dólares ahora ya no iría muy lejos. Szathmar solo ya me debía mucho más que eso. Le había prestado dinero a Szathmar para que comprara un piso. Y luego estaba Thaxter, quien, al no cumplir con un préstamo, me había costado cincuenta acciones de IBM suscritas como fiador. Después de muchas cartas y avisos, el banco, con gestos de ética y lamentándolo, casi llorando al contemplarme tan

cruelmente herido por un amigo intrigante, se apoderó de esas acciones. Thaxter señaló que esto era una pérdida deducible. Ambos, Szathmar y Thaxter, a menudo trataban de consolarme de este modo, y también apelando a la dignidad y los valores absolutos. (¿No tenía yo como objetivo la magnanimidad y no era la amistad algo que estaba muy por encima del dinero?). Los demás me llevaban a la ruina. Y ahora ¿qué podía hacer? Debía a los editores unos setenta mil dólares por pagos adelantados de libros que no estaba en condiciones de escribir. Había perdido completamente el interés en ellos. Podía vender mis alfombras orientales. Le había dicho a Renata que me había cansado de ellas, y ella conocía a un comerciante armenio dispuesto a quedárselas a comisión. Ahora que la moneda extranjera estaba en alza y los iraníes enriquecidos con el petróleo ya no deseaban trabajar en los telares, los compradores alemanes y japoneses, e incluso los árabes, recorrían afanosamente Estados Unidos para llevarse las alfombras. En cuanto al Mercedes, lo mejor sería desprenderme de él. Me perturbaba sobremanera verme envuelto en problemas de dinero. Me sentía como un aparejador de buques o un limpiaventanas que se precipitara al vacío, sujeto por debajo de los brazos con su arnés de seguridad. Sentía una opresión en el pecho que parecía privarme del oxígeno. Algunas veces se me había ocurrido que podría almacenar un cilindro de oxígeno en el armario de la ropa para utilizarlo en esos raptos de preocupación. Naturalmente, hubiera podido abrir una cuenta numerada en un banco suizo. ¿Cómo era posible que, después de permanecer en Chicago la mayor parte de mi vida, no hubiese pensado en contar con un mafioso que manejase mi dinero? Y ahora ¿qué tenía para vender? Thaxter tenía dos artículos míos, un relato del Washington de Kennedy (ahora ya tan anticuado como la fundación de la Orden Capuchina) y otro de la serie inacabada «Los grandes aburrimientos del mundo moderno». Ahí no había ningún dinero. Era un trabajo excelente, pero ¿quién publicaría un estudio formal sobre los aburrimientos?

En aquel momento incluso estaba dispuesto a considerar el proyecto de George Swiebel para extraer berilio en África. Me había burlado de la idea cuando George me la propuso, pero otras ideas más fantásticas habían resultado comercialmente buenas y nadie podía adivinar la forma que adoptaría el gato de Dick Whittington<sup>[13]</sup>. Un hombre llamado Ezekiel Kamuttu, el guía que condujo a George hasta la garganta de Olduvai hacía dos años, decía poseer una montaña de berilio y piedras semipreciosas. Debajo de la cama de George había un exótico saquito de arpillera lleno de minerales extraños. George me dio un calcetín sudado lleno de este mineral y me pidió que lo hiciera examinar por Ben Isvolsky, del Field Museum, nuestro compañero de escuela, ahora geólogo. El formal Ben me dijo que eran auténticos. Perdió enseguida su aire erudito y me espetó una serie de preguntas de negocios. ¿Podríamos obtener estas piedras en cantidad apropiada para un comercio regular? ¿Qué maquinaria utilizaríamos, cómo entraríamos y saldríamos de la selva? ¿Y quién era este Kumuttu? Según George, Kumuttu daría la vida por él. Había invitado a George a casarse con un miembro de su familia. Quería venderle a su hermana.



—Pero —comenté con Ben— tú ya conoces el complejo de buen compañero de George. Bebe unos tragos con los nativos y ellos lo ven tal como es, un corazón mayor que el Mississippi. Lo que es verdad. Pero ¿qué seguridad tenemos de que este Kumuttu no esté aconsejado por algún estafador? A lo mejor, estas muestras de berilio han sido robadas. O quizá está chiflado. De esto no falta en el mundo.

Conocedor de los problemas domésticos de Isvolsky, comprendí por qué lo entusiasmaba la idea de hacer un buen negocio con los minerales.

—Cualquier cosa —me dijo— para conseguir escapar de Winnetka por algún tiempo. —Añadió entonces—: De acuerdo, Charlie, ya sé lo que estás pensando. Cuando vengas a verme otra vez, quieres que te enseñe esos pájaros.

Se refería a la gran colección de pájaros del museo, recogida durante muchas décadas y almacenada en cajones clasificados. Los grandes talleres y laboratorios a los que no tenía acceso el público, los estantes, los almacenes y los sótanos eran infinitamente más fascinantes que la exposición pública del museo. Los pájaros guardados yacían con una etiqueta en las patas. Más que nada, me complacía ver los pájaros mosca, miles y miles de cuerpecitos diminutos, algunos tan pequeños como mi dedo índice, una variedad infinita de ellos, todos minuciosamente moteados con un Louvre completo de colores iridiscentes. Ben me dejó contemplarlos de nuevo. Ben tenía las mejillas redondas y el cabello lanoso, piel áspera, pero rostro agradable. Los tesoros del museo ahora ya lo aburrían, y me dijo:

—Si este Kumuttu posee realmente una montaña de berilio, deberíamos ir allá y hacernos con ella.

—Pronto saldré para Europa —le dije.

—Ideal. George y yo podemos recogerte. Iremos juntos a Nairobi, en avión.

Mis pensamientos sobre el berilio y las alfombras orientales demostraban lo nervioso que estaba y mi carencia de sentido práctico. Cuando me hallaba en este estado, había un único hombre en el mundo que podía ayudarme, mi práctico hermano Julius, dedicado a los bienes inmuebles en Corpus Christi, Texas. Quería a mi corpulento hermano, ahora ya algo viejo. Quizá él también me quería. En principio, Julius no era partidario de los lazos familiares fuertes. Posiblemente juzgaba el amor fraternal como una oportunidad de ser explotado. Mis sentimientos hacia él eran vivos, casi histéricos en su intensidad, y no podía culparlo por intentar resistirse a ellos. Julius deseaba ser un hombre enteramente del presente y había olvidado, o tratado de olvidar, el pasado. Decía que sin ayuda no le era posible recordar nada. Por mi parte, no había nada que pudiera olvidar. A menudo me decía:

—Tú has heredado la formidable memoria del viejo. Y antes que él fue ese viejo cabrón, su padre. Nuestro abuelo fue uno de los diez individuos de la comunidad judía que conocían el Talmud babilonio de memoria. ¡Y mucho bien que le hizo eso! Yo ni tan siquiera sé lo que es, pero de ahí proviene tu memoria.

Su admiración no era muy sincera. Creo que no siempre se sentía agradecido por mi buena memoria. A mi juicio, una existencia sin memoria está herida, dañada

metafísicamente, y no podía concebir a mi propio hermano, el insustituible Julius, con suposiciones metafísicas diferentes de las mías. De modo que hablaríamos sobre el pasado y él me diría:

—¿Fue así? ¿Realmente? Ya sabes que no puedo acordarme de nada. Ni tan siquiera puedo recordar el aspecto de nuestra madre. Y era su favorito, después de todo.

—Has de acordarte de su aspecto. ¿Cómo podrías olvidarla? No puedo creer lo que dices —respondería yo.

Mis sentimientos familiares algunas veces molestaban a mi robusto hermano. Pensaba que yo era una especie de idiota. Él, un mago con el dinero, construía centros comerciales, pisos, moteles, y contribuyó grandemente a la transformación de este sector de Texas. No me negaría su ayuda. No obstante, esto era teoría pura, pues aunque la idea de la ayuda estuviera siempre presente entre nosotros dos, nunca la solicité. De hecho, tenía muchas reservas en cuanto a hacerle tal petición. Estaba, por expresarlo de algún modo, simplemente obsesionado con la necesidad de hacerlo.

Mientras recogía mi abrigo, se me acercó el ordenanza de Urbanovich y se sacó un pedazo de papel del bolsillo de su cárdigan.

—Dejaron un recado telefónico desde la oficina de Tomchek —me dijo—. Sobre un individuo con un nombre extranjero, un tal Pierre.

—¿Pierre Thaxter?

—Eso es todo lo que anoté. Ese hombre quiere encontrarse con usted en el Instituto de las Artes, a las tres. También vino una pareja preguntando por usted. Un tipo con bigote. La chica pelirroja, con minifalda.

—Cantabile —aclaré yo.

—No dio nombre alguno.

Eran ya las dos y media. En poco espacio de tiempo habían sucedido muchas cosas. Me dirigí a Stop and Shop y compré caviar y panecillos, té Twining's y mermelada especial de Cooper. Si Thaxter se quedaba aquella noche, quería ofrecerle el desayuno a que estaba acostumbrado. Él siempre me alimentaba con exquisitez. Estaba orgulloso de su mesa y me traducía al francés lo que estaba comiendo. Yo no comía tomates sencillamente, sino *salade de tomates*, ni pan con mantequilla, sino *tartines*, y así sucesivamente, con *bouilli*, *brûlé*, *farci*, *fumé* y excelentes vinos. Tenía relaciones con los mejores comerciantes y nunca puso ante mí nada desagradable para comer o beber.

La verdad es que esperaba con gusto la visita de Thaxter. El verlo me producía siempre mucha alegría. Quizá hasta tenía la ilusión de abrirle mi apesadumbrado corazón, aunque ya sabía que no era lo mejor que podía hacer. Se presentaría como un huracán desde California, llevando el cabello largo como un cortesano de los Estuardo, y bajo su capa de *ca rabiniere* un traje encantador de terciopelo azul, comprado en King's Road. Su sombrero de ala ancha lo habría adquirido en una tienda para cantantes negros. Alrededor del cuello luciría unas cadenas aparentemente

valiosas y un pedazo de seda sucia, anudada, pero con un tinte excepcional. Sus botas color marrón claro, que le alcanzaban hasta los tobillos, tenían una ingeniosa pieza frontal de lona, en cada uno de cuyos lados había una ingeniosa flor de lis de cuero. Tenía la nariz muy torcida, el rostro curtido y rubicundo, y cuando veía sus ojillos de leopardo, hubiera gritado de gozo. Existía una buena razón para que, tan pronto como el ordenanza me dijo que Thaxter estaba en la ciudad, corriera a gastarme cinco dólares en caviar. Apreciaba muchísimo a Thaxter. Surgía ahora la gran incógnita: ¿sabía o no sabía Thaxter lo que hacía? En resumen, ¿era Thaxter un sinvergüenza? Un hombre astuto debería saber responder, pero yo no podía. Cuando Renata me hacía el honor de tratarme como a su futuro marido, solía decir:

—No desperdicies más dinero con Thaxter. ¿Si tiene encanto? Es todo encanto. ¿Si tiene talento? A espuertas. Pero es un fraude.

—No, no lo es.

—¿Qué dices? Muestra un poco de respeto por ti mismo, Charlie, y mira lo que te estás tragando. Y todas esas relaciones sociales de que alardea...

—¡Oh, eso! Sí, pero la gente ha de presumir un poco. Necesita contar cosas bonitas sobre sí misma. Las cosas buenas tienen que decirse. Sé compasiva.

—Muy bien entonces, ¿y su guardarropa especial? ¿Y su paraguas especial? El único paraguas elegante es un paraguas con el mango natural. Tú no te compras un paraguas con el mango doblado a vapor. ¡Por el amor de Dios! Y luego está su bodega de vinos especiales, su portafolio especial, que únicamente se vende en una tienda de Londres, y su colchón de agua especial con sábanas especiales de satén, en el cual descansaba en Palo Alto con su especial suripanta de turno, mientras contemplaban el torneo de la Copa Davis en un televisor especial en color. Por no mencionar a un idiota especial llamado Charlie Citrine que paga por todo. Vaya, el tipo ese es para volverse loco.

La anterior conversación tuvo lugar cuando Thaxter me llamó por teléfono para decirme que se dirigía a Nueva York para embarcar en el *France* y que se detendría en Chicago para discutir sobre *The Ark*.

—¿A qué va a Europa? —preguntó Renata.

—Bien, ya sabes que es un gran periodista.

—Bien, pero ¿por qué un gran periodista embarcará en el *France*, en primera clase? Son cinco días. ¿Dispone de tanto tiempo para perder?

—Debe de tener algún tiempo libre, claro.

—Y nosotros volamos en clase turista —señaló Renata.

—Sí, pero Thaxter tiene un primo director de la French Line. Un primo de su madre. No han de pagar un céntimo. Su madre conoce a todos los plutócratas del mundo. Ella presenta en sociedad a sus hijas.

—Observo que Thaxter no tima a esos plutócratas con cincuenta acciones. Los ricos conocen a sus estafadores. ¿Cómo podías hacer una cosa tan estúpida?

—Realmente, el banco debería haber esperado unos días más. Su cheque estaba

en camino procedente del Banco Ambrosiano de Milán.

—¿Y cómo fue que los italianos entraron en escena? Thaxter te dijo que los fondos de su familia estaban en Bruselas.

—No, en Francia. Porque la parte que le correspondió de los bienes de su tía estaba en el Crédit Lyonnais.

—Primero te estafa y después te enreda con explicaciones embrolladas que tú vas repitiendo por ahí. Todas esas relaciones europeas tan importantes proceden directamente de las viejas películas de Hitchcock. Así que ahora viene a Chicago, y ¿qué hace? Te hace llamar por su secretaria. No se digna marcar un número o contestar al teléfono. Pero tú contestas personalmente y la chica te dice: «Por favor, no cuelgue. El señor Thaxter lo atenderá enseguida», y tú te quedas ahí esperando con el teléfono en la oreja. Y eres tú quien paga por la conferencia, tenlo en cuenta. Entonces él te informa que va a venir, y que más tarde ya te comunicará exactamente cuándo.

Hasta aquí todo era cierto. Pero quedaba mucho sobre Thaxter que yo no contaba de ningún modo a Renata. Existían también listas negras y escándalos en clubes, y murmuraciones sobre cargos por robos. El gusto de mi amigo en cuestión de problemas era anticuado. Ya no quedaban sinvergüenzas, a menos que, por puro amor a lo antiguo, alguien como Thaxter hiciera revivir el estilo. Pero presentía que había en juego algo profundo y que las excentricidades de Thaxter acabarían por revelar un propósito espiritual determinado. Sabía que era arriesgado establecer una garantía subsidiaria porque ya lo había visto perjudicar a otras personas. Pero no a mí, pensé. Tenía que haber al menos una excepción. Por eso aposté a la inmunidad, y perdí. Thaxter era un amigo querido. Yo lo amaba. Sabía también que yo era la última persona en este mundo a quien él pudiera desear daño alguno. Aunque, finalmente, así acabó. Thaxter se había quedado sin gente a quien timar. Como no quedaba nadie, fue una cuestión de amistad contra su principio de vida. Además, ahora podía considerarme mecenas del tipo de arte de Thaxter. Esas cosas se pagan.

Thaxter acababa de perder su casa en Bay Area, con la piscina, la pista de tenis, el naranjal que había hecho plantar, el jardín cuidadosamente diseñado, el MG, la camioneta y la bodega.

El pasado septiembre, yo había ido a California en avión para enterarme de por qué nuestra revista *The Ark* aún no había aparecido. Fue una visita maravillosamente agradable y amistosa. Dimos un paseo para inspeccionar su finca bajo el sol californiano. En aquella época yo comenzaba a desarrollar un nuevo sentimiento cosmológico hacia el sol. Consistía en creerlo parcialmente nuestro Creador, y que en nuestro espíritu existía una asociación con el sol. Esa luz brotaba dentro de nosotros e iba al encuentro de la luz del sol. La luz solar no era simplemente una gloria externa que se revelaba ante nuestros oscuros sentidos, y lo que la luz era para los ojos, era el pensamiento para la mente. De modo que allí estábamos. Un bendito día feliz. El cielo presentaba un maravilloso azul cálido temperado, y los naranjales aparecían

cubiertos de fruta. Thaxter llevaba su ropa de calle favorita, la capa negra, y los dedos de sus pies desnudos se apretaban unos contra otros como higos de Esmirna. Estaba haciendo plantar unos rosales y me pidió que no hablara con el jardinero ucraniano.

—Fue guardián en un campo de concentración y sigue siendo furiosamente antisemita. No quiero que comience a delirar.

Tuve la impresión de que en este bello lugar se entremezclaban los espíritus demoníacos con los espíritus necios y los afectuosos. Algunos de los hijos más pequeños de Thaxter, rubios e inocentes, estaban jugando tranquilamente con cuchillos peligrosos y botes de polvillo venenoso para los rosales. Nadie sufrió daño alguno. El almuerzo, servido junto a la piscina, era todo un espectáculo, con dos vinos que él mismo escanciaba con grave dignidad e intenso sibaritismo, con su capa y su pipa curvada y los pies desnudos. Su joven esposa, morena y bonita, cuidaba de todos los preparativos y presidía la mesa en segundo término. Ella estaba fascinada con su vida, y no tenían dinero, ningún dinero. La estación de servicio de la esquina rechazó su cheque de cinco dólares, y tuve que pagar con mi tarjeta de crédito. Y entre bastidores, la joven esposa mantenía a raya a los acreedores de la pista de tenis y la piscina, a los proveedores de vinos, del coche y del piano de cola, y a los del banco.

*The Ark* iba a ser producida con nuevos equipos IBM para ahorrar el elevado gasto de los cajistas. Jamás ningún país ha entregado a su gente tantos juguetes para pasar el rato o forzado a individuos tan dotados a tal inactividad extrema, casi en la frontera del dolor. Thaxter estaba construyendo una nueva ala en la casa para alojar *The Ark*. Nuestra revista debía poseer un local propio para no interferir en la vida privada de Thaxter. Contrató algunos estudiantes universitarios al estilo Tom Sawyer para que cavaran los cimientos. Con su MG, visitó los lugares en construcción para recoger información de los albañiles y birlar trozos de madera contrachapada. Me negué a cooperar en estas operaciones.

—Profetizo que tu casa va a deslizarse dentro de ese agujero —le dije—. ¿Estás seguro de estar respetando las normas de la construcción?

Pero Thaxter poseía esa buena voluntad de intenciones que da origen a mariscales de campo y dictadores.

—Pondremos veinte mil hombres en este sector, y si perdemos más de la mitad, cambiaremos de táctica.

En *The Ark* íbamos a publicar cosas brillantes. Pero ¿dónde encontrar tal brillantez? Sabíamos que tenía que estar en alguna parte. Era un insulto para una nación civilizada y para la humanidad creer que no existía. Había que hacer todo lo posible para restablecer el crédito y la autoridad del arte, la formalidad del pensamiento, la integridad de la cultura, la dignidad del estilo. Renata, que debía de haber echado sin permiso una ojeada a mis balances del banco, sabía, al parecer, cuánto gastaba en mi carácter de mecenas.

—Charlie, ¿y quién necesita esa *Ark* tuya, y quiénes son estos animales que vas a

salvar? Tú no eres realmente tan idealista; estás lleno de hostilidad, ansioso de atacar a mucha gente desde tu propia revista e insultar a todos a diestro y siniestro. La arrogancia de Thaxter no es nada comparada con la tuya. Tú le has permitido creer que está saliéndose con la suya, pero lo haces porque realmente tú lo duplicas en arrogancia.

—De todos modos, el dinero acaba gastándose. Prefiero gastarlo en esto.

—No lo gastas. Lo malgastas —adujo Renata—. ¿Por qué te has hecho cargo de ese tinglado de California?

—Mejor que entregar el dinero a los abogados y al gobierno.

—Cuando empiezas a hablar de *The Ark*, me confundes. Por una sola vez, dime: ¿qué buscas, por qué lo haces?

Realmente, me sentía agradecido por ese desafío. A fin de facilitar mi concentración, cerré los ojos para responderle.

—Las ideas de los últimos siglos ya están agotadas.

—¿Quién ha dicho eso? Ahí tienes lo que quiero decir con la arrogancia —interrumpió Renata.

—Pues, quieras o no, están agotadas. Ideas sociales y políticas, teorías filosóficas, ideas literarias (pobre Humboldt), sexuales, y sospecho que hasta las ideas científicas.

—¿Y qué sabes tú de todas esas cosas, Charlie? Sufres de fiebre cerebral.

—A medida que las masas del mundo llegan al punto de la conciencia, toman esas ideas agotadas por ideas nuevas. ¿Cómo podrían distinguirlas? Y las salas de estar de la gente están empapeladas con estas proyecciones.

—Esto es demasiado serio para hacer trabalenguas<sup>[14]</sup>.

—Estoy hablando en serio. Las cosas más importantes, las más necesarias para la vida, se han retraído y retirado. La gente realmente muere por ello, pierde toda la vida personal, y no existe el ser interior de muchos, muchísimos millones. Uno comprende que en muchos lugares del mundo no haya esperanza para esto a causa del hambre o de las dictaduras, pero aquí, en un mundo libre, ¿qué excusa tenemos? Bajo la presión de la crisis pública, el sector privado está rindiéndose. Admito que este sector privado se ha hecho tan repulsivo que nos complace librarnos de él. Pero aceptamos el descrédito que se le atribuye, y la gente ocupa su vida con las llamadas «cuestiones públicas». ¿Y qué es lo que oímos cuando se discuten estas cuestiones públicas? Las ideas fracasadas de hace tres siglos. El fin del individuo, al que todos parecen despreciar y detestar, hará que nuestra destrucción, nuestras superbombas, sean superfluas. Quiero decir que, si únicamente quedan mentes necias y cuerpos sin mente, no quedará nada serio que aniquilar. Hace ya muchas décadas que no se han visto seres humanos en los puestos más elevados de los gobiernos, en ninguna parte del mundo. La humanidad debe recobrar su capacidad imaginativa, recobrar el pensamiento vivo y el ser auténtico, rechazar de una vez para siempre estos insultos al alma, y hacerlo pronto. ¡O perecer! Así fue como un hombre de la talla de Humboldt, fiel a ideas fracasadas, perdió su poesía y perdió el tren.

—Humboldt se volvió loco. No puedes culparlo enteramente. Yo no llegué a conocerlo, pero algunas veces creo que eres muy duro cuando lo atacas. Sé — continuó Renata— que opinas que vivió la horrible vida del poeta tal como la clase media esperaba y aprobaba. Pero nadie tiene el nivel necesario para ti. Thaxter únicamente es tu mascota personal. Sin ninguna duda no está a tu altura.

Naturalmente, ella tenía razón. Thaxter estaba diciéndome siempre:

—Lo que necesitamos es un enunciado capital.

Thaxter sospechaba que yo escondía un enunciado capital en la manga.

—Tú te refieres a algo como una veneración de la vida —contestaba yo— o a yoguis e instructores comunistas. Estás demasiado aficionado a este terrible género de cosas. Darías cualquier cosa por ser un Malraux y hablar sobre el Oeste. ¿Qué es lo que pasa contigo y estas ideas germinales? Los enunciados capitales son palabrería hueca. El desorden permanece.

Y así es: vivo, engañoso, desesperante y diverso. En cuanto a esforzarse para ser excepcional, todo era ya suficientemente raro.

Pierre Thaxter estaba completamente loco por la cultura. Era un clasicista, sumamente preparado por los frailes en latín y griego. Aprendió francés con una institutriz y también lo estudió en la universidad. Había aprendido árabe por su cuenta, leía libros esotéricos y confiaba en asombrar a todos con publicaciones en revistas cultas de Finlandia o Turquía. Hablaba con un respeto singular de Panofsky o Momigliano. Se consideraba a sí mismo como Burton de Arabia o T. H. Lawrence. Algunas veces era un genio de la grandilocuencia al estilo del barón Corvo, sórdidamente arruinado en Venecia, escribiendo algo peculiar y apasionado, raro y distinguido. No soportaba omitir nada. Interpretaba a Stravinski al piano y sabía mucho sobre los ballets rusos. Era un entendido en Matisse y Monet. Tenía su opinión respecto a los zigurats y a Le Corbusier. Podía dar consejos, y así lo hacía a menudo, sobre la clase de artículos que convenía comprar y dónde adquirirlos. A esto se refería Renata. Por ejemplo, no le bastaba con un portafolios que tuviera el cierre en la parte superior: los broches tenían que estar en el costado. Tenía obsesión con los portafolios y los paraguas. En Marruecos había unas plantaciones donde crecían los mangos apropiados para los paraguas. Además de todo ello, Thaxter se consideraba seguidor de Tolstoi. Si se le presionaba decía que era un cristiano pacifista anarquista y confesaba su fe en la simplicidad y en la pureza de corazón. De modo que, naturalmente, yo amaba a Thaxter. ¿Cómo no hacerlo? Por otra parte, esa fiebre que afectaba a su pobre cerebro lo convertía en un editor ideal, por su diversidad de intereses y su curiosidad cultural. Era un periodista excelente. Esto era ampliamente reconocido. Había trabajado en buenas revistas, y todas y cada una de ellas lo habían despedido. Lo que Thaxter necesitaba era un jefe de redacción ingenioso y paciente que le encomendara misiones adecuadas.

Thaxter me esperaba entre los leones frente al Instituto, exactamente como era de esperar, ataviado con su capa y el traje de terciopelo azul y las botas con los lados de

lona. El único cambio residía en su cabello, que ahora peinaba al estilo del directorio francés, con las puntas inclinadas hacia la frente. A causa del frío, su rostro mostraba un rojo intenso. Tenía una boca grande, amoratada, notable estatura, y verrugas, la nariz torcida y ojos de leopardo. Nuestros encuentros eran siempre muy felices y nos abrazábamos efusivamente.

—Mi querido amigo, ¿cómo estás? Uno de los días buenos de tu Chicago, ¿eh? Echo en falta el aire frío de California. ¡Formidable! ¿No crees? Bueno, podríamos comenzar directamente con algunos de esos maravillosos Monet.

Dejamos en el guardarropas el portafolio, el paraguas, el caviar, los panecillos y la mermelada. Pagué dos dólares de la entrada y subimos a ver la colección de los impresionistas. Había un paisaje invernal noruego de Monet que siempre íbamos directamente a contemplar: una casa, un puente y la nieve que caía. A través del manto de nieve se adivinaba el tono rosado de la casa, y el efecto era exquisito. El peso de la nieve, del invierno, parecía aligerado por la fuerza asombrosa de la luz. Contemplando esta luz pura, rosada, nevosa y crepuscular, Thaxter se colocaba los quevedos sobre el recio puente torcido de la nariz, con un brillo de cristal y plata, y su rostro se ensombrecía. Sabía bien lo que hacía. Con esta pintura, su visita se iniciaba con el matiz exacto. Solo que, familiarizado como yo estaba con el rumbo de sus pensamientos, no me cabía duda de que Thaxter se preguntaba cómo se podía robar del museo una obra maestra como aquella, y de que su mente había proyectado rápidamente veinte audaces robos de obras de arte, de Dublín a Denver, incluyendo los vehículos para huir y los compradores de las piezas. Quizá soñaba con algún multimillonario fanático de Monet que hubiera construido un santuario secreto en un búnker de hormigón y estuviera dispuesto a pagar una tonelada de dinero por este paisaje. Lo que Thaxter anhelaba eran oportunidades (y yo también, si vamos a eso). De todos modos, Thaxter constituía un enigma para mí. O bien era un hombre bondadoso o un hombre brutal, y llegar a una decisión al respecto representaba un tormento. En ese momento dejó caer los quevedos de engaño y volvió hacia mí su rostro encendido de tez morena, su mirada de felino más acentuada que antes y hasta un poco bizca.

—Antes de que cierren las tiendas —dijo—, tengo un recado que hacer en el centro. Vámonos. Después de esta pintura, ya no puedo apreciar nada más.

Por tanto, recogimos nuestras cosas y pasamos por la puerta giratoria. En el edificio Mallers había un comerciante llamado Bartelstein que vendía cuchillos y tenedores de pescado antiguos. Thaxter deseaba comprar un juego.

—Hay una controversia con la plata —declaró—. Actualmente se sostiene que la plata da un mal sabor al pescado. Pero yo creo en la plata.

¿Por qué cuchillos de pescado? ¿Y con qué y para quién? El banco estaba desalojándolo de su casa de Palo Alto, pero él siempre disponía de recursos. En ocasiones se refería a otras casas que él poseía, una en los Alpes italianos, otra en Bretaña.



—¿El edificio Mallers? —pregunté.

—Este Bartelstein tiene fama mundial. Mi madre lo conoce. Ella necesita los cuchillos para uno de sus clientes de la alta sociedad.

En aquel momento se nos acercaron Cantabile y Polly, exhalando el vaho de diciembre, y vi el Thunderbird blanco detenido en la esquina, con la puerta abierta y la tapicería de color rojo sangre. Cantabile sonreía, con una sonrisa forzada que distaba de parecer una expresión de placer. Quizá era una reacción a la capa de Thaxter, al sombrero, a su vistoso calzado y a su rostro encendido. También yo sentí enrojecer mi rostro. Cantabile, por su parte, mostraba una palidez peculiar. Respiraba el aire como si estuviera robándolo. Tenía una mirada de impaciencia y malhumor. El humeante Thunderbird empezaba a entorpecer el tráfico. Como había estado inmerso en la vida de Humboldt durante buena parte de aquel día, y como Humboldt había estado inmerso a su vez en T. S. Eliot, pensé, como él hubiera pensado, en la hora violeta, cuando la maquinaria humana espera como un taxi espera con el motor en marcha. Puse fin a mi reflexión, pues el momento requería toda mi atención. Los presenté rápidamente.

—La señorita Palomino, Thaxter... y Cantabile.

—Deprisa, corre, salta dentro —indicó Cantabile, un hombre a quien había que obedecer.

Yo no estaba dispuesto a nada de esto.

—No —respondí—. Tenemos mucho que hablar y prefiero andar las dos manzanas hasta el edificio Mallers que quedarme embotellado en el tráfico con vosotros.

—¡Por el amor de Dios, sube al coche! —Estaba inclinado hacia mí, pero cuando exclamó esto en alta voz se enderezó.

Polly alzó su agradable carita. Parecía divertida. Su cabello lacio, de textura japonesa pero muy rojo y largo, parecía grueso y liso en contraste con su abrigo verde oliva. Sus agradables mejillas revelaban que también sus relaciones sexuales podían ser muy agradables. Serían satisfactorias, constituirían un éxito. ¿Por qué algunos hombres sabían cómo encontrar mujeres que los satisfacían con naturalidad y a las que podían satisfacer de igual modo? Yo podía reconocerlas por sus mejillas y sus sonrisas... después de que las encontrara. Entretanto, de la invisibilidad grisácea que se extendía por encima de los rascacielos caían copos de nieve, y algo parecido a un trueno retumbó detrás de nosotros. Pudo haber sido un estruendo sónico, o un ruido de motor a reacción sobre el lago, pues el trueno significa calor y la mordedura del frío se hacía sentir en nuestras enrojecidas caras. Con esa luz grisácea, la superficie del lago estaría nacarada, y el margen de hielo se había formado muy temprano este año: blanco... sucio, pero blanco. En cuestiones de belleza natural, Chicago tenía un papel destacado, a pesar del hecho de que su destino histórico lo convertía en burdo materialmente, con un aire burdo, un suelo burdo. El problema radicaba en que aquella agua nacarada con sus orillas árticas y el aire gris y nevoso no se podían

apreciar mientras estos Cantabile insistieran en empujarme hacia el Thunderbird e hicieran gestos con los refinados guantes de cazador de zorras. No obstante, uno va a un concierto para que los propios pensamientos discurran contra el delicado fondo de la música de cámara, y se puede utilizar a un Cantabile de igual modo. Un hombre que había permanecido durante muchos años herméticamente cerrado, escudriñando su más íntimo ser con iteración penosa, convencido de que el futuro humano dependía de sus exploraciones espirituales, completamente frustrado en todos sus esfuerzos por lograr un entendimiento con los representantes del intelecto moderno con los que intentaba comunicarse, lo que lo había llevado a la conclusión de que en lugar de ello debía seguir los hilos del espíritu que había descubierto dentro de sí mismo para comprobar adónde lo conducían, encontraba un estímulo singular en un individuo como este Cantabile.

—¡Vamos! —me gritó este.

—No. Thaxter y yo tenemos que hablar de nuestros propios asuntos.

—¡Oh, tenemos tiempo, mucho tiempo! —intervino Thaxter.

—¿Y qué pasa con los cuchillos de pescado? De repente has perdido tu interés en ellos —le dije a Thaxter.

La voz de Cantabile era entrecortada y aguda por la exasperación.

—¡Estoy intentando ayudarte, Charlie! Dame solo quince minutos de tu tiempo y luego te llevaré en un santiamén al edificio Mallers para esos condenados cuchillos. ¿Cómo te fue en el tribunal, amigo? ¡Sé muy bien cómo te fue! Tenían un montón de frascos preparados para llenarlos con tu sangre. No parece que te hayan dejado mucha. Tienes un aspecto que da pena. Has envejecido diez años desde el almuerzo. Pero tengo la solución para ti y te lo probaré. Charlie, diez mil hoy te valdrán quince mil el martes... y si falla, te dejaré que me des en la cabeza con el palo que utilicé con tu Mercedes. Stronson está esperando. Necesita el dinero con urgencia.

—No quiero tomar parte en esto. No soy hombre para estos negocios —le respondí.

—No seas idiota. Tenemos que apresurarnos.

Miré a Polly. Ella me había advertido contra Cantabile y Stronson y busqué su silenciosa aprobación. Su sonrisa me confirmó la precaución que me había recomendado. Pero Polly estaba divirtiéndose mucho con el propósito de Cantabile de meternos dentro del Thunderbird, con su tapicería de cuero rojo y su motor en marcha. La cosa tenía aspecto de secuestro. Nos hallábamos en la acera ancha, frente al Instituto, y los amantes de las leyendas del delito podrían contar cómo el famoso Dion O'Banion acostumbraba conducir su Bugatti a ciento cincuenta kilómetros por hora, exactamente en el lugar en que estábamos, mientras los peatones huían despavoridos. Yo había mencionado el hecho a Thaxter. Adondequiera que fuese, Thaxter deseaba experimentar lo característico, la esencia. Al palpar ahora la esencia de Chicago, se sentía fascinado.

—Si llegamos tarde para encontrar a Bartelstein, podemos detenernos mañana por

la mañana, camino del aeropuerto —me dijo sonriente.

—Polly —dijo Cantabile—, siéntate detrás del volante. Viene el coche patrulla.

Los autobuses intentaban abrirse paso por el costado del Thunderbird estacionado. El tráfico estaba atascado. Se veían girar las luces azules de los guardias en la calle Van Burén. Thaxter siguió a Polly al coche, mientras yo decía a Cantabile:

—Ronald, vete. Déjame tranquilo.

Me dirigió una mirada terrible que hablaba por sí sola. Percibí un espíritu que se debatía en una situación tan compleja como la mía, aunque muy diferente.

—No quería soltarte esto —me dijo—, pero tú me obligas a presionarte. —Sus dedos enguantados me cogieron por la manga—. Tu viejo amigo Alee Szathmar se halla en un gran aprieto, o podría estarlo... Eso depende de ti.

—¿Por qué? ¿A qué viene esto?

—Estoy avisándote. Hay una linda joven... su marido pertenece a mi gente... y es cleptómana. La sorprendieron en Field's apoderándose de un abrigo de cachemira. Y Szathmar es su abogado, ¿comprendes? Fui yo quien lo recomendé. Szathmar fue al tribunal y pidió al juez que no la mandara a la cárcel, que necesitaba tratamiento psiquiátrico y que él se encargaría de que lo tuviera. De modo que el tribunal la soltó dejándola en custodia de Szathmar. Y Szathmar se llevó a la chica directamente a un motel y la desnudó, pero, antes de que pudiera follarla, ella escapó. No llevaba encima sino la tira de papel que se coloca sobre el asiento del váter. Hay muchos testigos. Esa chica es decente. La sesión en el motel no va con ella. Su única debilidad está en robar. Por hacerte un favor, estoy conteniendo a su marido.

—Todo lo que estás contándome, Cantabile, no son más que tonterías. Szathmar puede portarse como un imbécil, pero no es un monstruo.

—Muy bien, dejaré que el marido proceda por su cuenta. ¿No crees que a tu amiguito lo van a expulsar del Colegio de Abogados? Ya lo creo que sí...

—Tú estás armando una comedia por alguna razón turbia —objeté—. Si tuvieras algo contra Szathmar, ahora mismo estarías allí haciéndole chantaje.

—Bueno, haz lo que quieras, no cooperes. Destrozaré y hundiré a ese hijo de mala madre.

—No me importa.

—No hace falta que me lo jures. ¿Sabes lo que eres tú? Eres un aislacionista, esto es lo que eres. No te interesa saber lo que les pasa a los otros.

Todos se dedican a reprocharme continuamente mis defectos, mientras yo los escucho con avidez, creyéndoles pero sintiéndome ofendido. Sin una estabilidad metafísica, un hombre como yo es el san Sebastián de la crítica. Lo raro es que yo aguanto impasible. Como en ese momento, sujeto por la manga de mi abrigo a cuadros mientras Cantabile vertía intrigas y juicios contra mí desde los conductos de su pálida nariz. No se trata de cómo me delatan todas las ocasiones, sino de cómo utilizo las ocasiones para extraer información oculta. La última información parecía indicar que, por inclinación, yo era la clase de persona que necesitaba ideas

microcósmicas-macrocósmicas, o la creencia de que todo lo que ocurre en el hombre tiene un significado mundial. Esta creencia templaba el ambiente a mi alrededor, realzaba las fragantes hojas relucientes y las naranjas que colgaban en los naranjales, donde el yo sin mácula era virginal y comulgaba agradecido con su Creador, y así sucesivamente. Quizá este era el único modo que tenía para mostrar mi auténtico yo. Pero en aquel momento nos hallábamos en una amplia acera helada en el bulevar Michigan, con el Instituto de las Artes a la espalda y, en lo alto, todas las luces coloreadas de la actividad navideña y las blancas fachadas de Peoples Gas y de otras compañías.

—Sea lo que fuere, Cantabile, mi amigo y yo no nos vamos contigo.

Me acerqué apresuradamente al Thunderbird para detener a Thaxter, que estaba subiéndome y se arrebujaba en su capa para hundirse en los mullidos asientos. Parecía muy complacido. Metí la cabeza dentro del auto y le dije:

—Sal de ahí. Tú y yo nos vamos andando.

Pero Cantabile me empujó y me hizo entrar en el automóvil al lado de Thaxter. Me puso las manos en la espalda y me metió dentro, impulsando el asiento delantero hacia atrás para impedirme la salida. Su siguiente movimiento consistió en dar un portazo, exclamando:

—¡Arranca, Polly! —Y esta obedeció.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo, empujándome y atrapándome aquí atrás? —pregunté furioso.

—Tenemos a la bofia encima. No había tiempo para discusiones —respondió Cantabile.

—Esto es, simplemente, un secuestro —objeté.

Tan pronto como pronuncié la palabra «secuestro», sentí que el corazón se me hinchía con un sentimiento infantil de agravio terrible. Thaxter estaba riendo entre dientes, con los ojos fruncidos y chispeantes.

—¡Je, je, no lo tomes tan a pecho, Charlie! —me dijo—. Es un momento muy divertido. Disfrútalo.

Thaxter no podía mostrarse más contento. Estaba disfrutando de un auténtico obsequio de Chicago. En su honor, la ciudad se mostraba a la altura de su reputación. Al darme cuenta de esto, me tranquilicé un poco, debido, seguramente, a mi auténtica satisfacción por complacer a los amigos. ¿No había comprado caviar, panecillos y mermelada cuando el ordenanza me dijo que Thaxter había llegado? Aún tenía en las manos la bolsa de papel de Stop and Shop.

El tráfico era denso, pero Polly manejaba el automóvil extraordinariamente bien. Llevaba el blanco Thunderbird hacia el carril izquierdo sin tocar el freno, sin ninguna sacudida, con intrepidez y competencia; era un conductor maravilloso.

El inquieto Cantabile se volvió de cara a nosotros y me dijo:

—Mira lo que tengo aquí. Una primera copia del periódico de mañana por la mañana. Lo compré a un tipo de la prensa. Lo pagué muy caro. ¿Quieres saber algo?

Tú y yo estamos en la columna de Mike Schneiderman. Oye —y leyó—: «Charlie Citrine, el Chevrolet de la Legión Francesa y escritor de Chicago, autor de la película *Von Trenck*, pagó una deuda de juego en el club Playboy a una figura del bajo mundo. Sería conveniente que participaras en un seminario de póquer en la universidad, Charles». ¿Qué te parece, Charlie? Es una lástima que Mike no conociera todos los hechos sobre tu automóvil y el rascacielos y todo el resto. Y ahora ¿qué es lo que piensas?

—¿Qué es lo que pienso? Que escribe muy mal. Y que quiero salir de este auto en la avenida Wabash.

Chicago se soportaba mejor si no se leían los periódicos. Habíamos torcido hacia el oeste para tomar la calle Madison y pasábamos por debajo del negro armazón del tren elevado.

—No te detengas, Polly —dijo Cantabile.

Seguimos hacia los adornos navideños de la calle State, los Santa Claus y los renos. El único elemento de estabilidad en aquellos momentos era Polly con su maravilloso manejo del automóvil.

—Cuéntame lo del Mercedes —pidió Thaxter—. ¿Qué le sucedió? Y ¿qué asunto es ese del rascacielos, Cantabile? Y esa figura del bajo mundo en el club Playboy, ¿se trata de usted?

—Los que saben, saben —respondió Cantabile—. Charlie, ¿cuánto te va a costar reparar la carrocería del auto? ¿Lo llevaste a la agencia de coches? Espero que no te acerques a esos timadores. Cuatrocientos dólares al día por un vulgar mecánico. ¡Vaya sinvergüenzas! Conozco un buen taller barato.

—Gracias —repuse.

—No seas irónico conmigo. Lo menos que puedo hacer es devolverte algo del dinero que esto te va a costar.

No le respondí. Mi corazón latía con un único tema: anhelaba con urgencia estar en cualquier otra parte. Sencillamente, no quería estar allí. Me sentía muy deprimido. No era el momento oportuno para recordar frases de John Stuart Mili, pero de todos modos las recordé. Eran algo así: «La tarea de los espíritus nobles en una época en que a la mayoría de nosotros se nos encargan trabajos triviales y despreciables... bla bla bla». En fin, la única cosa valiosa en estos trabajos despreciables es el espíritu con que se realizan.

No podía apreciar absolutamente ningún valor en aquellos momentos. Si las tareas del *durum genes hominum* —dijo el gran Mili— eran realizadas por un elemento sobrenatural y no requerían sabiduría o virtud, entonces, ¡oh!, poco quedaba que el hombre pudiera estimar en el hombre. Este era el problema que Estados Unidos había creado para sí. El Thunderbird podía ser el elemento sobrenatural. ¿Qué más podía estimar aquí el hombre? Polly nos transportaba. Bajo esa masa de cabello rojo había un cerebro que ciertamente sabía lo que era estimable, si alguien se molestaba en preguntarlo. Pero nadie preguntaba y ella no necesitaba de mucho

cerebro para conducir el automóvil.

Pasábamos en aquel momento la majestuosa e imponente estructura del First National Bank, estrato sobre estrato de luces doradas.

—¿Qué alberga esta bella estructura? —preguntó Thaxter.

Nadie le respondió. Circulábamos a toda velocidad por la calle Madison. A este promedio, y siguiendo hacia el oeste, llegaríamos en quince minutos al cementerio de Waldheim, en los suburbios de la ciudad. Allí reposaban mis padres, bajo la hierba salpicada de nieve y las lápidas; los objetos se verían tenuemente en el crepúsculo invernal, etcétera. Pero, naturalmente, no nos dirigíamos al cementerio. Doblamos por la calle La Salle, donde tuvimos que detenernos a causa de los taxis, los camiones de periódicos y los Jaguar y Lincoln y Rolls-Royce de los corredores de bolsa y los abogados de las corporaciones, de los ladrones más bajos y los políticos más elevados y la élite espiritual de los negocios norteamericanos, las águilas que volaban en las alturas muy por encima de los destinos diarios y momentáneos de los hombres.

—¡Demonios, Stronson se nos va a escapar! Ese gordo mal nacido escapa siempre en su Aston-Martin tan pronto como puede cerrar su oficina —dijo Cantabile.

Pero Polly seguía silenciosa frente al volante. El tráfico estaba embotellado. Thaxter consiguió al fin que Cantabile le prestara atención. Yo suspiré y, abandonado a mis pensamientos, me ausenté. Justo como había hecho el día anterior, cuando, prácticamente bajo la amenaza de una pistola, me había visto forzado a entrar en el hediondo retrete de los Baños Rusos. Y esto es lo que pensé: ciertamente las tres almas refugiadas en la cálida oscuridad de este automóvil brillante, lacado y rugiente, tenían pensamientos tan singulares como los míos. Pero, en apariencia, no tenían tanta conciencia de sí mismos como yo. ¿Y de qué era tan consciente yo? Era consciente de que solía creer que sabía dónde me hallaba (tomando como punto de referencia el universo). Pero estaba equivocado. Sin embargo, por lo menos podía decir que mi eficiencia espiritual era suficiente para no verme apabullado por la ignorancia. Mas entonces me percaté de que yo no era de Chicago ni suficientemente extraño a él, y que los intereses y fenómenos materiales y diarios de Chicago no eran para mí ni bastante vivos y reales ni bastante claros simbólicamente. De modo que carecía tanto de una realidad viva como de una claridad simbólica, por lo que en aquel momento no estaba en parte alguna. Por este motivo había tenido largas conversaciones misteriosas con el profesor Scheldt, el padre de Doris, sobre temas esotéricos. Este me daba a leer libros sobre el cuerpo etéreo y el cuerpo astral, el alma intelectual y el alma consciente, y sobre los seres no visibles cuyo fuego, sabiduría y amor creaban y guiaban este universo. Las conversaciones con el doctor Scheldt me fascinaban mucho más que las relaciones que me unían a su hija, aunque ella era una buena chica, atractiva y vivaz, con un perfil llamativo y agradable. En resumen, una excelente mujercita. Es verdad que insistía en preparar platos muy elaborados, como la carne a la Wellington, y que la corteza de los pasteles nunca le quedaba bien

cocida, como tampoco la carne, pero estos eran inconvenientes menores. Si inicié mi relación con ella fue únicamente porque Renata y su madre me habían despedido para colocar a Flonzaley en mi puesto. Doris no le llegaba a la suela del zapato a Renata. ¿Renata? Bueno, Renata no necesitaba de una llave de ignición para poner en marcha el automóvil. Uno de sus besos sobre el capó bastaría para encenderlo. El coche rugiría para ella. Además, Doris Scheldt era socialmente ambiciosa. En Chicago, los maridos con elevados intereses mentales no son fáciles de hallar, y resultaba obvio que Doris deseaba convertirse en la señora del caballero Citrine. Su padre había sido físico del viejo Instituto Armour, ejecutivo de IBM y consultor en la NASA, donde se ocupó de mejorar el metal utilizado en las naves espaciales. Pero también era antropósofo. No le agradaba que se confundiera esto con misticismo, e insistía en que Steiner había sido un científico de lo invisible. Pero Doris, con disgusto, hablaba de su padre como de un chiflado. Me contó muchas cosas respecto a él. Pertenecía a los Rosacruces y era gnóstico, leía en voz alta a los muertos. Además, en una época en que las chicas deben llevar a cabo actos eróticos, posean o no el talento suficiente para ello, siendo como es la situación actual, Doris se comportó con mucha valentía conmigo. Pero todo salió mal. Simplemente, yo no era sincero con ella, y en el momento más crucial grité: «¡Renata! ¡Oh, Renata!». Y me quedé allí, asombrado de mí mismo y humillado. Pero a Doris no le importó mi explosión. Era muy comprensiva. En ello radicaba su fuerza. Y también se portó muy bien cuando comencé mis conversaciones con el profesor, pues comprendió perfectamente que yo no podía acostarme con la hija de mi gurú.

Sentado en la pulida sala de estar del profesor —raramente he estado sentado en una habitación tan limpia: los suelos del parquet de madera clara relucientes de cera y las alfombras orientales esparcidas aquí y allá sin una mota de pelusa y, debajo, el parque con la estatua ecuestre del general Sherman destacándose en el aire límpido—, me sentía completamente feliz. Yo respetaba al doctor Scheldt. Las cosas raras que decía eran por lo menos cosas profundas. Hoy en día la gente ya no dice cosas semejantes. Él procedía enteramente de otra época. Incluso vestía como un miembro del Country Club de los años veinte. Yo había llevado los palos de golf para hombres de su estilo. Un tal Masón, uno de mis clientes habituales en el Sunset Ridge de Winnetka, era la viva imagen del profesor Scheldt. Presumía que ya hacía mucho tiempo que Masón se había sumado a las filas de los difuntos y que en todo el universo solamente quedaba yo para recordar su aspecto cuando salía de una trampa de arena.

—Doctor Scheldt...

El sol brilla diáfano, resplandeciente; más allá el agua es tan calma como la paz interior que todavía no he alcanzado, con tantas ondas como la perplejidad. El lago rebosa de poder, flexuoso, lleno de fuerza hídrica. En la sala hay un jarrón de cristal pulido con unas anémonas. La única capacidad de estas flores, coloreadas de un fuego intraducible derivado del infinito, es su gracia.

—Bueno, doctor Scheldt —digo. Observo su rostro atento y carente de atractivo, tranquilo como una faz bovina, y trato de determinar cuánto se puede confiar en su inteligencia, es decir, si somos reales o estamos locos—. Veamos si llego a comprender estas cosas. El pensamiento que hay en mi mente es también un pensamiento que está en el mundo externo. La conciencia del yo crea una falsa distinción entre objeto y sujeto. ¿Lo entiendo correctamente?

—Sí, así lo creo —responde el poderoso anciano.

—La extinción de mi sed es algo que no comienza en mi boca. Comienza con el agua, y el agua está fuera, en el mundo externo. Y así sucede con la verdad. La verdad es algo que todos compartimos. Dos más dos, para mí, es igual a dos más dos para todo el mundo, y no tiene nada que ver con mi ego. Esto lo comprendo. También la respuesta al argumento de Spinoza respecto a que si la piedra arrojada tuviera conciencia podría pensar «ahora estoy volando a través del aire», como si fuese libre de hacerlo. Pero si fuese consciente, ya no sería simplemente una piedra, también podría originar movimiento. El pensamiento, la capacidad de pensar y saber, es una fuente de libertad. El pensamiento demuestra obviamente que existe el espíritu. El cuerpo físico es un agente del espíritu, y su reflejo. Es un motor y un reflejo del espíritu. Es el ingenioso memorando del espíritu a sí mismo, y el espíritu se ve a sí mismo en el cuerpo, del mismo modo que yo veo mi rostro en un espejo. Mis nervios lo reflejan. La tierra es literalmente un espejo de los pensamientos. Los propios objetos son plasmaciones de pensamientos. La muerte es el fondo oscuro que un espejo necesita para que podamos percibir. Cada percepción produce en nosotros un poco de muerte, y este oscurecimiento es una necesidad. El clarividente puede darse cuenta de ello cuando aprende a conseguir la visión hacia dentro. Para hacer esto debe salir de sí mismo y permanecer alejado.

—Todo esto está en los textos —dice el doctor Scheldt—. No estoy seguro de que hayas comprendido todo su alcance, pero es bastante aproximado.

—Bien, creo que lo comprendo en parte. Cuando nuestra comprensión lo necesita, la sabiduría divina fluye hacia nosotros.

El doctor Scheldt comienza entonces a hablarme del texto *Yo soy la luz del mundo*. Para él queda claro que esa luz es también el propio sol. Entonces habla del Evangelio de san Juan, que recurre a los querubines llenos de sabiduría, mientras que el Evangelio de san Lucas recurre al amor apasionado de los serafines (los querubines, serafines y tronos están en lo alto de la jerarquía espiritual). No estoy muy seguro de que estoy siguiendo el hilo.

—No tengo ninguna experiencia sobre este tema tan avanzado, doctor Scheldt —le digo—, pero aun así encuentro consuelo y sosiego al oír hablar de ello. Ignoro por completo dónde estoy. Uno de estos días, cuando la vida sea más tranquila, voy a matricularme en el curso preparatorio y a estudiar en serio.

—¿Y cuándo será la vida más tranquila?

—No lo sé. Pero supongo que muchas personas le habrán dicho ya con



anterioridad la fortaleza que el alma adquiere después de una conversación semejante.

—No deberías esperar a que las cosas se sosieguen. Eres tú quien debe hacerlas más tranquilas.

Él comprendía que yo todavía era bastante escéptico. Yo no podía estar de acuerdo con aspectos como la evolución de la luna, los espíritus de fuego, los hijos de la vida, Atlantis, los órganos de la percepción espiritual de la flor de loto, la extraña mezcla de Abraham y Zaratustra, o la venida conjunta de Jesús y Buda. Era demasiado para mí. Sin embargo, cuando la doctrina trataba de lo que sospechaba o esperaba o conocía del yo, o del sueño, o de la muerte, siempre me parecía verdadera.

Además, quedaban los muertos en quienes pensar. A menos que hubiera perdido completamente interés en ellos, a menos que me sintiera satisfecho de sentir únicamente una melancolía mundana respecto a mi madre y mi padre o a Demmie Vonghel o a Von Humboldt Fleisher, estaba obligado a investigar, a convencerme de que la muerte era definitiva, de que los muertos estaban muertos. O bien reconocía el carácter definitivo de la muerte y rechazaba cualquier intimidación posterior, condenaba mis anhelos y sentimentalidad infantiles, o debía realizar una investigación completa y apropiada. Porque, simplemente, no veía cómo negarme a investigar. Sí, podía obligarme a pensar en ello como la pérdida irreparable de los compañeros de viaje a causa de los cíclopes devoradores. Podía imaginar la escena humana como un campo de batalla. Se mete a los caídos en unos agujeros en el suelo o se queman y se convierten en cenizas. Después de esto, se supone que uno no va a preguntar por el hombre que le dio la vida, la mujer que lo llevó en su seno, o por una Demmie a la que se vio por última vez subiendo a bordo de un avión en Idlewild, con sus robustas piernas rubias y su maquillaje y sus pendientes, o por Von Humboldt Fleisher, el brillante maestro dorado de la conversación, a quien se vio por última vez comiendo una pasta seca en West Forties. Se podía suponer sencillamente que habían sido aniquilados para siempre, como uno mismo lo sería algún día. De modo que, aunque los periódicos hablaran de asesinatos cometidos en plena calle, ante multitud de testigos neutrales, nada había de ilógico en semejante neutralidad. Según las suposiciones metafísicas a las que por lo visto todas las personas del mundo habían llegado, todos seríamos arrebatados, llevados con violencia por la muerte, estrangulados, asfixiados. Este terror y este homicidio eran las cosas más naturales del mundo. Y estas mismas conclusiones estaban incorporadas a la vida de la sociedad y presentes en todas sus instituciones, en política, educación, banca y justicia. Convencido de esto, yo no veía razón alguna que me impidiera acercarme al doctor Scheldt para hablar sobre serafines, querubines, tronos, dominaciones, *exousiai*, *archai*, ángeles y espíritus.

En nuestro último encuentro le dije al doctor Scheldt:

—Señor, he estado estudiando el folleto titulado *La fuerza impulsora de los poderes espirituales en la historia mundial* y contiene un párrafo fascinante sobre el

sueño. Parece indicar que la humanidad ya no sabe cómo dormir. Que durante el sueño debería suceder algo que sencillamente ya no sucede, y que por este motivo nos despertamos tan cansados y faltos de fuerza, estériles, amargados y todo el resto. Permítame, pues, que comprobemos si lo he entendido bien. El cuerpo físico duerme y el cuerpo etéreo duerme, pero el alma se ausenta.

—Sí —respondió el profesor Scheldt—. El alma, al dormir, entra en un mundo suprasensible, o, por lo menos, en una de sus regiones. Para simplificar, entra en su propio elemento.

—Me gustaría creerlo así.

—¿Y por qué no habrías de creerlo?

—Bien. Lo intentaré, para comprobar si lo comprendo bien. En el mundo suprasensible, el alma encuentra las fuerzas invisibles cuyos misterios conocían los iniciados del antiguo mundo. No todos los seres de la jerarquía son accesibles para los seres vivientes, únicamente algunos de ellos, pero estos son indispensables. Ahora, según dice el folleto, mientras dormimos las palabras que hemos estado pronunciando a lo largo del día vibran y resuenan a nuestro alrededor.

—No literalmente las palabras —corrigió el doctor Scheldt.

—No, pero los tonos del sentimiento, la alegría o el dolor, el propósito de las palabras. A través de las vibraciones y los ecos de lo que hemos pensado y sentido y dicho, comulgamos al dormir con los seres de la jerarquía. Pero actualmente nuestras bufonadas diarias son de tal naturaleza, nuestras preocupaciones tan fútiles, el lenguaje se ha envilecido tanto, las palabras son tan bruscas y están tan deterioradas, hemos dicho cosas tan estúpidas y necias, que los seres superiores únicamente perciben balbuceos, gruñidos y anuncios de la televisión: el nivel inferior de las cosas. Esto no significa nada para ellos. ¿Qué placer pueden encontrar estos seres superiores en esta especie de materialismo, carente de cualquier pensamiento elevado o poético? Como resultado, lo único que oímos en nuestros sueños es la materia rechinando, siseando y fregando, el susurro de las plantas y el aire acondicionado. Los seres superiores no pueden comprendernos. No tienen influencia sobre nosotros y ellos mismos sufren una privación de correspondencia. ¿Lo he entendido bien?

—Sí, total y absolutamente.

—Me hace pensar en un viejo amigo ya difunto que solía quejarse de insomnio. Era poeta. Y ahora logro comprender por qué pudo tener este problema con el sueño. Quizá estaba avergonzado. Sentía que no tenía palabras adecuadas para llevarse al sueño. Quizá prefería el insomnio a tener que experimentar semejantes noches de vergüenza y desastre.

En este momento, el Thunderbird se detuvo junto al Rookery, en la calle La Salle. Cantabile bajó del vehículo. Mientras él sostenía la puerta abierta para que saliera Thaxter, yo le dije a Polly:

—Oye, Polly, dime algo que pueda ayudarme.

—Ese individuo, Stronson, está en un gran apuro —me dijo—, un enorme apuro.

Lee el periódico de mañana.

Cruzamos el embaldosado vestíbulo del Rookery y subimos a un veloz ascensor, mientras Cantabile repetía, como si quisiera hipnotizarme:

—Diez mil hoy te proporcionarán quince mil el jueves. Esto representa un cincuenta por ciento en tres días. Cincuenta por ciento.

Salimos a un pasillo blanco, y nos dirigimos hacia dos puertas de cedro con el letrero «WESTERN HEMISPHERE INVESTMENT CORPORATION». Una vez frente a ellas, Cantabile llamó dando unos golpecitos en código: tres golpes, pausa, un golpe y un último golpe. Era extraño que hubiese que emplear esta contraseña, pero hay que tener en cuenta que un hombre que proporcionaba unos beneficios monetarios tan sustanciosos debía de estar sacudiéndose de encima a los inversores. Una bella recepcionista nos hizo entrar. La antesala estaba cubierta con una gruesa alfombra.

—Está aquí —dijo Cantabile—. Esperad un momento, chicos.

Thaxter se sentó en algo parecido a un sofá naranja de dos plazas. Un hombre vestido con una chaqueta gris de portero pasaba ruidosamente una aspiradora a nuestro alrededor. Thaxter se quitó su ancho y elegante sombrero y se alisó el flequillo sobre la frente irregular. Se metió la pipa curvada en la boca y dijo:

—Sentaos.

Le entregué el caviar y la mermelada para que los guardara, y me adelanté a Cantabile, que se disponía a entrar en la oficina particular de Stronson. Intenté quitarle el periódico del día siguiente de debajo del brazo, pero él lo agarró y ambos tiramos a la vez. Se le abrió el abrigo y vi la pistola en su cinturón, pero esto ya no podía intimidarme.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó.

—Quiero echar una ojeada a la columna de Schneiderman.

—Espera, te la recortaré.

—Hazlo y me voy.

Me entregó el periódico bruscamente y entró en la oficina de Stronson. Hojeándolo rápidamente, hallé un artículo en la sección financiera que describía las dificultades de Stronson y la Western Hemisphere Investment Corporation. Se había presentado una denuncia contra él formulada por la Comisión de Cambio y Bolsa. Se lo acusaba de haber violado las normas de seguridad federales. Había utilizado el correo para estafar y había comerciado con valores no registrados. Una declaración ampliatoria de esa comisión alegaba que Guido Stronson era un fraude; no solo no se había graduado en Harvard, sino que había abandonado sus estudios de bachillerato en New Jersey para trabajar en una gasolinera. Hasta hacía poco tiempo había sido un empleado de categoría inferior en una agencia de cobros de Painfield. Asimismo había abandonado a su esposa y sus cuatro hijos, que vivían en el este a cargo de la Seguridad Social. Al trasladarse a Chicago, Guido Stronson había abierto una lujosa oficina en la calle La Salle y presentado unas credenciales deslumbrantes, incluyendo su graduación en la Escuela Comercial de Harvard. Hablaba de unos éxitos notables

en Hartford como ejecutivo de seguros, de modo que su compañía de inversiones pronto contó con una gran clientela que invertía en cerdos de cría, cacao y oro en bruto. Se compró una mansión en la costa norte y dijo que quería dedicarse a la caza del zorro. Las quejas repetidas de los clientes habían provocado estas investigaciones federales. El informe concluía mencionando el rumor de la calle La Salle de que Stronson tenía muchos clientes entre la mafia. Por lo visto, estos clientes habían perdido con él algunos millones de dólares.

Aquella noche todo Chicago conocería los hechos, y al día siguiente su oficina se vería invadida por una multitud de inversores estafados y Stronson necesitaría protección policial. Pero ¿quién lo protegería de la mafia al otro día? Estudié la fotografía de aquel hombre. Los periódicos deforman singularmente los rostros —lo sabía por experiencia personal—, pero esta fotografía, si hacía la mínima justicia a Stronson, no inspiraba ninguna simpatía. Algunos rostros ganan con la representación inexacta.

¿Por qué me habría llevado Cantabile a aquella oficina? Me había prometido ganancias rápidas, pero yo tenía cierto conocimiento sobre la vida moderna. Es decir, podía leer un poco en el gran libro misterioso de la Norteamérica urbana, si bien era demasiado quisquilloso para estudiarlo minuciosamente. Había utilizado las circunstancias de la vida para probar mis poderes de inmunidad; la conciencia soberana se entrenaba para evitar los fenómenos y ser inmune a sus efectos. No obstante, sabía aproximadamente cómo operaban los estafadores como Stronson. Ocultaban una buena parte de los dólares robados, los condenaban a una prisión de ocho o diez años y, cuando salían, se retiraban tranquilamente a las Antillas o a las Azores. Quizá Cantabile estaba intentando meter la mano en el dinero que Stronson había acumulado, en Costa Rica a lo mejor. O, quizá, si había perdido veinte mil dólares (parte de los cuales pertenecían posiblemente a la familia de Cantabile), trataba de provocar un gran escándalo. Y quería que yo fuese testigo. Le gustaba que estuviese presente. Por mí había conseguido figurar en la columna de Mike Schneiderman. Debía de haber preparado algo más brillante todavía, algo lleno de inventiva. Me necesitaba. ¿A qué se debía que me viese envuelto tan a menudo en esta clase de líos? Szathmar también me hacía cosas semejantes; George Swiebel había organizado una partida de póquer para demostrarme un par de cosas; esa tarde, hasta el juez Urbanovich había actuado en la sala de justicia en mi beneficio. En Chicago yo debería haber estado asociado con el arte y el significado, con ciertos valores superiores. ¿No era yo el autor de *Von Trenck* (la película) honrado por el gobierno francés y el club Zig-Zag? Aún llevaba en mi billetero una delgada cinta de seda arrugada para el ojal. Y, ¡oh desgracia!, nosotros, pobres almas, tan inestables, ignorantes, turbados e inquietos, ni tan siquiera conseguíamos una buena noche de sueño. Por la noche no conseguíamos ponernos en contacto con los ángeles y arcángeles regeneradores y misericordiosos que debían fortalecernos con su amistad, amor y sabiduría. ¡Ah!, qué pobres nuestros corazones, qué mal actuábamos y cuánto

anhelaba yo corregir, cambiar o rectificar ¡lo que fuese!

Cantabile se había encerrado a conferenciar con Stronson, y este Stronson, representado en el periódico con un rostro grueso y brutal y el cabello peinado al estilo paje, probablemente estaba frenético. Quizá Cantabile le proponía en ese momento algún trato —tratos sobre tratos sobre tratos—, consejos respecto a cómo llegar a un acuerdo con sus furiosos clientes de la mafia.

Thaxter levantó las piernas para permitir que el portero pasara el aspirador por debajo de ellas.

—Creo que es mejor que nos vayamos —sugerí.

—¿Irnos? ¿Ahora?

—Creo que deberíamos irnos de aquí.

—Oh, vamos, Charlie, no me obligues a marcharme. Quiero ver lo que sucede. Nunca se presentará otra ocasión como esta. Ese tipo, Cantabile, es completamente salvaje. Es fascinante.

—Me habría gustado que no te hubieras precipitado dentro del Thunderbird sin consultarme antes. Tenías tal entusiasmo por los gánsteres de Chicago que no podías esperar. Supongo que esperas sacar jugo de esta experiencia y enviar un trabajo al *Reader's Digest* u otra idea tan tonta como esta... Tú y yo tenemos muchas cosas de que hablar y discutir.

—Pueden esperar, Charles. Ya sabes que tienes cierta influencia sobre mí. Siempre te quejas de que estás aislado, y cuando vengo a Chicago te encuentro danzando en medio de los acontecimientos. —Me estaba adulando. Él sabía perfectamente cuánto me gustaba ser considerado un experto en Chicago—. ¿Es Cantabile uno de los jugadores de racquetball de tu club?

—No creo que Langobardi lo dejara entrar. No soporta a los rufianes menores.

—¿Es que Cantabile lo es?

—No sé qué es exactamente. Se comporta como un jefe de la mafia. Es algo tonto. Tiene una esposa que está haciendo el doctorado en filosofía.

—¿Te refieres a esa formidable pelirroja con los zapatos de tacón?

—No, no es esa.

—¿No fue fantástico cómo dio esos golpecitos a la puerta en código? ¿Y cómo abrió la linda recepcionista? Fíjate en esas vitrinas con figuras de arte precolombino y la colección de abanicos japoneses. Te digo, Charles, que nadie conoce realmente este país. Es un país colosal. Los principales analistas de Estados Unidos son una bazofia. Se limitan a intercambiar fórmulas eruditas. Tú, Charles, deberías escribir sobre ello, describir tu vida cotidiana, y añadir algunas de tus ideas.

—Thaxter, ya te conté que llevé a mis hijas para que vieran a los castores en Colorado. Alrededor del lago, el Servicio Forestal colocó numerosos carteles de historia natural acerca del ciclo de vida del castor. Los castores no sabían absolutamente nada de esto y seguían masticando y nadando y viviendo como castores. Pero a nosotros, los castores humanos, nos afectan las descripciones sobre

nosotros mismos. Nos afecta oír lo que oímos, ya sea de Kinsey, de Masters o de Eriksen. Leemos sobre la crisis de identidad, el aislamiento, etcétera, y nos afecta a todos.

—¿Y tú no quieres contribuir a la alteración de tus semejantes humanos con nuevas aportaciones...? ¡Dios mío, cuánto detesto esa palabra, «aportación»! Pero tú mismo estás continuamente haciendo análisis de alto nivel. ¿Qué me dices de ese artículo para *The Ark* que me mandaste (creo que lo llevo en mi cartera) en el cual presentas una interpretación económica de las excentricidades personales? Veamos, estoy seguro de que lo traigo aquí. Arguyes que puede haber una conexión en esta fase particular del capitalismo entre la reducción de oportunidades de inversión y la demanda de nuevos papeles o inversiones de personalidad. Llegaste a citar a Schumpeter, Charlie. Sí, aquí está: «Estos dramas pueden parecer puramente internos, pero, quizá, están económicamente determinados [...] cuando la gente cree que está recurriendo a su inventiva o a su capacidad creativa, solo refleja una necesidad social general de crecimiento económico».

—Guarda ese papel —le dije—. ¡Por el amor de Dios, no me cites mis ideas geniales! Si hay algo que hoy no puedo soportar, es eso.

Para mí era realmente muy fácil crear grandes pensamientos de ese estilo. En lugar de lamentar conmigo esa profusión superficial, Thaxter sentía envidia. Ansiaba ser miembro de la intelligentsia para formar parte de los elegidos y pronunciar una declaración importante como Albert Schweitzer o Arthur Koestler o Sartre o Wittgenstein. No comprendía por qué yo desconfiaba de esto. Yo era demasiado importante, demasiado esnob, declaraba él, e incluso estaba muy resentido. Pero lo cierto es que yo no deseaba convertirme en un líder intelectual. Humboldt había tratado de conseguirlo con toda su energía. Él creía en los análisis triunfantes, prefería las «ideas» a la poesía y estaba dispuesto a renunciar al propio universo a cambio del mundo inferior de los más altos valores culturales.

—De todos modos —dijo Thaxter—, deberías dar una vuelta por Chicago como Restif de la Bretonne por las calles de París y escribir una crónica. Sería sensacional.

—Thaxter, quiero hablar contigo respecto a *The Ark*. Tú y yo íbamos a dar un nuevo impulso a la vida intelectual del país y a sobrepasar el *American Mercury* y *The Dial* o la *Revista de Occidente* y demás. Hemos estado discutiéndolo y planeándolo durante años. He gastado un montón de dinero en el plan. He pagado todas las facturas durante dos años y medio. ¿Y dónde está *The Ark*? Creo que eres un gran editor, un editor nato, y confío en ti. Anunciamos nuestra revista y la gente nos envió material. Los manuscritos han quedado durmiendo en un rincón. He recibido cartas de queja e incluso amenazas. Me has convertido en un individuo fracasado. Todos me culpan a mí, y te mencionan a ti. Tú mismo te has nombrado experto en Citrine y das a conocer tus interpretaciones de mí por todas partes: cómo funciono, lo poco que entiendo a las mujeres, todas las debilidades de mi carácter. Esto no me importa mucho. Sin embargo, me gustaría que no me interpretaras tanto. Y las

palabras que pones en mis labios... Que tal es un cretino o tal otro es un imbécil. No soy yo quien tiene prejuicios contra tal o tal. El que los tiene eres tú.

—Francamente, Charles, la razón por la cual todavía no ha salido nuestro primer número es porque tú me mandaste demasiado material antroposófico. No eres tonto, de modo que algo debe de haber en la antroposofía. Pero, por el amor de Dios, no podemos salir con toda esa prosa sobre el alma.

—¿Y por qué no? La gente habla sobre la psique, ¿por qué no sobre el alma?

—La psique es científica —respondió Thaxter—. Tienes que acostumbrar a la gente poco a poco a esos términos que empleas.

—¿Por qué compraste una provisión tan enorme de papel? —pregunté.

—Quería estar a punto para publicar cinco ediciones sucesivas sin tener que preocuparme de suministros. Además, hicimos una buena compra.

—¿Y adónde han ido a parar todas esas toneladas de papel?

—Están en el almacén. Pero no creo que sea *The Ark* lo que te preocupa. Me parece que es Denise lo que te consume, los tribunales y los dólares y todas esas molestias y hostigamiento.

—No, no, no es eso —respondí—. Algunas veces siento gratitud hacia Denise. Tú crees que yo debería andar por las calles como Restif de la Bretonne. Bueno, pues si no fuese por el pleito de Denise, nunca saldría de casa. Por culpa de ella, debo ir al centro de la ciudad. Me mantiene en contacto con la realidad de la vida. Ha sido positivamente esclarecedor.

—¿Por qué?

—Bueno, me doy cuenta de cuán generalizado y universal es el deseo de agraviar al semejante. Supongo que sucede lo mismo en las democracias que en las dictaduras. Únicamente que aquí el gobierno de leyes y abogados alza una barrera. Pueden agraviar mucho, convertir tu vida en un infierno, pero no pueden matarte.

—Realmente, tu amor por la educación te hace merecedor de elogios, Charles. Sin broma. Puedo asegurártelo después de una amistad de veinte años —dijo Thaxter—. Tu carácter es muy peculiar, pero hay cierta... no sé cómo llamarlo... dignidad que tú posees en verdad. Si tú dices alma y yo digo psique, posiblemente tú tendrás tus razones para ello. Tú debes de tener un alma, Charles. Y este es un hecho bastante asombroso para cualquiera.

—Tú también tienes la tuya. De todos modos, creo que sería mejor que renunciáramos a nuestro plan de publicar *The Ark* y liquidáramos lo que queda, si queda algo.

—Vaya, Charles, no te precipites. Podemos arreglar este asunto muy fácilmente. Ya está casi listo.

—Ya no puedo invertir más dinero en el asunto. No ando bien económicamente.

—No puedes comparar tu situación con la mía —dijo Thaxter—. Me han liquidado en California.

—¿Cuál es la gravedad de la situación ahí?

—Bueno, he procurado reducir tus obligaciones al mínimo. Prometiste pagar un salario a Blossom. ¿Te acuerdas de Blossom, la secretaria? La conociste en septiembre.

—¿Mis obligaciones? En septiembre ambos convinimos despedir a Blossom.

—Ah, sí, pero ella era la única que realmente sabía cómo manejar toda esa maquinaria IBM.

—Pero si la maquinaria no llegó a funcionar.

—Eso no fue por culpa suya. Estábamos preparados. Yo estaba dispuesto a comenzar en cualquier momento.

—Lo que tú quieres decir, en realidad, es que eres demasiado importante para trabajar sin personal.

—Sé un poco comprensivo, Charles. Después de que te fuiste, su marido murió en un accidente de automóvil. Tú no habrías querido que la despidiera en aquellos momentos. Sé el gran corazón que tienes, Charles, a pesar de todo lo demás. De modo que me encargué de interpretar tu actitud. Son únicamente mil quinientos dólares. Hay otra cosa que debo mencionar: la factura del maderero por el ala que comenzamos a construir.

—Yo no te dije que construyeras esa ala. Estaba absolutamente en contra de ello.

—¡Vaya, hombre, convinimos en que era necesaria una oficina aparte! No esperarías que llevara toda esa confusión editorial dentro de mi casa.

—Dije definitivamente que no tomaría parte en ello. Hasta te avisé que si cavabas ese gran agujero junto a tu casa podías incluso destrozar los cimientos.

—Bueno, no es muy importante —dijo Thaxter—. La compañía maderera puede desmontarlo todo y volverse a quedar con su maldita madera. En cuanto al desliz entre bancos... siento mucho lo que ocurrió, pero no fue por mi culpa. El pago del Banco Ambrosiano de Milán se demoró. ¡La maldita burocracia! Además, actualmente en Italia todo es caos y anarquía. De todos modos, tú tienes mi cheque...

—No lo tengo.

—¿No lo tienes? Habrá quedado retenido en correos. El servicio postal es un asco. Era mi último pago de mil doscientos dólares al Trust de Palo Alto. Ya me habían echado. Te deben mil doscientos.

—¿Es posible que ellos nunca recibieran tal cantidad? A lo mejor lo enviaron desde Italia con un delfín.

Thaxter no sonrió. El momento era grave. Después de todo, estábamos hablando de su dinero.

—Esos miserables de California deberían haber extendido otro cheque y mandártelo.

—Quizá el cheque del Banco Ambrosiano aún no se ha cobrado —añadí.

—Bueno, mira —sacó un bloc de su cartera de mano—. He trazado un plan para reembolsarte el dinero que perdiste. Tienes que recuperar el coste original de las acciones. Tengo entendido que compraste a cuatrocientos. Pagaste caro, ¿sabes?



Ahora están mucho más bajas. Pero no es culpa tuya. Digamos que cuando me las enviaste tenían un valor de dieciocho mil. Y no voy a olvidarme de los dividendos. — No tienes que preocuparte por los dividendos, Thaxter.

—No, insisto. Es bastante fácil saber el tipo de dividendo que IBM está pagando. Me envías la cifra y yo te mandaré el cheque.

—En cinco años pagaste menos de mil dólares de este préstamo. Ibas abonando los intereses y poco más.

—El interés era exagerado.

—En cinco años redujiste el capital en doscientos dólares anuales.

—Las cifras exactas no puedo recordarlas en este momento —dijo Thaxter—. Pero sé que el banco te deberá algo después de haber vendido las acciones.

—Las acciones de IBM están actualmente por debajo de los doscientos dólares. El banco también sale perjudicado, aunque no es que me importe lo que les suceda a los bancos.

Pero Thaxter estaba ahora muy ocupado explicando cómo devolvería el dinero, dividendos incluidos, en un plazo de cinco años. Las negras pupilas de sus ojos alargados, color verde uva, se movían por encima de los números. Iba a arreglar ese asunto con elegancia y dignidad, aristocráticamente, con total sinceridad, sin eludir ni un ápice de su obligación para con un amigo. Yo veía que era totalmente sincero, pero sabía también que su complejo plan para cumplir conmigo equivaldría en su mente a haber cumplido ya. Esas largas hojas de papel amarillento del bloc, llenas de números, esas generosas promesas de devolución, la minuciosidad del detalle, las declaraciones de amistad, saldaban nuestro negocio de manera total y definitiva. Mágicamente era así.

—Es una buena idea ser escrupulosamente exacto en estos tratos pequeños. Para ti son más importantes las cifras pequeñas que las grandes. Lo que a veces me sorprende es que tú y yo nos preocupemos por fruslerías. Podrías hacer el dinero que quisieras. No conoces tus propios recursos. Es curioso, ¿no? Podrías girar una manivela, y te llovería el dinero.

—¿Qué manivela? —pregunté.

—Podrías ir a una editorial con un proyecto y señalar la cifra del anticipo.

—Ya he recibido anticipos importantes.

—Miserias. Podrías obtener mucho más. Se me han ocurrido algunas ideas. Para empezar, tú y yo podríamos hacer esa guía cultural de la que ya te he hablado muchas veces, una guía para los norteamericanos instruidos que van a Europa y están hartos de comprar cuero florentino y lino irlandés, hartos del rebaño ruidoso de los mirones vulgares. Por ejemplo, supongamos que estos norteamericanos cultos están en Viena. En nuestra guía hallarán listas de institutos de investigación que pueden visitar, pequeñas bibliotecas, colecciones particulares, grupos de música de cámara, los nombres de los cafés y los restaurantes donde pueden codearse con matemáticos o violinistas, y habría listas de los domicilios de poetas, pintores, psicólogos, y así

sucesivamente. Visite sus estudios y sus laboratorios. Converse con ellos.

—También podrías organizar un pelotón de fusilamiento y mandar fusilar a todos estos poetas en vez de poner semejante información en las manos de esos turistas buitres de la cultura.

—No existe un solo Ministerio de Turismo europeo que no se entusiasmara con la idea. Recibiríamos plena colaboración. Quizá invirtieran algún dinero. Charlie, esto podríamos hacerlo para todos los países de Europa, para las ciudades más importantes y para las capitales. Esta idea nos aportaría un millón de dólares. Yo me haría cargo de la organización y la investigación. Realizaría la mayor parte del trabajo. Tú te encargarías de la parte ambiental y de las ideas. Necesitaríamos personal para los detalles. Podríamos comenzar en Londres y seguir con París y Viena y Roma. Di una palabra nada más y voy enseguida a una de las grandes editoriales. Tu nombre conseguiría un adelanto de doscientos cincuenta mil. Los dividimos en dos partes y se acabaron tus preocupaciones.

—¡París y Viena! ¿Y por qué no Montevideo y Bogotá?

También allí hay mucha cultura. ¿Por qué vas a ir por mar y no por aire a Europa?

—Es mi modo preferido de viajar, perfectamente reposado. Uno de los pocos placeres de la vida que aún le quedan a mi madre es organizar estos viajes para su único hijo. Esta vez ha hecho más todavía. Los campeones brasileños de fútbol están haciendo una gira por Europa y ella sabe que yo adoro el fútbol. Me refiero al superfútbol. Así que me ha conseguido entradas para cuatro partidos. Además, tengo razones comerciales para ir. Y quiero ver a algunos de mis hijos.

Contuve mi impulso de preguntarle cómo podría viajar en primera clase en el *France* si estaba completamente arruinado. Preguntárselo no me conduciría a ninguna parte. Nunca conseguí retener sus explicaciones. Sin embargo, recuerdo que me dijo que el traje de terciopelo con un pañuelo de seda azul anudado al estilo de Ronald Colman podía usarse perfectamente como traje de etiqueta. En comparación, los millonarios de corbata negra tenían un aspecto desaliñado. Y las mujeres adoraban a Thaxter. Una noche, durante su último crucero, una vieja dama de Texas, según contaba Thaxter, dejó caer un saquito de ante lleno de piedras preciosas en el regazo de Thaxter, por debajo del mantel. Él se las devolvió discretamente. No estaba dispuesto a servir a viejas antiguallas ricas de Texas, me dijo. Ni aun a aquellas tan magnánimas al estilo oriental o del Renacimiento. Porque, después de todo —continuaba Thaxter—, este era un gran gesto propio de un gran océano y un gran carácter. Pero él era sumamente digno, virtuoso y fiel a su esposa, a todas sus esposas. Quería mucho a su dilatada familia, y a los muchos hijos que había tenido con diversas mujeres. Aunque no consiguiera dejar constancia de una declaración importante, al menos dejaría su huella genética en el mundo.

—Si yo no tuviera dinero alguno, le pediría a mi madre que me pusiera en tercera clase. ¿Cuánto das de propina al dejar el *France*, en El Havre? —le pregunté.

—Doy cinco dólares al jefe de camareros.

—Ya tienes suerte de salir con vida del barco.

—Es perfectamente adecuado —dijo Thaxter—. Intimidan a los norteamericanos ricos y los desprecian por su cobardía e ignorancia.

Ahora me dijo:

—Mis negocios en el extranjero son con un consorcio internacional de editores para los cuales estoy desarrollando cierta idea. Originalmente me la diste tú, Charlie, aunque no te acordarás. Me dijiste lo interesante que podría ser viajar por el mundo entrevistando a muchos dictadores de segunda, tercera y cuarta categorías, los generales Amín, Gadafi y otros por el estilo.

—Te ahogarían en su estanque de peces si se imaginaran que ibas a llamarlos de tercera categoría.

—No seas bobo, yo nunca haría tal cosa. Son los líderes del mundo en desarrollo. Pero es un tema realmente fascinante. Esos andrajosos estudiantes bohemios extranjeros de hace unos pocos años, futuros granujillas, ahora están amenazando con la ruina a las grandes naciones, o a las antiguas grandes naciones. Honorables dirigentes mundiales están sometidos a su voluntad.

—¿Y qué te hace creer que hablarán contigo? —pregunté.

—Están deseando conocer a alguien como yo. Suspiran por un contacto con las esferas importantes, y yo poseo unas credenciales impecables. Todos quieren oír hablar de Oxford y Cambridge y Nueva York y la temporada de Londres y discutir sobre Karl Marx y Sartre. Si desean jugar al golf o al tenis o al ping-pong, sé jugar a todo eso. Mientras me preparaba para escribir esos artículos, he estado leyendo algunas cosas buenas para conseguir el tono adecuado: Marx es maravilloso cuando habla de Luis Napoleón. He estado repasando también a Suetonio, Saint-Simon y Proust. A propósito... Se va a celebrar un congreso internacional de poetas en Taiwán. Quizá asista. Tú sigue atento y mantente informado.

—Cada vez que lo intento, no saco nada en limpio —le dije.

—¡Quién sabe, a lo mejor consigo entrevistar a Chiang Kai-shek antes de que estire la pata!

—No puedo siquiera imaginar que tenga nada que decirte.

—Bueno, de eso ya me ocuparé yo —declaró Thaxter.

—¿Y qué te parece si nos fuéramos de esta oficina? —pregunté.

—¿Por qué, por una sola vez, no haces las cosas a mi modo? No hay que ser tan precavido. Deja que sucedan las cosas interesantes. ¿Qué puede haber de malo? Podemos seguir hablando aquí como en cualquier otra parte. Cuéntame cómo van las cosas personalmente. ¿Cómo estás?

Cada vez que Thaxter y yo nos encontrábamos, sosteníamos por lo menos una conversación íntima. Hablaba con él libremente y soltaba la lengua. A pesar de sus bobadas excéntricas, y las mías, existía una unión entre ambos. Yo podía hablar con Thaxter. A veces me decía que hablar con él era tan bueno para mí como un psicoanálisis. A lo largo de los años, me había costado el mismo dinero. Thaxter sabía

descubrir lo que pensaba realmente. Un amigo con una formación más seria, como Richard Durnwald, no me escucharía cuando intentara discutir las ideas de Rudolf Steiner.

—¡Tonterías! —diría—. ¡Simples bobadas! Ya he leído algo de todo eso.

En el mundo erudito, la antroposofía no era respetable. Durnwald se negaba bruscamente a hablar de ello porque deseaba proteger su aprecio por mí. Pero Thaxter preguntó:

—¿Qué es esta alma consciente y cómo explicas la teoría de que nuestros huesos se cristalicen del propio cosmos?

—Me gusta que me preguntes eso —respondí.

Pero antes de que pudiera empezar, vi que Cantabile se acercaba. Es decir, no se acercó, sino que apareció de pronto junto a nosotros, como si no hubiera atravesado el piso alfombrado, sino que hubiese encontrado algún otro medio. —Prestadme esto —dijo, y cogió el sombrero negro con el ala torcida—. Muy bien —exclamó, un tanto tenso—. Levántate, Charlie, vamos a visitar a ese hombre. —Me hizo incorporar con brusquedad. Thaxter también se levantó del sofá naranja, pero Cantabile lo sentó de un empujón y le dijo—: Tú no. De uno en uno. —Me llevó consigo hasta la puerta presidencial, y allí se detuvo—. Mira —me advirtió—, déjame hablar a mí. Es una situación muy especial.

—Ya veo que esta es otra de tus ideas originales. Pero ningún dinero va a cambiar de mano.

—Oh, yo no podría hacerte eso. Pero ¿qué otra persona sino un tipo en grave aprieto te daría tres por dos? Viste la noticia en el periódico, ¿eh?

—Claro que la vi —respondí—. ¿Y si no la hubiera visto?

—Yo no permitiría que salieras perjudicado. Pasaste mi prueba. Somos amigos. Ven a conocer a ese tipo de todos modos. Me imagino que es algo así como obligación tuya examinar la sociedad norteamericana desde la Casa Blanca hasta Skid Row. Ahora todo lo que quiero que hagas es que permanezcas callado mientras yo digo cuatro palabras. Ayer fuiste formidablemente directo. No hubo nada malo en ello, ¿no es verdad? —Apretó con fuerza el cinturón de mi abrigo mientras hablaba y me colocó el sombrero de Thaxter. La puerta de la oficina de Stronson se abrió antes de que pudiera zafarme.

El financiero estaba de pie al lado de su escritorio, una de esas mesas de ejecutivo del tipo Mussolini. La fotografía en el periódico únicamente confundía en un aspecto: había esperado un hombre más corpulento. Stronson era un hombre grueso, de pelo ligeramente castaño y rostro amarillento. Por su configuración, se parecía a Billy Srole. Unos rizos castaños le cubrían la corta nuca. No causaba una impresión agradable. Sus mejillas recordaban vagamente unas nalgas. Llevaba un jersey de cuello alto y adornos que se balanceaban, cadenas y colgantes sobre el pecho. Su peinado al estilo paje le daba la apariencia de un cerdo con peluca. Unos zapatos de plataforma lo hacían parecer más alto.

Cantabile me había llevado allí para amenazar a este hombre.

—Fíjate bien en mi socio, Stronson —le dijo—. Es el hombre de quien te hablé. Estúdialo. Lo verás otra vez. Ya te encontrará en alguna parte. En un restaurante, en un garaje, en el cine, en un ascensor... —Dirigiéndose a mí, dijo—: Esto es todo. Ve a esperarme fuera. —Me dio la vuelta encarándome con la puerta.

Me quedé helado. Después, horrorizado. Personificar a un asesino, aunque fuese un engaño, era espantoso. Pero antes de que pudiera negarlo indignado, quitarme el sombrero, descubrir el engaño de Cantabile, llegó la voz de la recepcionista enormemente amplificadas de la caja ajustada al escritorio, y llenó toda la habitación.

—¿Ahora? —preguntó ella.

Y él respondió:

—¡Ahora!

Inmediatamente, el portero de la chaqueta gris entró en la oficina, empujando a Thaxter delante de él. Su tarjeta de identidad estaba a la vista, abierta en su mano. Exclamó:

—¡Policía, Homicidios! —Y nos empujó a los tres contra la pared.

—Espere un minuto. Déjeme ver ese carnet. ¿Qué quiere decir con «Homicidios»? —dijo Cantabile.

—¿Qué crees, que iba a permitirte lanzar amenazas y quedarme quieto? Después de que me amenazaste con matarme, acudí al fiscal del Estado y presenté una denuncia —dijo Stronson—. Dos denuncias. Una sin nombre para el matón, tu amigo.

—¿Se supone que sois Asesinatos Compañía Limitada? —me preguntó Thaxter.

No solía reír en voz alta. Cuando se divertía mucho lo hacía silenciosamente, y en este momento su diversión era intensa.

—¿Quién es el matón, yo? —repliqué, intentando sonreír.

Nadie respondió.

—¿Quién te amenaza, Stronson? —dijo Cantabile. Sus ojos pardos, desafiantes, estaban húmedos, mientras que su rostro se había puesto muy pálido—. Perdiste más de un millón de dólares de los muchachos de la Troika, y estás acabado, chico. ¡Date por muerto! ¿Por qué habría de preocuparse nadie de entrar en escena? No tendrás más oportunidad que una maldita rata. Oficial, este hombre es falso. Su historia aparecerá en el periódico de mañana. La Western Hemisphere Investment Corporation está acabada. Stronson quiere arrastrar con él a algunas personas. Charlie, ve a buscar el periódico. Tráelo y enséñaselo a este hombre.

—Charlie no va a ninguna parte. Quedaos todos contra la pared. Creo que llevas una pistola y tu nombre es Cantabile. Inclinaos... Eso es.

Todos obedecimos. El policía llevaba su arma debajo del brazo y su pistolera crujió. Sacó la pistola de Cantabile de su adornado cinturón.

—No es una Treinta y ocho ordinaria. Es una Magnum. Podrías matar un elefante con ella.

—Ahí está, tal como le dije. Esa es la pistola que me metió por debajo de la nariz —afirmó Stronson.

—Debe de ser una característica de la familia Cantabile hacer el tonto con las pistolas. ¿Fue tu tío Moochy, no es verdad, el que acabó con esos dos muchachos? No hay clase ni eficiencia. Imbéciles todos ellos. Vamos a ver si llevas hierba encima. Estaría muy bien que además pudiera cargarte con violación de la libertad condicional. Vamos a dejarte bien empapelado, amiguete. ¡Maldita pandilla de asesinos!

Mientras registraba a Thaxter por debajo de la capa, este abría mucho la boca y tenía la nariz torcida y reluciente por todo el placer y la alegría de esta maravillosa experiencia de Chicago. Yo estaba muy enfadado con Cantabile; más que esto, furioso. El policía me palpó los costados, debajo de los brazos, a lo largo de las piernas y dijo:

—Ustedes dos, caballeros, pueden volverse. ¡Vaya un par de elegantes! ¿Dónde compró esos zapatos con los laterales de lona? —preguntó a Thaxter—. ¿En Italia?

—En King's Road —respondió Thaxter amablemente.

El policía se quitó la chaqueta gris de portero —debajo llevaba una camiseta roja con cuello de cisne— y vació encima del escritorio el billetero negro de piel de avestruz de Cantabile.

—¿Cuál de ellos se supone que es el matón? ¿Errol Flynn con capa o el del abrigo a cuadros?

—El del abrigo —dijo Stronson.

—Debería dejarlo que hiciera el idiota y que lo arrestara —dijo Cantabile, todavía de cara a la pared—. Siga, siga. Para redondear la cosa.

—¿Por qué, es alguien importante? —preguntó el policía.

—¡Dio en el blanco! —contestó Cantabile—. Es un hombre distinguido y famoso. Busque en el periódico de mañana y verá su nombre en la columna de Schneiderman: Charles Citrine. Es una importante personalidad de Chicago.

—Bueno, ¿y qué? Estamos enviando docenas de personalidades importantes a la cárcel. El gobernador Kerner no tuvo ni el seso suficiente para buscarse un hombre de paja listo.

El policía se estaba divirtiendo. Tenía un rostro vulgar surcado de arrugas, un rostro de policía con mucha experiencia. Por debajo de la camiseta roja se notaba su pecho musculoso. El color sin vida de su peluca desentonaba con su saludable color humano y producía una falta de simetría orgánica. La peluca estaba mal ajustada. Era el tipo de peluca que uno suele encontrar en los coloridos asientos de las cabinas del Club Downtown: peluquines como terriers Skye, esperando a sus amos.

—Cantabile vino a verme esta mañana con proposiciones descabelladas —declaró Stronson—. Le respondí que no había trato. Entonces me amenazó con matarme y me mostró la pistola. Está completamente loco. Me dijo que volvería con su matón y me describió cómo me matarían. El individuo me seguiría los pasos durante semanas.

Después me destrozaría la cara de un tiro, como si fuese una fruta podrida. Los huesos rotos, el cerebro y la sangre fluyendo por la nariz. Hasta me contó cómo destruirían el arma del crimen, la prueba, cómo el asesino serraría el cadáver y arrojaría las piezas en diferentes agujeros de todos los suburbios. ¡No olvidó ni un pequeño detalle!

—De todos modos, ya puedes considerarte muerto, condenado puerco —lo amenazó Cantabile—. Dentro de unos cuantos meses te encontrarán en una cloaca y tendrán que sacarte un dedo de mierda de la cara para poder saber quién eres.

—No tiene permiso para portar armas. ¡Fantástico! —declaró el policía.

—Ahora llévase estos individuos de aquí —pidió Stronson.

—¿Va a presentar cargos contra todos? Únicamente tiene dos órdenes de captura.

—Voy a llevármelos a todos.

—El mismo señor Cantabile le ha dicho que yo no tenía nada que ver con todo esto —dije yo—. Mi amigo Thaxter y yo salíamos del Instituto de las Artes, y Cantabile nos obligó a venir aquí para hablar de una inversión. Esa fue la excusa. Comprendo que el señor Stronson esté horrorizado. Cantabile está algo trastornado por su vanidad. Lo consume la arrogancia, la egomanía violenta..., la fanfarronería. Esta es una de sus bromas pesadas. Quizá el policía puede decirle, Stronson, que yo no soy el típico asesino profesional. Estoy seguro de que él ha visto unos cuantos.

—Este hombre jamás ha matado a nadie —declaró el policía.

—Y debo salir para Europa y tengo un montón de cosas que atender. Este último punto era el más importante. Lo peor de esta situación es que interfería con mis preocupaciones y ansiedades, con mi compleja subjetividad. Se trataba de mi guerra civil interior contra la vida pública, que cualquiera podía interpretar, y característica de este lugar, Chicago, Illinois.

Como lector fanático que era T. E. Lawrence, siempre encerrado entre libros y acostumbrado a mirar desde sus altas ventanas los coches de policía, los de bomberos y las ambulancias, un hombre intrincado que consultaba millares de textos, la explicación que había dado para alistarse en la RAF adquirió para mí en ese momento especial relevancia: «Sumirme rudamente entre hombres rudos y encontrarme a mí mismo... —¿cómo seguía?—... para los principales años de vida que me restaban». Juegos violentos, condiciones duras, obscenidad de los barracones, incursiones de venganza. Sí, muchos hombres —dijo Lawrence— aceptarían la sentencia de muerte sin rechistar para escapar de la sentencia de vida que el destino tiene en la otra mano. Comprendí lo que quería decir. Ya era hora de que alguien —¿y por qué no alguien como yo?— hiciera algo más de lo que otros hombres admirables habían intentado hacer respecto a esta cuestión confusa y desesperada. Lo peor de este absurdo momento era que se habían estropeado mis planes. A las siete me esperaba Renata para cenar, y estaría enfadada. La irritaba sobremanera quedar plantada. Tenía mucho carácter, y su carácter trabajaba siempre en el mismo sentido; y además, si mis sospechas eran ciertas, Flonzaley nunca andaba lejos. Los sustitutos están

continuamente presentes en la mente de la gente. Hasta los individuos más estables y equilibrados tienen un sustituto secretamente seleccionado, reservado en algún lugar. Y Renata no se destacaba por ser estable. Con frecuencia soltaba espontáneamente una rima, y en cierta ocasión me sorprendió con la siguiente:

*Cuando la pareja  
nos deja  
siempre hay otros  
cerca de nosotros.*

Dudo que nadie apreciara el ingenio de Renata más profundamente que yo. Siempre abría unas asombrosas perspectivas de franqueza. Pero hacía mucho tiempo que Humboldt y yo habíamos llegado a la conclusión de que yo aceptaría cualquier cosa que estuviera bien dicha. Y era verdad. Renata me hacía reír. Más tarde me ocuparía del terror implícito en sus palabras, de las claras perspectivas repentinamente descubiertas. Por ejemplo, también me había dicho:

—Las mejores cosas de la vida no solo son gratis, sino que uno no puede regatear demasiado con las mejores cosas de la vida.

Un amante preso daría a Renata la clásica oportunidad para una conducta libre. Por culpa de mi costumbre de elevar a un nivel teórico semejantes consideraciones mezquinas, no sorprenderá a nadie que comenzara a meditar sobre la falta de leyes del inconsciente y sobre su independencia de las normas de conducta. Pero era únicamente antinómico, no libre. De acuerdo con Steiner, la verdadera libertad residía en la conciencia pura. Cada microcosmos había sido separado del macrocosmos. En la división arbitraria entre sujeto y objeto, el mundo se había perdido. El yo cero buscaba distracción. Se convertía en actor. Esta era la situación del alma consciente tal como yo la interpretaba. Pero ahora me acometía un súbito sentimiento de insatisfacción con el propio Rudolf Steiner. Esto me remitía a un párrafo desconcertante de los *Diarios* de Kafka sobre el cual mi amigo Durnwald me llamó la atención, pues Durnwald me creía capaz de un trabajo intelectual serio y deseaba salvarme de la antroposofía. Kafka también se había sentido atraído por las visiones de Steiner y encontró similitud entre los estados clarividentes que este describía y los suyos propios, en que se sentía fuera de los límites de lo humano. Concertó una entrevista con Steiner en el hotel Victoria de la Jungmannstrasse. En los *Diarios* explica que Steiner llevaba una chaqueta cruzada polvorienta y manchada y que tenía un terrible resfriado nasal. Le goteaba la nariz y continuamente hurgaba dentro de ella metiendo el pañuelo con los dedos, mientras Kafka, observándolo con disgusto, contaba a Steiner que él era un artista encallado en el negocio de los seguros. La salud y el carácter —dijo— le impedían seguir una carrera literaria. Si añadía la teosofía a la literatura y el negocio de los seguros, ¿qué sería de él? La respuesta de



Steiner no se menciona.

El propio Kafka estaba atiborrado de esta desesperante, burlona y fastidiosa alma consciente. ¡Pobre hombre, el modo en que presentó su caso no le resultó muy favorable! ¿Un hombre genial, atrapado en el negocio de seguros? Una queja muy trivial, no mucho mejor que un resfriado nasal. Humboldt hubiera estado de acuerdo. Solíamos hablar de Kafka y yo conocía sus puntos de vista. Pero ahora Kafka, Steiner y Humboldt estaban unidos en la muerte, donde seguramente se les reunirían algún día todos los presentes en la oficina de Stronson. Para reaparecer, quizá, después de muchos siglos, en un mundo más brillante. No tendría que brillar demasiado para ganar en resplandor al mundo actual. Sin embargo, la descripción que Kafka hacía de Steiner me irritaba.

Mientras me entretenía en estas reflexiones, Thaxter había entrado en escena. No albergaba malas intenciones. Iba a poner las cosas en su sitio amablemente, sin mostrarse demasiado arrogante.

—En realidad, no creo que usted quiera llevarse al señor Citrine con esta orden de detención —dijo gravemente, pero sonriendo.

—¿Y por qué no? —respondió el policía, metiéndose en el cinturón la pistola de Cantabile, la gruesa Magnum niquelada.

—Estuvo usted de acuerdo en que el señor Citrine no tiene aspecto de asesino.

—Está fatigado y pálido. Debería ir a Acapulco una semana.

—Es ridícula una burla como esta —prosiguió Thaxter. Exhibía ante mí la belleza de su don de gentes, su habilidad para comprender a sus compatriotas norteamericanos. Para mí era obvio que el policía encontraba a Thaxter muy exótico, con su elegancia y sus aires de Peter Wimsey—. El señor Citrine es conocido internacionalmente como historiador. Incluso fue condecorado por el gobierno francés.

—¿Puede usted probarlo? —preguntó el policía—. ¿Por casualidad lleva usted la medalla encima?

—La gente no anda por ahí con medallas —le respondí.

—Bueno, ¿y qué clase de prueba puede darme?

—Todo lo que tengo es este trozo de cinta. Tengo derecho a llevarla en el ojal.

—Veámosla —dijo.

Extraje el insignificante pedacito arrugado y descolorido de seda color verde limón.

—¿Eso? —dijo el policía—. No serviría ni para atarla a la pata de un pollo.

Estuve totalmente de acuerdo con el policía, y como ciudadano de Chicago me mofé interiormente con él de estos vanos honores extranjeros. Yo era el Shoveleer abrasándome en un ridículo interior. Y los franceses se lo merecían también. Este siglo no era uno de los mejores para ellos. Todo lo hacían mal. ¿Qué querían significar entregando estos míseros pedacitos de cinta retorcida de color verde? A causa de que Renata insistió en París en que debía llevarla en el ojal, nos habíamos

visto expuestos a los insultos de un auténtico *chevalier* que Renata y yo habíamos conocido durante la cena, el hombre con la escarapela roja, el «científico inflexible», para usar su propia definición. Me hizo el mayor desaire de mi vida.

—La jerga norteamericana es deficiente, inexistente —declaró—. El francés tiene veinte vocablos para «bota».

Luego mostró desdén hacia las ciencias del comportamiento —me confundió con un científico del comportamiento— y fue muy rudo con respecto a mi cinta verde. Dijo:

—Estoy seguro de que usted ha escrito algunos libros muy estimables, pero esta condecoración suele darse a las personas que mejoran las *poubelles*<sup>[15]</sup>.

Mi condecoración francesa solo me había proporcionado disgustos. En fin, eso pasaría. La única distinción auténtica en este peligroso momento de la historia de la humanidad y el desarrollo cósmico no tiene nada que ver con medallas y cintas. Lo distinguido es no quedarse dormido. Todo lo demás son simples bagatelas.

Cantabile permanecía todavía de cara a la pared. El policía —me complace señalarlo— estaba dispuesto a fastidiarlo.

—Tú te quedas ahí, quieto —le dijo.

Tenía la sensación de que estábamos en esta oficina bajo algo semejante a una gran ola transparente. Esta cosa enorme transparente se cernía aún sobre nosotros, lanzando destellos como el cristal, y todos permanecíamos dentro de ella. Cuando se rompiera con un estallido nos esparciríamos kilómetros y kilómetros por alguna lejana playa blanca. Casi confiaba en que Cantabile se rompiera la nuca. Pero no, cuando sucedió vi que todos estábamos aislados y a salvo en una costa perlina y descubierta.

Mientras todos los personajes de la escena continuaban con lo suyo —Stronson, furioso por la descripción de Cantabile de su cadáver extraído de la cloaca, gritaba con una especie de voz de soprano porcina: «¡Ya me encargaré de que seas tú quien se lleve su merecido!», en tanto que Thaxter actuaba por lo bajo tratando de ser persuasivo—, yo me ausenté nuevamente y concentré mi mente en una de mis teorías.

Algunas personas aceptan sus dones con gratitud. Otros no saben qué hacer con ellos y no piensan más que en superar sus debilidades. Solo sus defectos les interesan y los motivan. Por esto, las personas que odian a la gente muchas veces la buscan. Muchos misántropos practican la psiquiatría. Los tímidos se convierten en actores. Los ladrones innatos intentan conseguir posiciones de confianza. Los temerosos llevan a cabo hazañas atrevidas. Tomemos el caso de Stronson, un hombre que se lanzó a proyectos desesperados para estafar a los gánsteres. O tomemos mi propio caso, un amante de la belleza que insistía en vivir en Chicago. O el de Humboldt Fleisher, un hombre de poderosos instintos sociales enterrándose en el solitario campo.

Stronson no poseía la fortaleza para salir con bien. Al verlo tan autodeformado, gordo pero elegante; corto de piernas y muslos, sobre unos zapatos de suela gruesa;

propicio al chillido, aunque hablando con voz grave, sentí pena. ¡Oh, sí!, sentí una profunda pena por él. Me pareció que su auténtica naturaleza lo reclamaba urgentemente. ¿Se habría olvidado de afeitarse aquella mañana o es que el terror le hacía crecer la barba con más celeridad? De su cuello surgían unas horribles cerdas largas. Estaba adquiriendo el aspecto de una marmota grande, y su peinado estilo paje se deshacía a causa del sudor.

—Quiero que espose a todos estos hombres —dijo al policía vestido de paisano.

—¿Cómo? ¿Con un solo par de esposas?

—Bueno, colóqueselas a Cantabile. Vamos, póngaselas.

Coincidí con él para mis adentros. Sí, esposa a ese hijo de perra, tuércele los brazos a la espalda, y deja que se le claven en la piel. Una vez dichas esas cosas crueles dentro de mí, ya no deseaba necesariamente que ocurrieran.

Thaxter se llevó al policía aparte y pronunció algunas palabras en voz baja. Más tarde pensé si no le habría pasado alguna frase de contraseña secreta de la CIA. No se podía estar seguro con Thaxter. Hasta la fecha no he podido nunca llegar a una conclusión segura sobre si fue o no fue agente secreto. Hace años me invitó a Yucatán. Para llegar allí tuve que cambiar tres veces de avión antes de aterrizar en una pista miserable, donde me recibió un peón en sandalias que me condujo en un Cadillac nuevo hasta la villa de Thaxter, repleta de sirvientes indios. Había automóviles y jeeps, y una esposa y niños pequeños, y Thaxter dominaba ya el dialecto local y daba órdenes a todo el mundo. Siendo un genio lingüístico, aprendía enseguida nuevas lenguas. Pero tenía problemas con un banco de Mérida. Y, casualmente, en la vecindad había un club de campo donde tenía una cuenta pendiente. Llegué justamente cuando su invariable patrón de conducta remataba el asunto. Al segundo día dijo que debíamos abandonar aquel maldito lugar. Metimos dentro de sus baúles los abrigos de piel y el equipo de tenis, junto a tesoros religiosos y aparatos eléctricos. Al marcharnos, yo llevaba uno de sus bebés en mi regazo.

El policía nos hizo salir de la oficina de Stronson. Este nos gritó mientras nos íbamos:

—¡Cabrones, vais a pagarlas, os lo prometo! Y no me importa lo que pueda sucederme. ¡Especialmente tú, Cantabile!

Al día siguiente, él iba a recibir su merecido.

Mientras esperábamos el ascensor, Thaxter y yo tuvimos tiempo de conferenciar.

—No, no me arrestarán —dijo Thaxter—. Y casi lo siento. Realmente, me gustaría muchísimo ir con vosotros.

—Espero que te muevas enseguida —le dije—. Tenía el presentimiento de que Cantabile iba a salir con algo parecido.

Y Renata va a disgustarse mucho, esto es lo peor. Ahora, Thaxter, no vayas a marcharte y olvidarte de mí.

—No seas absurdo, Charles. Avisaré de inmediato a los abogados. Dame nombres y números.

—Ante todo llama a Renata. Anota el número de Szathmar. Y también el de Tomchek y Srole.

Thaxter escribió la información en un recibo de la American Express. ¿Era posible que aún conservara su tarjeta?

—Vas a perder ese trocito de papel —le dije.

Thaxter me habló seriamente.

—Ten cuidado, Charlie —advirtió—. Te estás portando como un maricón nervioso. Es un momento difícil, no hay duda. Motivo por el cual has de prestar mucha más atención. Una *plus forte raison*.

Cuando Thaxter hablaba en francés era sincero. Y así como George Swiebel me gritaba continuamente que no abusara de mi cuerpo, Thaxter me advertía siempre sobre mi grado de ansiedad. Ahí había un hombre con nervios suficientemente templados para resistir el modo de vida que él había escogido. Y, a pesar de su debilidad por las expresiones francesas, Thaxter era un auténtico norteamericano ya que, como Walt Whitman, se ofrecía como arquetipo: «Lo que yo supongo lo supondrás». En aquel momento, esto no me ayudaba demasiado. Estaba arrestado. Mis sentimientos por Thaxter eran los de un hombre cargado con muchos paquetes que trata de localizar la llave de la puerta mientras se ve entorpecido por el gato de la casa. La verdad era que la gente a la que yo acudía en busca de ayuda, de ningún modo eran mis personas favoritas. No podía esperarse nada de Thaxter. Incluso sospechaba que sus esfuerzos por ayudarme podrían ser muy peligrosos. En caso de que gritase que me estaba ahogando, él acudiría presuroso y me arrojaría un salvavidas de cemento armado. Así como unos pies anormales requieren un calzado anormal, las almas anormales tienen unos requerimientos anormales y el aprecio surge en ellas de un modo anormal. Un hombre terriblemente necesitado de ayuda le tenía cariño a una persona incapaz de proporcionársela.

Supongo que había sido la recepcionista quien había llamado al coche patrulla azul y blanco que ahora nos esperaba. Era una chica muy bonita. La miré al salir de la oficina y pensé: «He aquí una muchacha sentimental. Bien educada. Adorable. Turbada al contemplar un arresto. Tiene lágrimas en los ojos».

—Tú, al asiento de delante —dijo el policía a Cantabile, quien entró con su ajado sombrero, el rostro pálido y el cabello erizado en las sienas. En aquel momento, desaliñado como estaba, por primera vez parecía auténticamente italiano.

—Lo más importante es Renata. Llama enseguida a Renata —dije a Thaxter mientras entraba en la parte trasera del automóvil—. Tendré problemas si no lo haces... ¡grandes problemas!

—No te preocupes. No dejaremos que desaparezcas para siempre —respondió Thaxter.

Sus palabras de consuelo me proporcionaron el primer momento de profunda ansiedad.

Intentó ponerse en contacto con Renata y con Szathmar. Pero Renata todavía

estaba en Merchandise Mart con su cliente, escogiendo telas, y Szathmar ya había cerrado la oficina. De algún modo Thaxter olvidó lo que le había dicho de Tomchek y Srole, así que, a fin de matar el tiempo, se metió en un cine de Randolph Street para ver una película de Kung Fu. Cuando terminó la proyección, encontró a Renata en casa. Dijo que, puesto que Renata conocía tan bien a Szathmar, dejaba el asunto enteramente en sus manos. Después de todo, él era un forastero en la ciudad. El Boston Celtics jugaba contra el Chicago Bulls, y Thaxter compró a un revendedor una entrada para un partido de baloncesto. Camino del estadio, detuvo el taxi en Zimmerman's para comprar una botella de Piesporter. No podría enfriarla adecuadamente, pero acompañaba bien los bocadillos de caviar.

En el asiento delantero del coche patrulla veía la forma oscura de Cantabile. Le dediqué mis pensamientos. Un hombre como Cantabile se aprovechaba de mi inadecuada teoría del mal, ¿no es verdad? Llenaba todos los huecos con lo mejor de su habilidad histriónica, su agresividad y fanfarronería. ¿O es que yo, como norteamericano, tenía realmente una teoría sobre la maldad? Quizá no. De modo que él penetraba en el campo desde aquel lado sin rasgos distintivos y sin marcas en el que yo era débil, con sus ideas y su presunción. Este majadero atraía a las mujeres, por lo visto; le gustaba a Polly y, evidentemente, también a su esposa, la estudiante graduada. Adivinaba que, en cuestiones eróticas, era más presuntuoso que eficaz. Pero, después de todo, con la mayoría de las mujeres lo que cuenta es la imaginación. De modo que él iba por la vida con sus elegantes guantes de montar y sus botas de cabritilla, y la fina pelusilla brillante de su traje de tweed, y la Magnum que llevaba en la cintura para amenazar a todos con la muerte. Las amenazas era lo que le gustaba. Me había llamado por teléfono durante la noche para amenazarme. Las amenazas le habían revuelto el estómago el día anterior en la calle División. Esta mañana había ido a amenazar a Stronson. Durante la tarde se ofreció para matar a Denise, o me amenazó con ello. Sí, era una criatura extraña, con su rostro pálido, su larga nariz color de cera eclesiástica y los negros agujeros. Cantabile estaba muy inquieto en el asiento delantero. Parecía deseoso de echarme una ojeada. Era tan flexible que casi podía torcer la cabeza y picar sus propias plumas posteriores. ¿Por qué había intentado hacerme pasar por asesino? ¿Habría visto en mí algo que le sugirió la idea? ¿O trataba a su modo de hacerme salir, de arrastrarme al mundo, un mundo del cual yo tenía la ilusión de estar retirándome? Basándome en el criterio imperante en Chicago, lo desestimé como candidato al manicomio. En realidad, era un buen candidato a un manicomio. Pero yo sabía lo bastante de la vida para darme cuenta de que, en su proposición con respecto a lo que podíamos hacer con Polly, había un toque de homosexualidad, pero eso no era muy grave. Confiaba en que lo mandaran de vuelta a la prisión. Por otra parte, tenía el presentimiento de que Cantabile estaba haciendo algo por mí. Con la pelusilla reluciente de su traje de tweed, cuya aspereza sugería las ortigas, había aparecido súbitamente en mi camino. Pálido y alocado, con su bigote de visón, parecía destinado a realizar una tarea

espiritual. Había aparecido para moverme de mi punto muerto. Dado que yo procedía de Chicago, ninguna persona normal y sensata era capaz de hacer tal cosa por mí. Yo no podía ser yo mismo con gente normal y sensata. Piénsese en relación con un hombre como Richard Durnwald. Por mucho que lo admirara, no podía sentirme mentalmente cómodo con Durnwald. Me iba un poco mejor con el doctor Scheldt, el antropósofo, pero también con él tenía mis problemas, problemas típicos de Chicago. Cuando él me hablaba de misterios esotéricos, habría querido decirle:

—¡No me vengas con esas monsergas espirituales, amigo!

Y, después de todo, mi relación con el doctor Scheldt era tremendamente importante. Los temas que planteábamos con él no podrían haber sido más serios.

Todo esto acudió a mi mente mientras me acordaba de Humboldt en Princeton citándome: «*Es schwindelt!*». Las palabras de V. I. Lenin en el Instituto Smolny. Y las cosas ahora eran *schwindling*. ¿Lo eran ahora porque, como Lenin, yo estaba a punto de establecer un estado policial? Lo eran por un flujo de sensaciones, percepciones e ideas.

Como es natural, el policía tenía razón. Hablando estrictamente, yo no era un asesino. Pero incorporaba otras personas dentro de mí y las utilizaba. Cuando morían, lloraba profundamente su muerte. Declaraba que continuaría su trabajo y su vida. Pero ¿no era un hecho que yo añadía su fortaleza a la mía? ¿No había puesto los ojos en ellos en sus días de vigor y de gloria?, ¿y en sus mujeres? Ya alcanzaba a vislumbrar grosso modo en qué consistirían mis tareas para purgar el alma cuando entrara en el próximo reino.

—Ten cuidado, Charlie —me había advertido Thaxter.

Llevaba su capa y sostenía su portafolio ideal y el paraguas con mango natural, así como los bocadillos de caviar. Yo tenía cuidado. Una *plus forte raison*. Mientras tenía cuidado, me di cuenta de que en el coche patrulla estaba siguiendo los pasos de Humboldt. Veinte años atrás, en manos de la ley, Humboldt había luchado con los policías. Lo habían metido en una camisa de fuerza. Había tenido diarrea en la camioneta de la policía mientras lo trasladaban a Bellevue. Intentaban habérselas con un poeta. ¡Qué sabía la policía de Nueva York sobre poetas! Ellos sabían de borrachos y ladronzuelos, sabían de violadores, sabían de parturientas y drogadictos, pero iban a ciegas cuando se trataba de poetas. Entonces Humboldt me llamó desde una cabina telefónica del hospital. Y yo le había respondido desde ese camerino sofocante, mugriento y deteriorado del Belasco. Y Humboldt me gritó:

—¡Esto es la vida, Charlie, y no literatura!

Bueno, no creo que las potestades, los tronos y dominaciones, los arcángeles y los ángeles leyera poesía. ¿Por qué habrían de hacerlo? Ellos dan forma al universo. Están ocupados. Pero cuando Humboldt gritó «¡Vida!», no se refería a los tronos, *exousiai* y ángeles. Se refería, simplemente, a la vida realista, naturalista. Como si el arte ocultara la verdad y únicamente los sufrimientos de la demencia pudieran revelarla. ¿Era esto imaginación empobrecida?

Llegamos, y Cantabile y yo fuimos separados. A él lo retuvieron junto al escritorio, y yo pasé dentro.

Anticipando la tarea que me había fijado en el purgatorio, no creí necesario tomarme el asunto demasiado en serio. ¿Qué era esto, después de todo? Mucho alboroto y algunas personas especializadas en proporcionarnos malos ratos. Me tomaron fotografías, de frente y de perfil. Bien. Después de imprimir mi ficha, me tomaron las huellas dactilares. Muy bien. A continuación supuse que me encerrarían. Un policía gordo con aspecto casero estaba esperándome para llevarme a la celda. Los policías encargados del servicio interno se volvían obesos. Aquí estaba este, como un ama de casa, con su jersey cómodo y en zapatillas, con su barriga y su pistola, su grueso labio pronunciado y pliegues de grasa en la nuca. Me estaba guiando hasta mi encierro cuando alguien exclamó:

—¡Usted! Charles Citrine, ¡salga!

Volví al pasillo central, pensando cómo se las habría arreglado Szathmar para haber llegado tan aprisa. Pero no era Szathmar quien me aguardaba, sino la joven recepcionista de Stronson. Esta bella muchacha dijo que su jefe había decidido retirar la acusación contra mí. Iba a concentrarse en Cantabile.

—¿Y Stronson la envió aquí?

—Bueno, la verdad es que yo deseaba venir —dijo ella—. Ya lo conocía a usted. Tan pronto como me enteré de su nombre, supe quién era. Y se lo expliqué a mi jefe. Estos últimos días, el pobre ha estado como atontado. Tampoco puede culpárselo si se considera que ese hombre fue a decirle que lo iban a matar. Pero finalmente pude hacerle comprender que usted era una persona famosa, y no un matón.

—¡Ah!, ya comprendo. Eres una chica estupenda, además de ser tan bonita. No puedo expresarte lo agradecido que me siento. Hablar con él no debe de haber sido nada fácil.

—El señor Stronson estaba realmente asustado. Ahora se siente muy deprimido. ¿Cómo es que tiene las manos tan sucias? —me preguntó.

—Huellas digitales. De la tinta que utilizaron.

La muchacha se enfadó.

—¡Dios mío! ¡Cómo se les ocurre, tomarle las huellas digitales a un hombre como usted! —Abrió su bolso, humedeció unos pañuelos de papel, y se puso a frotar mis dedos manchados.

—No, gracias. No, no, no hagas eso —le dije.

Este tipo de atenciones siempre me conmueven, y me parecía que había transcurrido una eternidad desde que alguien se había mostrado tan íntimamente amable como aquella chica. Hay días en que uno quisiera ir al barbero, no para que le corten el pelo (no queda mucho pelo que cortar), sino por el placer de ser atendido.

—¿Por qué no? —replicó la muchacha—. Tengo la impresión de conocerlo de toda la vida.

—¿Por los libros?

—No por los libros. Temo que nunca he llegado a leer ninguno de sus libros. Tengo entendido que son libros de historia, y la historia nunca ha sido mi especialidad. No, señor Citrine, a través de mi madre.

—¿Conozco a tu madre?

—Desde que era niña, he estado oyendo que usted era su enamorado de los días escolares.

—¿Tu madre no será Naomi Lutz?

—Sí, la misma. No se imagina lo encantados que estaban ella y Doc cuando lo encontraron en ese bar del centro.

—Sí, Doc estaba con ella.

—Cuando Doc murió, mi madre iba a llamarlo. Dice que únicamente con usted puede hablar ahora de los viejos tiempos. Hay cosas que le gustaría recordar y no puede. Hace unos días no podía acordarse del nombre de la ciudad donde vivía su tío Asher.

—Su tío Asher vivía en Paducah, Kentucky. Naturalmente, ya la llamaré. Yo quería a tu madre, eh... ¿Cómo es tu nombre?

—Maggie —me respondió.

—Maggie, has heredado sus curvas de la cintura para abajo. Hasta este momento nunca encontré otras curvas posteriores tan adorables, y, entre todos los lugares, había de ser en la cárcel. También tienes sus dientes y encías. Un poco más cortos los dientes, pero la misma sonrisa. Tu madre era muy bella. Espero que me perdones por decir esto, pues es un momento emocionante, pero siempre he tenido la impresión de que si yo hubiera podido abrazar a tu madre cada noche, durante cuarenta años, como su esposo naturalmente, mi vida habría sido completa, un éxito... en lugar de lo que soy. ¿Cuántos años tienes, Maggie?

—Veinticinco.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé mientras ella me lavaba los dedos con agua fría. Mi mano es muy sensible al toque femenino. Un beso en la palma de la mano me saca de quicio.

Maggie me acompañó a casa en su Volkswagen, llorando un poco mientras conducía. Quizá estaba pensando en la felicidad que su madre y yo habíamos desperdiciado. ¿Y cuándo llegaría el momento —pensaba yo— de que al fin me elevara sobre toda esta materia accidental, meramente fenoménica, pródiga y azarosamente humana, y estuviera en condiciones de penetrar en los mundos superiores?



A causa de lo ocurrido, antes de salir de la ciudad visité a Naomi. Su nombre de casada era Wolper. No fui inmediatamente a verla. Tenía que hacer un centenar de cosas primero.

Los últimos días en Chicago fueron bastante ajetreados. Como si quisiera compensar las horas que me había costado la travesura de Cantabile, tracé un programa muy apretado. Mi contable Murra me concedió una hora completa de su tiempo. En su plácida oficina, decorada por el famoso Richard Himmel y con vistas a la zona más verde del río Chicago, me dijo que había fracasado en su intento de convencer a Hacienda de que no había nada de irregular en mi declaración de la renta. Su factura era muy elevada. Le debía mil quinientos dólares por no conseguir resultado alguno. Cuando salí de su oficina, me encontré en la penumbra de la avenida Michigan frente a la tienda de aparatos eléctricos, cerca de Wacker Drive. Esa tienda siempre me atrajo con sus nuevos ingenios, los tonos y formas de bombillas y tubos, y compré un reflector de trescientos vatios. No es que necesitara ese artículo, puesto que iba a marcharme. ¿Para qué lo utilizaría? La compra expresaba únicamente mi situación. Seguía dedicado a equipar mi refugio, mi fuerte Dearborn adentrado en el (materialista) territorio indio. También era presa de la ansiedad de la partida. El avión a reacción me arrancaría del suelo a tres mil kilómetros por hora, pero ¿adónde iba yo y para qué? No tenía claras las razones de esta velocidad terrorífica.

No, la compra de una bombilla no ayudaba mucho. Lo que realmente me producía un enorme consuelo era hablar con el doctor Scheldt. Le preguntaba sobre los espíritus de la forma, los *exousiai*, conocidos en la antigüedad judía con otros nombres. Largo tiempo atrás, estos forjadores del destino tuvieron que ceder sus funciones y poderes a los *archai*, los espíritus de la personalidad, que estaban un escalón más cerca del hombre en la jerarquía universal. Pero algunos *exousiai* disidentes que tenían un papel retrógrado en la historia mundial, habían estado rehusando durante muchos siglos que los *archai* se hicieran cargo. Obstruían el desarrollo de una especie de conciencia moderna. Los *exousiai* rebeldes, que pertenecían a una fase primitiva de la evolución humana, eran responsables del tribalismo y de la persistencia de la conciencia campesina, así como del odio a Occidente y a todo lo nuevo, y estimulaban una actitud atávica. Consideré si esto no explicaría la máscara revolucionaria que Rusia había utilizado en 1917 para disimular la reacción. Y si la lucha entre estas mismas fuerzas no sería también el motivo de la ascensión de Hitler. También los nazis adoptaron el moderno disfraz. Pero no se podía culpar enteramente a estos rusos, alemanes, españoles y asiáticos. El terror que producían la libertad y la modernidad era temible. Y esto es lo que hacía a Estados Unidos tan vertiginoso y monstruoso ante los ojos del mundo. También hacía que ciertos países parecieran, ante los ojos de Estados Unidos, terrible y mortalmente aburridos. En su esfuerzo por mantener la inacción, los rusos habían producido una sociedad incomparablemente aburrida y aterradora. Y Estados Unidos, bajo la

jurisdicción de los *archai*, los espíritus de la personalidad, produjo unos individuos autónomos modernos, con todo el aturdimiento y la desesperación de la libertad y aquejados por un centenar de enfermedades desconocidas durante las largas épocas campesinas.

Después de visitar al doctor Scheldt, llevé a mis hijas, Lish y Mary, a ver la función de Navidad, vencido por una maniobra de Denise que las hizo ponerse al teléfono llorando. Sin embargo, la función fue inesperadamente conmovedora. Me gustan estos espectáculos de aficionados, con sus voces entrecortadas, sus equivocaciones y sus trajes disparatados. Todos los trajes elegantes estaban en el público. Centenares de niños emocionados, llevados por sus madres, muchas de las cuales eran verdaderas leonas. ¡Había que verlas ataviadas, adornadas y perfumadas! Como entremés, representaron *Rin van Winkle*, a mi juicio, muy apropiado. Estaba muy bien culpar a los enanos de emborrachar a Rip, pero él tenía sus propias razones para desmayarse. La carga del mundo sensorial es demasiado pesada para algunas personas, y cada vez se acrecienta más. Sus veinte años de sueño, permitidme que lo diga, me llegaron a las telas del corazón. Mi corazón estaba muy sensible aquel día: las preocupaciones, los problemas previstos y el remordimiento lo habían vuelto tierno y vulnerable. Un viejo idiota libertino abandonaba a dos hijas para seguir a una notoria cazafortunas y corromper a Europa. En mi calidad de uno de los pocos padres presentes en aquel público, percibí el error de mi conducta. Estaba rodeado de juicios femeninos. Los puntos de vista de todas esas mujeres se expresaban muy claramente. Por ejemplo, me di cuenta de que a las madres les disgustaba la semblanza de la señora Van Winkle, una primitiva versión de la bruja norteamericana. Yo, francamente, rechazaba todas esas ideas sobre brujas americanas. Sin embargo, las madres estaban enfadadas; sonreían, pero a disgusto. Pero los niños, inocentes, aplaudieron y gritaron de alegría cuando anunciaron a Rip que su mujer había muerto de apoplejía durante un ataque de rabia.

Como era natural, yo meditaba en el significado más profundo de estas cosas. Para mí, la auténtica cuestión residía en cómo habría pasado Rip su tiempo si los enanos no lo hubieran sumido en el sueño. Por supuesto, como cualquier norteamericano, él tenía derecho a cazar y pescar y recorrer los bosques con su perro (como Huckleberry Finn en el Territorio del Más Allá). La pregunta siguiente era mucho más íntima y difícil: ¿qué hubiera hecho yo de no haber estado dormido en espíritu durante tanto tiempo? Entre el revoloteo, los chillidos, los aplausos y el bullicio de todos esos niños, tan puros de rostro, tan fragantes (hasta los pequeños gases liberados, inevitablemente, por una multitud de niños resultaban agradables si se respiraban con un espíritu paternal), tan rescatables, meforcé a detenerme y responder; estaba obligado a hacerlo. Si era cierto lo que decía uno de los folletos que el doctor Scheldt me había dado, este sueño no era una cuestión trivial. Nuestra aversión a salir del estado del sueño era el resultado del deseo de evitar una revelación inminente. Algunos seres espirituales deben completar su desarrollo a

través de los hombres, y nosotros los traicionamos y abandonamos por este absentismo, este deseo de modorra. Nuestro deber —decía uno de los fascinantes folletos— es colaborar con los ángeles. Aparecen en nuestro interior (como el espíritu llamado Maggid se manifestó al gran rabino Joseph Karo). Guiados por los espíritus de la forma, los ángeles siembran en nosotros semillas del futuro. Nos inculcan determinadas visiones de las que «normalmente» no somos conscientes. Entre otras cosas, desean que percibamos la divinidad oculta de los otros seres humanos. Muestran al hombre cómo puede cruzar el abismo que lo separa del espíritu por medio del pensamiento. Ofrecen libertad al alma y amor al cuerpo. Estos hechos hay que percibirlos con una conciencia despierta, ya que, durante el sueño, el soñador duerme. Los grandes acontecimientos mundiales pasan de largo. Nada es suficientemente trascendental para despertarlo. Décadas de calendarios dejan caer sobre él sus hojas como los árboles dejaban caer sus hojas y ramitas sobre Rip. Además, los propios ángeles son vulnerables. Sus objetivos han de ser realizados en la propia humanidad terrenal. El amor fraternal que pusieron en nosotros ya se ha corrompido y es monstruosidad sexual. ¿Qué hacemos uno con otro? El amor se está pervirtiendo ignominiosamente. Los ángeles también nos envían un radiante frescor y nosotros, en nuestro sueño, lo cubrimos de tristeza. En la esfera política, y pese a estar conscientes a medias, oímos el gruñido de los grandes imperios porcinos de la Tierra. El hedor de esos dominios porcinos se eleva hasta las capas superiores del aire y las oscurece. ¿Es raro, por tanto, que invitemos al sueño para que acuda rápidamente y selle nuestros espíritus? Y los ángeles —decía el folleto—, frustrados por nuestro sueño durante las horas de vela, hacen lo que pueden con nosotros durante la noche. Pero su acción no logra alcanzar nuestro sentimiento o pensamiento, pues ambos están ausentes durante el sueño. Únicamente el cuerpo inconsciente y el principio vital sustentador, el cuerpo etéreo, yacen en la cama. Los grandes pensamientos y sentimientos están ausentes. Y lo mismo sucede durante el día, en un estado de sonambulismo. Si no despertamos, si el alma espiritual no puede acudir para participar en el trabajo de los ángeles, nos hundiremos. Para mí, el argumento incuestionable era que los impulsos del amor más sublime se habían corrompido en una degeneración sexual. Aquello realmente me impresionaba. Quizá yo tenía razones más básicas y definitivas para irme con Renata, dejando dos niñas en el peligroso Chicago, de las que podía percibir en un corto plazo. Es probable que pudiera justificar lo que estaba haciendo. Después de todo, Christian, en *El progreso de los peregrinos*, se había marchado también, y había abandonado a su familia para perseguir la salvación. Para ser capaz de hacer un auténtico bien a las niñas debía despertar. Esta vaguedad, esta incapacidad de concentración, era muy penosa. Podía verme como había sido hacía treinta años. No era preciso que mirara en el álbum de fotografías. Aquella maldita fotografía era inolvidable. Allí estaba yo debajo de un árbol, un atractivo joven cogido de las manos de una linda muchacha. Pero podría haber llevado igualmente un pijama de franela en vez de aquel traje cruzado —regalo

de mi hermano Julius—, porque en la flor de mi juventud y en la cúspide de mis poderes estaba totalmente sin conocimiento.

Mientras me encontraba sentado en el teatro me permití imaginar que cerca de mí había espíritus, que deseaban llegar hasta nosotros, que su aliento daba viveza al color rojo de los vestiditos infantiles del mismo modo que el oxígeno avivaba el fuego.

En ese momento los niños prorrumpieron en gritos. Rip se incorporaba tambaleándose entre el montón de hojas que habían caído encima de él. Sabiendo lo que le esperaba, gruñí. La auténtica cuestión era si Rip podría permanecer despierto.

Durante el descanso me topé con el doctor Klosterman, del Club Downtown. Él era quien me había aconsejado en la sauna que acudiera a un especialista en cirugía plástica para que me quitara las bolsas debajo de los ojos, una simple operación que me rejuvenecería en muchos años. Cuando se acercó con sus hijos, me limité a hacerle una inclinación de cabeza.

—No lo hemos visto últimamente —me dijo.

Bueno, últimamente no había ido por allí. Pero la noche pasada, inconsciente en los brazos de Renata, había soñado de nuevo que estaba jugando a racquetball como un campeón. Mi sueño revés rozó la pared izquierda de la pista y cayó en el rincón con un efecto certero. Vencí a Scottie, el jugador del club, y también al imbatible griego quiropráctico, un atleta flaco y peludo con los pies torcidos hacia dentro, pero un ardiente competidor al que, en la vida real, jamás conseguí ganar ni un sencillo punto. Pero en la pista de mis sueños yo era una fiera. De modo que en los sueños de vigilia pura e intensidad progresiva yo superaba mi inercia, mi abatimiento y mi melancolía. Por lo menos en sueños, no tenía ninguna intención de abandonar.

Mientras reflexionaba sobre todo esto en el vestíbulo, Lish se acordó de que me había llevado una nota de su madre. Abrí el sobre y leí: «¡Charles, me han amenazado de muerte!».

Cantabile no tenía remedio. Antes de secuestrarnos a Thaxter y a mí en el bulevar Michigan, quizá en el mismo momento en que admirábamos la bella escena de invierno en Sandvika de Monet, Cantabile estaba hablando por teléfono con Denise, haciendo lo que más le gustaba hacer, es decir, profiriendo amenazas.

En cierta ocasión, George Swiebel, hablando de Denise, me había explicado (aunque, conociendo su sistema de la naturaleza, yo mismo hubiera podido explicármelo):

—La lucha de Denise contigo es toda su vida sexual. No le hables, no discutas con ella, a menos que quieras ceder y darle gusto.

Sin duda alguna, él hubiera interpretado las amenazas de Cantabile del mismo modo: «Así es como ese cabrón se satisface».

Era posible, no obstante, que la fantasía de Cantabile respecto a la muerte, su papel imaginario como el más alto servidor de la muerte, tuviera también la misión de despertarme: «*Brutus, thou sleep'st*», etcétera. Esto se me había ocurrido en el coche

patrulla.

Pero ahora Cantabile había entrado en acción.

—¿Sabes si tu madre espera una respuesta? —pregunté a la niña.

Lish me miró con esos ojos iguales a los de su madre, esos anchos círculos amatista.

—No me dijo nada, papá.

Denise habría informado con seguridad a Urbanovich que existía un plan para matarla. Esto decidiría el asunto con el juez. Ya no confiaba en mí, ni yo le hacía gracia, y podía bloquear mi dinero. Ya podía olvidarme de esos dólares, se habían esfumado. ¿Y qué haría ahora? Con el descuido y precipitación habituales, comencé nuevamente a calcular de cuánto disponía: mil doscientos aquí, mil ochocientos allá, la venta de mis bellas alfombras, la venta del Mercedes, muy desventajosa en vista de su condición actual. Según sabía, Cantabile estaba encerrado en la Veintiséis y California. Esperaba que le atizaran de verdad. En la cárcel mataban a mucha gente. A lo mejor alguien se lo cargaba. Pero no creía que Cantabile pasara mucho tiempo entre rejas. Ahora era muy fácil conseguir salir y probablemente saldría en libertad condicional. Los tribunales ahora solían concederla con la misma facilidad con que el Ejército de Salvación regalaba rosquillas. En fin, tampoco me importaba demasiado, pues iba a partir para Milán.

De modo que, según dije, hice una visita sentimental a Naomi Lutz, ahora señora de Wolper. Alquilé un automóvil de lujo para que me llevara a Marquette Park (¿por qué privarme de nada ahora?). El día era ventoso y húmedo, un día de aguanieve, estupendo para el escolar que lucha contra el tiempo con su cartapacio y se siente intrépido. Por supuesto, Naomi estaba dirigiendo el tráfico, mientras los chicos cruzaban correteando en desorden, arrastrando sus impermeables y chapoteando en los charcos. Debajo del uniforme de policía, Naomi vestía varios jerséis. Llevaba gorra y una bandolera que le cruzaba el pecho, más todo el equipo: botas de lana, manoplas y la nuca protegida por una cogotera color naranja, de modo que su figura quedaba totalmente anulada. Movía los brazos, cubiertos con el húmedo impermeable, para reunir a los chicos a su alrededor, detenía el tráfico, y entonces su pesada figura avanzaba lentamente hasta la acera caminando sobre las gruesas suelas. Y esta era la mujer por quien yo había sentido en otra época el amor perfecto. Era la persona con la cual debería haber dormido durante cuarenta años en mi posición favorita (la espalda de la mujer contra mí y sus pechos en mis manos). En una ciudad tan brutal como Chicago, ¿cómo podía un hombre confiar en sobrevivir sin este consuelo tan íntimo y particular? Cuando me acerqué a ella, vi a la mujer joven dentro de la mujer vieja. La vi con sus pulidos dientes cortos, las atractivas encías y el hoyuelo en su mejilla izquierda. Pensé que podía percibir todavía su olor de mujer joven, húmedo y rico, oí su voz suave y acariciadora, una afectación que ambos, ella y yo, creíamos entonces que resultaba encantadora. Y aun en ese momento pensé: ¿por qué no? La lluvia de los años setenta me parecía como la humedad de los treinta cuando nuestro acto de amor de adolescentes dejaba una delgada franja de minúsculas gotas, una máscara veneciana en mitad de su rostro. Pero más valía no intentar tocarla, no quitarle el abrigo de policía y los jerséis y el vestido y la ropa interior. Tampoco ella desearía que viese lo que había sucedido con sus muslos y sus senos. Todo estaba bien para su amigo Hank —Hank y Naomi habían envejecido juntos—, pero no para mí, que la había conocido en aquella otra época. Aquello no depararía nada bueno. No era adecuado ni posible. No era más que una de esas cosas que solo deben pensarse.

Bebimos café en su cocina. Me había invitado a almorzar y preparó huevos fritos, salmón ahumado, pan de nuez y miel. Me sentí muy a gusto con sus viejos cacharros de cocina y los agarradores tejidos a mano. Me contó que la casa era todo lo que Wolper le había dejado.

—Cuando me di cuenta del dinero que perdía en los caballos, insistí en que la pusiera a mi nombre.

—Eso fue pensar con sensatez.

—Poco después, un matón le rompió la nariz y un tobillo, a modo de aviso. Hasta ese momento no sabía que Wolper estaba pagando dinero a los gánsteres. Volvió a casa desde el hospital, con el rostro enrojecido alrededor de los vendajes. Me dijo que no debía vender la casita para salvarle la vida. Lloró y dijo que era un mal hombre, y

decidió desaparecer. Ya sé que te sorprende que viva en esta vecindad checa. Pero mi suegro, un viejo judío listo, invirtió en propiedades en este agradable y seguro distrito de Bohunk. Así que fue aquí adonde vinimos. Bueno, Wolper era un hombre jovial. No me causó preocupaciones como las que tú me hubieras dado. Como regalo de boda, me dio mi propio descapotable y una cuenta de crédito en Field's. Eso era lo que yo más deseaba en la vida.

—Siempre creí que estar casado contigo me habría dado mucha fortaleza, Naomi.

—No idealices tanto. Eras un chico violento. Casi me estrangulaste porque me fui a bailar con un jugador de béisbol. Y en otra ocasión, en el garaje, te pasaste una cuerda alrededor del cuello y me amenazaste con colgarte si no te salías con la tuya. ¿Te acuerdas?

—Me temo que sí, desde luego. Me asaltaban los anhelos más apremiantes.

—Wolper se ha casado otra vez y tiene una tienda de bicicletas en Nuevo México. Quizá se siente más seguro cerca de la frontera. Sí, tú eras fascinante, pero nunca supe dónde estabas con tu Swinburne y tu Baudelaire, y Oscar Wilde y Karl Marx. Chico, siempre estabas dale que dale.

—Esos libros eran embriagadores y yo estaba metido en la belleza y loco por la bondad y el pensamiento y la poesía y el amor. ¿No era eso simple adolescencia?

—No lo creo realmente —contestó ella con una sonrisa—. Doc le decía a mi madre que tu familia era un puñado de paletos y forasteros, demasiado emocionales, todos vosotros. Doc murió el año pasado.

—Tu hija me lo dijo.

—Sí, finalmente se desmoronó. Cuando los viejos se ponen dos calcetines en un mismo pie y orinan en la bañera, supongo que ya es el fin.

—Temo que sí. Por mi parte, creo que Doc exageraba su aspecto yanqui. Comportarse como Babitt lo inspiraba casi tanto como Swinburne me inspiraba a mí. Se moría de ganas de despedirse de la comunidad judía, o del feudalismo...

—Hazme un favor... Todavía se me hiela la sangre cuando usas una palabra como «feudalismo» conmigo. Ese era el problema entre nosotros. Tú viniste de Madison enloquecido con ese poeta llamado Humboldt Park o algo parecido, y me pediste prestados mis ahorros para ir a Nueva York en autobús. Te amaba sinceramente, de verdad, Charlie, pero cuando te fuiste lejos para ver a ese dios tuyo, volví a casa, me pinté las uñas y puse la radio. Tu padre se puso furioso cuando le conté que vendías cepillos Fuller Brush en Manhattan. Él te necesitaba en el negocio de maderas.

—Tonterías, tenía a Julius.

—¡Dios mío, tu padre era un hombre guapo! Parecía como... ¿qué era lo que las chicas solían decir? El «español que arruinó mi vida». ¿Y Julius?

—Julius está desfigurando el sur de Texas con centros de comercio y edificios de apartamentos.

—En vuestra familia os queráis mucho unos a otros. En este aspecto erais

auténticamente primitivos. Quizá por eso mi padre os llamaba paletos.

—Bueno, Naomi, mi padre se hizo también ciudadano norteamericano y también Julius. Pusieron freno a todo ese amor inmigrante. Únicamente yo persistí, a mi modo infantil. Mi cuenta emocional siempre estaba sobrecargada. No he podido olvidar cuánto lloró mi madre cuando me caí por la escalera y cómo apretó con la hoja de un cuchillo el chichón que me salió en la cabeza. ¡Y qué cuchillo...! Era de plata rusa con un mango como una porra. Así era. Ya fuese un chichón en mi cabeza, o la geometría de Julius, o de qué modo papá podría elevar el alquiler, o los penosos dolores de muelas de mamá, ese era siempre el momento más importante del mundo para nosotros. Nunca he perdido esa capacidad de preocuparme intensamente... No, creo que no es así. Temo que la verdad es que la perdí. Sí, seguro que la perdí. Pero la necesitaba. Este ha sido siempre el problema. La necesitaba y también la prometía. A las mujeres, quiero decir. Para las mujeres poseía ese halo de amor utópico y emocional, y hacía que se sintieran amorosamente protegidas por mí. En fin, yo las amaba del modo que ellas soñaban ser amadas.

—Pero era falso —dijo Naomi—. Perdiste la facultad. Tú no amabas.

—La perdí. Aunque probablemente algo tan apasionado debe de seguir vigente en alguna parte.

—Charlie, has engañado a montones de chicas. Debes de haberlas hecho sumamente infelices.

—No sé si el mío es un caso excepcional de anhelo amoroso. Naturalmente, es irreal, malsano. Pero también es americano, ¿no es verdad? Al decir «norteamericano» quiero decir que permanece inalterado por la historia del sufrimiento humano.

Naomi suspiró mientras me escuchaba y luego dijo:

—Oh, Charlie. Nunca comprenderé cómo o por qué llegas a esas conclusiones. Cuando solías darme conferencias, no conseguía entenderte. Cuando tu comedia se estrenó en Broadway, estabas enamorado de una chica, según me dijeron. ¿Qué ocurrió con ella?

—Demmie Vonghel, sí. Ella también era auténtica. Se mató en América del Sur, con su padre. Él era un millonario de Delaware. Salieron de Caracas en un DC-3 y se estrellaron en la selva.

—¡Oh, qué triste y terrible!

—Yo fui a Venezuela para buscarla.

—Me alegro de que lo hicieras. Iba a preguntártelo.

—Tomé el mismo vuelo desde Caracas. Eran aviones viejos reparados. Los indios deambulaban por todas partes con sus gallinas y sus cabras. El piloto me invitó a sentarme junto a él, en la cabina. El parabrisas estaba agrietado y el viento entraba violentamente por las rendijas. Volando por encima de las montañas, sentí el temor de que tampoco nosotros consiguiéramos llegar, y pensé «¡Oh, Dios mío!, deja que me suceda lo mismo que le ocurrió a Demmie». Contemplando aquellas montañas,



francamente, Naomi, no me importó mucho cómo estaba hecho el mundo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Oh, no lo sé muy bien, pero uno se siente descontento con la naturaleza y todos sus milagros y logros extraordinarios, desde los subatómicos hasta los galácticos. Las cosas son demasiado duras para los seres humanos. Nos escuecen demasiado. Se clavan en las venas. Al sobrepasar las montañas y ver el Pacífico lanzado en un ataque de epilepsia contra la costa, pensé: «Al demonio contigo. No siempre ha de complacerte el modo en que fue creado el mundo». A veces pienso: ¿quién desea ser un espíritu eterno y vivir diversas existencias? ¡Que reviente todo! Pero te estaba contando sobre el vuelo. Subimos y bajamos unas diez veces. Aterrizamos sobre la tierra desnuda. Franjas de suciedad roja en plantaciones de café. Debajo de los árboles, los chiquillos desnudos, enseñando sus barriguitas tostadas y sus miembrecillos torcidos colgando, nos saludaban con las manos.

—¿No encontrasteis nada? ¿Buscasteis en la selva?

—Ya lo creo que lo hicimos. Incluso encontramos un avión, pero no el DC-3 desaparecido. Este era un Cessna que cayó con algunos ingenieros de minas japoneses. Las plantas trepadoras y las flores crecían alrededor de sus huesos, y Dios sabe qué arañas y otros animales se albergaban en sus cráneos. No quise descubrir a Demmie en semejante condición.

—La selva no te gustó demasiado.

—No, bebía mucha ginebra. Me aficioné a la ginebra pura, como mi amigo Von Humboldt Fleisher.

—¡El poeta! ¿Qué le sucedió a él?

—Ha muerto también, Naomi.

—¡Vaya! ¿Qué significa tanta muerte, Charlie?

—Todo se desintegra y reintegra continuamente, y uno debe adivinar si es siempre el mismo reparto de personajes o bien una multitud de personajes diferentes.

—Supongo que finalmente llegarías a la misión —dijo Naomi.

—Sí, y allí había montones de Demmies, cerca de veinte Vonghel. Todos primos suyos. Todos con la misma cabeza alargada, cabellos dorados, rodillas torcidas y nariz respingona, y el mismo estilo de hablar mascullando. Cuando les dije que yo era el prometido de Demmie, de Nueva York, pensaron que era alguna especie de chiflado. Tuve que asistir a servicios religiosos y cantar himnos, pues los indios no hubieran comprendido a un visitante blanco que no fuese cristiano.

—De modo que cantabas himnos mientras tu corazón estaba sangrando.

—Me gustaba cantar himnos. Y el doctor Tim Vonghel me dio un cubo de violeta de genciana para que me sentara en él. Me dijo que sufría de *tinia crura*. De modo que me quedé entre aquellos caníbales, esperando que Demmie apareciera.

—¿Eran caníbales?

—Se habían comido al primer grupo de misioneros que llegó allí. Mientras uno cantaba en la capilla y veía los dientes afilados de alguien que se había comido

probablemente a tu hermano (el hermano del doctor Tim había sido comido y él conocía a los que lo habían hecho), bueno, Naomi, la gente posee unos méritos especiales. No me sorprendería si mis experiencias en la selva condicionaron mi mente para el perdón.

—¿Y a quién tenías que perdonar? —preguntó Naomi.

—A ese amigo mío, Von Humboldt Fleisher. Cobró un cheque de mi cuenta corriente, mientras yo estaba desesperado buscando a Demmie en la selva.

—¿Falsificó tu firma?

—Yo le había entregado un cheque en blanco y él lo hizo efectivo por más de seis mil dólares.

—¡No! Pero tú, naturalmente, no esperabas que un poeta actuara de ese modo respecto al dinero, ¿verdad? Perdona que me ría. Pero siempre tuviste la habilidad de provocar a la gente para que se portaran cochinemente contigo, con tu insistencia en que fueran virtuosos. Siento muchísimo que perdieras a esa chica en la selva. Me parece que era adecuada para ti. Era como tú, ¿no es verdad? Juntos podríais haber salido adelante y ser perfectamente felices.

—Sé lo que quieres decir, Naomi. Nunca conseguí comprender el aspecto más profundo de la naturaleza humana. Hasta hace poco tiempo no podía ni soportar el pensar en ello.

—Únicamente tú podías mezclarte con un tipo tan necio como ese que amenazó a Stronson. Ese italiano que Maggie me describió.

—Puede que tengas razón —le contesté—. Y debo intentar analizar mis motivos para andar con gente de esa ralea. Pero imagina cómo me sentí cuando una hija tuya, esa bella muchacha, vino y me sacó de la cárcel: la hija de la mujer que amé.

—No te pongas sentimental, Charlie, ¡por favor! —dijo Naomi.

—Tengo que decírtelo, Naomi. Te amé hasta la más diminuta célula tuya. Para mí no eras en absoluto una persona ajena. Tus moléculas eran mis moléculas. Tu olor era mi olor. Y tu hija me recordó a ti: la misma dentadura, la misma sonrisa, todo igual hasta donde puedo inferir.

—No te dejes llevar. Te casarías con ella, ¿no es así?, tú, viejo libertino. ¿Estás probándome a ver si digo que estoy de acuerdo? Es un auténtico cumplido que estés dispuesto a casarte con ella porque te recuerda a mí. Bueno, ella es una chiquilla maravillosa, pero lo que tú necesitas es una mujer con un corazón tan grande como una lavadora, y mi hija no es eso. De todos modos, todavía sigues con esa mujer que vi en el bar, una especie de belleza oriental con la figura de una danzarina del vientre y unos grandes ojos negros, ¿no es verdad?

—Sí, ella es fascinante, y aún soy su novio.

—¡Novio! Me pregunto qué pasa contigo... Un hombre famoso importante e inteligente que revolotea ansioso de una mujer a otra. ¿No tienes nada más importante que hacer? Muchacho, ¡la de promesas que te habrán hecho las mujeres! ¿Crees que ellas van a darte realmente la clase de ayuda y consuelo que buscas? ¿Tal

como aseguran?

—Bueno, lo aseguran, ¿no?

—Con las mujeres es como un instinto —repuso Naomi—. Tú les explicas lo que deseas e inmediatamente ellas te dicen que tienen exactamente lo que necesitas, aunque a lo mejor no han oído hablar de ello hasta este momento. No hace falta que digan mentiras. Tienen un instinto que les permite proporcionar a un hombre todo aquello que él pueda desear y están dispuestas a adaptarse a cualquier medida, forma o tipo de hombre. Así es como son. Y tú andas por ahí buscando una mujer semejante a ti. No existe tal ser. Ni siquiera Demmie podía serlo. Pero las chicas te dicen: «Ha terminado tu búsqueda. Párate aquí. Yo soy lo que buscas». Y tú firmas el contrato. Naturalmente, nadie cumple con el compromiso y todas acaban furiosas. Bueno, Maggie no es tu tipo. ¿Por qué no me cuentas sobre tu esposa?

—No me tientes. Sírvenme simplemente otra taza.

—¿En qué consiste la tentación?

—¡Oh! ¿La tentación? La tentación consiste en quejarse. Podría contarte lo mal que se porta Denise con las niñas, cómo se libera de ellas siempre que puede, cómo consigue que el tribunal me llene de confusión y los abogados me destrocen, y así sucesivamente. He ahí un buen pleito, Naomi. Un pleito puede ser una pieza de arte, la versión bella de la triste vida de una persona. Humboldt, el poeta, solía representar su pleito por todo Nueva York. Pero estos pleitos, normalmente, son un arte malo. ¿Qué parecerá todo este lamento cuando el alma se aleje para sumirse en el universo y vuelva la vista atrás para contemplar el teatro completo de los sufrimientos terrenales?

—Únicamente has cambiado en tu aspecto físico —dijo Naomi—. Así solías hablar antiguamente. ¿Qué es lo que quieres decir con que «el alma se aleje para sumirse en el universo»...? Cuando era una muchacha ignorante y te amaba, tú ponías a prueba tus ideas conmigo.

—Cuando me ganaba la vida escribiendo las memorias personales de la gente, descubrí que ningún norteamericano triunfador había cometido un auténtico error, nadie había pecado ni tenía nada que ocultar, no había mentirosos. El método utilizado era el encubrimiento por medio de la franqueza para garantizar la duplicidad con honor. El hombre que había contratado al escritor lo instruía hasta que lo dejaba convencido. Lee las autobiografías de cualquier norteamericano famoso, Lyndon Johnson, por ejemplo, y comprobarás con cuánta fidelidad sus escritores reproducen su caso después de haber pasado por el lavado de cerebro. Muchos norteamericanos...

—Deja tranquilos ya a muchos norteamericanos... —me respondió Naomi.

¿Qué aspecto tan confortable tenía ella con sus zapatillas, sonriendo en la cocina, con sus gruesos brazos cruzados! Yo seguía repitiéndome que hubiera sido una bendición poder dormir con ella durante cuarenta años, que habría vencido a la muerte, etcétera. Pero ¿habría podido resistirlo?

El hecho es que me volvía cada vez más maniático a medida que envejecía. Y ahora era ya cuestión de honor encararme con la delicada pregunta: ¿habría podido realmente abrazar a esta marchita Naomi y amarla hasta el fin? Ella no tenía buen aspecto, había sufrido tormentas biológicas (el cuerpo mineral se desgasta con el espíritu en desarrollo). Pero era un desafío que yo podría haber superado. Sí, lo habría hecho. Sí, habría resultado bien. Molécula a molécula, ella era todavía Naomi. Cada célula de esos fuertes brazos era todavía una célula de Naomi. El encanto de aquellos dientes cortos conmovía aún mi corazón. Su manera de hablar era tan efectiva como siempre. Los espíritus de la personalidad habían realizado una auténtica labor con ella. Para mí, el *Ánima*, como la llamaba C. G. Jung, seguía estando allí. El alma de contrapartida, la mitad faltante descrita por Aristófanes en el *Symposium*.

—¿De modo que te vas a Europa con esa jovencita? —preguntó Naomi. Me quedé sorprendido.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Me encontré con George Swiebel.

—Me gustaría que George no fuese contando mis planes a todo el mundo.

—Vaya, hombre, nos conocemos de toda la vida.

—Estas cosas llegan hasta Denise.

—¿Es que crees que tienes secretos para esa mujer? Ella sería capaz de ver a través de una pared de acero, y tú no lo eres. Además, no tiene por qué imaginar lo que tú harías, sino lo que la jovencita quiere que hagas. ¿Por qué vas dos veces al año a Europa con esa chica?

—Ella tiene que encontrar a su padre. Su madre no está muy segura de cuál de dos hombres... La primavera pasada tuve que ir a Londres por negocios, así que nos detuvimos también en París.

—Debes de sentirte como en casa allí. Los franceses te nombraron caballero. Guardo el recorte.

—Estoy en el último escalón del tipo más inferior de *chevalier*.

—¿Y no te halagaba la vanidad viajar con una muñeca preciosa? ¿Cómo se comportaba ella con tus amigos europeos de la alta sociedad?

—¿Sabes que Woodrow Wilson cantó *Oh tú, mi bella muñeca* en el tren, cuando estaba de luna de miel con Edith Bolling? El vigilante del coche cama lo vio bailando y cantando por la mañana cuando salió.

—Este es justamente el tipo de cosas que tú conoces.

—Y Wilson fue casi nuestro presidente más digno —añadí—. No, Renata no tuvo mucho éxito con las mujeres del extranjero. La llevé a una cena elegante en Londres y la anfitriona la encontró terriblemente vulgar. No era por el vestido beige de puntilla transparente, ni por su maravillosa tez, sus medidas o sus emanaciones vitales. Ella parecía como un campeón de boxeo entre parapléjicos. Estuvo hablando con el ministro de Hacienda, y él la comparó con una pintura del Prado, obra de uno de los grandes maestros. Pero las damas se mostraron desatentas con ella, y Renata

lloró más tarde y dijo que había sido porque no estábamos casados.

—Así que, para consolarla de ello, apuesto a que al día siguiente le compraste suntuosos vestidos por valor de algunos miles de dólares. La verdad es que, de cualquier forma, me ha dado una gran alegría el verte. Eres un hombre encantador. Esta visita es una delicia para una pobre vieja fea como yo. Pero ¿me complacerías en una cosa?

—Seguro, Naomi, si puedo.

—Yo estaba enamorada de ti, pero me casé con un tipo normal de Chicago porque nunca entendía de qué me estabas hablando. Pero solo tenía dieciocho años. A menudo me he preguntado si, ahora que tengo cincuenta y tres, te entendería mejor. ¿Querías hablarme del mismo modo que hablarías con uno de tus inteligentes amigos, o, mejor aún, del modo que hablas contigo mismo? Por ejemplo, ¿tuviste ayer algún pensamiento importante?

—Estuve pensando en la indolencia y en lo perezoso que yo había sido.

—Ridículo. Has trabajado duro. Sé que has trabajado duro, Charlie.

—No hay contradicción en ello. La gente indolente trabaja más que nadie.

—Háblame de ello. Y recuerda, Charlie, no simplifiques. Explícamelo como si hablaras contigo.

—Algunos creen que la pereza, uno de los pecados capitales, significa simple indolencia —comencé—. Haber nacido cansado. Mancarse en la caballeriza. Pero la pereza tiene que hacer frente a una buena cuota de desesperación. En realidad, la pereza es una condición diligente, hiperactiva. Esta actividad impide el maravilloso descanso o equilibrio sin el cual no puede existir la poesía, el arte o el pensamiento, ninguna de las funciones humanas más sublimes. Estos pecadores perezosos no son capaces de someterse a su propio ser, según dicen algunos filósofos. Trabajan porque el descanso los aterroriza. La antigua filosofía distinguía entre el conocimiento adquirido por el esfuerzo (*ratio*) y el conocimiento recibido (*intellectus*) por la mente atenta que puede percibir la esencia de las cosas y llega a comprender lo maravilloso. Pero esto requiere una fortaleza de alma fuera de lo común. Y más aún desde que la sociedad reclama cada vez más del ser interior y nos infecta con su inquietud. Nos educa en la distracción, subyuga la conciencia tan rápidamente como esta avanza. La postura auténtica, la contemplativa o imaginativa, se asienta justamente en la frontera del dormir y el sueño. Pues bien, Naomi, mientras yo yacía en Estados Unidos, decidido a resistir sus intereses materiales y esperando la redención por el arte, caí en un letargo profundo que duró años y décadas. Evidentemente, no poseía lo que se necesitaba. Habría necesitado más fuerza, más coraje, más talla. Estados Unidos es un fenómeno sobrecogedor, naturalmente. Pero esto no sirve de excusa. Por suerte, estoy vivo todavía y quizá dispongo de algún tiempo.

—¿Es esto realmente una muestra de tus procesos mentales? —preguntó Naomi.

—Sí —le respondí. No me atreví a mencionarle los *exousiai*, los *archai* y los ángeles.

—¡Oh, Dios, Charlie! —dijo Naomi, sintiendo pena por mí. Sentía auténtica lástima por mí, y se inclinó respirando suavemente en mi rostro mientras me daba golpecitos en la mano—. Naturalmente, con el tiempo te habrás vuelto todavía más peculiar. Veo lo afortunados que hemos sido ambos de no estar juntos. No hubiéramos tenido nada, sino desajustes y conflictos. Tú tendrías que haber hablado contigo sobre todo este repertorio de altos vuelos, y haber compartido conmigo las cosas vulgares de cada día. Además, tal vez hay algo en mí que hace que te muestres incomprensible. De todos modos, ya fuiste una vez a Europa con tu dama y no encontraste a su papá. Pero cuando te vayas, otra vez quedarán dos niñas echando de menos a su padre.

—Ya he estado pensando en eso.

—George dice que la menor es tu favorita.

—Sí, Lish es el retrato de Denise. Quiero más a Mary. Sin embargo, trato de vencer mis prejuicios.

—Me sorprendería que no amaras a esas niñas muchísimo a tu insensato modo. Yo, como todo el mundo, tengo mis propios problemas con los hijos.

—No con Maggie.

—No. No me gustaba el trabajo que tenía con Stronson; pero ahora que lo han encerrado, conseguiré otro trabajo fácilmente. Es mi hijo el que me preocupa. ¿Has leído, por casualidad, sus artículos en el periódico de la vecindad sobre vencer el hábito de la droga? Te los mandé para que me dieras tu opinión.

—No los he leído.

—Te daré otra copia. Quiero que me digas si tiene talento. ¿Querrás hacerlo?

—De ningún modo rehusaría.

—Pues algunas veces deberías hacerlo. La gente espera demasiado de ti. Ya sé que no debería pedírtelo ahora. Estás a punto de salir de la ciudad y tienes mucho que hacer. Pero necesito saberlo.

—¿Se parece el jovencito a su hermana?

—No, no se parece. Se parece más a su padre. Podrías hacer algo por él. Como un hombre bueno que ha llevado una vida estrafalaria, podrías acercarte a él. Él ha empezado ya una carrera estrafalaria.

—¿Qué es lo que falta en la bondad que se supone yo tengo?

—Bueno, tú eres un excéntrico, pero tienes un alma auténtica. El chico creció sin padre —dijo Naomi, y las lágrimas acudieron a sus ojos—. No es mucho lo que has de hacer. Deja simplemente que te conozca. Llévatelo a África contigo.

—¡Ah! ¿George también estuvo charlando de la mina de berilio?

Eso era lo que me faltaba añadir a mis otras empresas y compromisos, a Denise y Urbanovich, a las investigaciones sobre el padre de Renata y al estudio de la antroposofía, y a Thaxter y *The Ark*: salir a la búsqueda de minerales valiosos en Kenia o Etiopía. Justamente lo que necesitaba.

—No hay nada en ese asunto del berilio, Naomi —le aseguré.

—Nunca pensé que lo hubiera. Pero habría sido maravilloso para Louie hacer un safari contigo. No es que crea en *Las minas del rey Salomón* o algo parecido. Y, antes de que te vayas, deja que te sugiera algo, Charlie. No te agotes intentando probar algo con esas mujeres gigantes. Acuérdate: tu gran amor fue para mí, que solo mido un metro cincuenta y dos.

La melancólica Señora nos acompañó a O'Hare. En el taxi dio instrucciones a Renata en voz baja y permaneció con nosotros mientras facturamos el equipaje y pasamos la inspección para el vuelo. Al fin conseguimos salir de allí. Ya en el avión, Renata me dijo que no me preocupara por abandonar Chicago.

—Por fin estás haciendo algo para ti mismo —dijo—. Sucede algo curioso contigo. Estás absorto en ti mismo, pero no conoces el ABC del egoísmo. Piénsalo de este modo: sin un yo, nunca existe un tú o un nosotros.

Renata era una artista con los dichos en rima. Su pareado dedicado a Chicago era: «Sin aeropuerto estaría muerto».

Y cuando en cierta ocasión le pregunté lo que opinaba de otra mujer fascinante, me respondió: «¿Pagaría Paganini por oír tocar a Paganini?». Con frecuencia deseaba que la anfitriona de Londres que la creyó tan vulgar, tan palurda, pudiera oírla cuando Renata estaba inspirada. Cuando nos aprestamos para el despegue y el avión cobró velocidad hasta arrancarnos de la pista con un sonido de esparadrapo adhesivo, ella dijo:

—Hasta la vista, Chicago. Charlie, tú querías hacer algún bien a esta ciudad. Pero ese puñado de mal nacidos no se merecen un hombre como tú. No saben una mierda de la calidad. En los periódicos no hay más que un hato de sinvergüenzas ignorantes. A los individuos valiosos no les hacen ningún caso. Espero únicamente que cuando escribas tu ensayo sobre el aburrimiento pongas a esta ciudad en el lugar que le corresponde.

Nos inclinamos hacia atrás cuando el 727 subió, y oímos el chirrido al ocultarse el tren de aterrizaje. La lana oscura de las nubes y la niebla se interpuso entre nosotros y las casitas, las fábricas, el tráfico y los parques. El lago Michigan destelló y se hizo invisible.

—Renata, eres muy amable en ponerte de mi parte —le dije—. La verdad es que mi actitud hacia Estados Unidos... y Chicago forma parte de él también... tampoco ha sido positiva. He andado siempre a la caza de algún tipo de protección cultural. Cuando me casé con Denise, creí que tenía un aliado.

—A causa de sus estudios universitarios, supongo.

—Resultó ser el cabecilla de la quinta columna. Ahora puedo comprender por qué sucedió así. Ahí estaba esa bonita chica delgada.

—¿Bonita? —me interrumpió Renata—. Tiene aspecto de bruja.

—Esa joven bonita, delgada, ambiciosa, beligerante e instruida, me contó que su madre la vio un día en el baño y exclamó: «Eres una chica de oro», y luego rompió a llorar.

—Comprendo la desilusión de esas mujeres —replicó Renata—. Es típico de la clase media superior de Chicago, con esas madres dominantes. ¿Para qué se supone que están preparadas esas hijas? Todas no pueden casarse con Jack Kennedy o Napoleón o Kissinger o escribir piezas maestras o tocar el arpa en el Carnegie Hall, vestidas en lamé de oro con una capa púrpura.



—De modo que Denise se despertaba a media noche sollozando y diciendo que ella no era nada.

—¿Se suponía que tú debías convertirla en algo?

—Bueno, había algo que faltaba.

—Y tú nunca lo encontraste —dijo Renata.

—No, y ella retornó a la fe de su familia.

—¿Quién era su familia?

—Un puñado de politicastos y tipos duros. Pero tengo que decir que yo tampoco tenía por qué mostrarme tan sensible. Después de todo, Chicago es mi propio terreno. Tendría que haber sido capaz de adaptarme.

—Ella lloraba por la noche por su vida desperdiciada, y eso fue la causa de todo. Necesitas dormir por la noche. Nunca podrías perdonar a una mujer que te mantuviera en vela con sus conflictos.

—Si pienso ahora en ser sensible en los Estados Unidos de los negocios es porque vamos camino de Nueva York para conocer el testamento de Humboldt.

—Una pérdida de tiempo total.

—Y me pregunto: ¿debe herir tanto el materialismo filisteo?

—Yo te hablo, y tú me das conferencias. Hubo que cambiar todos nuestros planes para Milán. ¿Y para qué? Humboldt no tenía nada que darte. Murió en una pensión barata, con la mente turbada.

—Tuvo momentos de lucidez antes de morir. Lo sé por Kathleen. ¡Sé más comprensiva!

—Soy la persona más comprensiva que has conocido. Me has confundido con esa zorra altanera que te arrastra ante el tribunal.

—Volviendo a nuestro tema, los norteamericanos tienen un continente vacío para dominar. No se puede esperar que se concentren también en arte y filosofía. El viejo Doc Lutz me llamaba maldito extranjero porque yo leía poesías a su hija. Raspar callosidades en una sala del Loop era una misión norteamericana.

—Por favor, ¿quieres doblar mi abrigo y dejarlo en el portaequipajes? Me gustaría que las azafatas cesaran de murmurar y anotaran nuestros encargos de bebidas.

—Naturalmente, amor mío. Pero déjame terminar lo que estaba diciendo sobre Humboldt. Ya sé que piensas que hablo demasiado, pero estoy excitado y, además, siento un poco de remordimiento a causa de las niñas.

—Justamente lo que Denise quiere que sientas —dijo Renata—. Cuando te vas y no dejas una dirección, ella te dice: «Muy bien, si las niñas se matan, ya lo leerás en los periódicos». Pero no hagas una tragedia de esto, Charlie. Las niñas disfrutarán de su diversión de Navidad, y estoy segura de que Roger lo pasará en grande con sus abuelos en Milwaukee. ¡Cómo les gusta a los niños toda esa pamplina familiar!

—Espero que lo pase bien —dije—. Siento mucho afecto por Roger. Es un chico muy simpático.

—Él también te quiere, Charlie.

—Volviendo a Humboldt entonces...

El rostro de Renata adquirió esa expresión de «ahora vas a saber lo que es bueno», y dijo:

—Charlie, ese testamento es una broma desde la tumba. Tú mismo dijiste en una ocasión que podría ser una travesura póstuma. El tío murió chiflado.

—Renata, he leído lo que los psicólogos clínicos dicen acerca de los maniaco-depresivos. Pero ellos no conocieron a Humboldt. Después de todo, Humboldt era un poeta. Humboldt era noble. ¿Qué sabe la psicología clínica sobre arte y verdad?

Por alguna razón, mis palabras irritaron a Renata. Se puso furiosa.

—Si estuviera vivo, no pensarías que era tan maravilloso. Lo dices únicamente porque está muerto. Koffritz vendía mausoleos, de modo que tenía sus razones para estas apologías mortuorias. ¿Cuáles son las tuyas?

Estuve a punto de responder: «¿Y qué me dices de ti? Los hombres de tu vida han sido o son Koffritz el de los mausoleos, Flonzaley el enterrador y el melancólico Citrine». Pero me mordí la lengua.

—Lo que haces —siguió Renata— es inventar unas relaciones con los difuntos que jamás tuviste mientras estaban vivos. Creas una intimidad que ellos no hubieran permitido, o de la que tú no eras capaz. Una vez te oí decir que la muerte era buena para ciertas personas. Probablemente querías decir que tú sacabas algún provecho de ella.

Esto me hizo reflexionar y respondí:

—También he pensado en ello. Pero los muertos viven en nosotros cuando elegimos conservarlos vivos. Y digas lo que digas, amé a Humboldt Fleisher. Aquellas baladas me conmovieron profundamente.

—No eras más que un muchacho —dijo ella—. Sucedió en esa época gloriosa de la vida. Humboldt escribió únicamente diez o quince poemas.

—Es verdad que no escribió demasiados. Pero eran muy hermosos. Uno solo vale por muchos en ciertos aspectos. Tú ya deberías saberlo. Su fracaso es algo en lo que debemos meditar. Algunos dicen que el fracaso es el auténtico y único éxito en Estados Unidos, y que ninguna de las personas que alcanzan el éxito es apreciada realmente por sus compatriotas. Esto pone el énfasis en los compatriotas. Quizá fue aquí donde Humboldt cometió su gran error.

—¿Al pensar en sus conciudadanos? —preguntó Renata—. ¿Cuándo van a traer nuestras bebidas?

—Ten paciencia; te entretendré mientras llegan. Hay algunas cosas de las que quisiera hablar sobre Humboldt. ¿Por qué Humboldt tenía que causarse tantas molestias? Un poeta es lo que es en sí mismo. Gertrude Stein solía distinguir entre una persona que es una «entidad» y otra que posee una «identidad». Un hombre significativo es una entidad. La identidad es lo que nos conceden socialmente. Tu perrito te reconoce y, por lo tanto, tú tienes una identidad. Una entidad, por contraste,

un poder impersonal puede ser algo escalofriante. Es como T. S. Eliot dijo acerca de William Blake. Un hombre como Tennyson se confundió con su ambiente, se acorazó con opiniones parasitarias, pero Blake estaba desnudo y veía al hombre desnudo y desde el centro de su propio cristal. Nada había de «la persona superior» en él, y esto lo convertía en aterrador. Esto es una entidad. Una identidad es más fácil. Una identidad se sirve una copa, enciende un cigarrillo, persigue sus humanos placeres y rehuye las condiciones rigurosas. La tentación de echarse es muy grande. Humboldt era una entidad en decadencia. Los poetas han de soñar, y soñar con Estados Unidos no es una ganga. «Dios, mi Hacedor, que da canciones en la noche», dice el libro de Job. He dedicado muchas horas de meditación a estas cuestiones. Me he concentrado profundamente en el famoso insomnio de Humboldt. Pero creo que el insomnio de Humboldt testimoniaba principalmente la fortaleza del mundo, el mundo humano y todos sus maravillosos trabajos. El mundo era interesante, realmente interesante. El mundo tenía dinero, ciencia, guerra, política, ansiedad, enfermedad, perplejidad. Rebosaba de voltaje. Cuando uno había elegido el cable de alto voltaje y era alguien, un nombre conocido, no podía desconectarse de la corriente eléctrica. Estaba paralizado. De acuerdo, Renata, voy a resumir. El mundo tiene poder, y el interés sigue al poder. ¿Dónde está el interés y el poder de los poetas? Tienen su origen en estados oníricos, estados que se producen porque el poeta es lo que es, porque en su alma suena una voz que tiene un poder igual al poder de las sociedades, los estados y los regímenes. Uno no despierta interés por medio de la locura y la excentricidad o algo parecido, sino porque uno tiene el poder de eliminar la distracción del mundo, la actividad, el ruido, y prepararse para percibir la esencia de las cosas. No podría explicarte el horrible aspecto que tenía la última vez que lo vi.

—Ya me lo contaste.

—Nunca podré olvidarlo. ¿Conoces el color de los ríos que cruzan las ciudades..., el Hudson, el Támesis, el Sena? Él tenía en el rostro ese tono de gris.

Renata no tenía nada que comentar a todo esto. Como norma, sus propias reflexiones la satisfacían perfectamente y utilizaba mi conversación como fondo para proseguir con sus propios pensamientos. Estos pensamientos, hasta donde me era dado conocer, tenían que ver con su deseo de convertirse en la señora de Charles Citrine, la esposa de un *chevalier* Pulitzer. Por tanto, yo le devolvía el juego y utilizaba sus pensamientos como fondo de los míos. El Boeing se elevó por entre mantos de nubes, el momento de peligro de muerte terminó con un ¡bing! musical, y penetramos en la paz y la luz de las alturas. Mi cabeza descansaba sobre el respaldo del asiento y cuando llegó el Jack Daniel's lo sorbí por entre mis dientes irregulares y multicolores, doblando el dedo índice por encima del borde del vaso para que los gruesos cubitos de hielo no cayeran (siempre ponen demasiados). El paso del whisky me quemó agradablemente la garganta y el estómago después, mientras el sol comenzaba a brillar en el exterior, y comenzaba también a experimentar el creciente deleite de la libertad. Renata tenía razón: ¡me iba! De vez en cuando vuelvo

súbitamente a la vigilancia, doy la vuelta a una esquina, contemplo el océano y mi corazón salta de felicidad. ¡Experimento tanta libertad! Pienso entonces que, al mismo tiempo que contemplo, puedo también ser contemplado desde allá abajo, y no soy un objeto diferenciado sino que formo parte del resto, del zafiro universal, el azul púrpura. Pues ¿qué es lo que hace este mar, esta atmósfera en el diámetro de veinte centímetros del cráneo? (Y no menciono el sol ni la galaxia, que también están allí). En el centro del observador ha de haber espacio para el todo, y este espacionada no es una nada vacía, sino una nada reservada para algo. Uno experimenta esa capacidad nada-todo con éxtasis, y esto es lo que sentí en aquel momento en el avión. Sorbiendo el whisky, disfrutando del calorcillo que se extendía en mi interior, experimenté un arrobamiento que yo sabía perfectamente que no era locura. No habían conseguido derrotarme allá abajo todos los Tomchek, Pinsker, Denise, Urbanovich. Había logrado alejarme de ellos. No podía asegurar que sabía perfectamente lo que hacía, pero ¿importaba esto demasiado? Sentía la cabeza muy despejada, sin sombra de anhelos melancólicos, remordimientos o ansiedades. Estaba con una hermosa mujer. Renata tenía tantos planes y secretos como la corte de Bizancio, pero ¿era eso tan malo? Yo era un viejo cazador bobo. Bueno, ¿y qué?

Antes de salir de Chicago había sostenido una larga conversación con George Swiebel acerca de Renata. George y yo éramos aproximadamente de la misma edad y estábamos en parecidas condiciones físicas. George fue sumamente amable. Me dijo:

—Has acabado extenuado. Sal de la ciudad. Yo me ocuparé de todos los detalles. Tú, simplemente, te sientas en ese avión, te quitas los zapatos, encargas una copa y te vas con viento fresco. Te sentirás muy bien. No te preocupes.

George vendió el Mercedes por cuatro mil dólares. Se hizo cargo de las alfombras persas y me hizo un avance de cuatro mil más. Debían de haber alcanzado un valor de quince mil porque la compañía de seguros las había evaluado en diez mil. Aunque George estuviera en el ramo de la construcción, era altamente honorable. En su corazón no había ni una sola fibra estafadora.

Nos bebimos una botella de whisky y él pronunció unas palabras de despedida sobre Renata. Rebosaba de su singular sabiduría adquirida de la naturaleza.

—Muy bien, amigo mío —me dijo—, te vas con esa fascinante mujercita. Ella pertenece a una nueva generación y, a pesar de estar tan desarrollada, todavía no es una mujer hecha y derecha. Charlie, ella no distinguiría una pija de un polo. Su madre es una vieja siniestra y tenebrosa, una auténtica intrigante. No me inspira ninguna simpatía. Te cree un viejo libidinoso. En otra época fuiste un ganador de gran reputación. Ahora te tambaleas un poco, y aquí se presenta la oportunidad de casarse contigo, hacerse con alguna pieza tuya antes de que Denise se las lleve todas. Quizá incluso de volver a hacer de ti un hombre famoso y una fuente de dinero. Eres un tanto misterioso para esa clase de personas porque no hay muchos como tú. Ahora bien, Renata es la gigantesca manzana de premio de la feria que su madre ofrece, una manzana perfecta, cultivada con control científico, y la vieja está condenadamente

empeñada en embolsarse el dinero mientras su hija se halla todavía en la cúspide.

Incorporándose con dificultad, George se puso en pie, una recia y sana figura masculina, sonrosada y vigorosa, la nariz curvada como la de un indio y su fino cabello agrupado en un único mechón. Como solía hacer cuando exponía su filosofía de la naturaleza, alzó la voz:

—Este no es un coño corriente. Vale el riesgo que corres. De acuerdo, es posible que te roben y te saqueen, que te humillen, que te veas obligado a tragar mucha bilis, que acabes enfermo en la cama sin nadie que te cuide, que tengas una trombosis coronaria o pierdas una pierna. Es cierto, pero estás vivo, eres una persona de carne y hueso con instintos valientes. Un tipo con arrestos. Y puedes contar siempre conmigo. Estés donde estés, me envías un telegrama y yo acudiré. Tú ya me gustabas cuando éramos jóvenes, pero no del modo que ahora te aprecio. Cuando eras joven, estabas luchando por progresar. Quizá no lo sepas, pero eras condenadamente listo y avisado en cuanto a tu carrera. Pero ahora, gracias a Dios, estás sumido en un auténtico sueño y enfebrecido por esa jovencita. No sabes lo que haces, y eso es lo bueno de la cuestión.

—Le das un tono demasiado romántico, George.

—No importa —me respondió—. Esa comedia del «auténtico padre» de Renata es una chorrada. ¿Para qué necesita una chica como esa un padre auténtico? Ya tiene a esa vieja alcahueta de su madre. Renata no sabría qué hacer con un padre. Posee ya el papá que necesita, un papá sexual. No, todo ha sido planeado para hacer esos viajes a Europa. Pero es justamente lo mejor de ello. Vete y malgasta todo tu dinero. Arruínate, y a la mierda toda la pandilla del tribunal de justicia. Me contaste ya sobre un mes de abril en París con Renata, pero cuéntalo otra vez.

—Fue así —le dije—. Hasta que Renata cumplió doce años, ella creía que su padre era cierto signor Biferno, un comerciante de pieles de fantasía de la Via Monte Napoleone, de Milán. Esta es la calle de las tiendas lujosas. Pero cuando cumplió trece años, más o menos, su madre le dijo que Biferno quizá no era el hombre. La Señora y Biferno habían estado esquiando en Cortina, ella se rompió el tobillo, le enyesaron el pie, se peleó con Biferno y este volvió a su casa con su mujer y sus hijos. Ella se vengó de él con un joven francés. Pues bien, cuando Renata tenía diez años, su madre la llevó a Milán para cuidarla con Biferno. Se vistieron elegantemente y armaron un escándalo en la Via Monte Napoleone.

—Esa vieja bruja es una gran alborotadora.

—La auténtica señora de Biferno llamó a la policía. Y mucho después, de regreso en Chicago, su madre le dijo a Renata: «Puede ser que Biferno no sea tu padre, después de todo».

—Así que fuisteis a París para ver al joven francés que ahora ya es un viejo francés. Fue una gran marranada por parte de la madre contarle eso a la chica justamente cuando entraba en la adolescencia.

—Tuve que ir a Londres, y estábamos en el Ritz. Entonces Renata me dijo que

debía ir a París para ver a ese hombre que quizá fuera su padre, y que deseaba ir sola. Planeaba volver tres días después. De modo que la acompañé a Heathrow. Llevaba un gran bolso que estaba abierto y justo encima de todas sus cosas, como si fuese una gran polvera, su cajita con el diafragma.

—¿Y para qué se llevaría el anticonceptivo?

—Nunca se puede prever cuándo se presentará una oportunidad en la vida.

—Tácticas, Charlie, tácticas insensatas. Mantener a un individuo en vilo. Lo único que ella quería era ponerte nervioso. Creo que es una buena chica, pero comete estupideces. Una cosa quiero advertirte, Charlie. No sé cuáles son vuestras costumbres, pero no permitas que te la chupe. Acabarías en un año. Ahora, cuéntame el resto sobre París.

—Bueno, el individuo era homosexual, bastante viejo, fastidioso y charlatán. Al cuarto día, viendo que ella no regresaba a Londres, fui a buscarla al hotel Meurice. Me dijo que no había tenido el coraje de afrontarlo todavía y había pasado el tiempo haciendo compras y visitando el Louvre y viendo películas suecas (/ *Am Curious Yellow*, o algo parecido). El vejestorio recordaba a su madre y se alegró de saber que podía tener una hija, pero se mostró precavido y dijo que ni hablar de un reconocimiento legal. Su familia lo desheredaría. Pero no era el hombre buscado por Renata. Esta dijo que no había ningún parecido entre ellos. Yo también lo vi, y ella tenía razón. Naturalmente, es difícil descubrir los misterios de la naturaleza. Una mujer enojada, con el tobillo enyesado, acepta las galanterías de un esquiador alegre y conciben esa bella hija, con una piel perfecta y ojos oscuros y esas cejas. Piensa en una belleza del Greco levantando sus ojos al cielo. Luego sustituye el cielo por el sexo. Así es la mirada piadosa de Renata.

—Bueno, ya sé que la quieres —dijo George—. Cuando te echó de su casa porque tenía otro individuo con ella y tú viniste a mí llorando, ¿recuerdas lo que te dije? Un hombre de tu edad que llora por una muchacha es un hombre que merece todo mi respeto. Además, conservas todavía toda tu fortaleza.

—No podía ser de otro modo. Nunca la usé.

—Bien, de acuerdo, la conservaste. Ahora estás llegando al final de la cuerda y es el momento de tomar la delantera. Quizá deberías casarte con Renata. Pero no te acobardes cuando vayáis al juzgado para casaros. Cumple como un hombre hasta el fin. De otro modo, ella nunca te perdonaría y te convertiría en un vejestorio vagabundo. El pobre Charlie, con los ojos lacrimosos, yendo a comprar cigarrillos para su señora.

Nos acercamos sobrevolando la acerada agua crepuscular y aterrizamos en La Guardia a la puesta del sol. Nos dirigimos entonces en taxi al hotel Plaza, aprisionados en los asientos bajos de uno de esos vehículos perrera de Nueva York. Esos taxis te hacen sentir como si hubieras mordido a alguien y te trasladaran a toda prisa a la perrera; la boca espumosa de rabia, para sacrificarte. Lo comenté con Renata, quien dio en opinar que yo utilizaba mi imaginación para estropear su júbilo, ya algo mermado por el hecho de que viajábamos como un matrimonio ilegal. El portero del Plaza la ayudó a descender, y, calzada con sus botas altas, Renata cruzó a grandes pasos la recalentada marquesina con relucientes soportes de color naranja. Sobre su minifalda, Renata vestía un abrigo largo de ante polaco, forrado con piel de cordero, que yo le había comprado en Cepelia. Llevaba su bello sombrero de terciopelo flexible inspirado en los retratistas holandeses del siglo XVII, con la frente al descubierto. Su rostro, terso e inmaculadamente blanco, se ensanchaba en la base. La forma de pera de su rostro constituía su único defecto. Alrededor del cuello tenía unos levísimos anillos u ondas formados por algún rico depósito femenino. Este ligero abultamiento aparecía también en sus caderas y en la parte interior de sus muslos. El nudillo de sus dedos revelaba iguales signos de superabundancia sensual. Yo la seguí con mi abrigo a cuadros, admirándola y pensando. Cantabile y Stronson habían coincidido en pensar que me daba aspecto de matón. Pero mi aspecto en ese momento no tenía nada de matón. Mi cabello estaba desordenado, de modo que sentía el radiante calor de la marquesina sobre mi calvicie superior. El aire invernal me castigaba el rostro y me enrojecía la nariz. Las bolsas debajo de los ojos eran pesadas. Los músicos de la hora del té del Palm Court tocaban su música sensiblera, romántica y conmovedora. Registré al señor y señora Citrine, con una dirección falsa de Chicago, y subimos en el ascensor con un grupo de encantadoras chicas universitarias de vacaciones que irradiaban una maravillosa fragancia de inmadurez, una especie de efluvio de plátano verde.

—Vaya, habrás quedado bien satisfecho de tanto mirar a esas chicas tan lindas —dijo Renata, de muy buen humor otra vez. Estábamos en un pasillo interminable, con una alfombra dorada que repetía interminablemente los arabescos negros y florituras, florituras y arabescos. Mi modo de observar a la gente la divertía—. Eres un observador muy ansioso —añadió.

Sí, pero durante muchas décadas había descuidado mi manera innata de observar, mi modo personal de ver las cosas. No había razón alguna que me impidiera reanudarla ahora. ¿A quién le importaba?

—Pero ¿qué es esto? —exclamó Renata cuando el botones abrió la puerta—. ¿Qué clase de habitación nos han dado?

—Estas son las habitaciones con ventanas en mansarda. El último piso del Plaza. La mejor vista de la casa —dije.

—La última vez nos dieron una suite maravillosa. ¿Qué demonios hacemos en el ático? ¿Dónde está nuestra suite?

—Oh, vamos, cariño. ¿Qué diferencia hay? Te pareces a mi hermano Julius, que se enfada cuando no le dan lo mejor en los hoteles, se pone arrogante y furioso.

—Charles, ¿te ha dado, por casualidad, uno de tus ataques de avaricia? No olvides lo que me contaste una vez sobre el vagón mirador.

En aquel momento lamenté haberla puesto en antecedentes de las palabras de Gene Fowler, quien decía que el dinero era algo que debía arrojarse desde el vagón de cola de un tren. Fowler era un periodista de Hollywood de la época dorada, la magnificencia de los *night-clubs* de los años veinte, el síndrome del gran gastador.

—Pero es verdad, Renata. Este es el mejor punto de todo el hotel para contemplar la Quinta Avenida.

Efectivamente, la vista, si uno tenía interés por las vistas, era notable. Yo tenía mucha habilidad en inducir a las otras personas a que contemplaran las vistas con el propósito de ausentarme mentalmente. Allí abajo, en la Quinta Avenida, relucían los adornos de Navidad y las luces del tráfico embotellado, muy espeso entre las calles Setenta y Treinta, y las iluminaciones de los escaparates, multicolores, cristalinas y como células de un capilar observado a través del microscopio cambiando elásticamente de forma, movedizas y pulsantes. Todo esto lo aprecié en un solo instante. Yo era como un jugador hábil que marcara todos los tantos antes de que el balón rebotara. Lo mismo había ocurrido durante la última primavera, cuando Renata y yo tomamos el tren que iba a Chartres.

—¿No es realmente bello todo esto? —había exclamado Renata.

Yo miré y, efectivamente, era bello de verdad. Con una sola mirada bastaba para apreciarlo. De este modo uno se ahorraba mucho tiempo. La cuestión era lo que se iba a hacer con esos minutos ganados con tales economías. Esto, puedo decirlo, se debía al trabajo de lo que Steiner describía como alma consciente.

Renata ignoraba que Urbanovich estaba a punto de fallar el embargo de mi dinero. Sin embargo, por el movimiento de sus ojos me di cuenta de que estaba pensando en el dinero. Amorosa, sus cejas solían tomar la dirección del cielo. Pero algunas veces su mirada se volvía eminentemente práctica. No obstante, también así me gustaba mucho. En ese momento levantó bruscamente la cabeza y dijo:

—Ya que estás en Nueva York, podrías ver a algunos editores y colocar tus ensayos. ¿Te los devolvió Thaxter?

—Con muy pocas ganas. Él tiene confianza todavía en publicar *The Ark*.

—Seguramente. Él mismo reúne todas las características de los animales del arca.

—Me llamó ayer por teléfono para invitarnos a una fiesta de *bon voyage*, en el *France*.

—¿Su madre también da una fiesta? Debe de ser toda una anciana dama.

—Sabe lo que es estilo. Durante generaciones se ha ocupado de la presentación de las chicas en sociedad, y está relacionada con los ricos. En cualquier momento sabe dónde encontrar un chalet vacío para su hijo, o una casita de caza o un yate. Si él se siente deprimido, ella lo envía a las Bahamas o al mar Egeo. Deberías verla. Una



mujer huesuda, inteligente y eficiente, que me mira con mala cara, pues no soy compañía adecuada para Pierre. Ella rinde pleitesía a las familias adineradas y defiende su derecho a embriagarse hasta morir, su antiguo privilegio de no servir para nada.

Renata se echó a reír.

—Ahórrame esa fiesta —dijo—. Procuremos solucionar pronto el asunto de Humboldt y vayamos a Milán. Estoy muy ansiosa por llegar.

—¿Crees que ese Biferno puede ser realmente tu padre? Mejor él que ese invertido de Henri.

—Sinceramente, no me preocuparía por ningún padre si nos casáramos. Mi posición insegura es la que me impulsa a buscar un terreno sólido. Me dirás que ya estuve casada, pero el terreno con Koffritz tampoco era muy sólido. Y ahora tengo mis responsabilidades con Roger. A propósito, hemos de enviar juguetes de F. A. O. Schwarz a todos los críos, y no tengo un céntimo. Koffritz ha retrasado seis meses sus pagas. Dice que ya tengo un amigo rico. Pero no pienso demandarlo ni enviarlo a la cárcel. En cuanto a ti, ya tienes tantas cargas que no quiero pasar a ser una más. Aunque, si me permites decirlo, por lo menos me preocupo por ti y te hago algún bien. Si hubieras caído en las manos de la hija de ese antropósofo, esa pequeña zorra rubia, pronto habrías notado la diferencia. Es dura de roer.

—¿Y qué tiene que ver Doris Scheldt con todo eso?

—¿Qué? Tú le mandaste una nota antes de salir de Chicago. Leí la marca que dejó en tu libreta de notas. No finjas decir la verdad, Charlie. Eres el peor mentiroso del mundo. Me gustaría saber cuántas damas tienes en reserva.

No me sentí indignado porque me espicara. Hacía tiempo que había dejado de hacer escenas. Nuestros viajes a Europa, además de ser agradables, me alejaban de la señorita Scheldt. Renata la consideraba una persona peligrosa, e incluso la Señora había tratado de hacerme reproches al respecto.

—Pero, Señora —le había respondido yo—, la señorita Scheldt no entró en la escena hasta el incidente de Flonzaley.

—Bien, Charles, el asunto de Flonzaley hay que darlo por acabado. Tú no eres un provinciano de clase media, sino un hombre de letras —dijo la anciana señora española—. Flonzaley pertenece al pasado, Renata es muy sensible al dolor y cuando ese hombre sufría tanto, ¿qué querías que hiciera ella? La noche que él estuvo aquí, Renata se la pasó llorando. Él se dedica a negocios vulgares y no hay punto de comparación contigo. Renata creyó simplemente que tenía que ser considerada con él. Y como tú eres un *homme de lettres* y él es un empresario de pompas fúnebres, la persona más elevada ha de mostrarse más tolerante.

Yo no podía discutir con la Señora. La había visto una vez por la mañana, antes de maquillarse, apresurándose hacia el cuarto de baño, y carecía de rasgos: una piel de plátano mustia y amarillenta, sin cejas ni pestañas y casi sin labios. La tristeza de esta visión me acongojó tanto que jamás intenté ganarle ni un punto. Cuando

jugábamos al chaquete con ella, me hacía trampas a mí mismo.

—La cosa más importante respecto a la señorita Scheldt —le dije a Renata en el Plaza— es su padre. No habría podido entablar relaciones amorosas con la hija de un hombre que me estaba enseñando tanto.

—Te está atiborrando de sandeces.

—Renata, deja que te cite un texto: «Aunque te dicen que estás vivo, estás muerto. Despierta y fortalece lo que te resta, que también ha de morir». Esto es de la Revelación de san Juan, más o menos.

Sonriendo con indulgencia, Renata se levantó y se alisó la minifalda.

—Acabarás en el Loop descalzo —me dijo— y llevando uno de esos letreros de «¿Dónde pasarás la eternidad?». Ponte al teléfono, hazme el favor, y llama a ese Huggins, el albacea de Humboldt. Y no intentes llevarme a cenar a Rumpelmayer s otra vez.

Huggins iba a salir para una inauguración en la galería Kootz y me invitó a encontrarlo allí cuando le mencioné el asunto.

—¿Hay algo en todo este asunto? ¿De qué trata ese legado? —le pregunté.

—Hay algo —respondió Huggins.

En los últimos cuarenta años, cuando Huggins era una celebridad en Greenwich Village, yo era un miembro menor del grupo que discutía sobre política, literatura y filosofía en su apartamento. Había gente como Chiaromonte, Rahv, Abel y Paul Goodman, y Von Humboldt Fleisher. Huggins y yo teníamos en común nuestro amor por Humboldt. No había mucho más. En muchos aspectos, nos irritábamos mutuamente. Hacía algunos años, en la convención demócrata de Atlantic City, ese viejo barrio de placer, estuvimos observando a Hubert Humphrey, que fingía descansar con su delegación mientras Johnson lo hacía balancearse, y hubo algo en la evidente desolación, en la alegría festiva desgarrada, que puso a Huggins en contra mía. Nos fuimos a caminar por el paseo y, mientras encarábamos el horrible Atlántico, domeñado en ese sector hasta parecer melcocha salada, y las palomitas de maíz semejantes a espuma y arrinconadas por la escoba del barrendero, Huggins se mostró muy desagradable conmigo. Sin temor a nadie, y poniendo énfasis en sus argumentos con su blanca barba de macho cabrío, hizo unos comentarios hostiles sobre el libro que Harry Hopkins y yo habíamos publicado aquella primavera. Huggins informaba entonces sobre la convención de *Women's Wear Daily*. Mucho mejor periodista de lo que yo pudiera llegar a ser, también era un famoso disidente bohemio y un revolucionario. ¿Por qué había sido yo tan amable con el *New Deal* y visto tanto mérito en Hopkins? Siempre estaba introduciendo en mis libros elogios del sistema norteamericano de gobierno. Yo era un apologista, una figura decorativa y un secundón en escena, prácticamente un Andrei Vishinsky. En Atlantic City, como en todas partes, Huggins vestía muy simplemente, con pantalones de dril y zapatillas de tenis, alto, rosado, barbudo, tartamudo y discutiador.

Mientras lo estudiaba allí en el paseo, podía verme a mí mismo reflejado. En mis

ojos había puntitos de verde y ámbar en los que él hubiera podido apreciar eones enteros de sueño y vigilia. Si Huggins creía que yo no lo apreciaba, estaba equivocado. Cada vez, por el contrario, lo apreciaba más. Ahora ya era muy viejo, y las desagradables fuerzas de la hidrostática humana comenzaban a convertir su rostro en un saco tenso y arrugado, pero conservaba un tinte fresco y seguía siendo el radical de Harvard al estilo de John Reed, uno de esos intelectuales norteamericanos de espíritu alerta y siempre jóvenes, fieles a su Marx o su Bakunin, a Isadora, Randolph Bourne, Lenin y Trotski, Max Eastman, Cocteau, André Gide, los ballets rusos, Eisenstein: el bello panteón de vanguardia de los buenos viejos tiempos. Era tan incapaz de renunciar a su delicioso capital ideológico como a las acciones que había heredado de su padre.

Huggins estaba hablando con algunas personas en la atestada galería Kootz. Sabía cómo mantener la conversación en un cóctel ruidoso. El ruido y la bebida lo estimulaban. Quizá no se expresaba con mucha claridad, pero yo apreciaba mucho su cabeza. Era larga y alta, coronada por un cabello plateado bien cepillado, algo erizado en la parte posterior por efecto del final irregular de sus largos mechones. Sobre su vientre de hombre alto llevaba una camisa Merrymount, de anchas franjas rojas y púrpura, como las cintas del poste Maypole. Me acordé de la fiesta en la playa a la cual había asistido hacía más de veinte años, en Montauk, Long Island, en la que Huggins, desnudo en el extremo de un tronco, discutía el proceso del Ejército contra McCarthy con una dama desnuda y sentada a horcajadas frente a él. Huggins hablaba sosteniendo una boquilla entre los dientes, y su pene, que descansaba frente a él sobre la madera pulida por el agua, expresaba todas las fluctuaciones de su interés. Mientras soltaba bocanadas de humo y exponía sus puntos de vista con una especie de relincho vacilante, su miembro se movía atrás y adelante como la parte corrediza de un trombón. No se podía sentir enemistad por un hombre del cual se guardaba semejante recuerdo.

Se sentía inquieto conmigo en la galería. Parecía intuir las peculiaridades de mi perspectiva. Yo no estaba orgulloso de ello. Además, me mostraba más calurosamente amistoso de lo que él mismo deseaba. Si Huggins se sentía algo confuso, a mí me sucedía lo mismo. Me sentía rebotante de insinuaciones descontroladas y pensamientos transitorios, y no me detuve a juzgar. De hecho, estaba luchando contra los juicios emitidos en mis días irreflexivos. Le dije que estaba contento de verlo y que tenía buen aspecto, lo cual no era ninguna mentira. Su color era fresco, y a pesar de la creciente vulgaridad de su nariz, las deformidades de la edad y la hinchazón de sus labios —como picados por una abeja—, sus facciones conservaban todavía atractivo para mí, aunque podría haber prescindido de la barbita de agente de policía. —Ah, Citrine, ¿te dejaron salir de Chicago? ¿Vas a alguna parte?

—Al extranjero —respondí.

—Te acompaña una joven muy bonita. Terriblemente a... trac... ti... va.

La elocuencia de Huggins se incrementaba con su tartamudez en vez de verse obstaculizada. Las rocas de un arroyo de montaña demuestran la rapidez que lleva el agua.

—¿De modo que deseas recoger tu le... le...?

—Sí, pero dime primero por qué eres tan poco amable. Nos conocemos hace más de treinta años.

—Bueno, aparte de tus puntos de vista políticos...

—La mayor parte de los puntos de vista políticos son como viejos papeles de periódicos mascados por las avispas: clisés descoloridos y zumbidos.

—Algunas personas se preocupan por el destino de sus semejantes —dijo Huggins—. Además, no puedes esperar que yo parta un piñón con... contigo si lanzas esos absurdos so... sobre mí. Dijiste que yo era el Tommy Manville de la izquierda y que yo abrazaba cau... causas del mismo modo que él des... desposaba chicas. Hace un par de a... años me insultaste en la avenida Madison a causa de los botones de protesta que yo llevaba. Dijiste que yo solía tener buenas i... i... ideas, pero que ahora solo tenía botones. —Ofendido, inflamado, encarándome con mi propia desfachatez, esperó para escuchar lo que yo podía aducir en mi defensa.

—Lamento tener que decir que me has citado correctamente. Admito este feo vicio. Allá en las tierras salvajes, alejado del teatro del Este, digo cosas desagradables. Humboldt me convenció en los años cuarenta, pero nunca llegué a formar parte de vuestra pandilla. Cuando todo el mundo se ocupaba de Burnham o de Koestler, yo estaba en otra cosa. Y lo mismo ocurrió con la *Encyclopedia of Unified Science*, o la ley de Trotski sobre el desarrollo conjunto, o los puntos de vista de Chiaromonte sobre Platón, o de Lionel Abel sobre el teatro, o de Paul Goodman sobre Proudhon, o de casi todo el mundo sobre Kafka o Kierkegaard. Era como las quejas del pobre Humboldt respecto a las chicas. Él quería hacerles bien, pero ellas no se quedaban quietas esperando. Yo tampoco permanecía quieto. En vez de estar agradecido por mi oportunidad de ingresar en la vida cultural del Village en su mejor momento...

—Eras reservado —dijo Huggins—. Pero ¿para qué te re... reservabas? Tenías la actitud de una estrella, pero ¿dónde estaba el cen... centelleo...?

—«Reservado» es la palabra exacta —respondí—. Si otras personas tenían un mal contenido, yo gozaba de una vacuidad superior. Mi pecado consistió en pensar secretamente que yo era más inteligente que todos vosotros, entusiastas del 1789, 1848, 1870, 1917. Pero vosotros disfrutabais de momentos mucho más agradables y divertidos con vuestras reuniones y vuestras discusiones que duraban toda una noche. Todo lo que yo tenía era el placer, subjetivo y ansioso, de creerme tan listo.

—¿Y ya no lo piensas? —preguntó Huggins.

—No, ya no. He renunciado.

—Bueno, en Chicago, donde creen que la Tierra es plana y que la luna está hecha de queso verde, estás apartado de todo. Has vuelto a tu hogar mental —dijo Huggins.

—Es igual. No he venido a verte para esto. Aún nos queda un lazo de unión. Ambos adorábamos a Humboldt. Quizá tenemos algo más en común, ambos somos viejos perros afectuosos. No nos tomamos muy en serio. Pero las mujeres parece que sí, todavía. Y ahora, ¿qué hay de ese legado?

—Sea lo que fuere, está en un sobre marcado «Citrine» y yo no lo he leído, porque el viejo Wald... Waldemar, el tío de Humboldt, se apoderó de él. No sé cómo me convertí en al... albacea.

—Humboldt también te dio tus quebraderos de cabeza, ¿no?, después de que te uniste a la pandilla del Bellevue y él dijo que yo le había robado su dinero... Quizá estabas en el Belasco cuando se manifestó contra mí.

—No, pero tuvo cierto a... atractivo.

Riendo, Huggins aspiró en la boquilla. ¿Sería la vieja actriz rusa Ouspenskaya quien había hecho populares estas boquillas en los años treinta, o había sido Franklin Delano Roosevelt, o John Held Jr.? Como Humboldt, como yo mismo en ese aspecto, Huggins era aficionado a las películas antiguas. El piquete de manifestantes de Humboldt y su comportamiento en la Casa Blanca debían de haber sido para él como escenas de René Clair.

—Nunca creí que le robaras su dinero —dijo Huggins—. Tengo entendido que te timó unos pocos miles de dólares. ¿Es que falsificó un cheque?

—No. En cierta ocasión, intercambiamos sentimentalmente cheques en blanco. Humboldt utilizó el suyo —dije—. Y no fueron pocos, sino cerca de siete mil dólares.

—Yo cuidé de sus finanzas. Conseguí que Kathleen renunciara a re... reclamar nada. Pero Humboldt me dijo que yo aceptaba sobornos. Estaba furioso. Así que ya no lo vi más, ¡pobre Humboldt! Acusó a una vieja te... telefonista de un hotel de cubrir su cama con pósters de muchachas del *Playboy*. Agarró un martillo e intentó machacar a la pobre vieja. Se lo llevaron. ¡Más terapia de cho... choque! Suficiente para llorar de dolor cuando uno recordaba cómo era, vivaz, jovial, atractivo, maravilloso, y sus obras maestras. ¡Ah! Esta sociedad tiene mucho de que responder.

—Sí, era maravilloso y generoso. Yo lo amaba. Era bueno. —Extrañas palabras en un cóctel tan bullicioso—. Él deseaba con toda su alma darnos algo exquisito y delicado. Exigió muchísimo de sí mismo. Pero ¿has dicho que ese tío que jugaba a las carreras se llevó la mayor parte de sus papeles?

—Y su ropa y cualquier cosa valiosa.

—Debió de sentarle muy mal perder a su sobrino y quizá se asustó.

—Llegó apresuradamente de Co... Coney Island. Humboldt lo tenía confinado en un geriátrico. El viejo jugador debió de ere... creer que los documentos de un hombre que había merecido una nota necrológica tan larga en el *Times* tenían que ser valiosos.

—¿Le dejó Humboldt algún dinero?

—Había una póliza de seguros, y si no se la jugó entera en los caballos, está arreglado.

—¿Conservó Humboldt la mente sana hasta el final, o estoy equivocado?

—Me escribió una ca... carta muy bella. Copió algunos poemas para mí en un buen papel. Es sobre su padre húngaro, cabalgando con la caballería de Pershing para capturar a Pancho.

—Los caballos dentudos, la castañuela del cascabel, la espina del cacto y los rifles disparando...

—No es la cita exacta —rectificó Huggins.

—¿Y fuiste tú quien le dio a Kathleen su legado?

—Sí, y en estos momentos ella está en Nueva York.

—¿De verdad? ¿Dónde está? Me gustaría muchísimo poder verla.

—Camino de Europa, como tú. No sé dónde se a... aloja.

—Procuraré encontrarla. Pero primero debo ir a ver a su tío Waldemar en Coney Island.

—Quizá no te entregue nada —dijo Huggins—. Es muy i... irritable. Le he escrito y lo he llamado por teléfono. Ninguna respuesta.

—Probablemente no basta con una llamada telefónica. Él está esperando una visita personal. No puedes culparlo, si nadie ha ido a verlo. ¿No fue la madre de Humboldt la última de sus hermanas? El hombre quiere que alguien vaya a Coney Island. Utiliza los documentos de Humboldt como señuelo. Quizá me los dé a mí.

—Estoy seguro de que tú serás irre... irre... Tú serás irresistible —dijo Huggins. Renata sintió gran contrariedad cuando le dije que debía venir conmigo a Coney Island.

—¿Qué, a un geriátrico? ¿En metro? No me metas en esto. Ve tú solo.

—Debes hacerlo. Te necesito, Renata.

—Estás arruinando mi día. Hay algo profesional que debo hacer. Es cosa de negocios. Las residencias de ancianos me deprimen. La última vez que puse los pies en una me volví histérica. Por lo menos, ahórrame el viaje en metro.

—No hay otro medio de transporte. Y puedes proporcionar a Waldemar un poco de alegría. Nunca ha visto una mujer como tú, y eso que era un amante de los placeres.

—No me vengas con palabritas dulces. No oí ninguna cuando la chica de la centralita me llamó señora Citrine. Ni abriste la boca.

Más tarde, en el paseo junto al mar, se mostraba todavía ofendida y caminaba un poco frente a mí. El viaje en metro había sido horrible, con una suciedad y unas marcas de grafito indescriptibles. Al caminar, Renata golpeaba el borde de su largo abrigo, y los velludos faldones ondeaban frente a ella. Llevaba el sombrero holandés de copa alta echado hacia atrás. Henri, el viejo amigo de la Señora en París, el hombre que evidentemente no era el padre de Renata, se había impresionado con la frente de Renata.

—*Un beau front!* —había exclamado una y otra vez—. *Ah! ce beau front!*

Una frente exquisita. ¿Qué había detrás de ella? En este momento no podía verlo.

Ella caminaba a grandes zancadas, ofendida, irritada. Deseaba castigarme. Pero realmente no podía perder con Renata. Me gustaba aunque estuviera enfadada. La gente la miraba al pasar. Caminando detrás de ella, estuve admirando el movimiento de sus caderas. Podía despreocuparme por saber lo que ocurría detrás de ese *beau front*; quizá sus sueños me hubiesen llenado de asombro, pero su simple olor resultaba un gran consuelo en la noche. El placer de dormir junto a ella iba mucho más allá del placer ordinario de compartir una cama. Hasta el yacer inconsciente, dormido, a su lado resultaba un acontecimiento. En cuanto al insomnio, la queja de Humboldt, ella también lo hacía agradable. Durante la noche, desde sus senos llegaban a mis manos influencias energéticas. Yo dejaba vagar mi imaginación para creer que estas influencias entraban en los huesos de mis dedos como una especie de electricidad blanca y se remontaban hasta las mismas raíces de mi dentadura.

Un pálido cielo de diciembre cubría el sombrío Atlántico. El mensaje de la naturaleza parecía indicar que las condiciones eran rigurosas, que las cosas eran difíciles, muy difíciles, y que la gente debía consolarse mutuamente. En este aspecto, Renata creía que yo no cumplía con mi parte, pues cuando la telefonista del Plaza la llamó señora Citrine, Renata dejó el auricular y se volvió hacia mí, con el rostro resplandeciente, exclamando «¡Me ha llamado señora Citrine!», y yo no supe qué responder. La gente suele ser más inocente y simple de corazón de lo que uno suele suponer. No hace falta demasiado para que se sientan felices. Yo también soy de ese modo. ¿Por qué privarlos de nuestra amabilidad cuando vemos aparecer ese resplandor? Para aumentar la felicidad de Renata, yo debería haber exclamado:

—¡Claro, naturalmente, chiquilla! Serías una maravillosa señora Citrine. ¿Y por qué no?

¿Qué me hubiera costado decir eso...? Únicamente mi libertad. Y, después de todo, no estaba sacando mucho de esta preciosa libertad mía. Presumía que tenía bastante tiempo y mundo para sacarle provecho después. ¿Y qué era más importante, esa reserva de libertad desperdiciada o la felicidad de estar junto a Renata por la noche, que convertía incluso la inconsciencia en algo muy especial, como un delicioso modo de estar enfermo? Cuando esa condenada telefonista la llamó «señora» mi silencio pareció acusarla de ser una simple prostituta, de ningún modo una señora. Esto la enfureció. La persecución de su ideal hacía a Renata intensamente sensible. Pero yo también perseguía mis ideales: libertad, amor. Yo deseaba ser amado por mí mismo. Sin capitalismo, por así decir. Esta era una de esas demandas o esperanzas norteamericanas que yo, como nativo de Appleton y muchachito criado en las calles de Chicago, poseía en abundancia. Lo que me producía cierta angustia era sospechar que ya había pasado el tiempo en que podría haberme amado únicamente por mí mismo. ¡Dios, con qué rapidez habían empeorado las condiciones!

Había dicho a Renata que el matrimonio debería esperar hasta que se arreglara mi pleito con Denise.

—Bueno, no me vengas con esas. Ella terminará de perseguirte cuando estés en

Waldheim, junto a tu papá y tu mamá. Con ella hay para lo que queda de siglo —dijo Renata—. ¿Estás dispuesto?

—Naturalmente, una ancianidad solitaria sería terrible —le dije, y luego me aventuré a añadir—: Pero ¿puedes imaginarte empujando mi silla de ruedas?

—Tú no comprendes a las mujeres auténticas —replicó Renata—. Denise quería dejarte fuera de combate, y gracias a mí no ha logrado su deseo. No fue mérito de esa zorra pálida Doris, al estilo Mary Pickford. Es enteramente mío. Yo he mantenido viva tu potencia sexual. Sé cómo hacerlo. Cásate conmigo y a los ochenta años aún podrás echarme un polvo. A los noventa, cuando ya no puedas, yo te seguiré amando.

De este modo caminábamos por el paseo a lo largo del mar en Coney Island. Y así como yo, cuando era muchacho, matraqueaba con un palo en los postes de las vallas, del mismo modo Renata cuando pasó frente al vendedor de palomitas, de caramelos y de salchichas de Frankfurt, consiguió molestarlos, uno por uno. Yo la seguía, maduro pero en buenas condiciones, roído por las ansiedades, aunque sonriente. De hecho, me sentía eufórico. No estoy muy seguro del motivo de esta gloriosa condición. El resultado no podía achacarse únicamente a un bienestar físico, al hecho de dormir junto a Renata, o a una buena química. Ni a la remisión temporal de las dificultades, lo cual según algunos adustos expertos, es todo lo que la gente necesita para ser feliz, y es, de hecho, la única fuente de felicidad. No, mientras caminaba vigorosamente detrás de Renata me inclinaba a creer que era debido a cierto cambio en mi actitud hacia la muerte. Había comenzado a vislumbrar otras alternativas. En sí mismo esto bastaba para remontarme. Pero más gozosa era todavía la posibilidad de que podía haber algo adonde remontarse, un espacio sin usar, olvidado. Todo eso mientras la parte más vasta del conjunto había estado faltando. No era raro que los seres humanos se volvieran locos. Porque, supongamos que nosotros —tal como somos en este mundo material— seamos lo más elevado de todos los seres. Supongamos que la serie de los seres termina con nosotros y que más allá de nosotros ya no queda nada. Con estas suposiciones, ¿quién podría culparnos de sufrir convulsiones? Sin embargo, presupongamos un cosmos, y metafísicamente la situación es más espaciosa.

En aquel momento, Renata se volvió y me preguntó:

—¿Estás seguro de que el viejo bobo sabe que vas a visitarlo?

—Seguro. Nos espera. Lo llamé por teléfono —le respondí.

Entramos en una de esas calles semejanteras a callejones, donde los trabajadores de la confección solían pasar sus vacaciones veraniegas, y encontramos la dirección. Un viejo edificio de ladrillos. En el pórtico exterior de madera había gran cantidad de sillas de ruedas y muletas para inválidos que habían tenido ataques de apoplejía.

En otros tiempos me habría quedado atónito por lo que sucedió después. Pero ahora que el mundo se estaba reconstituyendo y que la vieja estructura, incluida la muerte, no tenía más solidez que un farolillo japonés, consideraba los asuntos humanos con la mayor viveza y naturalidad y hasta con alegría (no debo dejar aparte



la alegría: la más triste de las visiones puede contener alegría). Fuera como fuere, nos esperaban. Apoyado en un bastón, alguien estaba aguardando entre la puerta y la contrapuerta del geriátrico, y salió gritando «¡Charlie! ¡Charlie!» tan pronto como llegamos a la escalera.

—Usted no es Waldemar Wald, ¿verdad? —contesté.

—No, Waldemar está aquí. Pero yo no soy Waldemar, Charlie. Ahora mírame. Escucha mi voz. —Comenzó a cantar algo con una voz de tenor que parecía el graznido de un viejo cuervo. Me tomó de la mano y cantó *La donna e mobile* al estilo de Caruso, pero de un modo penoso, pobre vejete. Lo hice entrar, examiné su cabello, en otros tiempos ensortijado y rojo, la nariz achatada de anchas ventanas, la papada, la nuez del cuello, su cuerpo huesudo, y exclamé:

—¡Claro! ¡Tú eres Menasha! ¡Menasha Klinger! Chicago, Illinois, 1927.

—Exactamente. —Para él, esto fue sublime—. Soy yo mismo. ¡Me has reconocido!

—¡Santo cielo! ¡Qué contento estoy! Juro que no merecía esta sorpresa. —Al parecer, al posponer la búsqueda del tío de Humboldt había estado rehuyendo mi buena suerte, cosas maravillosas, casi milagros. Inmediatamente encontré una persona a quien en otros tiempos había querido mucho—. Es como un sueño —añadí.

—No —dijo Menasha—. Para un tipo ordinario, quizá lo sería. Pero cuando uno se convierte en un personaje, Charlie, es mucho menos una coincidencia de lo que tú crees. Debe de haber amigos y conocidos como yo por todas partes, pero son demasiado tímidos para acercarse a ti y darse a conocer. Yo mismo no me hubiera atrevido, si no es porque has venido a ver a mi compañero Waldemar. —Menasha se volvió a Renata—. Y ella es la señora Citrine —dijo.

—Sí —respondí, mirando a Renata directamente—. Ella es la señora Citrine.

—Conocí a su esposo cuando era un muchacho. Estuve en pensión con su familia cuando llegué de Ypsilanti, Michigan, para trabajar en la Western Electric como operador de una prensa perforadora. Pero en realidad vine para estudiar canto. Charlie era un chico maravilloso. Era el chico que poseía el corazón más grande de todo el sector noroeste. Yo podía hablar con él cuando no tenía más que nueve o diez años, y él era mi único amigo. Los sábados lo llevaba conmigo al centro de la ciudad cuando iba a mis lecciones de canto.

—Tu maestro —le dije— era Vsevelod Kolodny, habitación ocho dieciséis, en el edificio de las Bellas Artes. Barítono-Bajo de la ópera Imperial de San Petersburgo, calvo, un metro cuarenta, que llevaba un corsé y tacones.

—Él también me reconoció —dijo Menasha, sumamente complacido.

—Eras un tenor dramático —dije.

Tan pronto como lo hube dicho, lo vi alzarse sobre los dedos de los pies y juntar sus callosas manos, recuerdo de sus días de prensa perforadora, para echarse a cantar *In questa tomba oscura* con los ojos rebosantes de ardientes lágrimas y la voz quebrada, llena de pasión, llanto y esperanza, desafinada. Ya de niño yo sabía

siempre que no llegaría a la cumbre. Sin embargo, creía que habría podido convertirse en un buen cantante de no haber sido por el hecho de que, en el equipo de boxeo de Ypsilanti, alguien le había golpeado la nariz y esto arruinó su oportunidad en el arte. Las canciones emitidas a través de esa nariz desfigurada nunca sonarían bien.

—Cuéntame, chico, ¿qué más recuerdas?

—Recuerdo a Tito Schipa, Titta Ruffo, Werrenrath, McCormack, Schumann-Heink, Amelita Galli-Curci, Verdi y Boito. Y que cuando oíste a Caruso cantar *Pagliacci*, la vida ya no fue para ti lo mismo que antes, ¿no es verdad?

—¡Oh, sí!

El amor hacía inolvidables estas cosas. Cincuenta años atrás, en Chicago, habíamos viajado en el autobús de dos pisos con el superior al aire libre, camino del Loop, en el bulevar Jackson, mientras Menasha me explicaba lo que era el bel canto y me hablaba, radiante, de *Aida*, viéndose a sí mismo ataviado con los trajes de brocado como sacerdote o guerrero. Después de su lección de canto me llevaba a Kranz's y me invitaba a un helado de chocolate. Íbamos a escuchar a la ruidosa banda de Paul Ash y también escuchábamos a unas focas amaestradas que tocaban *Yankee Doodle* mordisqueando las peras de goma de unas bocinas de automóviles. Nadábamos en la playa de Clarendon, donde todo el mundo se meaba en el agua. Por la noche me enseñaba astronomía y me explicaba a Darwin. Se casó con su enamorada de la escuela de Ypsilanti. Se llamaba Marsha y era obesa. La chica sentía añoranza de su ciudad y se echaba en la cama a llorar. Una vez la vi sentada en la bañera intentando lavarse el cabello. Cogía agua con las manos, pero tenía los brazos demasiado gruesos para levantarla con las palmas hasta la cabeza. Aquella buena chica murió. Menasha había sido electricista en Brooklin durante la mayor parte de su vida. De su tenor dramático no quedaba sino el quejido de un viejo sentimental. De su cabello rojo restaba únicamente esa disposición cirrosa anaranjada-blanquecina.

—Gente muy amable, los Citrine. Menos Julius, quizá. Era bastante grosero. ¿Sigue igual? Tu madre fue muy amable con Marsha. Tu pobre madre tan bondadosa... Pero vayamos a ver a Waldemar. Yo soy únicamente el comité de recepción y él está esperándote. Ocupa una habitación de atrás, cerca de la cocina.

Encontramos a Waldemar sentado al borde de su cama, un hombre de espaldas anchas, el pelo mojado cepillado a la manera de Humboldt, el mismo rostro ancho, los ojos grises y separados. A quince kilómetros de Coney Island, sorbiendo y expulsando toneladas de agua, exhalando vapor, había quizá una ballena con los ojos en la misma posición.

—De modo que tú eres el compinche de mi sobrino —manifestó el viejo jugador.

—Este es Charlie Citrine —dijo Menasha—. ¿Sabes, Waldemar?, me reconoció. El chico me reconoció enseguida. ¡Repámpanos, Charlie! Tenías que reconocerme. Me gasté una fortuna en gaseosas e invitaciones. Tenía que haber justicia.

Conocí a tío Waldemar a través de Humboldt, naturalmente. Era el único varón,

con cuatro hermanas mayores y una madre afectuosa, muy mimado, perezoso, un vago de los salones de billar, inconstante, que sacaba dinero a sus hermanas e incluso les robaba de sus monederos. Acabó por colocar también a Humboldt en posición de mayor, y él se convirtió más en un hermano que en un tío. El papel de chico era el único que conocía.

Yo estaba pensando que la vida era mucho más generosa de lo que nunca había imaginado. Se precipitaba sobre nosotros a tal ritmo, que era más de lo que nuestros sentidos y nuestro juicio podían apreciar. Una vida con sus relaciones amorosas, sus ambiciones operísticas, sus dólares y carreras de caballos, sus proyectos matrimoniales y residencias para ancianos, es, después de todo, una simple cucharada de esta superabundancia. Pero también brota desde dentro. Veamos una habitación como la de tío Waldemar, que huele a las salchichas que hierven para el almuerzo, con Waldemar sentado al borde de la cama, vestido cuidadosamente para recibir visitas, una cabeza alborotada semejante a la de Humboldt, pero más parecida a un diente de león abierto, el tono rubio convertido en gris. Consideremos la camisa verde del anciano caballero, abotonada hasta el cuello; su mejor traje colgado de una percha en el rincón (tendría un elegante funeral); los macutos debajo de la cama y las fotografías de caballos y boxeadores y la fotografía de Humboldt tomada durante la época en que Humboldt era irresistiblemente guapo. Si la vida consiste literalmente en todo esto, la pequeña rima de Renata sobre Chicago es perfecta: «Sin aeropuerto estaría muerto». Y todo lo que el aeropuerto puede hacer es cambiar la escena y llevarnos de melancolía en melancolía, de aburrimiento en aburrimiento. ¿Por qué me asaltaría una especie de desfallecimiento al iniciarse esta entrevista con tío Waldemar en presencia de Menasha y de Renata? Porque hay muchísimo más en cualquier experiencia, contacto o relación de lo que la conciencia ordinaria, la vida diaria del yo puede percibir. Sí. Pues el alma pertenece a una vida exterior mucho más vasta, una vida que lo abarca todo. Ha de ser así. Al estar aprendiendo a considerar mi existencia simplemente como la existencia presente, una entre una serie, no quedé realmente sorprendido cuando me encontré con Menasha Klinger. Era obvio que él y yo teníamos una relación permanente en un grupo humano mucho más extenso, y su deseo de vestir brocados y cantar el Radamés de *Aida* era semejante a mi anhelo de llegar lejos, mucho más allá de los intelectuales de mi generación que habían perdido el alma imaginativa. Admiraba incondicionalmente a algunos de ellos, sobre todo a los hombres descollantes de la ciencia, astrofísicos, matemáticos puros y otros parecidos. Pero nada se había hecho sobre la cuestión principal. La cuestión principal, según Walt Whitman había indicado, era la cuestión de la muerte. La música me arrastraba hacia Menasha. A través de la música, un hombre afirmaba que lo que no se podía responder lógicamente se podía responder de otra forma. Los sonidos sin un significado determinado se hacían cada vez más pertinentes y la música más sublime. Tal era la misión de un hombre. Yo también, a pesar de mi letargia y debilidad, estaba aquí por una razón importante. Más tarde, cuando mirara atrás mi vida del siglo xx,

consideraría en qué consistía exactamente mi misión. Los calendarios se desintegrarían bajo la contemplación del espíritu, pero quedaría una escena de diciembre de un viaje en metro, en unos coches deteriorados por pandillas juveniles, y una bella mujer que yo seguía por el paseo junto al mar, mientras oía el estridente traqueteo de los tenderetes del tiro al blanco y percibía el olor de las palomitas de maíz y las salchichas, a la vez que pensaba en la cualidad sexual de su figura, el consumismo de sus vestidos y mi amistad con Von Humboldt Fleisher, que me había llevado a Coney Island. En mi purgatorio reflexivo, lo vería desde una perspectiva diferente y entendería, quizá, el sentido de todas estas peculiaridades, sabría por qué se había abierto un estuario emocional en mí cuando puse los ojos en Waldemar Wald.

Waldemar estaba diciendo ahora:

—¡Cuántos años hace que nadie me había visitado! Me han olvidado. Humboldt nunca me hubiera metido en una pocilga como esta. Era provisional. La comida es horrible, y el personal, cruel. Te dicen: «Cierra el pico, estás gagá». Todos son del Caribe. Y los demás son *krauts*. Menasha y yo somos prácticamente los únicos norteamericanos. Humboldt hizo un chiste una vez: «Dos son compañía, tres son un *kraut!*<sup>[16]</sup>».

—Pero él lo trajo aquí —dijo Renata.

—Solo hasta que pudiera solventar algunos problemas. La semana antes de su muerte, la pasó buscando un apartamento para los dos. En cierta ocasión vivimos juntos durante tres meses y aquello fue la gloria. Por la mañana, al levantarnos, bacon y huevos como una verdadera familia, y después charlar sobre béisbol. Lo convertí en un auténtico fanático, ¿lo sabíais? Cincuenta años atrás le compré un guante de primera base. Le enseñé a parar y devolver la pelota y a echar fuera a un individuo. Rugby, también. Le enseñé a lanzar un pase delantero. El apartamento de mi madre tenía un largo pasillo donde podíamos jugar. Cuando su padre los abandonó, quedó la casa llena de mujeres y me correspondía a mí hacer un muchacho norteamericano de Humboldt. Esas mujeres ya estropearon bastante las cosas. Fijaos en los nombres que nos dieron: ¡Waldemar! Los chicos me llamaban Walla-Walla. Y tampoco Humboldt lo pasó bien. La idiota de mi hermana le puso ese nombre por una estatua que hay en Central Park.

Todo esto me resultaba muy familiar por el encantador poema de Humboldt titulado «Tío Harlequin». Waldemar Harlequin, en los viejos tiempos de la avenida West End, después de que sus hermanas habían salido para ganarse el pan, se levantaba a las once, se tomaba un baño de una hora, se afeitaba con una hoja nueva de afeitar Gillette, y desayunaba. Su madre se sentaba junto a él para untarle con mantequilla los panecillos, para pelarle el pescado y quitarle las espinas y para servirle el café mientras él leía el periódico. Entonces cogía algunos dólares de su madre y salía. Durante la cena hablaba de Jimmy Walker y Al Smith. Él era, en opinión de Humboldt, su familia norteamericana. Esta era su función entre las damas

y con su sobrino. Cuando se anunciaban las convenciones nacionales por la radio, Waldemar podía seguir la lista de los estados al unísono con el locutor —«Idaho, Illinois, Indiana, Iowa...»— y unas lágrimas patrióticas acudían a sus ojos.

—Señor Wald, he venido a verlo a propósito de los papeles que Humboldt dejó. Ya le dije por teléfono que tengo una nota de Orlando Huggins.

—Sí, ya conozco a Huggins, esa caña de pescar. Ahora quiero preguntarte algo sobre estos papeles. ¿Tienen algún valor o no lo tienen?

—Algunas veces leemos en el *Times* que una carta de Robert Frost llega a valer ochocientos dólares —dijo Menasha—. Y ni que decir tiene de Edgar Allan Poe.

—¿Y qué es lo que hay en esos papeles, señor Wald? —preguntó Renata.

—Bueno, he de confesar que yo nunca comprendí nada de lo que escribía —declaró Waldemar—. No soy un gran lector. Lo que Humboldt escribía estaba muy por encima de mi mente. Humboldt podía golpear como un maldito hijo de perra en la pista del barrio. Con sus hombros, imaginaos cuánta fuerza llevaba en su empuje. Si me hubiera hecho caso, habría terminado en la Gran Liga. Pero comenzó a haraganear por la biblioteca de la calle Cuarenta y dos y a hablar gilipolleces con esos vagos en los escalones de enfrente. Y pronto supe que le estaban imprimiendo poemas eruditos en las revistas. Me refiero al tipo de revistas sin ilustraciones.

—Vamos, Waldemar —dijo Menasha. Se le agitaba el pecho con la emoción y cada vez elevaba más la voz—. He conocido a Charlie desde niño. Quiero decirte que puedes confiar en él. Hace mucho tiempo, tan pronto como le vi, me dije: «Este chico tiene un corazón de oro». También él ha crecido mucho, aunque comparado con nosotros todavía es un tipo fuerte. Vamos, Waldemar, ¿por qué no eres sincero y le cuentas lo que estás pensando?

—En los papeles de Humboldt, como documentos, probablemente no hay mucho dinero —le expliqué—. Se podría intentar venderlos a un coleccionista. Pero quizá entre lo que dejó haya algo que se pueda publicar.

—Principalmente es cuestión de sentimiento —dijo Renata—. Como un mensaje de un amigo desde el otro mundo.

Waldemar la miró, obstinado.

—Pero supongamos que sí sea valioso, ¿por qué habría de joderme? ¿Tengo derecho o no lo tengo a sacar algo de todo eso? Quiero decir, ¿por qué tendría que pudrirme aquí en este inmundo lugar? Tan pronto como me enseñaron la esquila mortuoria de Humboldt en el *Times*... ¡Cristo! ¡Imagina la impresión que recibí! Como mi propio hijo, el último de la familia, ¡mi propia sangre! Tan rápido como pude, tomé el metro y fui a su habitación. Ya habían desaparecido la mitad de sus cosas. Los policías y la dirección del hotel estaban apoderándose de todo. El dinero, el reloj y su pluma estilográfica y la máquina de escribir ya no estaban.

—¿Y de qué sirve guardar todo ese material soñando que sacarás una buena tajada? —dijo Menasha—. Entrégalo a una persona que sepa lo que se hace.

—No seas soplón —le dijo Waldemar a Menasha—. Estamos en esto juntos.

Estoy dispuesto a sincerarme contigo, Citrine. Hace mucho tiempo que había podido colocar este material. Si me lo preguntas, creo que tiene auténtico valor.

—Entonces lo ha leído —le dije.

—¡Demonio! Naturalmente que lo he leído. ¿Y qué otra maldita cosa puedo hacer? Pero no le encontré ni pies ni cabeza.

—Ni se me ocurriría estafarlo en lo más mínimo —aseguré—. Si tiene algún valor, se lo diré francamente.

—Bueno, ¿y por qué no llamamos a un abogado para que extienda un documento legal? —opinó Waldemar.

No había duda alguna de que se trataba del tío de Humboldt. Yo me hice muy persuasivo. Nunca me muestro tan razonable como cuando deseo algo intensamente. Hasta puedo lograr que parezca perfectamente justo que yo lo posea.

—Haremos las cosas tan legalmente como usted quiera —le dije—. Pero ¿no debería leerlo antes? ¿Cómo puedo opinar sin examinarlo antes?

—Bien. Léelo aquí —respondió Waldemar.

Menasha me dijo:

—Siempre has sido deportista, Charlie. Arriésgate.

—En ese aspecto, mi expediente no es tan sólido —dijo Waldemar.

Pensé que iba a llorar, tan temblorosa era su voz. Quedaba tan poco entre él y la muerte... En el descolorido carmesí de la raída alfombra, un pálido fragmento de tibieza invernal le decía «no llores, viejo». Inaudibles tormentas de luz, a ciento cincuenta millones de kilómetros, utilizaban una Axminster raída, un pedacito de manufactura humana, para dar a conocer un mensaje a través de la sucia ventana de un asilo. Mi propio corazón se enterneció. Deseaba transmitir algo importante. Hemos de cruzar los amargos umbrales de la muerte, deseaba decirle, y devolver estos minerales prestados que constituyen nuestro cuerpo, pero quiero explicarte, hermano Waldemar, que sospecho profundamente que las cosas no terminan aquí. El pensamiento de la vida que ahora llevamos puede apenarnos más tarde con la misma intensidad con que ahora nos apena el pensamiento de la muerte.

Bien, finalmente lo convencí con mi buen sentido y mi sinceridad y todos nos arrodillamos y comenzamos a sacar cosas heterogéneas de debajo de su cama: zapatillas, un viejo balón de bolos, un juego de béisbol de juguete, naipes, dados, cajas de cartón y maletas, y, finalmente, una reliquia que pude identificar: el maletín de Humboldt. Era el viejo cartapacio de Humboldt, con las correas gastadas, el mismo que solía llevar siempre, atiborrado de libros y frascos de píldoras, en el asiento posterior de su Buick.

—Espera, ahí tengo mis documentos —dijo Waldemar, preocupado—. Lo desordenarás todo. Déjame a mí.

Renata, en el suelo como todos nosotros, limpiaba el polvo con pañuelos de papel. Continuamente decía: «Toma un Kleenex», y sacaba pañuelos de papel.

Waldemar sacó algunas pólizas de seguros y un grupo de tarjetas perforadas de la

Seguridad Social. Había también algunas fotografías de caballos, que él identificó como un juego casi completo de los ganadores del Derby de Kentucky. Seguidamente, como un cartero miope, repasó numerosos sobres. «¡Más aprisa!», hubiera querido decirle yo.

—Este es el sobre —declaró al fin.

Ahí estaba mi nombre, escrito con la letra apretada y desigual de Humboldt.

—¿Qué hay dentro? Déjame que lo vea —dijo Renata.

Yo se lo quité de las manos, un sobre de papel manila pesado y grande.

—Tendrás que darme un recibo —dijo Waldemar.

—Por supuesto. Renata, ¿te importaría escribirlo? Pon: «He recibido del señor Waldemar Wald documentos que me legó Von Humboldt Fleisher». Lo firmaré.

—¿Documentos de qué clase? ¿Qué es lo que hay ahí?

—¿Qué hay? —preguntó a su vez Waldemar—. Una de las cosas es una larga carta personal para el señor Citrine. Además, un par de sobres sellados, que nunca abrí porque hay instrucciones respecto a que si se abren algo va mal con el copyright. De todos modos, son duplicados, o duplicados de duplicados. No podría decirlo. La mayor parte de todo eso no tiene sentido para mí. Quizá lo tenga para ti. De todos modos, como último miembro de mi familia quiero decirte lo que pienso. Tengo a mis difuntos esparcidos por todas partes, una tumba aquí y la otra en el infierno y perdida, mi hermana en ese terruño que llaman el Valhalla de los judíos alemanes, y mi sobrino enterrado en el cementerio de los pobres. Lo que yo quisiera de verdad es reunir otra vez a toda la familia.

Menasha dijo:

—Waldemar está preocupado porque Humboldt fue enterrado en un mal lugar. Alejado, en tierra de nadie.

—Si hay algún valor en este legado, el primer dinero que reciba será para desenterrar al chico y trasladarlo. Pero no al Valhalla. Eso fue cosa de mi hermana para estar a la altura de los Jones. Ella tenía cierto sentimiento por los judíos alemanes. Pero quiero que estemos todos reunidos. Juntar a mis difuntos —dijo el viejo jugador de caballos.

Esta solemnidad fue totalmente inesperada. Renata y yo nos miramos.

—Cuenta con que Charlie procederá lealmente contigo —dijo Menasha.

—Le escribiré y le diré lo que encuentre en estos documentos —afirmé—. Y tan pronto como vuelva de Europa, le prometo que nos ocuparemos de todo. Ya puede comenzar a buscar un cementerio. Aunque estos documentos no tengan ningún valor comercial, estaré enteramente dispuesto a hacerme cargo de la factura funeraria.

—Tal como te dije —comentó Menasha dirigiéndose a Waldemar—. Un chico como este debía convertirse al crecer en un perfecto caballero.

Salimos entonces. Yo sostenía a cada uno de los vejetes por un brazo consumido, cogiéndolos por el doble nudo del codo donde se encuentran el radio y el cubito, y les prometía mantenerme en contacto. Caminando despacio detrás de nosotros, Renata,

con su rostro pálido y su gran sombrero, era incomparablemente más sólida en persona que cualquiera de nosotros. De pronto exclamó:

—Si Charles lo dice, Charles lo hará. Nos alejaremos, pero él seguirá pensando en vosotros.

En un rincón del frío pórtico seguían las sillas de ruedas, relucientes, ligeras, tubulares, metal inoxidable, con pliegues semejantes a murciélagos.

—No sé si alguien se opondría a que me sentara en una de esas sillas —comenté.

Me acomodé en una y le dije a Renata:

—Llévame de paseo.

Los viejos no sabían cómo tomar mi paseo arriba y abajo del pórtico sentado en la silla de ruedas y conducido por esa mujer recia y magnífica, que reía y mostraba sus maravillosos dientes.

—No te comportes como una tonta. Los puedes ofender, Renata —le dije—. Límitate a empujar.

—Estos malditos asideros están condenadamente helados —dijo Renata.

Con un garbo encantador —justo es decirlo— Renata se enfundó sus largos guantes.



En el aullante y plañidero metro, que avanzaba estruendosamente a gran velocidad, comencé a leer la larga carta, el prefacio al legado de Humboldt, y le iba pasando las páginas de papel de copia a Renata. Desinteresada, después de leer superficialmente algunas de ellas, me dijo sin ningún interés:

—Cuando llegues a la historia, avísame. No estoy muy fuerte en filosofía.

No puedo decir que se lo reprochara. Humboldt no era el precioso amigo de ella escondido en la noche sin fecha de la muerte. No había razón alguna para que ella estuviera conmovida como yo lo estaba. Renata no hacía ningún esfuerzo para compartir mis sentimientos ni yo deseaba que lo intentara.

«Querido Shoveleer —escribía Humboldt—. Estoy en mala situación, y me vuelvo más cuerdo a medida que me debilito. Una maldita y singular providencia hace que los lunáticos tengamos siempre energías para quemar. Si el viejo William James tenía razón y la felicidad consiste en vivir en la cúspide de la energía y nosotros estamos aquí para perseguir la felicidad, la locura es, en este caso, una pura bendición, y tiene también su sanción política suprema. —Esta era la clase de prosa a la que Renata ponía objeciones. He de admitir que no era un hábito mental reposado—. Vivo en un lugar detestable —seguía Humboldt—. Y como mal. He estado ahora comiendo sesenta o setenta cenas de *delicatessen*, de una tirada. No se puede hacer arte sublime con una dieta como esta. Por otra parte, la carne ahumada y la ensalada de patatas y pimientos parecen nutrir un juicio tranquilo. No salgo para cenar, me quedo en mi habitación. Hay un intervalo colosal entre la hora de la cena y la hora de dormir, y me siento junto a la ventana, con las persianas bajadas (¿quién puede estar mirando afuera durante dieciocho horas al día?), para corregir ciertos viejos errores. A veces se me ocurre que estoy pidiendo una prórroga a la muerte porque estoy comprometido en buenas obras. ¿No estaré también tratando de conservar mis ventajas en la muerte como en el acto sexual? (Haz esto, haz aquello, quédate quieta, ahora menéate, bésame la oreja, ráscame la espalda con las uñas, pero no me toques los testículos. Sin embargo, en este caso la muerte es la parte apasionada)».

—Pobre hombre, ahora puedo imaginarlo. Comprendo su modo de ser —comentó Renata.

«Así pues, Charlie, mientras estos días de más debilidad y más cordura vienen y van, pienso a menudo en ti, y pienso con una completa lucidez. Es totalmente cierto que fui injusto contigo. Sabía, incluso cuando te estaba jodiendo tan premeditada y ferozmente, que tú, en Chicago, intentabas ayudarme consultando a muchos sin decírmelo para conseguirme trabajos. Te llamé traidor, Judas, soplón, pelotilla, oportunista, hipócrita. Al principio sentía una profunda rabia negra contra ti y después, una ardiente rabia roja. Ambas exuberantes. El hecho es que sentía remordimientos a causa del cheque de hermanos de sangre. Yo sabía que estabas apenado por la muerte de Demmie Vonghel. Yo ansiaba ser astuto, y te hice una mala pasada. Tú eras todo un éxito. Y como si eso no fuese bastante, también querías ser una gran figura moral, así que al demonio contigo. Esto te iba a costar algunos miles

de dólares. Era una trampa. Te iba a brindar una oportunidad de perdonarme. Al perdonarme dejarías de usar la cabeza. Semejante bondad tan necia perjudicaría tu sentido de la realidad, y con tu sentido de la realidad deteriorado sufrirías lo que yo sufría. Toda esa intriga demente no era necesaria, claro está. De todos modos, ibas a sufrir porque la gloria y el oro te habían saturado. ¡Tu vertiginoso vuelo por los floridos cielos del éxito, etcétera! Tu innato sentido de la verdad, cuando menos, te pondría enfermo. Pero mi “razonamiento”, expuesto en fórmulas interminables como las fórmulas de química en la pizarra de la universidad, me hacía desfallecer de éxtasis. Yo era maníaco. Parloteaba desde la polvorienta cima de mi cabeza desequilibrada. Después me sentía deprimido y permanecía silencioso durante largos y largos días. Yacía en mi jaula. ¡Melancólicos días de gorila!

»Me preguntaba por qué ocupabas un lugar tan prominente en mis obsesiones y fijaciones. Quizá eres una de esas personas que provocan emociones familiares, con tu tipo de hijo y hermano. Tú quieres provocar un sentimiento, pero no lo devuelves necesariamente. La idea es que la corriente fluya en tu dirección. Tú estimulaste el juramento de hermandad de sangre. Yo estaba sin duda trastornado, pero actué siguiendo una sugerencia que emanó de tu persona. Sin embargo, utilizando las palabras del cantor, “A pesar de tus faltas, te amo todavía”. Tú eres un loco prometedor, eso es todo.

»Deja que te diga algo sobre el dinero. Cuando utilicé tu cheque de hermanos de sangre, yo no esperaba liquidar la cuenta del banco. Lo cobré, ofendido porque no habías ido a verme a Bellevue. Yo estaba sufriendo; pero tú no te acercaste, como debiera haber hecho un amigo leal. Decidí castigarte dolorosamente. Tú aceptaste el castigo y, por consiguiente, también el pecado. Tomaste prestado mi espíritu para colocarlo en Trenck. Mi fantasma era una estrella de Broadway. ¡Todo este engaño a la luz del día, roto, corrompido y sucio! No sabría presentarlo de otro modo. Tu enamorada murió en la jungla. Ella no te permitió venir a Bellevue, como descubrí después. ¡Oh! El poder del dinero y el embrollo del arte con el dinero, el dólar como el esposo del alma: un matrimonio que nadie ha tenido la curiosidad de estudiar.

»¿Y sabes qué hice con los seis mil dólares? Con parte del dinero compré un Oldsmobile. No podría decirte qué es lo que pensaba hacer con un automóvil tan poderoso en la calle Greenwich. Me costó montones de pasta estacionarlo en un garaje, más que el alquiler de mi quinto piso sin ascensor. ¿Y qué le sucedió al automóvil? Tuvieron que hospitalizarme y cuando salí, después de una serie de tratamientos de electro-choque, no pude recordar dónde lo había dejado. Tampoco pude encontrar el título de propiedad ni el registro. Así que tuve que olvidarme del automóvil. Pero durante algún tiempo conduje un formidable automóvil. Fui capaz de descubrir algunos de mis propios síntomas. Mis párpados adquirieron un profundo tono amoratado por el insomnio maníaco. Muy tarde, por la noche, pasaba con el auto por delante del teatro Belasco con algunos amigos y les explicaba: “Este es el éxito que pagó esta máquina poderosa”. Confieso que te la tenía jurada porque tú habías

creído que iba a ser el gran poeta norteamericano del siglo. Viniste desde Madison, Wisconsin, y así lo dijiste. ¡Pero no lo fui! ¡Y cuánta gente estaba esperando aquel poeta! ¡Cuántas almas esperaban la fortaleza y la dulzura de las palabras visionarias que purgaran la conciencia de su rancia suciedad, para aprender de un poeta lo que había sucedido con los tres cuartos de vida que obviamente están faltando! Pero durante estos últimos años ni tan siquiera he sido capaz de leer poesía, y mucho menos de escribirla. Abrí el *Fedro*, hace unos pocos meses, pero no pude. Me derrumbé. Mis posesiones están destrozadas, agujereadas. Todo está hecho añicos. No tuve la fortaleza suficiente para soportar las bellas palabras de Platón y comencé a llorar. El ego fresco, original, ya no está conmigo. Después pienso que quizá pueda recuperarme. Si juego hábilmente. Jugar con habilidad significa disfrutar de goces más sencillos. Blake supo hacerlo con el goce, alimento del intelecto. Y si el intelecto no puede digerir la carne (*Fedro*) se le da un hervido con pan tostado y leche caliente».

Cuando leí esas palabras sobre el ego original y fresco, comencé también a llorar, y la bondadosa y fuerte Renata movió la cabeza al darse cuenta, como diciendo: «¡Hombres!». Como diciendo: «Estos pobres monstruos misteriosos. Te abres camino en el laberinto y allí encuentras al minotauro con el corazón roto leyendo una carta». Pero yo veía a Humboldt en los días de su juventud, cubierto de arco iris, rebosante de palabras inspiradas, afectuoso, inteligente. En aquellos días, su maldad no era más que un punto negro infinitesimal, una ameba. La mención del pan tostado me trajo también a la memoria la pasta seca que lo había visto masticar en la acera aquel día caluroso. Aquel día di un triste espectáculo. Me porté muy mal. Tendría que haberme acercado a él. Tendría que haberlo tomado de la mano. Tendría que haberlo besado en el rostro. Pero ¿acaso tales acciones son efectivas? Y Humboldt estaba horrendo. Su cabeza era una urdimbre gris, como un arbusto infectado. Tenía los ojos enrojecidos, y su cuerpo grande parecía perdido dentro de su traje gris. Semejaba un viejo bisonte moribundo, y escapé. Quizá fue aquel mismo día cuando me escribió esta bella carta.

—Vamos, ánimo —me dijo Renata bondadosamente—. Sécate los ojos.

Me dio un pañuelo fragante, de fuerte y penetrante olor, como si en lugar de guardarlo en su bolso lo hubiera tenido entre las piernas. Lo llevé a mi rostro y, curiosamente, me proporcionó cierto alivio. Esa jovencita tenía una buena comprensión de ciertas cosas fundamentales.

«Esta mañana —continuaba Humboldt— el sol brillaba. Para algunos de los seres vivientes, era un buen día. Aunque no había dormido en las últimas noches, me acordaba bien de lo que era bañarse y afeitarse y desayunar y salir al mundo. Una luz ligeramente cetrina aclaraba las calles. (¿Esperanza para esta salvaje operación humana combinada que se llama Estados Unidos?). Pensé pasear hasta Brentano's y hojear un ejemplar de las *Letters* de Keats. Durante la noche estuve pensando en algo que Keats había dicho de Robert Burns. Sobre cómo una imaginación lujosa pierde su delicadeza con la vulgaridad y con las cosas asequibles. Pues los primeros

norteamericanos habían estado rodeados de bosques espesos, y después estuvieron rodeados por cosas asequibles, tan espesas como los bosques. El problema era un problema de fe: fe en la equiparable soberanía de la imaginación. De pie en Brentano's, comencé a copiar esta frase, pero un dependiente se acercó y me quitó las *Letters* de Keats. Creyó que yo era del Bowery. De modo que salí y aquello fue el final de un buen día. Me sentí como Emil Jannings en una de sus películas. El antiguo magnate de los negocios, arruinado por la bebida y las mujeres, vuelve a su casa como un viejo andrajoso e intenta atisbar por la ventana cuando se está celebrando la fiesta de casamiento de su hija. Un policía lo expulsa de allí, y él se aleja arrastrando los pies mientras el violonchelo toca la *Élégie* de Massenet.

»Ahora, Charles, vuelvo al pan tostado y a la leche caliente. Las grandes empresas no están evidentemente a mi alcance, pero mi ingenio, por raro que parezca, está intacto. Este ingenio, desarrollado para arrostrar los infortunios de la vida, reales o imaginarios, resulta un compañero para mí en estos días. Está a mi lado y tenemos una buena relación. En resumen, mi sentido del humor no ha desaparecido y, ahora que las pasiones de las grandes ambiciones se han desvanecido, él ha seguido presentándose ante mí con una anticuada reverencia extraída de Moliere. Se ha establecido una relación.

»¿Te acuerdas de cómo nos divertíamos en Princeton con un guión de película sobre Amundsen, Nobile y Caldofredo el Caníbal? Siempre creí que podría llegar a ser un clásico. Lo entregué a un individuo llamado Otto Klinsky, del edificio RCA. Me prometió hacerlo llegar a la prima del peluquero de sir Laurence Olivier, que era hermana de una mujer de la limpieza en *Time and Life*, quien era la madre de la peluquera que arreglaba el cabello de la señora Klinsky. En algún punto de estos intermediarios, nuestro guión se perdió. Pero tengo una copia. La encontrarás entre estos documentos».

Efectivamente la encontré. Tenía curiosidad por leerla otra vez.

«Pero esto no es mi regalo para ti —proseguía—. Después de todo lo hicimos juntos y sería erróneo llamarlo regalo. No, he imaginado otra historia y creo que vale una fortuna. Este pequeño trabajo ha sido importante para mí. Entre otras cosas, me ha proporcionado muchas horas de sensato esparcimiento algunas noches y me ha traído consuelo en horas de melancolía. Con la compilación de las diferentes partes, tuve el placer de un buen enredo. La terapia del deleite. Como escritor te diré que hemos tenido algunos extraños cuerpos norteamericanos para adaptarles las vestiduras del arte. El encantamiento no disponía de suficiente material para cubrir esta monstruosa carne de mamut, la tosquedad de esos brazos y piernas. Pero este prefacio está alargándose demasiado. En la página siguiente comienza mi guión. He intentado venderlo. Lo he ofrecido a algunas personas, pero no se mostraron interesadas. Ya no me quedan fuerzas para seguir intentándolo. La gente no quiere verme. ¿Te acuerdas de cuando fui a ver a Longstaff? Eso se acabó. Las recepcionistas no me dejan pasar. Supongo que tengo el aspecto de aquel difunto

amortajado que chillaba y farfullaba por las calles de Roma. En fin, Charlie, tú te hallas todavía en mitad de tu vida y tienes muchas relaciones. La gente escuchará al Shoveleer, el autor de *Trenck*, el cronista de Woodrow Wilson y Harry Hopkins. Este testamento mío no llegará a tus manos hasta que yo estire la pata. Pero entonces será un legado fabuloso, y yo quiero que sea tuyo. Porque tú eres, de una vez y al mismo tiempo, una nulidad y también un hombre apreciable.

»El bueno del viejo Henry James, del cual la señora de Henry Adams decía que abarcaba más de lo que apretaba, nos dice que la mente creativa rinde mejor con insinuaciones que con conocimientos muy extensos. Yo nunca he sufrido una desventaja por exceso de conocimientos. La *donnée* de este tratamiento procede de los artículos chismosos que he leído siempre con toda fidelidad. *Verbum sapientiae* —creo que este es el dativo—. El original es aparentemente auténtico.

## GUIÓN

### I

Un individuo llamado Corcoran, un autor de éxito, no ha producido durante muchos años. Han sido estériles sus intentos de elegir como tema el submarinismo y el salto con paracaídas. Corcoran está casado con una mujer decidida. Una mujer así hubiera sido una mujer formidable para Beethoven, pero él no quería nada con eso. Para interpretar la parte de Corcoran pienso en alguien como Mastroianni.

### II

Corcoran conoce a una bella mujer joven, con quien entabla relaciones. Si hubiera vivido la pobre Marilyn Monroe, habría sido ideal para este papel. Por primera vez en muchos años, Corcoran saborea la felicidad. Entonces, en un arranque de audacia, ingenio, atrevimiento, se escapa con ella a un lejano lugar. Su desagradable esposa está cuidando del padre enfermo. Aprovechándose de esto, él y su enamorada se van. No sé adónde. A la Polinesia, a Nueva Guinea, a Abisinia, con salterios, maravilloso y lejano. El lugar se conserva puro en su belleza y siguen unas semanas embelesadoras. Los caciques reciben a Corcoran y a su chica. Hay cacerías, y se organizan danzas y banquetes. La chica es un ángel. Se bañan juntos en los estanques, flotando entre gardenias e hibiscos. Por la noche, las estrellas se acercan. La sensibilidad se agudiza. La vida se renueva. Desaparecen la escoria y las impurezas.

### III

De regreso, Corcoran escribe un libro maravilloso, un libro tan vigoroso y bello

que debe darse a conocer al mundo. Pero...

#### IV

Corcoran no puede publicarlo. Lastimaría a su esposa y destruiría su matrimonio. Él también tuvo madre, y son muy pocas las personas con carácter suficiente para rechazar sus nuevas supersticiones sobre madres e hijos. Perdería su identidad, ni tan siquiera sería norteamericano sin esta pesadumbre por las mujeres dominantes. Si Corcoran no hubiese sido escritor, no habría mancillado el corazón de esa angélica criatura escribiendo un libro sobre su aventura. Por desgracia, es uno de esos tipos que escriben. Es, simplemente, escritor. No publicar lo mataría. Pero siente un miedo cómico de su esposa. Esta esposa debería ser maternal, jovial, franca, algo severa pero no demasiado adusta. A su propia manera, más bien atractiva. Una buena hembra, una chica norteamericana mandona. Creo que le iría bien que fuese una fanática que bebe Tiger's Milk y come jalea real. Ya pensarás lo que puede hacerse con eso.

#### V

Corcoran lleva el libro a su agente, un griego norteamericano llamado Zane Bigoulis. Este es un papel muy importante. Debería interpretarlo Zero Mostel. Es un actor genial. Pero si no se lo controla, se apodera de la obra. De todos modos, estoy pensando en él para este papel. Zane lee el libro y exclama: «¡Magnífico!». «Pero no puedo publicarlo, acabaría con mi matrimonio» —dice Corcoran. Fíjate, Charlie: ¡mi matrimonio! Habiéndose convertido el matrimonio en uno de los ídolos de la tribu (Francis Bacon), el origen de esta comedia es la formalidad inferior que ha sucedido a la formalidad superior de los Victorianos. Corcoran tiene suficiente imaginación para escribir un libro maravilloso, pero está esclavizado por actitudes de la clase media. Como la mosca perversa que nadie perseguía, así la clase media lucha cuando nadie contiene. Gritaron por su libertad, y la libertad llegó en torrente. Pero nada ha quedado, sino unos pocos maderos de psicoterapia flotando. «¿Qué haré?», se lamenta Corcoran. Deliberan. Bigoulis dice entonces: «Todo lo que puedes hacer es realizar con Hepzibah el mismo viaje que hiciste con Láveme. Exactamente el mismo viaje, siguiendo rigurosamente el libro, en la misma estación. Reproduciendo el viaje podrás publicar el libro».

#### VI

«No dejaré que cambien ni una palabra —dice Corcoran—. No ha de haber ninguna impureza, ninguna traición de la experiencia». «Déjame a mí —contesta Bigoulis—. Yo te precederé a todas partes con transistores, ordenadores

de bolsillo, etcétera, y sobornaré a los caciques. Conseguiré que organicen las mismas cacerías y banquetes y que repitan las danzas. Cuando tu editor lea este manuscrito, estará muy satisfecho de hacerse cargo de él». «Realmente es una idea espantosa hacer todo esto con Hepzibah. Y tendré que mentirle a Laverne. Para ella nuestro mes en la isla fue tan milagroso como para mí. Hay en ello algo sagrado». Pero Charlie, como demuestra *The Scarlet Letter*, el amor y la mentira siempre han ido juntas en este país. La verdad suele ser fatal. Dimmesdale la dice y se muere. Pero Bigoulis insiste, «¿Quieres que se publique el libro? ¿Deseas conservar tanto a Hepzibah como a Laverne? Desde un punto de vista masculino, es muy lógico. De modo que nos vamos a la isla. Ya lo arreglaré todo por ti. Si entierras este libro, yo pierdo cien mil dólares de comisión, y con los derechos de la película es posible que más todavía».

Veo, Charlie, que ahora he convertido el lugar en una isla. Pensando en *La tempestad*. Próspero es un Hamlet que alcanza su venganza a través del arte.

## VII

Así que Corcoran repite con Hepzibah el viaje que hizo con Laverne. ¡Oh! ¡Qué diferencia! Ahora todo es una parodia, profanación, risa perversa que hay que soportar. A los tipos superiores del martirologio, el siglo xx ha añadido el mártir bufo. Este, como puedes ver, es el artista. Deseando representar un gran papel en el destino de la humanidad, se convierte en un vago y un bufón. Se le inflige un doble castigo como potencial representante del significado y la belleza. Cuando el artista protagonista haya aprendido a permanecer hundido y arruinado, a aceptar la derrota y no defenderse, a subyugar su voluntad y aceptar su deber para con la maldita verdad moderna, quizá se le restituyan sus poderes de Orfeo. Las piedras bailarían otra vez cuando él toque. Y se reunirán el cielo y la tierra, después de un largo divorcio. ¡Qué alegría por ambas partes, Charlie! ¡Qué alegría!

Pero todo esto no cabe en nuestra obra. En la obra, Corcoran y su mujer se están bañando en un estanque cubierto de hibiscos. Ella está entusiasmada. Él lucha contra su depresión y ruega tener fuerzas suficientes para interpretar su papel. Entretanto, Bigoulis se adelanta a ellos para preparar cada acontecimiento, sobornar a los caciques y alquilar músicos y danzantes. Al mismo tiempo, por lo que se refiere a él, ve en esta isla la oportunidad de inversión de su vida. Está planeando ya construir allí el mayor lugar de recreo del mundo. Por las noches se queda sentado en su tienda, con un mapa, diseñando una cúpula de placer. Los nativos se convertirán en camareros, cocineros, porteros y llevarán los palos en el campo de golf.

## VIII

Terminado el horrible viaje, Corcoran vuelve a Nueva York y publica su libro. Es

un gran éxito. Su esposa lo abandona y pide el divorcio. Ella sabe que no es la heroína de esas tiernas escenas. Laverne está ofendida al descubrir que él ha repetido el mismo viaje, para ella sagrado, con Hepzibah. Declara que nunca podría amar a un hombre capaz de semejante traición. ¡Hacer el amor a otra mujer entre aquellas flores, a la luz de la luna! Ella ya sabía que era un hombre casado, y estaba dispuesta a tolerarlo. Pero no esto, no la demolición de la fe. No quiere verlo nunca más.

Ahí queda él, por tanto, solo con su éxito, y su éxito es enorme. Tú ya sabes lo que eso significa...

»Charlie, este es el legado que te hago. Vale un centenar más de veces que el cheque que presenté. Una película como esta lograría millones y llenaría la Tercera Avenida con grandes colas durante un año por lo menos. Insiste en que te hagan partícipe de un tanto por ciento de la taquilla.

»Tú escribirás un buen guión con este boceto, si sigues recordándome del mismo modo que yo me acordé de ti al escribirlo. Tú te apoderaste de mi personalidad y la explotaste al escribir tu *Trenck*. Yo he tomado prestada la tuya para crear este Corcoran. No permitas que las caricaturas se te escapen de las manos. Deja que te llame la atención sobre la opinión de Blake al respecto. “Me gusta la diversión —dice Blake—, pero demasiada diversión es, entre todas las cosas, lo más repugnante. El regocijo es mejor que la diversión, y la felicidad mejor que el regocijo. Tengo el presentimiento de que el hombre puede ser feliz en este mundo. Y sé que este mundo es un mundo de imaginación y visión. [...] El árbol que provoca lágrimas de alegría en algunos, es para los ojos de otros únicamente una cosa verde que se alza en medio del camino. Algunos ven la naturaleza como algo ridículo y deforme, y yo no regularé mis proporciones siguiendo a estos últimos”».

Humboldt añadía algunas frases más.

«He explicado ya por qué escribí un guión. Realmente, no me sentía lo bastante fuerte para soportar las grandes cargas. No he obtenido el éxito aquí, Charlie. Para no ser culpable de un fracaso final de buen gusto, evitaré una pesada declaración. Digamos tan solo que ya tengo un pie en el otro lado y que, al mirar hacia atrás, te veo muy lejos, atareado todavía en el campo del ridículo.

»Ayuda a mi tío Waldemar todo lo que puedas. Puedes estar seguro de que, si existe un más allá, yo estaré ayudándote. Antes de sentarte a trabajar en esta obra, oye algunas escenas de *La flauta mágica* en tu fonógrafo, o lee *La tempestad*, o a E. T. A. Hoffmann. Eres perezoso, ignominioso, más duro de lo que crees, pero todavía no estás perdido del todo. Tienes una parte humana correcta. Se supone que debemos hacer algo por nuestra especie. No te pongas frenético por lo que respecta al dinero. Vence tu avaricia. Mejor suerte con las mujeres. Y finalmente... recuérdalo: no somos seres naturales, sino seres sobrenaturales.

»Con todo el afecto,



—De modo que ahora sé por qué no hemos ido a la Scala —dijo Renata—. Teníamos entradas para esta noche. Todo ese brillo, esa esplendorosa representación de *El barbero de Sevilla*, la oportunidad de formar parte del mayor público musical de Europa. Y lo hemos sacrificado. ¿Y para qué? Para ir a Coney Island. ¿Y con qué hemos regresado? Con un boceto lleno de necedades. Es para reírse. —Y, de hecho, se reía. Estaba de buen humor y pocas veces la había visto más bella que en aquel momento, con su negro cabello echado hacia atrás y sujeto en lo alto, lo que daba una impresión... bueno, una impresión como de liberación, sedosa y milagrosa. Los matices del rojo iban muy bien con Renata—. A ti poco te importa no haber ido a la Scala. A pesar de toda tu fama, no te preocupas mucho por la cultura. En el fondo eres de Chicago, después de todo.

—Déjame que te compense. ¿Qué hay en el Metropolitan esta noche?

—No, dan Wagner, y ese *Liebestod* se me hace eterno. Pero ya que todos hablan de lo mismo, veamos si podemos entrar a ver *Garganta profunda*. Bien, ya te veo dispuesto a hacerme una observación sobre las películas porno. No la hagas. Te diré en qué consiste tu actitud... Cuando se hace es divertido, pero cuando se ve es impuro. Y recuerda, además, que tus pullas no demuestran ningún respeto por mí. Primero hago cosas por ti, y después me convierto en una mujer de cierta clase.

De todos modos, estaba de buen talante, charlatana y muy afectuosa. Almorzamos en el Oak Room, lejos de las judías secas y las salchichas del asilo de ancianos. Tendríamos que haber agasajado a aquellos dos ancianos y haberlos llevado con nosotros. Durante el almuerzo, Menasha habría podido contarme muchas cosas de mi madre. Ella murió siendo yo adolescente y anhelaba oír hablar de ella por boca de un hombre maduro, si es que Menasha era eso. Mi madre había llegado a ser para mí una persona sagrada. Julius insistía continuamente en que él no podía recordarla en absoluto. Y dudaba también de mi propia memoria. ¿Por qué ese entusiasmo (cercano a la histeria) por el pasado? Hablando clínicamente, supongo que el problema era la histeria. Filosóficamente, el resultado era algo mejor. Platón relaciona el recuerdo con el amor. Pero no podía pedir a Renata que me acompañara con dos vejetes a algún merendero junto al mar y que pasara toda la tarde ayudándolos a leer el menú y lidiar con las almejas, limpiándoles la mantequilla caída en sus pantalones, mirando a lo lejos cuando se les desprendían las dentaduras postizas, únicamente para que yo pudiera oír hablar de mi madre. A ella le resultaba extraño que un individuo maduro como yo estuviera tan ansioso de oír reminiscencias sobre su madre. El contraste con aquellos viejos podía hacerme parecer algo más joven, pero cabía la posibilidad de que nos mandara a todos al cuerno en un momento de irritación. Por eso, Menasha y Waldemar se vieron privados de un agasajo.

En el Oak Room, Renata encargó caviar de Beluga. Dijo que era su recompensa por haber viajado en Metro.

—Y después de eso —le dijo al camarero—, ensalada de langosta. Como postre,

*profiterole*. El señor Citrine comerá *omelette aux fines herbes*. Él encargará el vino.

Así lo hice, después de que ella me dijo lo que deseaba. Encargué una botella de Pouilly-Fuissé. Cuando el camarero se alejó, Renata me dijo:

—Veo que tus ojos se deslizan de derecha a izquierda al leer el menú. No hay razón alguna para representar el papel de muchacho pobre. Siempre puedes hacer dinero, montones de dinero. Especialmente si formas equipo conmigo. Te prometo que seremos lord y lady Citrine. Ya sé que la visita a Coney Island te ha oprimido el corazón. De modo que te señalaré algo por lo que debes considerarte afortunado. Mira a tu alrededor en este comedor, y contempla a las mujeres: fíjate en la clase de corredores de bolsa importantes, ejecutivos de grandes corporaciones y abogados de primera línea a los que ellas se arriman. Y compara.

—Tienes toda la razón. Y mi corazón se lamenta por todos ellos.

El camarero de los vinos se acercó y efectuó los gestos de rigor, mostró la etiqueta, y ahondó con su sacacorchos. Vertió entonces un poco de vino en mi copa para que lo probara, y me acosó con algunas cortesías superficiales que tuve que corresponder.

—De todos modos, ahora reconozco que venir a Nueva York ha estado bien — declaró Renata—. Ahora ya has cumplido tu misión aquí y todo será para mejorar. Ya ha llegado la hora de que tu vida se base en un fundamento real, y te desprendas de algunas toneladas de basura. Tus simpatías y tus sentimientos te honran, pero eres como un intérprete de mandolina que pulsa cada nota diez veces. Es primoroso, pero se hace muy largo. ¿Ibas a decir algo?

—Sí, la rareza de la vida en esta tierra es muy opresiva.

—Estás diciendo continuamente «en esta tierra», y eso me desagrada. Ese viejo doctor Scheldt, el padre de tu gatita Doris, te ha llenado la cabeza con sus mundos superiores esotéricos, y cuando hablas conmigo de esto me parece que ambos nos volvemos un poco desquiciados: conocimientos que no necesitan de un cerebro, oír sin oídos reales, ver sin ojos, los muertos están con nosotros, el alma abandona el cuerpo durante el sueño... ¿Crees tú en todas esas cosas?

—Las acepto con la gravedad necesaria para detenerme a examinarlas. En cuanto a que el alma abandona el cuerpo mientras dormimos, mi madre estaba absolutamente convencida de ello. Así me lo dijo cuando yo era niño. No veo nada raro en ello. Únicamente mi mente cultural se opone a ello. Tengo el presentimiento de que mi madre tenía razón. Y esto no puede llevarme a ser raro, porque ya soy una rareza. Las personas tan ingeniosas y fértiles en deseos como yo, y también mis superiores maravillosos, han muerto ya. ¿Y qué es esta muerte? Otra vez, *nessuno sa*. Pero la ignorancia de la muerte nos está destruyendo. Y este es el campo del ridículo en el que Humboldt me contempla todavía atareado. Ninguna persona honorable puede negarse a prestar su mente, a ofrecer su tiempo, a dedicar su alma a este problema primordial. Hoy en día la muerte no es cuestionada seriamente por la ciencia, ni por la filosofía, la religión, o el arte...

—¿Y tú crees que las teorías extravagantes constituyen la solución?

Murmuré algo para mí mismo, pues ella había oído antes esta cita de Samuel Daniel, y su imagen de intérprete de mandolina me impedía repetirla en voz alta. Era así: «Mientras el conocimiento temeroso sigue reflexionando, la audaz ignorancia ha realizado la hazaña». Mi creencia era que la vida en esta tierra también lo era todo, siempre que aprendiéramos a percibirlo. Pero sin conocerlo, la opresión nos conducía a la angustia. Mi corazón sentía angustia sin cesar, y yo estaba enfermo y cansado por ello.

—Te diré qué es lo que me preocupa —dijo Renata—. Que adores lo que te plazca es básico y perfectamente norteamericano. Pero cuando abres los ojos hay un brillo extraño en ellos, una mezcla de melancolía y chifladura. Me encantó lo que dijo Humboldt a propósito de que eras un loco prometedor. Lo encontré adorable.

Por mi parte, adoraba la jovialidad de Renata. Su rudeza y franqueza eran infinitamente mejores que su aspecto de amor piadoso. Ese nunca me convenció, nunca. Pero su jovialidad cuando esparcía caviar, huevo y cebolla sobre una tostada para mí me producía un consuelo maravilloso.

—Únicamente —continuó— que no debes continuar parlotando como una niña de diez años. Y ahora pongamos en claro esta cuestión de Humboldt. Él pensó que te dejaba una propiedad valiosa. Pobre hombre. ¡Vaya palabrería! ¿Quién compraría una historia semejante? ¿Qué tiene de bueno? Habría que hacer todo dos veces, primero con la chica y después con la esposa. Volvería loco a cualquier público. Los productores quieren ir más allá de *Bonnie y Clyde*, *French connection* y *El padrino*. Un asesinato en el metro. Unos amantes desnudos que se ven sorprendidos por una ráfaga de ametralladora que los hace saltar por los aires. Un tipo tendido en la mesa de un masajista, al que le meten una bala a través de las gafas. —La despiadada y afable Renata se reía mientras sorbía el Pouilly-Fuissé, consciente de que yo admiraba su garganta y la femenina delicadeza de sus anillos blancos (aquí el velo de Maya era tan vivido como siempre)—. Bueno, ¿no es verdad, Charlie? ¿Y cómo compite Humboldt? Soñaba con tener una relación mágica con su público. Pero tú tampoco lo conseguiste. Sin tu director, *Trenck* nunca habría sido un éxito de taquilla. Tú mismo me lo dijiste. ¿Y qué conseguiste por los derechos cinematográficos de *Trenck*?

—El precio acordado fue de trescientos mil dólares. El productor se llevó la mitad, el agente el diez por ciento, el gobierno se llevó el sesenta por ciento del resto, invertí cincuenta mil en la casa de Kenwood que ahora pertenece a Denise... —Mientras yo citaba números y tantos por ciento, el rostro de Renata permanecía maravillosamente pacífico—. Así es como se derrumba mi éxito comercial —declaré—. Y es cierto que nunca hubiera sido capaz de hacerlo yo solo. Todo fue obra de Harold Lampton y Kermit Bloomgarden. En cuanto a Humboldt, no fue el primer hombre que fracasó intentando combinar el éxito mundano con la integridad poética, con un soplo de fuego poético, según dice Swift, y en consecuencia inadecuado para

la Iglesia, las Leyes o el Estado. Pero pensó en mí, Renata. Su guión muestra su opinión sobre mí: necedad, complejidad, sutilidad desperdiciada, un corazón afectuoso, una especie de genio desorganizado, cierta elegancia de construcción. Su legado es también su afectuosa opinión de mí. Lo hizo lo mejor que pudo. Fue también un acto de amor...

—Charlie, fíjate, te están trayendo el teléfono —dijo Renata—. ¡Es formidable!

—¿Es usted el señor Citrine? —preguntó el camarero.

—Sí.

Enchufó el aparato y hablé con Chicago. La llamada provenía de Alee Szathmar.

—Charlie, ¿estás en el Oak Room? —me preguntó.

—Sí, estoy.

Rio excitado. Nosotros dos, que cuando éramos niños habíamos boxeado en el callejón con nuestros guantes de boxeo, y nos habíamos golpeado en el rostro hasta aturdimos y quedar sin aliento, ahora éramos hombres y nos habíamos encumbrado en el mundo. Yo estaba en Nueva York, almorzando elegantemente; él me llamaba por teléfono desde una oficina decorada en la calle La Salle. Por desgracia, los mensajes que me transmitió no se correspondían con la opulenta situación. ¿O quizá sí?

—Urbanovich está de acuerdo con Denise y Pinsker. El tribunal ha decidido que debes hacer un depósito de doscientos mil dólares. Esto es lo que sucede cuando haces caso omiso de mis consejos. Te dije que escondieras algún dinero en Suiza. No, tú tenías que proceder honradamente. No ibas a cometer un acto reprensible. Esta es la clase de esnobismo que te arruina. ¿Quieres austeridad? Muy bien, estás doscientos mil dólares más cerca de ella que ayer.

Un ligero eco me indicó que estaba utilizando un amplificador. Mis respuestas resonaban en su oficina a través del altavoz del intercomunicador. Esto quería decir que su secretaria, Tulip, estaba escuchando. A causa del interés afectuoso que esta mujer se tomaba en mis asuntos, Szathmar, siempre dispuesto a la exhibición, la invitaba algunas veces a escuchar nuestras conversaciones. Era una mujer distinguida, algo pálida y gruesa, con el porte noble y triste propio del West Side. Mostraba gran dedicación por Szathmar, cuyas debilidades conocía y perdonaba, aunque este no tenía conciencia de ninguna de sus debilidades.

—¿Qué vas a hacer para conseguir dinero, Charlie? —me dijo.

Lo primero que debía hacer era ocultar los hechos a Renata.

—No existe problema inmediato. Todavía debo tener un pequeño saldo contigo, ¿no es cierto?

—Quedamos de acuerdo en que yo restituiría el préstamo del apartamento en cinco plazos anuales, y ha vencido ya el plazo de este año. Supongo que las décadas de consejo legal gratis que te he dado no cuentan para nada.

—También me pusiste en contacto con Tomchek y Srole.

—Los mejores de Chicago en cuestión de relaciones familiares. Pero no pudieron

trabajar contigo. Nadie podría.

Renata me pasó otro pedacito de tostada con caviar, huevo picado, cebolla y crema agria.

—Te he dado el mensaje número uno —dijo Szathmar—. El mensaje número dos es llamar a tu hermano en Texas. Su esposa ha estado intentando localizarte. No te asustes, no ha sucedido nada. Van a intervenir quirúrgicamente a Julius, a corazón abierto. Tu cuñada dice que van a trasplantarle algunas arterias a causa de la angina de pecho que padece. Creyó que su único hermano debía saberlo. Irán a Houston para la operación.

—Te ha cambiado el rostro. ¿Qué es lo que pasa? —dijo Renata en cuanto colgué el auricular.

—Van a operar a mi hermano a corazón abierto.

—¡Oh! —exclamó ella.

—Sí. Debo ir allí.

—¿No me estarás pidiendo que retrasemos este viaje otra vez?

—Desde Texas podemos volar a Europa fácilmente.

—¿Tienes que ir?

—Naturalmente, debo hacerlo.

—No he llegado a conocer a tu hermano, pero sé que es un hombre rudo. Él no renunciaría a sus planes por ti.

—Mira, Renata, es mi único hermano y estas operaciones son horribles. Según tengo entendido, te abren el pecho, te sacan el corazón, lo dejan encima de una toalla o algo parecido, mientras hacen circular la sangre mecánicamente. Es una de esas endemoniadas cosas de la técnica moderna. ¡Pobre humanidad! Nos han arrojado a todos al mundo de los objetos...

—¡Puf! —dijo Renata—. Espero que nunca hagan semejante rompecabezas conmigo.

—Mi querida Renata, en tu caso el simple pensamiento es una blasfemia.

Los pechos de Renata, libres de la sujeción del vestido, se inclinaban ligeramente a derecha e izquierda, debido a cierta redondez encantadora en su base y quizá por su conexión con los polos magnéticos de la Tierra. Uno no pensaba en el busto de Renata al modo usual humano, ciertamente tampoco al modo humano de mi hermano, de cabello gris y corpulento.

—Quieres que vaya a Texas contigo, ¿verdad? —me preguntó.

—Sería muy importante para mí.

—Y para mí también, si fuésemos marido y mujer. Iría allí dos veces a la semana si necesitaras ayuda. Pero no esperes llevarme a remolque y exhibirme ante un viejo libertino como tu amiga. Eso no va con mi comportamiento de mujer soltera.

Esto último era una referencia a la noche que no me dejó entrar en su casa y estuvo con Flonzaley, el rey de las pompas fúnebres. Estuvo llorando, así lo contaba ella, mientras yo la llamaba frenéticamente por teléfono.

—Cásate conmigo —me dijo ahora Renata—. Cambia mi estado. Es todo lo que necesito. Seré una esposa maravillosa.

—Debería hacerlo. Eres una mujer magnífica. ¿Cómo podría discutir contigo?

—No hay nada que discutir. Mañana me voy a Italia y tú puedes encontrarte conmigo en Milán. Pero entraré en la peletería de Biferno en una situación desventajosa. Como mujer divorciada que anda por ahí con un amante, no puedo esperar que mi padre se muestre entusiasmado, y, prácticamente hablando, será mucho más difícil para él sentir una catarsis emocional conmigo que si yo fuese una inocente jovencita. En cuanto a mí, recuerdo todavía cómo nos pusieron a mi madre y a mí de patitas en la calle, en plena Via Monte Napoleone, y cómo me quedé plantada frente al escaparate lleno de bellas pieles y lloré. Hoy todavía, cuando voy a Gucci y veo las lujosas maletas y los bolsos, me siento casi desfallecer por la congoja y el despecho que experimento.

Algunas declaraciones pasan de largo, otras tienen eco. Las palabras «mi comportamiento de mujer soltera» seguían repitiéndose como si ella tuviera la intención táctica de que fuese así. Pero era imposible casarme con ella con el único objeto de darle un estado honesto para unos pocos días de estancia en Milán.

Subí al cuarto del desván y pedí a la telefonista que me pusiera en contacto con mi hermano, en Corpus Christi.

—¿Ulick? —dije, utilizando su mote cariñoso.

—Sí, Chuckie.

—Mañana saldré para Texas.

—Vaya, ya te lo han dicho —respondió Julius—. Me van a operar el miércoles. Bueno, ven para acá si no tienes otra cosa que hacer. Creía que te ibas a Europa.

—Puedo abandonar el país desde Houston.

Julius, naturalmente, se sintió complacido al saber que deseaba ir, pero desconfiaba y pensaba si no estaría calculando sacar algún provecho. Julius me quería de verdad, pero afirmaba, convencido, que no era así. Mi intensidad fraternal lo halagaba, pero era demasiado lúcido para engañarse a sí mismo. Él no era un hombre digno de afecto y, si ocupaba un lugar importante en mis sentimientos, y esos sentimientos eran complejos y sutiles, se debía a que yo era extrañamente inmaduro, poco desarrollado, o bien a que, posiblemente sin saberlo, estaba envuelto en alguna estafa. Ulick veía fraudes por todas partes. Era un tipo corpulento, de facciones duras, guapo, de ojos grandes, alertas y astutos. Un bigote al estilo del difunto secretario de Estado Acheson suavizaba la voracidad de sus labios. Era un hombre presumido, corpulento, elegante y voraz que vestía a cuadros y rayas llamativas, pero combinadas con gusto. Dedicado a medias a la política y los negocios, había hecho una fortuna en Chicago relacionándose con el bajo mundo, aunque sin formar parte de él. Pero se enamoró y abandonó a su esposa por otra mujer. En el divorcio lo perdió todo, incluso sus propiedades en Chicago. Sin embargo, consiguió amasar una segunda fortuna en Texas y fundó una segunda familia. Era imposible pensar en él sin

su riqueza. Para él, constituía una necesidad tener dinero, disponer de docenas de trajes y centenares de pares de zapatos, un sinfín de camisas, gemelos, anillos, grandes casas, automóviles de lujo, un establecimiento digno de un duque de gran ducado sobre el que él gobernaba como un demonio. Así era Julius, mi hermano mayor Ulick, al que yo amaba.

—Te aseguro —me decía Renata— que no puedo imaginarme por qué estás tan loco por ese hermano tuyo. Cuanto más te humilla, tanto más lo adoras tú. Deja que te recuerde algunas de las cosas que me contaste sobre él. Cuando eras un niño y jugabas con tus cosas en el suelo, él te pisaba los dedos. Te echaba pimienta a los ojos. Te dio en la cabeza con un bate. Cuando ya eras adolescente, quemó tu colección de opúsculos de Marx y Lenin. Se peleaba a puñetazos con todo el mundo, incluso con una criada negra.

—Sí, pero era Bama. Medía un metro ochenta y le dio un buen puñetazo en la oreja, que él se merecía.

—Se ha visto enredado en centenares de escándalos y pleitos. Hace diez años disparó contra un automóvil que utilizó su camino de entrada para dar la vuelta.

—Él únicamente quería reventarle un neumático.

—Sí, pero dio en una ventanilla y se lo acusó de asalto con arma de fuego. ¿No fue así como me lo contaste? Parece uno de esos brutos enloquecidos que se enredan en tu vida. ¿O es lo contrario?

—Lo curioso es que Julius no es bruto, es encantador, todo un caballero. Pero antes que nada, es mi hermano Ulick. Algunas personas son tan genuinas que superan mi capacidad crítica. Cuando están ahí, indiscutibles, no se puede hacer nada con ellos. Su realidad importa mucho más que mis intereses prácticos. Más allá de cierto punto de vivacidad, me siento apasionadamente vinculado.

Evidentemente, la propia Renata pertenecía a esta categoría. Estaba apasionadamente vinculado a ella porque ella era Renata. Poseía también un valor adicional: conocía muchísimo sobre mí. Yo tenía un interés personal en ella porque le había contado muchas cosas acerca de mí. Era experta en la vida y las perspectivas de Citrine. Yo no necesitaba ser igualmente experto en la vida de Renata. Todo lo que tenía que hacer era mirarla. Y las condiciones eran tales que yo debía obtener su consideración. Cuantos más hechos le daba a conocer, tanto más la necesitaba, y cuanto más la necesitaba, tanto más se incrementaba su precio. En la vida futura no existiría esta servidumbre personal o erótica. No habría que sobornar a otra persona para que escuchara mientras uno le explica lo que es, lo que piensa hacer, lo que ha hecho y lo que otros han hecho, etcétera. (Aunque es natural preguntarse por qué tendría nadie que escuchar gratis semejante palabrería). La ciencia espiritual dice que, en la vida futura, las leyes morales tienen prioridad y son allí tan poderosas como lo son las leyes de la naturaleza en el mundo físico. Como es lógico, yo era un principiante en el jardín de infancia teosófico.

Pero me lo tomaba muy en serio. Quería dar un salto extraño y sumergirme en la

verdad. Lo había intentado con la mayor parte de las teorías más modernas de la filosofía. De una vez por todas, descubriría si había algo detrás de las incesantes insinuaciones de inmortalidad que se abatían continuamente sobre mí. Además, esto era lo más importante y revolucionario que uno pudiera emprender, y de la mayor valía. Social, psicológica y políticamente, la íntima esencia de las instituciones humanas era un extracto de lo que nosotros presuponíamos sobre la muerte. Renata decía que me mostraba furioso, arrogante y vengativo para con los intelectuales, y que siempre manifestaba que ellos perdían su tiempo y nos lo hacían perder a nosotros, y que deseaba pisotearlos y propinarles garrotazos. Quizá fuese así, pero Renata exageraba mi violencia. Yo albergaba el raro presentimiento de que la naturaleza en sí misma no era algo externo, un mundo objeto eternamente separado de los sujetos, sino que todo lo externo se correspondía vivamente con algo interno, que los dos reinos eran idénticos e intercambiables y que la naturaleza era mi propio ser inconsciente; algo que podía llegar a conocer mediante trabajo intelectual, estudio científico e íntima contemplación. Cada cosa de la naturaleza era un emblema de algo en mi propia alma. En este momento, en el Plaza, hice un rápido examen de mi posición. Tenía una leve sensación del espacio exterior. El marco de referencia era tenue y vibraba a mi alrededor. Por tanto, era necesario permanecer firme y unir de algún modo práctico la metafísica y el comportamiento de la vida.

Supongamos, pues, que tras la gloria más tierna y la intensidad más apasionada, el olvido es todo lo que podemos esperar. El enorme vacío de la muerte. ¿Qué otras opciones se presentan? Una opción es entrenarse gradualmente en el olvido para que cuando llegue la muerte el cambio sea inapreciable. Otra opción es incrementar la amargura de la vida para que la muerte se convierta en un alivio deseable. (En esta opción, el resto de la humanidad colaborará plenamente).

Queda otra opción, que rara vez se elige. Consiste en permitir a los más profundos elementos de uno mismo que revelen su información más profunda. Si lo único que nos espera es el no ser y el olvido, las creencias dominantes no nos han engañado y aquí acaba todo. Esto me sorprendería, pues las creencias dominantes raramente satisfacen mi anhelo por la verdad. Pero hay que considerar la posibilidad. Sin embargo, supongamos que no es el olvido lo que nos espera. Entonces, ¿qué he estado haciendo yo durante cerca de seis décadas? Pienso que nunca creí que el olvido fuera nuestro destino y que, durante cinco décadas y media de falseamiento y absurdos, he desafiado y disputado la alegada racionalidad y la finalidad del punto de vista del olvido.

Estos eran los pensamientos que daban vueltas en mi cabeza allá arriba en el ático del hotel Plaza. Renata seguía criticando aquella habitación del desván. Cuando acudíamos a Nueva York, ella lo pasaba en grande conmigo, gastando mucho, pues yo despilfarraba el dinero como si fuese un minero de Klondike. Urbanovich tenía sus razones para opinar que yo era un viejo individuo un poco loco, que estaba tirando el dinero por la borda para que no cayese en manos enemigas, y por eso me



impedía hacerlo. Pero no se trataba de su dinero, ¿no es así? No obstante, el asunto era muy raro, pues mi dinero era reclamado por toda clase de personas a quienes apenas conocía. Estaba, por ejemplo, Pinsker, el abogado de Denise, el hombre peludo con la corbata que parecía un trozo de tortilla de queso. Yo ni siquiera conocía a aquel hombre, nunca habíamos intercambiado ni una sola palabra personalmente. ¿Cómo había conseguido meter la mano en mi bolsillo?

—¿Cómo vamos a arreglar las cosas? —preguntó Renata.

—¿Te refieres a ti, en Italia? ¿Tendrás bastante con mil dólares para pasar una semana?

—En Chicago se dicen las cosas más horrendas de ti, Charlie. Deberías oír la reputación de que gozas. Naturalmente, Denise se ocupa de ello; incluso alecciona a las niñas y ellas también van propalando sus opiniones. Se supone que eres insoportable. Mi madre oye lo mismo en todas partes. Pero cuando se te conoce, eres un tipo muy gentil, la persona más gentil que he conocido. ¿Qué te parece si hacemos el amor? No es necesario que nos desvistamos del todo. Ya sé que algunas veces a ti te gusta a medias.

Se desnudó de la cintura hacia abajo, desabrochó el sujetador para permitirme libre acceso, y luego se acomodó en un rincón de la cama con toda la exuberancia, suavidad y belleza de su mitad inferior, su rostro claro y las cejas alzadas expresando piedad. Yo la encaré cubierto solo con los faldones de mi camisa. Y ella dijo:

—Almacenemos un poco de consuelo para nuestra separación.

En aquel momento, en la mesilla de noche detrás de nosotros, la lucecita del teléfono comenzó a parpadear silenciosamente. Alguien intentaba hablar conmigo. La cuestión ahora era qué pulsaciones eran las primeras.

Renata se echó a reír.

—Conoces a los importunos de más talento —me dijo—. Aciertan siempre en el momento más oportuno. Bueno, contesta. De todos modos, la oportunidad se ha estropeado. Pareces ansioso. Probablemente estás pensando en las niñas.

Era Thaxter quien llamaba.

—Estoy abajo. ¿Estás ocupado? ¿Puedes venir a Palm Court? Tengo noticias importantes.

—Continuará —dijo Renata, con bastante buen humor.

Nos vestimos y bajamos para encontrarnos con Thaxter. Al principio no lo reconocí, pues llevaba un nuevo conjunto con un sombrero del Oeste, y sus pantalones de terciopelo estaban metidos en unas botas de vaquero.

—¿Qué hay de nuevo? —le pregunté.

—Las buenas noticias son que acabo de firmar un contrato para ese libro que tratará sobre los dictadores temperamentales —me dijo—. Gadafi, Amín y esos otros tipos. Y lo que es más, Charlie, podemos obtener otro contrato. Hoy. Esta noche, si quieres. Y creo que deberíamos hacerlo. Realmente sería un buen negocio para ti. Y a propósito, en la cabina telefónica de al lado una dama estaba preguntando también

por ti. Es la viuda del poeta Fleisher, creo, o su ex esposa.

—¿Kathleen? ¿Adónde ha ido? ¿Dónde está? —exclamé.

—Le dije que deberíamos tratar algunos asuntos urgentes y respondió que, de todos modos, tenía que hacer algunas compras. Dijo que podríais encontraros en el Palm Court dentro de una hora.

—¿Tú hiciste que se fuera?

—Antes de que te sulfures, recuerda que tengo que dar una fiesta de cóctel en el *France*. Tengo el tiempo muy justo.

—¿Y por qué ese atavío del Oeste? —preguntó Renata.

—Bueno, porque pensé que era una buena idea presentar un aspecto más norteamericano, como un individuo procedente del corazón del país. Pensé que debía demostrar que no tenía nada que ver los medios de comunicación liberales y el sistema del este.

—Finges tomarte muy en serio a esos tipos del Tercer Mundo —le dije—, y después los describirás como personas vulgares, imbéciles, extorsionistas y asesinos.

—No, hay un aspecto muy grave en ello —aclaró Thaxter—. Tengo intención de evitar completamente la sátira. Esta cuestión tiene un lado muy serio. Quiero estudiarlos, no como demagogos soldados y bufones perversos, sino también como líderes que desafían a Occidente. Quiero decir algo sobre su resentimiento por el fracaso de la civilización en conducir el mundo más allá de la tecnología y la banca. Intento analizar la crisis de valores...

—No te metas en ese terreno. Aléjate de los valores, Thaxter. Es mejor que te dé algunos consejos. En primer lugar, no te entrometas, no fuerces demasiado estas entrevistas y no hagas preguntas largas. En segundo término, no hagas el tonto con esos dictadores y evita los juegos competitivos. Si juegas con ellos al chaquete, al ping-pong o al bridge, te dejarás arrastrar, te hundirás. Uno no conoce a Thaxter —dije a Renata— hasta que lo ha visto con un taco de billar en la mano, o una raqueta, o un palo de golf. Es maligno, salta, hace trampas, muestra ferocidad y castiga duramente a quien sea, hombre, mujer o niño, sin ninguna piedad... ¿Te han dado un buen adelanto?

Naturalmente, se había preparado para esta pregunta.

—No está mal, considerando las cosas. Pero tengo tantos embargos preventivos en California que mis abogados me han aconsejado que perciba cobros mensuales, y no una cantidad importante, de modo que retiraré quinientos al mes.

El Palm Court estaba silencioso, mientras los músicos se tomaban un descanso. Renata me frotó la pierna debajo de la mesa. Después me cogió el pie y lo colocó en su regazo, me quitó el zapato y me acarició la planta del pie y el empeine. Después se apoyó sensualmente el pie en el sexo y me hizo el amor secretamente, o se lo hizo a ella conmigo. Esto ya había sucedido otras veces, en alguna cena, cuando la compañía que teníamos la aburría o fastidiaba. Llevaba ese bonito sombrero de terciopelo copiado de los *Síndicos de Amsterdam* coronando su pálido rostro soñador,

lleno en la parte baja, que expresaba su diversión, su afecto, su comentario sobre mis relaciones con Thaxter, la fruición de la clandestinidad. ¡Qué fácil y natural parecía todo con ella, bondad, maldad, lujuria! Le envidiaba esta habilidad. Aunque al propio tiempo no creía realmente que todo fuese tan natural ni fácil. Sospechaba... no, lo sabía con certeza.

—Si estás pensando en cobrar, no puedo darte nada a cuenta —me informó Thaxter—. En su lugar, voy a proponerte algo mejor. Una propuesta más práctica. Tú y yo deberíamos hacer esa guía cultural de Europa. Es una idea que ha entusiasmado a mi editor. Stewart estuvo totalmente de acuerdo. Francamente, tu nombre es importante en un asunto como este. Pero yo organizaría todo. Ya sabes que tengo talento para ello. Tú no tendrías que preocuparte por nada. Yo sería el socio menor y tú obtendrías cincuenta mil dólares al firmar. Todo lo que has de hacer es poner ahí tu nombre.

Renata parecía no oír nuestra conversación. Ni se enteró de la mención de los cincuenta mil dólares. A todas luces estaba ausente, y me presionaba contra ella cada vez más. Sentía un gran anhelo. Era vulgar, brillante, arrebatadora, y si tenía que soportar imbéciles, sabía cómo arreglárselas para resarcirse. La amaba por ello. Entretanto, la conversación continuaba. Me satisfizo oír que todavía podía obtener adelantos importantes.

Thaxter no era un hombre demasiado observador. Le pasó completamente por alto lo que Renata estaba haciendo, hasta la dilatación de sus ojos y la seriedad biológica con que terminó su fina chanza. Renata pasó de la diversión al regocijo, a la felicidad y finalmente al clímax, con el cuerpo rígido en la silla estilo rústico francés del Palm Court. Casi se desmayó con un largo estremecimiento imperceptible. Su delicadeza tenía algo de pez. Sus ojos brillaron al mirarme mientras me acariciaba el pie, suave y tranquilamente.

Mientras tanto, Thaxter seguía diciendo:

—Naturalmente, te preocupa trabajar conmigo. Es lógico que temas que me escape con mi parte del adelanto y te veas obligado a devolver tu parte o hacer tú solo el libro. Esto sería una pesadilla para un hombre con un carácter tan ansioso como el tuyo.

—El dinero me iría bien —le dije—, pero no me pidas que cometa suicidio. Si me comprometiera con semejante responsabilidad, y tú te largaras y tuviera que hacer solo el trabajo, mi cabeza estallaría como una bomba.

—Bueno, estarías plenamente cubierto. Podrías protegerte con un contrato. En él se estipularía que tu única obligación consistiría en redactar un ensayo sobre cada uno de los países. Que serían seis en total: Inglaterra, Francia, España, Italia, Alemania y Austria. Los derechos de la serie sobre estos países te corresponderían totalmente. Solo con estos, si sabes manejar bien el asunto, podrías obtener cincuenta mil dólares. De modo que mi proposición es esta, Charlie: comenzamos por España, el país más sencillo, y ya veremos cómo va la cosa. Ahora escucha esto. Stewart dice que te paga

la estancia de un mes en el Ritz de Madrid, si estás de acuerdo. No podría pedirse nada más justo. Ambos lo pasaréis muy bien. El Prado está a la vuelta de la esquina. La guía Michelin indica algunos restaurantes de primera clase ahora, como el Escuadrón. Yo concertaré todas las entrevistas. Habrá un aluvión de pintores, poetas, críticos, historiadores, sociólogos, arquitectos, músicos y líderes de los movimientos secretos que irán a verte al Ritz. Tú podrás estar sentado ahí todo el día hablando con gente excelente, y comiendo y bebiendo fantásticamente, y al mismo tiempo haciendo una pequeña fortuna. En un plazo de tres semanas, podrías escribir una pieza llamada «España contemporánea, panorama cultural» o algo parecido.

Renata, consciente otra vez, estaba escuchando interesada las palabras de Thaxter.

—¿Ese editor se haría cargo realmente de la factura? Madrid suena como algo maravilloso —dijo.

—Tú sabes cómo son estas empresas gigantes —dijo Thaxter—. ¿Qué son unos pocos miles de dólares para Stewart?

—Pensaré en ello.

—Cuando Charlie dice que va a pensar en algo, generalmente resulta «no».

Thaxter se inclinó hacia mí con su sombrero Stetson.

—Estoy siguiendo el hilo de tus pensamientos —dijo—. Crees que es mejor que primero yo haga mi libro sobre los dictadores. Thaxter, *avec tout ce qu'il a sur son assiette?* Demasiados asuntos entre manos. Pero es así. Otras personas no podrían, pero yo, cuantos más asuntos pendientes tengo, mejores resultados consigo. Puedo ocuparme de cinco dictadores en tres meses —aseguró Thaxter.

—Madrid suena como algo encantador —declaró Renata.

—El viejo país de tu madre, ¿verdad? —pregunté.

—Deja que te informe sobre la situación del hotel Ritz internacional —dijo Thaxter—. El Ritz de Londres queda descartado: está sucio y destartado. El Ritz de París pertenece a los millonarios árabes del petróleo, los tipos como Onassis, y los magnates de Texas. Ningún camarero te prestaría atención allí. En este momento, con los disturbios portugueses, el Ritz de Lisboa no es un lugar muy tranquilo. Pero España tiene todavía estabilidad y es lo bastante feudal para dar el auténtico tratamiento tradicional del Ritz.

Thaxter y Renata tenían algo en común: ambos se creían europeos. Renata a causa de la Señora, Thaxter a causa de sus institutrices francesas, sus relaciones familiares internacionales y su bachillerato francés en el Olivet College de Michigan.

Aparte del dinero, Renata veía en mí la esperanza de una vida interesante, Thaxter la esperanza de una vida más elevada, con el resultado quizá de una Declaración Mayor. Estábamos bebiendo té y jerez y comiendo pastelitos glaseados de bonitos colores, mientras esperaba que llegara Kathleen.

—Tratando de ponerme al día con tus intereses —manifestó Thaxter— he estado leyendo a tu admirado Rudolf Steiner, y es fascinante. Esperaba algo como Madame Blavatsky, pero resulta ser un tipo místico muy racional. ¿Qué piensa de Goethe?

—No empecemos con eso, Thaxter —objetó Renata.

Pero yo necesitaba una conversación seria. La anhelaba.

—No es misticismo —respondí—. Goethe, simplemente, no se detendría en los límites trazados por el método inductivo. Permitiría que su imaginación pasara a los objetos. Algunas veces, un artista trata de comprobar hasta qué punto puede llegar a ser un río o una estrella, juega a ser uno o la otra, entra en las formas de los fenómenos pintados o descritos. Incluso alguien ha escrito que un astrónomo apacentaba rebaños de estrellas, el ganado de su mente, en los prados del espacio. El alma imaginativa trabaja de ese modo, y ¿por qué la poesía rehusaría ser conocimiento? Para Shelley, Adonis, en su muerte, se convirtió en parte de la hermosura que él había hecho más hermosa. De modo que, según Goethe, el azul del cielo era la teoría. Había un pensamiento en azul. El azul se convertía en azul cuando la visión humana lo recibía. Un hombre tan maravilloso como mi difunto amigo Humboldt se sentía intimidado por la ortodoxia racional y, como era un poeta, probablemente esto le costó la vida. ¿No es bastante ser una pobre criatura bifurcada desnuda, sin ser también un pobre espíritu bifurcado desnudo? ¿Se debe pedir a la imaginación que renuncie a su conexión plena y libre con el universo, el universo según Goethe lo entendía, como la vestidura viva de Dios? Y hoy he descubierto que Humboldt creía realmente que los seres humanos eran seres sobrenaturales. ¡Él también!

—Ya estamos lanzados —dijo Renata—. ¿Por qué le diste rienda suelta?

—El pensamiento es un constituyente real del ser —repliqué, intentando proseguir.

—Charlie, ¡ahora no! —exclamó Renata.

Thaxter, que normalmente era muy cortés con Renata, le hablaba con brusquedad cuando ella intervenía en estas conversaciones superiores. Y dijo a Renata:

—Tengo un verdadero interés por conocer cómo trabaja la mente de Charlie.

Fumaba su pipa, la boca tensa y oscura debajo de la ancha ala del sombrero.

—Intenta vivir con ello —dijo Renata—. Las teorías retorcidas de Charlie reúnen combinaciones dispares que nadie más podría imaginar. Por ejemplo, la forma de gobierno del Congreso de los Estados Unidos con Immanuel Kant, los campos de trabajo rusos, las colecciones de sellos, el hambre en la India, el amor y el sueño y la muerte y la poesía. Cuanto menos se hable de cómo trabaja su mente, tanto mejor. Pero si has de ser un gurú, Charlie, hazlo en toda la regla. Ponte una túnica de seda y un turbante y déjate crecer la barba. Serás un guía espiritual condenadamente atractivo, con la barba y esas enormes ventanas de tu nariz. Yo me vestiría a juego contigo y causaríamos sensación. Hay que ver cómo te embalas y gratuitamente. A veces he de pellizcarme para no creer que he tomado cincuenta Valiums y estoy oyendo voces.

—La gente que posee un intelecto poderoso nunca está muy segura de si todo es o no es un sueño.

—La gente que no sabe si está despierta o dormida no necesariamente posee ese intelecto poderoso —respondió Renata—. Mi teoría es que estás castigándome con esa antroposofía. Ya sabes lo que quiero decir. Esa enana rubia te presentó a su papá y desde entonces todo ha sido muy espeluznante.

—Me gustaría que terminaras de explicar lo que comenzaste —pidió Thaxter volviéndose hacia mí.

—La conclusión es que el individuo no tiene medios de comprobar lo que lleva en el corazón. Me refiero al amor, su ansia por el mundo externo, la creciente excitación ante la belleza para la que no existen unos términos aceptables de conocimiento. Se supone que el conocimiento verdadero es un monopolio del punto de vista científico mundial. Pero los seres humanos tienen toda clase de conocimientos. No han de pedir permiso para amar el mundo. Como ejemplo, tomemos la carrera de alguien como Von Humboldt Fleisher...

—¡Ese tipo nuevamente! —exclamó Renata.

—¿Es verdad que, a medida que los conocimientos se acrecientan, la poesía queda atrás y que el modo de pensar imaginativo pertenece a la infancia de la raza? Un hombre como Humboldt, rebosante de corazón y de imaginación, que va a la biblioteca pública y encuentra libros, que lleva una vida encantada limitada por horizontes adorables, que lee viejas obras maestras en las cuales la vida humana tiene todo su pleno valor, que se llena de Shakespeare, en el que hay un espacio significativo alrededor de cada ser humano, en el que las palabras significan lo que dicen y las miradas y los gestos tienen también un significado completo. ¡Ah, esa armonía y dulzura! ¡Ese arte! Pero ahí termina. El espacio significativo disminuye y desaparece. El muchacho entra en el mundo y aprende sus trucos sucios y crueles, el encantamiento se acaba. Pero ¿es el mundo el que está desencantado?

—No —dijo Renata—. Yo sé la respuesta a esa pregunta.

—Son más bien nuestras mentes las que se han dejado convencer de que no existe poder imaginativo para conectar independientemente cada individuo con la creación.

De pronto se me ocurrió que Thaxter, vestido de esa manera, podría perfectamente hallarse en la iglesia y que yo me estaba portando como su capellán. No era domingo, pero yo me encontraba en mi púlpito del Palm Court. En cuanto a Renata, sonriente —sus ojos oscuros, boca carmesí, dientes blancos y suave garganta—, interrumpía e importunaba estos sermones, pero también le entusiasmaba la manera en que yo los pronunciaba. Yo conocía bien su teoría. Fuera lo que fuere que se dijera o hiciera, aumentaba o disminuía la satisfacción erótica, y este era su modo de probar prácticamente cualquier idea. ¿Aumentaría la excitación?

—Podríamos haber ido a la Scala esta noche —opinó— y formar parte de un público distinguido escuchando a Rossini. Y en lugar de esto, ¿sabes lo que estuvimos haciendo hoy, Thaxter? Nos fuimos a Coney Island para que Charlie pudiera recoger la herencia que le dejó su viejo compañero tan querido, Humboldt Fleisher. Hoy ha sido Humboldt, Humboldt, como «Fígaro, Fígaro». El tío de

Humboldt, un viejo de ochenta años, le dio a Charlie un puñado de documentos que Charlie leyó, y luego lloró. En fin, durante un mes, tan solo he estado oyendo hablar de Humboldt y la muerte y el sueño y la metafísica y de cómo el poeta es el árbitro de lo diverso, y de Walt Whitman y Emerson y Platón y el individuo histórico mundial. Charlie es como Lydia, la Dama Tatuada, cubierto de información. ¿Te acuerdas de aquella canción *Puedes aprender mucho de Lydia*?

—¿Podría ver esos documentos? —me dijo Thaxter.

—Vente conmigo a Italia mañana —me pidió Renata.

—Cariño, voy a reunirme contigo dentro de unos días.

El trío musical del Palm Court comenzó a tocar Sigmund Romberg, y Renata exclamó:

—¡Vaya, son las cuatro! No quiero perderme *Garganta profunda*. Comienza a las cuatro y veinte.

—Sí, yo he de ir al muelle —dijo Thaxter—. Vendrás, ¿verdad, Charlie?

—Así lo espero. Pero he de esperar primero a Kathleen.

—He trazado el itinerario que seguiré con los dictadores —dijo Thaxter— de modo que puedes ponerte en contacto conmigo, si te decides a ir a Madrid y comenzar nuestro proyecto. Di una palabra y empezaré a organizar todo. Ya sé que tienes algunos problemas en Chicago. Necesitarás mucho dinero... —Lanzó una ojeada a Renata, que estaba preparándose para salir—. En mi proposición hay dinero de verdad.

—He de salir corriendo —dijo Renata—. Ya te veré después aquí mismo. —Se colgó el bolso del hombro y precedió a Thaxter por la gran alfombra lujosa, parte del adorno de Navidad, una explosión dorada entre el verde erizado, y atravesó las puertas oscilantes.

Renata se marchó llevándose mi zapato dentro de su gran bolso. Me di cuenta cuando lo busqué debajo de la mesa. ¡Desaparecido! Ella se lo había llevado. Con su travesura me hacía partícipe de su contrariedad por tener que ir sola al cine, mientras yo me encontraba sentimentalmente con una vieja amiga, viuda reciente y probablemente asequible. No podía subir hasta mi habitación, pues Kathleen llegaría de un momento a otro. De modo que me senté esperándola, con un pie frío, mientras los músicos seguían tocando. En su estado de exaltación, Renata tenía razones simbólicas para apoderarse de mi zapato: yo era suyo. ¿Era ella mía en correspondencia? Cuando Renata me consideraba su propiedad, yo me sentía inquieto. Tenía el presentimiento de que, tan pronto como ella se sentía segura de un hombre, quedaba libre para considerar su futuro con otro. ¿Y yo? Evidentemente yo ansiaba mucho más poseer más a la mujer que más me amenazaba.

—¡Ah! Kathleen, me alegra mucho verte —le dije cuando llegó. Me levanté, aunque mi pie notaba la falta de su peculiar zapato. Me besó en la mejilla, con el caluroso beso de un amigo. El sol de Nevada no le había proporcionado el color de la vida al aire libre. Su pelo rubio era más claro con la mezcla de gris. No estaba gorda, pero sí más entrada en carnes, una mujer corpulenta. No era más que el efecto normal de las décadas, un aflojamiento y laxitud y tristeza en las mejillas, una melancolía o gravedad atractiva. Antes tenía algunas pecas descoloridas, ahora se apreciaban manchas mayores. Sus brazos eran más gruesos, al igual que sus piernas, su espalda más ancha, su cabello más claro. Llevaba un vestido de terciopelo negro, con un fino borde dorado en el cuello.

—Es estupendo verte de nuevo —le dije, porque era verdad.

—Y verte a ti también, Charlie.

Se sentó, pero yo me quedé de pie.

—Me quité un zapato para estar más cómodo y ahora ha desaparecido —le expliqué.

—¡Qué raro! Quizá se lo ha llevado el de la limpieza. ¿Por qué no vas a la oficina de objetos perdidos?

A fin de guardar las apariencias, llamé al camarero. Pregunté discretamente, y dije después:

—Tendré que ir arriba y ponerme otro par.

Kathleen se ofreció a acompañarme, pero como la ropa interior de Renata estaba tirada por el suelo y la cama deshecha en un lado de un modo que creí bastante revelador, le respondí:

—No, no. ¿Por qué no me esperas? Esta música ramplona tan fuerte de tono me está volviendo loco. Volveré enseguida y saldremos a tomar un trago. También quiero coger mi abrigo.

Así que subí otra vez en la lujosa caja del ascensor, pensando en la descarada originalidad de Renata y en su lucha constante contra la amenaza de la pasividad, la amenaza universal. Si yo pensaba en ello, tenía que ser universal. Estos días no me



andaba por las ramas. Esta universalización se estaba convirtiendo en una obsesión para mí, sospeché, mientras me ponía otro par de zapatos. Estos eran ligeros, unos zapatos rojos de Harrods, algo cortos en la parte delantera, pero admirados por el limpiabotas negro del club Downtown por su ligereza y estilo. Con estos zapatos, un poco ajustados pero elegantes, bajé nuevamente.

Este día pertenecía a Humboldt, estaba lleno de su espíritu. Me di cuenta de lo emotivo que esto me ponía cuando, al tratar de colocarme el sombrero, sentí un temblor incontrolable en los brazos. Al acercarme a Kathleen, un lado de mi rostro se contrajo también espasmódicamente. «El viejo doctor Galvani ya me ha cogido», pensé. Vi dos hombres, dos esposos, descomponiéndose en sus tumbas. El amor de esta bella dama no los había salvado de la muerte. Después me pasó por la cabeza la visión de la sombra de Humboldt en forma de sombría nube gris. Tenía las mejillas gruesas y el cabello abundante. Me acerqué a Kathleen, mientras el trío tocaba lo que Renata calificaba de «música de pastelitos con papel de encaje». Ahora se había zambullido en *Carmen*, y le dije a Kathleen:

—Vámonos a otro sitio, a un bar más tranquilo, con menos luz.

Firmé la exorbitante nota del camarero y salimos a deambular por las calles hasta encontrar un lugar agradable, en la Cincuenta y seis Oeste, con suficiente oscuridad para acomodarse a gusto y no demasiado navideño.

Teníamos mucho de que hablar para ponernos al día. Primeramente respecto al pobre Tigler. No me resultaba nada fácil decir qué hombre tan agradable había sido porque no lo era en absoluto. El viejo pendenciero sabía patear como Rumpelstiltskin y cogía auténticas rabietas cuando se lo contradecía. Le producía una verdadera satisfacción irritar y fastidiar a la gente. Y los despreciaba mucho más si eran demasiado tímidos para quejarse. Sus invitados de la ciudad —y yo fui uno de ellos— no tenían agua caliente. Las luces se apagaban y debían permanecer en la oscuridad. Si iban a quejarse a Kathleen, salían rebosantes de compasión, odiándolo a él y amándola a ella. Sin embargo, no es que ella, a mi juicio, saliera ganando por comparación. Sus propios méritos estaban muy claros, evidentes en aquella tranquila mujer pecosa de largas piernas. Su serenidad era lo más importante. Mientras Humboldt interpretaba el papel de turco furioso, ella era su cristiana cautiva, leyendo en la sala atiborrada de libros de la casita de campo, situada en una inhóspita región de avicultores, mientras el encendido sol insistía en introducir color a través de los sucios ventanucos. Humboldt le ordenaba entonces que se pusiera un jersey y saliera con él. Perseguían un balón como dos rubios adolescentes. Tambaleándose torpemente hacia atrás sobre sus talones, Humboldt le lanzaba el balón por encima del tendedero y a través de los arcos de otoño. Recordaba la escena perfectamente: cómo Kathleen corría para agarrar la pelota y su voz se alejaba, y cómo después apretaba el vacilante balón contra su pecho, y cómo ella y Humboldt se sentaban juntos en el sofá Castro para beber cerveza. Me acordaba con tanta claridad que veía los gatos, uno con bigote estilo Hitler, en la ventana. Oía mi propia voz. Por dos

veces, Kathleen había sido la doncella dormida bajo el maleficio de un demonio amante.

—¿Sabes lo que dicen mis rústicos vecinos? —me dijo Humboldt—. Dicen: «Mantenías bien calzadas». Algunas veces pienso en Eros y Psique.

Se hacía ilusiones. Eros era bello y se movía con dignidad. ¿Dónde estaba la dignidad de Humboldt? Despojó a Kathleen de su permiso de conducir. Escondió las llaves del automóvil. No le permitía cultivar el jardín, porque, según él, la jardinería expresaba el impulso de la gente de la ciudad al comprarse la casa soñada en el campo, que solo perseguía aumentar la incultura. En la puerta de la cocina crecían algunas tomateras, pero habían surgido espontáneamente con las semillas caídas del cubo de la basura saqueado por los mapaches. Humboldt decía con toda seriedad:

—Kathleen y yo tenemos trabajo mental que hacer. Además, si tuviéramos frutos y flores, nos pondríamos demasiado en evidencia. —Temía a los merodeadores nocturnos encapuchados y a cruces encendidas en su patio.

Yo sentía gran compasión por Kathleen por su condición de durmiente. Me intrigaba su estado reposado. ¿Sería su destino permanecer en la oscuridad? No alcanzar un estado consciente era una de las condiciones de la felicidad de Psique. Es posible que hubiera una explicación más económica. Los ajustados tejanos de Tigler revelaban en su parte frontal un enorme órgano sexual, y Humboldt, cuando persiguió a la amiga de Demmie por su apartamento, entre los cachorros dachshund, gritaba:

—¡Soy un poeta! ¡Tengo un gran pene!

Sospecho, no obstante, que Humboldt tenía carácter de tirano y exigía que la mujer se estuviera quieta, lo que convertía su acto de amor en una frenética dictadura. Incluso su última carta para mí confirmaba esta interpretación. De todos modos, ¿cómo era posible saberlo? Y una mujer sin secretos no era mujer. Probablemente Kathleen había decidido casarse con Tigler porque la vida en Nevada era demasiado solitaria. En fin, basta de este ingenioso análisis.

Cediendo a mi debilidad por decir a la gente lo que desea oír, le dije a Kathleen:

—El oeste te ha ido muy bien.

Más o menos, era verdad.

—Tú tienes buen aspecto, pero algo cansado, Charlie.

—La vida tiene muchas contrariedades. A lo mejor, yo también debería probar el Oeste. Cuando hacía buen tiempo me gustaba tenderme bajo los viejos árboles de tu rancho y observar las montañas durante todo el día. Pero Huggins dice que tienes un trabajo en la industria del cine y que vas camino de Europa.

—Sí. Tú estabas allí cuando vino aquella compañía al lago Volcano para filmar una película sobre Mongolia, y contrataron a todos los indios a caballo.

—Y Tigler era el consultor técnico.

—Y el padre Edmund, ¿te acuerdas de él, la estrella del cine mudo?, estaba tan entusiasmado... El pobre padre Edmund nunca llegó a ordenarse. Encargó a alguien que le hiciera su examen escrito en teología, y los sorprendieron. Fue una lástima,

porque los indios lo amaban y se sentían muy orgullosos de que sus trajes fuesen esas *negligées* de estrellas de cine. Pero sí; voy a Yugoslavia y después a España. En estos días, ambos países son formidables para filmar. Se pueden contratar soldados españoles, por regimientos, y Andalucía es perfecta para las películas del Oeste.

—Es curioso que menciones España. Yo también voy a ir.

—¿De verdad? Bien, desde el primero de marzo estaré en el Gran Hotel de Almería. Sería maravilloso poder encontrarte por allí.

—Es un buen cambio para ti —declaré.

—Sé que siempre fuiste un buen amigo, Charlie. Lo sé —dijo Kathleen.

—Hoy ha sido un gran día Humboldt, un día importante que ha ido en espiral ascendente desde esta mañana, y me hallo en un agudo estado emocional. Para colmar mi excitación, en el asilo de ancianos de tío Waldemar me encontré con un hombre que conozco desde que era muchacho. Ahora tú estás aquí. Estoy completamente emocionado.

—Huggins me dijo que irías a Coney Island. ¿Sabes, Charlie?, algunas veces, en Nevada, pensaba que exagerabas un poco tu afecto por Humboldt.

—Es posible, y la verdad es que he intentado controlarlo. Me he preguntado a mí mismo: ¿por qué tanto entusiasmo? Como poeta o pensador, sus logros no eran tan impresionantes. Y no siento añoranza por los viejos tiempos. ¿Será que el número de personas de Estados Unidos que se tomaron en serio el arte y el pensamiento es tan pequeño que incluso aquellos que fracasaron son inolvidables?

Ahora nos acercábamos al tópico real. Es decir, a interpretar lo bueno y lo malo de Humboldt, comprender su ruina, traducir la tristeza de su vida, descubrir por qué estos dones habían dado unos resultados tan poco valiosos, etcétera. Pero estos objetivos eran difíciles de discutir, aunque yo estaba entusiasmado, rebosante de afecto por Kathleen y de maravillosas sensaciones.

—Para mí, él tenía encanto, poseía esa vieja magia —declaré.

—Sospecho que lo querías —dijo Kathleen—. Naturalmente, yo estaba loca por él. Fuimos a New Jersey... y aquello habría sido el infierno, aunque no hubiera tenido esos arrebatos de locura. Esa pequeña casita ahora me parece que formaba parte de un terrible complot. Pero yo me habría ido al Ártico con él. Y la emoción de la chica estudiante por entrar en la vida literaria era solo una pequeña parte. La mayoría de sus amigos literatos no me importaban. Venían únicamente para contemplar las exhibiciones de Humboldt, sus rutinas. Cuando se iban y él seguía inspirado, iba tras de mí. Era una persona sociable. Solía decir cuánto le habría gustado moverse en círculos brillantes, formar parte del mundo literario.

—Justamente. Nunca existió semejante mundo literario —dije—. En el siglo diecinueve existieron algunos genios superiores solitarios; un Melville o un Poe no tenían vida literaria. Para ellos, era la aduana o el bar. En Rusia, Lenin y Stalin destruyeron el mundo literario. La situación en Rusia ahora se parece a la nuestra: los poetas, a pesar de que todo está contra ellos, surgen de la nada. ¿De dónde vino

Whitman y dónde consiguió lo que tenía? Era Whitman, un individuo incontenible, que poseía esa capacidad y la utilizó.

—Pues bien, si hubiera existido una vida literaria rica, y él hubiera podido beber té junto a Edith Wharton y encontrarse con Robert Frost y T. S. Eliot dos veces por semana, el pobre Humboldt se habría sentido ayudado y apreciado y recompensado por su talento —dijo Kathleen—. Simplemente, no se sentía capaz de llenar todo el vacío que notaba a su alrededor. Naturalmente él era un genio. Me hacía sentir tan pero tan torpe... Inventaba las cosas más ingeniosas de que poder acusarme. Toda esa imaginación tendría que haber ido a su poesía. Humboldt tenía demasiados planes personales.

Y malgastaba demasiado genio en esos planes. Como esposa suya, yo debía sufrir las consecuencias. Pero no hablemos más de esto. Déjame que te pregunte... ¿En cierta ocasión, escribisteis juntos un guión?

—Tonterías para pasar el tiempo en Princeton. Tú hablaste de ello con esa mujer joven, la señora Cantabile. ¿Cómo es ella?

—Es bonita. Cortés al estilo anticuado de Emily Post, y escribe notitas muy correctas para agradecer una deliciosa comida. Al mismo tiempo se pinta las uñas de unos colores chillones, lleva vestidos rutilantes, y tiene una voz desagradable. Cuando conversa, grita. Parece la mujer de un gángster, pero hace preguntas de estudiante graduado. Como te decía, ahora que estoy metida en el negocio del cine, siento curiosidad por saber lo que tú y Humboldt escribisteis juntos. Después de todo, con tu comedia se logró una película de mucho éxito.

—Nuestro guión nunca hubiera servido para una película. Entre los personajes figuraban Mussolini, el Papa, Stalin, Calvin Coolidge, Amundsen y Nobile. Nuestro héroe era un caníbal. Teníamos un dirigible y un pueblo de Sicilia. W. C. Fields se hubiera podido entusiasmar, pero únicamente un productor loco habría invertido un céntimo en él. Claro está que uno nunca sabe con estas cosas. En 1913, ¿quién habría considerado dos veces un guión anticipado de la Primera Guerra Mundial? O si, antes de nacer yo, tú me hubieras presentado la historia de mi propia vida y me hubieses invitado a vivir con ella, ¿no te habría rechazado yo de plano?

—Bueno, pero ¿y tu comedia de éxito?

—Kathleen, créeme. Fue el gusano que escupió el hilo de seda. Otra gente de Broadway creó la vestidura. Ahora dime, ¿qué te dejó Humboldt?

—Bueno, primeramente, me escribió una carta extraordinaria.

—A mí también. Y perfectamente cuerda.

—La mía lo es a medias. Demasiado personal para ser exhibida, incluso ahora. Me dio detalle de todos los crímenes que supuestamente yo había cometido. Su propósito era el de perdonarme, hubiera hecho lo que hubiera hecho, pero su perdón aparecía con todo detalle y seguía hablando todavía de los Rockefeller. No obstante, algunos fragmentos eran perfectamente cuerdos. Cosas auténticas, realmente emocionantes.

—¿Es esto todo lo que conseguiste de él?

—Bueno, no, Charlie. Había algo más. Un documento, una idea para un guión. Por eso te preguntaba sobre lo que escribisteis en Princeton. Dime, ¿qué te dejó a ti, aparte de esa carta?

—¡Sorprendente! —exclamé.

—¿Qué es lo sorprendente?

—Lo que hizo Humboldt. Enfermo como estaba, muriéndose, derrumbándose, pero todavía tan ingenioso.

—No te comprendo.

—Dime, Kathleen, ese documento, esa idea para una película, ¿es sobre un escritor? ¿Y el escritor posee una esposa dominante? ¿Y él tiene también una joven y bella amante? ¿Y hacen un viaje? ¿Y él escribe entonces un libro que no puede publicar?

—Oh, sí. Ya veo, naturalmente. Es lo mismo, Charlie.

—¡Maldito hijo de perra! ¡Fantástico! Lo duplicó todo. El mismo viaje con la esposa. Y el mismo documento para nosotros dos.

Kathleen me estudió en silencio. Movi6 la boca. Sonrió.

—¿Por qué supones que nos dejaría el mismo legado a cada uno de nosotros?

—¿Estás completamente segura de que somos sus únicos herederos? ¡Ja, ja! Bueno, bebamos a su loca memoria. Era un hombre adorable.

—Sí, lo era. Y cómo deseaba... ¿Crees que todo lo hizo siguiendo un plan? —dijo Kathleen.

—¿Era Alexander Pope el que no podía beberse una taza de té sin alguna estratagema? Humboldt también era así.

Y siguió soñando sobre el milagroso dinero hasta el día de su muerte. Se estaba muriendo y aún deseaba que ambos fuésemos ricos por su intervención. De todos modos, si conservó hasta el final su sentido del humor, o parte de él, resulta sorprendente. Y aunque estuviera loco, por lo menos logró escribir dos cartas perfectamente cuerdas. Voy a hacer una comparación algo rara... Humboldt tuvo que romper la caja de su locura para hacerlo. Se podría decir que se había trasladado a esa locura hacía mucho tiempo. Se había instalado en ella. Para nosotros, quizá, realizó una visita al viejo país. ¿Para ver una vez más a sus amigos? Y para él habrá sido tan duro hacerlo como podría ser para alguien... por ejemplo, yo mismo... ir de este mundo al mundo del espíritu. O bien, otra comparación extraña, Humboldt realizó una escapada al estilo de Houdini de las proyecciones de paranoia, o maniaco-depresivas, o lo que fuese. Los soñadores despiertan. Los exiliados y los emigrantes regresan, y los genios moribundos pueden revivir. «Lucidez del fin de línea» escribió en mi carta.

—No puedo creer que al final tuviera suficientes fuerzas para hacernos dos regalos, uno para cada uno de nosotros —declaró Kathleen.

—O míralo de otro modo —aduje—. Nos mostró aquello que más poseía:

inventiva, intriga y paranoia. Les sacó todo lo que cualquier hombre hubiera podido sacar. ¿Recuerdas la célebre intriga de Longstaff?

—¿Crees que tenía algo más en mente? —preguntó Kathleen.

—¿Una sola cosa? —dije.

—Una especie de prueba de carácter póstuma —manifestó.

—Humboldt estaba completamente seguro de que no había nada que hacer con mi carácter. A lo mejor, tampoco con el tuyo. Pues bien, nos ha regalado un momento de animación. Aquí estamos riendo y admirándonos, y fíjate si no es triste. Estoy emocionado. Ambos lo estamos.

Silenciosa y grande, Kathleen sonreía ligeramente, pero el color de sus ojos cambió de repente. Se le llenaron de lágrimas. Pero siguió sentada, inmóvil. Así era Kathleen. No era apropiado hacer mención de ello, pero acaso la idea de Humboldt fuera acercarnos a Kathleen y a mí. No precisamente para convertirnos en marido y mujer, pero quizá para combinar nuestros sentimientos hacia él y crear una especie de monumento conmemorativo conjunto, ya que después de su muerte nosotros continuaríamos (durante algún tiempo) siendo activos en la vida, en esta engañadora escena humana, y para él sería una satisfacción que suavizaría el aburrimiento de la tumba el pensar que estábamos ocupados en sus empresas. Pues cuando un Platón, un Dante o un Dostoievski argumentaban sobre la inmortalidad, Humboldt, un profundo admirador de estos hombres, no hubiera podido decir:

—Eran genios, pero no debemos tomar sus ideas muy en serio.

Y él mismo, Humboldt, ¿tomaba seriamente la inmortalidad? No lo dijo nunca. Lo que él dijo es que éramos sobrenaturales, no naturales. Hubiera dado cualquier cosa para descubrir lo que quería decir con esto.

—Estos guiones son difíciles para los derechos de autor —explicó Kathleen—. Humboldt debió de recibir consejo profesional sobre la protección legal... Selló una copia de su manuscrito dentro de un sobre, fue a la oficina de Correos, y se lo hizo enviar a sí mismo por correo certificado. Y nunca se ha abierto. Nosotros hemos leído los duplicados.

—Tienes razón. Yo he recibido dos de esos sobres sellados.

—¿Dos?

—Sí —aclaré—. El otro es el que imaginamos en Princeton. Ahora ya sé cómo se divertía Humboldt en aquel hotel miserable. Pasaba las horas maquinando todo esto con detalle meticuloso y con las formalidades de rigor. Muy propio de él.

—Escucha, Charlie, hemos de ir a medias —opinó Kathleen.

—Bendita seas, pero comercialmente no vale nada —le respondí.

—Al contrario —aseguró Kathleen en tono decidido. Al oír esto, la miré otra vez. Era algo inusual en Kathleen, por lo general tímida, mostrarse tan claramente en desacuerdo—. Mostré el guión a la gente del negocio y firmé un contrato y percibí un pago a cuenta de tres mil dólares. La mitad de eso te pertenece.

—¿Me estás diciendo que alguien ha pagado dinero por eso?

—Tuve dos ofertas para poder escoger. Acepté la de Steinhals Productions. ¿Adónde debo enviarte el cheque?

—De momento, no tengo dirección. Estoy de paso. Pero no, Kathleen, no aceptaré nada de ese dinero. —Estaba pensando en cómo le daría la noticia a Renata. Había ridiculizado por completo el regalo de Humboldt, y en nombre de nuestra generación en trance de desaparecer, la de Humboldt y la mía, me había sentido ofendido—. ¿Están escribiendo el guión cinematográfico?

—Lo está estudiando cuidadosamente —respondió Kathleen. A veces, su voz adquiría un tono agudo de adolescente. Se quebraba.

—¡Qué interesante! ¡Qué absurdo! Un buen cúmulo de improbabilidades —declaré—. Aunque siempre he estado un poco orgulloso de mis rarezas personales, he empezado a sospechar que quizá sean únicamente débiles imágenes de unas rarezas millares de veces más auténticas y más poderosas que flotan por ahí, en alguna parte, y que no sean al fin y al cabo tan personales, sino una condición general. Esta es la razón de por qué esa pieza burlesca de amor y de ambición y todas esas travesuras brillantes de Humboldt pueden parecer válidas a la gente de negocios.

—Recibí consejo legal y mi contrato con Steinhals es para un mínimo de treinta mil dólares si se elige la opción. Podríamos superar los setenta mil, según cuál sea el presupuesto. Dentro de dos meses tendremos noticias. A finales de febrero. Y lo que ahora creo, Charlie, es que como copropietarios deberíamos firmar tú y yo un contrato por separado.

—Vaya, Kathleen, no incrementemos la irrealidad de las cosas. Nada de contratos. Además, yo no necesito ese dinero.

—Así habría pensado yo también antes de hoy, con todo el mundo refiriéndose a tu fortuna de un millón de dólares. Pero antes de firmar la cuenta en el Palm Court has sumado dos veces, de arriba abajo y después desde abajo. Perdiste el color. Y después te he visto vacilar en cuanto a dar propina. Bueno, no te mortifiques, Charles.

—No, no, Kathleen. Tengo mucho dinero. Únicamente es uno de mis arranques depresivos. Además, ¡qué modo de robar! Para los que conocimos mejores tiempos resulta indignante.

—Ya sé que tienes un pleito. Y sé lo que sucede cuando los jueces y los abogados se ensañan con un hombre. No he llevado en balde el rancho de Nevada.

—Desde luego, estar pendiente del dinero es muy duro.

Es como estar agarrado a un cubo de hielo. Y no es posible conseguirlo y vivir fácilmente. Tal cosa no existe. Eso es lo que probablemente Humboldt no entendió. A veces pienso: ¿creería él que el dinero es lo que marcaba la diferencia entre el éxito y el fracaso? En este caso no comprendió. Cuando se consigue el dinero se sufre una metamorfosis. Hay que contender con terribles poderes interiores y exteriores. No hay nada personal en el éxito. El éxito es siempre el éxito propio del dinero.

—Estás intentando cambiar de tema. Siempre has sido un gran observador. Durante años te he estado observando mientras contemplabas a la gente. Como si tú

los vieras a ellos, pero ellos no te vieran a ti. Pero escucha, Charlie, tú no eres el único observador.

—¿Estaría yo en el Plaza si no tuviera dinero?

—Sí; con una mujer joven sí estarías.

Aquella mujer vigorosa, cambiada, pero bella todavía, con la voz a veces quebrada y aguda y mejillas melancólicamente hundidas, había estado estudiándome. Su mirada, aunque un poco desviada y oblicua por la larga costumbre de su pasividad, era cálida y amable. Me conmuevo rápida y profundamente cuando la gente se molesta en darse cuenta de mi situación.

—Tengo entendido que vas camino de Europa con esa joven. Así me lo dijo Huggins.

—Sí —respondí—; así es.

—¿A...?

—¿A qué? —le dije—. Solo Dios lo sabe.

Le hubiera podido decir mucho más. Confesarle que ya no tomaba en serio cuestiones que mucha gente sensata se tomaba muy seriamente, cuestiones de metafísica o de política formuladas erróneamente. Por consiguiente, ¿había alguna razón determinada que me obligara a tener un motivo preciso o práctico para volar a Italia con una mujer bella? Perseguía una ternura especial, perseguía el amor y el placer por motivos que habrían sido apropiados treinta años atrás. ¿Cómo sería lograr a mis sesenta años lo que tanto había anhelado a los veinte? ¿Qué haría con ello cuando lo hubiera alcanzado? Estuve a punto de abrir mi corazón a esta noble mujer. Creía ver en ella signos indicadores de que también estaba retornando de un estado de sueño espiritual. Habríamos podido discutir sobre muchísimos temas fascinantes, por ejemplo, por qué el sueño sellaba el espíritu de las personas, por qué el despertar era tan convulsivo, y si ella creía que el espíritu podía moverse independientemente del cuerpo, y si creía que pudiera existir una especie de conciencia que no necesitara de fundamento biológico. Estuve tentado de contarle que yo, personalmente, tenía la idea de hacer algo sobre el problema de la muerte. Pensé en discutir con ella formalmente la misión que Walt Whitman señaló a los escritores, convencido de que la democracia fallaría a menos que sus poetas le dieran grandes poemas de muerte. Sentía que Kathleen era una mujer con la que podía hablar. Pero la situación resultaba algo embarazosa. ¡Un viejo conquistador que había perdido la cabeza por una bella jovencita ambiciosa, un novelista que iba a satisfacer los sueños de su juventud, súbitamente interesado en discutir la conciencia supersensible y el gran poema de muerte de la democracia! Vamos, Charlie, no hagamos el mundo más extraño de lo que ya es ahora. Precisamente porque Kathleen era una mujer con la que habría podido hablar, guardé silencio. Por respeto. Pensé que esperaría hasta que hubiera madurado algo más todas estas cuestiones, hasta que supiera más sobre ellas.

—Estaré en el Metropol de Belgrado la próxima semana —dijo Kathleen—. No perdamos contacto. Haré que extiendan un contrato, lo firmaré y te lo mandaré.



—No, no, no es necesario que te molestes.

—¿Por qué, quizá porque soy viuda no vas a aceptar dinero de mí? Pero es que yo no quiero tu parte. Considéralo de esta manera.

Era una mujer bondadosa. Y reconoció la verdad: yo estaba gastando mucho dinero con Renata e iba camino de la ruina.

—Cariño, ¿por qué te llevaste el zapato?

—No pude resistirlo —repuso la gran Renata—. ¿Cómo subiste cojeando con un zapato? ¿Qué pensó tu amiga? Apuesto algo a que fue divertido. Charlie, el humor nos une. Lo sé positivamente.

El humor le llevaba ventaja al amor en estas relaciones. Mi carácter y mi modo de ser divertían a Renata. Esta diversión era de tal magnitud que, a mi juicio, se confundía gradualmente con el amor. Pues en ninguna circunstancia yo proponía hacer nada sin amor.

—También me quitaste la bota bajo la mesa en París.

—Sí, fue la noche en que aquel horrible individuo te dijo que tu cinta de la Legión no valía nada y te puso al nivel de los basureros y criadores de cerdos. Lo hice por venganza, consolación, diversión, todo al mismo tiempo —aclaró Renata—. ¿Te acuerdas de lo que yo dije después, que lo encontré muy divertido?

—Sí, me acuerdo.

—¿Qué es lo que dije, Charlie?

—Dijiste «airearlo es humano».

—Airearlo es humano; desnudarlo, divino. —Maquillada, cabello oscuro y vestida con un traje de viaje carmesí, Renata reía—. Oh, Charlie, renuncia a este viaje idiota a Texas. Te necesito en Milán. No va a resultar fácil para mí el asunto de Biferno. Tu hermano no necesita tu visita y tú no le debes nada. Lo quieres, pero él te intimida, y no tienes defensa contra los fanfarrones. Te acercas a ellos con un corazón tierno y ellos te dan una patada en el trasero. Tú y yo sabemos lo que él pensará. Pensará que vas allí en avión en el momento propicio para engañarlo y que te introduzca en alguno de sus negocios provechosos. Deja que te pregunte algo, Charlie. ¿Es que tiene algo de razón? No quiero indagar en tu situación actual, pero sospecho que necesitas inmediatamente algún apoyo económico. Hay otra cosa todavía: será un tira y afloja entre tú y su mujer sobre quién ha de encabezar el duelo si algo sucede. Y ¿por qué querría tu hermano enfrentarse a los dos principales afligidos justamente cuando va a pasar bajo el cuchillo? En resumen, estás perdiendo el tiempo. Ven conmigo. Yo sueño en casarme contigo en Milán con mi verdadero nombre de soltera, Biferno, con mi auténtico padre acompañándome al altar.

Deseaba complacer a Renata. Ella merecía que las cosas salieran a su gusto. Estábamos ahora en el aeropuerto Kennedy, y ella, con su incomparable sombrerito, su abrigo maxi de ante, su echarpe Hermés y sus elegantes botas, era tan inalcanzable para ser poseída como la Torre de Pisa. No obstante, reclamaba sus derechos, el derecho a una identidad, el derecho a un padre, a un esposo. ¡Qué tontería, qué degradación! Sin embargo, desde el siguiente nivel jerárquico y para un observador invisible, pudiera parecer que yo también reclamaba de igual modo orden, racionalidad, prudencia y otras cosas de la clase media.

—Tomemos un trago en el salón de los VIP. No quiero beber con tanto ruido y en vasos pegajosos.

—Pero yo ya no pertenezco ahí.

—Charles —me dijo—, acuérdate de ese tipo Zitterbloom, aquel que te hizo perder veinte mil dólares en pozos de petróleo hace un año, cuando se suponía que te estaba consiguiendo protección fiscal. Llámalo por teléfono y que te arregle lo necesario. Él mismo lo sugirió entonces: «En cualquier momento, Charlie».

—Me haces sentir como el pescador de *Los cuentos de hadas* de Grimm, aquel que su esposa envía a la orilla del mar para pedir un palacio al pez mágico.

—Vigila tu lenguaje. Yo no soy gruñona —me dijo—. Tenemos derecho a beber un último trago con un poco de distinción, sin que nos empuje una multitud andrajosa.

Por tanto, llamé a Zitterbloom, cuya secretaria arregló fácilmente el asunto. Me hizo considerar de qué modo un hombre podría recuperarse de sus fracasos y pérdidas si quería dedicar su mente a ello. Saboreé mi bloody mary con un melancólico humor de despedida, pensando en el riesgo que estaba corriendo a causa de mi hermano, y en lo poco que lo apreciaría él. Sin embargo, era necesario tener confianza en Renata. La hombría ideal lo exigía, y el sentido común tenía que adaptarse a las demandas de la hombría ideal. No obstante, no me habría gustado que en aquel momento se me hubiera pedido una predicción sobre el resultado final, pues, si tenía que predecir, todo desaparecería en una ráfaga de viento.

—¿Qué te parece una botella de Ma Griffe, libre de impuestos? —me preguntó Renata.

Le compré una botella de tamaño grande, diciendo:

—Te la entregarán en el avión y ya no estaré allí para olería.

—No te preocupes, la guardaré para cuando nos reunamos. No dejes que tu hermano te enganche con alguna mujer de Texas.

—Eso sería seguramente la última cosa que se le ocurriría. Pero ¿qué me dices de ti, Renata? ¿Cuándo hablaste por última vez con Flonzaley?

—Puedes olvidarte de Flonzaley. Hemos roto definitivamente. Es un hombre agradable, pero no puedo aceptar el negocio de la funeraria.

—Es un hombre muy rico —señalé.

—Vale lo que sus coronas para fantasmas —respondió de un modo que encendió mi corazón—. Como gerente, ya no tiene que manejar los cadáveres, pero no puedo olvidar sus principios de embalsamador. Naturalmente, no estoy de acuerdo con ese tipo, Fromm, cuando dice que la necrofilia se ha ido introduciendo en la civilización. Hablando en serio, Charlie, con un físico como el mío, si no me mantengo perfectamente normal, ¿adónde llegaría?

Como fuera, me sentía muy triste al pensar cuánta verdad habría en lo que me decía y si nos volveríamos a ver. A despecho de tantas presiones, sentí que estaba avanzando espiritualmente. Las separaciones y las partidas, cuando menos, me ponen nervioso y experimento gran ansiedad, pero en esta ocasión sentí algo digno de confianza dentro de mí.

—Bueno, pues adiós, querido mío. Te llamaré por teléfono desde Milán, mañana, a Texas —dijo Renata, y nos besamos muchas veces. Ella parecía a punto de llorar, pero no brotaron lágrimas.

Caminé a través del túnel de la Trans World Airlines, como un esófago arqueado sin fondo o un pasillo en una película expresionista, me registraron para comprobar que no llevaba armas y subí al avión para Houston. Durante todo el trayecto hasta Texas estuve leyendo libros sobre ocultismo. Había en ellos muchos párrafos emocionantes a los que me referiré dentro de un momento. Llegamos a Corpus Christi por la tarde y me alojé en un motel. Después me dirigí a la casa de Julius, grande y nueva, rodeada de palmeras, jacarandás, nísperos y limoneros. El césped parecía artificial, como virutas o hebras verdes del material de embalaje. En el camino estaban estacionados unos lujosos automóviles y, cuando pulsé el timbre, se oyó un gran ruido de campanas y dentro comenzaron a ladrar los perros. Los sistemas de seguridad eran complicados. Se abrieron pesados cerrojos, y mi cuñada, Hortense, abrió la gran puerta adornada con tallas de Polinesia. Dio unos gritos a los perros en los que se adivinaba el afecto. Entonces se volvió hacia mí. Era una persona franca y honrada, de ojos azules y labios gruesos. Algo cegada por el humo de su propio cigarrillo, que no se quitó de la boca, exclamó:

—¡Charles! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—He alquilado un coche en Avis. ¿Cómo estás, Hortense?

—Julius te espera. Se está vistiendo. Entra directamente.

Los perros tenían el tamaño casi de un caballo. Ella los contuvo mientras yo me dirigía al dormitorio principal. A mi paso saludé a los niños, mis sobrinos, que no me respondieron. Me daba la impresión de que no me consideraban un miembro de la familia. Al entrar, encontré a Ulick, mi hermano, vestido con unos calzoncillos a rayas que le llegaban a las rodillas.

—Pensé que serías tú, Chuckie —me dijo.

—Bueno, Ulick, aquí estamos —respondí.

No tenía buen aspecto. El vientre era prominente y los pezones de sus pechos, puntiagudos. Entre ellos crecía una espesa pelusa gris. Sin embargo, se mostraba tan dominante como siempre. Cabeza larga, imperiosa, con su nariz recta, el suave cabello blanco bien cortado, el bigote marcial y los ojos agudos y brillantes, con bolsas. Siempre había llevado calzoncillos anchos, los prefería. Como norma, los míos eran más estrechos y más cortos. Me lanzó una de sus miradas de reojo. Toda una vida mediaba entre los dos. Conmigo la relación era continua, pero Ulick era de esos hombres que querían reanudar contactos una y otra vez. Nada debía darse por permanente. Las emociones fraternales que yo llevaba conmigo lo desconcertaban y confundían, lo halagaban, pero también lo llenaban de sospechas. ¿Yo era un buen hombre? ¿Era realmente inocente? ¿Valía en verdad para algo? Conmigo Ulick tropezaba con la dificultad de llegar a una decisión, tal como a mí me ocurría respecto a Thaxter.

—Podrías haber ido directamente a Houston —me dijo—. Iremos allí mañana.

Me daba cuenta de que él estaba combatiendo sus sentimientos fraternales, todavía muy presentes. Ulick no había conseguido liberarse por completo de ellos.

—¡Oh, no me importó el viaje extra! No tenía nada especial que hacer en Nueva York.

—Bien, esta tarde he de ir a ver alguna propiedad. ¿Quieres acompañarme o prefieres quedarte a nadar en la piscina? Es climatizada. —La última vez que me había metido en su piscina, uno de sus enormes perros me mordió el tobillo y perdí mucha sangre. Ulick continuó—: Bien, me alegra que estés aquí. —Volvió su poderoso rostro y miró a otra parte, mientras su cerebro, intensamente entrenado en cálculos, evaluaba sus posibilidades—. Esta operación está fastidiando la Navidad de los chicos —dijo—, y tú tampoco estarás con los tuyos.

—Mandé a las niñas un montón de juguetes de F. A. O. Schwarz. Lamento tener que confesar que no pensé en traer juguetes para tus chicos.

—¿Y qué les darías? Lo tienen todo. Comprarles un juguete es un maldito juego de adivinanza. Estoy preparado para la operación. Me metieron en cama para hacerme todas las pruebas, en Houston. Hice una donación de veinte mil dólares a ese lugar en memoria de papá y mamá. Y estoy listo para la operación, excepto que me sobran algunos kilos. Chuck, te abren en canal y hasta creo que esos cabrones te sacan el corazón fuera del pecho. Su equipo hace estos trabajos de corazón a millares. Espero estar de vuelta en mi oficina el primero de febrero. ¿Estás bien de dinero? ¿Dispones de unos cincuenta mil? Puedo meterte en algo interesante.

De vez en cuando, Ulick me llamaba por teléfono desde Texas para decirme: «Envíame un cheque de treinta mil, no, hazlo de cuarenta y cinco mil».

Yo, sencillamente, llenaba el cheque y se lo enviaba por correo. No había recibos. En ocasiones, seis meses después llegaba un contrato. Invariablemente mi dinero se duplicaba. A él le complacía hacer esto por mí, aunque le irritaba que no fuese capaz de comprender los detalles de estos negocios y que no apreciara su sutileza de negociante. En cuanto a los beneficios, yo los había confiado a Zitterbloom, pagaban a Denise, subvencionaban a Thaxter, se los llevaba Hacienda, mantenían a Renata en las torres Lake Point e iban a parar a Tomchek y Srole.

—¿En qué estás pensando? —le pregunté.

—En algunas cosas —me respondió—. Ya conoces las tasas de los bancos. Me sorprendería que pasara mucho tiempo sin que subieran al dieciocho por ciento.

Estaban conectados tres aparatos de televisión diferentes, lo que incrementaba la profusión de colores de la habitación. El papel de la pared tenía relieves dorados. La alfombra parecía la continuación del deslumbrante césped. El interior y el exterior se hacían uno a través de un ventanal, jardín y dormitorio confundidos. Había una bicicleta estática azul y varios trofeos en los estantes, pues Hortense era una jugadora de golf de renombre. Unos armarios enormes, hechos a medida, contenían infinidad de trajes y docenas de pares de zapatos ordenados en largos estantes, con centenares

de corbatas y montones de cajas de sombreros. Ostentoso, satisfecho de sus posesiones, en cuestión de gusto era un crítico meticuloso y revisaba mi apariencia como si él fuese el Douglas MacArthur de la elegancia.

—Siempre fuiste un descuidado, Charlie, y ahora gastas dinero en trajes y vas al sastre, pero sigues siendo un descuidado. ¿Quién te ha vendido estos condenados zapatos? ¿Y ese abrigo que parece una manta de caballo? Los afanadores solían vender zapatos como esos a los palurdos hace cincuenta años y, además, les regalaban un abrochador de botones como propaganda. Ahora fíjate en este abrigo. —Me lanzó a los brazos una prenda de vicuña negra con un cuello Chesterfield—. Aquí es demasiado caluroso para usarlo. Es tuyo. Los chicos llevarán tu abrigo al establo, que es adonde pertenece. Vamos, quítatelo, ponte este.

Hice lo que me ordenaba. Este era su modo de expresar el afecto. Cuando se hacía necesario resistir a Ulick, yo lo hacía silenciosamente. Se puso unos pantalones de doble urdimbre, bello corte, revés ancho, pero no consiguió abrocharlos sobre su barriga. Gritó a Hortense, que estaba en la habitación próxima, que los pantalones se habían encogido en la tintorería.

—Sí, se han encogido —respondió ella.

Así era el estilo de la casa. Nada de vuestros murmullos y afirmaciones en susurros, propios de la Ivy League.

También me dio un par de zapatos. Nuestros pies eran exactamente iguales. Como lo eran nuestros ojos saltones y las narices rectas. No sé exactamente lo que estos rasgos harían por mí. A él le daban un aspecto autocrático. Y ahora que comenzaba a considerar cada vida terrenal como una entre una serie, me inquietaba pensar en la carrera espiritual de Ulick. ¿Qué había sido él antes? La evolución biológica y la historia occidental nunca podrían haber creado una persona como Ulick en unos simples sesenta y cinco años. Él había traído ya consigo sus cualidades más profundas. Cualquiera que hubiese sido su forma anterior, yo me inclinaba por creer que en esta vida como norteamericano rico y rudo había perdido terreno. Estados Unidos resultaba una dura prueba para el espíritu humano. No me sorprendería que hiciera retroceder a todos. Ciertos poderes elevados parecían transitoriamente inactivos, y la parte sensible del alma disponía de todo a su gusto, con sus comodidades materiales. ¡Oh! Las comodidades de la criatura, las seducciones animales. ¿Qué periodista fue el que escribió que existían países en los que nuestra basura hubiera sido una exquisitez?

—De modo que te vas a Europa. ¿Alguna razón especial? ¿Por algún trabajo? ¿O se trata, simplemente, de correr, como de costumbre? Nunca vas solo, siempre con alguna falda. ¿Qué clase de coño te lleva esta vez...? Puedo meterme por la fuerza dentro de estos pantalones, pero tendré que conducir mucho rato y no estaré cómodo. —Se los quitó, enfadado, y los arrojó encima de la cama—. Voy a decirte adónde iremos. Hay una propiedad fantástica, quince o veinte hectáreas de península dentro del golfo, que pertenece a unos cubanos. Era de un general que fue dictador antes de

que Batista le arrebatara el poder hace algunos años. Te explico cómo era el chanchullo. Cuando sacaban de circulación los billetes viejos, los recogían en los bancos de La Habana y se los llevaban en camiones para destruirlos. Pero nunca se quemaron. No señor, se embarcaban fuera del país y se depositaban en la cuenta del viejo general. Con esto, él compraba propiedades en Estados Unidos. Ahora sus descendientes se desentienden de todo. No sirven para nada, son un grupo de vividores. Las hijas y las nueras se empeñan en que estos herederos vividores actúen como hombres. Pero todo lo que saben hacer es navegar a vela, beber, dormir, ir de putas y jugar al polo. Drogas, automóviles rápidos, aviones... Ya sabes. Las mujeres quieren que alguna empresa de desarrollo se haga cargo de esta propiedad. Aceptan ofertas. Serán millones, Charlie, es toda una maldita península. Por mi parte, estoy en contacto con algunos cubanos exiliados, que trataron a estos herederos en el viejo país. Creo que podremos introducirnos. A propósito, el abogado de Denise me ha enviado una carta respecto a ti. Eres propietario de un punto en mis Peony Condominiums y ellos quieren saber su valor. ¿Por qué tenías que contárselo todo? ¿Quién es ese sujeto Pinsker?

—No tuve más remedio. Me obligaron a presentar mi declaración de rentas.

—¡Ah, pobre tonto supereducado! Desciendes de buena raza y no naciste idiota; tú mismo te has convertido. Ya que habías de ser intelectual, ¿por qué no del tipo duro? Un Herman Kahn o un Milton Friedman, uno de esos tíos agresivos que escriben en *The Wall Street Journal*. Tú, con tu Woodrow Wilson y otros tipos muertos. No puedo tragarme las bobadas que escribes. Dos frases y ya estoy bostezando. Papá tendría que haberte abofeteado igual que solía hacer conmigo. Habrías despertado. El ser su favorito no te hizo ningún bien. Vas entonces y te casas con esa fulana furiosa. Encajaría bien con el Symbionese o los terroristas del Frente de Liberación palestino. Cuando vi sus dientes afilados y el crecimiento retorcido de su cabello en las sienes, supe que estabas destinado al espacio exterior. Naciste tratando de probar que la vida en esta tierra no era factible. De acuerdo, tu caso está prácticamente completo. ¡Cristo, ya quisiera yo tener tus condiciones físicas! ¿Juegas todavía a racquetball con Langobardi? Se dice que ahora es un caballero. Cuéntame, me interesa, ¿cómo va tu pleito?

—Muy mal. El tribunal me ordenó depositar una fianza. Doscientos mil dólares. La cifra lo hizo palidecer.

—¿Te han bloqueado el dinero? Nunca más lo verás. ¿Quién es tu abogado, tu íntimo amigo de la infancia, ese gilipollas de Szathmar?

—No, es Forrest Tomchek.

—Conocí a Tomchek en la Facultad de Derecho. El tipo de fullero hombre de leyes. Es más suave que un supositorio, únicamente que sus supositorios contienen dinamita. ¿Y quién es el juez?

—Un hombre llamado Urbanovich.

—A este no lo conozco. Pero ha estado llevando el caso en contra tuya y todo lo

veo muy claro. Trabajo sucio por debajo de la mesa. Te está utilizando para sacar su buena tajada. Debe de tener deudas y va a saldarlas con tu dinero. Voy a controlarlo ahora mismo para ti. ¿Conoces a un tipo llamado Flanko, de Chicago?

—¿Solomon Flanko? Es un abogado del sindicato.

—Él lo conocerá —Ulick pulsó rápidamente los números del teléfono—. Flanko —dijo al obtener la comunicación—, aquí Julius Citrine, de Texas. Hay un tipo llamado Urbanovich en el tribunal de asuntos familiares. ¿Sabes si se deja sobornar? —Escuchó atentamente, y dijo—: Gracias, Flanko, ya te llamaré más tarde. —Una vez colgado el auricular, eligió una camisa deportiva y me dijo—: No, al parecer Urbanovich no se deja sobornar. Quiere hacerse un nombre dentro de la justicia. Es un tipo hábil. Insensible. Si va detrás de ti, tú y tu dinero vais a separaros como las claras y las yemas, así que bórralo de tu mente. Ya conseguiremos que tengas más. ¿Apartaste algo?

—No.

—¿Nada en ninguna caja fuerte? ¿Ninguna cuenta numerada en algún lugar? ¿Algún hombre de paja?

—No.

Me miró severamente. Después su rostro, marcado por los años, los problemas y las pruebas soportadas, se relajó un poco al sonreír debajo de su bigote estilo Acheson.

—¡Y pensar que somos hermanos! —dijo—. Positivamente hay tema para un poema. Deberías sugerirlo a tu camarada Von Humboldt Fleisher. A propósito, ¿qué sucedió con tu compinche poeta? Recuerdo cuando, en los años cincuenta, os fui a buscar en un taxi y os llevé a dar una vuelta por los clubes nocturnos de Nueva York. Nos divertimos en el Copacabana, ¿te acuerdas?

—Aquella noche en la ciudad fue formidable. A Humboldt le entusiasmó. Ha muerto —anuncié.

Ulick se puso una camisa azul de seda italiana, una bella prenda que parecía ansiar un cuerpo ideal. Se la abrochó sobre el pecho. En mi última visita, Ulick estaba delgado y llevaba unos magníficos pantalones estrechos de cadera, adornados en las costuras con monedas de plata mexicanas. Había creado esta nueva figura con una dieta rigurosa. No obstante, incluso en aquella época, el suelo de su Cadillac estaba cubierto de cáscaras de cacahuete. Ahora había engordado otra vez. Contemplé la vieja obesidad de su cuerpo, que yo siempre había conocido, completamente familiar para mí. La barriga, las pecas de la parte superior de sus indisciplinados brazos, y sus manos elegantes. Yo todavía veía en él el chiquillo obeso de aspecto sofocado, el niño sensual e intrigante, cuyos ojos expresaban continuamente su supuesta inocencia. Lo conocía del derecho y del revés, incluso físicamente, y recordaba la ocasión en que se hizo un gran corte en el muslo con una botella rota en un riachuelo de Wisconsin, hacía ahora cincuenta años, y me quedé mirando la grasa amarillenta, capas y más capas de grasa a través de las cuales brotaba la sangre. Sabía del lunar en el dorso de



su muñeca, su nariz rota y recompuesta, la fiereza de su falsa mirada de inocencia, sus ronquidos y sus olores. Vestido con un jersey color naranja, y respirando por la boca (antes de que hubiéramos podido pagar la operación de su nariz), él me llevaba en sus hombros para que pudiera contemplar el desfile militar, en el bulevar Michigan. Esto debió de ocurrir en 1923. Me sostenía por las piernas. Las suyas eran voluminosas, enfundadas en unos calcetines a rayas negras, y llevaba unos pantalones de golf hinchados con reminiscencias femeninas. Después permaneció detrás de mí en los lavabos masculinos de la Biblioteca Pública, ante los altos urinarios parecidos a sarcófagos abiertos, y me ayudó a pescar mi pequeño miembro entre las complicadas ropas interiores. En 1928 se dedicaba a destruir equipajes en el American Express. Después trabajó en la estación de autobuses cambiando los grandes neumáticos. Se trataba con bravucones de la calle y él mismo era un fanfarrón. Se pagó los estudios nocturnos en el Lewis Institute y, más tarde, en la Facultad de Derecho. Reunió y perdió fortunas. Se llevó su Packard a Europa, al principio de los años cincuenta, y lo mandó transportar en avión de París a Roma, porque le aburría conducirlo a través de las montañas. Gastaba sesenta mil o setenta mil dólares al año únicamente en su persona. Nunca olvidé hecho alguno que se refiriese a él. Esto lo halagaba. Y también lo enojaba. Si yo ponía tanto empeño en recordar, ¿qué es lo que probaba con ello? ¿Qué quería a Ulick? Algunos expertos clínicos creen que esa integridad de la memoria es un síntoma de histeria. El propio Ulick declaraba no tener memoria alguna, excepto para transacciones de negocios.

—De modo que ese chiflado de amigo tuyo, Von Humboldt, ha muerto. Hablaba en unos términos complicados que nadie podía entender, y vestía mucho peor que tú, pero me gustó. Seguro que bebía. ¿De qué murió?

—Hemorragia cerebral. —Tuve que mentir piadosamente. Hablar de enfermedades del corazón en esos días resultaba tabú—. Me dejó una herencia.

—¿Cómo, es que tenía dinero?

—No, únicamente documentos. Pero cuando fui al asilo de ancianos para recogerlos de las manos de su viejo tío, ¿a quién crees que encontré allí? ¡A Menasha Klinger!

—No me digas... ¡Menasha! ¡El tenor dramático, el pelirrojo! Era el tipo de Ypsilani que estuvo viviendo con nosotros en Chicago, ¿no? Nunca he visto otro tío más loco y fracasado. Incapaz de afinar dos notas seguidas. Gastaba su salario de obrero en lecciones y entradas para los conciertos. La única vez que intentó pasar un buen rato contrajo la blenorragia, y a partir de entonces el especialista en enfermedades venéreas compartió su salario con el maestro de música. ¿Ya se ha hecho tan viejo como para estar en un asilo? En fin, tengo sesenta y tantos años y él me llevaba unos ocho años. ¿Sabes lo que descubrí el otro día? El título de las parcelas familiares del cementerio de Waldheim. Quedan dos tumbas. ¿No te interesaría comprar la mía por si acaso? No voy a quedarme ahí echado. Deseo que me incineren. Quiero acción. Prefiero ir a la atmósfera. Búscame en los informes

meteorológicos.

Él también tenía su sentimiento peculiar sobre la tumba. El día de los funerales de nuestro padre, me dijo:

—El tiempo es condenadamente tibio y agradable. Es terrible. ¿Has visto alguna vez una tarde más perfecta?

Los enterradores enrollaron la alfombra de césped artificial, descubriendo en el suelo arenoso un hoyo atractivamente fresco. En lo alto, mucho más allá de la agradable temperatura de mayo, se alzaba algo parecido a un risco de carbón. Consciente de ese peñasco de carbón que parecía abalanzarse sobre el florido cementerio —¡era época de lilas!— me brotó el sudor. Una pequeña máquina descendía el ataúd, sujeto por unas tiras de lona que se deslizaban suavemente. Nunca existió un hombre tan poco dispuesto a ser enterrado, a cruzar el amargo umbral, como Citrine padre. Nunca hubo un hombre tan poco adecuado para permanecer quieto. Papá, ese gran corredor a campo abierto, ahora metido en ese hoyo por obra de la muerte.

Ulick dijo que quería enseñarme la nueva decoración que Hortense había realizado en los cuartos de los niños. Yo sabía que lo que él buscaba eran caramelos. Los armarios de la cocina estaban cerrados con llave y el refrigerador se hallaba fuera de su alcance.

—Ella tiene toda la razón —me dijo—, no debo comer tanto. Ya sé que tú siempre has dicho que es un apetito falso. Me aconsejaste que me pusiera el dedo en la garganta y me provocara náuseas cuando creyera tener hambre. ¿Qué se supone que hace eso, invertir el músculo del diafragma o algo parecido? Siempre fuiste un tipo de voluntad fuerte y un atleta. Te alzabas a pulso hasta tocar la barra con el mentón, levantabas pesas, dabas puñetazos al saco, corrías alrededor de la manzana y te colgabas de los árboles como si fueses Tarzán de los monos. Debías de sentir remordimientos sobre lo que hacías cuando te encerrabas en el retrete. Eres un cabroncete sexual, así que no te preocupes por tu gran vida mental. ¡Todo ese arte del carajo! Nunca llegué a comprender esa comedia que escribiste. Me fui al segundo acto. La película fue mejor, pero también tenía sus momentos pesados. Mi viejo amigo Ev Dirksen también tuvo su época literaria. ¿Sabías que el senador escribió poemas para las tarjetas de felicitación? Pero era un tremendo fraude, un tipo cínico como el que más. Por lo menos, él se burlaba de las tonterías que escribía. Escucha, supe que el país iba directamente a la bancarrota tan pronto como el arte comenzó a mover mucho dinero.

—Realmente no sabría decírtelo —le respondí—. Convertir a los artistas en capitalistas era una idea graciosa de cierta profundidad. Estados Unidos decidió probar las pretensiones de la estética aplicando la medida del dólar. Quizá has tenido ocasión de leer la transcripción de la cinta de Nixon, cuando decía que no quería tomar parte en esa mierda de la literatura y el arte. Con eso demostró que estaba fuera de órbita. Había perdido todo punto de contacto con el espíritu del capitalismo. No lo

entendía en absoluto.

—Bueno, bueno, no empieces una de tus conferencias conmigo. En la mesa te pasabas el tiempo soltando el rollo sobre alguna teoría. Si no era una maldita cosa era la otra: Marx, Darwin, Schopenhauer u Oscar Wilde. Poseías la mayor colección de libros de la Biblioteca Moderna de todo el barrio. Y te apuesto cincuenta contra uno a que en este mismo momento estás metido hasta el cuello en alguna teoría desquiciada. No podrías vivir sin eso. Vámonos. Hemos de recoger a esos dos cubanos y a un irlandés de Boston que vienen con nosotros. Yo nunca me sentí atraído por esos asuntos del arte, ¿no es verdad?

—Tú quisiste llegar a ser fotógrafo.

—¿Yo? ¿Y cuándo fue eso?

—Cuando se celebraron los funerales en la iglesia ortodoxa rusa. ¿Te acuerdas de aquella estucada, con la cúpula en forma de cebolla, en Leawitt, esquina con Haddon? Abrieron los ataúdes enfrente de los escalones y fotografiaron a la familia con el cadáver. Tú intentaste llegar a un acuerdo con el sacerdote para ser nombrado fotógrafo oficial.

—¿Lo hice? ¡Bien por mí!

A Ulick le gustó oír contar eso. Sonrió suavemente, con cierta rigidez, meditativo. Se tocó las mejillas laxas y dijo que se había afeitado demasiado la barba y tenía la piel irritada. Debió de ser una creciente amargura que le subió desde el pecho lo que le produjo esta sensibilidad cutánea. Mi visita llevaba en sí implícitas insinuaciones de una despedida final que debía preocuparle. Él reconocía que yo había hecho bien en acudir, pero también me detestaba por ello. Podía comprender su punto de vista. ¿Por qué tenía que ir a revolotear a su alrededor con mi amor, como una plaga mortal? Mi posición era mala de cualquier modo. Porque, si no hubiese ido, él me habría guardado rencor.

Julius necesitaba ser agraviado. Se deleitaba en su ira y dejaba cuentas pendientes.

Durante cincuenta años, ritualmente, había estado repitiendo los mismos chistes, riéndose de ellos por ser tan infantiles y estúpidos.

—¿Sabes quién está en el hospital? La gente enferma. —O si no—: Una vez me llevé el primer premio en historia, pero me vieron cuando me lo llevé y me obligaron a devolverlo.

En la época en que todavía discutía con él, yo solía decirle:

—Eres un populachero y un inculto. Por patriotismo has renunciado a tu cerebro ruso-judío. Eres un ignorante por propia decisión y un auténtico norteamericano.

Pero hacía ya mucho tiempo que no le decía estas cosas. Sabía que Julius se encerraba en su oficina con una caja de uvas y leía a Arnold Toynbee y R. H. Tawney, o a Cecil Roth y Salo Barón, que trataban de la historia judía. Cuando alguna de sus lecturas surgía en la conversación, él se aseguraba de pronunciar mal las palabras clave.

Conducía su Cadillac bajo un sol abrasador. Por encima del automóvil se agitaban unas sombras que podrían haber sido las de todos los habitantes de la Tierra. Julius era un constructor norteamericano y un millonario. Las almas de miles de millones revoloteaban como espectros sobre la gran capota negra pulida. En la lejana Etiopía, gentes con disentería, al agacharse desfallecientes en las zanjas, abrían ejemplares del *Business Week* abandonados por los turistas, y veían su rostro u otros rostros como el suyo. A mí me parecía, sin embargo, que había pocos rostros como este, con el feroz perfil que traía a la mente la palabra latina *rapax* o uno de los arbitrarios y enloquecidos reyes de Rouault tratando con la muerte. Pasamos cerca de algunas de sus empresas, el Peony Condominiums, el Trumbull Arms. Revisábamos sus muchos proyectos de construcción.

—Peony casi me arruinó. El arquitecto me convenció para instalar una piscina en la terraza. Se estimó el cemento en muchas toneladas de menos, por no mencionar el hecho de que nos excedimos treinta centímetros del límite de la parcela. Nadie lo descubrió y conseguí zafarme del maldito asunto. Con montones de papeleo. —Él se refería a una segunda hipoteca importante—. Ahora escúchame, Chuck, sé que necesitas algunos ingresos. Esa pájara demente no estará satisfecha hasta que tenga tu hígado dentro de su congelador. Estoy asombrado, realmente asombrado, de que no apartaras algún dinero. Has de estar chalado. Hay mucha gente que anda tras de ti para apoderarse de grandes sumas. Has invertido mucho con ese individuo de Nueva York, Zitterbloom, que te prometió proteger tus ingresos de las garras del Tío Sam. Te jodió bien. De ese nunca sacarás ni un céntimo. Pero otras personas quizá te deban millares. Haz ofertas. Toma la mitad, pero al contado. Yo te enseñaré cómo camuflar tu dinero y hacerlo desaparecer. Entonces te vas a Europa y te quedas allí. ¿Para qué demonios quieres vivir en Chicago? ¿Aún no estás harto de ese lugar tan aburrido? Para mí no era aburrido, pues yo salía y veía acción. Pero tú... Te levantas, miras fuera, es un día gris, corres la cortina y coges un libro. La ciudad está rugiendo, pero tú no oyes nada. Si esto no ha reventado tu condenado corazón, es que eres un hombre de hierro, viviendo de ese modo. Escucha, tengo una idea. Compremos juntos una casa en el Mediterráneo. Mis chicos deberían aprender una lengua extranjera, tienen poca cultura. Tú podrías enseñarles. Oye, Chuck, si puedes reunir cincuenta mil dólares te garantizo un veinticinco por ciento de intereses, y con eso puedes vivir en el extranjero.

Julius seguía hablándome en estos términos, mientras yo continuaba pensando en su destino. ¡Su destino! Y no podía contarle mis pensamientos. No eran transmisibles. ¿Para qué servían entonces? Su rareza e idiosincrasia eran una traición. Los pensamientos deberían ser reales. Las palabras deberían tener un significado definido, y un hombre debería creer en lo que dice. Este era el lamento de Hamlet a Polonius cuando decía: «Palabras, palabras, palabras». Las palabras no son mis palabras, los pensamientos no son mis pensamientos. Es maravilloso tener pensamientos. Pueden versar sobre los cielos estrellados o la ley moral, la majestad de los primeros o la

grandeza de la segunda. Ulick no era el único que trataba con montones de papeles. Todos lo hacíamos en abundancia. Pero en un momento como este no iba a presionarlo con ningún papel, aunque sí con mis nuevas ideas. Eran mucho más adecuadas, si bien no estaba listo para exponerlas ante él. Debiera haberme sentido dispuesto. En el pasado, los pensamientos eran demasiado reales para ser conservados como una cartera cultural de acciones y obligaciones. Pero ahora poseemos bienes mentales. Tantas vistas mundiales como se quiera. Cinco epistemologías distintas en una velada. Elige a tu gusto. Todas son aceptables y ninguna de ellas es restrictiva ni necesaria ni posee suficiente fuerza ni habla directamente al alma. Era este papeleo, este intercambio intelectual el que finalmente me había hecho enderezar. Pero me había alzado lentamente, con desgana. Y por eso no estaba listo para hablarle a Ulick de alguna cosa genuinamente interesante. Nada tenía para ofrecer a mi hermano, que se encaraba con la muerte. Julius no sabía qué pensar del asunto y estaba furioso y asustado. Me correspondía a mí, como hermano reflexivo, el decirle algo. Y en verdad tenía importantes sugerencias que comunicarle en esos momentos en que se enfrentaba con el fin. Pero las sugerencias no servían de mucho. Yo no había hecho todavía mis deberes. Julius me respondería:

—¿Qué quieres decir con espíritu? ¿Inmortalidad? ¿Esto es lo que me cuentas?

Y todavía no estaba preparado para explicarme. Justamente me hallaba a punto de penetrar yo mismo seriamente en el tema. Quizá Renata y yo tomásemos el tren hasta Taormina y allí podría sentarme en un jardín y concentrarme en esto, dedicándole toda mi mente.

Nuestros formales padres del Viejo Mundo habían criado ciertamente un par de payasos norteamericanos: un payaso millonario demoníaco y un payaso de elevados pensamientos. Ulick había sido un muchacho grueso al que yo adoraba, era un hombre precioso para mí y ahora tenía ante sí el horizonte fatal y, mientras él permanecía allí sentado, enfermo frente al volante, yo deseaba decirle que cuando se acababa esta cosa magnífica, esta cosa dolorosa exquisita, agotadora y deslumbrante (me refería a la vida), concluía simplemente lo que nosotros conocíamos. No concluía lo desconocido, y sospechaba que había algo que proseguía después. Pero no podría probarlo ante este cabezota de mi hermano. Él estaba aterrorizado por el vacío que se le acercaba, la conclusión del florido día agradable de mayo con el peñasco de carbón detrás, y el atractivo frescor del hoyo en el suelo. Todo lo que habría podido decirle realmente, si me hubiera atrevido a hablar, habría sido algo así:

—Oye, ¿te acuerdas cuando nos mudamos a Chicago desde Appleton y vivíamos en esas habitaciones oscuras de la calle Rice? ¿Y tú eras un chico grueso y yo un flacucho? ¿Y mamá te contemplaba arrobada con sus ojos negros y papá se ponía hecho una furia porque tú mojabas el pan en tu leche de cacao? ¿Y cómo antes de meterse en los negocios de la madera trabajaba como un esclavo en la panadería, el único trabajo que pudo encontrar, un caballero trabajando durante las noches? ¿Y volvía a casa y colgaba su mono blanco detrás de la puerta del cuarto de baño, donde

siempre olía a horno de pan, y la harina seca caía en pequeñas escamitas? ¿Y dormía, guapo e irritado, todo el día, sobre un lado, con una mano debajo de la cara y la otra entre sus rodillas alzadas, mientras mamá hervía la colada en el hornillo de carbón y tú y yo nos íbamos a la escuela? ¿Te acuerdas de todo esto? Bien, te diré por qué lo he recordado. Existen buenas razones estéticas para que esto no se borre eternamente del recuerdo. Nadie pondría tanto corazón en cosas condenadas al olvido.

O tanto amor. El amor es la gratuidad del ser. Este amor se convertiría en odio, Ulick, si todo no fuese sino un engaño.

Claro está que estas palabras no eran aceptables para uno de los mayores constructores del sureste de Texas. No se permitían comunicaciones de este tipo según las reglas mentales en boga de una civilización que probaba su derecho a imponerlas por los muchos milagros prácticos que realizaba. Como, por ejemplo, transportarme de Nueva York a Texas en cuatro horas, o abrirle el esternón e injertarle unas venas nuevas en el corazón. Aceptar la finalidad de la muerte formaba parte de estas reglas. No debía quedar ninguna señal de nosotros. Únicamente algunos agujeros en el suelo. Solo el polvo de algunas toperas, arrojado por las criaturas extintas que en otras épocas tuvieron ahí su madriguera.

Entretanto, Ulick estaba diciendo que me ayudaría. Por cincuenta mil dólares iba a venderme dos puntos en un proyecto ya terminado.

—Esto debería dar entre un veinticinco y un treinta por ciento de intereses. Así que, si cuentas con unos ingresos de quince mil, más lo que puedas obtener de tus escritos, podrás vivir cómodamente en uno de esos países baratos, como Yugoslavia o Turquía, y mandar al cuerno a toda la pandilla de Chicago.

—Préstame cincuenta mil dólares, en este caso —le dije—. En un año los puedo ganar de sobra y devolvértelos.

—Tendría que ir al banco para solicitarlos —me respondió. Pero yo era un Citrine, la misma sangre corría por nuestras venas y él no podía esperar que yo me tragara semejante mentira. Añadió entonces—: Charlie, no me pidas que haga algo tan impropio de un negociante.

—Lo que quieres decir es que, si me prestas el dinero y no ganas algo por ello, se resiente tu autoestima.

—Con tu habilidad para exponer las cosas tan sucintamente, vaya cosas que yo podría escribir —me dijo—, teniendo en cuenta que mis conocimientos superan a los tuyos en millares de veces. Naturalmente, yo debería tener algún beneficio. Después de todo, soy quien combina las cosas, el que pone todo el asunto en marcha. Pero sería el mínimo básico. Por otra parte, si te cansas de tu modo de vivir actual, y deberías cansarte, podrías instalarte en Texas y hacerte tú mismo asquerosamente rico. Este lugar tiene grandes dimensiones, Charlie, tiene terreno para correr.

Esta referencia al terreno, a las grandes dimensiones, no me impulsaba a las ambiciones de negocios, tan solo me recordaba algo conmovedor que había estado leyendo en el avión sobre una clarividente. Después de que los dos cubanos y el

hombre de Boston subieron al Cadillac con nosotros y comenzaron a fumar cigarros puros, y empecé a sentirme mareado, pensar en la clarividencia era tan conveniente como estar haciendo cualquier otra cosa. El automóvil salió de la ciudad, siguiendo la línea de la costa.

—Ahí mismo hay un lugar fantástico para pescar —indicó Ulick—. Quiero detenerme un momento y comprar algunas gambas y agujas ahumadas para Hortense.

Nos detuvimos y compramos pescado. Ulick, hambriento, comía pedacitos de aguja antes de que sacaran el pescado de la balanza. Antes de que se lo hubieran envuelto ya le había arrancado la cola.

—No tragues —le recomendé.

No me hizo ningún caso, y tenía razón. Tragaba. Gaspar, su amigo cubano, se sentó al volante, y Ulick ocupó la parte posterior con su pescado. Lo guardó debajo del asiento.

—Voy a guardar este para Hortense, ella lo adora —declaró.

Pero a este paso no quedaría nada para Hortense. No era yo quien podía poner fin a toda una vida de extraordinaria voracidad, y debería haberlo dejado en paz. Pero tenía que poner mi pequeña contribución fraternal proporcionándole justamente el toque de remordimiento que uno esperaba de la familia en la víspera de una operación a corazón abierto mientras se atracaba de pescado ahumado. Al mismo tiempo, me estaba concentrando en la visión que la clarividente había descrito con extraordinario detalle. Del mismo modo que el alma y el espíritu abandonaban el cuerpo durante el sueño, también podían separarse del cuerpo en plena conciencia, con el propósito de observar la vida interior del hombre. El primer resultado de este alejamiento consciente es que todo está a la inversa. En lugar de ver el mundo externo según lo apreciamos con nuestros sentidos e intelecto, los iniciados pueden ver el yo circunscrito desde fuera. El alma y el espíritu se despliegan en un mundo que normalmente perciben desde dentro: montañas, nubes, bosques y mares. Ya no vemos este mundo exterior porque somos parte de él. El mundo exterior se convierte en el interior. Clarividente, uno está en el espacio que antiguamente contemplaba. Desde esta nueva circunferencia se mira hacia el centro, y el centro es el propio yo. Este yo, el nuestro, ahora es el mundo externo. ¡Dios mío, allí se ve la forma humana, la propia forma! Se ve la propia piel y la sangre que contiene, y se ve del mismo modo que se divisa un objeto externo. ¡Pero qué objeto! Los ojos son ahora dos soles radiantes, inundados de luz. Los ojos se reconocen por esta radiación. Los oídos se reconocen por el sonido. De la piel surge un resplandor. La forma humana emite luz, sonido y centelleantes fuerzas eléctricas. Así es el ser físico cuando el espíritu lo contempla. También la vida del pensamiento se hace visible en esta radiación. Los pensamientos pueden percibirse como ondas oscuras que cruzan el cuerpo de luz, dice esta clarividente. Y con esta gloria también llega un conocimiento de las estrellas que existen en el espacio, donde antiguamente nos sentíamos inertes. Ahora ya no estamos inertes, sino en movimiento con estas estrellas. Dentro de nosotros hay una

estrella que puede verse cuando el espíritu toma una nueva posición ventajosa fuera del cuerpo. En cuanto a la musculatura, es un precipitado del espíritu y contiene la firma del cosmos. En la vida y en la muerte llevamos dentro de nosotros la firma del cosmos.

Cruzábamos ahora unos pantanosos lugares llenos de arrecifes. Abundaban los manglares. El golfo resplandecía. Había también muchos desperdicios, pues la península era un basurero y un cementerio de automóviles viejos. La tarde era calurosa. Se abrieron las puertas del gran Cadillac negro y salimos. Los hombres, excitados, se movían en todas las direcciones, estudiando el terreno y su disposición, planteándose ya los futuros problemas de construcción. Palacios fastuosos, torres impresionantes y jardines de rocío cristalino surgían ya en sus mentes calenturientas.

—Roca sólida —dijo el irlandés de Boston escarbando en la tierra con su blanco zapato de becerro.

Me había confiado que no era irlandés, sino polaco. Su nombre, Casey, era un acortamiento de Casimirz. Como yo era hermano de Ulick, me tomó por hombre de negocios. Con un nombre como el de Citrine, ¿qué otra cosa hubiera podido ser?

—Este tío es un empresario realmente creativo. Tu hermano Julius es imaginativo, un genio constructor —declaró Casey.

Mientras me hablaba, su cara pecosa me brindó esa sonrisa que hizo furor en el país hace unos quince años. Para conseguirla había que separar el labio superior de los dientes mientras se miraba al interlocutor con encanto. Alee Szathmar sabía hacerlo mejor que nadie. Casey era un tipo grande, casi monumental, de aspecto vacío, parecido a un detective de Chicago en traje de calle. Tenía las orejas asombrosamente arrugadas, como una col china. Se expresaba con una cortesía pedante, como si hubiera hecho un curso por correspondencia impartido en Bombay. Más bien me gustó. Me di cuenta de que buscaba mi influencia para que yo lo favoreciera ante Ulick, y comprendí su necesidad. Casey estaba retirado por una invalidez parcial, y estaba procurando los medios de proteger su fortuna de los efectos de la inflación. Además, también quería acción. Acción o muerte. El dinero no puede esperar. Ahora que yo estaba dedicado a la investigación espiritual, muchas cosas se presentaban ante mí con mayor claridad. Percibí, por ejemplo, las intensas emociones que Ulick estaba disimulando. Permanecía de pie sobre una pila de cascotes, comiendo gambas ahumadas que sacaba de la bolsa de papel, y fingía contemplar fríamente aquella península como un lugar de desarrollo.

—Es prometedor —declaró—. Tiene posibilidades. Pero dará terribles quebraderos de cabeza. Habrá que comenzar por volar algo. El problema del agua será difícil. Y también el de cloacas. Y ni tan siquiera sé cómo está calificado esto.

—Bueno, lo que podría hacerse es un hotel de primera —apuntó Casey—. Casas de apartamentos en cada lado, con el océano al frente, playas, un muelle para yates, pistas de tenis.

—Parece fácil —dijo Ulick.



¡Oh, astuto Ulick, mi querido hermano! Podía darme cuenta de que se hallaba en un éxtasis de astucia. Aquel lugar podía alcanzar un valor de cientos de millones, y él había caído aquí en el mismo momento en que el cirujano estaba afilando sus instrumentos para cortarlo. Un fastidioso corazón enfermo, obstruido y grueso venía a amenazarlo con llevarlo a la tumba, justamente cuando su alma tenía ante sí su más brillante oportunidad. Se podía estar seguro de que cuando uno estaba en lo mejor de sus sueños alguien vendría a llamar a la puerta, el famoso Butcher Boy de Porlock. En este caso, el nombre del chico era Muerte. Comprendía a Ulick y sus pasiones. ¿Por qué no? Yo era suscriptor a toda la vida de Ulick. Por consiguiente, sabía el paraíso que él estaba viendo en este basurero: las torres envueltas en la bruma marina, el césped importado brillante de rocío, las piscinas rodeadas de gardenias, donde las mujeres broncearían su hermoso cuerpo, y los morenos criados mexicanos, con sus camisas bordadas, murmurando «Sí, señor...», pues sobraban inmigrantes clandestinos que cruzaban la frontera.

También conocía cómo serían las cuentas de Ulick. Se leerían como el *Homer* de Chapman, páginas brillantes, reinos de oro. Si las ordenanzas urbanísticas interferían en esta oportunidad, él estaba dispuesto a destinar un millón de dólares a sobornos. Lo veía en su rostro. Él era el pecador positivo, yo el negativo. Él podría haber elevado los sensuales colores imperiales, y yo un pijama abotonado del doctor Dentón. Naturalmente, yo tenía algo grande que me impulsaba a despertar, un gran desafío. Pero por el momento solo hervía a fuego lento, y sería necesario llegar al pleno hervor. Mis asuntos eran en beneficio de toda la raza humana, una responsabilidad que no solo me permitiría cumplir mi propio destino, sino llevarlo a cabo en nombre de ciertos amigos que fracasaron, como Von Humboldt Fleisher, que nunca fue capaz de abrirse camino hacia la vigilia superior. Mis dedos ensayaban ya la pulsación de los botones de la trompeta, la trompeta de la imaginación, para cuando al fin llegara el momento de hacerla sonar. El sonido del instrumento se oiría más allá de la Tierra, arriba en el espacio. Cuando aquel Mesías, aquella aptitud salvadora, la imaginación, se despertara, por fin podríamos mirar de nuevo con los ojos bien abiertos toda la tierra resplandeciente.

La razón por la cual los Ulick de este mundo (y también los Cantabile) tenían tanta influencia sobre mí, era porque ellos distinguían claramente sus deseos. Estos deseos podían ser bajos, pero ellos los perseguían plenamente despiertos. Thoreau vio una marmota en Walden, y los ojos del animal estaban mucho más alerta que los de cualquier granjero. Naturalmente, aquella marmota iba de camino para destrozar la cosecha de algún granjero afanoso. A Thoreau le parecía muy bien ensalzar a las marmotas y enojarse con los granjeros. Pero si la sociedad constituye un masivo fracaso moral, los granjeros tienen sus razones para seguir dormidos. Examinemos el momento presente. Ulick estaba alerta por el dinero; yo, con el corazón lleno de ansia por hacer el bien, sabía que el reconfortante sueño liberal de la adolescencia de Estados Unidos había durado medio siglo. E incluso en esos momentos yo había ido a

conseguir algo de Ulick; revivía las condiciones de mi infancia en las que mi corazón se había sentido inspirado. Aún quedaban en Ulick huellas del perfume de ese tiempo vigorizante, ese temprano y dulce tiempo ideal lleno de bondad. Cuando su rostro se volvía (quizá) hacia su último sol, yo aún estaba deseando algo de él.

Ulick trataba a sus dos cubanos tan cortésmente como Casey el polaco lo trataba a él. Ellos eran sus negociantes indispensables. Habían ido a la escuela con los propietarios. Algunas veces insinuaban que eran primos. Para mí eran claramente playboys del Caribe: hombres fuertes y gruesos, con el rostro fresco y redondo, y ojos azules no precisamente bondadosos. Jugaban al golf, practicaban el esquí acuático, la equitación, el polo, conducían automóviles rápidos y pilotaban avionetas. Conocían la Riviera, los Alpes, París y Nueva York tan bien como los clubes nocturnos y los antros de juego de las Antillas. Le dije a Ulick:

—Estos tipos son astutos. El exilio no los ha entontecido en lo más mínimo.

—Ya sé que son astutos —respondió Ulick—. He de encontrar un medio para hacerlos entrar en el trato. No es el momento de ser mezquino. ¡Dios mío, Chuckie, esta vez aquí hay abundancia para todos! —me susurró.

Antes de que esta conversación tuviera lugar, nos habíamos detenido un par de veces. Al volver de la península, Ulick dijo que quería detenerse en una granja de frutos tropicales que conocía. Había prometido a Hortense llevar a casa algunos caquis. Se había comido todo el pescado. Nos sentamos a su lado, debajo de un árbol, y chupamos el rojo fruto del tamaño de una mama. Se salpicó la camisa deportiva con el jugo, y como tendría que mandarla a la tintorería, se secó los dedos en ella. Tenía los ojos medio cerrados y la cabeza en plena ebullición. En aquel momento no estaba con nosotros. Los cubanos sacaron del maletero del coche el saco de golf de Hortense y comenzaron a divertirse lanzando pelotas a través de los campos. Jugaban admirablemente al golf a pesar de sus traseros gordos y de los pliegues de carne que se les formaban debajo de la barbilla al lanzar la pelota. Tiraban por turno y con un golpe hábil y fuerte lanzaban la pelota elástica, ¡crac!, hacia lo desconocido. Era agradable contemplarlos. Pero cuando estábamos a punto de marcharnos, resultó que las llaves de ignición habían quedado encerradas en el maletero. Pedimos unas herramientas al granjero y en media hora los cubanos consiguieron reventar la cerradura. Naturalmente, estropearon la pintura del Cadillac nuevo. Pero eso no era nada.

—¡Nada, no es nada! —exclamó Ulick. Naturalmente, estaba furioso, pero ya no podía odiar a gusto a esos primos González. Añadió—: ¿Qué es... un brochazo de pintura? —Se levantó pesadamente y dijo—: Vale más que nos detengamos ahora para comer y beber algo.

Fuimos a un restaurante mexicano, donde mi hermano devoró un plato de pechugas de pollo con salsa *mole*, una salsa espesa y picante con chocolate amargo. Yo no pude terminar mi ración, así que él se la comió. Encargó pastel de nuez *a la mode* y, para terminar, una taza de chocolate mexicano.

Cuando llegamos a casa, le dije que me iría a mi motel para descansar; estaba muy fatigado. Estuvimos un rato en el jardín.

—¿Te vas formando una idea del panorama en esa península? —me preguntó—. Con esa tierra podría realizar el negocio más fabuloso de toda mi vida. Esos sabelotodos cubanos tendrán que seguirme el juego. Los arrastraré conmigo. Tengo un plan... Mientras esté convaleciente, mandaré acotar el terreno y levantar un plano, y cuando haga la oferta a esos mal nacidos y perezosos cubanos de la *jet set*, ya tendré preparadas las maquetas de los arquitectos y toda la financiación a punto. Claro está, si... En fin, ya sabes a qué me refiero. ¿Quieres probar alguno de estos nísperos? —Se acercó tristemente a uno de sus árboles y cogió un puñado de frutos.

—Estoy un poco indigestado por todo lo que he comido —contesté.

Siguió de pie, arrancando y comiendo frutos, escupiendo los huesos y las pieles, con la mirada perdida en algún punto detrás de mí. De vez en cuando se limpiaba su bigote estilo Acheson. Arrogante y ojeroso, desbordaba de pensamientos incommunicables. Estaban escritos, densos y diminutos, en cada centímetro de su superficie interior.

—No voy a verte en Houston antes de la operación, Charlie —me dijo—. Hortense cree que es mejor así. Opina que tú me emocionas demasiado, y ella sabe lo que se dice. Hay algo que quiero decirte, Charlie. Si me muero, cástate con Hortense. Ella es mucho mejor que cualquier mujer que puedas encontrar. Honrada como la que más. Confío en ella plenamente, y ya sabes lo que esto significa. Su modo de ser es algo brusco, pero me ha proporcionado una vida maravillosa. Nunca tendrás otro problema económico. Puedo asegurártelo.

—¿Has hablado de esto con Hortense?

—No. Lo he escrito en una carta. Probablemente, ella ya adivina que quiero que se case con un Citrine en caso de que muera sobre la mesa de operaciones. —Me miró fija y duramente, y continuó—: Ella hará lo que yo le diga. Y tú también.

La tarde iba cayendo como un muro de oro. Entre nosotros se alzaba una montaña de amor, y ni Ulick ni yo sabíamos qué hacer con ella.

—Bueno, muy bien; adiós.

Me volvió la espalda. Subí al automóvil alquilado y me alejé.

Por teléfono Hortense me decía:

—Bueno, lo consiguió. Le extrajeron venas de la pierna y las trasplantaron a su corazón. Ahora estará más fuerte que nunca. —Gracias a Dios. ¿Está fuera de peligro?

—Oh, sí, seguro. Podrás verlo mañana.

Durante la operación, Hortense no había querido mi compañía. Yo atribuí su rechazo a la rivalidad entre esposa y hermano, pero más tarde cambié de opinión. Reconocí cierta clase de exceso o de histeria en mi afecto que yo, en su lugar, también hubiera evitado. Pero por teléfono noté cierto tono en su voz que nunca había percibido antes. Hortense cultivaba flores exóticas y gritaba a los perros y a los hombres; así era su estilo. Esta vez, sin embargo, sentí que compartíamos algo que, por norma, ella reservaba para sus flores. Mi actitud hacia ella cambió totalmente. Humboldt solía decirme que mi carácter estaba muy lejos de ser suave; por el contrario, era demasiado rudo, y su apreciación del carácter era bastante rigurosa. Mi reforma, si es que había alguna, le habría complacido. En esta crítica edad, según la ciencia (en realidad se trata de ciencia fantástica), la gente cree que ha perdido las ilusiones hacia sus semejantes. La ley de la mezquindad hace la calumnia más realista. Por consiguiente, había tenido mis reservas respecto a Hortense. Ahora estaba convencido de que era una buena mujer. Había estado echado en la descomunal cama del hotel leyendo alguno de los papeles de Humboldt y libros de Rudolf Steiner y sus discípulos, y estaba histérico.

No sé qué es lo que esperaba ver al entrar en la habitación de Ulick; manchas de sangre, quizá, o polvillo de hueso desprendido de la sierra eléctrica. Le habían abierto la caja torácica y extraído el corazón; lo habían desconectado como si fuese un pequeño motor y colocado aparte para luego ponerlo en marcha cuando todo estuviera a punto. No podía sacármelo de la cabeza. Pero entré en una habitación llena de flores y de luz de sol. Por encima de la cabeza de Ulick había una plaquita de latón con los nombres de papá y mamá grabados en ella. Ulick tenía un color verdoso y amarillento, el hueso de la nariz más prominente y el blanco bigote erizado. Sin embargo, su mirada era feliz. Me di cuenta con alegría de que su fiereza continuaba intacta. Estaba débil, naturalmente, pero ya se lo veía dispuesto de nuevo. Si le hubiese dicho que su aspecto parecía ser del otro mundo, él me habría escuchado con desprecio. Aquí estaba la ventana perfectamente limpia, aquí las grandes rosas y dalias, y aquí la señora de Julius Citrine, con su traje de punto, sus piernas rollizas y cortas, una mujer fuerte, pequeña y atractiva. La vida continuaba. ¿Qué vida? Esta vida. ¿Y qué era esta vida? No era momento para la metafísica. Me sentía muy entusiasmado, muy feliz. De todos modos, lo mantuve en secreto.

—Bien, chico —me dijo, con voz todavía débil—. Estás contento, ¿eh?

—Así es, Ulick.

—Un corazón ya puede repararse como si fuese un zapato. Nuevas suelas. Hasta la parte superior se repara. Como Novinson de la calle Augusta...

Supongo que yo era el hombre nostalgia de Ulick. Lo que él no era capaz de recordar por sí mismo, le gustaba oírlo de mí. Los caciques de las tribus de África habían tenido a su alrededor recordadores oficiales. Yo era el recordador de Ulick.

—Novinson tenía en su escaparate algunos recuerdos de las trincheras, del año 1917 —dije—. Había restos de granada y un casco de soldado con agujeros. Sobre el banco tenía una caricatura en colores hecha por su hijo Izzie, que representaba a un cliente dando un salto en el aire al ser sorprendido por un chorro de agua. El mensaje era: *Don't get soaked for shoe repairs*<sup>[17]</sup>.

Ulick le dijo a Hortense:

—Todo lo que hay que hacer es intentar ponerlo en marcha.

Ella sonrió desde su silla tapizada, con las piernas cruzadas. Su traje de punto era de color rosa pálido, o ladrillo claro. Su rostro estaba tan blanco como el de una danzarina del Kabuki; a pesar de sus ojos azules, sus facciones parecían las de las japonesas: los pómulos y los gruesos labios, pintados de carmesí, conseguían ese efecto.

—Bueno, Ulick, ahora podré marcharme, puesto que ya no corres peligro.

—Oye, Chuck, hay algo que siempre he deseado que me trajeras de Europa: un cuadro, una bella marina. Siempre me han gustado las pinturas del mar. Únicamente el mar. No quiero ver ni una roca, ni un bote, ni ningún ser humano. Solo alta mar en un día magnífico. Agua, agua por todas partes. Consíguemelo, Chuckie, y te pagaré cinco mil, ocho mil. Llámame por teléfono cuando encuentres justamente lo que deseo y te enviaré el dinero.

Se sobrentendía que yo tenía derecho a una comisión... no oficial, naturalmente. Hubiera sido anormal en mí no sisar un poco. Esa era la forma que solía asumir su generosidad. Me emocioné.

—Iré a las galerías —le dije.

—Bien. Y ahora, ¿qué hay de los cincuenta mil...? ¿Has pensado en mi oferta?

—Sí, me gustaría mucho poder aceptarla. Realmente necesito el dinero. Ya he cablegrafiado a un amigo mío, Thaxter. Está a bordo del *France*, camino de Europa. Le dije que estaba de acuerdo en ir a Madrid para hacerme cargo de un proyecto suyo. Una guía cultural... De modo que ahora me voy a Madrid.

—Estupendo. Necesitas proyectos. Vuelve al trabajo. Te conozco. Cuando dejas de trabajar, ya tienes problemas. Esa pájara de Chicago se ha interpuesto en tu trabajo con sus abogados. Y ella sabe lo que es para ti detenerte... Hortense, ahora vamos a tener que cuidar un poco de Charlie.

—Estoy de acuerdo en que deberíamos hacerlo —respondió Hortense. Por momentos aumentaba mi admiración y mi afecto por Hortense. ¡Qué mujer tan maravillosa y sensible era, realmente, y cuánta adaptabilidad emocional se ocultaba bajo esa máscara de Kabuki! Su aspereza me había desconcertado. Pero detrás de esa aspereza, cuánta bondad, bella como una rosa de su jardín.

—¿Por qué no hacer otro esfuerzo para llegar a un acuerdo con Denise? —

preguntó ella.

—Denise no quiere llegar a un acuerdo —respondió Ulick—. Lo que ella anhela es tener los sesos de Chuck en una vitrina de su aparador. Cuando él le ofrece más dinero, ella vuelve a subir su anterior demanda. No sirve de nada. El pobre chico está meando contra el viento, en Chicago. Necesita una mujer, pero escoge las que peor le van. De modo que vuelve al trabajo, Chuck, y empieza a producir otra vez. Si no mantienes tu nombre vivo delante del público, la gente va a pensar que te has muerto y que pasaron por alto tu esquila mortuoria. ¿Cuánto crees que podrás ganar con este trabajo de la guía cultural? ¿Cincuenta mil? Insiste en que sean cien mil. No olvides los impuestos. ¿Te pillaste también los dedos en la bolsa? Naturalmente, tuvo que ser así. Tú eres un experto en Estados Unidos. Has de experimentar lo que todo el país experimenta. ¿Sabes lo que yo haría? Compraría bonos del viejo ferrocarril. Algunos se están vendiendo a cuarenta céntimos de dólar. Únicamente los ferrocarriles pueden mover el carbón, y la crisis de la energía está impulsando con fuerza la vuelta del carbón. Deberíamos adquirir también algunas tierras carboníferas. Todo el Medio Oeste por debajo de Indiana e Illinois es una masa sólida de carbón. Se puede triturar, mezclar con agua y hacer pasar por cañerías, pero no sería económico. Hasta el agua se está convirtiendo en una mercancía escasa —explicó Ulick, lanzado a una de sus divagaciones capitalistas. En este tema del carbón era un poeta romántico, un Novalis refiriéndose a los misterios de la Tierra—. Tú reúne algún dinero. Envíalo y yo lo invertiré por ti.

—Gracias, Ulick —le dije.

—Bien. Esfúmate. Quédate en Europa. ¿Para qué demonios quieres regresar? Y consígueme una marina.

Ulick y Hortense volvieron a sus planes para el desarrollo de la península de los cubanos. Él dedicaba impetuosamente su genio a los mapas y anteproyectos, mientras Hortense llamaba a los banqueros por teléfono. Besé a mi hermano y a su esposa, y me dirigí en mi Avis al aeropuerto.

Aunque estaba muy contento, sabía que las cosas no iban bien en Milán. Renata enturbiaba mi mente. No sabía lo que estaría tramando. La noche anterior había hablado con ella por teléfono desde el motel. Le pregunté qué es lo que sucedía. Ella respondió:

—No voy a entrar en detalles en una comunicación transatlántica, Charlie. Es demasiado cara. —Y se echó a llorar durante dos largos minutos. Hasta los sollozos intercontinentales de Renata tenían mayor frescor que los de otras mujeres más cercanas. Después de esto, llorosa todavía, se rio de sí misma y añadió—: Esto te va a costar por lo menos un cuarto de dólar por lágrima. Sí, ya nos veremos en Madrid. Puedes apostar algo a que iré.

—¿Es el signor Biferno tu padre? —le pregunté.

—Parece que la duda te está matando. Imagínate lo que me está haciendo a mí. Sí, creo que Biferno es mi padre. Siento que es él.

—¿Y qué siente él? Debe de ser un hombre de aspecto espléndido. Un pobre hombre no hubiera podido concebir una mujer como tú, Renata.

—Es viejo y está hundido. Tiene el aspecto de alguien a quien hubieran dejado olvidado en Alcatraz. Y no ha hablado conmigo. No quiere.

—¿Por qué?

—Mi madre no me dijo antes de marcharme que lo tenía todo arreglado para demandarlo. Le presentaron los papeles el día antes de mi llegada. Es una demanda por paternidad. Ayuda para el hijo. Daños y perjuicios.

—¿Ayuda para el hijo? Si casi tienes treinta años. ¿Y la Señora no te dijo lo que estaba tramando? —pregunté.

—Cuando pareces incrédulo, cuando adoptas ese tono de «no puedo creerlo», sé que estás realmente furioso. Te fastidia todo el dinero que nos cuesta este viaje.

—Renata, ¿por qué la Señora tenía que atacar a Biferno con requerimientos cuando tú estabas a punto de solucionar el misterio de tu nacimiento? Un misterio para el que ella debería tener la respuesta, dicho sea de paso. Tú estás empeñada en este asunto para calmar tu corazón, tu crisis de identidad... y tu propia madre te hace una jugada de este calibre. No puedes reprocharme que esté furioso. Es una salvajada. ¡Vaya un plan de conquista que ha incubado esa ancianita...! Todo este... bombardeo, victoria, rendición incondicional.

—No soportas oír hablar de mujeres que demandan a los hombres. Tú no sabes todo lo que yo debo a mi madre. Criar a una chica como yo no fue nada fácil. En cuanto a la mala pasada que me haya hecho, acuérdate de las que a ti te hace todo el mundo. Ese Cantabile, así se pudra en el infierno, o Szathmar, o Thaxter. Vigila a Thaxter. Aprovecha el mes en el Ritz, pero no firmes ningún contrato ni cosa parecida. Thaxter se quedará con todo su dinero y te endosará a ti todo el trabajo.

—No, Renata. Es un tío extraño, pero básicamente se puede confiar en él.

—Adiós, cariño —me dijo—. Te he echado de menos como una loca. ¿Recuerdas lo que me dijiste una vez sobre el león británico con la garra sobre el globo? Dijiste

que, cuando tú colocabas tu garra sobre mi globo, eso era mejor que un imperio. ¡El sol nunca se pone sobre Renata! Te esperaré en Madrid.

—Ya te has cansado de Milán —pregunté.

Ella me respondió diciéndome, igual que Ulick, que yo debía empezar a trabajar de nuevo.

—Pero por el amor de Dios, no escribas esas pedanterías que estás descargando últimamente sobre mí —añadió.

En aquel momento, todo el Atlántico debió de surgir entre nosotros; o quizá el satélite de comunicaciones fue salpicado con partículas brillantes de las capas superiores. Sea como fuere, la conversación se cortó y terminó.

No obstante, cuando el avión despegó, me sentí extrañamente libre y ligero, transportado encima de las arqueadas patas de águila del 747, lanzado al vuelo con sus grandes alas. La gran máquina subió de un nivel al otro, elevándose a atmósferas cada vez más brillantes, mientras yo apretaba mi maletín entre los pies como un jinete y apoyaba la cabeza en el seno del asiento. En definitiva, creía que la perversa y estúpida demanda de la Señora mejoraba mi posición. Ella se había desacreditado. En cambio, mi bondad, mi paciencia, mi sentido común y mi superioridad me acercarían a Renata. Todo lo que debía hacer era no abrir la boca y quedarme quieto. En mi mente se agolpaban rápidamente pensamientos sobre Renata. Toda clase de cosas relacionadas con la contribución de las mujeres bellas al desarrollo del destino de la democracia capitalista. Y cuestiones mucho más profundas. Veamos si consigo poner en claro algo de ello. Renata se daba cuenta, al igual que ahora ocurre con mucha gente, de que «su vida participaba en la historia». Pero como belleza biológicamente noble, Renata se hallaba en una categoría falsa: la *Maja* de Goya fumando un cigarro habano, o la displicente concubina de Wallace Stevens murmurando «¡jo!». Es decir, ella quería desafiar y vencer la categoría que la opinión común le había asignado, pero ella también colaboraba en esto. Y si existe una misión histórica para nosotros, es la de romper con falsas categorías. Acabar con las imágenes públicas. En cierta ocasión le comenté: «Una mujer como tú se podría calificar de necia únicamente si el ser y el conocimiento estuvieran enteramente separados; pero si el ser es también una forma de conocimiento, el propio ser constituye en cierto grado la propia consumación...».

—Entonces, después de todo no soy una mujer estúpida. No puedo serlo, si soy bella. ¡Esto es fantástico! Siempre has sido muy amable conmigo, Charlie.

—Porque te quiero, chiquilla.

Entonces ella lloró un poco, porque sexualmente no mostraba toda la vehemencia que parecía prometer. Tenía sus inhibiciones. Algunas veces se acusaba violentamente, entre lágrimas: «¡La verdad es que soy un fraude! ¡Lo prefiero debajo de la mesa!». Yo le decía que no exagerase, le explicaba que el yo se había emancipado del Sol y que debía soportar el dolor de su emancipación (Steiner). La ideología sexual moderna nunca podría contrarrestar eso. Los programas de la alegría



natural libre de inhibiciones nunca podrían liberarnos de la tiranía universal de la individualidad. La carne y la sangre nunca podrían estar a la altura de esa demanda. Y así sucesivamente.

Sea como fuere, ahora estábamos ahí arriba, a una altura de diez mil metros, en un gran 747, una caverna iluminada, un teatro, una cafetería y, por debajo de nosotros, a la pálida luz del día, el Atlántico enfurecido. Según el piloto, los barcos lo estaban pasando bastante mal en la tormenta. Pero a esta altitud las ondulaciones del mar no parecían más elevadas ante nuestros ojos que las arrugas del paladar al contacto con la lengua. La azafata nos sirvió whisky y nueces macadamia de Hawai. Nos zambullimos a través de las líneas longitudinales del planeta, este lugar profundo que yo estaba aprendiendo a considerar la gran escuela de las almas, el asiento material del espíritu. Más que nunca me convencí de que el alma, con sus esporádicas vislumbres de lo bueno, no podía confiar en llegar a parte alguna en el espacio limitado de una sola vida. La teoría de Platón sobre la inmortalidad no era, como algunos eruditos pretendían, una metáfora. Platón hablaba literalmente. Un solo lapso de tiempo únicamente podía convertir la virtud en algo desesperado. Tan solo un necio intentaría reconciliar lo bueno con una única mortalidad. O como diría mi querida Renata: «Mejor ninguna que una sola».

En una palabra, me permití pensar en lo que me complacía y dejar que mi mente discurriera libremente. Tenía la impresión de que el avión y yo íbamos en la dirección apropiada. Madrid era la elección apropiada. En España podría comenzar a enderezarme. Renata y yo disfrutaríamos de un mes de tranquilidad. Me dije — pensando en el nivel de aire del carpintero— que quizá nuestras respectivas burbujas pudieran ser nuevamente impulsadas al centro. Entonces las cosas que en verdad satisfacían, que naturalmente satisfacían, podrían ser emprendidas por todos los corazones y las mentes. Si la gente se sentía falsa al hablar de la verdad y de lo bueno, la causa se debía a que la burbuja estaba desviada, a que creían que estaban siguiendo las reglas del pensamiento científico, del cual no entendían ni un ápice. Tampoco a mí me correspondía jugar con fuego o coquetear con las únicas ideas revolucionarias restantes. Hablando como actuario de seguros, no disponía más que de una década para compensar un lapso de vida muy desperdiciado. No me quedaba tiempo para perderlo en remordimientos o penitencias. Sentía también que Humboldt, allí en la muerte, esperaba, necesitado de mi ayuda. Los muertos y los vivos formaban todavía una sola comunidad. Este planeta seguía siendo la base de operaciones. Estaba la vida malograda de Humboldt y mi propia vida malograda, y a mí me correspondía hacer algo, dar un último giro favorable a la rueda, transmitir comprensión moral desde la Tierra, donde se pudiera alcanzar en la próxima existencia allí donde se necesitara. Naturalmente, yo tenía mis otros difuntos. No era solo Humboldt. Tenía también una sólida sospecha de demencia. Pero ¿por qué tal sospecha debía afectar a mi receptividad? Por el contrario. Así que concluí: ya veremos. Volábamos por las diáfanas alturas y en la pureza de la luz superior vi que

el bello tono oscuro de la bebida contenida en mi vaso tenía muchos corpúsculos cristalinos y líneas termales de un fluido frío generador de calor. Así es como me entretuve y pasé el tiempo. Nos detuvimos en Lisboa durante bastante rato y llegamos a Madrid con muchas horas de retraso.

El 747, con su curvatura anterior de ballena, se abrió y los pasajeros salieron, entre ellos el ansioso Charles Citrine. Había leído en la revista de a bordo que este año los turistas sobrepasaban en cerca de diez millones a la población española. Sin embargo, ¿qué norteamericano no estaría convencido de que su llegada al Viejo Mundo asumía carácter de acontecimiento espacial? La conducta bajo este cielo significaba más que en Chicago, forzosamente. Aquí había un espacio significativo. Me dominaba esa impresión. Y Renata, rodeada también de espacio significativo, estaba esperándome en el Ritz. Entretanto, mis paisanos en el vuelo chárter, un grupo de viejos de Wichita Falls, arrastraba los pies penosamente por los largos pasillos, con el aspecto de pacientes ambulatorios de un hospital. Los pasé como un rayo. Fui el primero en la ventanilla de los pasaportes, el primero en la cinta transportadora de los equipajes. Y entonces... mi maleta fue la última en aparecer. El grupo de Wichita Falls ya se había ido, y ya comenzaba a pensar que mi maleta, con su elegante guardarropa, sus corbatas Hermés, sus viejas chaquetas de cazador y todo lo demás, se había perdido, cuando la vi tambaleante, en la larga cinta sin fin. Se fue acercando a mí como una mujer sin corsé paseando lánguidamente por un camino de guijarros.

Después, camino del hotel, me sentía complacido conmigo mismo de nuevo, y pensé que había hecho bien en llegar algo tarde por la noche cuando las carreteras estaban vacías. No había ninguna demora; el taxi corría velozmente, y podría ir a la habitación de Renata enseguida, despojarme de mis vestidos y meterme en la cama con ella. No por lujuria, sino por ansiedad. Ardía en deseos de dar y recibir consuelo. Me sería difícil explicar hasta qué punto yo estaba de acuerdo con Meister Eckhart acerca de la eterna juventud del alma.

Del principio al fin, dice él, el alma permanece igual, únicamente tiene una edad. Sin embargo, el resto de nosotros no es tan estable. De modo que, pasar por alto esta discrepancia, negar la declinación, y comenzar siempre la vida, una y otra vez, no tiene mucho sentido. Aquí, junto a Renata, quería intentarlo de nuevo, jurando que sería más tierno y ella sería más fiel y humana. Naturalmente, no tenía sentido. Pero no hay que olvidar que yo había sido un completo estúpido hasta los cuarenta, y un estúpido parcial después de los cuarenta. Siempre sería algo estúpido. Pero, a pesar de ello, tenía el presentimiento de que había todavía esperanza y me dirigía velozmente hacia Renata en ese taxi. Estaba entrando en las zonas finales de la mortalidad, y confiaba en que aquí, en España, de todos los lugares, aquí, en una habitación de hotel, todas las cosas humanamente correctas —¡finalmente!— sucederían.

En el vestíbulo de la recepción circular del Ritz unos majestuosos camareros me cogieron la maleta y la cartera de mano, y yo entré por la puerta giratoria buscando a

Renata. Ciertamente, ella no estaría esperándome en una de esas regias sillas. Una mujer regia no podía estar sentada en el vestíbulo con el personal nocturno a las tres de la madrugada. No, debía de estar echada esperándome, despierta, bella, húmeda, respirando suavemente, esperando a su único y extraordinario Citrine. Había otros hombres apropiados, más hermosos, más jóvenes, enérgicos, pero como yo, Citrine, solo había uno, y Renata se daba cuenta de ello.

Por razones de decoro ella me había puesto objeciones por teléfono en cuanto a compartir una suite conmigo.

—En Nueva York no tiene importancia, pero en Madrid, con diferentes nombres en nuestros pasaportes, es demasiado impúdico. Ya sé que va a costar el doble, pero así ha de ser.

Pedí al hombre de la centralita que llamara a la señora Koffritz.

—No tenemos a ninguna señora Koffritz —fue su respuesta.

—¿Quizá señora Citrine? —insistí.

Tampoco había ninguna señora Citrine. Fue una desilusión horrorosa. Crucé la alfombra circular bajo la cúpula para dirigirme al conserje. Este me tendió un telegrama de Milán: «PEQUEÑO RETRASO. BIFERNO EN MARCHA. LLAMO MAÑANA. TE ADORO».

Me acompañaron a mi habitación, pero yo no me hallaba en condiciones de apreciar sus cualidades: suntuosamente español, con cómodas talladas y gruesas cortinas, alfombras turcas y *fauteuils*, cuarto de baño de mármol e instalaciones eléctricas al viejo estilo grandioso del Wagon-Lit. La cama estaba situada en un nicho, disimulada tras una cortina y cubierta con moaré. Mi corazón latía con fuerza cuando me deslicé dentro de ella, desnudo, y descansé la cabeza en la almohada. Thaxter tampoco había respondido, y a estas horas estaría ya en París. Tenía que comunicarme con él. Thaxter debía informar a Stewart en Nueva York de que yo había aceptado su invitación para permanecer durante un mes en Madrid como su invitado. Era un asunto bastante importante, pues disponía únicamente de cuatro mil dólares y no podía permitirme dos suites en el Ritz. El dólar estaba mal en estos momentos, la peseta exageradamente alta, y no creía que el asunto de Biferno acabara en nada positivo.

Me dolía tristemente el corazón, pero no lo dejé expresarse. Condenaba el estado en que me hallaba. Era ociosidad, ociosidad, ociosidad. A muchos miles de kilómetros de mi última cama en Texas, yo yacía inmóvil e infinitamente triste. Mi temperatura corporal había descendido por lo menos tres grados por debajo de lo normal. Me habían enseñado a detestar la autocompasión. Formaba parte de mi entrenamiento norteamericano para ser enérgico y positivo, un sistema de energía arrolladora y un ganador. Y habiendo ganado dos premios Pulitzer, la medalla Zig-Zag y un buen montón de dinero (que un tribunal de equidad me estaba robando), me había fijado un logro final y más elevado, es decir, una revisión metafísica indispensable, un modo más correcto de pensar en el tema de la muerte. Recordé

entonces una cita de Coleridge que Von Humboldt Fleisher había escrito en los documentos que me había legado, que hablaba de las opiniones metafísicas extravagantes. ¿Cómo era? En las horas de angustia, las opiniones metafísicas extravagantes eran como juguetes a la cabecera de un niño mortalmente enfermo. Me levanté para hurgar en mi cartera de mano en busca de la cita exacta. Entonces me detuve. Me di cuenta de que tener miedo de que Renata me abandonara era algo muy diferente de estar mortalmente enfermo. Además, ¡maldita sea!, para qué iba Renata a proporcionarme una hora de angustia y hacerme hurgar, desnudo, entre los papeles de un difunto a la luz de esa lámpara de Wagon-Lit. Decidí que simplemente estaba agotado y sufriendo los efectos del cambio horario.

De Humboldt y Coleridge pasé a las teorías de George Swiebel. Hice lo que George hubiera hecho. Me preparé un baño caliente, y me quedé cabeza abajo mientras la bañera se llenaba. Continué con el ejercicio del puente, apoyando todo mi peso en los talones y en la parte posterior de la cabeza. Después realicé algunos de los ejercicios recomendados por el famoso doctor Jacobsen, el experto en relajación y sueño. Había estudiado su manual. Con ellos la tensión debía disminuir, un dedo del pie detrás del otro, un dedo de la mano detrás del otro. No fue una buena idea, pues me hizo recordar lo que Renata hacía con los dedos de los pies y de las manos en los momentos de ingenio erótico. (Nunca supe nada de los dedos de los pies hasta que Renata me enseñó). Después de todo esto, me fui a la cama y rogué a mi alterada alma que me dejara en paz por algún tiempo, por favor, y dejara descansar al pobre cuerpo. Cogí el telegrama y fijé los ojos en el fragmento TE ADORO. Estudiándolo intensamente, decidí creer que me estaba diciendo la verdad. Tan pronto como realicé este acto de fe, me dormí. Durante muchas horas estuve allí, frío, en el nicho oculto tras la cortina.

Sonó entonces el teléfono. En medio de la oscuridad busqué el interruptor, pero no pude encontrarlo. Cogí el teléfono y pregunté a la telefonista:

—¿Qué hora es?

Eran las once y veinte minutos.

—Una señora está subiendo para verlo —me dijo la telefonista.

¡Una señora! Renata había llegado. Descorrí las cortinas de las ventanas y me precipité al lavabo para cepillarme los dientes y lavarme la cara. Me puse un albornoz, me alisé el cabello para cubrir la parte calva y me estaba secando con una de las gruesas toallas lujosas cuando la aldaba sonó muchas veces, como una clave telegráfica, pero más delicada, más sugestivamente. Grité: «¡Cariño!» y corrí a la puerta, que abrí ampliamente para encontrarme frente a la anciana madre de Renata. Llevaba su traje oscuro de viaje, con muchos de sus accesorios habituales, incluyendo el sombrero y el velo.

—¡Señora! —exclamé al verla.

Ella entró con sus vestiduras medievales. Cuando iba a cruzar el umbral, estiró una enguantada mano hacia atrás y atrajo hacia ella al hijo de Renata, al pequeño

Roger.

—¡Roger! —dije extrañado—. ¿Por qué está Roger en Madrid? ¿Qué está usted haciendo aquí, Señora?

—¡Pobre niño! Estaba durmiendo en el avión. Tuve que pedir que lo llevaran cargado.

—Pero... ¿y la Navidad con los abuelos de Milwaukee..., qué ha sucedido?

—Su abuelo tuvo un ataque de apoplejía. Podría morir. En cuanto a su padre, no hemos podido localizarlo. Yo no podía quedarme con Roger, mi apartamento es muy pequeño.

—¿Y el apartamento de Renata?

No, la Señora, con sus asuntos amorosos, no podía cuidar de un niño. Había conocido a algunos de los caballeros amigos de ella. Era mejor no poner el niño frente a ellos. Como norma, yo evitaba pensar en sus romances.

—¿Lo sabe Renata?

—Naturalmente que sabe que hemos venido. Lo discutimos por teléfono. Por favor, pide desayuno para nosotros, Charles. ¿Quieres comer algunos deliciosos Frosted Flakes, Roger? Para mí, chocolate caliente y algunos cruasanes, y una copa de coñac.

El niño se sentó sobre el brazo del alto sillón español.

—Ven, chico —le dije—. Échate en mi cama. —Le quité los zapatitos y lo llevé a la cama. La Señora me observaba mientras yo cubría al niño y echaba las cortinas—. De modo que Renata le dijo que trajera aquí al chico.

—Naturalmente. Quizá estaréis aquí durante meses. Era lo único que se podía hacer.

—¿Y cuándo llegará Renata?

—Mañana es Navidad —dijo la Señora.

—Fantástico. ¿Qué significa su declaración? ¿Estará Renata aquí por Navidad, o se quedará a pasar la Navidad con su padre, en Milán? ¿Está consiguiendo algo? ¿Y cómo puede sacar nada en claro, si usted ha demandado a Biferno?

—Hemos estado en el aire durante diez horas, Charles. No tengo fuerzas para responder preguntas. Por favor, encarga el desayuno. Me gustaría también que te afeitates. Realmente, no soporto el rostro de un hombre sin afeitar al otro lado de la mesa.

Esto me hizo considerar el rostro de la Señora. Tenía una dignidad maravillosa. Sentada con su toca, semejaba Edith Sitwell. Su poder sobre su hija, a quien yo necesitaba tanto, era enorme. Alrededor de los ojos tenía un círculo de sequedad. Sí, la Señora estaba chiflada. Sin embargo, su compostura, con su enorme contenido de irracionalidad furiosa, era inexpugnable.

—Me afeitaré mientras usted espera su chocolate, Señora. Me pregunto por qué escogió usted precisamente esta ocasión para demandar al signor Biferno.

—¿No crees que eso es asunto mío?

—¿No es también asunto de Renata?

—Hablas como si fueses el marido de Renata —me respondió—. Renata fue a Milán para dar a ese hombre una oportunidad de reconocerla como hija. Pero también hay una madre en este asunto. ¿Quién crio a esa hija y la convirtió en una mujer tan extraordinaria? ¿Quién le enseñó a tener clase y todas las lecciones importantes para una mujer? Es necesario reparar la injusticia. El hombre tiene tres hijas que son unos esperpentos. Si desea esa criatura maravillosa que tuvo conmigo, que pague la cuenta. No intentes instruir a una mujer latina sobre estas cosas, Charlie.

Me senté con mi bata de seda beige, no muy limpia. El cinturón era demasiado largo y los flequillos se habían arrastrado por el suelo durante muchos años. Vino el camarero, destapó la bandeja con un gesto ostentoso, y desayunamos. Mientras la Señora olfateaba su coñac, me fijé en la textura de su piel, la sombra de bigote sobre el labio, la nariz arqueada con sus grandes ventanas y el peculiar brillo gallináceo de sus globos oculares.

—Saqué los billetes en tu agencia de viajes, con esa dama portuguesa que lleva un turbante, la señora Da Cintra. Renata me dijo que los cargara en tu cuenta. Yo no tenía ni un céntimo. —La Señora era como Thaxter a este respecto: gente que confiesa con orgullo, hasta con deleite, que está totalmente arruinada—. He alquilado una habitación en este hotel, para Roger y para mí. El instituto está cerrado esta semana. Tengo vacaciones.

A la mención del instituto, pensé en un instituto psiquiátrico, pero no, ella se refería a la escuela de secretariado donde enseñaba español comercial. Siempre sospeché que ella era húngara. Pero, sea como fuere, los estudiantes la apreciaban. No vale la pena asistir a una escuela donde no haya ningún excéntrico espectacular y loco de corazón. Pero ella pronto tendría que jubilarse, y ¿quién empujaría la silla de ruedas de la Señora? ¿Era posible que ella estuviese pensando en mí para esa tarea? A lo mejor, esta anciana dama, como Humboldt, soñaba en conseguir una fortuna con un pleito. ¿Y por qué no? A lo mejor, en Milán había un juez parecido a mi Urbanovich.

—Así que pasaremos juntos la Navidad —decidió la Señora.

—El chico está muy pálido. ¿Está enfermo?

—Solo es el cansancio —respondió la Señora. Sin embargo, Roger resultó tener la gripe. El hotel envió a un excelente médico español, un graduado de la Northwestern University, que estuvo recordando Chicago conmigo y me clavó. Le pagué tarifa norteamericana. Entregué dinero a la Señora para que comprara regalos de Navidad, y ella adquirió toda clase de objetos. El día de Navidad, pensando en mis propias hijas, me sentía muy deprimido. Me alegraba tener a Roger conmigo y le hice compañía, leyéndole cuentos de hadas y recortando y pegando largas cadenas con los periódicos españoles. En la habitación había un humidificador que incrementaba el olor a cola y papel. Renata no llamó.

Recordé que había pasado la Navidad de 1924 en un sanatorio para tuberculosos.

Las enfermeras me dieron un bastón de caramelo de menta envuelto en un papel a rayas y una media roja navideña llena de monedas de chocolate envueltas en papel dorado. Pero era una alegría forzada y yo añoraba a mi padre y a mi madre, y hasta a mi perverso y grueso hermano Julius. Ahora, en mis años maduros, había sobrevivido a esta agitación y nostalgia y me había convertido en un viejo fugitivo, una presa de la equidad, sentado en Madrid cortando y pegando recortes entre suspiros. El chico estaba pálido por la fiebre, con el aliento perfumado por el chocolate y la cola, absorto en una cadena de papel que daba dos vueltas a la habitación y que tuvimos que colgar de la araña de luces. Yo intentaba ser amable y estar tranquilo, pero de vez en cuando mis sentimientos se arremolinaban (¡malditos sentimientos!) al igual que el agua se agita alrededor del transbordador cuando la ancha embarcación avanza y los motores posteriores baten los desechos y las cáscaras de naranja sumergidas. Esto ocurría cuando me fallaba el control e imaginaba lo que Renata podría estar haciendo en Milán, la habitación donde se hallaría, el hombre que estaría junto a ella, la posición que adoptaban los dedos de los pies del otro individuo. Estaba decidido a que no, no toleraría convertirme en el naufrago del barco hundido abandonado en su miseria. Procuraba citarme a Shakespeare —frases respecto a que el César y el peligro eran dos leones paridos el mismo día, pero el César era el mayor y más terrible—. Pero apuntaba demasiado alto y la cosa no resultó. Además, en el siglo xx no es fácil impresionarse por dolores de esta naturaleza. Ya se ha visto todo. Después de los holocaustos, no se puede culpar la falta de interés por las dificultades particulares de esta clase. Me recité una lista de los auténticos problemas mundiales —el embargo del petróleo, el colapso de Inglaterra, el hambre en la India y Etiopía, el futuro de la democracia, el destino de la humanidad—. Pero no me hizo mayor bien que Julio César. Personalmente seguí con mi descorazonamiento.

Tan solo después, sentado en una butaca francesa de brocado de la barbería del siglo xviii del Ritz —a la que había acudido, no porque necesitara un corte de cabello, sino porque ansiaba un contacto humano—, comencé a ver más claro en cuanto a Renata y la Señora. Por ejemplo: ¿cómo era posible que tan pronto como el abuelo Koffritz tuvo su ataque de apoplejía y quedó paralizado de un costado, Roger estuviera ya dispuesto para viajar? ¿Cómo pudo esa anciana mujer conseguir un pasaporte para Roger con tanta rapidez? La respuesta era que el pasaporte había sido extendido el pasado mes de octubre, como pude comprobar al subir en silencio y examinarlo. Aquellas mujeres eran unas organizadoras minuciosas. Pero yo ignoraba lo que seguiría. De modo que pensé en tomar la iniciativa.

Casarme con Renata antes de que ella descubriera que yo estaba arruinado sería un paso inteligente. No lo haría simplemente por devolverle el golpe. No, a pesar de sus ardidés, estaba loco por ella. Y como la amaba, estaba dispuesto a pasar por alto ciertas menudencias. Me había provocado impidiéndome entrar una noche y exhibiendo el anticonceptivo en su bolso abierto, en Heathrow, en el pasado abril, cuando nos separamos durante tres días. Pero ¿era eso, después de todo, muy

significativo? ¿Significaría algo más que el hecho de que nunca sabía cuándo podría encontrarse con un hombre interesante? La verdadera cuestión era si yo, con todos mis pensamientos, o a causa de ellos, sería alguna vez capaz de comprender la clase de mujer que era Renata. Yo no me parecía a Humboldt, tan propicio a ataques de celos. Me acuerdo de su aspecto en Connecticut, cuando me citó al rey Leontes en mi patio junto al mar: «Siento *tremor coráís* en mí: mi corazón danza; pero no de alegría, no de alegría». Esa danza del corazón eran los clásicos celos. Que yo no sufría. Sin duda Renata hacía cosas indignas, pero quizá se trataba de medidas de guerra. Ella hacía la campaña para ganarme, y sería muy distinto cuando nos estableciéramos como marido y mujer. Ciertamente era una persona peligrosa, pero tampoco hubiera sentido gran interés por una mujer incapaz de hacerme daño, una mujer que no me amenazara con perderla. Mi corazón estaba en la categoría de aquellos que necesitaban vencer la melancolía y librarse de muchas cargas deprimentes. El marco de España era apropiado para esto. Renata estaba actuando como Carmen, y Flonzaley —pues probablemente era Flonzaley— representaba a Escamillo el torero, mientras que yo, con dos veces y media la edad del papel, representaba a don José.

Tracé rápidamente el futuro inmediato. Los matrimonios civiles probablemente no existían en este país católico. El lazo debería atarse en la embajada de Estados Unidos por el agregado militar, quizá, o por un notario público, Dios sabe quién. Iría a las tiendas de antigüedades (me entusiasmaban las tiendas de antigüedades de Madrid) a buscar dos anillos de boda y tendríamos una cena con champán en el Ritz, sin hacer preguntas sobre Milán. Después de haber enviado a la Señora de vuelta a Chicago, nosotros tres nos iríamos a Segovia, una ciudad que ya conocía. Al morir Demmie, me dediqué a viajar intensamente, y había estado entonces en Segovia. Me fascinaba el acueducto romano, recordaba mi entusiasmo por aquellos altos arcos de piedra nudosa; unas piedras que por naturaleza caerían o se hundirían, allí estaban asentadas ligeramente en el aire. Ese era un logro que me impresionó, un ejemplo para mí. No se encontraría un lugar mejor que Segovia para meditar. Podríamos vivir allí en familia, en una de las viejas callejuelas. Y mientras yo intentaba comprobar si realmente podía cambiar de una conciencia mental a la más pura conciencia del espíritu, Renata podría divertirse visitando la ciudad en busca de antigüedades que más tarde podría vender a los decoradores de Chicago. Quizá ganaría incluso algún dinerillo. Roger podría asistir a un jardín de infancia, y hasta mis niñas podrían unirse finalmente a nosotros ya que, cuando Denise ganara su caso y obtuviera el dinero, se desharía de las hijas inmediatamente. Me quedaba el dinero suficiente para establecernos en Segovia y proporcionar una oportunidad comercial a Renata. A lo mejor, podría escribir el ensayo sobre la cultura española contemporánea que Thaxter me había sugerido, si es que se podía hacer sin muchas falsedades. ¿Y cómo reaccionaría Renata ante mi pequeño engaño? Lo aceptaría como una buena comedia, que era lo que más valoraba en el mundo. Y cuando, después del matrimonio, le dijera que solo nos quedaban unos pocos miles de dólares, ella reiría



estrepitosamente, tan esplendorosa como la propia vida, y diría: «¡Vaya, eso sí que es maquinar!». Evocaba la risa brillante de Renata, porque yo, en realidad, estaba sumergido en una gran crisis de mi problema habitual: el anhelo, el corazón hinchado, la desgarradora ansiedad del abandonado, la dolorosa agudeza de una necesidad no identificada. Al parecer, este estado se prolongaba desde la primera infancia hasta los límites de la senectud. Pensé: «¡Demonios! Arreglemos esto de una vez». Y, escapando de las habladurías indiscretas del personal del Ritz, fui a la oficina central de correos de Madrid, con sus ruidosos vestíbulos y sus agujas de aspecto demente (gótico burocrático español), y envié un telegrama a Milán, «MARAVILLOSA IDEA, ADORADA RENATA. CÁDATE MAÑANA CONMIGO. TU SINCERO Y FIEL AMANTE, CHARLIE».

Permanecí desvelado toda la noche pensando en la palabra que había usado: fiel. Ella podría complicar todo el asunto, con la acusación que implicaba y la insinuación o la sombra del perdón. Aunque no había sido esa mi intención. Me hallaba en una posición intermedia. Es decir, si hubiera sido un auténtico hipócrita no habría estado metiendo la pata continuamente. Por otra parte, si hubiera sido realmente inocente, puro de corazón, no habría perdido la noche preocupado por la conducta de Renata en Milán o por su mala interpretación de mi telegrama. La verdad es que perdí el sueño por nada, pues las palabras del mensaje no importaron. Renata simplemente no respondió.

De modo que, aquella noche, en el romántico comedor del Ritz, donde cada bocado costaba una fortuna, dije a la Señora:

—Nunca adivinaría de quién he estado acordándome todo el día. —Sin esperar una respuesta solté el nombre «¡Flonzaley!» como un ataque por sorpresa contra sus defensas. Pero la Señora estaba hecha de una fibra muy dura. Casi parecía que ni se había enterado. Repetí el nombre—: ¡Flonzaley! ¡Flonzaley! ¡Flonzaley!

—¿Por qué gritas tanto? ¿Qué te pasa, Charles?

—Sería mejor que fuese usted quien me contara lo que está pasando. ¿Dónde está Flonzaley?

—¿Y qué tengo yo que ver con sus andanzas? ¿Te importaría pedir al *camarero* que nos sirva vino?

No era únicamente porque era ella la dama y yo el caballero por lo que la Señora quería que yo hablara con los camareros. Hablaba español con fluidez, sin duda alguna, pero su acento era completamente húngaro. Ahora no quedaba ninguna duda. Aprendí algunas cosas sobre la Señora. Por ejemplo, ¿creía yo que las personas que estaban terminando su vida estarían ansiosas por aceptar su alma? Pasé una agonía antes de soltar bruscamente el nombre de Flonzaley, y ella pedía más vino. No obstante, debía de haber sido ella la que había trazado el plan para traer a Roger a Madrid. Ella era quien se había asegurado de que yo quedara preso aquí, impidiéndome correr a Milán para sorprender a Renata, pero era seguro que Flonzaley se encontraba en Milán con Renata. El hombre estaba loco por ella, y esto

era algo por lo que no podía culparlo. A un hombre que conocía más gente sobre la losa mortuoria que en reuniones sociales, no se lo podía culpar por perder de aquel modo la cabeza. Un cuerpo como el de Renata no se veía a menudo entre los vivos. En cuanto a Renata, ella se quejaba del elemento mórbido en la adoración de Flonzaley, pero ¿cómo podía saber a ciencia cierta que precisamente ese no fuera uno de sus atractivos? No sabía nada a ciencia cierta. Me senté intentando emborracharme con una botella de vino agrio, pero no conseguí vencer mi amarga sobriedad. No, no lo comprendía.

La actividad de la conciencia superior no mejoraba inevitablemente la comprensión. La esperanza de lograr esa comprensión provenía de la lectura de mi manual, *Conocimiento de los mundos superiores y su consecución*. Este manual daba instrucciones concretas. Uno de los ejercicios consistía en tratar de penetrar en el intenso deseo de otra persona, en un momento determinado. Para lograrlo habían de eliminarse todas las opiniones personales, todos los juicios que interfirieran. Uno no debía estar ni a favor ni en contra de estos deseos. De este modo se podía llegar gradualmente a sentir lo que otra alma estaba sintiendo. Había intentado este experimento con mi hija, Mary. En su último aniversario, ella quería una bicicleta de diez marchas, y yo no acababa de convencerme de que ya tuviera la edad suficiente para la bicicleta. Cuando entramos en la tienda, no había ninguna seguridad de que se la comprara. Pero ¿cómo era su deseo, qué es lo que ella sentía? Quise saberlo y traté de desear del mismo modo que ella deseaba. Era mi pequeña, mi hijita querida, y parecía elemental poder descubrir lo que un alma fresca y pura deseaba con tanta intensidad. Pero no pude. Lo intenté hasta que empecé a sudar, humillado y avergonzado por mi fracaso. Si no era capaz de conocer el deseo de una niña, ¿cómo podría llegar a conocer al ser humano? Lo intenté con muchísimas personas. Más tarde, derrotado, me pregunté en qué posición estaba yo y qué era lo que sabía acerca de nadie. Los únicos deseos que conocía eran los míos y los de personajes imaginarios como Macbeth o Próspero. Estos los conocía porque la intuición y el lenguaje de un genio los exponía con gran claridad. Le compré a Mary la bicicleta, y después le dije gritando:

—¡Por el amor de Dios, ahora no bajas los bordillos con la bicicleta, que vas a reventar las ruedas!

Era una exclamación desesperada por mi fracaso en penetrar en el corazón de la niña. No obstante, estaba preparado para saber, para conocer todo en sus más vivos colores, con los sentimientos más profundos, y a la luz más pura. Era un bruto con una capacidad delicada que no sabía utilizar. No hay necesidad de insistir en ello y pulsar cada nota de la mandolina diez veces, según me acusaba de hacer una muy querida amiga mía. Lo que tenía que hacer, de una vez por todas, era apartarme de la fatal autosuficiencia de la conciencia y depositar las fuerzas que aún me restaban en el alma imaginativa. Que es lo que Humboldt hubiera hecho también.

No sé con quién estarían cenando los otros caballeros del Ritz. La escena humana

era para mí en este momento demasiado cargada y densa en complejidades, y lo único que podría decir es que estaba contento de que los objetivos de la vieja alcahueta, sentada al otro lado de la mesa, fuesen objetivos meramente convencionales. Si ella hubiera perseguido mi alma, lo que quedaba de ella, me habría hundido. Pero todo lo que deseaba era mercadear con su hija ahora que se hallaba en su momento. ¿Habían acabado conmigo? ¿Todo había terminado? Durante algunos años había sido feliz con Renata: los cócteles con champán, la mesa adornada con orquídeas y su belleza ardiente sirviendo la mesa ataviada con plumas y un tanga mientras yo comía y bebía y reía hasta toser por su estímulo erótico, la parodia de la grandeza amorosa de héroes y reyes. Adiós, adiós a esas maravillosas sensaciones. Por lo menos, había gozado de la autenticidad de mi sentimiento. Y si el suyo no lo era, ella había disfrutado por lo menos de un auténtico y comprensivo compañero. En su cama de percal. En su cielo lleno de almohadones. Todo aquello, probablemente, se había acabado.

¿Y qué podía ser uno en el Ritz, sino un comensal bien educado? Contaba con la atención de sirvientes, chefs, *maîtres* y lacayos, camareros y el pequeño *botones* vestido igual que un botones norteamericano, que llenaba los vasos con agua helada cristalina y recogía las migas del mantel en una ancha bandeja de plata. Este era el que más me gustaba. En estas circunstancias, nada se podía hacer respecto a mi deseo de sollozar. Era mi hora de congoja. No disponía de dinero, y la Señora lo sabía. Ese saco marchito y membranoso, la Señora, conocía mi situación económica. Flonzaley, con sus cadáveres, nunca se arruinaría. Contaba con el apoyo del propio curso de la naturaleza. Cánceres y aneurismas, trombosis coronarias y hemorragias respaldaban su riqueza y le garantizaban la felicidad. Todos estos muertos, como la corte gloriosa de Jerusalén, cantando: «¡Viva Salomon Flonzaley!». Así era como Flonzaley se llevaba a Renata, mientras yo me rendía a la amarga autocompasión y me veía muy viejo y aturdido en el retrete de un precario alojamiento. Quizá, como el viejo doctor Lutz, me pondría dos calcetines en un mismo pie y orinaría en la bañera. Esto — como dijo Naomi— era el final. Resultaba muy conveniente que los títulos de esas tumbas de Waldheim hubieran aparecido tan oportunamente en el escritorio de Julius. Es posible que yo tuviera que usarlas, prematuramente. Al día siguiente, con el corazón acongojado, iría al Prado para buscar el Velázquez, ¿o sería el Murillo?, que se parecía a Renata, el que había mencionado el canciller de la Tesorería en Downing Street. Así que me quedé sentado en medio de esa escena de servicios de plata, llamas de coñac y el soberbio destello de los platos.

—Ayer mandé un telegrama a Renata pidiéndole que se casara conmigo — anuncié a la Señora.

—¿Ah, sí? ¡Qué amable! Eso tendrías que haberlo hecho hace mucho tiempo — replicó la implacable Señora—. No se puede tratar de este modo a una mujer orgullosa. Pero yo estaría muy contenta de tener un yerno tan distinguido y Roger te ama como a su propio padre.

—Pero es que Renata no me ha respondido.

—El servicio de correos no funciona. ¿No has oído que en Italia las cosas van mal? —dijo—. ¿La has llamado por teléfono también?

—Lo intenté, Señora. No me atrevo a llamar en medio de la noche. De todos modos, nunca responden.

—Quizá haya salido para asistir a alguna fiesta con su padre. Biferno todavía posee su casa en los Alpes Dolomíticos.

—¿Por qué no usa su influencia en favor mío, Señora? —pedí. Esta capitulación era un error. Apelar a determinados poderes es lo peor que se puede hacer. Estos corazones endurecidos se vuelven más resistentes cuando se les suplica—. Usted ya sabe que estoy en España para trabajar en un nuevo tipo de guía —proseguí—. Después de Madrid, Renata y yo, si nos casamos, iríamos a Viena, Roma y París. Voy a comprar un nuevo Mercedes Benz. Podríamos contratar una institutriz para el chico. En este asunto hay un montón de dinero. —Dejé entonces caer algunos nombres, alardeé de mis relaciones en las capitales europeas, dije muchas tonterías. Ella cada vez estaba menos impresionada. Quizás había tenido una conversación con Szathmar. No sé por qué motivo a Szathmar le encantaba ir contando mis secretos. Añadí entonces—: Señora, ¿por qué no vamos al cabaret Flamenco, ese que se anuncia por todas partes? Me encantan las voces fuertes y la gente que taconeá. Podríamos buscar una canguro para Roger.

—Oh, muy bien —repuso la Señora.

Así que pasamos la velada entre gitanos, y yo hice alarde de riqueza y me comporté como un hombre al que le sobraba el dinero. Hablé de anillos y regalos de boda con aquella vieja loca en cada intervalo de la música de guitarra y el palmoteo.

—¿Qué es lo que ha visto en sus correrías por Madrid que pudiera gustarle a Renata? —le pregunté.

—Oh, cuero y ante de lo más elegante. Abrigos, guantes, bolsos y zapatos —respondió—. Pero he encontrado una calle donde venden unas capas exquisitas y hablé con el presidente de la Sociedad Internacional de Capas, Los Amigos de la Capa, y me enseñó los más asombrosos modelos de terciopelo verde oscuro, con capucha y sin capucha.

—Lo primero que voy a hacer mañana es comprar una capa para Renata —anuncié.

Si la Señora me hubiera hecho la más pequeña insinuación para desalentarme, yo habría conocido mi posición. Pero ella solo me dirigió una mirada inexpresiva. Un parpadeo por encima de la mesa. Parecía producido por un extremo del ojo, como una membrana nictitante. Tuve la impresión de un bosque y un claro del que escapaba una serpiente justo cuando yo entraba en él una tarde dorada de otoño, olorosa con la descomposición de las hojas. Menciono esto por lo que pueda valer. Probablemente nada. Pero yo había estado dando vueltas por el Prado, en la esquina del Ritz, en los momentos libres de que disponía, para contemplar extrañas pinturas, especialmente las visiones burlescas de Goya y los cuadros de Jerónimo Bosch. Por tanto, mi mente

estaba dispuesta a recibir imágenes e incluso alucinaciones.

—Te felicito porque finalmente demuestras algún sentido común —dijo la vieja mujer. Sin embargo, no añadió que lo hubiera demostrado a tiempo. Y continuó—: Yo crie a Renata para convertirla en la esposa perfecta de un hombre formal.

Crédulo por naturaleza, saqué la conclusión de que el hombre formal al que se refería era yo y de que estas mujeres no habían llegado todavía a una decisión irrevocable. Celebré esta posibilidad bebiendo una buena cantidad de coñac Lepanto. Como resultado, dormí profundamente y desperté descansado. Por la mañana, abrí las altas ventanas y disfruté del tráfico rodado al sol, la majestuosa plaza con el blanco hotel Palace al otro lado. Me trajeron unos deliciosos panecillos y café con rollitos de mantequilla y mermelada Hero. Durante diez años había vivido con estilo, bien trajeado, con camisas hechas a medida, calcetines de cachemira y corbatas de seda, estéticamente satisfactorio. Ahora todo este disparatado esplendor desaparecería, pero yo, con mi experiencia de la gran Depresión, estaba muy familiarizado con la austeridad. La había practicado la mayor parte de mi vida. La prueba dura no era vivir en una pensión, sino convertirme en un viejo más, incapaz de inspirar las mentes de bellas jovencitas con planes para casarse con un hombre maduro, o con visiones de convertirse en dueñas de un castillo como la señora de Charlie Chaplin, que tuvo diez hijos de un marido otoñal, más bien invernal, de gran talla. ¿Podría vivir sin causar este efecto a las mujeres? Y, además, era posible, solo posible, que Renata me amara lo suficiente para aceptar unas condiciones de austeridad. Con los ingresos de quince mil dólares que Julius me había prometido si invertía cincuenta mil dólares con él, se podría conseguir algo bien agradable en Segovia. Incluso podría soportar a la Señora por el resto de su vida. Que confiaba no fuese demasiado larga. Sin rencor, se entiende, pero sería grato perderla pronto de vista.

Intenté hablar con Thaxter en París —su dirección era el hotel Pont-Royal—. Hice también una llamada a Cari Stewart, en Nueva York. Quería discutir personalmente la guía cultural con el editor de Thaxter. También quería cerciorarme de que estaba dispuesto a pagar mi estancia en el Ritz. Thaxter no se había registrado en el Pont Royal. Quizá se hospedaba con una amiga de su madre, la princesa de Bourbon-Sixte. No me preocupó. Después de discutir los detalles de mi llamada a Nueva York con la telefonista, me concedí diez minutos de tranquilidad en la ventana. Disfrutaba del frescor del invierno y del sol. Trataba de considerar al sol no como un ardiente reactor termonuclear de gases y fisiones, sino como un ser, una entidad con vida y significado propios, si es que me explico bien.

Gracias a la penicilina, Roger se había recuperado lo bastante para ir al Retiro con su abuela, de modo que aquella mañana estaba libre de responsabilidades con él. Hice treinta abdominales y me sostuve sobre la cabeza; después me afeité, me vestí y salí a pasear. Dejé las calles importantes y me metí por las callejuelas de la ciudad vieja. Mi objetivo era comprar una bella capa para Renata, pero recordé la solicitud de Julius de una marina y, como disponía de mucho tiempo, entré en las tiendas de

antigüedades y las galerías de arte para echar una ojeada. Pero en todo aquel azul y verde, espuma y sol, calma y tempestad, siempre había una roca, una vela, una chimenea de un vapor, y Julius no quería nada de eso. Nadie tenía ganas de pintar el elemento puro, el agua inhumana, el centro del océano, las profundidades sin forma, el mar que envolvía al mundo. Estuve pensando en Shelley entre los montes Euganeos:

*Many a green isle needs must be  
In the deep wide sea of Misery...*<sup>[18]</sup>

Pero Julius no comprendería que tenían que hacer las necesidades en un mar cualquiera.

Como un Noé a la inversa había enviado a su hermano palomo, vestido elegantemente, muy inquieto, angustiado por Renata, para que le encontrara solamente agua. Los dependientes, todos ellos muchachas con batas negras, sacaban a la luz viejas marinas que subían del sótano porque yo era un norteamericano con abundancia de cheques de viajes en el bolsillo. No me sentía extranjero entre los españoles. Se parecían a mis padres y a mis tías y a mis primos inmigrantes. Nos habíamos separado cuando los judíos fueron expulsados en 1492. A menos que se fuese muy quisquilloso con el tiempo, esa época no quedaba tan lejos.

Estuve pensando en cuán norteamericano era mi hermano Ulick después de todo. Desde un principio, él pensaba que Estados Unidos era esa tierra feliz del éxito material, sin necesidad de inquietudes mentales, y desestimó la cultura de los gentiles y sus ideales y aspiraciones. El famoso Santayana estaba de acuerdo, en cierto aspecto, con Ulick. Los gentiles no podían lograr sus ideales y eran muy infelices. La Norteamérica gentil tropezaba con el obstáculo de la pobreza del alma, la escasez de temperamento y la pobreza de talento. La nueva Norteamérica de la juventud de Ulick solo pedía comodidad, velocidad y alegría, salud y alcohol, partidos de fútbol, campañas políticas, excursiones y funerales animados. Pero esta nueva Norteamérica ahora revelaba una inclinación distinta, nuevas peculiaridades. El período de la agradable abundancia de trabajo duro y de las artes prácticas y la técnica estrictamente al servicio de la vida material también estaba terminando. ¿Por qué deseaba Julius celebrar las nuevas venas injertadas en su corazón por medio de la milagrosa técnica médica comprando una pintura del agua? Porque ya no todo en él era negocio. Él también sentía ahora unos impulsos metafísicos, producto quizá del alma norteamericana práctica y siempre alerta. En seis décadas había visto todos los chanchullos, había conocido todos los trucos, y estaba cansado de ser el amo absoluto y enfermo de su yo interior. ¿Qué significaba una marina desprovista de cualquier recordatorio de la Tierra? ¿No significaba acaso la libertad elemental, el alivio del modo de vida diario y el horror a la tensión? ¡Oh, Dios, libertad!

Sabía que si iba al Prado y preguntaba por allí, encontraría algún pintor que me pintara una marina. Si me cobraba dos mil dólares, conseguiría cinco mil de Julius. Pero rechacé la idea de ganar ni un dólar con un hermano al que me unían unos lazos de tejido tan sobrenatural. Revisé todas las pinturas marinas de un rincón de Madrid y luego me dirigí a la tienda de las capas.

Allí hice negocio con el presidente de la Sociedad Internacional de Los Amigos de la Capa. Era un hombre moreno y pequeño que se mantenía algo torcido, como un acordeón atascado, y tenía problemas dentales y mal aliento. Mostraba manchas blanquecinas en su rostro oscuro. Como los norteamericanos no toleran estas imperfecciones en sí mismos, sentí que estaba en el Viejo Mundo. La tienda tenía también el piso de madera roto. Las capas colgaban del techo por todas partes. Unas mujeres con pértigas bajaban estas bellas piezas, forradas de terciopelo, y se las ponían para mostrármelas. En comparación, el traje de *carabiniere* de Thaxter parecía muy deslucido. Compré una capa negra con el forro rojo (negro y rojo: los mejores colores de Renata) y entregué a cambio más de doscientos dólares en cheques de American Express. Se intercambiaron agradecimientos y cortesías. Estreché la mano de todo el mundo, ansioso de estar de vuelta en el Ritz para mostrar mi compra a la Señora.

Pero la Señora no estaba allí. Encontré a Roger sentado en el sofá de mi habitación, con los pies apoyados sobre su maleta empaquetada. Una doncella lo vigilaba.

—¿Dónde está la abuela? —le pregunté.

La doncella me dijo que hacía unas horas habían llamado urgentemente a la Señora. Llamé por teléfono a recepción, donde me dijeron que mi huésped, la dama de la habitación 482, había informado que se iba y que cargara su cuenta en mi factura. Llamé entonces al conserje. Oh, sí, me dijo, un automóvil de lujo había llevado a la señora al aeropuerto. No, no se conocía el destino de la señora. Nadie les había encargado que compraran billetes para ella.

—Charlie, ¿tienes chocolate? —preguntó Roger.

—Sí, chico, te traje un poco.

Necesitaba todo el dulce que pudiera comer, y le di la barra entera de chocolate. Finalmente había una persona cuyos deseos yo comprendía. Él deseaba ver a su madre. Ambos deseábamos a la misma persona. Pobre chiquillo, pensé, mientras él quitaba el papel plateado del chocolate y se llenaba la boca. Yo quería sinceramente al chico. Se hallaba en ese bello estado febril de una infancia descolorida, cuando nos sacuden los latidos de un corazón indefenso, ansioso y anhelante. Recordaba muy bien ese estado. Cuando la doncella descubrió que yo sabía algo de español, me preguntó si Rogelio era mi nieto.

—¡No! —respondí.

Ya era suficiente que me hubieran cargado con el chico, ¿debía convertirme también en abuelo? Renata estaba en su luna de miel con Flonzaley. No habiendo

conseguido casarse ella misma, la Señora estaba loca por conseguir respetabilidad para su hija. Y Renata, a pesar de todo su desarrollo erótico, era una hija obediente. Tal vez cuando la Señora trazaba planes para el bienestar de su hija, se sentía rejuvenecer. Ese golpe bajo que me dio debía de haberla rejuvenecido algunas décadas. En cuanto a mí, ahora apreciaba la conexión entre la juventud eterna y la estupidez. No era demasiado viejo para perseguir a Renata, y sí lo suficientemente joven para sufrir la angustia de un corazón adolescente.

De modo que respondí a la doncella que Rogelio y yo no éramos parientes, aunque yo tenía edad suficiente para ser su *abuelo*, y le di cien pesetas para que cuidara de él durante otra hora. Pese a que estaba arruinándome, me quedaba bastante dinero para algunas necesidades refinadas. Podía permitirme sufrir como un caballero. En este momento no podía ocuparme del chico. Tenía un vehemente deseo de ir al Retiro, donde podría entregarme a la desesperación y golpearme el pecho o patear o maldecir o llorar. Al salir de la habitación, sonó el teléfono y lo cogí presuroso, esperando escuchar la voz de Renata, pero se trataba de Nueva York.

—¿Citrine? Habla Stewart, de Nueva York. Nunca nos hemos visto. Pero lo conozco, naturalmente.

—Sí, quería preguntarle algo. ¿Van a publicar un libro de Pierre Thaxter sobre dictadores?

—Sí, tenemos grandes esperanzas en eso.

—¿Y dónde está Thaxter ahora, en París?

—En el último momento cambió sus planes y voló a Sudamérica. Lo último que sé es que estaba en Buenos Aires entrevistando a la viuda de Perón. Fascinante. El país es un caos.

—Supongo que ya sabe —le dije— que estoy en Madrid para explorar las posibilidades de hacer una guía cultural de Europa.

—Ah, ¿sí? —respondió.

—¿Es que Thaxter no se lo dijo? Tenía entendido que usted lo había encargado. —No sabía nada al respecto.

—¿Está usted seguro? ¿No se acuerda?

—Pero ¿de qué está usted hablando, Citrine?

—Para resumir —le dije—, únicamente una pregunta: ¿estoy en Madrid como invitado suyo?

—No, que yo sepa.

—¡Ay, qué lío!

—¿Cómo dice?

En el nicho tras las cortinas, súbitamente helado, me metí dentro de la cama con el teléfono.

—Es una expresión española, como *malentendu* o *snafu* o «jodido». Perdóneme por el énfasis. Estoy bajo tensión.

—¿Podría ser tan amable de explicarme todo esto en una carta? —dijo el señor



Stewart—. ¿Está usted trabajando en un libro? Nos interesaría, ¿sabe?

—Nada —respondí.

—Pero si comenzara alguna cosa...

—Le mandaré una carta —contesté.

Yo pagaba la conferencia.

Muy alterado ahora, le pedí a la telefonista que volviera a intentar llamar a Renata. Le diré a esa bruja una o dos cosas, pensé. Pero cuando conseguí la comunicación, desde Milán respondieron que se había marchado sin dejar dirección. Cuando finalmente llegué al Retiro, para darme rienda suelta, no tenía nada que soltar. Estuve paseando y meditando. Llegué a las mismas conclusiones a que había llegado en el despacho del juez Urbanovich. ¿Qué sacaría con regañar a Renata? Las frases apasionadas y escogidas, perfectas en su lógica, maduras en su juicio, profundas en una ira mesurada, poéticamente celestiales, estaban muy bien para Shakespeare, pero a mí no me harían una maldita pizca de bien. El deseo de pronunciarlas existía, pero la recepción no estaba a la altura de mi apasionado razonamiento. Renata no quería escucharme. Tenía otras cosas en la cabeza. Bien, por lo menos me confiaba a Rogelio, y cuando a ella le conviniera, ya mandaría buscarlo. Al abandonarme de esta manera, probablemente me había hecho un favor. Por lo menos, ella lo vería de ese modo. Debería haberme casado con ella hacía mucho tiempo. Pero era un hombre de poca fe. Mi indecisión era insultante y era muy justo que se me dejara para cuidar al chico. Además, esas damas se figurarían que Rogelio me ataría y me impediría una persecución. Pero no tenía ninguna intención de perseguirla, tampoco hubiera podido permitírmelo. Por un lado, la cuenta del Ritz era enorme. La Señora había estado llamando continuamente por teléfono a Chicago para no perder contacto con cierto jovenzuelo cuyo negocio era la reparación de aparatos de televisión, su actual *affaire du coeur*. Por otro lado, la Navidad en Madrid, incluyendo la enfermedad de Roger y sus regalos, la cena de sibaritas y la capa de Renata habían reducido mis ahorros en casi un tercio. Durante muchos años, desde el éxito de *Von Trenck*, o aproximadamente en la época de la muerte de Demmie Vonghel, había gastado libremente, había disfrutado, pero ahora tenía que volver a la antigua vida. Para permanecer en el Ritz tendría que contratar una niñera, algo de todo punto imposible. Me estaba arruinando. Mi mejor alternativa era trasladarme a *una pensión*.

Debía explicar la existencia del chico de algún modo. Si decía que era su tío, despertaría sospechas. Si me presentaba como su abuelo, tendría que portarme como tal. Lo mejor era presentarse como viudo. Rogelio me llamaba Charlie, pero esto era normal entre los chicos norteamericanos. Además, el chico era huérfano en cierto sentido, y yo, sin ninguna exageración, estaba de luto. Salí a comprarme algunos pañuelos de luto y unas elegantes corbatas de seda negra y un trajecito negro para Rogelio. En la embajada norteamericana conté una historia verosímil sobre un pasaporte perdido. Afortunadamente sucedió que el joven que se ocupaba de esos

asuntos conocía mis libros sobre Woodrow Wilson y Harry Hopkins. Graduado en historia en Cornell, me había oído en cierta ocasión cuando tomé parte en una reunión de la Asociación Norteamericana de Historia. Le conté que mi esposa había muerto de leucemia y que me habían robado el billetero en un autobús de Madrid. El joven me respondió que esta ciudad siempre había sido notable por sus rateros.

—Se roba hasta los bolsillos de los sacerdotes debajo de la sotana. Realmente, aquí son muy mañosos. Muchos españoles alardean de que Madrid es el centro mundial de los rateros. Cambiando de tema, quizá usted quiera dar una conferencia para nuestra Agencia de Información.

—Estoy demasiado deprimido —respondí—. Además, he venido aquí para investigar. Estoy preparando un libro sobre la guerra hispano-americana.

—En mi familia hemos tenido algunos casos de leucemia —me dijo—. Estas muertes lentas lo dejan a uno destrozado.

En la pensión La Roca, le conté a la patrona que la madre de Roger había muerto atropellada por un autobús al bajar de una acera en Barcelona.

—¡Oh, qué cosa tan horrible!

—Sí —le dije. Me había preparado concienzudamente, consultando el diccionario castellano, y añadí muy fluidamente—: ¡Mi pobre esposa! Le hundieron el pecho, le destrozaron la cara, le perforaron los pulmones. Murió sufriendo atrocemente.

La leucemia era demasiado buena para Renata, pensé.

En la *pensión* había algunas personas sociables. Algunas hablaban inglés, otras francés, y era posible comunicarse. Un capitán del Ejército y su esposa vivían allí y también algunas señoras de la embajada danesa. Una de estas, la más notable, era una rubia coja, de unos cincuenta años. A veces, un rostro anguloso y unos dientes pronunciados pueden resultar atractivos, y ella era una persona de aspecto más bien atractivo, aunque tenía la piel de sus sienes algo sedosa (las venas) y era algo jorobada. Pero poseía una de esas personalidades que se imponen en un comedor o un salón, no porque hablen mucho, sino porque conocen el secreto de proclamar su supremacía. En cuanto al personal, las doncellas, que trabajaban también como camareras, eran sumamente amables. En el norte protestante, el color negro no significa mucho. En España, el luto todavía tiene mucha importancia. El trajecito negro de Rogelio era mucho más efectivo que mi pañuelo con la orilla de luto o mi brazal. Cuando yo lo ayudaba a la hora de la comida, toda la casa estaba pendiente de nosotros. No era nada anormal que yo cortara la carne para Roger. En Chicago solía hacerlo. Pero, de algún modo, en el pequeño comedor sin ventanas de la *pensión* causaba sensación. Esta inesperada exhibición de las costumbres maternas de los hombres norteamericanos emocionaba a la gente. Mis atenciones con Roger debían de ser insoportablemente tristes, pues las mujeres comenzaron a ayudarme. Puse a las *empleadas del hogar* en mi nómina. En unos pocos días, Roger hablaba español. Por las mañanas iba a un jardín de infancia. A última hora de la tarde, una de las criadas lo llevaba al parque. Yo estaba libre para pasear por Madrid o permanecer tendido en la cama meditando. Mi vida era más tranquila. Una tranquilidad absoluta era algo que no podía esperar en tales circunstancias.

Esta no era la vida que me había imaginado en el pequeño lujoso asiento del 747, cuando cruzábamos por encima de la profunda corriente del Atlántico. Entonces, según yo pensaba, la pequeña burbuja del nivel de aire podía ser empujada hacia el centro. Ahora ya no estaba seguro de que hubiera ninguna burbuja. Además, esto era Europa. Actualmente, Europa no valía demasiado para los norteamericanos eruditos. Conducía el mundo a la nada. Había que ser algo retrasado (una mujer vulgar, una Renata, para no andar con rodeos), para venir aquí con expectativas formales de cultura. La clase de cultura que se propagaba en las revistas de moda femeninas. Debo confesar, sin embargo, que yo también había venido esta vez con ideales piadosos, o con los restos de tales ideales. Aquí la gente había hecho grandes cosas en otra época, inspirados por el espíritu. Aquí existían todavía reliquias de santidad y de arte. No se podía encontrar a san Ignacio, santa Teresa, Juan de la Cruz, el Greco o el Escorial en la Veintiséis y California, o en el Play Boy Club de Chicago. Pero tampoco estaba en Segovia el pequeño grupo de la familia Citrine, con papá tratando de lograr la separación de la conciencia de su fundamento biológico, mientras que mamá, sexual e incitante, se ocupaba del negocio de las antigüedades. No, Renata me había mandado a paseo y lo había hecho de un modo que ofendió mortalmente mi dignidad. Aunque, por alguna extraña influencia, el luto que llevaba me ayudaba a

recuperarme. Los vestidos oscuros me procuraban un trato cortés y atento por parte de los españoles. Un viudo afligido y un pálido huérfano extranjero conmovían a los dependientes de las tiendas, especialmente a las mujeres. En la *pensión*, la secretaria de la embajada danesa se tomó un interés especial por nosotros. Era una mujer muy pálida, pero su palidez tenía un origen muy distinto de la de Roger. Mostraba un aspecto febril, enflaquecido, y era tan blanca que la pintura de labios contrastaba rabiosamente. Se pintaba los labios después de cenar, con un efecto violento. No obstante, tenía buenas intenciones. Me llevó a pasear un domingo por la tarde, cuando yo me sentía muy desalentado. Se cubrió con un sombrero hongo y caminamos despacio, pues ella sufría de una dolencia en la cadera. Mientras paseábamos por los caminos, junto a las aglomeraciones domingueras, ella me estuvo hablando de la pena.

—¿Era bella su esposa?

—¡Oh, sí! Era muy bella.

—A ustedes, los norteamericanos, les gusta mucho auto-compadecerse. ¿Cuánto hace que murió?

—Seis semanas.

—La semana pasada me dijo tres. —Usted misma puede comprobarlo. He perdido el sentido del tiempo.

—Bueno, pues ha de intentar levantar el ánimo. Hay ocasiones en que es necesario... es necesario cortar por lo sano. ¿Cómo es la expresión? Salvar lo que quede. Tengo un poco de coñac en mi habitación. Venga a tomar un trago cuando el chico esté dormido. Comparte con él una doble cama, ¿no es cierto?

—Sí, están buscándonos dos camas pequeñas.

—¿No tiene un dormir inquieto? Los niños suelen dar muchas patadas.

—El niño tiene un dormir tranquilo. De todos modos, yo no puedo dormir. Me estoy ahí tendido leyendo.

—Podemos encontrar algo mejor para ocuparlo durante la noche —me dijo—. ¿De qué sirve lamentarse? Ella se ha ido.

Ella se había ido realmente. La cosa ya estaba confirmada. Me había escrito desde Sicilia. El sábado, hacía solo un día, cuando me detuve en el Ritz para preguntar si había correo, me dieron su carta. Ese era el motivo de mi desaliento el domingo: me había pasado la noche estudiando las palabras de Renata. Si no podía mostrarme más atento con Rebecca Volsted, esta mujer coja tremendamente pálida, era porque estaba sufriendo. Casi hubiera deseado que Roger no fuese tan buen chico. Ni tan siquiera pateaba durante el sueño. No me daba ningún quebradero de cabeza. Era un niño encantador.

Renata y Flonzaley se habían casado en Milán y pasaban su luna de miel en Sicilia. Supongo que irían a Taormina. Ella no me daba detalles. Me escribió: «Eres la persona más adecuada para cuidar de Roger. Con frecuencia me has demostrado que lo quieres por él mismo, y nunca lo has utilizado para acercarte a mí. Mi madre

está demasiado ocupada para cuidarlo. En este momento no podrás creerlo, pero te sobrepondrás y seguiremos siendo buenos amigos. Ahora estarás ofendido y amargado y dirás que soy un coño sucio y calculador —así hablas tú cuando estás furioso—. Pero en tu corazón, Charlie, sabes lo que es justo. Me debes algo y lo sabes. Tuviste tu oportunidad para cumplir conmigo. Y la perdiste. ¡Oh, sí!, la perdiste. Yo no pude conseguir que hicieras bien las cosas. —Aquí empezaban las lamentaciones. Yo lo había estropeado todo—. Me asignaste el papel de una estúpida. Yo era simplemente tu maravilloso payaso sexual. Me obligaste a preparar la cena con un gorro de cocinero y el trasero desnudo. —No fue así, no fue así, la idea partió de ella—. Yo fui una buena compañera y permití que te divirtieras. Yo también me divertí. No te negué ni una sola cosa. Pero tú me negaste muchas. No te acordabas de que yo era la madre de un niño. Me exhibiste en Londres como tu espectacular fulana de Chicago, esa ciudad incierta. El canciller de la Tesorería se propasó conmigo. ¡Ese cabrón! No dije nada pensando en la antigua grandeza de Gran Bretaña. Pero no se habría propasado si yo hubiese sido tu mujer. Tú determinaste mi posición como fulana. No creo que se haya de ser profesor de anatomía para relacionar el trasero con el corazón. Si tú te hubieras portado pensando que yo tenía un corazón en el pecho, igual que tu distinguida alteza el caballero Citrine, hubiéramos podido seguir. Oh, Charlie, nunca podré olvidar cuando pasaste unos cigarros de contrabando para mí desde Montreal. Los envolviste con anillos de Cyrus the Great Eras bondadoso y divertido. Te creí cuando me dijiste que un pie peculiar necesitaba de un calzado peculiar, y que nosotros éramos zapato y pie, pie y zapato juntos. Si únicamente hubieras pensado en lo que era evidente... —“Esa chica ha crecido en los vestíbulos de los hoteles, su madre nunca se casó”—, te habrías casado conmigo en todos los juzgados y todas las iglesias de Estados Unidos y finalmente me hubieras concedido alguna protección. Este Rudolf Steiner con el que me has estado volviendo loca dice, según creo, que si esta vez eres hombre, la próxima te reencarnarás como mujer, y que el cuerpo etéreo (aunque no estoy segura de lo que es un cuerpo etéreo; será la parte vital que hace vivir al cuerpo, ¿verdad?) siempre es del otro sexo. Si has de ser mujer en tu próxima vida, te queda mucho que aprender entretanto. De todos modos, te diré algo. Más de una mujer confesaría, si es sincera, que lo que ella adora realmente es un hombre compuesto por muchos de ellos, un amante o un marido múltiple. A ella le encanta esto de X y aquello de Y y alguna otra cosa de Z. Hay que reconocer que tú eres encantador, delicioso, conmovedor y, normalmente, es un placer estar contigo. Tú podrías haber sido mi X y en parte mi Y, pero siempre has sido un inútil en el aspecto de Z.

»En este momento siento añoranza de ti, y, lo que es más, Flonzaley lo sabe. Pero una de las ventajas de este asunto es que esto lo hace ser realista. Una vez me dijiste que el punto de vista de Flonzaley debía de ser plutónico, signifique esto lo que signifique. Admito que su negocio es lúgubre, pero su carácter es flexible. Él no insiste en que yo no deba amarte. No olvides que no me he escapado con un extraño.

He vuelto con Flonzaley. Cuando nos separamos en Idlewild, no tenía intención de hacer esto. Pero se me ha acabado la paciencia. En tu temperamento hay demasiadas sinuosidades. Ambos necesitamos una situación más formal».

Vamos a ver, un minuto. Ella decía esto y aquello, pero ¿no sería que me dejaba a causa de mi ruina inmediata? Eso nunca sería un problema con Flonzaley. Probablemente, Renata sabía que yo empezaba a pensar en un modo de vida más austero. Yo no había renunciado a mi dinero por principio: Urbanovich estaba quitándomelo, y así eran las cosas. Pero comenzaba a comprender claramente el afán norteamericano por el dinero, que ya había asumido las proporciones de una fuerza cósmica. Se alzaba entre nosotros y las fuerzas auténticas. No bien pensé esto, creí comprender una de las razones que Renata tenía para abandonarme: me abandonaba porque yo pensaba cosas como esa. A su modo, era eso lo que me decía.

«Ahora podrás escribir tu gran ensayo sobre el aburrimiento y quizá la raza humana se sentirá agradecida. Está sufriendo y tú deseas ayudarla. Es algo maravilloso que te desveles por semejantes problemas tan profundos, pero he de confesarte que personalmente no tengo interés alguno en estar contigo cuando lo haces. Reconozco que eres inteligente. Y me parece bien. Pero deberías ser tolerante con los enterradores, como yo lo soy con los intelectuales. En cuanto se refiere a hombres, mis juicios son enteramente humanos y femeninos, sin tener en cuenta la raza, credo o condición de servidumbre, según dijo Lincoln. Mis felicitaciones, posees una inteligencia formidable. A pesar de ello, opino como tu vieja enamorada Naomi Lutz: no deseo verme envuelta en todo este asunto universal, intelectual y espiritual. Siendo una mujer bella y joven todavía, prefiero tomarme las cosas como han hecho millones de personas a través de la historia. Uno trabaja, gana el pan, se rompe una pierna, besa a algunos hombres, tiene un niño, intenta vivir hasta los ochenta y se despreocupa de los demás, o bien acaba colgado o ahogado. Pero uno no se pasa los años planeando cómo escapar de la condición humana. Para mí, esto es muy aburrido».

Sí, cuando ella decía esto, me imaginaba genios pensadores arrojando madejas de pareceres e intenciones sobre las cabezas de las multitudes. Los veía molestando a la raza humana con sus fantasías, programas y perspectivas mundiales. No es que la raza estuviera libre de culpa. Pero poseía unas habilidades increíbles para el trabajo, los sentimientos y las creencias, que eran los tributos que conferían aquellos que estaban convencidos de que conocían mejor las cosas y maltrataban a la humanidad con sus proyectos.

«Tú nunca me preguntaste —continuaba Renata—, pero yo también tenía mis propias creencias. Creo que vivo en la naturaleza. Pienso que, cuando uno se muere, está muerto y nada más. Y esto es lo que representa Flonzaley. Los muertos están muertos y el hombre negocia con fiambres, y ahora yo soy su mujer. El trabajo de Flonzaley es útil para la sociedad, como el electricista, el departamento de cloacas o los basureros, según dice él. Pero uno hace un bien a la gente y ellos se vuelven de

espaldas y tienen prejuicios. En cierto modo, se parece a mi situación personal. Flonzaley acepta el estigma de su trabajo, pero se compensa por ello y añade el cargo en la factura. Algunas de tus ideas son más fantasmagóricas que su negocio. Él ordena las cosas en su sitio. Cada color dentro de su propio marco».

En este caso, ella no se mostraba muy clara. Esa persona gloriosa, Renata, maravillosa para mí porque era impura en el sentido bíblico, había enriquecido mi vida con las excitaciones de la perversidad y las ilegalidades. Si Flonzaley, contaminado por los muertos, era, en comparación, maravilloso para ella, ¿por qué no lo decía francamente? Entendí que, en el aspecto Z —aunque Renata nunca me dijera lo que era—, ese hombre tenía todo aquello de que yo carecía. Eso me hizo mucho daño, me lastimó el corazón. Utilizando una antigua expresión, me hirió en lo vivo. Pero Renata podría haberme ahorrado las excusas de Flonzaley para estafar a las familias de los difuntos. Conocía bien el negocio de los pensadores de Chicago, había escuchado filosofar a más de un ciudadano rico de Chicago. Conocía perfectamente ese supuesto ingenio al estilo de Bernard Shaw que podía oírse en las mesas de Lake Shore Drive: ellos querían convertir a Flonzaley en un intocable y un paria, un carroñero, pero él se llevaría el dinero de ellos a su lóbrego rincón y allí sería un príncipe —ese tipo de oratoria no me hacía ninguna falta—. De todos modos, Renata era maravillosa. Naturalmente, deseaba decirme cosas importantes para demostrarme que había hecho bien las cosas. Yo había perdido a una mujer maravillosa. Estaba sufriendo por Renata. Ella se marchaba en toda su gloria, por así decirlo, y a mí me dejaba imaginando, en mi aflicción, qué ocurría y cómo y qué debía hacer. E intentando adivinar lo que era Z.

«Siempre me has dicho que tu modo de vida era tan diferente que no estabas en posición de juzgar los deseos de otras personas. Es muy cierto que no sabes cómo es interiormente la gente ni entiendes lo que quieren, del mismo modo que no comprendiste que yo necesitaba estabilidad. Y quizá nunca llegarás a saberlo. Te descubriste al contarme que habías tratado de comprender las emociones de tu pequeña Mary ante la bicicleta, pero que no pudiste. Bien, pues te presto a Roger. Cuida de él hasta que yo pueda enviarlo a buscar y estudia sus deseos. Tú ahora lo necesitas a él, no a mí. Flonzaley y yo nos dirigimos al norte de África. Sicilia no ha sido lo calurosa que a mí me gusta. Deja que te sugiera, ya que vas a volver a los fundamentos del sentimiento, que reflexiones un poco sobre tus amigos Szathmar, Swiebel y Thaxter. Tu pasión por Von Humboldt aceleró el empeoramiento de nuestras relaciones».

No especificaba cuándo pensaba enviar a buscar al muchacho.

«Si crees que estás en la Tierra con ese designio tan especial, no sé por qué te aferras a la idea de la felicidad con una mujer o de una vida familiar feliz. Para mí, esto es inocencia estúpida o el colmo de la chifladura. Tú eres una persona fuera de lo común y te unes a una persona que también es fuera de lo común a su modo, y entonces te dices que lo que realmente deseas es una sencilla relación afectuosa.

Bien, tu ardor y tu encanto me hicieron creer que me necesitabas y me querías. Siempre tu amiga afectuosa». Había llenado el papel y la carta terminaba.

Al leer esto me eché a llorar. La noche en que Renata me dejó encerrado fuera, George Swiebel me había dicho cuánto me respetaba por ser capaz de sufrir agonías de amor a mi edad. Se quitó el sombrero ante mí por esa razón. Pero esa era la actitud juvenil vitalista que Ortega, uno de los autores madrileños que yo había estado leyendo, menospreciaba en *El tema moderno*. Yo estaba de acuerdo con él. Sin embargo, en el dormitorio posterior de esta pensión de tercera categoría, yo era la clase de necio que se comportaba como un adolescente. Estaba más calvo y más arrugado que nunca y los pelos blancos de mis cejas habían comenzado a crecer más largos y más salvajes que nunca. Ahora yo era un viejo abandonado que sollozaba ignominiosamente por el maltrato de una bella prostituta. Estaba olvidando que yo también podía ser un individuo histórico mundial (de cierta especie), destinado, quizá, a dispersar la necedad intelectual de una época, o a hacer algo para ayudar al espíritu humano a salir de los confines de su ataúd mental. Estas aspiraciones no tenían mucho valor para ella, si como expresión de su opinión se tenía en cuenta su escapada con Flonzaley, el tratante en fiambres. Y, aunque estaba llorando, eché una ojeada al reloj y me di cuenta de que Roger estaría de vuelta de su paseo dentro de quince minutos. Pensábamos jugar al dominó. De repente, la vida discurre al revés. Uno está de nuevo en primer grado. Cerca de los sesenta, hay que comenzar por el principio y tratar de comprender los deseos ajenos. La mujer que uno ama está adquiriendo madurez en su vida, avanzando independientemente por Marrakech o algún otro lugar. Ella no necesita un sendero de rosas: las rosas comienzan a crecer por donde ella pisa.

Renata tenía razón, naturalmente. Al unirme a ella, me había buscado problemas. ¿Por qué? El propósito de estos problemas era tal vez hacerme profundizar más en el reino del pensamiento peculiar, pero necesario. Ahora se me ocurrió uno de estos pensamientos peculiares. La belleza de una mujer como Renata no era enteramente apropiada. Estaba fuera de época. Su perfección física era del tipo clásico griego o del alto Renacimiento. ¿Y por qué era esta clase de belleza históricamente inapropiada? Bueno, porque se remontaba a una época en que el espíritu humano estaba apenas empezando a liberarse de la naturaleza. Hasta aquel momento, el hombre no había pensado en considerarse separadamente, no había distinguido su propio ser del ser natural, sino que formaba parte de este. Pero tan pronto como el intelecto despertó, se separó de la naturaleza. Como individuo, miró y vio la belleza del mundo externo, incluyendo la belleza humana. Este fue un momento sagrado en la historia: la edad dorada. Muchos siglos después, el Renacimiento trató de recobrar el primer sentido de la belleza. Pero entonces ya era demasiado tarde. El intelecto y el espíritu habían avanzado. Un nuevo tipo de belleza, más interno, había comenzado a desarrollarse. Esta belleza interna, expresada en el arte romántico y en la poesía, era el resultado de la unión libre del espíritu humano con el espíritu de la naturaleza. De



modo que Renata, realmente, era un fantasma peculiar. Mi pasión por ella era la pasión del anticuario. Ella parecía darse cuenta de esto. Prueba de ello era cómo se pavoneaba y hacía el payaso. Las bellezas atenienses o de Boticelli no fuman cigarros. No llevan a cabo vulgaridades en su bañera. No se detienen en una galería de arte para exclamar:

—¡Ese es un pintor con cojones!

No, no hablan de ese modo. Pero ¡qué lástima! ¡Cuánto la añoraba! ¡Qué mujer más encantadora, esa desvergonzada! Pero era un excedente de otras épocas. Yo no podía asegurar que yo poseyera esa nueva belleza interna. Era un viejo imbécil. Pero había oído hablar de esa belleza. Estaba al corriente. ¿Qué me proponía hacer con esta nueva belleza? No lo sabía todavía. De momento, esperaba a Roger. El chico ansiaba jugar al dominó. Y yo ansiaba apreciar en su rostro algún rasgo de su madre, mientras estaba sentado frente a él, con las fichas de dominó entre los dos.

La ojerosa dama danesa, Rebecca Volsted, vino para pasear conmigo por el Retiro. Yo caminaba lentamente y ella cojeaba a mi lado. Llevaba el sombrero encasquetado sobre la cara. Su rostro, con reflejos de amargura, tenía una palidez luminosa. Me hizo preguntas directas. Preguntó por qué me pasaba tanto tiempo encerrado en la habitación. Se sentía rechazada por mí. No socialmente. Socialmente, me mostraba muy amistoso. Yo la rechazaba... bueno, esencialmente. Parecía insinuar que, si me revolcaba apasionadamente con ella en una cama, ella podría, con su cadera mala o sin ella, curarme de mis males. Por el contrario, la experiencia me había enseñado que, si aceptaba su sugerencia, lo único que conseguiría sería otra persona dependiendo de mí (y con toda probabilidad, demente).

—¿Qué es lo que hace todo el día ahí encerrado en su habitación?

—Tengo que ponerme al día en mi correspondencia.

—Supongo que ha de notificar a la gente la muerte de su esposa. A propósito, ¿de qué murió?

—Murió de tétanos.

—¿Sabe, Citrine?, he estado buscándolo en el *¿Quién es quién en Estados Unidos?*

—¿Y por qué ha hecho eso?

—Oh, no sé —me respondió—. Un presentimiento. Por un lado usted posee pasaporte norteamericano, pero no se comporta como un americano auténtico. Presentí que había algo en usted.

—De modo que se enteró de que nací en Appleton, Wisconsin. Como Harry Houdini, el gran artista judío de la evasión. A veces pienso por qué él y yo escogeríamos Appleton para nacer.

—¿Es que hay posibilidad de elegir? —dijo Rebecca. Con su sombrero hongo y su palidez, y cojeando a mi lado en el parque español, defendía la racionalidad. Avancé más lentamente, en atención a ella, mientras hablábamos.

Y respondí:

—Naturalmente, la ciencia está de su lado. De todos modos, ¿sabe?, es extraño. Algunas personas que han estado en la Tierra únicamente diez años o cosa parecida, comienzan a componer fugas o a demostrar sutiles teoremas de matemáticas. Es posible que al nacer traigamos muchos poderes con nosotros, señorita Volsted. Las crónicas cuentan que, antes de que Napoleón naciera, su madre disfrutaba visitando campos de batalla. ¿No es posible que ese pequeño rufián, años antes de su nacimiento, estuviera ya buscando una madre amante de las matanzas? E igual sucede con la familia de Bach, y de Mozart y de Bernoulli. Estos grupos familiares pueden haber atraído almas musicales o matemáticas. Según comentaba en un artículo que escribí sobre Houdini, el rabino Weiss, el padre del mago, era un perfecto judío ortodoxo de Hungría. Pero tuvo que abandonar el Viejo Mundo por haber participado en un duelo a sable, y era ciertamente un excéntrico. Además, ¿por qué Houdini y yo, ambos de Appleton, luchamos tan duramente con el problema de la muerte?

—¿Lo hizo Houdini?

—Sí, Houdini desafió todas las formas de sujeción y confinamiento, incluyendo la sepultura. Se evadió de todo. Lo enterraron y escapó. Lo hundieron en el agua encerrado en un cofre y escapó. Lo metieron dentro de una camisa de fuerza, con esposas, y lo colgaron cabeza abajo por un tobillo del mástil de la bandera del edificio Flatiron de Nueva York. Sarah Bernhardt vino a contemplar esta hazaña sentada en su limusina, en la Quinta Avenida, y lo observó mientras él se liberaba y se ponía a salvo. Un amigo mío, un poeta, escribió una balada sobre el hecho, titulada *Harlequin Harry*. Bernhardt ya era muy vieja y tenía una pierna amputada. Sollozó y se colgó del cuello de Houdini, mientras se alejaban en el automóvil, rogándole que le devolviera su pierna. ¡Él podía hacer cualquier cosa! En la Rusia zarista, la policía secreta del zar lo dejó completamente desnudo y lo encerró en la camioneta de acero que utilizaban para las deportaciones a Siberia. También de ahí consiguió huir. Escapó de las prisiones más seguras del mundo. Y cada vez que volvía a su casa después de alguna vuelta triunfal, iba directamente al cementerio. Se tendía sobre la tumba de su madre, boca abajo sobre la hierba, y le hablaba en susurros de sus viajes, de dónde había estado, qué había hecho. Más adelante pasó muchos años descubriendo los trucos de los médiums. En un artículo mío especulé sobre si él no había tenido una premonición del holocausto y estaba ideando maneras de escapar de los campos de muerte. ¡Ah, si los judíos europeos hubieran aprendido lo que él sabía! Después, un estudiante de medicina lo pinchó experimentalmente en el vientre y Houdini murió de peritonitis. ¿Ve usted?, nadie puede vencer el hecho final del mundo material. Una racionalidad deslumbrante, una conciencia resplandeciente, la destreza más ingeniosa; nada vale contra la muerte. Houdini desarrolló una línea de investigación completa. ¿Ha visto últimamente una sepultura, señorita Volsted?

—En esta etapa de su vida, se comprende una obsesión tan mórbida —dijo. Miró hacia arriba, sumamente pálida—. Solo queda una cosa por hacer. Resulta obvio.

—¿Obvio?

—No se haga el tonto —dijo—. Usted ya sabe la respuesta. Usted y yo nos entenderíamos bien. Conmigo se sentiría libre, sin ataduras. Podría ir y venir a su gusto. No estamos en Estados Unidos. Pero ¿qué es lo que hace en su cuarto? *Quién es quién* dice que usted ha ganado premios en biografía e historia.

—Estoy preparándome para escribir sobre la guerra hispanoamericana —le dije—. Y me pongo al día en mi correspondencia. A propósito, tengo que echar una carta al correo...

Había escrito a Kathleen a Belgrado. No hablaba de dinero, pero esperaba que ella no olvidara mi parte en la opción de pago del guión de Humboldt. La cifra que ella había mencionado eran mil quinientos dólares y pronto los necesitaría. En Chicago me estaban apremiando... Szathmar me hacía llegar el correo. Resultó que la Señora había volado a Madrid en primera clase, y la agencia de viajes me reclamaba el pago.

Escribí enseguida a George Swiebel para preguntarle si había cobrado ya el dinero de mis alfombras Kirman, pero George no era un corresponsal muy diligente. Sabía que Tomchek y Srole me mandarían una factura imponente por haber perdido el caso, y que el juez Urbanovich permitiría que el caníbal de Pinsker se sirviera de los fondos bloqueados.

—Parece que usted ha estado hablando consigo mismo en su habitación —dijo Rebecca Volsted.

—Supongo que no habrá estado escuchando tras la puerta —le respondí.

Ella se sofocó —es decir, se puso más pálida— y replicó:

—Pilar me ha contado que usted habla consigo mismo.

—Leo cuentos de hadas a Roger.

—No lo hace cuando el chico está en la escuela. ¿O es que está ensayando el lobo feroz...?

¿En qué consistían esos susurros? No podía explicar a Rebecca Volsted, miembro de la embajada danesa en Madrid, que yo hacía experimentos esotéricos, que leía a los muertos. Yo ya resultaba suficientemente raro. En apariencia un viudo del Midwest, padre de un hijo pequeño, había resultado ser, según el *Quién es quién*, un biógrafo y dramaturgo ganador de premios literarios y un *chevalier* de la Legión de Honor. El *chevalier* viudo alquilaba la peor habitación de la pensión (junto al patio interior por donde se ventilaba la cocina). Sus ojos oscuros estaban enrojecidos de tanto llorar, vestía con una elegancia refinada, aunque los efluvios de la cocina impregnaban sus vestidos de un olor marcadamente rancio, peinaba con vanidosa insistencia sus finos y grisáceos cabellos por encima del centro calvo de su cabeza y se descorazonaba al darse cuenta de que a la luz eléctrica le brillaba la calva. Tenía una nariz recta, como John Barrymore, pero no se parecía en nada más. Era un hombre cuyo armazón corporal se estaba deteriorando. Empezaba a arrugarse debajo de la barbilla, al lado de las orejas y debajo de los ojos, tristes y bondadosos, cuya mirada inteligente se desviaba en la dirección equivocada. Yo había contado siempre con un saludable intercambio sexual higiénico al lado de Renata. Al parecer yo coincidía con George Swiebel en que surgían problemas si uno no mantenía unas relaciones sexuales normales. En todos los países civilizados, este es el credo fundamental. Naturalmente, existía un texto que sostenía lo contrario (yo siempre disponía de algún texto que afirmaba lo contrario). El texto era de Nietzsche y exponía el interesante punto de vista de que la mente adquiría gran fuerza con la abstinencia, pues los espermatozoides eran reabsorbidos por el sistema. Nada era mejor para el intelecto. Sea como fuere, me di cuenta de que estaba desarrollando tics nerviosos. Añoraba mis partidos de racquetball en el club Downtown; sin embargo, he de confesar que no añoraba la conversación de mis compañeros de juego. Nunca podía manifestarles lo que realmente pensaba. Ellos tampoco me contaban sus pensamientos, pero por lo menos se podían decir. Los míos eran cada vez más incomprensibles.

Cuando Kathleen me enviara el cheque, me iría de aquí, pero entretanto vivía con un presupuesto muy justo. La oficina de impuestos —me informaba Szathmar— estaba investigando mi declaración de rentas de 1970. Le escribí diciendo que esto ahora era problema de Urbanovich.

Cada mañana me despertaban los fuertes efluvios del café. Después flotaba el olor a amoníaco del pescado frito y también de azafrán, ajo y col, y de sopa de guisantes hervida con un hueso de jamón. La pensión La Roca utilizaba un aceite de oliva ácido al que tardé en acostumbrarme. Al principio me produjo cierta descomposición intestinal. El retrete del vestíbulo era alto de techo y muy frío, con una larga cadena de latón verde. Cuando iba allí, me llevaba la capa que había comprado para Renata y, cuando me sentaba, me la colocaba sobre los hombros. Sentarse en ese helado asiento era una especie de experiencia de san Sebastián. Al volver a mi habitación realizaba cincuenta abdominales y permanecía cabeza abajo. Mientras Roger estaba en la escuela, yo recorría las callejas, iba al Prado o me sentaba en los cafés.

Dedicaba largas horas a meditar sobre Steiner y hacía cuanto podía para acercarme a los difuntos. Mis sentimientos eran muy intensos a este respecto, y ya no podía desdeñar la posibilidad de comunicarme con ellos. Pero rechazaba el espiritualismo vulgar. Mi postulado consistía en que cada ser humano poseía un núcleo eterno. Si este hubiera sido un problema mental o lógico, lo habría tratado lógicamente, pero no había tal cosa. Yo tenía que tratar con algo que había intuido toda la vida. Esta intuición podía ser una ilusión persistente o bien una verdad sepultada profundamente. La respetabilidad mental de los sólidos miembros de la sociedad educada era algo que había acabado por despreciar con todo mi corazón. Reconozco que, cuando los textos esotéricos me inquietaban, el desprecio era lo que me sustentaba, pues había párrafos en Steiner que me daban envidia. Y me decía: «Esto es demencial». Y después: «Esto es poesía, una gran visión». Pero seguía adelante con ello, desplegando todo lo que nos decía sobre la vida del alma después de la muerte. Además, ¿qué importaba lo que yo hiciera conmigo mismo? Envejecido, descorazonado, meditando en medio de los efluvios de la cocina, cubriéndome en el retrete con la capa de Renata, ¿podría importar a nadie lo que una persona así hiciera consigo misma? Cuanto más resistía uno la extrañeza de la vida, tanto más lo agobiaba esta. Cuanto más se oponía la mente al sentido de extrañeza, tanta más distorsión se producía. ¿Y si, por una vez, nos sometiéramos a ello? Además, estaba convencido de que no había nada en el mundo material que diera razón de los deseos y percepciones más delicadas de los seres humanos. Coincidió con el moribundo Bergotte en la novela de Proust. No hay fundamento en la experiencia común para la bondad, la verdad y la belleza. Era demasiado arrogante en mi extravagancia para aceptar el empirismo respetable en el que me había educado. Había demasiados necios suscritos a él. Por otra parte, la gente no se sorprendía realmente cuando uno les hablaba del alma y del espíritu. ¡Qué raro! Nadie se sorprendía. La gente educada era la única que mostraba cierta sorpresa. Quizá el hecho de que hubiera aprendido a permanecer desligado de mis propias debilidades y de las locuras de mi carácter significaba que yo estaba ya algo muerto. Este desapego era una experiencia apaciguadora. Algunas veces reflexionaba en cuánto debía temprar a los muertos cruzar el último umbral. No más comer, sangrar, respirar. Sin el orgullo de la existencia física, el alma, asombrada, seguramente se volvía más sensata.

A mi juicio, los muertos incultos deambulaban confundidos y sufrían por su ignorancia. Especialmente en los primeros niveles, el alma, apasionadamente ligada a su cuerpo, mancillada por la tierra y repentinamente arrancada, debía de experimentar unas ansias semejantes a las que sentía un amputado por sus piernas. Los recién muertos veían del principio al final todo lo que les había sucedido, el conjunto total de una vida lamentable. El dolor los abrasaba. Los niños, especialmente los niños muertos, no podían abandonar a sus seres vivientes y permanecían invisibles junto a aquellos a los que amaban y lloraban. Para estos niños necesitábamos rituales; algo para los chiquillos, ¡por el amor de Dios! Los muertos más viejos estaban mejor

preparados e iban y venían con más sensatez. Los difuntos laboraban en la parte inconsciente de cada alma viviente, y algunos de nuestros propósitos más elevados posiblemente eran inspirados por ellos. El Antiguo Testamento nos mandaba no mantener ningún contacto con los muertos, a causa, según decían los preceptos, de que después de la muerte el alma entraba primero en una esfera de sentimientos apasionados, o algo parecido a un estado de sangre y nervios. El contacto con los muertos de esta primera esfera podía desatar bajos impulsos. Por ejemplo, tan pronto como empezaba a pensar en Demmie Vonghel recibía intensas impresiones. Siempre la veía bonita y desnuda, como ella había sido y estado durante sus momentos de clímax, momentos siempre convulsivos en que su rostro solía enrojecer violentamente. En el modo de proceder de Demmie para ese acto hubo siempre un toque criminal, y en mí hubo también un toque de complicidad, de colaborador perverso. Ahora yo estaba inundado por asociaciones sexuales. Con Renata, en cambio, nunca hubo ninguna violencia; ella sonreía siempre y se comportaba como una cortesana. En cuanto a Doris Scheldt, era una chica pequeña, casi una niña rubia, aunque su perfil delataba que encerraba un Savonarola en ella y que se convertiría en una mujercita capaz. Lo más encantador acerca de ella era su ligera explosión de risa durante la conclusión del acto sexual. Lo menos atractivo era su oscuro temor a quedar embarazada. Se inquietaba durante la noche cuando la abrazaba desnuda, por miedo a que un espermatozoide arruinara su vida. Al parecer, no existe gente que no posea alguna peculiaridad. Por este motivo, esperaba con ansia conocer las almas de los difuntos. Ellos tenían que ser algo más estables.

Siendo mi estado preparatorio, y no el de un iniciado, no podía esperar llegar hasta mis difuntos. No obstante, pensaba que lo intentaría, ya que algunas personas, por su dolorosa experiencia de la vida, logran avanzar más rápidamente en su desarrollo espiritual. De modo que traté de situarme en un estado adecuado para semejante contacto, y me concentré especialmente en mis padres, en Demmie Vonghel y en Von Humboldt Fleisher. Según los textos, la comunicación con un individuo que había muerto era posible, aunque difícil; exigía disciplina y vigilancia, y una atención muy aguda, pues podían surgir los bajos impulsos y armar un gran alboroto. Estas pasiones debían estar controladas por la intención más pura. Hasta donde me era dado conocer, mis intenciones eran puras. Las almas de los difuntos ansiaban la conclusión de su purgatorio y la verdad. Yo, en la pensión La Roca, les enviaba mis intensos pensamientos con todo el ardor de que era capaz. Y me decía a mí mismo que, a menos que se concibiera la muerte como un violento guerrillero y un secuestrador que arrebatara a aquellos que uno ama, y si no se es cobarde y uno no se somete a ese terrorismo según suelen hacer las personas civilizadas en cada sector de la vida, se deben perseguir, investigar y explorar todas las posibilidades y buscar en todas partes e intentarlo todo. Las preguntas genuinas a los difuntos deben estar imbuidas de un auténtico sentimiento. Las abstracciones no se transportan por sí mismas: para ser transmitidas deben pasar por el corazón. El momento de preguntar

algo a los difuntos es en el último instante de conciencia antes del sueño. En cuanto a los difuntos, para ellos es más fácil llegar hasta nosotros en el momento de despertar. Estos son instantes sucesivos en el horario del alma, las ocho horas de reloj intermedias en la cama son simplemente biológicas. La peculiaridad oculta a la que no podía acostumbrarme era que la pregunta que nosotros hacíamos se originara, no en nosotros, sino en los muertos a los que nos dirigíamos. Cuando los muertos respondían, era realmente nuestra propia alma la que hablaba. Esta imagen-reflejo en reverso era difícil de comprender. Me pasé mucho tiempo pensando en ello.

Y así es como pasé enero y febrero en Madrid, leyendo *sotto voce* a los difuntos textos que ayudaran e intentando acercarme a ellos. Alguien pensaría que esta esperanza de lograr acercarme a los difuntos debilitaría mi mente, suponiendo que no tuviera ya su origen en una debilidad mental. No. Aunque es únicamente mi autoridad la que lo afirma, daba la impresión de que mi mente estaba mucho más estable. Por un lado, yo parecía estar recobrando una conexión independiente e individual con la creación, con toda la jerarquía del ser. Se supone que el alma de una persona civilizada y racional es libre, pero en realidad está estrechamente confinada. Si bien la persona cree seriamente que se mueve con una libertad perfecta y que es así todo un ser, de hecho se siente absolutamente insignificante. Pero presuponer, aunque de un modo extraño, la inmortalidad del alma, liberarse del peso de la muerte que todos llevamos en el corazón, proporciona, como el alivio de cualquier obsesión (la obsesión por el dinero o la obsesión sexual), una formidable oportunidad. Supongamos que uno no piensa en la muerte tal como la gente sensata, en su elevado realismo, está de acuerdo en considerarla. El primer resultado es un excedente, un exceso que hay que soportar. El terror a la muerte obstruye esta energía, pero cuando se libera, es posible alcanzar la bondad sin sentirse turbado por no ser histórico, por ser ilógico, masoquísticamente pasivo, irresoluto. La bondad, entonces, no es como el martirio de algunos norteamericanos (el lector comprenderá a quién me refiero) iluminados por la poesía en el instituto, que luego dan testimonio de la gloria de su valía (improbable, irreal) al cometer suicidio con refinado estilo, el único estilo para los poetas.

Estar arruinado en un país extranjero no me daba ninguna ansiedad, o muy poca. El problema del dinero era casi inexistente. Lo que me preocupaba era ser un falso viudo, en deuda con las señoras de la pensión que ayudaban a Rogelio. Rebecca Volsted, con su rostro ardientemente pálido, estaba siempre a mi alrededor. Quería acostarse conmigo. Yo me limitaba a seguir con mis ejercicios. Algunas veces pensaba: «Esa estúpida Renata, ¿es que no podía ver la diferencia entre un hombre cadáver y un profeta en potencia?». Me envolvía en su capa, prenda de vestir más caliente que el abrigo de vicuña que Julius me había dado, y salía a pasear. Tan pronto como salía al aire libre, Madrid era todo joyas y arte para mí: los efluvios inspiradores, las encantadoras perspectivas, los rostros atractivos, los colores invernales del parque de un verde escarcha con los trazos verticales de los árboles en



hibernación, y los vapores exhalados de la boca de las personas y el hocico de los animales a lo largo de las calles. El hijito de Renata y yo paseábamos cogidos de la mano. Era un muchachito guapo de notable compostura. Cuando caminábamos juntos por el Retiro y el césped de los prados era de un verde frío oscuro como el agua del Atlántico, este pequeño Roger podía casi convencerme de que hasta cierto punto el alma era el artista de su propio cuerpo, y me parecía sentirlo laborando dentro de sí mismo. De vez en cuando, uno tiene la sensación de estar con una persona que fue concebida por algún medio maravilloso, antes de ser concebida físicamente. En la primera infancia, este trabajo invisible del espíritu engendrador todavía puede continuar. Muy pronto la fuerza maestra estructuradora de Roger se detendría, y esta extraordinaria criatura comenzaría a comportarse del modo más ordinario o más necio o pernicioso, como su madre y abuela. Humboldt hablaba continuamente sobre algo que él calificaba de «mundo hogar», propio de Wordsworth, platónico, antes de que cayeran las sombras de la casa prisión. Esto es muy posible cuando se establece el aburrimiento, el punto de Adviento. Humboldt se había convertido en un hombre aburrido con su ropaje de persona superior y su estilo de cultura elevada, con todas sus abstracciones conformistas. Muchos cientos de miles de personas utilizaban actualmente estos ropajes de miseria superior. Una raza terrible, las liendres educadas, aburrimiento mental del mayor calibre. El mundo nunca había visto cosa semejante. ¡Pobre Humboldt! ¡Qué error! Bueno, quizá podría intentarlo de nuevo. ¿Cuándo? Oh, en unos pocos centenares de años su espíritu podría regresar. Entretanto, lo recordaría como un hombre encantador y generoso, un corazón de oro. De vez en cuando repasaba los manuscritos que me había dejado. ¡Humboldt confiaba tanto en su alto valor! Suspiré escépticamente y me entristecí al colocarlos de nuevo en su cartera de mano.

De vez en cuando se renovaban mis contactos con el mundo y me llegaban noticias de varias partes del globo. La carta de Renata era lo que yo más deseaba. Ansiaba escuchar que sentía lo ocurrido, que se aburría con Flonzaley y se horrorizaba por lo que había hecho, que el hombre tenía unas perversas costumbres de enterrador, y yo ensayaba el magnánimo momento en que aceptaría su regreso. Cuando me sentía menos gentil, concedía a esa zorra un mes con su embalsamador millonario. Cuando estaba furiosamente deprimido pensaba que, después de todo, la frigidez y el dinero, como todo el mundo sabe desde tiempos inmemoriales, forman una combinación muy estable. Añadamos la muerte, el mayor estabilizador del mundo, y se conseguía algo notablemente duradero. Suponía que ahora ya habrían abandonado Marrakech y estarían en viaje de luna de miel por el océano Índico. Renata siempre había dicho que deseaba invernar en las islas Seychelles, y yo había estado secretamente convencido de que podría curar a Renata de lo que la aquejaba. Entonces, dirigiendo el recuerdo en contra mía, me acordé de que Humboldt siempre había deseado hacer un bien a las chicas, pero que ellas no se quedaban quietas esperando ese bien, y lo que había dicho sobre la amiga de Demmie, Ginnie, en el Village: «Miel salida de la nevera... Los dulces fríos no se pueden esparcir». No, Renata no me escribía. Estaba concentrada en su nueva relación y no tenía por qué preocuparse por Roger mientras yo lo cuidara. Recogí algunas postales en el Ritz dirigidas al muchacho. Mi suposición era cierta: no se habían detenido mucho tiempo en Marruecos. Sus postales llevaban ahora el matasellos de Etiopía y Tanzania. El chico recibió también algunas postales de su padre, que se hallaba esquiendo en Aspen y Vail. Koffritz sabía dónde estaba su hijo.

Kathleen me escribió desde Belgrado para decirme que la había alegrado mucho recibir noticias mías. Todo iba extremadamente bien. Encontrarme en Nueva York había sido maravillosamente inolvidable. Tenía grandes deseos de verme de nuevo para charlar y confiaba pasar pronto por Madrid, camino de Almería, para trabajar en una película. Esperaba tener buenas noticias para mí. Con la carta no incluía ningún cheque. Evidentemente, ella no sospechaba cuánto necesitaba yo el dinero. Había vivido en la prosperidad durante tantos años que a nadie se le ocurriría semejante pensamiento. Hacia mediados de febrero llegó una carta de George Swiebel, y George, que conocía bastante bien mis necesidades económicas, tampoco mencionaba el dinero. Era comprensible, pues su carta llegó de Nairobi, de modo que no había recibido mis peticiones de ayuda ni mis preguntas sobre la venta de las alfombras orientales. Había estado en Kenia durante un mes buscando una mina de berilio entre la maleza. ¿O se trataba de un filón? Prefería pensar en una mina. Si George encontrara esa mina, yo, como socio total, estaría ya libre para siempre de mis ansiedades monetarias. A menos, naturalmente, que el tribunal encontrase un medio de quitarme también aquello. Por alguna razón desconocida, el juez Urbanovich había decidido convertirse en mi enemigo mortal. Estaba decidido a dejarme totalmente desnudo. No sabría explicar por qué motivo, pero era así.

George me escribía como sigue:

«Nuestro amigo del Field Museum no ha podido hacer este viaje conmigo. Simplemente, Ben no consiguió arreglárselas para dejar su casa. Me invitó a comer el domingo para que viera por mí mismo que su vida era un infierno. A mí no me pareció tan terrible. Su esposa es gorda, pero de buen carácter, y tiene un chico muy simpático y una suegra que me parece muy normal. También tienen un bulldog inglés y un loro. Ben dice que su suegra vive únicamente de almendras y cacao. Quizá come durante la noche, pues él nunca la ha visto tomar un bocado en quince años. Bueno —pensé— pues no sé por qué se lamenta tanto. Su hijo de doce años es un aficionado a la guerra civil, y él y papaíto y el loro y el bulldog forman una especie de club. Además, Ben disfruta con su trabajo, cuidando fósiles, y cada verano él y el chico salen a acampar y traen a casa algunas rocas más. Así que ¿de qué se queja? Por nuestra vieja amistad, lo dejé participar en nuestro trato, pero él no era precisamente la persona que yo elegiría como compañero para un viaje al África oriental.

»Hablando sinceramente, tampoco deseaba hacer ese largo viaje completamente solo. Naomi Lutz me invitó a cenar por aquellas fechas para que conociera a su hijo, el que escribió unos artículos para el periódico *Southtown* explicando cómo se libró del vicio de la droga. Los leí, y me interesé realmente por ese muchacho. Naomi me sugirió que lo llevara conmigo, y creí que sería una buena compañía».

Interrumpo aquí para subrayar que George Swiebel se cree especialmente dotado para tratar a la juventud. A él nunca lo han visto como un viejo excéntrico. Estaba orgulloso de su facilidad para comprender a los demás, y tenía muchas relaciones privilegiadas y especiales. Lo aceptaban tanto los jóvenes como los negros, los gitanos y los albañiles, los árabes del desierto y los hombres de las tribus de cualquier remoto país que pudiera visitar. Con los exóticos, tenía un éxito inmediato: establecía un contacto humano instantáneo y era invitado a sus tiendas, sus bodegas y sus círculos particulares más íntimos. Lo mismo que Walt Whitman hacía con los carreteros, los pescadores de almejas y los matones y Hemingway con la infantería italiana y los toreros españoles, así procedía George, en el sudeste del Asia o en el Sahara o en América Latina o adondequiera que fuese. Viajaba a esos lugares tan a menudo como podía, y los nativos siempre eran sus hermanos y se volvían locos por él.

Su carta continuaba: «Lo que Naomi realmente deseaba era que el chico estuviera contigo. ¿Recuerdas que debíamos encontrarnos en Roma? Pero cuando ya estaba listo para partir, Szathmar no tenía todavía ninguna noticia tuya. Mi contacto en Nairobi me estaba esperando y cuando Naomi me suplicó que me llevara a su hijo, Louie (el chico necesitaba influencias masculinas adultas, y el amigo de ella, con el que bebe cerveza y va a los partidos de hockey, no es una gran ayuda y, de hecho, forma parte del problema del chico), yo accedí. Pensé que, de todos modos, me gustaría aprender algo sobre el ambiente de la droga y que el muchacho debía de tener carácter, evidentemente, puesto que había conseguido sacarse el muerto de

encima —como solíamos decir nosotros— sin ayuda exterior. Naomi sirvió una buena cena, con abundancia de comida y bebida, lo cual me puso de buenas, así que dije a ese Louie con barba: “De acuerdo, chico, nos encontraremos en el O’Hare, vuelo número tantos, el jueves a las cinco y media”. Le dije a Naomi que de regreso lo dejaría contigo. Es una buena mujer. Creo que deberías haberte casado con ella hace treinta años. Es parte de nuestra gente. Me abrazó agradecida y lloró mucho. Así que el jueves siguiente, a la hora del vuelo, ese jovenzuelo flaco y barbudo estaba merodeando cerca de la puerta de entrada en zapatillas y mangas de camisa. Y le digo: “¿Dónde está tu abrigo?”. Y me responde: “¿Para qué quiero un abrigo en África?”. Y “¿Dónde está tu equipaje?”, añadí. Me dijo que le gustaba viajar ligero. Naomi compró su billete, pero nada más. Lo equipé con mi propia maleta. En Londres necesitaba un anorak. Lo llevé a una sauna para calentarlo y lo obsequié con una cena judía en el East End. Hasta aquí, el muchacho había sido un buen compañero y me contó muchas cosas sobre el ambiente de la droga. Condenadamente interesante. Fuimos a Roma, de Roma a Jartum y de Jartum a Nairobi, donde debía encontrarme con mi amigo Ezekiel. Pero Ezekiel no apareció. Estaba en la selva, recogiendo berilio. Fue su primo quien vino a recibirnos en su nombre. Theo, un maravilloso negro alto con la complexión de un lebrél, y negro, negro, un negro intenso y reluciente. Louie dijo: “Este Theo me cae bien. Voy a aprender suahili y entenderme con él”. Muy bien, estupendo. Al día siguiente alquilamos un Volks Minibus en la agencia turística de esa dama alemana con quien Ezekiel había trabajado. Ella organizó el viaje que yo había hecho con Ezekiel hacía cuatro años. Compré entonces ropa adecuada para la selva y hasta un par de botas de cuero para Louie, y gorras de ferroviario, y anteojos de sol y montones de otras cosas, y salimos en dirección a la selva. Ignoraba adonde nos dirigíamos, pero muy pronto establecimos una buena relación con Theo. A decir verdad, me sentía contento. Ya sabes que siempre he tenido el presentimiento de que África fue el lugar donde la especie humana tuvo su origen. Esta fue la impresión que tuve cuando visité la garganta Olduvai y encontré al profesor Leakey durante mi último viaje. Él me convenció plenamente de que este era el lugar del principio del hombre. Yo sabía por intuición propia, por un sentido como de regreso al hogar, que África era mi lugar. Y aunque no lo fuera, sin duda era mejor que el sur de Chicago, y yo prefería encontrarme con leones que tener que usar los transportes públicos. El último fin de semana que estuve en Chicago se denunciaron veinticinco asesinatos. Me horroriza pensar cuál será la cifra real. La última vez que viajé en el tren elevado de Jackson Park, dos rateros estaban cortando con hojas de afeitar los bolsillos del pantalón de un sujeto que fingía dormir. Yo era una más, entre otras veinte personas, que estaba viendo aquello. Y no pude hacer nada.

»Antes de salir de Nairobi visitamos una reserva y vimos a una leona cazando jabalíes. Era realmente magnífico. Seguimos, y pronto nos encontramos rodando sobre el polvo rojo de caminos secundarios, bajo la sombra de unos grandes árboles

maravillosos, con las raíces al aire, y toda aquella gente negra parecía sonámbula a causa de sus vestimentas parecidas a camisas de dormir o pijamas. Entramos en un pueblo en el que un buen número de nativas trabajaban al aire libre con viejas máquinas de coser Singer a pedal. Y de nuevo adelante, entre las termiteras gigantes, semejantes a pezones distribuidos por todo el panorama. Ya sabes cómo me gustan esas situaciones sociables y afectuosas, y estaba disfrutando como nunca con ese maravilloso hombre negro, Theo. No pasó mucho tiempo sin que nos hiciéramos muy amigos. El problema era Louie. En la ciudad se lo podía soportar, pero tan pronto como entramos en la selva se convirtió en otra persona. No sé lo que pasa con estos muchachos. ¿Son débiles, están enfermos, o qué? La generación de los sesenta, que ahora tiene veintitantos años, ya son inválidos y casos perdidos. Si fuera por él, se quedaría tumbado todo el día, como aturdido. Cuando llegábamos, exhaustos, a algún pueblo en el minibús, el tío, que había estado quejándose y gruñendo durante dos horas, empezaba a reclamar su leche. Sí, su leche. Leche norteamericana, embotellada y homogeneizada. Nunca ha estado sin ella y su falta lo pone frenético. Le fue más fácil librarse del hábito de la heroína que del de la leche. Parecía algo inocente, y hasta gracioso: ¿por qué un muchacho del condado de Cook, Illinois, no podía disponer de su condenada leche? Pero te aseguro, Charlie, que la cosa se puso desesperada dos días después de Nairobi. Theo le enseñó la palabra suahili para indicar leche, y cuando llegábamos a cualquier grupo de cabañas, por pequeño que fuese, él sacaba la cabeza por la ventanilla y comenzaba a gritar pidiéndola, “*Mizuah! Mizuah! Mizuah!*”, mientras avanzábamos a sacudidas entre las roderas. Se diría que estaba pasando agonías por su vicio. ¿Y qué sabían los nativos de este condenado *mizuah* de Louie? Ellos guardaban unos pocos botes para el té de los británicos y no entendían lo que les decía; algunas veces ni tan siquiera habían visto nunca un vaso de leche. Hacían lo que podían con un chorro de leche evaporada, mientras yo —he de confesarlo— me sentía humillado. Esto no era manera de viajar por estas tierras agrestes. Al cabo de algunos días, se acabó cualquier relación con ese tipo huesudo, con su barba, su pelo, su nariz ganchuda y sus ojos totalmente irrazonables. Entonces comencé a sentirme mal de salud. Notaba una punzada a un lado del vientre y no podía sentarme cómodamente, ni tumbarme tampoco. Toda mi parte central estaba inflamada, sensible... ¡horrible! Intentaba confundirme con los alrededores naturales y la vida primitiva, los animales, etcétera. Esto hubiera sido una bendición para mí. Bendición que casi percibía frente a mí, como unas ondas calurosas en el camino, y que no podía alcanzar. Yo mismo me había fastidiado y apartado de ello tratando de ser un benefactor. Y la cosa iba de mal en peor. Ezekiel había dejado mensajes a lo largo del camino, y Theo dijo que lo alcanzaríamos en unos pocos días. Todavía no había visto ningún berilio. Se suponía que Ezekiel estaba dando una vuelta por todas las localizaciones del berilio. No podíamos llegar hasta ellas en el minibús. Era necesario un Land Rover o un jeep. Ezekiel disponía de un jeep. De modo que así seguimos, y de vez en cuando nos tropezábamos con un hotel

de turistas donde Louie reclamaba *mizuah* y se apoderaba de la mejor comida. Si había bocadillos, él se quedaba con los de carne y a mí me dejaba los de queso y carne de cerdo en conserva. Si no había mucha agua caliente, él se bañaba primero y dejaba la suciedad para mí. La visión de su huesudo trasero mientras se secaba me inspiraba una ardiente pasión o de azotarlo con una fusta o de darle un tremendo puntapié.

»El colmo sucedió cuando Louie pidió a Theo que le enseñara palabras suahili, y lo primero que pidió fue, naturalmente, “hijo de puta”. Charlie, no existe cosa semejante en suahili. Pero Louie no quiso aceptar que en el mismo corazón de África no existiera esa expresión. Me dijo: “Hombre, después de todo, esto es África. Este Theo debe de estar bromeando. ¿Es que se trata de un secreto que esconden del hombre blanco?”. Juró que no volvería a Estados Unidos sin poder decirlo. La verdad es que Theo no podía ni comprender el concepto. Comprendía la palabra “hijo”. Pero no el otro vocablo. Durante algunos días, Louie trató de arrancarle la frasecita. Una noche, Theo comprendió finalmente. Cuando la idea se hizo clara, saltó, agarró el mango del gato del minibús y lo lanzó a la cabeza de Louie. Le dio un golpe tan fuerte en el hombro que lo dejó tullido. Todo esto me produjo cierta satisfacción, pero tuve que interrumpirlo. Empujé a Theo al suelo, le sujeté el brazo con mis rodillas y traté de razonar con él. Le dije que era un malentendido. Sin embargo, Theo estaba muy alterado y no volvió a hablar con Louie cuando comprendió esa blasfemia. En cuanto a Louie, se lamentó y quejó de su hombro de tal modo que no pude continuar siguiendo a Ezekiel. Decidí que volviéramos a la ciudad y lo esperaríamos allí. La verdad es que habíamos estado viajando en un círculo enorme y solamente estábamos a ochenta o noventa kilómetros de Nairobi. No me parecía que hubiera ninguna mina de berilio. Saqué la conclusión de que Ezekiel habría estado coleccionando, o quizá robando, berilio aquí y allá. En Nairobi hicimos una radiografía al jovenzuelo Louie. No tenía nada roto, pero el médico le colocó el brazo en cabestrillo. Antes de llevarlo al aeropuerto, nos sentamos en un café al aire libre y él se bebió algunas botellas de leche. Louie ya tenía bastante de África. El lugar se había convertido en falso con la influencia de la civilización y negaba su herencia. Me dijo: “Estoy conmocionado. Me voy directamente a casa”. Me quedé con el equipo que le había comprado para utilizar en la selva y se lo di a Theo. Entonces Louie dijo que tenía que llevarse algún recuerdo de África para Naomi. Fuimos a las tiendas para turistas y compró una horrible lanza mortal de los masai para su madre. Debía llegar a Chicago a las tres de la madrugada, y yo sabía que no disponía de dinero alguno.

»—¿Cómo vas a ir a tu casa desde el aeropuerto? —le pregunté. Y me respondió:

»—Bueno, naturalmente llamaré a mi madre.

»—No despiertes a tu madre. Toma un taxi. Con esa maldita lanza, no puedes hacer autoestop en la carretera de Mannheim.

»Le di un billete de veinte dólares y lo llevé al aeropuerto. Feliz por primera vez en un mes, lo vi subir en mangas de camisa, el brazo en cabestrillo, por las

escalerillas del avión, llevándose dentro la lanza masai para su madre. Entonces, a la velocidad de mil quinientos kilómetros por hora en tierra, despegó en dirección a Chicago.

»En cuanto al berilio, Ezekiel apareció con un barril lleno. Fuimos a ver a un abogado inglés, cuyo nombre me había dado Alee Szathmar, e intentamos concertar un trato. Ezekiel necesitaba unos cinco mil dólares para el equipo, un Land Rover, un camión, etcétera. “Muy bien —dije yo—. Somos socios y dejaré este cheque en depósito a cobrar tan pronto como tú entregues el título de la mina”. Pero no hubo título, ni prueba alguna que justificara la procedencia legal de esas piedras semipreciosas. Ahora me dirijo a la costa para visitar las viejas ciudades de la esclavitud e intentar recuperar algo de este doble desastre con el chico de Naomi y nuestro desafortunado trato con el berilio. Siento mucho tener que reconocer que existía algún tipo de estafa africana. No creo que Ezekiel y Theo estén envueltos. Szathmar me envió tu dirección, por medio de su colega en Nairobi. Nairobi está más elegante que nunca. El centro de la ciudad se parece más a Escandinavia que al África oriental. Voy a tomar el tren nocturno para Mombasa. Volveré a casa vía Addis Abeba, y hasta quizá por Madrid. Tuyo afectísimo».

Mientras estaba absorto separando la espina de una rodaja de *merluza* para Roger, Pilar entró en el comedor y, mientras se inclinaba hacia mí con el busto cubierto por el delantal, susurró que un caballero americano preguntaba por mí. Me sentí eufórico. Excitado, cuando menos. Nadie había preguntado antes por mí, nadie en diez semanas. ¿Sería Georgie? ¿O Koffritz que venía a recoger a Roger? Pilar, con su bonito delantal, su bondadoso rostro pálido y los grandes ojos pardos, inclinándose hacia mí con fragancia de polvos, se comportaba muy discretamente. ¿No se habría tragado la historia de mi viudez? ¿Sabía, no obstante, que yo sentía un profundo y legítimo dolor y tenía buenas razones para vestir de luto?

—¿Quiere que pida al señor que pase al *comedor* para tomar café? —dijo Pilar, y echó una rápida ojeada al chico.

Respondí que hablaría con mi visitante en el salón si ella se sentaba con el huérfano en mi lugar y le hacía comerse el pescado.

Me dirigí entonces al salón, una habitación que se usaba raramente, atiborrada de viejos objetos polvorientos y aterciopelados. Siempre estaba oscuro, como en una capilla, y nunca había visto que el sol penetrara allí. La luz entraba ahora a raudales, revelando muchas pinturas religiosas y objetos curiosos en las paredes. En el suelo había algunas ajadas alfombras, dispersas, engañosas. En conjunto, producía el efecto de un período que se desvanecía al mismo tiempo que las emociones que uno había sentido por ese período y los individuos que las habían sentido. Mi visitante estaba junto a la ventana, consciente de que el rayo de sol polvoriento me daba directamente en los ojos y que yo no podía distinguir su rostro. El polvo revoloteaba por todas partes. Me sentía tan sumergido en esas motas como un pez de acuario en las burbujas. Mi visitante estaba descorriendo todavía las cortinas para permitir que entrara más sol, y removió el polvo de un siglo entero.

—¿Tú? —le dije.

—Sí —respondió Rinaldo Cantabile—. Soy yo. Pensabas que estaba en la cárcel, ¿eh?

—Lo pensé, y lo deseé. Y lo esperé. ¿Cómo me has seguido hasta aquí, y qué quieres?

—Estás enfadado conmigo. De acuerdo, admito que fue una mala jugada. Pero ahora estoy aquí para compensarte.

—¿Qué propósito traes al venir aquí? Lo mejor que puedes hacer por mí es irte. Esto es lo que preferiría.

—Honradamente, he venido para beneficiarte. ¿Sabes? —me dijo—, cuando yo era un muchachito, mi abuela de la calle Taylor tenía una salita de estar como esta, con toneladas de flores. Vaya, nunca creí que viese otra habitación con tantos trastos antiguos. Pero hay que dejarlo en manos de Charlie Citrine. Fíjate en esos palmones del domingo de Ramos de hace cincuenta años. La escalera huele mal, y tú eres un tipo maniático. Pero te debe de convenir estar aquí. Pareces bien; mejor, realmente. No tienes esos círculos morados que tenías bajo los ojos en Chicago. ¿Sabes lo que



pienso? Que esos partidos de racquetball requerían demasiado esfuerzo para ti. ¿Estás aquí solo?

—No, tengo conmigo al chico de Renata.

—¿El chiquillo? ¿Y dónde está ella? —No respondí—. Ya veo que te mandó a paseo. Estás arruinado, y ella no es el tipo de mujer que se conforme con una pensión hortera como esta. Se juntó con otro y te dejó de niñera. Tú eres eso que los ingleses llaman la *nanny*. ¡Vaya juerga! ¿Y por qué llevas ese brazal negro?

—Aquí soy viudo.

—Eres un impostor —dijo Cantabile—. Pero me gusta.

—No acerté a idear otra cosa.

—No te descubriré. Creo que es fantástico. No entiendo cómo consigues meterte en estas situaciones. Eres una persona superinteligente, amigo de poetas, y tú mismo una especie de poeta. Pero hacerte pasar por viudo en un antro como este es una broma de un par de días cuando más, y creo que has estado aquí dos meses; eso es lo que no comprendo. Eres un tío salado. Cuando tú y yo anduvimos de puntillas por aquel andamio del rascacielos, con un fuerte viento y a sesenta pisos de altura, qué, ¿no te pareció que era formidable? Sinceramente, no creí que tuvieras agallas.

—Estaba intimidado.

—Entraste en el espíritu de la cosa. Pero quiero decirte algo un poco más serio... Tú y ese poeta Fleisher, realmente formabais un equipo de categoría.

—¿Cuándo saliste de la cárcel?

—¿Estás bromeando? ¿Y cuándo estuve yo en la cárcel? No conoces en absoluto tu ciudad. Cualquier muchachita polaca sabe más que tú el día de su confirmación, a pesar de todos tus libros y premios.

—Tuviste un abogado listo.

—El castigo ya no se usa. Los tribunales no creen en él. Los jueces comprenden que ninguna persona realista y cuerda anda por Chicago sin protección.

En fin, que ahí estaba aquel sujeto. Había llegado como una especie de torrente, como si la propulsión a chorro de su avión lo hubiera alcanzado también a él. Estaba exaltado, efusivo, radiante, y transmitía esa sensación habitual de lo ilimitado, de peligro inminente; de lo azaroso diría yo.

—Acabo de llegar en avión desde París —dijo, pálido, cabello oscuro, feliz. Sus ojos, de mirada peligrosa, brillaban bajo las cejas en forma de empuñadura de daga; su nariz era ancha por la parte inferior, y blanca—. Tú entiendes de corbatas. ¿Qué te parece esta que compré en la rué de Rivoli?

Vestía con una elegancia vistosa una especie de tejido doble con rayas diagonales y zapatos negros de lagarto. Estaba riendo, y los nervios latían en sus mejillas y sienes. Cantabile únicamente tenía dos modos de ser: este o el amenazador.

—¿Cómo me localizaste, por medio de Szathmar?

—Si Szathmar pudiera meterte en un carretón, te vendería a rodajas en la calle Maxwell.

—Szathmar es un buen muchacho a su manera. De vez en cuando hablo de él con dureza, pero realmente lo aprecio mucho, ¿sabes? Tú inventaste toda esa historia sobre la chica cleptómana.

—Sí, pero ¿y qué? Podría haber sido verdad. No, no fue él quien me dio tu dirección. Lucy la obtuvo de la viuda de Humboldt. La llamó a Belgrado por teléfono para aclarar algunos hechos. Ya casi ha terminado su tesis.

—Es una mujer tenaz.

—Deberías leer su tesis.

—Nunca —le respondí.

—¿Por qué no? —replicó ofendido—. Es una mujer lista. Hasta podrías aprender algo de ella.

—Puede ser. —Lo que ocurre es que ya no quieres saber nada más de tu amigo, ¿verdad?

—Sí, algo parecido.

—Vaya, ¿porque lo estropeó todo, porque metió la pata? Ese tipo estupendo, con tanto talento, se hundió, se convirtió en un maldito fracaso, loco y destruido, así que no quieres hablar más de él.

No pude responderle. No veía razón alguna para discutir tal cosa con Cantabile.

—¿Qué dirías si te contara que tu amigo Humboldt consiguió un éxito desde la tumba? Hablé con esa mujer, Kathleen, personalmente. Había ciertos puntos que debía discutir con ella y pensé que ella tendría las respuestas. A propósito, esa mujer te quiere mucho. Ahí sí que tienes un amigo auténtico.

—¿De qué estás hablando sobre un éxito desde la tumba? ¿De qué tenías que hablar con ella?

—Cierta guión de cine. Aquel que tú nos contaste a Polly y a mí antes de Navidad, en tu apartamento.

—¿El del Polo Norte? ¿Con Amundsen, Nobile y Caldofredo?

—Caldofredo, ese es. ¿Tú escribiste eso? ¿O fue Humboldt? ¿O ambos?

—Lo escribimos juntos. Como un juego. Una vena de humor que teníamos entonces. Algo infantil.

—Oye, Charlie, hemos de llegar a un acuerdo preliminar, hemos de ponernos de acuerdo. Yo ya me he hecho responsable, he invertido dinero y esfuerzo, he tomado ciertas medidas. Me corresponde, como mínimo, el diez por ciento.

—Voy a preguntarte de qué demonios estás hablando. Pero antes háblame de Stronson. ¿Qué le ha sucedido?

—No te preocupes por Stronson. Olvídate. —Cantabile lanzó un grito—. ¡Que se joda Stronson! —Todo el mundo en la pensión debió de oírlo. Después del aullido su cabeza se agitó como si vibrara por efecto del grito. Se recuperó, no obstante, dio un tironcito a los puños de su camisa dentro de las mangas de la americana, y me dijo, en un tono muy diferente—: Oh, Stronson. Pues se armó un buen jaleo en su oficina con la gente que había estafado. Pero él, naturalmente, no estaba allí. Su gran

preocupación ya sabrás cuál es. Había perdido mucho dinero de la mafia. Ellos eran sus amos. Stronson debía hacer todo lo que le decían. Así que, hace un mes aproximadamente, se cobraron la deuda. ¿Has leído algo sobre el robo de Fraxo en Chicago? ¿No? Bueno, fue un golpe sensacional. ¿Y quién dirías tú que después voló a Costa Rica con una bolsa, una gran bolsa de viaje llena de dólares para guardar secretamente?

—¿Cogieron a Stronson?

—La policía de Costa Rica lo metió en la cárcel. Y allí sigue todavía. Charlie, ¿podrías probar que tú y Von Humboldt Fleisher escribisteis ese argumento de Caldofreddo? Eso es lo que le pregunté a Kathleen. ¿Tienes alguna prueba?

—Creo que sí.

—Pero ahora quieres saber el motivo. El porqué es algo raro, Charlie, y te costará creerlo. Sin embargo, tú y yo hemos de llegar a un acuerdo antes de que te explique cómo va la cosa. Es complicado. Yo he participado en esto. He trazado un plan. Tengo gente que me ayuda. Y lo he hecho principalmente por amistad. Ahora, fíjate en esto. He preparado un documento y quiero que lo firmes. —Dejó un documento frente a mí—. Tómame el tiempo que necesites —añadió.

—Esto es un contrato normal. No soporto la lectura de estas cosas. ¿Qué es lo que quieres, Cantabile? Jamás en toda mi vida he leído un contrato de cabo a rabo.

—Pero los has firmado, ¿no es verdad? A centenares, me apuesto algo. Bueno, pues firma este también.

—¡Oh, Dios mío! Cantabile, ya estás de nuevo acosándome. Yo estaba comenzando a sentirme tan tranquilo en Madrid... Más sosegado, más fuerte. Y de pronto, aquí estás tú.

—Charlie, cuando te pones quisquilloso, eres desesperante. Intenta controlarte. Estoy aquí para hacerte un gran favor, ¡vaya, por Dios! ¿Es que no confías en mí?

—En cierta ocasión, Von Humboldt Fleisher me hizo la misma pregunta y yo respondí: «¿Confiaría yo en la corriente del Golfo o en el polo sur magnético o en la órbita de la luna?».

—Charles —para calmarme se dirigió a mí formalmente—, ¿por qué te excitas tanto? Para empezar, esto es un trato único. A mí me proporciona la comisión normal de un agente: diez por ciento del bruto tuyo hasta cincuenta mil dólares, quince por ciento de los veinticinco mil siguientes y veinte por ciento del resto hasta un máximo de ciento cincuenta mil dólares. De modo que no puedo llevarme más de veinte mil en este asunto. Lo mires como lo mires. ¿Crees que es una fortuna colosal? Y lo estoy haciendo más por ti, y por divertirme un poco, pedazo de estúpido. ¡Y mucho que tú vas a perder! Haciendo aquí de niñera en una pensión española.

Estas últimas semanas había estado alejado del mundo, contemplándolo desde una considerable altitud, con mirada extraña. Este Cantabile de nariz blanca, extremadamente nervioso, exagerado, asolador, me había traído completamente de vuelta.

—Por un momento, casi me alegré de verte, Rinaldo —le dije—. Siempre me ha gustado la gente que parece saber lo que quiere y se comporta audazmente. Pero ahora me complace decirte que no pienso firmar ningún papel.

—¿Ni tan siquiera piensas leerlo?

—Definitivamente, no.

—Si yo fuese realmente un tipo malo, me iría y dejaría que perdieras una fortuna, necio. Bueno, hagamos un acuerdo verbal. Yo aportaré hasta cien mil dólares. Me encargo de todo el asunto, y tú me prometes el diez por ciento.

—Pero ¿de qué?

—Supongo que nunca lees *Time* o *Newsweek*, a menos que estés en el consultorio del dentista. Se está exhibiendo una película sensacional, el mayor éxito del año. En la Tercera Avenida, la cola de la taquilla llega a unas tres manzanas y lo mismo sucede en París y en Londres. ¿Sabes el nombre de ese éxito? Se llama *Caldofreddo* y está basado en un guión que tú y Humboldt escribisteis. Recaudarán millones.

—¿Y es el mismo? ¿Estás seguro?

—Polly y yo fuimos a verla en Nueva York y ambos nos acordábamos bien de lo que nos contaste en Chicago. No es necesario que me creas. Tú mismo puedes comprobarlo.

—¿Se está exhibiendo en Madrid?

—No, tendrás que venir conmigo a París.

—Bueno, *Caldofreddo* es el nombre que dimos a nuestro protagonista, no hay duda. ¿Es uno de los supervivientes en el accidente del dirigible de Umberto Nobile en el Ártico?

—¡Come carne humana! ¡Los rusos lo denuncian como caníbal! ¡Vuelve a su pueblo siciliano! ¡Vendedor de helados! Todos los chicos del pueblo lo quieren.

—¿Estás diciendo que alguien sacó algo de todo ese fárrago?

—¡Son unos sinvergüenzas, estafadores sinvergüenzas! —gritó Cantabile—. ¡Esos hijos de puta te han robado totalmente! Han hecho una película con tu idea. ¿Cómo pudieron conseguirla?

—Bueno —le dije—, todo lo que sé es que Humboldt dio el esquema a un hombre llamado Otto Klinsky, del edificio de la RCA. Tenía la idea de que el manuscrito podría llegar hasta el barbero de sir Laurence Olivier a través de un pariente de una mujer de la limpieza que era la madre de un amigo de la señora Klinsky. ¿Llegó realmente hasta Olivier? ¿Interpreta ese actor el papel?

—No, es otro actor inglés, del tipo de Charles Laughton o Ustinov. Charlie, es una película formidable. Ahora, Charlie, si podemos probar tu derecho de autor, tenemos a esos tipos cogidos. Ya se lo dije, ¿sabes?, que estoy dispuesto a machacarlos. Y en buena posición para agarrarlos de las bolas y meterlas en la licuadora.

—Cuando se trata de amenazar, realmente no hay quien te iguale —le dije.

—Bueno, tenía que meterles un poco de miedo si no quería perder el tiempo en

un juzgado. Es cuestión de un arreglo rápido. ¿Qué clase de prueba tienes?

—Lo que hizo Humboldt —le conté— fue mandarse a sí mismo una copia del guión por correo certificado. Y no se ha abierto ese envío.

—¿Lo tienes?

—Sí, lo encontré entre los papeles que me dejó con una nota que lo explica.

—¿Por qué no registró el *copyright* de la idea?

—En estos casos no hay otro modo de proceder. Pero el método es perfectamente legal. Humboldt tenía que saberlo. Siempre dispuso de más abogados que la Casa Blanca.

—Esos mal nacidos del cine no se hubieran molestado ni en mirarme. Ahora ya veremos. Nuestro paso siguiente es este —dijo—. Volaremos a París...

—¿Volaremos?

—Yo adelanto el dinero de los gastos.

—Pero no quiero ir. En este momento, ni debería estar aquí. Después del almuerzo generalmente permanezco sentado en mi habitación.

—¿Y para qué? ¿Te sientas simplemente?

—Me siento y me recojo dentro de mí mismo.

—¡Vaya, qué cosa tan egoísta! —comentó.

—Al contrario, intento percibir y oír el mundo externo sin la presencia de parásitos dentro de mí, como un recipiente vacío y completamente silencioso.

—¿Y qué vas a ganar con eso?

—Bueno, de acuerdo con mi manual, si uno permanece sentado con suficiente quietud, todas las cosas del mundo externo, cada flor, cada animal, cada acción, acabará por revelar insospechados secretos... Cito literalmente.

Clavó en mí sus ojos de mirada peligrosa bajo las cejas de daga. Y dijo:

—¡Maldita sea!, no irás a convertirte en uno de esos tipos raros trascendentales, ¿no? ¿No te divertirá, verdad, estar ahí quieto sentado?

—Gozo enormemente.

—Ven a París conmigo.

—Rinaldo, no tengo ningún deseo de ir a París.

—Te fastidias cuando no debes y eres pasivo cuando no debes. Todo lo enfocas mal. Ven a París conmigo y vayamos a ver esa película. Únicamente nos tomará uno o dos días. Puedes alojarte en el George V o el Meurice. Dará fuerza a nuestro caso. Contraté dos buenos abogados, uno francés y otro norteamericano. Tendremos que abrir ese sobre certificado ante testigos bajo juramento. Quizá convendrá hacerlo en la embajada de Estados Unidos y tener como testigos a los agregados militar y comercial. Así que, vamos, haz tu maleta, Charlie. Dentro de dos horas tenemos un avión.

—No, creo que no iré. Es verdad que ya no me queda dinero, pero he estado viviendo mejor sin dinero que cuando lo tenía. Y no quiero dejar al chico.

—No te portes como un abuelo con ese chico.

—De todos modos, París no me gusta.

—¿No te gusta París? ¿Y qué tienes contra París?

—Prejuicios. Para mí, París es una ciudad fantasma.

—Estás loco. Deberías ver las colas en los Campos Elíseos, esperando para poder entrar a ver *Caldofreddo*. Y esto es cosa tuya. Debería darte un sentimiento de poder secreto, un gran placer. Sé que estás ofendido porque los franceses te convirtieron en un caballero falso y tú lo has tomado como un insulto. O a lo mejor les tienes odio a causa de Israel. O por lo que hicieron en la última guerra.

—No digas tonterías.

—Cuando trato de adivinar lo que estás pensando, he de intentarlo con tonterías. De otro modo tardaría un millón de años en imaginar por qué París es una ciudad fantasma para ti. ¿Se retirarían los viejos políticos de Chicago a una ciudad fantasma para gastar el dinero producto de sus rapiñas? Vamos, Charlie, esta noche comeremos pato en la Tour d'Argent.

—No, ese tipo de comida me pone malo.

—Bueno, pues en ese caso dame el material para que me lo lleve conmigo..., ese sobre que Humboldt se envió a sí mismo.

—No, Cantabile, tampoco voy a hacer eso.

—¿Y por qué demonios no quieres?

—Porque tú no eres de fiar. Aunque yo tengo otra copia. Puedes llevarte esa. Y estoy dispuesto a escribir una carta. Una carta legalizada por el notario.

—Con eso no bastará.

—Si tus amigos quieren ver el original, pueden venir a verme a Madrid.

—Me sacas de quicio —dijo Cantabile—. Estoy a punto de reventar. —Furioso, me miró con rabia. Hizo después otro esfuerzo para ser razonable—. Humboldt tiene todavía a alguien de la familia, ¿no es verdad? Se lo pregunté a Kathleen. Hay un anciano tío en Coney Island.

Me había olvidado de Waldemar Wald. Pobre viejo, viviendo también en medio de los olores de la cocina, en un cuarto trasero. Ciertamente necesitaba que lo rescatasen de ese asilo de ancianos.

—Tienes razón, queda un tío —le dije.

—¿Y qué hay de sus intereses? ¿Qué, simplemente porque tú tienes cierto prejuicio mental contra París? Puedes pagar a una criada para que cuide del chico. Este es un asunto importante, Charlie.

—Bueno, quizá debería ir —respondí.

—Ahora entras en razón.

—Voy a hacer mi maleta.

Así que nos fuimos en avión. Aquella misma noche, Cantabile y yo estábamos esperando en los Campos Elíseos con nuestras entradas para acceder a la gran sala cinematográfica cerca de la Rué Marbeuf. El tiempo era malo, incluso para París. Caía aguanieve. Yo no iba vestido para ese tiempo y me di cuenta, además, de que las suelas de mis zapatos se habían desgastado y el agua me mojaba los pies. La fila era densa, la gente joven que esperaba estaba alegre, pero Cantabile y yo nos sentíamos contrariados. El sobre sellado de Humboldt había quedado a salvo en la caja fuerte del hotel y yo tenía el resguardo para reclamarlo. Rinaldo había discutido conmigo respecto a la posesión de aquel disco de latón. Él quería guardarlo en su bolsillo como una señal de que era mi representante de buena fe.

—Dámelo —me pidió.

—No. ¿Por qué he de dártelo?

—Porque lo natural es que yo lo guarde. Esto me corresponde a mí.

—Yo lo guardaré.

—Tú sacarás el pañuelo y lo perderás —dijo—. Tú no sabes lo que estás haciendo. Estás siempre en babia.

—Yo lo guardaré.

—Con el contrato tampoco quisiste saber nada. Ni tan siquiera lo leíste —replicó.

El hielo caía sobre mi sombrero y mis hombros. Me molestaba intensamente el humo de los cigarrillos franceses. Sobre nosotros había unos enormes carteles iluminados de Otway como Caldofreddo, y de la actriz italiana, Silvia Sottotutti, o algo parecido, que interpretaba el papel de su hija. Cantabile tenía razón, en cierto modo: era una experiencia extraña ser el origen no reconocido de esta atracción pública y permanecer aquí aguantando el hielo y el frío, me hacía sentir como una presencia fantasmal. Al cabo de dos meses de lo que había sido virtualmente un retiro en Madrid, estar aquí ahora, entre la niebla y el deslumbramiento de los Campos Elíseos, bajo esa copiosa aguanieve, era como un retroceso, como volver a las andadas. En el aeropuerto de Madrid había comprado un ejemplar del Diario íntimo de Baudelaire para leer en el avión y aislarme de la frenética conversación de Cantabile. En Baudelaire encontré el curioso consejo siguiente: «Cuando recibas una carta de un acreedor, escribe cincuenta líneas sobre algún tema extraterrestre y estarás a salvo». Lo que esto implicaba era que la *vie quotidienne* nos alejaba del globo, pero la implicación más profunda era que la vida real discurría entre *aquí y allí*. La vida real consistía en una relación entre *aquí y allí*. Cantabile, un mil por ciento corroboraba este concepto. No dejaba de fastidiar. Se sentía indignado conmigo a causa del resguardo. Discutió con la *ouvreuse* que nos acompañó a nuestros asientos. Ella se puso furiosa por la escasa propina que él le dio. Le cogió la mano y de una manotada le devolvió la moneda.

—¡Tú, mala zorra! —le gritó Cantabile, y quería perseguirla por el pasillo.

Lo cogí por el brazo y le dije:

—Tranquilízate.

De nuevo yo formaba parte de un público francés. Renata y yo habíamos estado en aquel mismo teatro el mes de abril anterior. De hecho, yo había vivido en París en 1955. Aprendí muy pronto que este no era lugar para mí. Yo necesitaba un poco más de calor humano del que un extranjero puede conseguir en este país, y en aquel entonces estaba sufriendo todavía por la muerte de Demmie. Sin embargo, ahora no quedaba tiempo para pensar en estas cosas. La película iba a comenzar. Cantabile dijo:

—Mira en tu bolsillo, asegúrate de que todavía llevas el resguardo. Estamos apañados si lo has perdido.

—Está aquí. Tranquilo, chico —le dije.

—Dámelo. Así podré disfrutar de la película —pidió. No le hice caso.

Con gran estrépito musical, comenzó la proyección de la película. Se iniciaba con unas fotografías de los años veinte a la manera del cine antiguo: la primera conquista del Polo Norte por Amundsen y Umberto Nobile, que volaban en un dirigible de Escandinavia a Alaska. Esto fue interpretado por unos actores excelentes, muy comedidos. Me sentí muy complacido. Eran exquisitos. Vimos al Papa bendiciendo la expedición y a Mussolini arengando desde su balcón. La competición entre Amundsen y Nobile aumentó en hostilidad. Cuando una niña regaló un ramo de flores a Amundsen, Nobile se lo quitó y lo arrojó lejos; Amundsen daba órdenes, Nobile las contradecía. Los noruegos reñían con los italianos a bordo de la nave aérea. Gradualmente, por detrás de la atmósfera de «la vida continúa» de esos acontecimientos, reconocimos la presencia del viejo Caldofreddo, ahora en su antiguo pueblo de Sicilia. Estos fugaces recuerdos se sobreponían a la existencia diaria de este anciano amable, el vendedor de helados que los chicos adoran, el padre cariñoso de Silvia Sottotutti. En su juventud, Caldofreddo había servido a las órdenes de Nobile en dos vuelos transpolares. El tercero, bajo el mando exclusivo de Nobile, terminó en un desastre. El dirigible cayó en el mar Ártico, y la tripulación quedó diseminada por los hielos flotantes. Al recibir señales de radio de los supervivientes, el rompehielos ruso *Krassin* acudió a rescatarlos. Amundsen recibió un telegrama que le anunciaba el desastre, mientras estaba bebiendo profusamente en un banquete (de acuerdo con Humboldt, que tenía información particular sobre todas las cosas, el hombre había estado bebiendo como un cosaco). Inmediatamente anunció que iba a organizar una expedición para salvar a Nobile. Todo era exactamente como lo habíamos escrito en Princeton hacía tantos años. Amundsen fletó un hidroavión. Se peleó violentamente con el piloto francés, quien le avisó que la nave llevaba una sobrecarga peligrosa, y le ordenó despegar a pesar de ello. Cayeron al mar. Me sorprendió contemplar la eficacia conseguida con la interpretación cómica de este desastre. Recordé que Humboldt y yo no nos habíamos puesto de acuerdo en esta escena. Él insistía en que sería extremadamente divertida. Y así era. Miles de personas rieron cuando el avión se hundió. Pensé cómo le habría gustado a Humboldt comprobar que tenía razón.



La parte siguiente de la película era toda mía. Fui yo quien hizo las investigaciones y escribió las escenas en las que el rescatado Caldofredo corría salvajemente a bordo del *Krassin*. El pecado de haber comido carne humana era demasiado para poder soportarlo. Ante el asombro de la tripulación rusa, él corría como loco gritando incoherencias. Hacía trizas una mesa con un gran cuchillo, intentaba beber agua hirviendo, se arrojaba contra los mamparos. Los marineros lo sujetaban contra el suelo. El suspicaz médico de a bordo vació su estómago con una sonda y encontró tejido humano con el microscopio. Yo era también el responsable de la gran escena en la que Stalin envía el contenido del estómago de Caldofredo para que sea exhibido en un frasco, en la Plaza Roja, bajo grandes letreros que denuncien el canibalismo capitalista. Añadí también la ira de Mussolini al conocer la noticia, la calma de Calvin Coolidge, en la Casa Blanca, mientras se preparaba para su siesta cotidiana. Contemplé todo eso con un gran júbilo. Todo se había originado en mi cabeza, en Princeton, New Jersey, hacía veinte años. No es que fuese un gran logro. No tañían las campanas en el universo lejano. No influía en nada en la brutalidad o la inhumanidad, no esclarecía mucho ni impedía nada. Sin embargo, allí había algo. Era grato para cientos de miles, millones de espectadores. Naturalmente, estaba dirigido ingeniosamente, y George Otway, en su papel de Caldofredo, hacía una magnífica representación. Ese Otway, un inglés en la treintena, se parecía muchísimo a Humboldt. En el momento en que se lanza contra las paredes del camarote, como había visto hacer a algunos simios en las jaulas del zoo, golpeando los tabiques con una insistencia agotadora, me sentí herido por el pensamiento de la lucha de Humboldt contra la policía cuando lo llevaban a Bellevue. ¡Ah, pobre sujeto, pobre luchador furioso, sollozante y vociferante de Humboldt! Sus flores abortaban en el capullo. Los colores nunca se abrían a la luz, se pudrían en su pecho. El parecido entre Otway en el camarote y Humboldt era tan grande que comencé a llorar. Mientras todo el teatro vibraba gozoso, reía a carcajadas, yo sollozaba en voz alta. Cantabile me susurró en el oído:

—¡Vaya película!, ¿eh? ¿Qué es lo que te dije? Tú mismo estás desternillándote de risa.

Sí, y ahora Humboldt se desplazaba en alguna parte, su alma se hallaba en algún lugar de la creación, allí donde las almas esperaban el sustento que únicamente nosotros los vivientes podíamos mandarles desde la Tierra, como el cereal para Bangla Desh. ¡Ay de nosotros, nacidos por miles de millones, como las burbujas de la bebida efervescente! Yo tenía una confusa visión mundial de los vivos y los muertos, de la humanidad muriéndose de risa ante una comedia cinematográfica que trataba de un hombre que comía carne humana, o desapareciendo en medio de grandes olas de muerte, de agonías de fuego o de batalla, o en continentes hambrientos.

Y tuve entonces una visión parcial de un vuelo a ciegas, a través de la oscuridad, y salir después por un claro encima de una metrópoli. Brillaba ahí abajo, muy lejana, como la escarcha. Intenté adivinar si estábamos aterrizando o seguíamos volando.

Volábamos.

—¿Siguen tu guión? ¿Lo han utilizado? —me preguntó Cantabile.

—Sí. Lo están haciendo muy bien. Aunque han añadido montones de ideas propias —declaré.

—Bueno, no le des tanta importancia. Deseo que mañana estés dispuesto a pelear. Expliqué a Cantabile:

—De acuerdo con la declaración del doctor, los rusos no se limitaron a extraer el contenido del estómago de ese hombre para demostrar lo ocurrido, sino que examinaron también sus excrementos. Las heces de los hambrientos son duras y secas. Este hombre decía no haber comido nada, pero era evidente que no había suprimido muchas comidas ahí en su hielo flotante.

—Podrían haberlo incluido. Stalin no hubiera dudado ni un momento en exhibir un pedazo de mierda en la Plaza Roja.

Y estas cosas hoy se pueden hacer en una película.

La escena se había trasladado a la pequeña ciudad siciliana de Caldofredo, en la que nadie conocía su pecado, donde él era un simple anciano jovial que vendía helados y tocaba en la banda del pueblo. Mientras lo escuchaba tocar suavemente su instrumento, sentí que el contraste entre sus sencillos arpegios y la terrible complejidad moderna de su posición era muy significativo. Afortunado el hombre que no tiene nada más que decir o tocar que esas fáciles melodías. ¿Quedan todavía personas como esas? También me desconcertaba contemplar un rostro tan semejante al de Humboldt, mientras Otway soplabla la trompeta. Y puesto que Humboldt se había metido en la película, me busqué también a mí mismo en ella. Pensé que algo de mi propia naturaleza podía apreciarse en la hija de Caldofredo, interpretada por Silvia Sottotutti. Su personalidad expresaba una especie de disposición dolorosa o ansiedad jovial que yo creía tener. No me fijé en el hombre que hacía el papel de su prometido, con sus piernas cortas y su mandíbula angulosa, rostro carente de interés y cejas algo bajas. Posiblemente lo identificaba con Flonzaley. En cierta ocasión nos había seguido un hombre en la Exhibición del Mueble que debió de ser Flonzaley. Entre Renata y él se intercambiaron unos signos... Casualmente, yo había imaginado que, como señora Flonzaley, Renata disfrutaría de una vida social muy limitada en Chicago. Los enterradores no podían ser invitados a cenas muy populares, excepto para otros enterradores. A fin de liberarse de esta maldición profesional se vería obligada a viajar mucho con su marido, e incluso en un crucero del Caribe, sentados a la mesa del capitán, deberían confiar en que no apareciera ninguna persona de su ciudad natal, diciendo:

—No serán ustedes los Flonzaley de Pompas Fúnebres Flonzaley, ¿verdad?

La felicidad de Renata estaría siempre empañada con ello, del mismo modo que el esplendor del cielo siciliano tenía máculas para Caldofredo por su acto lúgubre en el Ártico. Esto se apreciaba hasta en su modo de tocar la trompeta. Pensé que había una llave en su trompeta, que, al pulsarla, iba directamente al corazón de ese hombre.

Ahora llegaba a la ciudad el periodista escandinavo que hacía averiguaciones para escribir un libro sobre Amundsen y Nobile. Encontró el paradero del pobre Caldofredo y comenzó a fastidiarlo. El viejo le dijo:

—Se ha equivocado. No soy yo.

—No, seguro que usted es el hombre —respondió el periodista.

Era una de esas personas emancipadas del norte de Europa que han expulsado la vergüenza y la oscuridad de su corazón. Un excelente papel. Los dos hombres sostenían una conversación en la ladera de la montaña. Caldofredo le rogaba que se fuera y lo dejara en paz. Al rehusar el periodista, el viejo tenía un ataque similar al que había tenido a bordo del *Krassin*. Pero este ataque, cuarenta años más tarde, era la furia de un hombre viejo. Contenía más fuerza y perversidad de alma que de cuerpo.

En este despliegue de súplica y de rabia, de debilidad y frenética desesperación, Otway se mostraba sencillamente extraordinario.

—¿Era así como lo escribisteis en el guión? —preguntó Cantabile.

—Más o menos.

—Dame ese resguardo —dijo, e introdujo la mano en mi bolsillo.

Me di cuenta de que estaba inspirado por el ataque de Caldofredo. Estaba tan excitado que había perdido la cabeza. Más en mi defensa que para guardar el comprobante, lo agarré por el brazo.

—Quítame la mano del bolsillo, Cantabile.

—Lo he de guardar yo. Tú no eres responsable. Un hombre que se ha dejado engañar por una jovencita... No estás en tu sano juicio.

Luchábamos ya abiertamente. No podía ver lo que hacía el maníaco en la pantalla porque este otro maníaco se me había echado encima. Como solía decir uno de mis clásicos, la diferencia entre las palabras «convencer» y «mandar» es la diferencia entre democracia y dictadura. Allí había un hombre que estaba loco porque nunca tenía que convencerse de nada. De repente, este pensamiento me produjo tanta desesperación como tener que rechazar a Cantabile. Este modo de pensar me convertía en imbécil. Como cuando Cantabile me había amenazado con los bates de béisbol y yo había pensado en los lobos de Lorenz o en los espinosos, o cuando me había forzado a entrar en el retrete, y yo había pensado... Todas las ocasiones se traducían en pensamientos, y luego estos me delataban. Moriría por estas peculiaridades intelectuales. Detrás de nosotros, la gente comenzaba a gritar: «*Dispute! Bagarre! Emmerdeurs!*». Rugían: «*Dehors...!*» o «*Flanquez les a la porte!*»<sup>[19]</sup>.

—Están gritando para que nos echen, ¡idiota! —exclamé. Cantabile sacó la mano de mi bolsillo y dedicamos nuestra atención nuevamente a la pantalla, a tiempo de ver un peñasco empujado por Caldofredo rodando por la ladera de la montaña en dirección al periodista en su Volvo, mientras el viejo, horrorizado consigo mismo, lo prevenía a gritos y daba gracias a la Virgen al ver que el periodista escapaba con vida.

Después de este intento de asesinato, Caldofredo hacía una confesión pública en la plaza del pueblo. Finalmente lo juzgaba un jurado de gentes del pueblo en las ruinas de un teatro griego, en la ladera de una colina siciliana. Esto terminaba con una escena coral de perdón y reconciliación —tal como Humboldt, pensando en *Edipo en Colona*, hubiese deseado.

Cuando se encendieron las luces y Cantabile se dirigió al pasillo más cercano, yo salí por el más alejado. Se reunió conmigo en los Campos Elíseos, diciendo:

—No estés enfadado, Charlie. Yo soy así cuando me propongo proteger cosas como ese resguardo. ¿Y si te asaltan y te roban? ¿Quién sabría, entonces, en qué caja está ese sobre? Cinco personas van a venir mañana para inspeccionar la prueba. De acuerdo, soy un tipo nervioso. Simplemente, es que deseo que todo salga bien. Y tú has pasado un disgusto tan grande por culpa de esa mujer que estás cien veces más distraído que en Chicago. Oye, ¿por qué no buscamos un par de prostitutas francesas? Yo invito. Elevará un poquito tu ego.

—Yo me voy a dormir.

—Únicamente trato de hacer las paces. Ya sé que es duro para una persona como tú tener que compartir la tierra con idiotas como yo. En fin, vamos a tomar un trago. Estás alterado.

No estaba alterado en realidad. Un día totalmente pleno, aunque sea de necesidad, me absuelve de no haber hecho algo debido, satisface mi conciencia. Después de cuatro copas de Calvados en el bar del hotel me fui a la cama y dormí como un bendito.

Por la mañana nos encontramos con el abogado Duret y el abogado norteamericano, un hombre terriblemente enérgico llamado Barbash, justo el tipo de representante apropiado para Cantabile. Cantabile estaba sumamente complacido. Había prometido entregarme a mí y la prueba —ahora comprendía por qué se había alterado tanto con respecto a ese resguardo—, y aquí estábamos, según lo acordado, todo muy coordinado. Los productores de Caldofredo sabían que un tal Charles Citrine, autor de una comedia de Broadway, *Von Trenck*, más tarde convertida en una película de éxito, reclamaba ser el autor de la historia original en la que su éxito mundial se había basado. Enviaron un par de tipos de la Escuela Comercial de Harvard para que se encontraran con nosotros. El pobre Stronson, ahora en una cárcel de Miami, se hallaba a kilómetros de distancia de la imagen de estos. Los dos jóvenes, extremadamente seguros, por completo calvos, moderados, concienzudos, educados y bien vestidos, estaban esperando en la oficina de Barbash.

—Caballeros, ¿tienen ustedes plena autorización para el trato? —les preguntó Barbash.

—La última palabra la tendrán nuestros superiores.

—Entonces que vengan los superiores, los tipos con influencia. ¡Para qué vamos a perder tiempo! —dijo Cantabile.

—Tranquilo, todo llega con tranquilidad —manifestó en aquel momento Barbash.

—Citrine es más importante que esos jodidos superiores, en cualquier momento —les dijo Cantabile a gritos—. Es un as en su campo, un ganador del Pulitzer, un *chevalier* de la Legión de Honor, un amigo del difunto presidente Kennedy y del difunto senador Kennedy, y el difunto Von Humboldt Fleisher, el poeta, era su amigo y colaborador. ¡Así que nada de cuentos! El señor Citrine está muy ocupado en un trabajo de investigación en Madrid. Si ha perdido su tiempo para venir aquí, lo mismo pueden hacer esos superiores de mala muerte. Él no va a presionarlos. Yo estoy aquí para eso. Procedan como es debido o nos veremos en el juzgado.

Proferir su amenaza le proporcionó un gran alivio. Sus labios (raramente silenciosos) se ensancharon en una amplia sonrisa cuando uno de los jóvenes dijo:

—Todos hemos oído hablar del señor Citrine.

Barbash pasó entonces a controlar la conversación. Su problema, naturalmente, consistía en someter a Cantabile.

—Aquí tenemos los hechos. Citrine y su amigo Fleisher escribieron el esquema para esta película en 1952. Tenemos pruebas de este hecho. Fleisher envió una copia de este guión por correo, dirigido a sí mismo, en enero de 1960. Tenemos esta prueba aquí mismo, en un sobre sellado, con el matasellos y el recibo.

—Vayamos a la embajada de Estados Unidos y abrámoslo ante testigos —dijo Cantabile—. Y que los superiores trasladen también sus traseros a la Place de la Concorde.

—¿Ha visto ya la película *Caldofreddo*? —me preguntó Barbash.

—La vi la noche pasada. Una bonita representación de Otway.

—¿Cree usted que se parece a la historia original que escribieron usted y el señor Fleisher?

Vi entonces a la taquígrafa que estaba en un rincón, ante su trípode, tomando nota de esta conversación. ¡Desagradables recuerdos del juzgado de Urbanovich! Me convertí en Citrine el testigo.

—No pudo haber tenido otro origen —respondí.

—¿Y cómo es que esos sujetos lo tenían? Lo robaron —declaró Cantabile—. Tendrán que afrontar una acusación de plagio.

Mientras el sobre circulaba entre los asistentes para ser examinado, sentí una punzada en el estómago. ¿Y si el distraído, el loco de Humboldt, había llenado ese sobre con cartas, facturas viejas o con cincuenta líneas sobre un tema extraterrestre?

—¿Están ustedes convencidos —dijo el abogado Furet— de que este es el objeto original, sin abrir? Así se dejará constancia.

Los tipos de Harvard estuvieron de acuerdo en que todo estaba bien. Se abrió entonces el sobre, que contenía un manuscrito con el encabezamiento: «Sinopsis original para guión cinematográfico; coautores, Charles Citrine y Von Humboldt Fleisher». Mientras las páginas circulaban de mano en mano, respiré hondo. El caso estaba probado. No había duda alguna sobre la autenticidad del manuscrito. Escena por escena, toma por toma, la película seguía nuestra sinopsis. Barbash redactó una

declaración minuciosa y detallada para el registro. Había obtenido una copia del guión cinematográfico. Había muy pocas variaciones respecto a nuestro argumento.

Humboldt, Dios lo bendiga, había hecho bien las cosas esta vez.

—Esto es perfectamente legítimo —dijo Barbash—. Auténtico sin ninguna duda. Supongo que ustedes estarán asegurados contra reclamaciones como la presente.

—¡Y a nosotros qué nos importa! —exclamó Cantabile.

Naturalmente, existía una póliza de seguros.

—No creo que nuestros escritores mencionaran en ningún momento una historia original —señaló uno de los jóvenes.

Únicamente Cantabile seguía excitado. Su idea era que todos nos sintiéramos febriles. Para esos jóvenes economistas era simplemente un asunto más entre los que sucedían a diario. Nunca hubiera esperado tanta frialdad y decoro. Ese grupo de caballeros, Furet, Barbash y los graduados de la Escuela Comercial de Harvard, estuvieron de acuerdo en que convendría evitar largos y costosos pleitos.

—¿Y qué hay del coautor del señor Citrine?

¡Así que aquel era el significado que el nombre de Von Humboldt Fleisher tenía para esos graduados en administración de empresas en una de nuestras grandes universidades!

—¡Está muerto! —dije. Esas palabras tenían una repercusión sentimental solo para mí.

—¿Algún heredero?

—Uno, que yo sepa.

—Llevaremos el asunto hasta nuestros superiores. ¿Qué cifra creen ustedes adecuada?

—Una cifra importante —dijo Cantabile—. Un tanto por ciento del bruto.

—Creo que estamos en posición de solicitar una declaración de ganancias —añadió Barbash.

—Seamos más realistas. Esto se considerará una reclamación por perjuicio menor.

—¿Qué quiere decir con «perjuicio menor»? ¡Es toda la película! —gritó Cantabile—. Podemos destruir a su compañía.

—Por favor, señor Cantabile, un poco de calma. Aquí se trata de una reclamación grave —declaró Barbash—. Nos gustaría conocer su opinión después de que lo consideren seriamente.

—¿Habría algún interés —dije yo— en otra idea para un guión de cine del mismo origen?

—¿Existe otro? —preguntó uno de los economistas de Harvard.

Me respondió suavemente, sin ningún asombro. No pude evitar sentir admiración por su admirable educación. Nunca se podría sorprender a un hombre como aquel.

—¿Si existe? Acaba usted de oírlo. Se lo estamos diciendo —intervino Cantabile.

—Aquí tengo otro sobre sellado —añadí—. Contiene otra idea original para una

película. A propósito, el señor Cantabile no tiene nada que ver con esta otra. Nunca ha oído ni tan siquiera sobre su existencia. Su participación está solamente limitada a *Caldofreddo*.

—Confíemos en que sepas lo que estás haciendo —advirtió Ronald, enfurecido. Esta vez lo sabía perfectamente bien.

—Voy a pedir a los señores Barbash y Furet que también me representen en este asunto.

—Que «nos» representen —corrigió.

—Solo a mí —le respondí.

—A usted, naturalmente —añadió enseguida Barbash.

Yo no había perdido toneladas de dinero para nada. Por lo menos, dominaba la jerga comercial. Y, como Julius había observado, yo era un Citrine por nacimiento.

—Este sobre sellado contiene un argumento producto del mismo cerebro que concibió *Caldofreddo*. Caballeros, ¿por qué no preguntan a sus representados si les gustaría examinarlo? Mi precio para un examen... subrayo, para un examen únicamente, son cinco mil dólares.

—Esto es lo que deseamos —dijo Cantabile.

Pero nadie le hizo caso. Y yo me sentí dominando la situación. Así que eso eran los negocios. Julius, según he mencionado antes, estaba siempre insistiéndome para que reconociera lo que a él le gustaba llamar el romanticismo de los negocios. ¿Era este el famoso romanticismo de los negocios? Pues no consistía más que en empuje, rapidez y desfachatez. El sentimiento que producía salir airoso era vacío. Comparado con la satisfacción de contemplar unas flores, o con algo realmente serio —como tratar de ponerse en contacto con los difuntos, por ejemplo—, aquello no era nada, nada en absoluto.

París no presentaba mucho atractivo mientras Cantabile y yo caminábamos junto al Sena. El paseo se había convertido en una autopista. El agua tenía aspecto de medicina antigua.

—Bueno, te los serví en bandeja, ¿eh? Te prometí que te haría ganar dinero. ¿Qué representa ahora lo del Mercedes? Una miseria. Quiero un veinte por ciento.

—Quedamos de acuerdo en un diez.

—Diez si me dejas participar en el otro guión. Creíste que podías echarme a un lado, ¿eh?

—Voy a escribir a Barbash diciéndole que tú debes percibir el diez por ciento. Por *Caldofreddo*.

—Eres un ingrato —dijo Cantabile—. Nunca lees los periódicos, bobalicón, y el asunto te hubiera pasado totalmente inadvertido sin mí. Igual que lo ocurrido con el asunto de Thaxter.

—¿Qué asunto de Thaxter?

—¿Lo ves? No sabes nada. No quería preocuparte contándote lo de Thaxter hasta que comenzaran las negociaciones. ¿No sabes lo que le ocurrió a Thaxter? Lo

secuestraron en Argentina.

—¡No es posible! ¿Quiénes, terroristas? Pero ¿por qué? ¿Por qué Thaxter? ¿Le hicieron algún daño?

—Estados Unidos debería agradecer a Dios por los gánsteres que tiene. Por lo menos, la mafia tiene sentido. Estos tipos políticos no saben qué demonios hacen. Están saqueando y asesinando por toda América del Sur a tontas y a locas. ¿Cómo quieres que sepa por qué lo cogieron a él? Seguramente se comportaría como un personaje importante. Le dejaron mandar una carta y Thaxter mencionaba en ella tu nombre. Y tú ni tan siquiera sabías que habías aparecido en toda la prensa mundial.

—¿Y qué decía?

—Que recurría al famoso comediógrafo e historiador internacional Charles Citrine. Decía que tú responderías por él.

—Esos tipos no saben lo que se hacen. Espero que no causen daño a Thaxter.

—Van a ponerse furiosos cuando se enteren de que Thaxter es un fraude.

—No lo entiendo. ¿Quién fingía ser Thaxter? ¿Con quién lo confundieron?

—En todos esos países la gente anda muy confusa —dijo Cantabile.

—Ah, mi viejo amigo, el profesor Durnwald, probablemente tiene razón cuando dice que sería muy agradable poder seccionar el hemisferio occidental por el istmo de Centroamérica y dejar que la parte sur se alejara con la corriente. Solo que eso actualmente afecta a demasiadas partes de la Tierra.

—Charles, cuanto mayor sea la cifra de comisión que me pagues, tanto menos deberás pagar a esos terroristas.

—¿Yo? ¿Y por qué yo?

—Oh, no tengas ninguna duda de que serás tú quien pague —aseguró Cantabile.

El cautiverio de Thaxter en manos de los terroristas me angustiaba. Me dolía el corazón al imaginarlo encerrado en una celda oscura con ratas y aterrizado por la tortura. Después de todo, él era un tipo inocente. Ciertamente, no era muy honesto, pero muchos de sus errores se debían a simple delirio. Inquieto y siempre en busca de un poco de acción, ahora había caído en manos de uno de esos violentos grupos alucinados que cortaban orejas y colocaban bombas en los buzones o secuestraban aviones y mataban a los pasajeros. La última vez que me había molestado en leer un periódico me enteré que una compañía petrolífera, después de pagar un rescate de diez millones de dólares, no podía conseguir todavía que los secuestradores argentinos de uno de sus altos empleados lo pusieran en libertad.

Aquella tarde, desde el hotel, escribí a Cari Stewart, el editor de Thaxter. Le decía: «Tengo entendido que Pierre ha sido secuestrado y que, en su súplica de ayuda, ha mencionado mi nombre. Bien, naturalmente entregaré todo lo que poseo por salvar su vida. A su manera tan particular, es un hombre maravilloso al que yo aprecio mucho; he sido su leal amigo durante más de veinte años. Supongo que usted se habrá puesto en contacto con el departamento de Estado y también con la embajada de Estados Unidos en Buenos Aires. Aunque he escrito sobre asuntos políticos, no



soy persona política. Lo expresaré así: durante cuarenta años, en medio de las peores crisis de la civilización, he estado leyendo fielmente los periódicos, y esta fiel lectura no hizo a nadie ningún bien. Nada se pudo impedir. Gradualmente fui abandonando mi lectura de los periódicos. Ahora me parece, sin embargo, y lo digo como observador desapasionado, que entre la diplomacia coercitiva, por un lado, y la sumisión a los actos de piratería, por el otro, debería existir un terreno intermedio de mayor poder. A este respecto, la flaqueza de Estados Unidos es desalentadora. ¿Empezamos ahora a ponernos al día con las lecciones de la Primera Guerra Mundial? Aprendimos en Sarajevo a no permitir que los actos de terrorismo precipiten las guerras y de Woodrow Wilson aprendimos que las naciones pequeñas tienen unos derechos que las grandes naciones han de respetar. Pero esto es todo, y hemos quedado atascados seis décadas atrás y damos al mundo un penoso ejemplo al permitir que nos amedrenten.

»Sin embargo, volviendo a Thaxter, estoy angustiado por él. Hace tan solo tres meses hubiera podido ofrecer un rescate de doscientos cincuenta mil dólares. Pero me ha sido arrebatado en un litigio desafortunado. Ahora se perfila más dinero en el horizonte. Muy pronto podré disponer de diez o, quizá, de veinte mil dólares y estoy dispuesto a aportarlos. No sé cómo podría llegar a los veinticinco mil. Usted tendría que anticiparlos. Le enviaría un recibo. Quizá podríamos hallar la manera de que yo recuperara mi dinero con los derechos de autor de Pierre. Si esos bandidos sudamericanos lo dejan libre, Thaxter escribirá un emocionante relato de sus experiencias. Así son ahora las cosas. Antiguamente las desgracias más amargas enriquecían tan solo el corazón de los desventurados o tenían exclusivamente un valor espiritual. Ahora cualquier acontecimiento horrible puede convertirse en una mina de oro. Estoy seguro de que, si Thaxter consigue salir de esta, cuando lo suelten se convertirá en un hombre rico escribiendo un libro. Centenares de millares de personas a las que en este momento Thaxter les importa un bledo, sufrirán después con él intensamente. Se les estrujará el corazón, sofocarán un grito y llorarán. Esto es realmente muy importante. Quiero decir que la capacidad de compasión está debilitada por el enorme volumen de demandas. De todos modos, no es necesario que hablemos de ello. Le agradeceré mucho me informe, y deseo que considere mi carta como una obligación por mi parte para acudir monetariamente en ayuda de Thaxter. Seguro que ha fanfarroneado con su sombrero y sus botas de vaquero hasta llamar la atención de esos maoístas o trotskistas latinos. En fin, supongo que es una de esas facetas de la historia mundial peculiar de nuestros tiempos».

Mandé esta carta a Nueva York y volví en avión a España. Cantabile me acompañó a Orly en un taxi; discutía ahora por un quince por ciento y comenzaba a lanzar amenazas.

Tan pronto como llegué a la pensión La Roca me entregaron una nota con membrete del Ritz. Era de la Señora, que decía: «Haz el favor de traer mañana a Roger a las diez y media. Nos veremos en el vestíbulo. Volvemos a Chicago».

Comprendí muy bien por qué hacía hincapié en el vestíbulo. En un lugar público no me atrevería a agredirla violentamente. En su habitación podría estranglarla o intentar ahogarla en la taza del retrete. De modo que, por la mañana, acompañado por el chico, me encontré con la vieja dama, esa extraordinaria condensación de disparatados prejuicios. En el gran círculo del vestíbulo del Ritz, bajo la cúpula, le entregué el niño.

—Adiós, querido Roger. Vas a volver a casa —dije al pequeño.

El niño comenzó a llorar. La Señora no podía calmarlo y me acusó de haberlo corrompido, atrayéndomelo con chocolate.

—Lo has sobornado dándole cosas dulces.

—Espero que Renata sea feliz en su nuevo estado —respondí.

—Por supuesto que lo es. Flonzaley es un hombre distinguido. Su coeficiente de inteligencia es de superdotado. El hecho de que escribas libros no es ninguna prueba de tu inteligencia.

—¡Oh, cuánta verdad! —dije—. Después de todo, el entierro significó un gran paso. Vico decía que hubo un tiempo en que se dejaba que los cadáveres se pudrieran en el suelo, y los perros, las ratas y los buitres se comían a los queridos difuntos. No se puede dejar a los muertos abandonados por ahí. Aunque Stanton, un miembro del gabinete de Lincoln, guardó a su querida esposa casi durante un año.

—Pareces agotado. Tienes demasiadas cosas en la cabeza —dijo ella.

Es la intensidad la que me produce esto. Sé que es verdad, pero me fastidia oírlo decir. Me produce desesperación.

—Adiós, Roger. Eres un buen chico y te quiero. Pronto te veré en Chicago. Espero que tengas un buen viaje con tu abuela. No llores, chiquillo —lo animé.

También yo estaba a punto de llorar. Salí del vestíbulo y me dirigí al parque. El peligro de ser arrollado por los rápidos automóviles, que aparecían a montones de todas direcciones, me impedía dar rienda suelta a las lágrimas.

En la *pensión* dije que había enviado a Roger a casa con sus abuelos hasta que consiguiera readaptarme. La dama danesa de la embajada, la señorita Volsted, estaba allí siempre bien dispuesta a realizar ese acto humano por mi bien. Deprimido por la partida de Roger, me sentía casi lo bastante desmoralizado para aceptarla.

Cantabile me llamaba por teléfono todos los días desde París. Para él, era de la mayor importancia intervenir en esos tratos. Hubiera imaginado que París, con las muchas oportunidades que ofrecía a un hombre como Cantabile, lo distraería de los negocios. Ni un ápice. Toda su persona era negocio. Se mantenía en contacto con los abogados Furet y Barbash. Hacía enojar muchísimo a Barbash, prescindiendo de él para intentar negociar por su cuenta. Barbash se quejaba conmigo desde París. Los productores —me decía Cantabile— ahora ofrecían veinte mil dólares para liquidar el asunto.

—Deberían sentir vergüenza —añadió—. ¿Y qué impresión les habrá hecho Barbash para hacer esa oferta miserable e insultante? Ese tipo no vale para nada.

Nuestra cifra son doscientos mil.

Al día siguiente me informó:

—Ahora han llegado a treinta mil. He cambiado mi opinión sobre Barbash. Es un tío duro. Creo que está irritado conmigo y se descarga con ellos. ¿Qué representan para ellos doscientos mil con esos ingresos de taquilla? Un granito en el trasero. Otra cosa... Hemos de pensar en los impuestos y en si deberíamos hacer el cobro en moneda extranjera. Sé que conseguiríamos más en liras. Caldofreddo está ganando mucho dinero en Milán y en Roma. Unos llenos imponentes. Me pregunto por qué los italianos estarán tan interesados en el canibalismo si han sido criados con pasta. De todos modos, si cobraras en liras conseguirías mucho más dinero. Naturalmente, Italia está desmoronándose.

—Cobraré en dólares. Tengo un hermano en Texas que puede invertirlos en un buen negocio para mí.

—Es una suerte tener un hermano bondadoso. ¿No te sientes inquieto, ahí en esa tierra de hispanos?

—De ningún modo. Estoy como en casa. Leo antroposofía y medito. Estoy recorriendo el Prado centímetro a centímetro. ¿Sabes algo del segundo guión?

—Yo no participo en eso; así que ¿por qué me preguntas?

—No, no participas en ese asunto —respondí.

—Entonces no sé por qué demonios debería proporcionarte información. De todos modos, té la daré, por pura cortesía. Están interesados. Están sumamente interesados. Han ofrecido a Barbash tres mil dólares para contar con tres semanas. Dicen que necesitan ese tiempo para presentar el guión a Otway.

—Otway y Humboldt se parecen mucho. Quizá esa semejanza tiene algún significado. Algún lazo invisible. Estoy convencido de que Otway se sentirá atraído por la historia de Humboldt.

Al día siguiente por la tarde, Kathleen Tigler llegó a Madrid. Iba camino de Almería para empezar a trabajar en una nueva película.

—Siento decirte —dijo— que las personas a las que vendí la opción para el guión de Humboldt han decidido no quedárselo.

—¿A qué te refieres?

—¿Recuerdas el guión que Humboldt nos legó a ambos?

—Naturalmente.

—Te hubiera mandado tu parte de los tres mil. En cierto modo, mi propósito al venir a Madrid era para hablar contigo de ello y redactar un contrato, arreglar cuentas contigo. Probablemente, ya te habías olvidado de todo.

—No, no lo había olvidado —respondí—. Pero acabo de darme cuenta de que por mi parte he intentado vender la misma propiedad a otro grupo.

—Vaya —dijo Kathleen—. Vender lo mismo a dos compradores distintos. Hubiera sido muy molesto, de veras.

Entretanto, el negocio continuaba. Los negocios, con esa peculiar autonomía que

poseen, seguían su propio camino. Nos gustara o no, pensábamos sus pensamientos, y hablábamos su lenguaje. ¿Qué les importaba a los negocios que yo sufriera un fracaso en amor, o que resistiera los avances de Rebecca Volsted con su ansioso rostro ardiente, o que investigara las doctrinas de la antroposofía? Los negocios, seguros de sus propios poderes trascendentales, nos hacían interpretar la vida a través de sus prácticas. Incluso en esos momentos, cuando Kathleen y yo teníamos tantos asuntos particulares que considerar, asuntos de la mayor importancia humana, estábamos hablando de contratos, opciones, productores y cifras de dinero.

—Como es natural —me dijo—, tú no estás atado legalmente a un acuerdo que yo establecí.

—Cuando nos encontramos en Nueva York estuvimos hablando de una sinopsis cinematográfica que Humboldt y yo ideamos en Princeton...

—¿Esa sobre la que Lucy Cantabile estuvo preguntando? Su marido también me llamó por teléfono a Belgrado y me estuvo fastidiando con preguntas misteriosas.

—... para distraernos mientras Humboldt estaba tramando cómo conseguir su cátedra de poesía.

—Me dijiste que era una bobada, y yo no me preocupé más del asunto.

—Ha estado perdida durante veinte años, o algo así, y de pronto alguien consiguió robar nuestra historia original y convertirla en una película titulada Caldofredo.

—¡No! ¿De ahí ha surgido Caldofredo? ¿Tú y Humboldt?

—¿La has visto?

—Naturalmente que la he visto. ¿Ese formidable éxito de Otway fue creado por vosotros dos? Es increíble.

—Sí, así es. Acabo de volver de una reunión en París en la que probé ante los productores que nosotros éramos los autores.

—¿Van a llegar a un acuerdo contigo? Deberían hacerlo. Tienes un auténtico caso en contra suya, ¿no crees?

—Me siento morir cuando pienso en un pleito. ¿Diez años más en los juzgados? Para mis abogados, esto representaría un valor de cuatrocientos mil o quinientos mil dólares. Pero para mí, un hombre cerca de los sesenta y camino de los setenta, no quedaría ni un céntimo. Me conformaré con unos cuarenta o cincuenta mil dólares.

—¿Como si fuese una simple reclamación por perjuicios? —replicó Kathleen, indignada.

—No, como un hombre suficientemente afortunado para poder subvencionar durante algunos años sus actividades superiores. Como es natural, compartiré el dinero con tío Waldemar. Kathleen, cuando me enteré del testamento de Humboldt, pensé que solo se trataba de su modo póstumo para continuar con su misma necedad conmovedora. Pero los pasos legales que dio eran perfectamente cuerdos y él tenía razón, ¡maldita sea!, sobre el valor de sus documentos. Siempre tuvo la esperanza de conseguir un gran éxito. ¿Y qué te parece? ¡Lo consiguió! Aunque no fue a su trabajo

más formal al que el mundo encontró una utilidad. Únicamente a esas travesuras.

—También travesuras tuyas —dijo festivamente Kathleen.

Al sonreír se le formaban infinidad de arrugas diminutas en la piel. Me entristeció ver estas señales de la edad en una mujer cuya belleza recordaba tan bien. Pero se podía vivir con estas cosas si se las apreciaba debidamente. Después de todo, estas arrugas eran el resultado de muchos muchos muchos años de amabilidad. Eran el tributo mortal por una cosa buena. Estaba comenzando a comprender cómo una persona podía reconciliarse con semejantes alteraciones.

—Pero para que lo tomaran en serio ¿qué crees que tendría que haber hecho Humboldt?

—¿Cómo podría darte una respuesta, Kathleen? Él hizo cuanto pudo, y vivió y murió de manera más honorable que la mayoría de la gente. Volverse loco fue la conclusión de la broma que Humboldt trató de hacer con su gran desilusión. Se sentía tan terriblemente desilusionado... Todo lo que un hombre de su clase pide realmente es una oportunidad para poner todo su corazón en alguna tarea superior. Las personas como Humboldt... expresan un sentido de la vida, exponen los sentimientos de su época o descubren significados o encuentran las verdades de la naturaleza, utilizando las oportunidades que su época les ofrece. Cuando esas oportunidades son grandes, existe entonces amor y amistad entre todos aquellos que participan en la misma tarea. Como se aprecia en los elogios que Hayden hizo de Mozart. Cuando las oportunidades son menores, hay rencor y rabia, locura. He estado unido a Humboldt durante casi cuarenta años. Ha sido una conexión extática. La esperanza de tener poesía..., el gozo de conocer a la clase de hombre que creaba poesía. ¿Sabes? En Estados Unidos está por descubrir la poesía más extraordinaria, nunca oída, pero ninguno de los métodos convencionales conocidos en nuestra cultura es capaz de sacarla a la luz. Hoy en día, esto es aplicable también al mundo entero. La agonía es excesivamente profunda y el desorden demasiado grande para las tareas artísticas emprendidas al antiguo estilo. Ahora comienzo a comprender lo que Tolstoi quería decir cuando pedía a la humanidad que pusiera fin a la falsa e innecesaria comedia de la historia y comenzara sencillamente a vivir. Eso se ha hecho mucho más claro para mí con la locura y aflicción de Humboldt. Él ejecutó todos los tempestuosos pasos de esa rutina. Esa ejecución fue concluyente. Ahora es evidente que eso no puede continuarse. Ahora debemos escuchar en secreto el sonido de la verdad que Dios ha puesto dentro de nosotros.

—Así que esto es lo que tú llamas actividades superiores... y es esto lo que el dinero de *Caldofreddo* subvencionará... —dijo Kathleen.

—Basándonos en la suposición que se hace corrientemente, los acontecimientos más comunes de la vida solo pueden ser absurdos. A la propia fe la tildaron de absurda. Pero ahora la fe quizá moverá esas montañas de la absurdidad del sentido común.

—Iba a sugerirte que dejaras Madrid y te vinieras conmigo a Almería.

—Ya veo. Estás preocupada por mí. Tengo mal aspecto.

—No exactamente. Pero estoy segura de que has pasado por una gran tensión. Gozarás de un tiempo muy agradable en el Mediterráneo.

—Sí, el Mediterráneo. ¡Cuánto me gustaría disfrutar de un mes de la bendita paz! Pero no tengo suficiente dinero para ello.

—¿Estás arruinado? Creí que te sobraba el dinero.

—Me lo han quitado.

—Entonces hice mal en no enviarte los mil quinientos dólares. Me pareció que era una miseria.

—Bueno, hace unos pocos meses sí que hubiera sido una miseria. ¿Crees que puedes conseguirme algo que hacer en Almería?

—No te gustaría.

—¿Qué es lo que no me gustaría?

—Participar en esta película, *Memoirs of a Cavalier*. Basada en Defoe. Hay asedios y cosas así.

—¿Llevaría traje de época?

—No es para ti, Charlie.

—¿Y por qué no? Oye, Kathleen, ¿puedo hablar francamente?

—Adelante.

—Para borrar las faltas o remediar los defectos de cinco décadas, estoy dispuesto a intentarlo todo. No sirvo demasiado para trabajar en el cine. No te imaginas cuánto me gustaría ser un extra en esta película histórica. ¿Llevaría botas y calzones? ¿Un casco, un sombrero con plumas? Me haría mucho bien.

—¿No te distraería demasiado mentalmente? Tú tienes... cosas que hacer.

—Si estas cosas que tengo que hacer no logran abrirse paso entre esas montañas del absurdo, no hay ninguna esperanza para ellas. Mi mente no es libre, ¿sabes? Me preocupo por mis hijas, y estoy terriblemente preocupado por mi amigo Thaxter. Ha sido secuestrado por terroristas argentinos.

—Estuve pensando en él —declaró Kathleen—. Lo leí en el *Harold-Tribune*. ¿Es el mismo Thaxter que conocí en el Plaza? Llevaba un sombrero de *cowboy* y me pidió que volviera después. En el artículo se mencionaba tu nombre. Él te suplicaba que lo ayudaras.

—Me tiene trastornado este asunto. ¡Pobre Thaxter! Si consigo dinero por esos guiones, es posible que deba entregarlo todo para su rescate. No es que me preocupe demasiado. Mi aventura romántica con el dinero ya ha terminado. Lo que pienso seguir haciendo no es muy caro...

—¿Sabes, Charles? Humboldt solía decir cosas maravillosas. Tú me lo recuerdas. Tigler era muy divertido. Era una persona activa, emprendedora. Siempre estábamos de caza o de pesca, haciendo algo. Pero no servía mucho para la conversación. Y nadie me ha hablado así desde hace mucho mucho tiempo y he perdido la práctica como oyente. Adoro tu modo de hablar, pero no me parece muy claro.

—No me sorprende, Kathleen. La culpa es mía. Hablo demasiado conmigo mismo. Pero los seres humanos están demasiado hundidos en esa comedia innecesaria y falsa de la historia: acontecimientos, desarrollos, política. La crisis común es bastante real. Lee los periódicos: toda esa criminalidad e inmundicia, asesinatos, perversidad y horror. Nunca se acaba... Decimos que así es la naturaleza humana, la escala humana.

—Pero ¿qué otra opción hay?

—Una escala diferente. Sé que Walt Whitman nos comparó desfavorablemente con los animales. Ellos no gimen por su condición. Entiendo su punto de vista. Yo solía pasar muchas horas contemplando a los gorriones. Siempre he adorado a los gorriones, aún hoy. Paso horas en el parque viéndolos revolotear y saltar bañándose en el polvo. Pero sé que su vida mental es más reducida que la de los simios. Los orangutanes son encantadores. Un amigo orangután que compartiera mi apartamento me haría muy feliz. Pero sé que él comprendería mucho menos que Humboldt. La cuestión es esta: ¿por qué creemos que la serie termina con nosotros? Sospecho que ocupamos un punto dentro de una gran jerarquía que va mucho más allá de nosotros. Las premisas aceptadas hoy en día lo niegan. Nos sentimos sofocados y no sabemos por qué. Con las premisas actuales no puede probarse que exista el alma. Pero, aun así, la gente sigue comportándose como si tuviera alma. Actúan como si vinieran de otros lugares, de otra vida, y sienten impulsos y deseos que nada de este mundo, ninguna de nuestras actuales premisas, puede explicar. Según las premisas que hoy prevalecen, el destino de la humanidad es un acontecimiento deportivo de lo más ingenioso. Fascinante. Cuando no se convierte en aburrido. El espectro del aburrimiento ronda esta concepción deportiva de la historia.

Kathleen repitió que había añorado este tipo de conversaciones en su vida de casada con Tigler, el vaquero. Confiaba en que fuera con ella a Almería y trabajara en la película como alabardero.

—¡Es una ciudad tan agradable!

—También estoy a punto de marcharme de la *pensión*. Esa gente me abruma. Pero es mejor que siga en Madrid para mantener contacto con todo: Thaxter, París... Es probable que deba volver a Francia dentro de poco. Ahora tengo dos abogados en París, y esto es una molestia duplicada.

—Tú no tienes mucha confianza en los abogados.

—Bueno, Abraham Lincoln era abogado y siempre lo veneré. Pero ahora es únicamente un nombre que colocan en las placas de matrícula del estado de Illinois.

Sin embargo, la necesidad de volver a París no se presentó. Llegó una carta de Stewart, el editor.

Escribía:

«Veo que usted no ha estado leyendo los periódicos de los últimos días. Es verdad que Pierre Thaxter fue secuestrado en Argentina. Cómo o por qué, o si está todavía en sus manos, no podría decirlo. Pero le diré confidencialmente, ya que usted es su viejo

amigo, que todo me parece muy raro y algunas veces pienso si será cierto. En fin, no es que quiera sugerirle que es un secuestro falso, de ningún modo. Estoy dispuesto a creer que la gente que agarró a Thaxter en la calle estaba convencida de su importancia. Tampoco hay ninguna indicación de que se trate de un secuestro concertado de antemano, como habrá sido posiblemente el caso de la señorita Hearst y el ejército symbionese. Pero me permito incluir un artículo de fondo del *New York Times* firmado por nuestro amigo Thaxter, supuestamente enviado desde el lugar secreto o el calabozo donde está encerrado. Y yo me pregunto cómo ha conseguido escribir y enviar al *Times* este pequeño ensayo sobre su secuestro. Quizá habrá notado usted, como me ha ocurrido a mí, que hace un llamamiento a fin de obtener fondos para su rescate. Me han contado que algunos bondadosos lectores ya han enviado cheques a la embajada de Estados Unidos en Argentina para que Thaxter pueda reunirse con sus nueve hijos. Lejos de haber sufrido ningún daño, se está haciendo famoso, y, si no me equivoco, la experiencia ha agudizado también su estilo literario. Esto es una publicidad que no tiene precio. Su suposición de que Thaxter ha descubierto una mina de oro, probablemente es correcta. Si no se ha roto el cuello, se hará rico y famoso».

Parte del artículo de Thaxter decía: «Tres hombres me apuntaron a la cabeza con pistolas cuando salía de un restaurante, en una calle concurrida de Buenos Aires. En esos tres cañones, vi la futilidad de todas las estrategias mentales practicadas hasta entonces para engañar la violencia. Hasta ese momento no me había dado cuenta de la frecuencia con que un hombre moderno prevé este momento crítico. Mi cabeza, quizá en peligro de estallar de un tiro, había estado llena de proyectos para salvarme. Al subir al automóvil que nos esperaba, pensé: “Estoy perdido”. No me sometieron a ningún castigo físico. Pronto se hizo evidente que me hallaba en manos de unos individuos refinados con avanzadas opiniones políticas y plenamente dedicados a los principios de la libertad y la justicia, tal como ellos los entendían. Mis secuestradores creen que tienen algo que presentar ante la opinión civilizada y me han escogido a mí para que lo presente en su nombre, habiendo comprobado que mi nombre era suficientemente conocido como ensayista y periodista para llamar la atención». (Aun en estos momentos él se hacía publicidad). «Como guerrilleros y terroristas, quieren que se sepa que no son fanáticos irresponsables e inhumanos, sino que poseen una ilustre tradición propia. Invocan a Lenin y Trotski como sus fundadores y creadores, quienes descubrieron que la fuerza era su instrumento indispensable. Conocen a los clásicos de esta tradición, desde la Rusia del siglo XIX hasta la Francia del siglo XX. Me han sacado del sótano para que asistiera a seminarios sobre Sorel y Jean-Paul Sartre. A su modo, esta gente posee los principios más graves y elevados. Posee, además, esa cualidad que García Lorca denominaba *duende*, un poder interior que quema la sangre como cristal en polvo, una intensidad espiritual que no sugiere, sino que manda».

Me encontré con Kathleen en un café y le mostré los recortes. Había más de ese



mismo estilo.

—Thaxter tuvo siempre gran debilidad por hacer declaraciones grandilocuentes —comenté—. Personalmente, creo que habría preferido que esas tres pistolas me dispararan en la nuca a tener que soportar esos seminarios.

—No seas tan duro con él. El hombre trata de salvar su vida —adujo Kathleen—. Además, es realmente algo fascinante. ¿Dónde hace esa petición para el rescate?

—Aquí «... una suma de cincuenta mil dólares, para reunir la cual aprovecho la ocasión a fin de solicitar a mis amigos y miembros de mi familia que contribuyan en lo posible. Con la esperanza de ver nuevamente a mis hijitos...», y así sucesivamente. El *Times* ofrece a sus lectores muchas emociones. Es un público mimado de verdad el que lee la página de los artículos de fondo.

—No creo que los terroristas le mandaran escribir una disculpa ante la opinión mundial para después liquidarlo —opinó Kathleen.

—Bueno, no tendría mucho sentido, pero quién sabe lo que esos tipos son capaces de hacer. No obstante, me siento muy aliviado. Creo que no le pasará nada.

Kathleen me había interrogado a fondo, preguntando qué es lo que me gustaría hacer si Thaxter estuviera libre y la vida fuese más tranquila y equilibrada. Le respondí que probablemente pasaría un mes en Dornach, cerca de Basilea, en el Centro Suizo Steiner, el Goetheanum. Quizá podría alquilar una casa allí y Mary y Lish podrían pasar el verano conmigo.

—Deberías conseguir mucho dinero de esa gente de *Caldofreddo* —dijo—. Y parece que Thaxter está zafándose de su secuestro, suponiendo que fuese verdad. Por todo lo que sabemos, en este momento quizá ya esté libre.

—Es verdad. De todos modos, tengo intención de repartir el dinero con tío Waldemar y darle todo lo que correspondería a Humboldt.

—¿Y a cuánto crees que ascendería la indemnización que conseguirás?

—¡Oh, a unos treinta mil dólares! —respondí—. Cuarenta, como máximo.

Pero mi estimación fue demasiado modesta. Barbash acabó por sacar a los productores ochenta mil dólares. También pagaron cinco mil para leer el guión de Humboldt, con la posibilidad de usarlo en el futuro.

—No podían dejarlo pasar —declaró Barbash por teléfono. Cantabile se hallaba en aquel momento en el despacho del abogado, hablando alto y nerviosamente—. Sí, está conmigo —añadió Barbash—. Es el cabrón más difícil con quien he tenido tratos en los últimos tiempos. Ha pasado por encima de mí, ha montado un escándalo, y ahora ha comenzado a lanzar amenazas. Es un verdadero coñazo y ya hace mucho tiempo que lo hubiera arrojado de mi oficina a no ser porque se trataba de su representante legal, Citrine. Déjeme liquidarle su diez por ciento y quitármelo de encima.

—Barbash, tiene usted mi permiso para desembolsar sus ocho mil dólares inmediatamente —autoricé—. ¿Qué clase de condiciones nos ofrecen para la segunda sinopsis?

—Partieron de cincuenta mil. Pero argumenté que era evidente que el difunto señor Fleisher tenía realmente algo especial, contemporáneo. ¿Entiende a qué me refiero? Precisamente la clase de material que el público quiere ahora. Usted también debe de poseerlo, Citrine. Si no le importa que le dé un consejo, creo que debería usted seguir adelante con esto. Si desea escribir el guión cinematográfico para esta nueva película, puedo conseguirle unas condiciones formidables. ¿Lo haría por dos mil dólares semanales?

—Lo lamento, pero no estoy interesado, señor Barbash. Tengo otros planes. —  
¡Qué lástima! ¿No podría pensarlo? Ellos me lo han pedido con insistencia.

—No, gracias. Estoy ocupado en otro tipo de actividad —repliqué.

—¿Y qué le parece como asesor? —ofreció Barbash—. Esta gente, todo lo que tiene es dinero, y estarán muy complacidos en pagarle veinte mil dólares simplemente porque usted entendía la mente de Von Humboldt Fleisher. *Caldofreddo* está arrasando el mundo.

—No digas a todo que no —intervino Cantabile, que se había puesto al teléfono—. Y escucha, Charlie, yo debería tener mi parte en ese otro asunto, ya que, si no fuese por mí, nada de todo esto habría ocurrido. Además, me debes los viajes de avión, taxis, hoteles y comidas.

—Barbash te liquidará tu cuenta —contesté—. Ahora, Cantabile, márchate. Será mejor así. Nuestras relaciones han terminado. Seamos extraños otra vez.

—Eres un asqueroso intelectual, ingrato, mal nacido —dijo.

Barbash recuperó el teléfono.

—¿Cómo podremos ponernos en contacto? ¿Se quedará en Madrid algún tiempo?

—Es posible que vaya a Almería por una o dos semanas, y que vuelva después a Estados Unidos —respondí—. Tengo un montón de cosas que arreglar en Chicago. He de ver a mis hijas y tengo que hablar con el tío del señor Fleisher. Cuando haya atendido estos asuntos necesarios y haya arreglado algunas cosillas más volveré a Europa. Para emprender una vida diferente —añadí.

Pregunta un poco más y te lo contaré todo. Seguía contando todas mis cosas a gente a la que poco podían importarles mis problemas.

Así fue como, en el tibio abril, ocurrió que Waldemar Wald y yo, junto con Menasha Klinger, sepultamos nuevamente a Humboldt y a su madre, uno al lado de otro, en las nuevas tumbas del cementerio de Valhalla. Me proporcionó un placer muy triste hacer eso con elegancia, con auténtico estilo. Humboldt no había sido enterrado en el cementerio de los pobres, sino muy lejos, en Deathsville, New Jersey, una de esas vastas necrópolis en desarrollo que Koffritz, el primer marido de Renata, le había descrito al viejo Myron Swiebel en la sauna de los baños de la calle División.

—Estafan a la gente —había dicho sobre esos lugares—. Escatiman, no dan las medidas legales. Uno se queda allí con las piernas dobladas, con la mortaja corta. ¿Es que no tiene uno derecho a estar estirado para toda la eternidad?

Investigando, descubrí que el funeral de Humboldt había sido concertado por alguien de la Fundación Belisha. Alguna persona sensible de ese centro, subordinado de Longstaff, recordaría que Humboldt había estado empleado allí y lo había sacado del depósito y enviado a su descanso eterno desde la capilla Riverside.

Por tanto, exhumamos a Humboldt y lo trasladamos en un nuevo ataúd por el puente de George Washington. Me había detenido a recoger a los viejos en su piso recientemente alquilado en el Upper West Side. Una mujer acudía a guisarles y a hacerles la limpieza y estaban instalados adecuadamente. Me inquietaba entregar una buena suma de dinero a tío Waldemar y así se lo dije. Pero él me respondió:

—Charlie, amigo mío, escúchame. Todos los caballos que conocía, hace años que se han convertido en fantasmas. Ni tan siquiera sabría cómo ponerme en contacto con un apostador. En el antiguo vecindario, ahora todos son puertorriqueños. Sea como sea, Menasha me controla. Quiero decirte, chico, que no habría muchos jóvenes que me hubiesen dado toda mi parte como tú lo hiciste. Si queda algo cuando me muera, será para ti.

Esperamos en el automóvil de lujo alquilado, en el extremo del puente que comunica con Nueva York, con el Hudson frente a nosotros, hasta que cruzó el coche fúnebre y lo seguimos hasta el cementerio. Un día tempestuoso habría resultado más soportable que aquel día con el cielo encapotado. En el cementerio caminamos entre los oscuros árboles. Hubieran debido dar sombra, pero eran frágiles y raquíticos. También se había preparado un nuevo ataúd para la madre de Humboldt, que estaba ya dispuesto para ser bajado al hoyo. Dos empleados abrían el coche fúnebre cuando nosotros llegamos por detrás, avanzando despacio. Waldemar vestía toda la ropa de luto que pudo encontrar entre su guardarropa de jugador. El sombrero, los pantalones y los zapatos eran negros, pero su chaqueta deportiva mostraba un dibujo de grandes cuadros rojos y la pelusa brillaba bajo la luz del sol de aquel caluroso día de primavera. Menasha, triste, sonriendo, con sus gruesos anteojos, caminaba cuidadosamente por la hierba y la arenisca porque miraba hacia lo alto, a los árboles. No podía ver mucho, algunos falsos plátanos y algunos olmos, y los pájaros, y las ardillas yendo y viniendo en su estilo de arranques y detenciones súbitas. Fue un instante de abatimiento. Se vislumbró la amenaza de una retención total, como si

fuese posible una huelga general contra la naturaleza. ¿Qué sucedería si la sangre no circulase, si la comida no se digiriera, si la respiración cesara de repente, si la savia no venciera la pesadez de los árboles? Y muerte, muerte, muerte, muerte, como tantas otras cuchilladas, como el asesinato: el vientre, la espalda, el pecho y el corazón. Fue un momento que casi no pude soportar. El ataúd de Humboldt ya estaba listo para ser bajado al sepulcro.

—¿Portarán el féretro? —preguntó uno de los directores funerarios.

Nos examinó a los tres por encima. La mano de obra no era muy buena. Los dos viejos compinches y un tipo distraído que no andaba muy lejos de los vejetes en edad. Nos colocamos honoríficamente al lado del ataúd. Yo sostuve el agarradero: mi primer contacto con Humboldt. El contenido era muy ligero. Naturalmente, ya no creía que cualquier destino humano pudiera asociarse con tales restos y superfluidades. Los huesos eran, posiblemente, la firma de los poderes espirituales, la proyección del cosmos en determinadas formaciones de calcio. Pero quizá incluso habían desaparecido esas elegantes formas blancas, los huesos de la cadera, de las costillas, los nudillos, el cráneo. Al exhumar, los desenterradores habían mezclado tal vez con la pala algunos andrajos y despojos humanos, muy poco del encanto, el brío y la invención febril de Humboldt, de su locura generadora de calamidades. Humboldt, nuestro camarada, nuestro sobrino y hermano, que amaba la bondad y la belleza, y una de cuyas creaciones más modestas distraía al público en la Tercera Avenida y en los Campos Elíseos y, en estos momentos, nos hacía ganar montones de dólares a todos.

Los empleados se hicieron cargo y colocaron el ataúd de Humboldt en las cintas de lona del mecanismo eléctrico de descenso. Los difuntos estaban ahora uno al lado del otro en sus voluminosas cajas.

—¿Conociste a Bess? —preguntó Waldemar.

—Una vez la vi, en la Avenida West End —respondí.

Él debía de estar pensando en el dinero que le había quitado del portamonedas y que había perdido en las carreras de caballos hacía ya mucho tiempo, en las peleas, las escenas escandalosas y las maldiciones.

Durante los largos años en que no había asistido a un entierro, se habían introducido muchas mejoras mecánicas. Había una máquina compacta, baja, de color amarillo, que, al parecer, cavaba y volvía a llenar el hoyo. Estaba equipada con una grúa. Al verla me sumergí en ese tipo de reflexión que el propio Humboldt me había enseñado. Cada centímetro cuadrado metálico de la máquina era el resultado de la colaboración de ingenieros y otros técnicos. Lo que se elaboraba gracias a los hallazgos de muchas mentes valiosas siempre tenía más fuerza que lo que era producto del simple trabajo de una sola mente, que por sí misma no puede hacer mucho. Así se había expresado el viejo doctor Samuel Johnson, quien, en esa misma conversación, había añadido que los escritores franceses eran superficiales porque no eran estudiosos y no habían contado más que con el simple poder de su propia mente.

Bien, Humboldt había admirado a esos mismos escritores franceses y durante algún tiempo no había contado más que con el simple poder de su propia mente. Entonces comenzó a interesarse en los fenómenos colectivos. Expresándose por sí mismo, abrió la boca y profirió unos versos deliciosos. Pero entonces le falló el corazón. ¡Ah, Humboldt, cuánto lo siento! Humboldt, Humboldt... y en esto es en lo que nos convertimos.

El director funerario preguntó:

—¿Alguien quiere rezar una oración?

Al parecer, ninguno de nosotros sabía una oración. Pero Menasha dijo que le gustaría cantar algo. Y lo hizo. Su estilo no había cambiado.

—Voy a cantar un aria de Aida, «In questa tomba oscura» —anunció.

El viejo Menasha se preparó. Levantó el rostro. La nuez de su cuello, puesta de relieve, ya no era lo que había sido cuando era un joven que trabajaba ante una prensa perforadora, en una fábrica de Chicago, pero todavía estaba allí. Y también la vieja excitación. Juntó las manos, se puso de puntillas y, con tanta emoción como en nuestra cocina de la calle Rice, con voz más débil y desafinando como antes, y dejando escapar galos, pero conmovido, sumamente conmovido, cantó su aria. Esto fue solo un calentamiento. Al terminar declaró que iba a cantar *Goin' home*, un viejo *spiritual* norteamericano que Dvorak había utilizado en la *Sinfonía del Nuevo Mundo*, añadió como una nota del programa. Entonces, ¡oh, Dios mío!, recordé que él añoraba Ypsilanti, allá por los años veinte y sufría por su enamorada, suspiraba por ella y cantaba *Goin' home, goin' home, I'm a goin' home*, hasta que mi madre le dijo:

—¡Por el amor de Dios, vete de una vez!

Y cuando él regresó con su novia, obesa, gentil y llorosa, aquella chica que se sentaba en la bañera y no conseguía llevar el agua a la altura de su cabeza por lo grueso de sus brazos, y mamá entraba en el cuarto de baño para lavarle el cabello y secárselo.

Todos se habían ido menos nosotros.

Mirar dentro de las tumbas abiertas resultaba tan desagradable como había sido siempre. Arcilla marrón, terrones y guijarros... ¿Por qué ha de ser todo tan agobiador? Era demasiado peso, sí, un peso excesivo para poder soportarlo. De todos modos, observé otra innovación en los funerales. Dentro de la tumba había una especie de caja abierta de cemento. Bajaron los ataúdes, y entonces la máquina amarilla avanzó y la pequeña grúa, con un rechinar ronco, recogió un panel de hormigón y lo colocó encima de la caja de cemento. Así se encerraba el ataúd y la tierra no iba directamente encima de él. Pero entonces, ¿cómo se salía de ahí? ¡Uno no salía, no salía, no salía! ¡Permanecía allí para siempre! Se produjo cierto ruido seco de porcelana al establecerse el contacto. Una especie de sonido de azucarero. De este modo, esa condensación de inteligencias colectivas e ingenios combinados, con los cables rodando silenciosamente, manejó al poeta individual. Y lo mismo sucedió con la madre del poeta. También encima de ella colocaron una tapadera gris, y

entonces Waldemar empuñó la pala y recogió débilmente unos terrones, que arrojó sobre cada tumba. El viejo jugador lloró, y nosotros nos apartamos para que no se turbara. Él permaneció junto a las tumbas mientras la excavadora comenzaba su trabajo.

Menasha y yo nos dirigimos hacia la limusina. El anciano apartó a un lado con el pie algunas de las últimas hojas otoñales y dijo, mirando a través de sus anteojos:

—¿Qué es esto, Charlie, una flor primaveral?

—Sí, lo es. Supongo que es inevitable, después de todo. En un día tan caluroso como el de hoy, todo parece diez veces más ajado.

—De modo que es una florecita —comentó Menasha—. Solían contarme que un niño preguntaba a su viejo padre gruñón, mientras paseaban por el parque: «¿Cómo se llama esta flor, papá?». Y el viejo gritaba malhumorado: «¿Cómo quieres que lo sepa? ¿Crees que hago sombreros de mujeres?». Aquí hay otra, pero ¿cómo crees que se llaman, Charlie?

—No lo sé —le respondí—. También soy un chico de ciudad. Deben de ser azafranes.



SAUL BELLOW (Lachine, 1915 - 2005) fue un escritor canadiense y estadounidense de origen judío-ruso. Nació en Canadá, pero vivió desde pequeño en Estados Unidos. Fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura en 1976.

Su obra narrativa es leída como una crónica corrosiva, irónica, y a la vez sublime y enérgica sobre del hombre moderno a partir de la descripción del mundo de los judíos en Estados Unidos.

Procedente de una familia de emigrados rusos, vivió en Canadá y luego en Chicago. Estudió en las universidades de Chicago e Illinois y fue profesor de antropología y literatura inglesa en instituciones docentes norteamericanas.

# Notas



[1] Juego de palabras con el significado en alemán de la palabra *schwindelt*, «mareo» o «mentira», y *schwindling*, «mareado». (N. del E.). <<

[2] Las palabras y expresiones en francés, español y alemán que el lector encontrará en *cursiva*, aparecen así en el original. (N. del E.). <<

[3] Los New Dealers fueron los ejecutores de una serie de medidas proyectadas por el presidente Roosevelt para promover la recuperación económica y la Seguridad Social. (*N. de la T.*). <<

[4] *Edel, gebildet, gelassen* = noble, culta, serena (en alemán en el original). (*N. de la T.*). <<

[5] *Nostalgie de la boue* = nostalgia del fango (en francés en el original). (*N. de la T.*).

<<

[6] *Some Americans. The Sense of Being in the USA* = Algunos norteamericanos. El significado de estar en Estados Unidos. (N. de la T.). <<

[7] «La avaricia es la causa de todos los males», célebre cita de Geoffry Chaucer en *Los cuentos de Canterbury*. (N. del E.). <<

[8] Cita de la obra de J. Joyce *Finnegan's Wake*. Juego de palabras de difícil traducción que enlaza, fonéticamente, con «chevalier» (Shoveleer) y Legión de Honor (Lesión). (*N. del E.*). <<



[9] «Este Apolo me arrebató hasta mi más alto grado». (*N. de la T.*). <<

[10] Referencia a unas rimas infantiles famosas en Estados Unidos. (*N. del E.*). <<

[11] «Solo soy un amante vagabundo». (*N. de la T.*). <<

[12] Prufrock y otras observaciones, *obra de T. S. Eliot. (N. de la T.)*. <<

[13] Negociante inglés que prestó grandes sumas de dinero a Enrique IV y Enrique V y que debía toda su fortuna a un gato. (*N. del E.*). <<

[14] Trabalenguas en el original: *People's parlors are papered...* (N. de la T.). <<

[15] *Poubelle* = cubo de la basura (en francés en el original). (N. de la T.). <<

[16] *Kraut* = término ofensivo para designar a un alemán. (*N. de la T.*). <<



[17] Juego de palabras intraducible: «No se deje empapar (o estafar) con las reparaciones de calzado». (*N. de la T.*) <<

[18] «Mucho de lo que necesita una isla verde se halla en el profundo y ancho mar de la Aflicción». (*N. de la T.*) <<

[19] ¡Disputa! ¡Pelea! ¡Gamberros! ¡Fuera! ¡Echadlos fuera! (*N. de la T.*). <<